

***LAS DOS
DESPUÉS DE
MEDIANOCHE***

Stephen King

LOS LAGOLIEROS

A LA UNA DESPUÉS DE MEDIANOCHE nos relata, en LOS LAGOLIEROS, la estremecedora historia de un piloto comercial que viaja como pasajero en un vuelo desde Los Ángeles hasta Boston. Durante el trayecto se queda dormido y al despertar descubre que solamente quedan diez pasajeros a bordo. La tripulación ha desaparecido y ninguna de las ciudades que sobrevuelan contesta a sus señales de radio.

PARA JOE,
OTRO VOLADOR INTREPIDO

En el desierto vi una criatura desnuda, bestial, que, acucillada en el suelo, tenía su corazón entre las manos y comía de él.

Dije: «¿Es bueno, amigo?»

Y él contestó: «Es amargo..., amargo, pero me gusta porque es amargo y porque es mi corazón.»

STEPHEN CRANE

Voy a besarte chica, y a abrazarte, voy a hacer todas las cosas que te dije en la hora de la medianoche.

WILSON PICKETT

LA UNA DESPUÉS DE MEDIANOCHE

UNA NOTA SOBRE LOS LAGOLIEROS

A mí los cuentos se me ocurren en circunstancias y momentos diferentes: en el coche, bajo la ducha, mientras camino e incluso durante las fiestas.

En un par de ocasiones han acudido a mi mente en sueños. Pero raras veces los escribo en cuanto se me ocurre la idea, y nunca llevo un cuaderno de notas encima.

No anotar las ideas constituye un ejercicio de autopreservación. Se me ocurren muchas, pero sólo un pequeño porcentaje es bueno, así que las guardo en una especie de archivo mental. Allí, las malas terminan por autodestruirse, como la cinta de Control al comienzo de cada episodio de *Misión imposible*. Pero las buenas no.

De vez en cuando, al abrir el cajón del archivo para echar una mirada a lo que queda, ese pequeño montón de ideas me mira, cada una de ellas con su brillante imagen central.

En el caso de *Los lagolieros*, la imagen era una mujer que apretaba la mano contra una grieta en la pared de un *jet* comercial.

No servía de nada recordarme a mí mismo que sabía muy poco sobre aviación comercial. Lo hacía, pero a pesar de ello la imagen persistía cada vez que abría el archivo para guardar en él otra idea.

Las cosas llegaron a tal extremo que hasta podía oler el perfume de la mujer (era L'Envoi), ver sus ojos verdes y escuchar su respiración jadeante.

Una noche, mientras estaba en la cama a punto de dormirme, advertí que aquella mujer era un fantasma.

Recuerdo que me senté en la cama, apoyé los pies en el suelo y encendí la luz.

Me quedé un rato sentado, sin pensar en nada concreto, al menos aparentemente. Sin embargo, allá al fondo el tipo que de verdad realiza este trabajo por mí estaba ocupado diseñando su espacio y preparándose para volver a poner todas las máquinas en funcionamiento.

Al día siguiente, empecé —o empezó— a escribir esta historia. Tardé alrededor de un mes, y se resolvió con mayor facilidad que otras, siguiendo un desarrollo suave y natural a medida que avanzaba.

De vez en cuando, los cuentos y los bebés llegan al mundo casi sin dolores de parto, y es lo que sucedió con éste. Motivado por el clima apocalíptico que lo envolvía, semejante a una novela que yo había escrito anteriormente, *La bruma*, encabecé cada capítulo de la misma manera anticuada, rococó. Salí de este cuento sintiéndome casi también como cuando entré en él, cosa que sucede en contadas ocasiones.

Soy un investigador holgazán, pero esta vez me esforcé en hacer mis deberes. Tres pilotos —Michael Russo, Frank Soares y Douglas Damon— me ayudaron a entender las cosas y a no cometer disparates. Cuando les prometí no romper nada, se pusieron a mi disposición.

¿Lo he hecho todo bien? Lo dudo. Eso no le sucedió ni siquiera al gran Daniel Defoe. En *Robinson Crusoe*, nuestro héroe se desnuda, nada hasta el barco del que ha escapado hace poco y, una vez allí, se llena los bolsillos de objetos que necesitará para sobrevivir en su isla desierta.

Por otro lado, tenemos el caso de aquella novela (cuyo título y autor omitiremos por misericordia) sobre el metro de Nueva York, en la que al parecer el autor confunde los cubículos de los conductores con lavabos públicos.

Para terminar, he aquí mi particular muestra de reconocimiento: agradezco a los señores Russo, Soares y Damon lo que entendí bien; me culpo a mí mismo por lo que entendí mal. Esta afirmación no es mera cortesía. Por lo general, los errores no se producen por haber recibido una información incorrecta, sino que son fruto de la incapacidad para plantear la pregunta adecuada. Es cierto que me he tomado una o dos libertades con el avión en el que se encuentran a punto de embarcar, pero no se trata más que de pequeñas licencias que parecían necesarias para el desarrollo del relato.

Bueno, ya está bien de hablar de mí. Suban a bordo.

Naveguemos por los cielos hostiles.

CAPÍTULO UNO

MALAS NOTICIAS PARA EL CAPITÁN
ENGLE. LA PEQUEÑA CIEGA. EL PERFUME
DE LA DAMA. LA BANDA DE LOS DALTON
LLEGA A TOMBSTONE. EL EXTRAÑO CASO
DEL VUELO 29.

1

Exactamente a las diez y catorce minutos de la noche, Brian Engle detuvo el American Pride L1011 ante la puerta 22 y apagó el letrero luminoso de «Ajústense los cinturones». Luego, dejó escapar un silbante suspiro entre los dientes y desabrochó la banda que le cruzaba el hombro. No recordaba la última vez que se había sentido tan aliviado, y tan cansado, al término de un vuelo. Tenía un intenso y desagradable dolor de cabeza, y ya había decidido qué haría por la noche. Nada de tragos en el salón de oficiales ni de cena; ni siquiera de un baño cuando regresara a Westwood. Tenía intención de echarse en la cama y dormir catorce horas seguidas.

El vuelo 7 de American Pride —Servicio Flagship de Tokio a Los Ángeles— se había demorado por la aparición de fuertes vientos contrarios y por la típica congestión del LAX, que era, según Engle, el peor aeropuerto de Estados Unidos sin contar el de Logan, en Boston. Para colmo, durante la última parte del viaje había surgido un problema en el sistema de presurización, al principio sin importancia, pero que fue empeorando gradualmente hasta convertirse en algo preocupante. De hecho, había estado a punto de producirse una descompresión explosiva, aunque por suerte se había detenido a tiempo. A veces, esos problemas se estabilizan repentina y misteriosamente, y eso era lo que había sucedido en esta ocasión. Los pasajeros que estaban desembarcando ahora desde el otro lado de la cabina de control no tenían ni la más remota idea de lo cerca que habían estado de convertirse en *paté* humano durante el vuelo de esa noche desde Tokio, pero Brian sí, y eso le había provocado una jaqueca espantosa.

—Este cabrón va a ir derecho a que le hagan un diagnóstico —dijo a su copiloto—. Saben que va y cuál es el problema, ¿vale?

El copiloto asintió.

—No les gusta, pero lo saben.

—Me importa una mierda lo que les guste o deje de gustarles, Danny. Esta noche hemos estado a punto.

Danny Keene asintió. Sabía que era cierto.

Brian suspiró y se frotó la nuca. La cabeza le dolía como una muela cariada.

—Tal vez me esté haciendo viejo para este negocio.

Naturalmente, era el tipo de comentario que todos los de la profesión hacían de vez en cuando, sobre todo al terminar un turno malo. Brian sabía perfectamente que no era demasiado viejo para el trabajo, que a los cuarenta y tres años apenas había entrado en la mejor edad para un piloto de aviación. Sin embargo, esa noche casi lo creía. ¡Dios! Estaba muy cansado.

Se oyó un golpe en la puerta de la cabina. Steve Searles, el navegante, se volvió y abrió sin ponerse de pie. Al otro lado de la puerta había un hombre con el uniforme verde de American Pride. Parecía un funcionario del control de pasajeros, pero Brian sabía que no lo era. Era John (o quizá James) Deegan, subdelegado de operaciones de American Pride en el LAX.

—¿Capitán Engle?

—¿Sí?

De pronto, las alarmas internas se pusieron en funcionamiento y la jaqueca empeoró. Su primera idea, no producto de la lógica sino de la tensión y la fatiga, fue que iban a intentar hacerlo responsable de la nave averiada. Era una idea paranoica, por supuesto, pero es que él estaba paranoico.

—Me temo que tengo malas noticias para usted, capitán.

—¿Se trata del escape? —preguntó Brian, elevando el tono de voz en exceso, por lo que resultó inevitable que algunos de los pasajeros miraran a su alrededor.

Deegan meneaba la cabeza.

—Se trata de su esposa, capitán Engle.

Por un instante, Brian no tuvo ni la menor idea de acerca de qué hablaba el hombre. Se quedó inmóvil, mirándolo con la boca abierta y sintiéndose exquisitamente estúpido. Después comprendió. Por supuesto, se refería a Anne.

—Mi ex esposa. Nos divorciamos hace dieciocho meses. ¿Qué le pasa?

—Ha habido un accidente —dijo Deegan—. Será mejor que venga a la oficina.

Brian lo miró con curiosidad. Después de las tres largas y tensas últimas horas, todo aquello parecía extrañamente irreal. Reprimió el impulso de decirle a Deegan que si era una especie de *Objetivo indiscreto*, podía irse a joder a otro. Pero, por supuesto, no lo era. Los jefazos de las compañías aéreas no eran gente dada a las bromas, y menos a expensas de los pilotos que habían estado a punto de tener desagradables problemas en pleno vuelo.

—¿Qué le pasa a Anne? —se oyó preguntar Brian, esta vez en voz más baja. Era consciente de que su copiloto lo miraba con cautelosa compasión—. ¿Se encuentra bien?

Deegan bajó la mirada hacia sus brillantes zapatos. Entonces, Brian supo que las noticias eran muy malas y que Anne se hallaba muy lejos de estar bien. Lo supo, pero le resultó imposible creerlo. Anne sólo tenía treinta y cuatro años, estaba sana y era una mujer de hábitos moderados. Por otra parte, en más de una ocasión Brian había pensado que era la única conductora completamente cuerda de la ciudad de Boston, e incluso tal vez de todo el estado de Massachusetts.

Ahora se oyó preguntar otra cosa. Realmente era como si un extraño se le hubiera metido en el cerebro y usara su boca a modo de micrófono:

—¿Está muerta?

John o James Deegan miró a su alrededor como si buscara ayuda, pero junto a la puerta sólo había un auxiliar de vuelo deseando a los pasajeros una agradable noche en Los Ángeles y lanzando de vez en cuando miradas ansiosas hacia la cabina, probablemente preocupado por lo mismo que se le había ocurrido a Brian, es decir, que por alguna razón iban a culpar a la tripulación del lento escape que había convertido en una pesadilla las últimas horas del vuelo. Deegan estaba solo. Volvió a mirar a Brian y asintió.

—Sí. Me temo que sí. ¿Tendrá la amabilidad de acompañarme, capitán Engle?

Quince minutos después de la medianoche, el capitán Engle se acomodaba en el asiento 5A correspondiente al vuelo 29 de American Pride, un vuelo interno de Los Ángeles a Boston. Unos quince minutos más tarde, aquel vuelo conocido por los viajeros transcontinentales como el «nocturno» estaría en el aire. Recordaba haber pensado hacía un rato que, si el LAX no era el aeropuerto comercial más peligroso de Estados Unidos, entonces lo era Logan. A causa de la más desagradable de las coincidencias, ahora tendría la oportunidad de experimentar ambos lugares en cuarenta y ocho horas: el LAX como piloto y Logan como viajero con pase. Su jaqueca, que había ido de mal en peor desde el aterrizaje con el vuelo 7, se hizo más intensa.

«Un incendio —pensó—. Un maldito incendio. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué pasó con los detectores de humo? ¡Era un edificio nuevo!»

Se le ocurrió que en los últimos cuatro o cinco meses apenas había pensado en Anne. Al parecer, durante el primer año posterior al divorcio, Anne era lo único en lo que había pensado: que hacía, qué ropa llevaba y, naturalmente, con quién salía. Cuando por fin se puso en marcha el proceso de curación, todo sucedió muy rápido, como si le hubieran inyectado un antibiótico revitalizador del espíritu. Había leído lo suficiente sobre el divorcio como para saber cuál solía ser ese agente revitalizador: no un antibiótico, sino otra mujer. En otras palabras, el efecto reactivo.

Pero, en el caso de Brian, no había otra mujer, al menos por el momento. Tan sólo algunas citas y un cauteloso encuentro sexual (había llegado a convencerse de que en la era del SIDA todos los encuentros sexuales extramatrimoniales eran cautelosos), pero ninguna otra mujer en serio. Simplemente, se había curado.

Brian observó la llegada de los demás pasajeros. Una mujer joven, de cabello rubio, caminaba junto a una niña con gafas oscuras. La mano de la niña se apoyaba en el codo de la rubia. La mujer murmuró algo y la niña miró inmediatamente hacia donde sonaba la voz. Brian comprendió que era ciega por el peculiar gesto de la cabeza. Le hizo gracia pensar en la cantidad de cosas que revelaban los pequeños gestos.

«Anne —pensó—. ¿No tendrías que estar pensando en Anne?»

Pero su cansado cerebro insistía en apartarse del tema. Anne había sido su esposa. Anne era la única mujer a quien había pegado. Anne, ahora, estaba muerta.

Se le ocurrió que podía organizar una gira de conferencias para hablar a grupos de divorciados. O de divorciadas, le daba igual. El tema sería el divorcio y el arte del olvido.

«El momento ideal para el divorcio es poco después del cuarto aniversario —les diría—. Vean mi caso. Pasé el año siguiente en el purgatorio, preguntándome cuál era mi parte de culpa y cuál la de ella, preguntándome si había sido correcto o incorrecto presionarla con el tema de los hijos. Ése era el problema entre nosotros: nada dramático, como las drogas o el adulterio, sino el eterno dilema entre hijos y carrera. Después fue como si tuviera un ascensor dentro de la cabeza y Anne estuviera dentro, y el ascensor se precipitara al vacío...»

Sí, se había derrumbado. Y durante los últimos meses Brian había conseguido no pensar en Anne, ni siquiera cuando tenía que enviarle el cheque de la pensión. Era una cantidad muy razonable, muy civilizada, sobre todo considerando que Anne ganaba ochenta mil al año sin impuestos. La pagaba su abogado, y era un gasto más del presupuesto mensual que éste le enviaba a Brian, un pequeño gasto de dos mil dólares perdido entre la cuenta de la luz y el pago de la hipoteca del piso.

Vio acercarse por el pasillo a un adolescente con pinta de matón, un estuche de violín bajo el brazo y un *yarmulke* en la cabeza. El chico parecía nervioso y excitado, y tenía los ojos llenos de futuro. Brian lo envidió.

Durante el último año de matrimonio había habido mucha amargura y cólera entre ellos, hasta que por último, unos cuatro meses antes del fin, sucedió: su mano dijo «ve», antes de que su cerebro pudiera decir «no». No le gustaba recordarlo. Ella había bebido demasiado en una fiesta y cuando regresaron a casa empezó a fastidiarlo.

«Brian, no sigas dándome la lata con eso. Simplemente, déjame tranquila. No hablemos más de niños. Si quieres una prueba de esperma, ve al médico. Mi trabajo es la publicidad, no hacer niños. Estoy harta de tu discurso machista...»

Entonces fue cuando la abofeteó, con violencia y en la boca. El golpe había interrumpido con brutal limpieza la última palabra. Se quedaron mirándose uno a otro en el apartamento donde ella moriría más tarde, ambos más escandalizados y asustados de lo que estaban dispuestos a admitir (aunque quizás ahora, sentado en el asiento 5A y mirando subir a los pasajeros del vuelo 29, Brian estaba admitiéndolo finalmente). Ella se tocó la boca, que había empezado a sangrar, y le mostró los dedos.

«Me has pegado», dijo. En su voz no había ira, sino perplejidad. A él se le ocurrió que tal vez fuera la primera vez que alguien ponía una mano airada sobre una parte del cuerpo de Anne Quinlan Engle.

«Sí —contestó—. Puedes apostar a que lo hice. Y volveré a hacerlo si no te callas. No vas a volver a fustigarme con esa lengua, encanto. Será mejor que te pongas un candado, te lo digo por tu bien. Se acabó. Si quieres tener a alguien dando vueltas por la casa, cómprate un perro.»

El matrimonio siguió funcionando a duras penas unos meses más, pero en realidad había terminado en el instante en que la palma de la mano de Brian tocó violentamente la comisura de la boca de Anne. Lo había provocado, Dios sabía que lo había provocado, pero de todos modos hubiera dado cualquier cosa por borrar ese desdichado segundo.

Mientras los últimos pasajeros subían a bordo, pensaba de un modo casi obsesivo en el perfume de Anne. Recordaba exactamente su fragancia, pero no su nombre. ¿Cómo se llamaba? ¿Lissome? ¿Lithsome? ¿Lithium? ¡Por el amor de Dios! El nombre danzaba apenas a unos milímetros de su alcance. Era enloquecedor.

«La echo de menos —pensó estúpidamente—. Ahora que se ha ido para siempre, la echo de menos. ¿No es sorprendente?»

¿Lawnboy? ¿Algún nombre estúpido como ése?

«¡Basta! —Ordenó a su fatigado cerebro—. Olvidalo.»

«Vale —aceptó su cerebro—. No hay ningún problema, puedo dejarlo. Puedo dejarlo en el momento que quiera. ¿No sería Lifebuoy? No, eso es un jabón. Lo siento. ¿Lovebite?

¿Lovelorn?»

Brian se ajustó el cinturón, se reclinó, cerró los ojos y aspiró un perfume al que no podía dar nombre.

Entonces, la azafata le habló. Por supuesto. Brian Engle tenía la teoría de que a las azafatas las adiestraban en un curso para pos-graduados que podría llamarse «Aprenda a fastidiar al ganso», para que no ofrecieran ningún servicio a los pasajeros mientras éstos no hubieran cerrado los ojos. Y, por supuesto, debían esperar hasta estar razonablemente seguras de que el pasajero dormía, antes de despertarlo para preguntarle si quería una manta o una almohada. —Perdone... —empezó a decir. Pero se detuvo.

Brian vio que sus ojos iban de las charreteras de su chaqueta negra a la gorra, con su incomprensible garabato de huevos revueltos, colocada en el asiento vacío que había junto a él.

La muchacha volvió a pensárselo y comenzó de nuevo.

—Perdone, capitán, ¿le apetece café o zumo de naranja?

A Brian le divirtió ver que la había turbado un poco. Hizo un gesto en dirección a la mesa situada al principio del compartimento, exactamente debajo del pequeño monitor rectangular. Sobre la mesa había dos cubos de hielo. De cada uno de ellos sobresalía el esbelto cuello verde de una botella de vino.

—Naturalmente, también hay champán.

Engle se quedó un momento pensativo.

«Love Boy; va por ahí, pero tampoco es.»

—Nada, gracias —dijo—. Y no querré ningún servicio durante el vuelo. Creo que dormiré hasta Boston. ¿Cuál es el informe meteorológico?

—Nubes a seis mil metros desde las Grandes Llanuras hasta Boston, pero sin problemas. Estaremos a once mil. ¡Ah! Hemos recibido informes acerca de la aurora boreal sobre el desierto de Mohave. Tal vez quiera verla.

Brian alzó las cejas.

—Debe de estar bromeando. ¿La aurora boreal sobre California? ¿Y en esta época del año?

—Es lo que nos han dicho.

—Alguien ha estado tomando droga barata —comentó Brian, y ella rió—. Creo que sólo dormiré, gracias.

—Muy bien, capitán —dijo, y vaciló una vez más antes de continuar— Usted es el capitán que acaba de perder a su esposa, ¿no?

La jaqueca latía y gruñía, pero Brian se obligó a sí mismo a sonreír. La mujer, que en realidad era apenas una niña, no lo hacía con mala intención.

—Era mi ex esposa. Pero sí, lo soy.

—Lamento muchísimo su pérdida.

—Gracias.

—¿He volado antes con usted, señor?

La sonrisa de Brian reapareció.

—No lo creo. Durante los últimos cuatro años más o menos he estado en servicio transatlántico

—respondió, y, como parecía necesario, le tendió la mano—. Brian Engle.

Ella la estrechó.

—Melanie Trevor.

Engle sonrió otra vez, después se echó hacia atrás y volvió a cerrar los ojos. Se dejó ir, pero no quiso quedarse dormido. Los anuncios anteriores al vuelo, seguidos del ruido del despegue, volverían a despertarlo. Ya tendría tiempo de dormir cuando estuvieran en el aire.

El vuelo 29, como la mayoría de los vuelos de inyección, despegó enseguida. Brian pensó que aquella característica debía de figurar en primer lugar en su negra lista de atractivos. El avión era un Boeing 767 con algo más de la mitad del pasaje. En primera clase había otra media docena de pasajeros. Ninguno de ellos le pareció borracho o pendenciero. Eso era bueno. Tal vez consiguiera realmente dormir durante todo el viaje hasta Boston.

Miró pacientemente a Melanie Trevor mientras ella señalaba las puertas de emergencia, demostraba cómo usar la mascarilla en caso de pérdida de presión (procedimiento que, no hacía mucho, Brian había revivido interiormente con cierta urgencia) y cómo inflar el salvavidas que había debajo de cada asiento. Cuando el avión despegó, la muchacha se acercó a él y volvió a preguntarle si quería beber algo. Brian meneó la cabeza, le dio las gracias y apretó el botón que reclinaba el asiento. Cerró los ojos e inmediatamente se quedó dormido.

Nunca volvió a ver a Melanie Trevor.

Unas tres horas después de que el vuelo 29 despegara, una niña llamada Dinah Bellman se despertó y preguntó a su tía Vicky si podía tomar un vaso de agua.

La tía Vicky no contestó, así que Dinah volvió a preguntar. Al no obtener respuesta, se estiró para tocar el hombro de su tía; pero ya estaba segura de que su mano sólo tocaría el respaldo de un asiento vacío, y eso fue lo que ocurrió. El doctor Feldman le había dicho que los niños ciegos de nacimiento solían desarrollar una gran sensibilidad —casi como una especie de radar— con relación a la presencia o ausencia de gente en sus inmediaciones, pero en realidad Dinah no necesitaba esa información. Sabía que era cierto. No funcionaba siempre, pero casi, sobre todo si la persona en cuestión era su lazarillo.

«Bueno, debe de haber ido al lavabo y volverá enseguida», pensó Dinah. Pero de todos modos sintió una extraña y difusa inquietud. No se había despertado de golpe. Había sido un proceso lento, como el de un saltador emergiendo a la superficie de un lago. Si la tía Vicky, que tenía el asiento de ventanilla, la hubiese rozado para salir al pasillo en los dos últimos minutos, Dinah lo hubiera notado.

«Así que se fue antes —se dijo—. Tal vez hubiera ido al lavabo... no pasa nada, Dinah. O tal vez al volver se detuvo a charlar con alguien.»

El problema era que Dinah no oía hablar a nadie en el compartimento principal del gran avión; sólo oía el ronroneo regular de los motores del *jet*. La sensación de intranquilidad aumentó. La voz de la señorita Lee, su terapeuta (aunque Dinah siempre pensaba en ella como la maestra de ciegos), sonó en el interior de su cabeza: «No debes tener miedo del miedo, Dinah. Todos los niños tienen miedo de vez en cuando, sobre todo en situaciones nuevas. Y más los niños ciegos. Créeme, lo sé.» Y Dinah la creía porque, al igual que ella, la señorita Lee era ciega de nacimiento. «No renuncies a tu miedo, pero tampoco te entregues a él. Conserva la calma e intenta razonar. Te sorprenderá la cantidad de veces que este sistema funciona, sobre todo en situaciones nuevas.»

Bien, eso coincidía. Aquélla era la primera vez que Dinah volaba en algo. Nunca lo había hecho, y menos para realizar un viaje de costa a costa montada en un inmenso *jet* transcontinental.

«Intenta razonar.»

Veamos, había despertado en un lugar extraño y su lazarillo se había ido. Desde luego eso resultaba inquietante pese a saber que la ausencia era temporal. Al fin y al cabo, su lazarillo no podía haber decidido irse al *frankfurt* más cercano porque tenía hambre, si estaba encerrada en un avión que volaba a once mil metros de altura. En cuanto al extraño silencio que reinaba en el compartimento..., bueno, al fin y al cabo, aquello era el «nocturno». Tal vez los otros pasajeros estuvieran durmiendo.

«¿Todos? —Preguntó incrédula la parte preocupada de su cerebro—. ¿Dormirían todos? ¿Era eso posible?»

Y entonces encontró la respuesta: la película. Los que estaban despiertos miraban la película. Por supuesto.

Se sintió invadida por un alivio casi palpable. La tía Vicky le había dicho que la película era *Cuando Harry encontró a Sally*, con Billy Crystal y Meg Ryan, y que pensaba verla..., si conseguía no dormirse, claro.

Dinah pasó la mano con suavidad por el asiento de su tía, buscando los auriculares, pero no estaban allí. En lugar de eso, sus dedos encontraron un libro de bolsillo. Seguramente era una de esas novelas románticas que le gustaban a la tía Vicky, donde, como ella decía, se hablaba de los tiempos en que los hombres eran hombres, en lugar de serlo las mujeres.

Los dedos de Dinah avanzaron un poco más y encontró otra cosa: piel suave, de grano fino... Un instante después identificó una cremallera y luego la tira de cuero.

Era el bolso de la tía Vicky.

La inquietud de Dinah retornó, esta vez duplicada. Sobre el asiento de la tía Vicky no estaban los auriculares, pero sí su bolso, que contenía todos los cheques de viaje, salvo uno de veinte dólares que estaba en el monedero de Dinah. Lo sabía porque antes de salir de su casa, en Pasadena, había oído a mamá y a la tía Vicky hablando sobre ese asunto.

¿Acaso la tía Vicky se iría al lavabo dejando su bolso sobre el asiento? ¿Lo haría, teniendo en cuenta que su compañera de viaje no sólo tenía diez años, sino que estaba dormida y además era ciega?

Dinah no lo creía.

«No renuncies a tu miedo, pero tampoco te entregues a él. Conserva la calma e intenta razonar.»

Sin embargo, no le gustaba ese asiento vacío, y tampoco el silencio que reinaba en el avión. Le parecía muy sensato que la mayoría de la gente estuviera durmiendo y que los que estaban despiertos guardaran silencio por consideración a ellos, pero seguía sin gustarle. Dentro de su cerebro despertó y empezó a gruñir un animal con dientes y garras extremadamente afilados. Conocía su nombre. Era el pánico, y si no lo controlaba deprisa podía hacer algo que las avergonzara a ambas, a ella y a la tía Vicky.

«Cuando pueda ver, cuando los doctores de Boston me arreglen los ojos, no tendré que pasar por estos ratos estúpidos.»

Eso era verdad, por supuesto, pero no le servía de gran ayuda en ese momento.

De pronto, Dinah recordó que, después de sentarse, la tía Vicky había cogido su mano y le había doblado todos los dedos menos el índice, guiándolo al costado del asiento. Allí estaban los controles. Eran muy pocos y resultaba fácil recordar su función. Había dos ruedecillas que podían usarse cuando uno se ponía los auriculares: una era para pasar a los diferentes canales de audio; la otra, para controlar el volumen. El pequeño interruptor rectangular regulaba la luz que había sobre el asiento. «Ése no lo necesitarás —dijo la tía Vicky en tono afable—. Al menos, todavía no.» El último era un botón cuadrado. Cuando lo apretabas, venía la azafata. Ahora los dedos de Dinah tocaron ese botón y resbalaron sobre su superficie ligeramente convexa.

«¿Realmente quieres hacerlo? —se preguntó. Y la respuesta llegó enseguida—: Sí, quiero.»

Apretó el botón y escuchó el tenue sonido del timbre. Después esperó.

No vino nadie.

Sólo se oía el susurro aparentemente eterno de los motores del *jet*. Nadie hablaba. Nadie reía.

(«Supongo que la película no es tan divertida como creía la tía Vicky», pensó Dinah.) Nadie tosía. El asiento contiguo, el de la tía Vicky, seguía vacío, y ninguna azafata se inclinó sobre ella, envuelta en un tranquilizador aroma de perfume, champú y maquillaje, para preguntar si podía traerle algo de comer, o tal vez el deseado vaso de agua.

Sólo el suave ronroneo regular de los motores.

El animal del pánico lloriqueaba con más energía que nunca. Para combatirlo, Dinah se concentró en afinar aquella especie de radar, convirtiéndolo en algo así como un bastón invisible que podía blandir desde su asiento, en el centro del compartimento principal. Eso se le daba bien. A veces, cuando se concentraba mucho, casi creía que podía ver a través de los ojos de los demás. Una vez había mencionado esa sensación a la señorita Lee, pero su respuesta había sido extrañamente cortante. «La sensación de compartir la visión es una fantasía frecuente entre los ciegos —le había dicho—. Sobre todo entre los niños ciegos. Nunca cometas el error de fiarte de ella, Dinah, porque podrías caer rodando por la escalera o encontrarte de pronto bajo las ruedas de un coche.»

Así que había desechado sus esfuerzos por «compartir la visión», como decía la señorita Lee, y en las pocas ocasiones en que la sensación regresaba, en que veía el mundo —en penumbras, acuoso, pero allí— a través de los ojos de mamá o de la tía Vicky, había tratado de librarse de ella del mismo modo que una persona que teme estar volviéndose loca procura no escuchar el murmullo de voces fantasmales. Pero ahora estaba asustada, de modo que sentía por otros, percibía por otros, y no los encontraba.

Ahora, el terror había aumentado y los gritos del animal del pánico eran imperiosos. Sintió que en su garganta tomaba forma un chillido y apretó los dientes. Porque no saldría como un llanto o un grito. Si lo dejaba progresar, saldría de su boca como un alarido.

«No gritaré —se dijo, decidida—. No pienso gritar y avergonzar a la tía Vicky. No pienso gritar y despertar a todos los que están durmiendo, ni asustar a los que están despiertos para que se acerquen corriendo y digan: "Mirad a la niña ciega, mirad a la aterrorizada niña ciega."»

Ahora, esa sensación de radar, esa parte de ella que evaluaba toda clase de vagos datos sensoriales y que a veces creía ver a través de los ojos de los demás (dijera lo que dijese la señorita Lee), sólo servía para aumentar su miedo en lugar de aliviarlo.

Porque esa sensación le decía que dentro de su radio de acción no había nadie.

Nadie en absoluto.

Brian Engle estaba siendo víctima de un mal sueño. En su sueño, se encontraba otra vez al mando del vuelo 7 de Tokio a Los Ángeles, pero en esta ocasión el escape era mucho peor. En la carlinga flotaba una palpable sensación de catástrofe. Steve Searles lloraba mientras se comía una galleta danesa.

«¿Cómo puedes comer estando tan alterado?», preguntó Brian. Un silbido agudo, como el de una tetera llena de agua hirviendo, empezó a penetrar en la carlinga. Supuso que se trataba del ruido producido por el escape de presión. Era una estupidez, por supuesto, porque los escapes casi siempre eran silenciosos hasta que se producía la explosión, pero dio por sentado que en los sueños todo era posible.

«Porque adoro estas pastas y nunca volveré a comer otra», contestó Steve sin dejar de sollozar.

Y entonces, de pronto, el silbido cesó. Apareció una sonriente y aliviada azafata —en realidad era Melanie Trevor—, diciendo que habían encontrado y sellado el escape. Brian se puso en pie y la siguió por el interior del avión hasta el compartimento principal, donde Anne Quinlan, su ex esposa, permanecía de pie en un pequeño espacio del que habían retirado los asientos. Junto a ella, escrita sobre una ventanilla podía leerse una frase críptica y ominosa: «Sólo estrellas fugaces.» Estaba escrita en rojo, el color del peligro.

Anne iba vestida con el uniforme verde oscuro de las azafatas de American Pride, lo cual resultaba extraño. Ella era ejecutiva de una agencia de publicidad de Boston, y siempre había mirado frunciendo su fina y aristocrática nariz a los bodrios con los que volaba su marido. Tenía la mano apoyada en una grieta del fuselaje.

«¿Ves, querido? —dijo muy orgullosa—. Todo está bajo control. Ni siquiera importa que me hayas pegado. Te he perdonado.»

«¡Anne, no hagas eso!», gritó Brian. Pero ya era demasiado tarde. En el dorso de su mano apareció un pliegue que imitaba la grieta del fuselaje y que fue haciéndose más profundo a medida que la presión diferencial succionaba incansablemente su mano. Primero desapareció el dedo medio, después el anular, luego el índice y el pulgar. Se oyó el súbito ruido de una explosión —algo así como si un camarero ansioso hubiera destapado una botella de champán—, y toda la mano atravesó la grieta del avión.

Sin embargo, Anne seguía sonriendo.

«Es L'Envoi, querido —dijo mientras empezaba a desaparecer su brazo. Su cabello escapaba del pasador que lo sujetaba y flotaba en torno a su cara como si fuera una nube brumosa—. Es el que siempre he usado, ¿te acuerdas?»

Sí, se acordaba, ahora se acordaba. Pero ya no tenía importancia.

«¡Anne, vuelve!», gritó.

Ella siguió sonriendo mientras su brazo era absorbido lentamente por el vacío que rodeaba el avión. «No duele, Brian. Puedes creerme.»

La manga de su chaqueta verde de la compañía American Pride empezó a agitarse, y Brian vio que la carne de Anne pasaba por la grieta en forma de un líquido blanco y espeso. Parecía pegamento.

«L'Envoi, ¿recuerdas?», preguntó Anne mientras era devorada por la grieta. Entonces, Brian pudo oír otra vez ese sonido que el poeta James Dickey llamó una vez «el vasto silbido animal del espacio». Fue aumentando de volumen a medida que el sueño se oscurecía y al mismo tiempo empezaba a ensancharse, para convertirse, no en el grito del viento, sino en el de la voz humana.

Brian abrió los ojos. Durante un instante, sólo uno, se sintió desorientado por la nitidez del sueño. Pero él era un profesional que desempeñaba un trabajo arriesgado y de gran responsabilidad, un trabajo en el que uno de los requisitos indispensables era la capacidad de reacción. Estaba en el vuelo 29, y no en el 7; el trayecto no era Tokio-Los Ángeles, sino Los Ángeles-Boston; Anne ya había muerto, pero no víctima de un escape de presión, sino de un incendio en su apartamento de Atlantic Avenue, cerca del puerto. Sin embargo, el sonido persistía.

Una niña profería penetrantes gritos.

—Por favor, ¿querría hablarme alguien? —Preguntó Dinah Bellman con claridad y en voz baja—. Lo siento, pero mi tía no está y soy ciega.

Nadie contestó. Cuarenta filas y dos compartimentos más adelante, el capitán Brian Engle soñaba que su navegante lloraba mientras se comía una galleta danesa.

Sólo se oía el murmullo continuado de los motores.

El pánico volvió a oscurecer su mente, y Dinah hizo lo único que se le ocurría para mantenerlo a raya. Se desabrochó el cinturón, se levantó y salió al pasillo.

—¿Hola? —Preguntó en voz más alta—. ¡Hola, cualquiera!

Sin respuesta. Dinah empezó a llorar. Sin embargo, se controló y empezó a caminar lentamente por el pasillo. «Cuenta —le advirtió frenéticamente una parte de su cerebro—.

Cuenta las filas que pasas porque si no te perderás y no podrás encontrar el camino de regreso.»

Se detuvo en la fila de asientos de babor, delante de la que había ocupado la tía Vicky y ella, y se inclinó con los brazos y los dedos extendidos. Se preparó para tocar la cara dormida del hombre que estaba sentado allí. Sabía que había un hombre porque la tía Vicky había hablado con él apenas un minuto antes de que el avión despegara. Al contestar, su voz había salido del asiento que quedaba justo en frente del de Dinah. Eso lo sabía. Localizar la ubicación de las voces era parte de su vida, un hecho habitual de la existencia, como respirar. El hombre se sobresaltaría cuando sus dedos lo tocaran, pero a Dinah ya no le importaba.

Sin embargo, el asiento estaba vacío.

Completamente vacío.

Dinah se incorporó con las mejillas húmedas y las sienes latiéndole de terror. No podían estar juntos en el lavabo, ¿verdad? Por supuesto que no.

Tal vez hubiera dos lavabos. En un avión de ese tamaño debía de haber dos lavabos.

Pero eso tampoco importaba.

La tía Vicky no hubiera dejado su bolso por ningún motivo. Dinah estaba segura.

Empezó a avanzar lentamente, deteniéndose en cada fila de asientos y acercándose a los más próximos: primero al de babor y después al de estribor.

Tocó un bolso en uno y lo que parecía un portafolios en otro; una pluma y un bloc en un tercero; en otros dos, auriculares. Tocó algo pegajoso en un audífono de la segunda serie de asientos. Se frotó los dedos, hizo una mueca y los limpió en el paño que cubría la cabecera del asiento. Era cera, estaba segura. Tenía esa inconfundible textura pastosa.

Dinah Bellman continuó avanzando lentamente por el pasillo, sin tomarse ya la molestia de ser cuidadosa en sus exploraciones. No importaba. No oprimía ningún ojo ni ninguna mejilla, ni tampoco tiraba del pelo de nadie.

Todos los asientos que tocó estaban vacíos.

«No puede ser —pensó aterrada—. Simplemente, no puede ser. Estábamos rodeadas de gente cuando subimos. ¡Yo los oí! ¡Los sentí! ¡Los olí! ¿Dónde se han metido?»

Ignoraba dónde, pero sabía que se habían ido. Cada vez estaba más segura de eso.

En algún momento, mientras ella dormía, su tía y los demás pasajeros del vuelo 29 habían desaparecido.

«¡No! —gritaba la parte más racional de su cerebro con la voz de la señorita Lee—. ¡No, Dinah, es imposible! Si todos se han ido, ¿quién pilota el avión?»

Empezó a moverse más deprisa, agarrándose a los bordes de los asientos. Sus ojos ciegos permanecían abiertos detrás de las gafas oscuras y el borde de su vestido rosado revoloteaba. Había perdido la cuenta, pero en su angustia por el silencio continuado aquél era un detalle sin importancia.

Volvió a detenerse y tanteó con las manos el asiento de la derecha. Esta vez tocó el cabello, pero el lugar donde estaba situado no era el correcto. El pelo descansaba sobre el asiento, ¿cómo podía ser?

Lo apretó y lo cogió. De pronto tuvo una intuición súbita y terrible.

«Es pelo, pero el hombre a quien pertenece se ha ido. Es un cuero cabelludo. Tengo en la mano el cuero cabelludo de un muerto.»

Y entonces fue cuando Dinah Bellman abrió la boca y empezó a proferir los alaridos que arrancaron a Brian Engle de su sueño.

Albert Kaussner estaba acodado en la barra, bebiendo Branding Iron Whiskey. Los hermanos Earp —Wyatt y Virgil— permanecían a su derecha, y Doc Halliday a su izquierda. En el momento en que Albert levantaba su vaso para hacer un brindis, un hombre con pata de palo entró saltando en el Sergio Leone Saloon.

—¡Es la banda de los Dalton! —gritó—. ¡Los Dalton acaban de entrar en Dodge!

Wyatt se volvió tranquilamente y lo miró. Su rostro delgado y moreno resultaba atractivo. Se parecía mucho a Hugh O'Brian.

—Estamos en Tombstone, Muffin —dijo—. Tienes que controlar el canguelo.

—¡Bueno, están entrando estemos donde estemos! —Exclamó Muffin—. ¡Y parecen estar furiosos, Wyatt! Parecen estar realmente furiosos.

Como para corroborar su afirmación, en la calle empezaron a sonar disparos. Se oyó el ronco estallido de los 44 del Ejército (probablemente robados) mezclado con las explosiones más nítidas y fuertes de los rifles Garand.

—No te cagues en los pantalones, Muffy —dijo Doc Halliday, echándose el sombrero hacia atrás. A Albert no le sorprendió comprobar que Doc se parecía a Robert De Niro. Siempre había creído que si había alguien apropiado para hacer el papel del dentista tuberculoso ése era De Niro.

—¿Qué decís, muchachos? —preguntó Virgil Earp, mirando a su alrededor.

Virgil no se parecía a nadie.

—Vamos —dijo Wyatt—. Estoy hasta el gorro de los malditos Clanton.

—Son los Dalton, Wyatt —rectificó tranquilamente Albert.

—¡Me importa un pimiento! ¡Por mí, como si quieren ser John Dillinger y Pretty Boy Floyd! —Exclamó Wyatt—. ¿Estás con nosotros o no, As?

—Estoy contigo —dijo Albert Kaussner en el tono suave pero amenazador del asesino nato.

Apoyó una mano en la culata de su Buntline Special de cañón largo y se llevó la otra a la cabeza un momento, para asegurarse de que tenía el *yarmulke* bien puesto. Lo tenía.

—Muy bien —dijo Doc—. Vamos a patear algún trasero Dalton.

Salieron los cuatro juntos por las puertas batientes, justo en el momento en que la campana de la iglesia baptista de Tombstone empezaba a tañer señalando el mediodía.

Los Dalton bajaban al galope por la calle Mayor, agujereando los cristales de las ventanas y los postigos. Convirtieron en fuente el barril de agua que había delante del almacén de ramos generales de Duke.

Ike Dalton fue el primero en ver a los cuatro hombres de pie en la calle polvorienta con las chaquetas abiertas para dejar libres las culatas de los revólveres. Ike tiró brutalmente de las riendas de su caballo, que se levantó apoyado en las patas traseras, relinchando e impregnando de espuma el bocado. Ike Dalton se parecía un poco a Rutger Hauer.

—Mirad a quien tenemos aquí —dijo en tono burlón—. Es Wyatt Earp y el mariposón de su hermano Virgil.

Emmett Dalton (que se parecía a Donald Sutherland después de pasarse un mes acostándose tarde) se detuvo junto a Ike.

—Y también el maricón de su amigo el dentista —bramó—. ¿Quién más quiere...? —Pero en ese momento vio a Albert y se quedó lívido. La fina sonrisa se desvaneció de sus labios.

Paw Dalton se detuvo junto a sus dos hijos. Paw se parecía muchísimo a Slim Pickens.

—¡Dios mío! —Susurró Paw—. ¡Es As Kaussner!

En ese momento, Frank James detuvo su cabalgadura junto a la de Paw. Tenía la cara de color tierra.

—¡Qué demonios, chicos! —Exclamó Frank—. No me importa atemorizar a uno o dos pueblos en un día aburrido, pero nadie me advirtió que estaría el Judío de Arizona.

Albert As Kaussner, conocido como el Judío de Arizona desde Sedalia hasta Steamboat Springs, dio un paso adelante. Su mano revoloteó sobre la culata del Buntline. Escupió a un lado una bola de tabaco sin apartar su escalofriante mirada gris de los matones a caballo que tenía frente a él, a seis metros escasos de distancia.

—Muchachos, empezad a moveros —ordenó el Judío de Arizona—. Según mis cálculos el infierno no está ni medio lleno.

La banda de los Dalton apareció en el preciso instante en que el reloj de la torre de la iglesia baptista de Tombstone daba la última campanada del mediodía en el cálido aire del desierto. As palpó el arma y la desenfundó a una velocidad vertiginosa. Cuando empezaba a hacer girar el cañón con la palma de la mano izquierda, enviando una lluvia de muerte del calibre 45 hacia la banda de los Dalton, una niña que estaba de pie frente al hotel Longhorn empezó a gritar.

«Que alguien haga callar a esa mocosa —pensó As—. ¿Qué demonios le pasa? Lo tengo todo bajo control. No en vano me llaman el judío más rápido al oeste del Mississippi.»

Pero los gritos siguieron dispersándose por el aire, oscureciéndolo al salir, y todo empezó a hacerse añicos.

Durante un instante, Albert, perdido en la oscuridad a través de la cual fragmentos de su sueño caían y giraban vertiginosamente, no estuvo en ninguna parte. La única constante era aquel grito terrible que sonaba como el silbido de una tetera demasiado llena.

Abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaba en su asiento, en la parte delantera del compartimento principal del vuelo 29. Desde la parte trasera del avión, una niña de diez o doce años, con un vestido rosa y gafas oscuras, avanzaba por el pasillo.

«¿Y ésta quién es? ¿Una estrella de cine o algo así?», pensó. Lo que resultaba evidente es que estaba muy asustada. Una desagradable manera de salir de su sueño favorito.

—¡Eh! —Exclamó suavemente, como sino quisiera despertar a los demás pasajeros—. ¡Eh, chica! ¿Qué pasa?

La niña volvió bruscamente la cabeza en dirección a la voz. Un instante después, volvió también el cuerpo y echó a correr hacia los asientos centrales, ordenados en filas de a cuatro, golpeándose los muslos contra uno de ellos. Entonces, rebotó y cayó hacia atrás, tropezando en el brazo de uno de los de babor y aterrizando en su asiento con las piernas levantadas.

«¿Dónde están todos? —gritaba—. ¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme!»

—¡Eh, azafata! —exclamó Albert, preocupado, mientras se desabrochaba el cinturón. Luego se levantó, se volvió hacia la niña que gritaba y... entonces se detuvo. Miraba hacia la parte trasera del avión, y lo que vio lo dejó paralizado.

Lo primero que pensó fue: «Supongo que, tal como están las cosas, no tengo que preocuparme de si despierto a los demás pasajeros.»

A Albert le pareció que el compartimento principal del 767 estaba vacío.

Brian Engle casi había llegado a la mampara que separaba el compartimento de primera clase del de ejecutivos cuando comprendió que el de primera estaba totalmente vacío. Se detuvo apenas un instante y continuó caminando. Tal vez los demás hubieran abandonado sus asientos para ver quién gritaba tanto.

Naturalmente, sabía que no era así. Hacía mucho tiempo que llevaba pasajeros, el suficiente como para conocer sus reacciones psicológicas en grupo. Cuando un pasajero sufría un ataque de nervios, no era habitual que los demás se movieran. La mayoría renunciaba humildemente a la acción individual al entrar en el pájaro, sentarse y abrocharse el cinturón. Una vez realizadas esas cosas sencillas, todo lo relacionado con la resolución de problemas se convertía automáticamente en responsabilidad de la tripulación. El personal de las compañías aéreas llamaba gansos a los pasajeros, pero en realidad eran ovejas. De cualquier modo, la mayor parte de las tripulaciones consideraba estupenda esa actitud, pues facilitaba la tarea de manejar a los nerviosos.

Sin embargo, como era lo único que en apariencia tenía sentido, Brian ignoró lo que sabía y continuó caminando. Todavía estaba envuelto en los jirones de su propio sueño, y parte de su cerebro seguía convencido de que era Anne quien gritaba, de que la encontraría en el compartimento principal con la mano adherida a una grieta del fuselaje del avión, una grieta abierta bajo un cartel que rezaba: «Sólo estrellas fugaces.»

En el compartimento de ejecutivos había un solo pasajero, un hombre mayor vestido con un traje marrón de tres piezas. Su cabeza calva resplandecía suavemente bajo la luz de la lámpara de lectura. Sus manos hinchadas a causa de la artritis reposaban sobre la hebilla del cinturón. Estaba profundamente dormido y roncaba a todo trapo, ajeno a toda la algarabía.

Al entrar al compartimento principal, la energía que impulsaba a Brian hacia delante quedó anulada por la incredulidad más absoluta. Vio a un adolescente de pie junto a una niña que había caído sobre uno de los asientos de babor. Pero el chico no la miraba a ella, sino que miraba hacia la parte trasera del avión con la boca abierta, de modo que la mandíbula inferior casi tocaba el cuello de su camiseta Hard Rock Cafe.

La reacción de Brian fue la misma que la de Albert Kaussner: «¡Dios mío! ¡El avión está completamente vacío!», pensó.

Entonces vio a una mujer que asomaba por estribor y salía al pasillo para ver qué sucedía. Tenía el aspecto desorientado y abotargado de alguien a quien arrancan de un sueño profundo.

En medio del avión, en el pasillo central, un hombre joven con un jersey de cuello alto estiraba la cabeza hacia la niña y la miraba con ojos inexpresivos. Otro hombre, de unos sesenta años, se levantó de un asiento cercano al puesto de observación de Brian y se quedó allí, parado e indeciso. Llevaba una camisa de franela roja y parecía totalmente desconcertado. Los encrespados rizos de su cabello le conferían el aspecto de un científico loco.

—¿Quién grita? —Preguntó a Brian—. ¿El avión tiene problemas, señor? No se estará cayendo, ¿verdad?

La niña dejó de gritar. En un intento desesperado por levantarse del asiento donde se había desplomado, estuvo a punto de caer hacia delante. El chico la cogió a tiempo. Se movía con una lentitud de mareo.

«¿Adonde han ido? —Pensó Brian—. ¡Dios mío! ¿Dónde se han metido todos?»

Pero ahora sus pies lo llevaban hacia la niña. Pasó junto a otro pasajero que seguía durmiendo: una chica de unos diecisiete años. Su boca abierta producía una impresión desagradable, y respiraba con inhalaciones largas y secas.

Brian llegó junto al adolescente y la niña del vestido rosa.

—¿Dónde están, tío? —preguntó Albert Kaussner. Había pasado el brazo en torno a los hombros de la niña, pero no la miraba. Sus ojos examinaban sin descanso el compartimento principal, casi desierto—. ¿Aterrizamos en alguna parte mientras estaba durmiendo?

—¡Mi tía ha desaparecido! —Sollozó la niña—. ¡Mi tía Vicky! ¡Creí que el avión estaba vacío! ¡Creí que estaba sola! Por favor, ¿dónde está mi tía? ¡Quiero ver a mi tía!

Brian se arrodilló un momento junto a ella, de modo que quedaron más o menos a la misma altura. Observó las gafas oscuras y recordó haberla visto con la mujer rubia.

—Estás bien —afirmó—. Estás bien, jovencita. ¿Cómo te llamas?

—Dinah —contestó, sollozando—. No puedo encontrar a mi tía. Soy ciega y no puedo verla. Me desperté y el asiento estaba vacío...

—¿Qué pasa? —preguntó el joven del jersey de cuello alto. Hablaba por encima de la cabeza de Brian, ignorándolo a él y a Dinah. Se dirigía al chico de la camiseta Hard Rock y al hombre mayor de la camisa de franela—. ¿Dónde están los demás?

—Estás bien, Dinah —repitió Brian—. Aquí hay más gente. ¿Los oyes?

—S... sí, los oigo. Pero ¿dónde está mi tía Vicky? ¿Y a quién han matado?

—¿Matado? —preguntó bruscamente la mujer que se había acercado desde estribor. Brian miró un momento hacia arriba y vio que era joven, bonita, morena—. ¿Han matado a alguien? ¿Nos han asaltado?

—No han matado a nadie —aseguró Brian, por decir algo. Se sentía raro, como una barca a la que le hubieran soltado las amarras—. ¡Cálmate, preciosa!

—¡He tocado su cabello! —Insistió Dinah—. ¡Alguien le ha arrancado el cabello!

Aquello resultaba demasiado extraño como para aceptarlo junto a todo lo demás, de modo que Brian descartó la posibilidad de que fuera cierto. De pronto, con escalofriante intensidad, le asaltó la misma duda que antes a Dinah: ¿quién carajo estaba pilotando el avión?

Se incorporó y se volvió hacia el hombre mayor con camisa de franela.

—Tengo que ir a la parte delantera —dijo—. Quédese con la pequeña.

—Vale —aceptó el hombre de la camisa roja—. Pero ¿qué pasa?

Un hombre de unos treinta y cinco años, con téjanos planchados y camisa Oxford, se unió al grupo. A diferencia de los demás, parecía totalmente tranquilo. Sacó del bolsillo unas gafas con montura de concha, las sacudió y se las puso.

—Parece que faltan algunos pasajeros, ¿no es eso? —Preguntó, con un acento británico tan almidonado como su camisa—. ¿Y qué sucede con la tripulación? ¿Alguien lo sabe?

—Es lo que voy a averiguar —respondió Brian, avanzando otra vez. Al llegar al extremo del compartimento principal, se volvió y contó rápidamente. Otros dos pasajeros se habían unido al grupo que rodeaba a la niña de las gafas oscuras. Uno era la adolescente que hacía un momento dormía profundamente; se tambaleaba como si estuviera borracha o drogada. El otro era un caballero anciano con una chaqueta deportiva raída. En total, ocho, más el propio Brian y el tipo del compartimento de ejecutivos, que por el momento seguía durmiendo.

Diez personas.

«¡Por el amor de Dios! ¿Dónde está el resto?»

Pero no era el momento más indicado para preocuparse de eso. Había problemas más importantes. Brian continuó avanzando a toda prisa, dedicándole apenas una mirada al viejo calvo que dormía en el compartimento de ejecutivos.

El área de servicio, encajonada entre la pantalla y los asientos de primera clase, estaba vacía. La cocina también, pero allí Brian vio algo sumamente inquietante: el carrito de las bebidas estaba aparcado junto al lavabo de estribor. En el estante inferior había algunos vasos usados. «Estaban preparándose para servir bebidas —pensó—. Acababan de sacar el carrito cuando sucedió..., fuera lo que fuese. Esos vasos usados son los que sirvieron antes de despegar. Así que lo que haya sucedido debe de haber pasado en la media hora posterior al despegue, tal vez algo más. ¿No preveían turbulencias sobre el desierto? Creo que sí. Y estaba aquel extravagante comentario acerca de la aurora boreal...»

Durante un instante, Brian tuvo la convicción de que eso último formaba parte de su sueño, porque sin duda era extraño. Pero, después de reflexionar, se convenció de que Melanie Trevor, la azafata, lo había dicho realmente.

«No importa. ¿Qué ha pasado? ¡Por Dios! ¿Qué ha pasado?»

No lo sabía, pero sí sabía que el espectáculo del carrito de bebidas abandonado le producía una sensación de terror y espanto supersticioso. Durante un segundo pensó que así debían de haberse sentido los primeros en subir a bordo del *Mary Celeste* y contemplar un barco desierto con las velas desplegadas, la mesa del capitán puesta para la cena, todas las cuerdas cuidadosamente enrolladas y la pipa de un marinero quemando el resto de su tabaco en la proa...

Realizando un tremendo esfuerzo, Brian apartó de su mente aquellas ideas que le dejaban paralizado y se acercó a la puerta que separaba el área de servicio de la carlinga. Golpeó. Tal como había temido, no hubo respuesta. Y aunque sabía que era inútil insistir, apretó el puño y golpeó varias veces.

Nada.

Intentó hacer girar el picaporte. No se movió. Aquélla era una medida obligatoria en la época de los viajes no programados a La Habana, Beirut y Teherán. Sólo los pilotos podían abrirla.

Brian podía conducir ese avión, pero no desde allí fuera.

—¡Eh! —gritó—. ¡Eh, muchachos! ¡Abrid la puerta!

Pero ya lo sabía. Las azafatas habían desaparecido; casi todos los pasajeros habían desaparecido; Brian Engle estaba dispuesto a apostar cualquier cosa a que los dos pilotos del 767 también habían desaparecido.

Estaba convencido de que el vuelo 29 se dirigía hacia el este con el piloto automático.

CAPÍTULO DOS

OSCURIDAD Y MONTAÑAS. EL HALLAZGO
DEL TESORO. LA NARIZ DE CUELLO ALTO.
NI EL LADRIDO DE LOS PERROS. NO SE
PERMITE EL PÁNICO. CAMBIO DE DESTINO.

1

Brian había pedido al hombre mayor de la camisa roja que cuidara de Dinah, pero, cuando ésta oyó a la mujer que se había acercado desde estribor —la que tenía bonita voz—, se aferró a ella con temerosa intensidad, acercándose y buscando su mano con una especie de tímida determinación. Después de los años pasados con la señorita Lee, Dinah reconocía la voz de una maestra en cuanto la escuchaba. La mujer morena aceptó su mano de buen grado.

—¿Dijiste que te llamas Dinah, encanto?

—Sí —dijo Dinah—. Soy ciega, pero después de la operación que van a hacerme en Boston, probablemente podré volver a ver. Los doctores dicen que hay un setenta y cinco por ciento de posibilidades de que recupere un poco de visión y un cuarenta por ciento de que la recupere toda. ¿Cómo te llamas?

—Laurel Stevenson —contestó la mujer morena. Sus ojos seguían explorando el compartimento principal y su rostro parecía no poder desprenderse de su expresión inicial de incredulidad atónita.

—El laurel es una flor, ¿no? —preguntó Dinah, hablando con increíble vivacidad.

—¡Aja! —exclamó Laurel.

—Perdóneme —intervino el hombre de galas con montura de concha y acento británico—. Voy hacia la parte delantera a reunirme con nuestro amigo.

—Yo también voy —dijo el hombre mayor de la camisa roja.

—¡Quiero saber qué está pasando aquí! —exclamó de pronto el hombre con el jersey de cuello alto. En su cara mortalmente pálida destacaban dos manchas de color a la altura de las mejillas, brillantes como si llevaran colorete—. Exijo saber ahora mismo lo que está pasando.

—No me sorprende en absoluto —dijo el británico mientras comenzaba a avanzar.

El hombre de la camisa roja fue tras él. La adolescente con mirada perdida los siguió unos metros, pero se detuvo en la mampara que separaban el compartimento principal del de ejecutivos como si no supiera bien dónde estaba.

El caballero anciano de la chaqueta raída se acercó al portillo de babor, se inclinó y miró.

—¿Qué ve? —preguntó Laurel Stevenson.

—Oscuridad y montañas —respondió el hombre de la chaqueta deportiva.

—¿Las Rocosas? —preguntó Albert.

El hombre asintió.

—Creo que sí, joven.

Albert decidió ir también hacia delante. Tenía diecisiete años, era inteligente y la pregunta misteriosa de la noche también se le había ocurrido a él: ¿quién pilotaba el avión?

Pero después decidió que no importaba, al menos por el momento. Volaban apaciblemente, de modo que era presumible que alguien estuviera pilotando, y si ese alguien resultaba ser algo —en otras palabras, el piloto automático—, él no podía hacer nada al respecto. Como Albert Kaussner, era un violinista de talento —no exactamente un prodigio— que se dirigía al Conservatorio de Berklee. Como As Kaussner, era (al menos en sus sueños) el judío más rápido del oeste del Mississippi, un cazador de recompensas que descansaba los sábados, no ponía los zapatos encima de la cama y mantenía siempre los ojos abiertos, uno en espera de que se presentara la oportunidad y el otro de que apareciera un café *kosher* en la carretera polvorienta. Suponía que As era su manera de escabullirse de unos padres superprotectores que no le habían permitido participar en la liguilla de béisbol porque podía dañar sus valiosas manos y que, en el fondo de su corazón, estaban convencidos que un simple estornudo era el inicio de una neumonía.

El era un violinista pistolero, una interesante combinación, pero no sabía nada de aviones. Y la pequeña había dicho algo que al mismo tiempo le había intrigado y le había helado la sangre en las venas. «¡He tocado su cabello! —Había dicho—. ¡Alguien le ha arrancado el cabello!»

Se apartó de Dinah y Laurel (el hombre de la chaqueta vieja se había acercado a estribor y miraba por una de las ventanillas, y el del jersey de cuello alto avanzaba en dirección a los demás, con los ojos entornados en actitud pendenciera), y empezó a desandar el recorrido de Dinah por el pasillo.

«¡Alguien le ha arrancado el cabello!», había dicho. Unas filas más allá, Albert vio a qué se refería.

—Señor, rezo para que la gorra de piloto que vi en uno de los asientos de primera clase le pertenezca —dijo el británico.

Brian estaba de pie ante la puerta cerrada, con la cabeza gacha, pensando a toda velocidad. Cuando el otro habló detrás de él, se incorporó sorprendido y giró sobre sus talones.

—No tenía intención de asustarlo —dijo suavemente el británico—. Me llamo Nick Hopewell —añadió tendiéndole la mano.

Brian la estrechó. Al hacerlo, cumpliendo con la parte que le correspondía del antiguo ritual, se le ocurrió que debía de ser un sueño provocado por el tenso viaje desde Tokio y el descubrimiento, al llegar, de que Anne había muerto.

Parte de su cerebro sabía que no era así, exactamente igual que había sabido que el alarido de la niña no tenía nada que ver con que el compartimento de primera clase estuviera desierto, pero se aferró a esa idea del mismo modo que se había aferrado a la otra. Le servía de ayuda, así que ¿por qué no? Todo lo demás era demencial. Tanto, que cualquier intento por reflexionar acerca de ello le producía una sensación de fiebre y mareo. Además, en realidad no había tiempo para pensar; simplemente, no había tiempo, y descubrió que en cierta forma eso era un alivio.

—Brian Engle —dijo—. Encantado de conocerlo, aunque las circunstancias son... —Y se encogió de hombros, desamparado. ¿Cuáles eran exactamente las circunstancias? No se le ocurría ningún adjetivo que pudiera describirlas de manera adecuada.

—Algo extrañas, ¿no? —Aceptó Hopewell—. Supongo que por el momento será mejor no pensar en ellas. ¿La tripulación contesta?

—No —dijo Brian, y de pronto golpeó la puerta con el puño, frustrado.

—Tranquilo, tranquilo —murmuró Hopewell—. Hábleme de la gorra, señor Engle. No tiene ni idea de la satisfacción y el alivio que sentiría si pudiera llamarle capitán Engle.

Brian sonrió a su pesar.

—Soy el capitán Engle —afirmó—. Pero, dadas las circunstancias, supongo que puede llamarme Brian.

Nick Hopewell cogió la mano izquierda de Brian y la besó con entusiasmo.

—Creo que le llamaré Salvador —dijo—. ¿Le molesta mucho?

Brian echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír. Nick también rió. Estaban allí de pie, ante la puerta cerrada de la cabina de un avión casi vacío, riendo a carcajadas, cuando llegaron el hombre de la camisa roja y el del jersey de cuello alto, que los miraron como si se hubieran vuelto locos.

Albert Kaussner cogió el cabello con la mano derecha y se quedó mirándolo, pensativo. Era negro, y brillaba bajo la luz del techo. Se trataba de una excelente peluca, y no le sorprendió en absoluto que asustara a la niña. Si no hubiera podido verlo, también Albert se habría asustado. Volvió a dejar la peluca sobre el asiento, echó una mirada al bolso que descansaba en el asiento contiguo y observó con más atención lo que había junto al bolso. Era una alianza de oro. La cogió, la examinó y la dejó donde estaba. Empezó a caminar lentamente hacia la cola del avión. En menos de un minuto, Albert se había quedado tan estupefacto que olvidó la cuestión de quién pilotaba el avión o de cómo iban a bajar de allí si estaba funcionando con el piloto automático.

Los pasajeros del vuelo 29 habían desaparecido, pero dejando tras de sí un fabuloso —y en ocasiones enigmático— tesoro. Albert encontró joyas en casi todos los asientos: anillos de casados en su mayor parte, pero también diamantes, esmeraldas y rubíes. Había pendientes, la mayoría de ellos baratijas, aunque a Albert algunos le parecieron muy caros. Su madre tenía algunas joyas valiosas, y ciertas cosas de las que había allí hacían que sus mejores joyas parecieran saldos. Había broches, collares, gemelos, pulseras de identificación. Y relojes, infinidad de relojes de diferentes marcas: Timex, Rolex... Debía de haber por lo menos doscientos sobre los asientos, en el suelo, por los pasillos... Resplandecían bajo las luces. Había por lo menos sesenta pares de gafas. Con montura de metal, de concha, de oro. Había gafas discretas, gafas punky y gafas con diamantes falsos en las patillas. Había Ray-Ban, Polaroid y Foster Grant.

Había hebillas de cinturones, pasadores y pilas de repuesto. Billetes no, pero sí unos cuatrocientos dólares en moneda fraccionaria. Había billeteros. No tantos como bolsos, pero sí más de una docena, piel de todas las calidades y de plástico. Había cortaplumas y por lo menos una docena de calculadoras de bolsillo.

Y también cosas más raras. Cogió un cilindro de plástico de color carne y lo examinó durante casi treinta segundos antes de llegar a la conclusión de que era un consolador y dejarlo rápidamente. Había una cucharilla de oro sujeta a una fina cadena. Aquí y allá, en los asientos y en el suelo, había objetos brillantes de metal casi todos de plata, aunque también los había de oro. Cogió un par para ratificar el juicio de su cerebro inquieto: algunos eran fundas dentales, pero en su mayor parte se trataba de empaste de dientes humanos. Y en una de las filas traseras encontró dos diminutos cilindros de acero. Los miró con detenimiento antes de comprender que eran clavos quirúrgicos, y que no pertenecían al suelo de un avión casi desierto sino a la rodilla u hombro de algún pasajero.

Descubrió a otro pasajero, un joven con barba que estaba despatarrado sobre dos asientos de la última fila, roncando sonoramente y oliendo como una destilería.

A dos asientos de distancia encontró un aparato que parecía un marcapasos.

Albert se detuvo en la cola del avión y miró hacia delante por el ancho y vacío tubo del fuselaje. —¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó con un hilo de voz.

—¡Exijo saber qué está pasando aquí! —dijo, alzando la voz el hombre del jersey de cuello alto. Entró en el área de servicio, situada en la parte delantera de primera clase, como un invasor montado en un caballo hostil.

—¿En este momento? Estamos a punto de romper la cerradura de esta puerta —dijo Nick Hopewell, clavando una mirada brillante en Cuello Alto—. La tripulación parece haber abdicado junto con todos los demás, pero de todos modos tenemos suerte. Mi nuevo amigo es un piloto que estaba volando con pase y...

—Desde luego, aquí hay un botarate, y tengo intención de descubrir quién es, créame —amenazó Cuello Alto, pasando junto a Nick sin dedicarle ni una mirada y acercando su cara a la de Brian, tan agresivo como un jugador que disputa una pelota—. ¿Usted trabaja para American Pride, amigo?

—Sí —respondió Brian—. Pero ¿por qué no dejamos eso por ahora, señor? Es importante que...

—¡Yo le diré lo que es importante! —gritó Cuello Alto. Un fino rocío de saliva cubrió las mejillas de Brian, el cual tuvo que reprimir un impulso súbito y violento de rodear con sus manos el cuello de ese idiota y descubrir cuánto podía apretar antes de que se rompiera algo dentro—. ¡Esta mañana a las nueve tengo una reunión en el Prudential Center con representantes de la Banca Internacional! ¡A las nueve en punto! Reservé un asiento en este vehículo de buena fe, y no tengo intención de llegar tarde a mi cita. Quiero saber tres cosas: quién autorizó un aterrizaje no programado de este avión mientras yo dormía, dónde se realizó ese aterrizaje y por qué se hizo.

—¿Ha visto alguna vez *Star Trek* —preguntó de pronto Nick Hopewell.

La cara congestionada de Cuello Alto se volvió hacia Nick. Su expresión decía que, en su opinión, el inglés estaba obviamente loco.

—¿De qué demonios habla?

—De un maravilloso programa americano —respondió Nick—. Ciencia ficción. La exploración de extraños mundos nuevos, como el que aparentemente existe en el interior de su cabeza. Y si no cierra el pico enseguida, imbécil, me encantará hacerle una demostración de la famosa llave Vulcano del señor Spock.

—¡No puede hablarme así! —Bramó Cuello Alto—. ¿Sabe quién soy?

—Por supuesto —dijo Nick—. Es un gusanillo estúpido que ha confundido su tarjeta de embarque con credenciales que proclaman que es el Sumo Sacerdote de la Creación. Además, está muy asustado. No hay nada de malo en ello, pero podría haberlo.

La cara de Cuello Alto estaba tan congestionada que Brian empezó a temer que le explotara la cabeza. Una vez había visto una película donde pasaba eso y no quería verlo en la vida real.

—¡No puede hablarme así! ¡Ni siquiera es ciudadano americano!

Nick Hopewell se movió con tal rapidez que Brian apenas vio lo que estaba pasando. El hombre del jersey de cuello alto estaba aullando ante la cara de Nick, que permanecía de pie junto a Brian con las manos en jarras sobre sus téjanos planchados. Un instante después, Cuello Alto tenía la nariz atrapada entre el pulgar y el índice de la mano derecha de Nick.

Cuello alto intentó apartarse. Los dedos de Nick apretaron y su mano giró levemente, como si estuviera ajustando un tornillo o dando cuerda a un despertador. Cuello Alto rugió.

—Puedo romperla —advirtió Nick con suavidad—. Créame, es lo más fácil del mundo.

Cuello Alto intentó retroceder. Sus manos golpeaban sin resultado el brazo de Nick. Éste volvió a dar una vuelta y Cuello Alto rugió por segunda vez.

—Creo que no me ha oído. Puedo romperla, ¿entiende? Si entiende, haga una seña.

Y retorció por tercera vez la nariz de Cuello Alto.

En esta ocasión, Cuello Alto no rugió, sino que aulló.

—¡Ostras! —exclamó detrás de él la chica drogada—. Una llave de nariz.

—No tengo tiempo para discutir sus citas de negocios —le dijo con calma Nick a Cuello Alto—. Ni tampoco para ocuparme de una histeria disfrazada de agresividad. Nos encontramos ante una situación difícil e incomprensible. Es evidente, señor, que usted no forma parte de la solución, y no tengo ninguna intención de permitir que se convierta en parte del problema. En consecuencia, voy a enviarlo de regreso al compartimento principal. Este caballero de la camisa roja...

—Don Gaffney —interrumpió el caballero de la camisa roja. Se le veía tan atónito como al propio Brian.

—Gracias —dijo Nick, que seguía apretando la nariz de Cuello Alto con aquella llave sorprendente, mientras Brian veía fluir un hilillo de sangre por uno de los atormentados orificios nasales del hombre. Luego, lo atrajo hacia sí y prosiguió con voz cálida y confiada—: El señor Gaffney, aquí presente, será su escolta. En cuanto llegue al compartimento principal, mi fastidioso amigo, se sentará con su cinturón de seguridad bien ajustado. Más tarde, cuando el capitán se haya asegurado de que no vamos a chocar contra una montaña, un edificio u otro avión, tal vez podamos hablar más extensamente de su situación. En este momento, sin embargo, su interferencia es innecesaria. ¿Comprende todas las cosas que le he dicho? Cuello Alto emitió un balido dolorido y escandalizado.

—Si comprende, levante los pulgares por favor.

Cuello Alto levantó un pulgar. Brian vio que la uña había sido sometida a una cuidadosa manicura.

—Estupendo —dijo Nick—. Otra cosa. Cuando le suelte la nariz tal vez sienta deseos de venganza. Sentirse así es fabuloso, pero dar rienda suelta a ese sentimiento sería un error. Quiero que recuerde que lo que le he hecho a su nariz puedo repetirlo con toda facilidad con sus testículos. De hecho, puedo retorcerlos tanto que al soltarlos usted saldría volando por la cabina, como el avioncito de un niño. Espero que ahora se vaya con el señor... —Y miró inquisitivamente al hombre de la camisa roja.

—Gaffney —repitió el hombre de la camisa roja.

—Eso, Gaffney. Lo siento. Espero que se vaya con el señor Gaffney. No discuta, no se niegue. En realidad, si dice aunque sea una palabra, se descubrirá explorando mundos de dolor hasta ahora desconocidos. Si entiende esto, demuéstremelo con el pulgar.

Cuello Alto meneó su pulgar con tanto entusiasmo, que durante un instante pareció un excursionista con diarrea tratando de parar un coche.

—Perfecto —dijo Nick, y le soltó la nariz.

Cuello Alto retrocedió, mirando a Nick Hopewell con ojos enfurecidos y perplejos. Parecía un gato al que acabaran de despertar con un cubo de agua fría. En sí misma, la ira hubiera dejado indiferente a Brian. Fue la perplejidad lo que le inspiró cierta compasión. Él también estaba perplejo. Cuello Alto se llevó una mano a la nariz para verificar que todavía estaba en su sitio. De cada fosa nasal fluía un delgado hilillo de sangre, no más ancho que la banda de un paquete de cigarrillos. Miró con incredulidad las yemas de sus dedos manchadas de sangre. Abrió la boca.

—Yo no lo haría, señor —dijo Don Gaffney—. El tipo habla en serio. Es mejor que venga conmigo.

Cogió a Cuello Alto del brazo. Durante un momento, éste opuso resistencia a su amistoso tirón y volvió a abrir la boca.

—No me parece una buena idea —intervino la chica que parecía drogada—. Si no se las pira, perderá.

Cuello Alto cerró la boca y permitió que Gaffney lo guiara de regreso a la parte trasera del compartimento de primera. Miró una vez por encima del hombro, con ojos dilatados y atónitos, y volvió a llevarse los dedos a la nariz.

Mientras tanto, Nick había perdido todo interés por el hombre. Miraba por una de las ventanillas.

—Al parecer estamos sobrevolando las Rocosas —dijo—, y a una altura bastante segura.

Brian también miró un instante. Eran las Rocosas, sí, y por su aspecto debían de encontrarse aproximadamente en el centro de la cadena. Calculó la altitud en unos diez mil metros. Más o menos lo que le había dicho Melanie Trevor. Así que iban bien, al menos por el momento.

—Venga —dijo—. Ayúdeme a forzar esta puerta.

Nick se acercó.

—¿Quiere que dirija esta parte de la operación, Brian? Tengo cierta experiencia.

—Como quiera.

Brian se descubrió preguntándose cómo habría adquirido Nick Hopewell su experiencia en retorcer narices y forzar puertas. Se le ocurrió que probablemente fuera una larga historia.

—Resultaría útil saber hasta qué punto el cerrojo es resistente —dijo Nick—. Si golpeamos con demasiada fuerza, seremos catapultados al interior de la carlinga, y no me gustaría caer sobre algo que no merezca la pena.

—No lo sé —respondió Brian—. Sin embargo, no creo que sea fuerte.

—Vale —dijo Nick—. Dése la vuelta y colóquese de espaldas a mí, con el hombro derecho apuntando a la puerta.

Brian obedeció.

—Yo contaré. Cuando diga tres, empujaremos juntos. Al avanzar flexione las piernas. Tenemos más posibilidades de romper el cerrojo si golpeamos la puerta por debajo. No golpee con toda su fuerza. Más o menos la mitad. Si no es suficiente, siempre podemos volver a intentarlo.

¿Entiende?

—Entiendo.

La chica, que ahora parecía más despierta y lúcida, dijo:

—No dejan una llave bajo el felpudo o algo así, ¿verdad?

Nick la miró sobresaltado y se volvió hacia Brian.

—¿Es posible que dejen alguna llave por ahí?

Brian meneó la cabeza.

—Me temo que no. Es una medida antiterrorista.

—Claro —dijo Nick—. Claro que lo es —repitió, guiñándole un ojo a la chica—. Pero, de todos modos, a eso se le llama usar la cabeza.

La chica le sonrió, vacilante.

Nick volvió a mirar a Brian.

—¿Listo?

—Listo.

—Vale, entonces..., uno... dos... tres.

Se lanzaron contra la puerta, agachándose con sincronización perfecta antes de golpearla, y la puerta se abrió con absurda facilidad. Entre el área de servicio y la cabina de mando había un umbral pequeñísimo, en realidad un desnivel demasiado corto para considerarse un escalón.

Brian tropezó con la punta del zapato, y habría caído de lado en la cabina si Nick no lo hubiera cogido por el hombro. El hombre era veloz como un gato.

—Está bien —dijo, más para sí mismo que a Brian—. Veamos con qué tenemos que enfrentarnos, ¿de acuerdo?

La cabina estaba vacía. Al verlo, a Brian se le pusieron los pelos de punta. Sabía perfectamente que un 767 podía volar miles de kilómetros con el piloto automático, utilizando la información introducida en el sistema de navegación informatizado —sólo Dios sabía la cantidad de kilómetros que él mismo había volado así—, pero ver los dos asientos vacíos era una cosa muy distinta. Eso fue lo que le asustó. En toda su carrera no había visto jamás una carlinga vacía durante el vuelo.

Ahora la estaba viendo. Los controles del piloto se movían solos, realizando las correcciones infinitesimales necesarias para mantener el avión en la ruta programada para ir a Boston. Las luces del tablero estaban en verde. Las dos pequeñas alas que aparecían encima del indicador de altitud del avión permanecían inmóviles sobre el horizonte artificial. Más allá de las dos pequeñas ventanillas rasgadas, un billón de estrellas parpadeaban en el cielo del amanecer.

—¡Guau! —exclamó la adolescente en voz baja.

—Caramba —dijo Nick al mismo tiempo—. Mire aquí, compañero.

Nick señalaba una taza de café medio vacía que estaba sobre la consola de servicio, junto al brazo izquierdo del asiento del piloto. Al lado del café había una galleta danesa mordida. Al verla, el sueño regresó de pronto a la mente de Brian, que se estremeció violentamente.

—Fuera lo que fuese, pasó muy rápido —dijo Brian—. Mire aquí. Y aquí.

Señaló primero el asiento del piloto y después el suelo, junto al asiento del copiloto. Dos relojes de pulsera centelleaban bajo la luz de los controles: un Rolex a prueba de presión y un Pulsar digital.

—Si quieren relojes, tienen para elegir —dijo una voz detrás de ellos—. Allí detrás hay toneladas.

Brian miró por encima del hombro y vio a Albert Kaussner, con el aspecto ordenado y juvenil que le proporcionaba su pequeña gorra y la camiseta Hard Rock Cafe. Junto a él estaba el caballero anciano de la chaqueta deportiva raída.

—¿De veras? —preguntó Nick. Por primera vez parecía haber perdido todo su aplomo.

—Relojes, joyas y gafas —dijo Albert—. Y bolsos. Pero lo más raro es que... hay cosas que estoy casi seguro de que salieron del interior de la gente. Cosas como clavos quirúrgicos y marcapasos.

Nick miró a Brian Engle. El inglés se había quedado visiblemente pálido.

—Yo partía más o menos del mismo supuesto que nuestro locuaz y grosero amigo —dijo—.

Que el avión había aterrizado en alguna parte, por alguna razón, mientras dormía. Que la mayoría de los pasajeros y la tripulación se habían quedado en tierra por algún motivo.

—Me hubiera despertado en el instante en que comenzara el descenso —dijo Brian—. Es por el hábito.

Descubrió que no podía apartar la vista de los asientos vacíos, la taza de café medio vacía y la galleta danesa mordida.

—En circunstancias normales, diría lo mismo —aceptó Nick—. Así que pensé que me habían puesto narcótico en la bebida.

«No sé cómo se gana la vida este tipo —pensó Brian—, pero desde luego no vende coches de segunda mano.»

—Nadie puso nada en mi vaso —dijo—, por la sencilla razón de que no tenía ninguno.

—Ni yo —dijo Albert.

—En cualquier caso, es imposible que se haya producido un aterrizaje y un despegue mientras dormíamos —explicó Brian—. Se puede conducir un avión con piloto automático, y el Concorde puede aterrizar automáticamente, pero para despegar es imprescindible una persona.

—Entonces, no hubo aterrizaje —dijo Nick.

—No.

—Entonces, ¿adonde han ido, Brian?

—No lo sé —contestó Brian. Se dirigió hacia el asiento del piloto y se sentó.

Estaban volando a once mil metros, tal como le había dicho Melanie Trevor, en dirección 090. Eso cambiaría una o dos horas después cuando el avión llegara más al norte. Brian cogió el gráfico de navegación, miró el indicador de velocidad del aire e hizo una serie de cálculos rápidos. Después, se puso los auriculares.

—Centro de Denver, aquí el vuelo 29 de American Pride, corto.

Cambió la posición del interruptor, pero no oyó nada. Nada en absoluto. Ni interferencias, ni conversaciones, ni señales del control de tierra ni de ningún otro avión. Controló la posición del transmisor: 7700, como debía ser. Volvió a mover el interruptor para transmitir otra vez.

—Centro de Denver, conteste por favor, aquí el vuelo 29 de American Pride. Repito, el *Heavy* de American Pride. Tengo un problema, Denver, tengo un problema.

Volvió a colocar el interruptor en posición de recibir y permaneció a la escucha.

Entonces hizo algo que aceleró el corazón de Albert As Kaussner: golpeó con los nudillos el panel de control, debajo del equipo de radio. El Boeing 767 era un avión de alta tecnología, un avión piloto. En semejante avión, no se intentaba hacer funcionar los aparatos de esa manera. Lo que acababa de hacer el piloto era lo que uno hacía cuando la vieja radio Philco que había comprado por un dólar en la subasta de Kiwanis se negaba a funcionar al llegar a casa.

Brian volvió a llamar al centro de Denver. No obtuvo respuesta. Ninguna respuesta.

Hasta ese momento, Brian se había sentido mareado y terriblemente perplejo. Ahora empezó a estar asustado, muy asustado. Hasta entonces no había tenido tiempo de sentir miedo. Le hubiera gustado que siguiera siendo así, pero no lo era. Pasó la radio a la frecuencia de emergencia y volvió a probar. No hubo respuesta. Era el equivalente a llamar al 911 en Manhattan y oír una grabación que decía que todos se habían ido de fin de semana. Cuando se llamaba por la banda de emergencia, siempre se obtenía una respuesta instantánea. «Por lo menos hasta ahora», pensó Brian.

Pasó al UNICOM, donde los pilotos privados obtenían asesoramiento sobre el aterrizaje en los aeropuertos pequeños. Nada. Escuchó atentamente, pero no oyó nada. Y eso era imposible. Los pilotos privados charlaban como estorninos posados en el cable telefónico. La chica del Piper quería conocer el informe meteorológico. El tipo del Cessna se quedaría muerto en su asiento si no conseguía que alguien llamara a su esposa y le dijera que llevaba tres amigos a cenar. Los del Lear querían que la recepcionista del aeropuerto Arvada anunciara a los pasajeros del charter que llevaban quince minutos de retraso, y que tuvieran paciencia porque de todos modos llegaría a Chicago a tiempo para el partido de béisbol.

Pero allí no se oía nada de eso. Al parecer, los estorninos habían volado y las líneas telefónicas estaban abandonadas.

Volvió a pasar a la banda de emergencia de la FAA.

—¡Denver, conteste! ¡Conteste ya! ¡Este es el vuelo 29 de AP! ¡Contesten, maldita sea!

Nick le tocó el hombro.

—Calma compañero.

—¡El perro no quiere ladrar! —gritó Brian, frenético—. ¡Es imposible, pero es lo que está sucediendo! ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¿Ha habido una guerra nuclear, o qué?

—Calma —repitió Nick—. Brian, tranquilícese y dígame qué quiere decir eso de que el perro no quiere ladrar...

—¡Me refiero al centro de control de Denver! —Exclamó Brian—. ¡A ese perro! ¡Y a la emergencia de la FAA! ¡A ese perro! ¡Y al UNICOM! ¡A ese otro perro! Jamás... —Y movió otro interruptor sin acabar la frase—. Ésta es la banda onda media. Tendrían que estar saltando unos sobre otros como ranas sobre un pavimento ardiendo, pero no se oye una mierda. Probó otro interruptor y levantó la mirada hacia Nick y Albert Kaussner, que también se había acercado.

—Denver no emite la señal VOR —dijo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que no tengo ni radio ni señal de navegación de Denver. Y mi tablero dice que todo funciona estupendamente. Y eso son tonterías. Tienen que serlo.

Empezó a ocurrírsele una idea terrible, que surgió como el cuerpo de un ahogado que emerge a la superficie de un río.

—Oye, chico, mira por la ventanilla. Por el lado izquierdo. Dime lo que ves.

Albert Kaussner miró. Miró durante un buen rato.

—Nada —dijo—. Nada en absoluto. Sólo el final de las Rocosas y el comienzo de las praderas.

—¿No hay luces?

—No.

Brian se irguió sobre unas piernas que parecían débiles e incorpóreas. Se quedó mirando durante largo rato.

Por último, Nick Hopewell dijo tranquilamente:

—Denver ha desaparecido, ¿no es eso?

Por los gráficos y el equipo de navegación de a bordo, Brian sabía que ahora deberían estar volando a menos de ochenta kilómetros de Denver, pero debajo sólo veía el paisaje oscuro y monótono que señalaba el comienzo de las Grandes Llanuras.

—Sí —respondió—. Denver ha desaparecido.

Hubo un momento de absoluto silencio y después Nick Hopewell se volvió hacia el coro escénico, que en ese momento estaba formado por Albert, el hombre de la chaqueta raída y la chica. Nick batió palmas enérgicamente, como si fuera una maestra de parvulario. Sus palabras también sonaban como si lo fuera.

—Bien, muchachos, vuelvan a sus asientos. Creo que aquí necesitamos un poco de tranquilidad.

—Estamos tranquilos —objetó la chica, muy razonablemente.

—Creo que lo que el caballero quiere decir no es tranquilidad, sino un poco de intimidad —dijo el hombre de la chaqueta raída. Su voz sonó educada, pero su mirada suave y preocupada estaba clavada en Brian.

—Es exactamente lo que quiero decir —aceptó Nick—. Por favor.

—¿Cree que está bien? —preguntó en voz baja el hombre de la chaqueta raída—. Parece bastante alterado.

Nick contestó en el mismo tono confidencial.

—Sí —dijo—. Estupendamente. Yo me ocuparé de él.

—Vamos, chicos —dijo el hombre. Pasó un brazo por los hombros de la chica y el otro por los de Albert—. Volvamos y sentémonos. Nuestro piloto tiene cosas que hacer.

Por lo que se refería a Brian, no tenían por qué haber bajado la voz. Era como un pez alimentándose bajo el agua, mientras por el cielo pasa una pequeña bandada. El sonido puede llegar hasta el pez, pero desde luego no le hace el menor caso. Brian estaba atareado pasando de una banda de emisión a otra, de un punto de navegación a otro. Era inútil. No había Denver, ni Colorado Springs, ni Omaha. Todo había desaparecido.

Sentía que el sudor corría por sus mejillas como lágrimas y que la camisa se le pegaba a la espalda.

«Debo de oler como un cerdo —pensó—, o como un...»

Entonces tuvo una inspiración. Pasó a la frecuencia de la aviación militar, a pesar de que las normas lo prohibían expresamente. El Comando Estratégico del Aire era prácticamente dueño de Omaha. Ellos estarían en el aire. Se exponía a que le dijeran que saliera a toda pastilla de su frecuencia, y probablemente lo amenazarían con denunciarlo al FAA, pero Brian estaba dispuesto a aceptarlo con alegría. Tal vez fuera el primero en comunicarles que, al parecer, la ciudad de Denver se había ido de vacaciones.

—Control de las Fuerzas Aéreas, Control de las Fuerzas Aéreas, aquí el vuelo 29 de American Pride. Tenemos un problema, un grave problema, ¿me entienden? Corto.

Pero allí tampoco ladró ningún perro.

Entonces fue cuando Brian sintió algo así como si un cerrojo empezara a ceder dentro de su cerebro. Entonces sintió que toda la estructura de pensamiento organizado empezaba a resbalar lentamente en dirección a un abismo oscuro.

En ese momento, Nick Hopewell apoyó una mano en la parte superior de su hombro, cerca del cuello. Brian dio un salto en el asiento y estuvo a punto de gritar. Volvió la cabeza y encontró la cara de Nick apenas a unos centímetros de la suya.

«Ahora me cogerá la nariz y empezará a retorcerla», pensó Brian.

Pero Nick no le cogió la nariz. Habló con una inmensa serenidad, con los ojos fijos en los de Brian, sin pestañear.

—Veo una expresión en sus ojos, amigo mío... Aunque no necesito ver sus ojos para saber que está ahí. Puedo oírlo en su voz y verlo en la manera en que está sentado. Ahora, escúcheme con atención: el pánico no está permitido.

Brian se quedó mirándolo, congelado por la mirada azul.

—¿Me entiende?

Habló con gran esfuerzo.

—Nick, no dejan que un tipo haga el trabajo que yo hago si se deja vencer por el pánico.

—Lo sé —dijo Nick—, pero ésta es una situación excepcional. Sin embargo, debe recordar que en este avión hay una docena de personas o más, y que su trabajo es el de siempre: llevarlos a tierra de una pieza.

—¡No necesita decirme cuál es mi trabajo! —le espetó Brian.

—Me temo que sí —dijo Nick—. De todas formas, ya parece estar mucho mejor, me alivia decirlo.

Pero el cambio no se reducía a parecer estar mejor; Brian estaba empezando a sentirse bien otra vez. Nick había clavado el alfiler en la parte más sensible: su sentido de la responsabilidad. «Era lo que pretendía», pensó Brian.

—¿Cómo se gana la vida, Nick? —preguntó con voz temblorosa.

Nick echó la cabeza hacia atrás y rió.

—Como agregado júnior en la embajada británica, viejo.

—¡Y un cuerno!

Nick se encogió de hombros.

—Bueno, es lo que dicen mis papeles y supongo que es bastante correcto. Si dijeran algo más, supongo que pondrían mecánico de Su Majestad. Arreglo cosas que necesitan ser arregladas. En este momento, a usted.

—Gracias —replicó Brian, fastidiado—, pero ya no necesito arreglos.

—De acuerdo. ¿Qué piensa hacer? ¿Puede navegar sin esos radares de tierra? ¿Puede evitar otros aviones?

—Puedo navegar perfectamente con el equipo de a bordo —respondió Brian—. En cuanto a otros aviones —añadió, señalando la pantalla de radar—, este hijo de mala madre dice que no hay ninguno más.

—Sin embargo, tal vez los haya —dijo suavemente Nick—. Podría ser que, por el momento, las condiciones de la radio y del radar no sean las óptimas. Usted mencionó la guerra nuclear, Brian.

Creo que si hubiera habido un intercambio nuclear, lo sabríamos. Pero eso no quiere decir que no haya podido producirse algún accidente. ¿Conoce el fenómeno conocido como pulso electromagnético?

Brian pensó un instante en Melanie Trevor. «¡Ah! Hemos recibido informes acerca de la aurora boreal sobre el desierto de Mohave. Tal vez quiera verla.»

¿Podía ser cierto que se tratara de algún extraño fenómeno atmosférico?

Suponiendo que fuera posible, ¿por qué no se oía nada en la radio? ¿Por qué no había interferencia en la pantalla del radar? ¿Por qué esa negrura mortal? Se resistía a creer que la aurora boreal fuera responsable de la desaparición de ciento cincuenta y dos pasajeros.

—¿Y bien? —preguntó Nick.

—Usted es un excelente mecánico, Nick —contestó Brian por fin—, pero no creo que sea pulso electromagnético. Todo el equipo de a bordo, incluyendo el cambio direccional, parecen funcionar a la perfección —dijo señalando la lectura del compás digital—. Si hubiéramos experimentado un pulso electromagnético, ese bebé estaría girando como un loco. Pero está inmóvil.

—¡Aja! ¿Piensa seguir hasta Boston?

«¿Piensa...?»

Con estas palabras, el resto de pánico desapareció. «Es lo correcto —pensó—. Ahora soy el capitán de esta nave, y en última instancia las cosas se reducen a eso. Debería habérmelo recordado antes, amigo mío, y nos habiéramos evitado muchos problemas.»

—¿Afrontar Logan al amanecer sin tener ni idea de lo que pasa debajo o en el resto del mundo? Ni hablar.

—Entonces, ¿cuál es nuestro destino? ¿O necesita tiempo para pensarlo?

No era necesario. Empezó a revisar todas las cosas que necesitaba.

—Ya lo sé —dijo—. Y creo que es hora de que me dirija a los pasajeros. A los pocos que quedan.

En el momento en que se disponía a coger el micrófono el hombre calvo que había estado durmiendo en el compartimento de ejecutivos asomó la cabeza por la cabina.

—Caballeros, ¿serían tan amables de decirme qué le ha sucedido al personal auxiliar de este vuelo? —preguntó quejoso—. He dormido una siesta estupenda, pero ahora me gustaría cenar.

Dinah Bellman se encontraba mucho mejor. Era estupendo estar rodeada de otras personas, sentir su presencia tranquilizadora. Estaba sentada entre un pequeño grupo formado por Albert Kaussner, Laurel Stevenson y el hombre de la chaqueta raída, que se había presentado como Robert Jenkins. Según dijo, era autor de más de cuarenta novelas de misterio y se dirigía a Boston para intervenir en un simposio de aficionados al género.

—Ahora —anunció—, me encuentro envuelto en un misterio mucho más extravagante que cualquiera de los que me hubiese atrevido a escribir.

Los cuatro estaban sentados en la zona central, cerca de la cabecera del compartimento principal. El hombre del jersey de cuello alto estaba sentado a estribor, varias filas más atrás, apretando con un pañuelo su nariz (que en realidad había cesado de sangrar minutos antes) y consumiéndose de furia en solitario esplendor. Cerca de él estaba Don Gaffney, que lo vigilaba inquieto. Gaffney sólo se había dirigido a Cuello Alto una vez, para preguntarle su nombre, pero éste no había contestado. Simplemente, había clavado en Gaffney una mirada de intensidad tétrica por encima del ramillete arrugado de su pañuelo.

Gaffney no insistió.

—¿Alguien tiene alguna idea de lo que está sucediendo? —Preguntó Laurel—. Se supone que mañana inicio mis primeras auténticas vacaciones en diez años y ahora sucede esto.

Resultó que Albert estaba mirando detenidamente a la señorita Stevenson cuando ésta habló.

Al decir lo de las primeras auténticas vacaciones en diez años, vio que sus ojos iban de derecha a izquierda y parpadeaban velozmente tres o cuatro veces, como si una mota de polvo se le hubiera metido dentro. Se le ocurrió una idea que era casi una certeza: la dama mentía.

Por alguna razón, la dama mentía. La observó con más detenimiento, pero no vio nada realmente notable: una mujer con una especie de belleza en decadencia, una mujer que estaba en puertas de abandonar la veintena y adentrarse en la mediana edad (y para Albert, la mediana edad empezaba decididamente a los treinta), una mujer que pronto resultaría descolorida e invisible. Pero ahora tenía color; sus mejillas ardían. Albert desconocía el significado de la mentira, pero pudo ver que había refrescado su belleza por un instante.

«Esta dama debería mentir más a menudo», pensó Albert. De inmediato, antes de que él u otro pudiera responderle, la voz de Brian surgió por los altavoces.

—Señoras y caballeros, les habla el capitán.

—¡Capitán de mierda! —exclamó Cuello Alto.

—¡Cállese! —barbotó Gaffney desde el otro lado del pasillo.

Cuello Alto lo miró sorprendido y obedeció.

—Como indudablemente saben, nos enfrentamos a una situación muy extraña —continuó Brian—. No necesitan que les explique nada; para comprender, basta con que miren a su alrededor.

—Yo no comprendo nada —murmuró Albert.

—Sé algunas otras cosas que no les pondrán exactamente de buen humor, pero puesto que el asunto nos afecta a todos, quiero ser lo más sincero posible. No puedo establecer comunicación con tierra. Por otra parte, hace unos cinco minutos deberíamos haber visto las luces de Denver desde el avión. No las vimos. La única conclusión que puedo sacar por ahora es que alguien olvidó pagar el recibo de la luz. Y hasta que sepamos algo más, creo que es la única conclusión que se puede sacar.

Hizo una pausa. Laurel tenía cogida la mano de Dinah. Albert emitió un silbido bajo que dejaba traslucir el miedo. Robert Jenkins, el escritor de misterio, dirigía una mirada soñadora hacia el espacio con las manos descansando en los muslos.

—Ésas son las malas noticias —continuó Brian—. Las buenas son éstas: el avión no ha sufrido daños, tenemos mucho combustible y estoy calificado para pilotar esta marca y modelo, así como para aterrizar. Creo que todos estamos de acuerdo en que aterrizar con seguridad es nuestro objetivo prioritario. Mientras lo intentamos, no se puede hacer nada más, y quiero que estén seguros de que lo conseguiremos. Lo último que quiero comunicar es que nuestro destino actual es Bangor, en Maine.

Cuello Alto se incorporó bruscamente.

—¿Quéééé? —gimió.

—Nuestro equipo de navegación está en perfectas condiciones de funcionamiento, pero no puedo decir lo mismo del VOR, el sistema de navegación que también utilizamos. Por consiguiente, he decidido no entrar en el espacio aéreo de Logan. No he podido encontrar por radio a nadie, ni en tierra ni en el aire. El equipo de radio del aparato parece funcionar bien, pero, dadas las circunstancias, creo que no puedo fiarme de las apariencias. El aeropuerto internacional de Bangor presenta las siguientes ventajas: el tramo corto es por tierra, no por agua; el tráfico aéreo a la hora estimada de llegada, alrededor de las ocho y media de la mañana, será muy escaso..., suponiendo que lo haya; además Bangor, que era una base de las Fuerzas Aéreas, tiene la pista comercial más larga de la Costa Este. Nuestros amigos británicos y franceses aterrizan allí con el Concorde cuando no pueden descender en Nueva York.

Cuello Alto berreó:

—¡Tengo una importante reunión de negocios en el Pru esta mañana a las nueve y le prohibo descender en un aeropuerto perdido de Maine!

Dinah dio un salto y se apartó del sonido de la voz de Cuello Alto, apretando la mejilla contra un seno de Laurel Stevenson. No lloraba —en todo caso, todavía no—, pero Laurel sintió que su pecho empezaba a agitarse.

—¿Me oye? —Continuó berreando Cuello Alto—. ¡Me esperan en Boston para hablar de una transacción de bonos anormalmente grande y tengo intención de llegar a tiempo a esa reunión!

—Y, desabrochándose el cinturón, empezó a ponerse en pie. Tenía las mejillas rojas y la frente blanca como la cera. En sus ojos había una mirada neutra que a Laurel le pareció aterradora—. ¿Entiende?

—Por favor —dijo Laurel—. Por favor, señor, está asustando a la pequeña.

Cuello Alto volvió la cabeza, y la inquietante mirada negra se posó en ella. Laurel podía haber esperado.

—¿Asustando a la pequeña? Estamos desviándonos hacia un diminuto aeropuerto de mierda en medio de nada, y lo único que le preocupa es...

—Siéntese y cierre el pico, o le zurro —dijo Gaffney, poniéndose en pie.

Era por lo menos veinte años mayor que Cuello Alto, pero también más pesado y de complexión más atlética. Se había arremangado las mangas de su camisa roja de franela hasta los codos, y cuando apretó los puños, los músculos de sus antebrazos se hincharon. Tenía el aspecto de un leñador que empieza a ablandarse.

El labio superior de Cuello Alto se estiró sobre los dientes. Aquella mueca canina asustó a Laurel, porque no creía que el tipo supiera que estaba poniendo cara rara. Fue la primera en preguntarse si aquel hombre no estaría loco.

—No creo que pudiera hacerlo solo, papi —dijo.

—No será necesario —dijo el calvo del compartimento de ejecutivos—. Si no se calla, yo le ayudaré.

Albert Kaussner reunió todo su valor y dijo:

—Y yo también, *putz*.

Decirlo fue un gran alivio. Se sentía como uno de los tipos de El Álamo, pisando la línea que el coronel Travis había dibujado en el polvo.

Cuello Alto miró a su alrededor. Su labio volvió a levantarse y caer en esa extraña mueca canina.

—Ya veo, ya veo. Todos contra mí. ¡Estupendo! —Exclamó, sentándose y mirándolos con truculencia—. Pero si supieran algo sobre el mercado de bonos sudamericanos...

No terminó. En el brazo del asiento que estaba a su lado había una servilleta de papel. La cogió y empezó a pellizcarla.

—No tiene por qué ser así —dijo Gaffney—. No nací pendenciero, señor, y tampoco me siento inclinado a serlo.

Laurel pensó que intentaba parecer agradable, pero en sus palabras se percibía la fatiga y tal vez también la cólera.

—Debería relajarse y tomárselo con calma. ¡Mire el lado positivo! Probablemente, la compañía aérea le devolverá el importe íntegro del billete.

Cuello Alto miró fugazmente en dirección a Don Gaffney y después desvió la mirada hacia la servilleta. Dejó de pellizcarla y empezó a desgarrarla en largas tiras.

—¿Alguien sabe cómo hacer funcionar ese pequeño horno de la cocina? —Preguntó Calvo como si no hubiera pasado nada—. Quiero cenar.

Nadie contestó.

—Me lo temía —dijo Calvo apesadumbrado—. Estamos en la era de la especialización. Tiempos lamentables para estar vivos.

Y con este pronunciamiento filosófico, Calvo se retiró nuevamente al compartimento de ejecutivos.

Laurel bajó la vista y vio que, tras las gafas oscuras con su desenfadada montura de plástico rojo, las mejillas de Dinah estaban humedecidas por el llanto. Laurel olvidó parte de su miedo y confusión, al menos temporalmente y abrazó a la niña.

—No llores, cariño... Ese hombre está muy alterado, pero ya se encuentra mejor.

«Si te parece que permanecer sentado con aspecto de *zombie*, mientras corta en diminutas tiras una servilleta de papel es encontrarse mejor», pensó Laurel.

—Estoy asustada —susurró Dinah—. Para ese hombre, todos somos monstruos.

—No, no lo creo —dijo Laurel sorprendida y un poco desconcertada—. ¿Cómo se te ocurre eso?

—No lo sé —contestó Dinah.

Le gustaba esa mujer, le había gustado desde el instante en que escuchó su voz, pero no tenía intención de decirle que por un momento los había visto a todos, ella incluida, mirando al hombre que gritaba.

Había estado dentro del hombre que gritaba. Se llamaba señor Tooms, o Tunney, o algo así, y para él todos tenían el aspecto de un grupo de *trolls* malos y egoístas.

Si le dijera algo así a la señorita Lee, ella pensaría que estaba loca. ¿Por qué esta mujer, a quien Dinah acababa de conocer, iba a ser distinta de la señorita Lee?

Así que no dijo nada.

Laurel la besó en la mejilla. Sintió su piel caliente bajo los labios.

—No tengas miedo, cariño. Estamos viajando sin problemas, ¿lo sientes? Dentro de unas horas estaremos otra vez en tierra firme.

—Eso está muy bien, pero yo quiero ver a mi tía Vicky. ¿Dónde crees que está?

—No lo sé, encanto —dijo Laurel—. Ojalá lo supiera.

Dinah volvió a pensar en los rostros que veía el hombre furibundo: rostros malos, crueles... Pensó en su propia cara tal como él la percibía: una porcina cara de bebé con los ojos ocultos tras unas enormes gafas oscuras. Entonces, le falló el valor y empezó a llorar con ásperos sollozos que a Laurel le partían el corazón. Abrazó a la niña porque era lo único que se le ocurría y pronto ella también empezó a llorar. Lloraron juntas durante casi cinco minutos, y después Dinah empezó a calmarse.

Laurel miró al joven delgado que se llamaba Albert o Alvin, no recordaba bien, y vio que sus ojos también estaban húmedos. Albert la pilló observándolo y desvió rápidamente la mirada hacia sus manos.

Dinah emitió un último sollozo entrecortado. Después, con la cabeza apoyada en el pecho de Laurel, dijo:

—No creo que llorar nos ayude, ¿verdad?

—No, supongo que no —aceptó Laurel—. ¿Por qué no intentas dormir, Dinah?

CAPÍTULO TRES

EL MÉTODO DEDUCTIVO. ACCIDENTES Y
ESTÁTICA. POSIBILIDADES ESPECULATIVAS.
PRESIÓN EN LOS FOSOS. EL PROBLEMA DE
BETHANY. SE INICIA EL DESCENSO.

1

—Esa niña dijo algo interesante hace aproximadamente una hora —dijo de pronto Robert Jenkins.

Mientras tanto, la niña en cuestión se había vuelto a dormir, pese a sus dudas sobre su capacidad para hacerlo. También Albert Kaussner se había adormilado, tal vez para regresar a las míticas calles de Tombstone. Había bajado el estuche del violín del maletero y lo tenía sobre el regazo.

—¡Qué! —exclamó, al tiempo que se incorporaba.

—Lo siento —dijo Jenkins—. ¿Estaba dormitando?

—De eso nada —respondió Albert—. Estaba totalmente despierto. —Y para demostrarlo volvió hacia Jenkins dos ojos grandes y enrojecidos, rodeados por un oscuro cerco. Jenkins pensó que parecía un mapache, sorprendido mientras escarba en los cubos de basura—. ¿Qué fue lo que dijo?

—Le dijo a la señorita Stevenson que no creía que pudiera dormir porque ya había dormido antes. Más temprano.

Albert miró un instante a Dinah.

—Bueno, pues ahora duerme como un tronco —dijo.

—Ya lo veo, pero no se trata de eso, querido muchacho. No se trata de eso en absoluto.

Albert pensó en decirle al señor Jenkins que As Kaussner, el judío más rápido al oeste del Mississippi y el único texano que sobrevivió a la batalla de El Álamo, no sentía demasiado placer al ser llamado «querido muchacho», pero decidió dejarlo pasar, al menos por el momento.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Yo también estaba dormido. Me quedé frito incluso antes de que el capitán, quiero decir nuestro capitán original, apagara el letrero de «No fumar». Siempre he sido así. Trenes, autobuses, aviones... Me duermo en cuanto arranca el motor. ¿Y usted, querido muchacho?

— ¿Qué?

—¿Estaba dormido? Lo estaba, ¿no?

—Bueno, sí.

—Todos estábamos dormidos. La gente que desapareció estaba despierta.

Albert se quedó pensativo.

—Bueno... Sí, es posible.

—Tonterías —dijo Jenkins en un tono casi jovial—. Me gano la vida escribiendo libros de misterio. Se podría decir que la deducción es mi pan nuestro de cada día. ¿No cree que si alguien hubiera estado despierto cuando todas esas personas fueron eliminadas, habría empezado a vociferar «asesinos» a voz en grito y todos nos habríamos despertado?

—Supongo que sí —respondió Albert, pensativo—. Excepto tal vez aquel tipo que está en la parte trasera. Creo que ni una sirena de ataque aéreo podría despertarlo.

—Vale, anoto su deducción. Pero no gritó nadie, ¿verdad? Y tampoco se ha ofrecido nadie a contarnos lo que sucedió. De modo que deduzco que sólo los pasajeros despiertos fueron sustraídos. Junto con la tripulación, claro.

—Sí. Quizá sea así.

—Se le ve preocupado, querido muchacho. Por su expresión deduzco que, pese a sus atractivos, la idea no le parece perfecta. ¿Puedo preguntar por qué? ¿Me he olvidado de algo? La expresión de Jenkins decía que no lo creía posible, pero que su madre le había enseñado a ser cortés.

—No lo sé —admitió Albert—. ¿Cuántos somos? ¿Once?

—Sí. Contando al tipo de atrás, el que está en estado comatoso, somos once.

—Si usted tiene razón, ¿no deberíamos ser más?

—¿Por qué?

Pero Albert permaneció en silencio, sobresaltado por una imagen vivida y repentina de su infancia. Había sido criado en una oscura dimensión teológica por padres que no eran ortodoxos pero tampoco agnósticos. Él y sus hermanos habían crecido observando la mayor parte de las tradiciones (o leyes, o lo que fueran), habían celebrado su Bar-Mitsva y habían sido educados para saber quiénes eran, de dónde venían y qué se suponía que significaba eso. Y la historia que Albert recordaba con mayor claridad de sus visitas al Templo, durante la infancia, era la de la plaga final que había caído sobre el Faraón, el terrible tributo exigido por el ángel oscuro de la mañana. Ahora veía al ángel dentro de su cabeza, pero no sobrevolando Egipto, sino el avión. Y vio que se llevaba a la mayoría de sus pasajeros estrechándolos contra su terrible pecho, no porque hubieran olvidado manchar el umbral de sus puertas (o quizá sus asientos) con la sangre del cordero, sino porque...

¿Por qué?

Albert no lo sabía, pero de todos modos se estremeció. Y deseó que no se le hubiera ocurrido pensar en aquella vieja historia siniestra. «Será mejor que deje marchar a mis amigos voladores», pensó. Pero no resultaba divertido.

—¿Albert? —La voz del señor Jenkins parecía llegar de muy lejos—. Albert, ¿se encuentra bien?

—Sí, estaba pensando —dijo, después de aclararse la garganta—. Si todos los pasajeros dormidos quedaron, ya sabe, descartados, tendríamos que ser por lo menos sesenta. Tal vez más. Lo que quiero decir es que este avión es nocturno.

—Querido muchacho, ¿alguna vez...?

—¿Podría llamarme Albert, señor Jenkins? Es mi nombre.

Jenkins palmeó el hombro de Albert.

—Lo siento. De verdad. No pretendo parecer condescendiente. Estoy alterado, y cuando estoy alterado tengo tendencia a retirarme, como una tortuga que esconde la cabeza en su caparazón. Sólo que yo me retiro a la ficción. Creo que estaba representando a Philo Vanee. Es un detective, un gran detective creado por el difunto S. S. Van Dyne. Supongo que nunca lo ha leído. En estos días apenas lo lee nadie, y es una lástima. En todo caso, le pido excusas.

—Está bien —dijo Albert, incómodo.

—Se llama Albert, y Albert le llamaré a partir de ahora —prometió Robert Jenkins—. Lo que quería preguntarle es si había viajado alguna otra vez en el vuelo nocturno.

—No, ni siquiera había viajado de costa a costa.

—Bueno, yo sí. Muchas veces. En algunas ocasiones, he ido contra mi tendencia natural y he permanecido un rato despierto. Sobre todo cuando era más joven y los vuelos eran más ruidosos. Después de esto, podría admitir mi edad diciendo que mi primer viaje de costa a costa fue en un propulsor TWA que hizo dos aterrizajes para repostar. Según he observado, muy poca gente se pone a dormir en estos vuelos durante la primera hora o así; después, en cambio, prácticamente todos lo hacen. Durante esa primera hora, la gente se dedica a mirar el paisaje, hablar con sus esposas o compañeros de viaje, tomar uno o dos tragos...

—Quiere decir que se instalan —sugirió Albert.

Lo que decía el señor Jenkins le parecía perfectamente sensato, aunque él no lo hubiera hecho. Había estado tan excitado con el viaje inminente y la nueva vida que le esperaba que apenas había dormido las dos noches anteriores. En consecuencia, se había apagado como una luz en cuanto el 767 despegó.

—Hacen pequeños nidos —matizó Jenkins—. ¿Observó por casualidad el carrito de las bebidas delante de la cabina, queri... Albert?

—Vi que estaba allí —contestó Albert.

Los ojos de Jenkins resplandecieron.

—¡Exacto! Porque lo veía, o tropezaba con él. Pero ¿lo observó realmente?

—Supongo que no, si usted vio algo que yo no vi.

—Albert, no es el ojo el que observa, sino el cerebro, la mente deductiva entrenada. Yo no soy ningún Sherlock Holmes, pero observé que acababan de sacarlo del pequeño armario donde lo guardan, y que los vasos utilizados durante el servicio previo al vuelo seguían en el estante inferior. De ello deduzco lo siguiente: el avión despegó con normalidad, ascendió a su altura de crucero y, por suerte, pusieron en funcionamiento el piloto automático. Después, el capitán apagó el letrero de «Ajústense los cinturones». Eso debió de ser a la media hora de vuelo, si no interpreto mal los signos, es decir, hacia la una de la madrugada. Cuando se apagó el indicador de los cinturones, la azafata se puso en pie e inició su primera tarea: preparar cócteles para unas ciento cincuenta personas a unos siete mil metros de altura, mientras el aparato seguía subiendo. Entre tanto, el piloto puso el automático para que nivelara el avión al llegar a los once mil metros, y continuara volando hacia el este siguiendo la dirección correcta. Algunos pasajeros, once en concreto, se quedaron dormidos. Otros, tal vez dormitaban, aunque no tan profundamente como para salvarse de lo que sucedió, y el resto estaba totalmente despierto.

—Preparando sus nidos —puntualizó Albert.

—¡Exacto! ¡Construyendo sus nidos! —Jenkins hizo una pausa y agregó, en tono melodramático—: ¡Y entonces sucedió!

—¿Qué sucedió, señor Jenkins? —Preguntó Albert—. ¿Tiene alguna idea sobre eso?

Jenkins permaneció largo rato en silencio. Cuando por fin contestó, el tono jocoso había desaparecido de su voz. Escuchándolo, Albert comprendió que, tras aquellos modos un tanto teatrales, se escondía un hombre tan asustado como él. Descubrió que eso no le importaba. Hacía que el anciano escritor de misterio con su chaqueta raída pareciera más real.

—El misterio de la habitación cerrada es el caso donde el método deductivo se presenta en su aspecto más puro —dijo Jenkins—. Yo mismo he escrito algunos relatos basados en ese método. Para hacer honor a la verdad, bastantes, pero jamás supuse que formaría parte de uno.

Albert lo miró y no supo qué decir. Recordó un cuento de Sherlock Holmes llamado *La banda moteada*, en el que una serpiente venenosa entraba en la famosa habitación cerrada por un conducto de ventilación. El inmortal Sherlock ni siquiera había necesitado despertar todas sus células grises para resolver ese misterio.

Pero, aun cuando el compartimento de carga del avión hubiera estado lleno de serpientes venenosas, repleto de ellas, ¿dónde estaban los cuerpos? ¡Dios mío! ¿Dónde estaban los cuerpos? El miedo volvió a invadirlo. Parecía fluir por sus piernas en dirección a sus partes vitales. Pensó que nunca, en toda su vida, se había sentido tan lejos del famoso pistolero As Kaussner.

—Si sólo fuera el avión —continuó suavemente Jenkins—, supongo que se me ocurriría una explicación. Al fin y al cabo, así es como me he ganado la vida durante los últimos veinticinco años. ¿Le gustaría escuchar uno de esos argumentos?

—Claro —dijo Albert.

—Muy bien. Supongamos que una oscura organización del gobierno llamada La Tienda decide llevar a cabo un experimento y que nosotros somos sus conejillos de Indias. Dadas las circunstancias, el objetivo de ese experimento podría ser observar los efectos de un severo estrés mental y emocional en un grupo de americanos medios. Ellos, los científicos que realizan el experimento, llenan el sistema de oxígeno del avión con alguna droga hipnótica inodora...

—¿Existen esas cosas? —preguntó fascinado Albert.

—Por supuesto que sí —afirmó Jenkins—. Por ejemplo, la diazalina o el metoprominol.

Recuerdo la época en que los lectores que se las daban de «serios» se reían de las novelas de Fu-Manchú, de Sax Rohmer. Las tachaban de melodramas históricos en su más pura expresión —dijo, meneando lentamente la cabeza—. Ahora, gracias a la investigación biológica y la paranoia de agencias como la CÍA y la DÍA, vivimos en un mundo que podría ser la peor pesadilla de Sax Rohmer. La diazalina, que en realidad es un gas nervioso, sería lo más apropiado. Se supone que actúa con gran rapidez. Después de liberarla en el aire, todos se quedan dormidos salvo el piloto, que está respirando aire no contaminado a través de una máscara.

—Pero... —empezó a decir Albert.

Jenkins sonrió y levantó una mano.

—Ya sé cuál es su objeción, Albert, y puedo explicarla. ¿Me permite?

Albert asintió.

—El piloto toma tierra, por ejemplo, en una pista secreta de Nevada. Los pasajeros que estaban despiertos cuando se liberó el gas, y por supuesto la azafata, son desembarcados por hombres siniestros con blancos trajes de *La amenaza de Andrómeda*. Los que estaban dormidos, usted y yo entre ellos, mi joven amigo, siguen durmiendo, sólo que un poco más profundamente que antes. Entonces, el piloto vuelve a situar el avión en la altura y dirección correctas, y conecta el automático. Cuando el avión llega a las Rocosas, los efectos del gas empiezan a desvanecerse. La diazalina es una de las drogas llamadas claras, que no dejan efectos posteriores apreciables. En otras palabras, no produce resaca. Por el intercomunicador, el piloto escucha a la niña ciega gritando en busca de su tía. Sabe que despertará a los demás. El experimento está a punto de comenzar. De modo que se levanta y abandona la cabina, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Cómo podría hacerlo? Fuera no hay picaporte.

Jenkins agitó una mano con negligencia.

—Eso es lo más fácil del mundo, Albert: utilizando un trozo de cinta adhesiva con la parte pegajosa hacia fuera. Cuando el pestillo se suelta desde el interior, la puerta queda cerrada. Una sonrisa de admiración empezó a extenderse por la cara de Albert, y de pronto se congeló.

—En ese caso, el piloto sería de nosotros —dijo.

—Sí y no. En mi relato, Albert, el piloto es el piloto. El piloto que por casualidad iba a bordo, supuestamente con destino a Boston, el que estaba sentado en primera clase, a menos de diez metros de la puerta de la cabina, cuando la mierda golpeó el ventilador.

—El capitán Engle —dijo Albert en voz baja y horrorizada.

Jenkins contestó con el tono complacido y complaciente del profesor de geometría que acaba de escribir QED en la parte inferior de un teorema especialmente difícil.

—El capitán Engle —repitió.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que Cuello Alto los miraba con ojos brillantes y febriles.

Cuello Alto cogió la revista de a bordo de la bolsa del asiento delantero, arrancó la cubierta y empezó a romperla en tiras largas y estrechas, dejándolas caer al suelo, donde fueron a hacer compañía a las tiras de servilleta que rodeaban sus mocasines.

Sus labios se movían sin emitir ningún sonido.

Si Albert hubiera sido un estudioso del Nuevo Testamento, habría comprendido cómo se sintió Saulo, aquel celoso perseguidor de los primeros cristianos, cuando en el camino de Damasco las escamas cayeron de sus ojos. Contempló a Robert Jenkins con entusiasta admiración, sin el menor resto de modorra.

Naturalmente, si te parabas a pensarlo —o si alguien como el señor Jenkins, que, prescindiendo de su chaqueta raída, evidentemente tenía la mente despejada, lo pensaba por ti—, el asunto era demasiado obvio para no verlo. Prácticamente toda la tripulación del vuelo 29 de American Pride había desaparecido entre el desierto de Mohave y la Gran Frontera. Sin embargo, uno de los pocos supervivientes resultaba ser, ¡Oh sorpresa!, otro piloto de American Pride que, según sus propias palabras, estaba «calificado para pilotar esta marca y modelo, así como para aterrizar».

Jenkins había estado mirando atentamente a Albert, y ahora sonrió. No era una sonrisa demasiado alegre.

—Es una explicación tentadora, ¿no cree? —dijo.

—Tendremos que capturarlo en cuanto aterricemos —dijo Albert, frotándose febrilmente una mejilla—. Usted, yo, el señor Gaffney y ese tipo británico. Parece fuerte. Pero ¿qué pasará si el británico está en el ajo? Podría ser, ya sabe, el guardaespaldas del capitán Engle. Por si alguien adivinaba el asunto, como ha hecho usted.

Jenkins abrió la boca para contestar, pero antes de que pudiera hacerlo Albert continuó:

—Tendremos que arreglárnoslas para atraparlos a los dos. —Y ofreció al señor Jenkins una apretada sonrisa. Una sonrisa As Kaussner: fría, tensa, peligrosa. La sonrisa de un hombre que es más veloz que el rayo y lo sabe—. Tal vez no sea el tipo más listo del mundo, señor Jenkins, pero tampoco soy la rata de laboratorio de nadie.

—El problema es que no se sostiene, ¿sabe? —dijo Jenkins con serenidad.

Albert parpadeó.

—¿El qué?

—El argumento que acabo de esbozar. No se sostiene.

—Pero... Usted dijo...

—Dije que si sólo se tratara del avión, podría encontrar una explicación. Y lo hice. Una buena. Si fuera una idea para un libro, apuesto a que mi agente podría venderla. Por desgracia, no se trata sólo del avión. Tal vez Denver estuviera todavía allí abajo, pero en ese caso todas las luces estaban apagadas. He estado controlando nuestra ruta con mi reloj, y ahora puedo decir que no es sólo Denver. También Omaha, Des Moines... Muchacho, allí abajo no hay ni rastro de ellas. De hecho, no he visto absolutamente ninguna luz. Ni granjas, ni silos, ni astilleros, ni fronteras interestatales. Esas cosas se ven de noche, ¿sabe? Con esa nueva iluminación de alta intensidad, se ven muy bien, aunque uno esté a casi diez mil metros de altura. La tierra está totalmente a oscuras. Ahora bien, puedo creer que haya una organización gubernamental lo bastante inmoral como para drogarnos con objeto de observar nuestras reacciones. Al menos hipotéticamente. Lo que no puedo creer es que nadie, ni siquiera La Tienda, sea capaz de convencer a todos los que están debajo de nuestra ruta de vuelo de que apaguen las luces para reforzar la ilusión de que estamos solos.

—Bueno, tal vez todo sea un montaje —sugirió Albert—. Tal vez en realidad estemos todavía en tierra, y lo que vemos por las ventanillas sea una proyección. Ya sabe a lo que me refiero. Una vez vi una película donde pasaba algo así.

Jenkins meneó lenta y pesarosamente la cabeza.

—Estoy seguro de que era una película muy interesante, pero no creo que funcionara en la vida real. No lo creo, a menos que nuestra teórica organización hubiera perfeccionado una especie de pantalla súper gigante para proyectar en tres dimensiones. Pase lo que pase, no sucede sólo dentro del avión, Albert, y ahí es donde la deducción falla.

—Pero ¡el piloto...! —exclamó Albert desconcertado—. ¿Qué me dice de que estuviera casualmente en el lugar y en el tiempo adecuados?

—¿Es usted aficionado al béisbol, Albert?

—¿Eh? No. Es decir, a veces miro a los Dodgers en la tele, pero en realidad no.

—Bueno, permítame comunicarle lo que debe de ser la estadística más sorprendente jamás registrada en un juego donde abundan las estadísticas. En 1957, Ted Williams alcanzó la base con dieciséis bateos consecutivos. Esta racha comprendió seis partidos de béisbol. En 1941, Joe DiMaggio bateó bien en cincuenta y seis juegos. Sin embargo, el cálculo de probabilidades de la hazaña de DiMaggio no es nada comparado con el de la proeza de Williams, que se ha estimado en torno a una de cada dos billones. A los aficionados al béisbol les gusta decir que la racha de DiMaggio nunca será igualada. No estoy de acuerdo. Pero estaría dispuesto a apostar que, si dentro de cien años siguen jugando al béisbol, las dieciséis bases seguidas de Williams se sostendrán.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que, en mi opinión, la presencia del capitán Engle esta noche no es ni más ni menos que una casualidad, como las dieciséis bases consecutivas de Williams. Y, considerando nuestras circunstancias, se trata de una afortunada casualidad. Albert, si la vida fuera como una novela de misterio, donde la casualidad no está permitida y nunca se sostienen las apuestas por mucho tiempo, las cosas serían mucho más ordenadas. No obstante, he descubierto que en la vida real la casualidad no es la excepción, sino la regla.

—Entonces, ¿qué sucede? —susurró Albert.

Jenkins dejó escapar un largo e inquieto suspiro.

—Me temo que no soy la persona adecuada para responder a eso. Es una pena que no tengamos a bordo a Larry Niven o a John Varley.

—¿Quiénes son esos tipos?

—Escritores de ciencia ficción —contestó Jenkins.

—Supongo que no lee ciencia ficción, ¿verdad? —preguntó de pronto Nick Hopewell. Brian se volvió a mirarlo. Desde que él tomara el control del vuelo 29 dos horas antes, Nick había estado sentado en silencio en el asiento del copiloto. Había asistido sin decir palabra a los esfuerzos de Brian por comunicarse con alguien, con cualquiera, en tierra o en el aire.

—Me volvía loco cuando era pequeño —dijo Brian—. ¿Y usted?

Nick sonrió.

—Hasta que cumplí los dieciocho años, creía firmemente que la Santísima Trinidad la encarnaban Robert Heinlein, John Christopher y John Wyndham. Compañero, he estado sentado aquí recordando esas viejas historias, pensando en cosas tan exóticas como saltos en el tiempo y en el espacio, y expediciones espaciales alienígenas.

Brian asintió. Se sentía aliviado; resultaba reconfortante confirmar que no era el único en tener ideas raras.

—Quiero decir que en realidad no tenemos manera de saber si allá abajo queda algo, ¿no?

—No —respondió Brian—. No tenemos.

Al sobrevolar Illinois, las nubes bajas habían ocultado la oscura mole de la tierra. Brian estaba seguro de que seguía siendo la tierra —incluso a once mil metros, las Rocosas parecían tranquilizadamente familiares—, pero más allá de eso no estaba seguro de nada. Y la cobertura de nubes podía mantenerse hasta Bangor.

No tenía forma de saberlo sin establecer comunicación con el Control de Tráfico Aéreo. Había estado especulando con diferentes explicaciones, pero la más desagradable era la siguiente: que saldrían del interior de una de las nubes y descubrirían que todo signo de vida humana —incluyendo el aeropuerto donde pensaba aterrizar— había desaparecido. Y entonces, ¿dónde posaría ese pájaro?

—Siempre he pensado que esperar es la parte más dura —dijo Nick.

«¿La parte más dura de qué?», se preguntó Brian, pero no lo dijo.

—¿Y si bajara a unos mil quinientos metros o así? —Propuso repentinamente Nick—. Sólo para echar una rápida mirada. Tal vez la visión de algunos pueblos y de las autopistas interestatales nos tranquilizara.

Brian ya lo había pensado. Había considerado esa posibilidad con un intenso anhelo.

—Resulta tentador —dijo—, pero no puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Nick, los pasajeros siguen siendo mi responsabilidad primordial. Aunque explicara de antemano lo que voy a hacer, lo más probable es que cundiera el pánico. Estoy pensando sobre todo en nuestro charlatán amigo de la cita urgente en el Pru. El tipo al que le retorció la nariz.

—Puedo manejarlo —contestó Nick—. Y también a otros que se pongan nerviosos.

—Estoy seguro de ello —dijo Brian—, pero no veo la necesidad de asustarlos innecesariamente. Y terminaremos por enterarnos. No podemos quedarnos aquí arriba para siempre, ¿sabe?

—Muy cierto, compañero —dijo secamente Nick.

—De todos modos, podría hacerlo si estuviera seguro de que a mil o mil quinientos metros estaría por debajo de la capa de nubes, pero sin ATC y sin otros aviones con los que hablar, no puedo saberlo. Ni siquiera sé qué tiempo hace allá abajo, y no estoy hablando de cosas normales. Si quiere, puede reírse, pero...

—No me río, colega. Ni siquiera estoy cerca de la risa. Créame.

—Bueno, suponga que hemos dado un salto en el tiempo, como en una novela de ciencia ficción. ¿Qué pasaría si atravesara las nubes y pudiéramos echar un vistazo a un grupo de brontosauros pastando en el campo del granjero John, antes de ser destrozados por un ciclón o incinerados por una tormenta eléctrica?

—¿Cree que es posible? —preguntó Nick.

Brian lo miró con atención para ver si era una pregunta sarcástica. No lo parecía, pero resultaba difícil decirlo. Los británicos eran famosos por su cáustico sentido del humor, ¿no?

Brian pensó en contarle que una vez había visto algo semejante en un episodio de *Dimensión desconocida*, pero decidió que no contribuiría a reforzar su credibilidad.

—Supongo que es muy improbable, pero ya me comprende... Sencillamente, no sabemos con qué nos enfrentamos. Podríamos chocar con una montaña nuevecita en lo que solía ser el centro de Nueva York. O con otro avión. ¡Diablos! Incluso con una plataforma lanzadora de cohetes. Al fin y al cabo, si hemos dado un salto en el tiempo, podríamos estar tanto en el futuro como en el pasado.

Nick miró hacia fuera por la ventanilla.

—Parece que tenemos el cielo para nosotros solos.

—Aquí arriba sí. Pero allá abajo, ¿quién sabe? Y la incertidumbre es una situación arriesgada para un piloto. Tengo intención de sobrevolar Bangor cuando lleguemos, si todavía se mantienen las nubes. Conduciré el avión hasta situarlo sobre el Atlántico y, cuando regresemos, bajaré. Si hacemos el descenso inicial sobre el agua, nuestras posibilidades serán mayores.

—De modo que, por ahora, nos limitamos a seguir.

—Correcto.

—Y a esperar.

—Correcto otra vez.

Nick suspiró.

—Bueno, usted es el capitán.

—Tres en raya —dijo Brian, sonriendo.

En lo más profundo de las fosas abismales de los océanos Pacífico e Índico, hay peces que viven y mueren sin ver ni sentir jamás el Sol. Esas criaturas fabulosas recorren las profundidades como globos fantasmagóricos, encendidos desde dentro por su propia radiación. Aunque parecen delicados, en realidad son maravillas de diseño biológico, construidas para soportar presiones que dejarían a un hombre más plano que un cristal en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, su gran fuerza es también su gran debilidad. Prisioneros de sus extraños cuerpos, permanecen eternamente encerrados en los oscuros abismos. Si se los captura y se los arrastra hasta la superficie, hacia el Sol, simplemente estallan. Lo que los destruye no es la presión, sino su ausencia.

Craig Toomy había sido criado en su propia fosa oscura, había vivido en su atmósfera de alta presión. Su padre había sido un ejecutivo del Banco de América, que se ausentaba de casa durante largos períodos. En realidad, una caricatura del súper ejecutivo tipo A, que exigía a su hijo con la misma furia despiadada con que se exigía a sí mismo. Las historias nocturnas que le relataba a Craig, cuando éste era un niño, aterrorizaban al pequeño. Y no era extraño, porque el terror era exactamente la emoción que Roger Toomy quería despertar en él. La mayor parte de aquellos relatos trataban de una raza de monstruos llamados los lagolieros.

Su trabajo, su misión en la vida (en el mundo de Roger Toomy todo tenía un trabajo, una tarea sería que realizar) era cazar a los niños holgazanes que perdían el tiempo. Cuando tenía siete años, Craig ya era un súper esforzado tipo A, como su padre. Y ya había tomado la decisión de su vida: los lagolieros nunca lo atraparían.

Un boletín de calificaciones en el que todas las notas no fuesen A era inaceptable. Una A era objeto de un sermón lleno de advertencias sobre lo que representaría una vida dedicada a cavar pozos o vaciar cubos de basura, y una B terminaba en castigo, que solía ser el confinamiento en su habitación durante una semana. Durante esa semana, Craig sólo podía salir para ir a la escuela y comer. No tenía derecho a salir a jugar como premio por su buen comportamiento. Por otro lado, logros extraordinarios, como aquella vez en que Craig ganó el decatón trisecular, no traían consigo elogios o premios. Cuando Craig enseñó a su padre la medalla que le habían dado en aquella ocasión —delante de todos los estudiantes—, su padre le dedicó una mirada, gruñó y volvió a sumergirse en la lectura del periódico. Craig tenía nueve años cuando su padre murió de un ataque al corazón. En realidad, se sintió más bien aliviado de que hubiera desaparecido esa réplica burocrática al general Patton.

Su madre era una alcohólica, cuya tendencia a la bebida sólo había sido controlada por el miedo que tenía al hombre con quien se había casado. En cuanto Roger Toomy estuvo bajo tierra, donde ya no podía buscar sus botellas y romperlas, o abofetearlas, o pedirle que se controlara, ¡por el amor de Dios!, Catherine Toomy se dedicó en serio al trabajo de su vida. Alternativamente, asfixiaba a su hijo con su amor o lo congelaba con su rechazo, según la cantidad de ginebra que corriera en ese momento por sus venas. Su conducta era con frecuencia peculiar y a veces extravagante. El día en que Craig cumplió diez años, puso un fósforo de madera entre dos de los dedos de sus pies, lo encendió y cantó el «Cumpleaños feliz» mientras el fósforo iba consumiéndose lentamente y la llama acercándose a la piel. Le dijo que, si intentaba resistirse o tirarlo, lo llevaría de inmediato al orfanato. La amenaza del orfanato era frecuente cuando Catherine Toomy iba cargada.

—De todas maneras, debo hacerlo —le dijo mientras encendía el fósforo, que sobresalía entre los dedos de su lloroso hijo como una especie de depauperada vela de aniversario—. Eres igual que tu padre. Él no sabía divertirse, y tú tampoco. Eres una lata, Craiggy-weggy.

Terminó la canción y apagó el fósforo antes de que la piel del segundo y tercer dedos del pie derecho llegara a quemarse. Pero Craig nunca olvidó la llama amarilla, el palito rizado y ennegrecido, y el calor que iba en aumento mientras su madre barbotaba con su monótona y desafinada voz de borracha:

—Cumpleaños feliz, querido Craiggy-weggy, te deseamos todos cumpleaños feliz.

Presión.

Presión en los abismos.

Craig Toomy siguió obteniendo Aes y pasando mucho tiempo en su habitación. El lugar que había sido su prisión se convirtió en su refugio. Allí, fundamentalmente estudiaba, pero a veces, cuando las cosas no iban bien, cuando se sentía acorralado, cogía una hoja tras otra de papel borrador y las rompía en tiras estrechas, que dejaba caer y amontonarse lentamente en torno a sus pies, mientras sus ojos miraban a través del espacio. Sin embargo, esos períodos en blanco no eran frecuentes. Entonces no.

Obtuvo el título de graduado en el instituto. Su madre no asistió a la ceremonia. Estaba borracha. Quedó noveno de su clase en la Escuela de Empresariales de la UCLA. Su madre no fue. Estaba muerta. En las profundidades abismales del centro de su corazón, Craig estaba convencido de que finalmente los lagolieros habían ido a buscarla.

Craig comenzó a trabajar para la Corporación Bancaria Desert Sun de California, como miembro del programa de entrenamiento de ejecutivos. Le fue muy bien, lo cual no tenía nada de sorprendente. Craig Toomy había sido formado para conseguir Aes, para medrar sometido a las altas presiones de las grandes profundidades. Y, a veces, tras enfrentarse a un pequeño revés en el trabajo (y en aquellos días, apenas cinco años atrás, todos los reveses eran menores), regresaba a su apartamento de Westwood, a menos de ochocientos metros del que ocuparía Brian Engle después de su divorcio, y desgarraba pequeñas tiras de papel durante horas. Poco a poco, aquellos episodios fueron haciéndose más frecuentes.

Durante esos cinco años, Craig corrió por la vía rápida corporativa como un galgo persiguiendo a un conejo mecánico. Los rumores decían que tenía muchas posibilidades de convertirse en el vicepresidente más joven de los gloriosos cuarenta años de historia del Desert Sun. Pero algunos peces están hechos para emerger hasta determinado punto, ni un milímetro más. Si transgreden ese límite interno, estallan.

Hacía ocho meses que a Craig Toomy le habían asignado su primer gran proyecto: el equivalente corporativo a una tesis doctoral. El proyecto era obra del Departamento de Bonos. Los bonos —bonos extranjeros y bonos basura (con frecuencia eran lo mismo)— eran la especialidad de Craig. El proyecto en cuestión proponía la compra de un número limitado de bonos sudamericanos muy sospechosos —llamados a veces «bonos de morosos»—, según un plan cuidadosamente establecido. La teoría que subyacía a estas compras era bastante razonable, dada la posibilidad limitada de asegurarlos que había, y las exenciones de impuestos que se producían en la facturación dejaban sustanciosos beneficios (el Tío Sam estaba prácticamente derrumbándose para evitar el colapso de la compleja estructura de la deuda sudamericana). Sólo se trataba de llevarlo a cabo con mucho cuidado.

Craig Toomy propuso un plan que despertó bastantes recelos. Se centraba en una gran compra de diversos bonos argentinos, considerados normalmente como los peores de un mal lote. Craig defendió con entusiasmo y persuasión su plan, presentando datos, cifras y proyecciones para demostrar su teoría de que los bonos argentinos eran mucho más sólidos de lo que parecían. Insistió en que, con un solo golpe audaz, Desert Sun podría convertirse en el comprador más importante y rico de bonos extranjeros del oeste americano. Según dijo, los beneficios que obtendrían no serían tan importantes como la credibilidad a largo plazo que conseguirían.

Tras una larga discusión, a veces acalorada, la propuesta de Craig recibió luz verde. Tom Holby, uno de los vicepresidentes *sénior*, se llevó aparte a Craig después de la reunión para felicitarlo y hacerle una advertencia.

—Si al término del año fiscal esto ha salido como usted piensa, se convertirá en nuestra mascota. Si no, va a encontrarse en un lugar muy poco acogedor, Craig. Le sugiero que dedique los próximos meses a construirse un refugio.

—No necesitaré un refugio, señor Holby —dijo confiadamente Craig—. Después de esto, lo que necesitaré será un planeador. Puede estar seguro de que será la compra de bonos del siglo. Algo así como encontrar diamantes en la liquidación de un granero. Espere y verá.

Aquella noche se fue a casa temprano. Cuando la puerta del apartamento estuvo cerrada con triple llave, la sonrisa confiada desapareció de sus labios y fue reemplazada por la inquietante mirada neutra. De camino a casa había comprado las últimas revistas. Las llevó a la cocina, las colocó ordenadamente frente a sí, sobre la mesa, y empezó a romperlas en tiras largas y estrechas. Siguió haciéndolo durante más de seis horas. Rasgó papel hasta que todas las hojas de *Newsweek*, *Time* y *U.S. News & World Report* quedaron esparcidas por el suelo, alrededor de él. Sus mocasines Gucci estaban cubiertos de tiras. Parecía el único superviviente tras una explosión en una fábrica de cintas perforadas de teletipo.

La compra de bonos que había propuesto —sobre todo la de los argentinos— suponía un riesgo mucho mayor de lo que había dejado entrever. Había sacado adelante su propuesta exagerando algunos datos, suprimiendo otros, e incluso inventando algunos. Muy pocos, es verdad. Después se había ido a casa y había desgarrado tiras de papel durante horas, preguntándose por qué lo había hecho. No sabía nada de los peces que viven en los abismos, viviendo sus vidas y muriendo sus muertes sin haber visto nunca el Sol. No sabía que hay peces y hombres cuya *hete noire* no es la presión, sino su ausencia. Sólo sabía que había sentido el irrefrenable impulso de comprar aquellos bonos, de dar en una diana situada en su propia frente.

Ahora tenía que reunirse con representantes de bonos de cinco corporaciones bancarias importantes, en el Prudential Center de Boston. Compararían sus notas, especularían acerca del futuro del mercado de bonos, discutirían sobre las compras de los últimos dieciséis meses y sus resultados. Y antes de que terminara el primer día de los tres que duraría la conferencia, todos sabrían lo que Craig Toomy sabía desde hacía nueve días: que, en ese momento, los bonos que había comprado valían menos de seis centavos. Y, no mucho después, el jefe de la Desert Sun descubriría el resto de la verdad: que él había comprado más de tres veces lo que le habían autorizado a comprar. También había invertido hasta el último penique de sus ahorros personales, aunque no creía que eso pudiera importarles.

¿Quién puede saber cómo se siente el pez capturado en uno de esos profundos abismos y arrastrado velozmente hasta la superficie, hacia la luz de un sol cuya existencia jamás ha sospechado? ¿No es por lo menos posible que sus últimos momentos estén presididos por el éxtasis en lugar de por el horror? ¿No es posible que sienta la realidad aplastante de toda esa presión precisamente en el momento en que por fin va a desaparecer? ¿No es posible que en los segundos anteriores a la explosión piense —en la medida en que los peces puedan pensar, quiero decir—, envuelto en una especie de frenesí de júbilo: «Por fin me he liberado de aquel peso»? Probablemente no. Probablemente los peces de esas profundidades oscuras no sienten en absoluto, al menos de una forma reconocible para nosotros, y desde luego no piensan. Pero la gente sí.

En lugar de sentir vergüenza, cuando Craig Toomy embarcó en el avión de American Pride rumbo a Boston se sintió invadido por un inmenso alivio y una especie de felicidad inquieta, horrorizada. Iba a estallar y descubrió que le importaba un pimiento. En realidad, lo esperaba con ansiedad. Mientras ascendía a la superficie, sentía que la presión iba desprendiéndose de la superficie de su piel. Por primera vez en semanas, no había rasgado papel. El sueño lo había vencido antes incluso de que el vuelo 29 despegara, y había dormido como un bebé hasta que esa mocosita ciega empezó a maullar.

Y ahora le decían que todo había cambiado. Pero él no podía permitirlo. No debía permitirlo. Había estado firmemente atrapado en la red, había sentido el embriagador ascenso y el estiramiento de la piel provocado por el choque de fuerzas. Ahora no podían cambiar de idea y volver a arrojarlo a las profundidades.

¿Bangor?

¿Bangor, en Maine?

¡Ah, no! De ninguna manera.

Craig Toomy advertía nebulosamente que la mayor parte de la gente del vuelo 29 había desaparecido, pero no le importaba. Ellos no eran lo importante. No formaban parte de lo que a su padre siempre le había gustado llamar *el panorama global*. La reunión en el Pru formaba parte del panorama global.

Esa idea demencial de desviarse a Bangor, en Maine, ¿de quién había sido exactamente?

Naturalmente, del piloto. Idea de Engle, ese supuesto capitán.

Ahora bien, Engle... Engle muy bien podía formar parte del panorama global. De hecho, podía ser un agente del enemigo. En el fondo de su corazón, Craig lo había sabido desde el instante en que Engle empezó a hablar por el intercomunicador. Pero ahora ya no necesitaba depender de su corazón, ¿verdad? Claro que no. Había estado escuchando la conversación entre el chico flaco y el hombre con la chaqueta de rebajas. El gusto del hombre era terrible, pero sus palabras le habían parecido muy sensatas a Craig Toomy, al menos hasta cierto punto.

«En ese caso, el piloto sería uno de nosotros», había dicho el chico. «Sí y no —había contestado el tipo de la chaqueta barata—. En mi relato, el piloto es el piloto. El piloto que por casualidad iba a bordo, supuestamente con destino a Boston, el que estaba sentado en primera clase, a menos de diez metros de la puerta de la cabina.»

En otras palabras, Engle.

Y el otro tipo, el que le había retorcido la nariz a Craig, estaba evidentemente en el ajo, ejerciendo de una especie de mariscal del cielo para proteger a Engle de cualquiera que comprendiera.

No había seguido escuchando mucho tiempo más la conversación, porque entonces el hombre de la chaqueta de rebajas dejó de decir cosas razonables y empezó a barbotar un montón de mierda sobre que Denver, Des Moines y Omaha habían desaparecido. La idea de que tres grandes ciudades americanas podían desaparecer sin más era ridícula, pero eso no quería decir que todo lo que había dicho el tipo lo fuera.

Por supuesto, era un experimento. Esa idea no era ni mucho menos tonta. Sin embargo, la teoría del viejo de que ellos eran conejillos de Indias era producto de una mente desequilibrada.

«Yo —pensó Craig—. Soy yo el conejillo.»

Durante toda su vida, Craig se había sentido el conejillo de un experimento parecido a éste.

«Caballeros, es una cuestión de relación presión-éxito. La relación correcta produce un factor X. ¿Qué factor X? Eso es lo que nos mostrará nuestro sujeto, el señor Craig Toomy.»

Pero entonces Craig Toomy había hecho algo que no esperaban, algo que nunca se hubieran atrevido a hacer sus ratas y conejillos de Indias: les había dicho que no participaba.

«¡No puede hacer eso! ¡Estallará!»

«¿De veras? ¡Estupendo!»

Y ahora todo se había aclarado, por completo. Los demás eran espectadores inocentes o extras contratados para dar a este drama estúpido la verosimilitud que necesitaba. Todo se había organizado con un objetivo: mantener lejos de Boston a Craig Toomy, mantener a Craig Toomy alejado de la opción de abandonar el experimento.

«Yo les enseñaré», pensó Craig. Arrancó otra hoja de la revista y la miró. Mostraba a un hombre feliz, un hombre que obviamente nunca había oído hablar de lagolieros, que evidentemente no sabía que se arrastraban por todas partes, detrás de cada arbusto y cada árbol, en toda oscuridad, justo por encima del horizonte. El hombre feliz conducía por una carretera campestre al volante de su coche alquilado en Avis. El anuncio decía que, al presentar la tarjeta de usuario asiduo de American Pride en el mostrador de Avis, prácticamente te daban ese coche de alquiler y tal vez también una chica para conducirlo. Empezó a rasgar una tira de papel del costado del reluciente anuncio. El prolongado y lento sonido resultaba al mismo tiempo angustioso y exquisitamente tranquilizador.

«Les demostraré que cuando digo que me retiro, lo digo en serio.»

Dejó caer la tira al suelo y empezó con la siguiente. Era importante rasgar despacio. Era importante que cada tira fuera lo más estrecha posible, pero no se podían hacer demasiado estrechas porque se te escapaban y se rompían antes de llegar al final de la página. Para que cada tira tuviera la medida correcta, se requería una vista aguda y manos seguras. «Y yo tengo ambas cosas. Será mejor que lo crean. Será mejor que lo crean.»

Rasss.

«Tal vez tenga que matar al piloto.»

Sus manos se detuvieron en la mitad de la página. Miró por la ventanilla y vio su cara larga y pálida reflejada en la oscuridad.

«Tal vez también tenga que matar al inglés.»

Craig Toomy nunca había matado a nadie. ¿Podría hacerlo? Con creciente alivio, llegó a la conclusión de que sí. Naturalmente, no mientras estuvieran en el aire; el inglés era muy rápido, muy fuerte, y aquí arriba no había armas lo bastante seguras. Pero, cuando aterrizaran...

«Sí. Si tengo que hacerlo, lo haré.»

Al fin y al cabo, la conferencia en el Pru duraría tres días. Al parecer, era inevitable llegar tarde, pero al menos podría explicar que había sido drogado y tomado como rehén por una organización gubernamental. Eso los dejaría atónitos. Podía ver sus caras sobresaltadas mientras él permanecía en pie. Trescientos banqueros de todo el país se reunían para hablar de bonos y deudas, y en lugar de eso se enterarían de la sucia verdad de lo que hacía el gobierno, «Amigos míos, fui secuestrado por...»

Rasss.

«... y pude escapar sólo cuando...»

Rasss.

«Si es necesario, puedo matarlos a los dos. En realidad, puedo matarlos a todos.»

Las manos de Craig Toomy empezaron a moverse otra vez. Terminó de rasgar una tira, la dejó caer al suelo y empezó con la siguiente. La revista tenía muchas páginas, cada página tenía muchas tiras, y eso quería decir que había mucho trabajo que hacer antes de que aterrizara el avión. Pero eso no le preocupaba. Craig Toomy era un hombre emprendedor.

Laurel Stevenson no volvió a dormirse, pero sí a dormir. Sus pensamientos —que en ese estado mental desbocado parecían sueños— se centraron de nuevo en la razón por la cual iba a Boston.

«Se supone que inicio mis primeras auténticas vacaciones en diez años», había dicho. Pero era mentira. Contenía un granito de verdad, pero dudaba de que hubiera sido muy convincente. No le habían enseñado a decir mentiras, y su técnica no era buena. No creía que la gente que quedaba en el vuelo 29 estuviera interesada, claro. No en esa situación. El hecho de ir a Boston a ver a un hombre desconocido —y casi con seguridad a dormir con él— no era nada comparado con el de ir hacia el este en un avión del cual habían desaparecido casi todos los pasajeros y toda la tripulación.

Querida Laurel:

Me hace mucha ilusión conocerte. Cuando bajes por la escalerilla ni siquiera tendrás que mirar mi fotografía. Tendré tal cosquilleo en el estómago que lo único que necesitarás hacer será buscar al tipo que esté flotando cerca del techo...

Su nombre era Darren Crosby.

Era cierto. No necesitaría mirar su fotografía. Había memorizado su cara, así como la mayor parte de sus cartas. La cuestión era por qué. No tenía respuesta a esa pregunta. Ni siquiera una pista. Era una prueba más de la veracidad de la observación de J. R. R. Tolkien: debes llevar cuidado cada vez que franqueas la puerta, porque la calle que pasa por delante es en realidad un camino, y el camino te arrastra siempre hacia delante. Si no llevas cuidado, es posible que te encuentres... bueno..., arrastrada, una extraña en una tierra extraña, que no sabe cómo ha llegado allí.

Laurel había dicho a todos adonde iba, pero no por qué ni para qué. Era bibliotecaria graduada por la Universidad de California. Aunque no era una modelo, estaba bien formada y resultaba agradable de mirar. Se movía en un pequeño círculo de buenos amigos que se habrían escandalizado si hubieran sabido que se dirigía a Boston con la intención de encontrarse con un hombre a quien sólo conocía por correspondencia, un hombre con quien había entrado en contacto a través de la columna personal de una revista llamada *Amigos y amantes*.

En realidad, ella también estaba escandalizada.

Darren Crosby medía un metro ochenta y dos, pesaba ochenta y un kilos y tenía los ojos de color azul oscuro. Le gustaba el whisky escocés (aunque no en cantidad excesiva), tenía un gato llamado Stanley, era un heterosexual devoto y un perfecto caballero (o al menos eso afirmaba), y en su opinión Laurel era el nombre más bello que había oído nunca. Las fotos que había enviado mostraban a un hombre de rostro agradable, abierto e inteligente. Laurel sospechaba que era el tipo de hombre que parecería siniestro si no se afeitara dos veces al día. Y eso era todo lo que sabía.

Laurel había mantenido correspondencia con media docena de hombres en media docena de años (suponía que era un *hobby*), pero jamás había imaginado que daría el paso siguiente..., este paso. Suponía que el escueto y autocensurado sentido del humor de Darren formaba parte de su atractivo, pero era perturbadoramente consciente de que las auténticas razones estaban en ella, no en él. ¿No sería que la atracción real era de hecho su incapacidad para comprender ese violento deseo de hacer algo inhabitual, como volar hacia lo desconocido esperando encontrar la luz adecuada?

«¿Qué estás haciendo?», volvió a preguntarse.

El avión atravesó una pequeña turbulencia y volvió a estabilizarse.

Laurel salió de su somnolencia y miró a su alrededor. Vio que la adolescente se había sentado frente a ella y miraba por la ventanilla.

—¿Qué ves? —Preguntó Laurel—. ¿Ves algo?

—Bueno, ha salido el sol —dijo la chica—, pero eso es todo.

—¿Y qué hay de la tierra? —Laurel no quería levantarse a mirar. Dinah seguía teniendo la cabeza apoyada en ella y no quería despertarla.

—No la veo. Está lleno de nubes —explicó, mirando a su alrededor. Sus ojos se habían aclarado y su rostro había recuperado un poco de color, no mucho—. Me llamo Bethany Simms. ¿Y tú?

—Laurel Stevenson.

—¿Crees que estaremos bien?

—Supongo —contestó Laurel. Y añadió, reacia—: Eso espero.

—Me asusta lo que puede haber bajo esas nubes —dijo Bethany—. Pero, de todos modos, ya estaba asustada. Por Boston. De repente, mi madre decidió que sería una gran idea que pasara un par de semanas con mi tía Shawna, a pesar de que el colegio empieza dentro de diez días. Creo que la idea era que bajara del avión como un corderito para que la tía Shawna me atara la soga al cuello.

—¿Qué soga?

—No busques la salida fácil, no cojas dinero, acude enseguida al centro de rehabilitación y empieza a secarte —dijo Bethany, pasando las manos por su cabello corto y oscuro—. Las cosas ya eran tan raras que esto parece una continuación. —Miró detenidamente a Laurel y agregó con total seriedad—: Esto está sucediendo realmente, ¿no? Quiero decir que ya me he pellizcado varias veces y no cambió nada.

—Es real.

—No parece real —dijo Bethany—. Parece una de esas estúpidas películas de catástrofes. *Aeropuerto 1990* o algo así. No puedo dejar de buscar a un par de actores como Wilford Brimley y Olivia de Havilland. Se supone que se conocen durante el fregado y se enamoran, ¿sabes?

—No creo que estén en el avión —dijo Laurel con gravedad. Se miraron a los ojos y, durante un instante, estuvieron a punto de reír juntas. Si hubiera sucedido, se habrían hecho amigas. Pero no sucedió. No del todo.

—¿Y tú qué, Laurel? ¿Tienes un problema de película catastrofista?

—Me temo que no —contestó Laurel. Y entonces sí se echó a reír, porque una palabra apareció en su mente en rojas letras de neón: «¡Mentirosa!»

Bethany se tapó la boca con la mano y dejó escapar una risilla.

—¡Jesús! —exclamó un minuto después—. Es lo que faltaba, ¿no?

Laurel asintió.

—Lo sé. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Necesitas rehabilitación, Bethany?

—No lo sé —respondió, volviéndose otra vez a mirar por la ventanilla. Su sonrisa había desaparecido y la voz era átona—. Supongo que no me vendría mal. Solía pensar que era sólo ocasional, pero ahora no lo sé. Supongo que está fuera de control. Pero ser embalada de esta manera... Me siento como un cerdo en la cola del matadero.

—Lo siento —dijo Laurel, pero también lo sentía por sí misma. La niña ciega ya la había adoptado; no necesitaba una segunda pupila. Ahora que se había despejado otra vez, descubrió que estaba asustada, muy asustada. Si la chica pretendía desembarazarse de un montón de angustia catastrofista, ella no quería estar en la parte trasera del camión descargador. La idea la hizo sonreír otra vez. No podía evitarlo. Era lo que faltaba. ¡Vaya si lo era!

—Yo también lo siento —dijo Bethany—, pero supongo que no es el momento apropiado para preocuparse, ¿eh?

—Creo que no —dijo Laurel.

—El piloto no desaparecía nunca en aquellas películas de *Aeropuerto*, ¿verdad?

—No, que yo recuerde.

—Son casi las seis. Faltan dos horas y media.

—Sí.

—Sólo con que el mundo estuviera todavía allí —dijo Bethany—, sería suficiente para empezar.

—Y añadió, mirando atentamente a Laurel— Supongo que no tendrás hierba, ¿no?

—Me temo que no.

Bethany se encogió de hombros y ofreció a Laurel una sonrisa fatigada que resultaba extrañamente cautivadora.

—Bueno —dijo—, me llevas ventaja. Yo sólo temo.

Un rato después, Brian Engle volvió a verificar la dirección, la velocidad del aire, las cifras de navegación y sus mapas. Lo último que hizo fue mirar el reloj. Eran las ocho y dos minutos.

—Bueno —dijo a Nick sin volver la cabeza—. Creo que ya es hora. Todo o nada.

Se estiró y encendió la señal de «Ajústense los cinturones». La campanilla emitió su sonido lento y agradable. Después, abrió el intercomunicador y cogió el micrófono.

—Hola, señoras y caballeros. Les habla el capitán Engle. Estamos sobrevolando el océano Atlántico, aproximadamente a unos cincuenta kilómetros al este de la costa de Maine, y muy pronto iniciaré el descenso a la zona de Bangor. En circunstancias normales, no encendería tan pronto la señal de los cinturones, pero estas circunstancias no son normales, y mi madre siempre decía que la prudencia es el ingrediente esencial del valor. Por lo tanto, quiero asegurarme de que sus cinturones están bien abrochados y ajustados. Las condiciones, abajo, no parecen ser especialmente amenazadoras, pero como no puedo establecer comunicación por radio, el tiempo será una especie de regalo sorpresa para todos. Esperaba que las nubes se abrieran, y de hecho vi algunos claros sobre Vermont, pero me temo que han vuelto a cerrarse. Desde mi experiencia como piloto puedo decirles que las nubes que ven debajo no me parecen indicadores de tiempo muy malo. Creo que en Bangor puede estar nublado, y tal vez caiga una ligera llovizna. Ahora inicio el descenso. Por favor, permanezcan tranquilos. Todas las luces del tablero están en verde y los procedimientos en el interior del avión son de rutina.

Brian no se había molestado en programar el piloto automático para el descenso. Inició el proceso. Hizo girar el aparato en una curva amplia y pausada, y su asiento se inclinó ligeramente hacia delante cuando el 767 empezó su lento deslizamiento hacia las nubes que había a mil metros.

—Un discurso muy tranquilizador —dijo Nick—. Tendría que haberse dedicado a la política, colega.

—No creo que estén demasiado tranquilos ahora —replicó Brian—. Yo no lo estoy.

De hecho, estaba más asustado de lo que lo había estado nunca. Comparada con esta situación, la fuga de presión del vuelo 7 desde Tokio parecía un inconveniente menor. El corazón latía lenta y pesadamente en su pecho, como un tambor fúnebre. Tragó saliva y oyó un clic en la garganta. El vuelo 29 se situó a nueve mil metros y siguió descendiendo. Ahora, las nubes blancas e informes estaban más cerca. Se extendían sobre el horizonte como una extraña pista de baile.

—Estoy cagado de miedo, compañero —dijo Nick Hopewell con una voz ronca y extraña—. Vi morir hombres en las Falkland, recibí una bala en la pierna, tengo una rodilla de Teflón, y en Beirut me salvé por un pelo de volar con un coche-bomba... Fue en 1982. Pero jamás estuve tan asustado como ahora. Parte de mí desearía cogerlo y obligarlo a subir otra vez. Lo más alto posible.

—No serviría de nada —contestó Brian. Su voz ya no era firme; a través de ella escuchaba los latidos del corazón, haciéndola ascender y descender en variaciones diminutas—. Recuerde lo que dije antes: no podemos quedarnos aquí para siempre.

—Lo sé, pero tengo miedo de lo que pueda haber bajo esas nubes. O de lo que no haya.

—Bueno, lo descubriremos juntos.

—No hay más remedio, ¿eh, colega?

—No.

El 767 llegó a los siete mil quinientos metros y siguió descendiendo.

Todos los pasajeros estaban en el compartimento principal; hasta el hombre calvo, que se había aferrado tercamente a su lugar en el de ejecutivos durante la mayor parte del vuelo, se había reunido con los demás.

Y estaban todos despiertos, excepto el barbudo de la cola del avión. Lo escuchaban roncar alegremente y, durante un instante, Albert Kaussner sintió celos, el deseo de ser él quien despertara cuando ya estuvieran seguros en tierra, como seguramente haría el barbudo, y dijera lo que probablemente diría el barbudo: «¿Dónde demonios estamos?»

El único ruido era el suave rasss... rasss... rasss... que producía Craig Toomy al desmembrar la revista. Estaba sentado con los pies hundidos en un enorme montón de tiras de papel.

—¿Le importaría dejar eso? —preguntó Don Gaffney. Su voz era tensa y forzada—. Va a hacer que empiece a subirme por las paredes, compañero.

Craig volvió la cabeza y miró a Don Gaffney con los ojos muy abiertos, neutros, vacíos. Volvió la cabeza de nuevo y levantó la página con la que estaba trabajando, que resultó ser la mitad oriental del mapa de ruta de la American Pride.

Rasss.

Gaffney abrió la boca para decir algo, pero la cerró.

Laurel tenía el brazo en torno a los hombros de Dinah. Ésta cogía entre las suyas la mano libre de Laurel.

Albert estaba junto a Robert Jenkins, delante de Gaffney. Y delante de él estaba la chica de pelo corto y oscuro. Miraba por la ventanilla con el cuerpo estirado con tanta rigidez que parecía atada con alambre. Y delante de ella estaba el hombre calvo del compartimento de ejecutivos.

—¡Bueno, al menos conseguiremos algo para masticar! —dijo en voz alta.

Nadie contestó. El compartimento principal parecía embutido en una tensa y rígida concha.

Albert Kaussner sentía que cada uno de los pelos de su cuerpo estaba erizado. Buscó el refugio consolador de As Kaussner, el duque del desierto, el barón del Buntline, pero no pudo encontrarlo. As se había ido de vacaciones.

Las nubes estaban mucho más cerca. Habían perdido su aspecto chato; ahora, Laurel veía curvas algodonosas y canales llenos de sombras del amanecer. Se preguntó si Darren Crosby estaría todavía allí, esperándola pacientemente entre la muchedumbre, en la puerta de llegada del aeropuerto Logan. No le sorprendió demasiado descubrir que, en el fondo, no le importaba. Su mirada volvió a sentirse atraída por las nubes y olvidó a Darren Crosby, el hombre al que le gustaba el whisky escocés (aunque no en exceso) y que afirmaba ser un perfecto caballero. Imaginó una mano, una inmensa mano verde, surgiendo de pronto a través de aquellas nubes y cogiendo el 767 como un niño enfadado cogería un juguete. Imaginó que la mano apretaba, vio el carburante del *jet* explotando en lenguas de fuego color naranja entre los enormes nudillos y cerró un momento los ojos.

«¡No baje allí! —quería gritar—. ¡Por favor, no baje!»

Pero ¿qué elección tenían? ¿Qué elección?

—Estoy muy asustada —dijo Bethany Simms con voz débil e imprecisa. Se pasó a uno de los asientos de la zona central, se ajustó el cinturón y apretó las manos contra el vientre—. Creo que voy a desmayarme.

Craig Toomy le lanzó una mirada y empezó a hacer otra tira con el mapa de ruta. Un momento después, Albert se desabrochó el cinturón, se puso de pie, se sentó junto a Bethany y volvió a ajustárselo. En cuanto se sentó, ella le cogió las manos. Tenía la piel fría como el mármol.

—Todo saldrá bien —dijo él, luchando por sonar fuerte y seguro, luchando por sonar como el judío más rápido al oeste del Mississippi. Pero sólo sonaba como Albert Kaussner, un estudiante de violín de diecisiete años que se sentía a punto de mearse en los pantalones.

—Espero... —empezó a decir ella. Pero entonces el avión empezó a saltar y Bethany gritó.

—¿Qué pasa? —preguntó Dinah con voz débil y ansiosa—. ¿Le pasa algo malo al avión?

¿Vamos a caer nos?

—No creo...

Se escuchó la voz de Brian por los altavoces.

—Es un poco de turbulencia normal, chicos —dijo—. Por favor, permanezcan tranquilos. Al entrar en las nubes, lo más probable es que saltemos más. La mayoría de ustedes ha pasado antes por esto, así que tranquilos.

Rasss.

Don Gaffney miró al hombre del jersey de cuello alto y sintió un impulso súbito, casi insoportable, de arrancar la revista de las manos de ese hijo de puta y empezar a golpearlo con ella.

Ahora las nubes estaban muy cerca. Robert Jenkins veía la forma negra del 767 corriendo por sus blancas superficies, justo debajo del avión. Pronto, el aparato besaría su propia sombra y desaparecería. Jamás había tenido una premonición, pero en ese momento tuvo una, cierta y completa. «Cuando salgamos de esas nubes, vamos a ver algo que ningún ser humano ha visto nunca. Será algo totalmente increíble..., y sin embargo nos veremos obligados a creerlo. No tendremos elección.»

Apretó los puños sobre los brazos de su asiento. Una gota de sudor le entró en un ojo. En lugar de levantar la mano para limpiarla, Jenkins trató de eliminarla parpadeando. Sentía las manos clavadas al asiento.

—¿Todo va a salir bien? —preguntó frenéticamente Dinah. Sus manos pequeñas apretaban las de Laurel con una fuerza casi dolorosa—. ¿Todo va a salir bien?

Laurel miró por la ventanilla. Ahora, el 767 rozaba la parte superior de las nubes y los primeros copos de algodón dulce pasaron junto a su ventana. El avión sufrió otra serie de sacudidas, y tuvo que apretar la garganta para no gemir. Por primera vez en su vida, se sentía físicamente enferma de terror.

—Espero que sí, encanto —dijo—. Espero que sí, pero realmente no lo sé.

—¿Qué indica el radar, Brian? —Preguntó Nick—. ¿Algo fuera de lo normal? ¿Algo?

—No —dijo Brian—. Dice que el mundo está allí abajo, pero eso es todo. Estamos...

—Espere —dijo Nick. Su voz tenía un sonido tenso y estrangulado, como si se le hubiera cerrado la garganta hasta tener el diámetro de la cabeza de un alfiler—. Vuelva a subir.

Pensémoslo. Espere a que se abran las nubes...

—No hay ni tiempo ni combustible. —Los ojos de Brian estaban clavados en los instrumentos. El avión empezó a agitarse otra vez y realizó automáticamente las correcciones—. Aguante. Entramos.

Empujó los mandos hacia delante. La aguja del altímetro empezó a moverse más deprisa bajo el círculo de vidrio, y el avión se internó en las nubes. Durante un instante, la cola sobresalió, cortando la superficie algodonosa como la aleta de un tiburón. Un momento después, también había desaparecido y el cielo estaba vacío, como si allí no hubiera habido nunca un avión.

CAPÍTULO CUATRO

EN LAS NUBES. BIENVENIDOS A BANGOR. UNA SALVA DE APLAUSOS. EL TOBOGÁN Y LA CINTA TRANSPORTADORA. NO SE ESCUCHAN TELÉFONOS. CRAIG TOOMY DA UN MAL PASO. LA ADVERTENCIA DE LA PEQUEÑA CIEGA.

1

El compartimento principal pasó de la brillante luz solar a la penumbra del final del crepúsculo y el avión empezó a agitarse con más violencia. Después de un salto particularmente fuerte, Albert sintió una presión contra su hombro derecho. Miró y vio la cabeza de Bethany, pesada como una madura calabaza de octubre. La chica se había desmayado. El avión saltó otra vez y en el compartimento de primera se oyó un ruido. Esta vez fue Dinah quien gritó. Gaffney preguntó alarmado:

—¿Qué fue eso? ¡Por el amor de Dios! ¿Qué fue eso?

—El carrito de las bebidas —respondió Bob Jenkins en voz baja y seca. Trató de hablar más fuerte para que todos le oyeran, pero descubrió que no podía—. El carrito de las bebidas se quedó fuera, ¿recuerda? Creo que debe de haber rodado...

El avión dio un brinco, bajó con un ruido desgarrador y el carrito de las bebidas cayó. El cristal tembló. Dinah volvió a gritar.

—Está bien —dijo Laurel frenéticamente—. No me aprietes tanto, cariño, está bien...

—¡Por favor, no quiero morir! ¡Es que no quiero morir!

—Turbulencia normal, muchachos. —La voz de Brian sonaba tranquila a través de los altavoces, pero a Bob Jenkins le pareció que en ella había un terror apenas controlado—.

Permanezcan...

Otro salto vertiginoso. Otro estallido al caer más vasos y botellines del carrito volcado.

—... tranquilos —terminó Brian.

A la izquierda de Don Gaffney, al otro lado del pasillo, se oyó otro rasss.

Gaffney se volvió.

—Déjelo ahora mismo, hijo de puta, o le meteré en la garganta lo que queda de la revista.

Craig lo miró apaciblemente.

—Inténtelo, viejo imbécil.

El avión volvió a subir y a bajar. Albert se inclinó sobre Bethany, en dirección a la ventanilla. Al hacerlo sintió la presión de sus senos contra el brazo, y por primera vez en los últimos cinco años esa sensación no consiguió eliminar de su cabeza todo lo demás. Miró por la ventanilla, buscando desesperadamente un hueco en las nubes, intentando hacer aparecer un hueco en las nubes.

No había nada, salvo sombras gris oscuro.

—¿A qué altura está el techo, compañero? —preguntó Nick. Ahora que ya se habían internado en las nubes, parecía más tranquilo.

—No lo sé —dijo Brian—. Pero más abajo de lo que esperaba.

—¿Qué pasa si se queda sin espacio?

—Si los instrumentos fallan, aunque sea un poco, caeremos en la sopa —contestó brutalmente—. Pero lo dudo. Si al llegar a los ciento cincuenta metros sigue sin haber noticias, volveré a subir y me dirigiré a Portland.

—Tal vez tendría que hacerlo ahora.

Brian meneó la cabeza.

—El tiempo es casi siempre peor allí que aquí.

—¿Y Presque Isle? ¿No hay una base SAC de largo alcance?

Brian sólo tuvo un instante para pensar que este tipo sabía mucho más de lo que debía.

—Está fuera de nuestras posibilidades. Nos estrellaríamos en los bosques.

—Entonces, Boston también está fuera de nuestras posibilidades.

—Y que lo diga.

—Ésta empieza a parecer una pésima decisión, compañero.

El avión golpeó otra corriente invisible de turbulencias y se sacudió como un perro resfriado.

Brian escuchó débiles gritos procedentes del compartimento principal mientras hacía las correcciones necesarias, y deseó poder decirles que no era nada, que el 767 podía atravesar turbulencias veinte veces peores. El verdadero problema era el techo.

—Todavía no hemos salido —dijo.

El altímetro señalaba seiscientos setenta metros.

—Pero ¡nos estamos quedando sin espacio!

—Estamos... —Brian se quedó en silencio. Sintió que una oleada de alivio lo invadía como si fuera la caricia de una mano refrescante—. Ya está —dijo—. Salimos.

Delante del negro morro del 767, las nubes iban raleando rápidamente. Por primera vez desde que sobrevolaran Vermont, Brian vio un hueco en la manta blanco-grisácea y, a través de él, el color plomizo del océano Atlántico.

Brian habló por el micrófono de la cabina:

—Señoras y caballeros, hemos alcanzado el techo. Espero que esta pequeña turbulencia cese cuando terminemos de pasar. Dentro de unos minutos oirán, en la parte inferior, el ruido del tren de aterrizaje al bajar y ajustarse en su lugar. Continúo el descenso hacia la zona de Bangor.

Desconectó y se volvió un instante hacia el hombre sentado en el lugar del navegante.

—Deséeme suerte, Nick.

—Ya lo hago, colega, ya lo hago.

Laurel miró por la ventanilla casi sin respirar. Ahora, las nubes se despejaban con rapidez. Vio el océano en una sucesión de breves parpadeos: olas, rompiente y un gran trozo de roca saliendo del agua como el colmillo de un monstruo muerto. Tuvo la visión de un objeto naranja brillante que podía ser una boya.

Pasaron por encima de una pequeña isla cubierta de árboles; agachándose y doblando el cuello podía ver la costa. Durante cuarenta y cinco interminables segundos, delgados jirones de nubes oscurecieron la visión. Cuando desaparecieron, el 767 estaba otra vez sobrevolando tierra. Pasaron encima de un campo, de un grupo de árboles, de lo que parecía un estanque. Pero ¿dónde están las casas? ¿Dónde están los caminos, los coches, los edificios y los cables de alta tensión?

Entonces dejó escapar un grito.

—¿Qué sucede? —Chilló Dinah—. ¿Qué pasa, Laurel? ¿Qué va mal?

—¡Nada! —gritó, triunfante. Abajo veía un camino estrecho que conducía a una pequeña aldea costera. Desde allí arriba, parecía un pueblo de juguete con diminutos coches aparcados en la calle principal. Vio la torre de una iglesia, una cantera de piedra, un campo de béisbol—. ¡Nada va mal! ¡Está todo ahí! ¡Las cosas todavía están ahí!

Robert Jenkins habló a sus espaldas. Su voz, tranquila y plana, reflejaba un profundo desaliento.

—Señora —dijo—, me temo que se equivoca.

Un largo y blanco *jet* de pasajeros sobrevoló lentamente la tierra, unos ocho kilómetros al este del aeropuerto internacional de Bangor. En la cola, en números grandes y orgullosos, se leía: 767. A lo largo del fuselaje estaban escritas las palabras «American Pride» con letras inclinadas hacia la izquierda para dar impresión de velocidad. A ambos lados del morro figuraba el emblema de la compañía aérea: una gran águila roja. Sus alas desplegadas estaban tachonadas de estrellas azules; tenía los espolones flexionados y la cabeza ligeramente inclinada. Al igual que el avión al que decoraba, el águila parecía estar a punto de posarse.

El avión no proyectaba ninguna sombra en el suelo mientras volaba hacia la ciudad que tenía delante. No llovía, pero la mañana era gris y sin sol. Su vientre se abrió. El tren de aterrizaje bajó y se extendió. Las ruedas se ajustaron en su lugar, bajo el cuerpo del avión y la zona de la cabina de mandos.

El vuelo 29 de American Pride descendió hacia Bangor. Al hacerlo, se inclinó ligeramente hacia la izquierda. Ahora, el capitán Engle podía realizar las correcciones visualmente y lo hizo.

—¡Lo veo! —Exclamó Nick—. ¡Veo el aeropuerto! ¡Dios, qué visión más hermosa!

—Si lo ve es que no está en su asiento —dijo Brian. Habló sin volver la cabeza. Ahora no tenía tiempo para eso—. Abróchese el cinturón y cierre la boca.

Pero aquella larga pista era una hermosa visión.

Brian centró en ella el morro del avión y continuó rodando, pasando de trescientos a doscientos cincuenta metros. Un bosque de pinos aparentemente interminable pasó por debajo de las alas del avión y dio paso a una serie de edificios. Automáticamente, los ojos inquietos de Brian registraron el habitual grupo de moteles, gasolineras y restaurantes de comidas rápidas.

Después atravesaron el río Penobscot y entraron en el espacio aéreo de Bangor. Brian controló de nuevo el tablero, observó que tenía luces verdes en los alerones y volvió a intentar establecer contacto con el aeropuerto, aunque sabía que era inútil.

—Torre de Bangor, aquí el vuelo 29 —dijo—. Estoy denunciando una emergencia. Repito, estoy denunciando una emergencia. Si hay tráfico, apártenlo de mi camino. Estoy entrando.

Echó una mirada al indicador de velocidad del aire justo a tiempo para verlo caer por debajo de ciento cuarenta, la velocidad que teóricamente lo obligaba a aterrizar. Debajo de él, algunos árboles dispersos dieron paso a una pista de golf. Tuvo una rápida visión del cartel verde de un Holiday Inn y, después, de las luces que señalaban el final de la pista: el número 33 pintado en grandes números blancos.

Las luces no estaban ni rojas ni verdes.

Simplemente, estaban muertas.

No había tiempo para pensar en ello. No había tiempo para pensar qué les sucedería si un Learjet o un orondo y pequeño Doyka aparecían de pronto en la pista que tenían delante. No había tiempo para nada que no fuera posar el pájaro.

Sobrevolaron una corta franja cubierta de hierbas y gravilla y después, apenas a diez metros por debajo del aparato, empezó a extenderse una pista asfaltada. Pasaron sobre la primera serie de rayas blancas y después empezaron a ver las huellas dejadas probablemente por los jets de la Guardia Nacional del Aire.

Brian condujo el 767 hacia la pista. Debajo de ellos vieron la segunda serie de rayas. Un momento más tarde dieron un pequeño salto al tocar tierra el tren de aterrizaje. Ahora, el vuelo 29 corría a lo largo de la pista 33 a ciento noventa kilómetros por hora, con el morro ligeramente levantado y las alas inclinadas en un ángulo suave. Brian aplicó los alerones e invirtió los empujes. Se oyó otro golpe sordo, más débil que el primero, cuando el morro tocó el suelo.

Después, el avión fue disminuyendo la velocidad de ciento noventa a ciento sesenta, de ciento sesenta a ciento treinta, de ciento treinta a sesenta, de sesenta a la velocidad de carrera de una persona.

Estaba hecho. Había aterrizado.

—Aterrizaje de rutina —dijo Brian—. Nada especial.

Entonces dejó escapar un suspiro largo y estremecido, y detuvo por completo el avión a cuatrocientos metros de la pista de rodaje más cercana. De pronto, su delgado cuerpo se estremeció violentamente. Se llevó la mano a la cara y la retiró mojada de sudor. Luego, la miró y lanzó una débil carcajada. Una mano se apoyó en su hombro.

—¿Está bien, Brian?

—Sí —respondió, y volvió a coger el micrófono del intercomunicador— Señoras y caballeros —dijo—, bienvenidos a Bangor.

Brian escuchó a sus espaldas un coro de exclamaciones de júbilo y sonrió.

Nick Hopewell no reía. Estaba inclinado sobre el asiento de Brian y miraba por la ventanilla de la cabina. En la red de pistas de rodaje no se movía nada; tampoco en las de aterrizaje. No había camiones ni vehículos de seguridad recorriendo el asfalto de uno a otro lado. Veía algunos vehículos, un avión de transporte del ejército, un C-12 aparcado en una pista exterior y un Delta 727, pero estaban quietos como estatuas.

—Gracias por la bienvenida, amigo mío —dijo suavemente—.

Mi profundo agradecimiento proviene del hecho de que es el único que va a ofrecernos una bienvenida. Este lugar está totalmente desierto.

Pese al continuado silencio radial, Brian era reacio a aceptar el juicio de Nick. Sin embargo, cuando llegó a un punto situado entre dos de las terminales de pasajeros, descubrió que era imposible creer ninguna otra cosa. No era sólo la ausencia de gente; ni siquiera el hecho de que ni un solo coche de seguridad se acercara a ver qué sucedía con aquel inesperado 767; se trataba de la presencia de un aire totalmente inanimado, como si el aeropuerto internacional de Bangor hubiera permanecido desierto durante mil o cien mil años. Bajo un ala del *jet* Delta había un tren de equipaje enganchado a un jeep, con algunas maletas y bolsos. Los ojos de Brian no dejaban de mirarlas mientras colocaba el avión lo más cerca que se atrevía de la terminal y lo estacionaba. Las maletas parecían tan antiguas como artefactos exhumados de alguna antigua y fabulosa ciudad. «Me pregunto si el tipo que descubrió la tumba de Tutankamón se sentiría así», pensó.

Apagó los motores y permaneció sentado un momento. Ahora no se escuchaba ruido alguno, salvo el leve susurro de una unidad eléctrica auxiliar —una de las cuatro que había—, en la parte trasera del avión. La mano de Brian se dirigió hacia el interruptor de «fuerza eléctrica interna» y estuvo a punto de tocarlo. De pronto, deseó no cerrarlo por completo y apartó la mano. No había razón precisa, pero la voz del instinto era muy clara.

«Además —pensó Brian—, no creo que haya nadie por aquí para fastidiar por el gasto de combustible, de lo poco que queda para gastar.»

Después se desabrochó el cinturón de seguridad y se puso de pie.

—¿Y ahora qué, Brian? —preguntó Nick.

También se había puesto en pie, y Brian observó por primera vez que era unas cuatro pulgadas más alto que él. Pensó: «He estado al mando. Desde que sucedió esta cosa rara..., mejor dicho, desde que descubrimos que sucedió, he estado al mando. Pero creo que eso va a cambiar muy pronto.»

Descubrió que no le importaba. Meter el 767 en las nubes había exigido hasta la última pizca de coraje que poseía, pero no esperaba ningún tipo de agradecimiento por mantener el control y realizar su trabajo. El coraje era una de las cosas por las que le pagaban. Recordaba que, una vez, un piloto le había dicho: «Brian, nos pagan cien mil dólares al año o más, y en realidad lo hacen por una sola razón. Saben que en la carrera de casi todo piloto hay treinta o cuarenta segundos en que realmente pueden cambiar las cosas. Nos pagan para que no nos quedemos paralizados cuando por fin llegan esos segundos.»

Estaba muy bien que el cerebro te dijera que, con nubes o sin ellas, tenías que bajar, que no había elección, así de sencillo. Las terminaciones nerviosas continuaban vociferando su vieja advertencia, telegrafando el alto voltaje del terror a lo desconocido. Hasta Nick, fuera quien fuese e hiciera lo que hiciese en tierra, había querido retroceder cuando llegó el momento. Había necesitado a Brian para hacer lo que había que hacer. El y los demás habían necesitado que Brian pusiera los cojones. Ahora estaban abajo y no había monstruos, sólo ese extraño silencio y un tren de equipaje abandonado bajo el ala de un Delta 727.

«Así que, si quieres tomar el mando y ser el capitán, amigo retorcedor de narices, tienes mi bendición. Si quieres, hasta te presto mi gorra. Pero no hasta que bajemos del avión. Hasta que tú y el resto de los gansos estéis en el suelo, seguís bajo mi responsabilidad.»

Pero Nick le había hecho una pregunta, y Brian pensó que merecía una respuesta.

—Ahora bajaremos del avión y veremos cómo están las cosas —dijo, pasando junto al inglés. Nick apoyó una mano en su hombro, intentando refrenarlo.

—¿Cree...?

Brian sintió un relámpago de ira muy poco habitual en él. Se libró de la mano de Nick.

—Lo que creo es que vamos a salir del avión —dijo—. No hay nadie para colocar una escalerilla, así que usaremos el tobogán de emergencia. Después, empezará a pensar usted, compañero.

Entró en el compartimento de primera y estuvo a punto de caer sobre el carrito de las bebidas, que se había volcado. Había un montón de cristales rotos y el olor a alcohol hacía saltar las lágrimas. Saltó por encima. Nick le alcanzó al final del compartimento.

—Brian, si dije algo que le ofendiera, lo siento. Ha hecho un trabajo magnífico.

—No me ofendió —dijo Brian—, pero en las últimas diez horas he tenido que enfrentarme a un escape de presión sobre el océano Pacífico, a la muerte de mi exmujer en un estúpido incendio en Boston y al hecho de verme envuelto en una horrible película para televisión. Me siento algo apaleado.

Pasó por el compartimento de ejecutivos y entró en el principal. Durante un momento, el silencio fue absoluto. Allí estaban todos, sentados y mirándolo, con la tez blanca y un desconcierto total. Después, Albert Kaussner empezó a aplaudir. Al cabo de un instante, Bob Jenkins lo imitó, y Don Gaffney y Laurel Stevenson. El hombre calvo miró a su alrededor, mostró unos dientes demasiado anchos y blancos como para no ser postizos y también empezó a aplaudir.

—¿Quién es? —Preguntó Dinah a Laurel—. ¿Qué sucede?

—Es el capitán —dijo Laurel, y empezó a llorar—. Es el capitán, que nos ha traído a tierra sin problemas.

Entonces, Dinah se puso a aplaudir.

Brian los miraba estupefacto. De pie, a sus espaldas, Nick se unió a los aplausos. Se desabrocharon los cinturones y se pusieron en pie sin dejar de aplaudir. Los únicos que no lo hicieron fueron Bethany, que se había desmayado, el barbudo, que seguía roncando en la última fila, y Craig Toomy, que los examinó a todos con su extraña mirada perdida y empezó a cortar otra tira de la revista de la compañía.

Brian sintió que se ruborizaba. Resultaba escalofriante. Levantó las manos, pero durante un momento no le hicieron caso.

—Señoras y caballeros, por favor..., por favor..., les aseguro que fue un aterrizaje de rutina...

—Tranquila, señora, no fue nada —dijo Bob Jenkins, haciendo una pasable imitación de Gary Cooper.

Albert se echó a reír. Junto a él, Bethany comenzó a parpadear y miró a su alrededor, mareada.

—¿Aterrizamos con vida? —preguntó—. ¡Dios mío, es maravilloso! ¡Pensé que éramos carne muerta!

—Por favor —dijo Brian. Levantó más los brazos y se sintió como Richard Nixon aceptando la nominación de su partido por otros cuatro años. Tenía que luchar contra unos súbitos deseos de reír a carcajadas. No podía hacerlo; los pasajeros no comprenderían. Querían un héroe y lo habían elegido a él. Lo mejor que podía hacer era aceptar el puesto, y utilizarlo. Al fin y al cabo, todavía tenía que sacarlos del avión.

—¿Quieren prestarme atención? ¡Por favor!

Todos dejaron de aplaudir y se quedaron mirándolo, expectantes. Todos excepto Craig, que desechó la revista con gesto resuelto, se desabrochó el cinturón, se levantó y salió al pasillo, pateando papel. Empezó a revolver el portaequipajes que estaba sobre su asiento, con el ceño fruncido en un gesto de concentración.

—Han mirado por las ventanillas, así que saben tanto como yo —dijo Brian—. La mayoría de los pasajeros y toda la tripulación de este vuelo desaparecieron mientras dormíamos. Eso ya es bastante inquietante, pero ahora parece que nos enfrentamos a una realidad aún más demencial. Parece como si mucha más gente hubiera desaparecido también, aunque la lógica sugiere que en alguna parte debe haber otras personas. Nosotros sobrevivimos a lo que fuera y debe haber otros supervivientes.

Bob Jenkins, el escritor de novelas de misterio, susurró algo. Albert lo oyó, pero no entendió las palabras. Se volvió a medias en dirección a Jenkins cuando el escritor volvía a murmurar esas dos palabras. Esta vez, Albert las entendió. Lo que decía era: «Falsa lógica.»

—Creo que la mejor manera de afrontar la situación es ir paso a paso. El primero es salir del avión.

—Yo compré un billete para ir a Boston —dijo Craig Toomy con voz tranquila y razonable—, y quiero ir a Boston.

Nick asomó por detrás del hombro de Brian. Craig le lanzó una mirada y sus ojos se entornaron. Por un instante, pareció un gato doméstico enfurruñado. Nick levantó una mano con los dedos doblados y dos nudillos adelantados, haciendo el gesto de pellizcar una nariz. Craig Toomy, a quien una vez habían obligado a esperar con un fósforo encendido entre los dedos de los pies mientras su mamá cantaba *Cumpleaños feliz*, recibió el mensaje de inmediato. Siempre había sido rápido. Y podía esperar.

—Tendremos que utilizar el tobogán de emergencia —dijo Brian—, así que quiero repasar con ustedes el procedimiento. Escuchen con atención, después formen una fila y síganme a la parte delantera del aparato.

Cuatro minutos más tarde, la entrada delantera del vuelo 29 de American Pride se abrió hacia dentro. Algunos murmullos salieron por la abertura y parecieron acallarse de inmediato en el aire fresco y silencioso. Se oyó un silbido, y un gran bulto de tela color naranja floreció de pronto en la puerta. Por un instante, pareció un extraño girasol híbrido. Creció y tomó forma al caer, y su superficie se hinchó hasta convertirse en un tobogán rechoncho. Cuando la parte inferior del tobogán llegó al asfalto, se escuchó un apagado ¡plop! y se quedó allí, como un enorme colchón de aire color naranja.

Brian y Nick estaban frente a la corta fila de pasajeros, en el lado de babor del compartimento de primera.

—Al aire de ahí fuera le pasa algo malo —dijo Nick en voz baja.

—¿Qué quiere decir? —Preguntó Brian, y bajó aún más la voz al añadir—: ¿Que está envenenado?

—No. Al menos, no lo creo. Pero no tiene olor ni sabor.

—Está loco —dijo Brian, intranquilo.

—No, no lo estoy —dijo Nick—. Esto es un aeropuerto, colega, no un maldito campo de heno, y ¿se huele a aceite o a gasolina? Yo no huelo a nada.

Brian olfateó. No olía a nada. Si el aire estaba envenenado —no lo creía—, se trataba de una toxina de acción lenta. Sus pulmones parecían procesarla muy bien. Pero Nick tenía razón. No olía a nada. Y aquella otra cualidad, más esquiva, que el británico llamaba gusto... Tampoco sabía a nada. El aire del otro lado de la puerta abierta era absolutamente neutro. Como si estuviera enlatado.

—¿Pasa algo malo? —Preguntó ansiosa Bethany Simms—. Es decir, si pasa, no estoy segura de querer saberlo, pero...

—Nada —dijo Brian. Contó las cabezas, vio que había diez y se volvió hacia Nick—. Aquel tipo del fondo sigue durmiendo. ¿Cree que deberíamos despertarlo?

Nick pensó e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No lo hagamos. Ya tenemos bastantes problemas por el momento, para además tener que cuidar a un estúpido con resaca.

Brian sonrió. Era lo que él pensaba.

—Sí, creo que sí. Vale, baje usted primero, Nick. Después sujete el pie del tobogán. Yo ayudaré a los demás.

—Tal vez sería mejor que usted bajara primero, por si el bocazas de mi amigo decide ponerse tonto con lo del aterrizaje no programado —dijo, con cuidadosa pronunciación británica.

Brian lanzó una mirada al tipo del jersey de cuello alto. Estaba de pie al final de la fila, con un delgado maletín con monograma en una mano, mirando inexpresivamente hacia el techo. Su rostro tenía la expresión de un maniquí de grandes almacenes.

—No me va a causar ningún problema —replicó Brian—, porque me importa un pito lo que haga. Me da igual que se baje o que se quede.

Nick sonrió.

—A mí también. ¡Que empiece el gran éxodo!

—¿Se ha quitado los zapatos?

Nick levantó un par de mocasines negros de cabritilla.

—Vale. Allá vamos. —Brian se volvió hacia Bethany—. Observe con atención, señorita, usted va después.

—¡Dios! Odio esta clase de mierda.

No obstante, Bethany se acercó a Brian y miró con aprensión mientras Nick Hopewell se acercaba al tobogán. Nick saltó levantando al mismo tiempo las dos piernas, de tal modo que parecía un hombre tirándose al agua sentado. Aterrizó sobre el trasero y se deslizó hasta el fondo. Lo hizo con pulcritud; el pie del tobogán apenas se movió. Llegó abajo con los pies por delante, se irguió, dio media vuelta e hizo una reverencia cómica con los brazos a la espalda.

—¡Lo más fácil del mundo! —gritó—. ¡Que pase el siguiente!

—Es usted, señorita —dijo Brian—. ¿Su nombre es Bethany?

—Sí —respondió ella, nerviosa—. No creo que pueda hacerlo. Me catearon en gimnasia los tres semestres y por último me permitieron volver a escoger economía doméstica.

—Lo hará estupendamente —le dijo Brian. Pensó en que la gente utilizaba el tobogán con mayor entusiasmo y no requería tanta persuasión cuando había una amenaza que podían ver, como un agujero en el fuselaje o un incendio en uno de los motores de estribor—. ¿Se ha quitado los zapatos?

Bethany lo había hecho —en realidad, era un par de viejas zapatillas rosadas—, pero de todos modos intentó alejarse de la puerta y del tobogán naranja brillante.

—Tal vez si antes pudiera tomar un trago...

—El señor Hopewell está sosteniendo el tobogán y no le pasará nada —insistió Brian, pero estaba empezando a temer que tendría que empujarla. No quería hacerlo, pero si no saltaba pronto lo haría. No era posible dejarlos ir al final de la cola hasta que recuperaran el coraje. Cuando se trataba del tobogán, ésa era la regla más importante. Si se permitía, todos querían pasar al final.

—Salta, Bethany —dijo de pronto Albert. Había cogido su violín y lo sostenía bajo el brazo—. Le tengo un miedo mortal a esa cosa, y si tú saltas, tendré que hacerlo yo también.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Por qué?

Albert se había ruborizado.

—Porque eres una chica —dijo sencillamente—. Sé que soy una rata sexista, pero es la verdad.

Bethany lo miró un momento más, después rió y se volvió hacia el tobogán. Brian había decidido empujarla si volvía a mirar a su alrededor o a retroceder, pero no lo hizo.

—¡Cristo! Me gustaría tener un poco de hierba —dijo, y saltó.

Había visto la maniobra de Nick y sabía lo que tenía que hacer, pero en el último momento le falló el coraje e intentó estirar los pies. En consecuencia, resbaló hacia un lado al tocar la superficie saltarina del tobogán. Brian estaba seguro de que caería, pero la propia Bethany vio el peligro y se las arregló para echarse hacia atrás. Bajó a toda velocidad la pendiente sobre el lado derecho, con una mano sobre la cabeza y la blusa enrollada casi hasta la nuca. Después Nick la sujetó y la ayudó a bajar.

—¡Cristo! —Exclamó sin aliento—. Es como volver a ser niña.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Nick.

—Sí, creo que me he mojado un poco las bragas, pero estoy bien.

Nick le sonrió y se volvió hacia el tobogán.

Albert miró tímidamente a Brian y le tendió el estuche donde guardaba el violín.

—¿Le importaría sostenérmelo? Si caigo del tobogán, se romperá. Mis viejos me matarían. Es un Gretch.

Brian lo cogió. Mantenía una expresión seria y tranquila, pero por dentro sonreía.

—¿Puedo mirar? Hace alrededor de mil años, solía tocar.

—Claro —dijo Albert.

El interés de Brian tranquilizó al muchacho, y eso era exactamente de lo que se trataba. Abrió los tres cerrojos y el estuche. El violín que había dentro era un Gretch de verdad, y no de los más baratos. Brian supuso que por lo que había costado se podría comprar un coche.

—Hermoso —dijo, y le arrancó cuatro notas rápidas de la canción: *Mi perro tiene pulgas*. Tenía un sonido dulce y puro. Brian cerró el estuche otra vez—. Lo cuidaré. Lo prometo.

—Gracias —respondió Albert. Luego se acercó a la puerta, hizo una inspiración profunda y soltó el aire—. Jerónimo —dijo con una vocecilla débil, y saltó. Al hacerlo, metió las manos debajo de los brazos, en las axilas. Proteger sus manos en cualquier situación en que era posible el daño físico se había convertido en un reflejo. Calló sentado en el tobogán y se deslizó pulcramente hasta el fondo.

—¡Bien hecho! —exclamó Nick.

—No ha sido nada —dijo As Kaussner. Al bajar, estuvo a punto de tropezar con sus propios pies.

—¡Albert! —Llamó Brian—. ¡Cógelo!

Se inclinó, colocó el estuche del violín en el centro del tobogán y lo soltó. Albert lo cogió sin dificultad a un metro del final, se lo puso bajo el brazo y retrocedió.

Jenkins cerró los ojos al saltar y bajó oblicuamente sobre su flaco trasero. Nick pasó ágilmente al lado izquierdo del tobogán y cogió al escritor en el momento en que caía, salvándolo de un feo golpe en el asfalto.

—Gracias, joven.

—De nada, colega.

Siguieron Gaffney y el hombre calvo con la dentadura desmesurada. Después, Laurel y Dinah Bellman llegaron a la abertura.

—Estoy asustada —dijo Dinah con vocecilla insegura.

—No pasará nada, cariño —dijo Brian—. Ni siquiera tienes que saltar. —Puso las manos en los hombros de Dinah y le hizo dar la vuelta, de modo que quedara de espaldas al tobogán—.

Dame las manos y te bajaré hasta el tobogán.

Pero Dinah escondió las manos.

—Usted no. Quiero que lo haga Laurel.

Brian miró a la mujer joven del cabello oscuro.

—¿Quiere hacerlo?

—Sí, si usted me dice lo que tengo que hacer.

—Dinah ya lo sabe. Bájela hasta el tobogán cogiéndola de las manos. Cuando esté apoyada sobre la panza con los pies hacia abajo, puede deslizarse.

Las manos de Dinah estaban frías.

—Estoy asustada —repitió.

—Cariño, será como bajar por el tobogán del parque —dijo Brian—. El hombre de acento inglés está esperando en el otro extremo para cogerte. Tiene las manos levantadas como un *catcher* en un partido de béisbol.

Aunque claro, Dinah no debía de saber cómo era eso.

Dinah volvió la cara hacia él como si estuviera comportándose de un modo tonto.

—No es eso. Me asusta este lugar. Huele raro.

Laurel, que no percibía ningún olor, salvo el de su sudor nervioso, miró indefensa a Brian.

—Cariño —dijo él, arrodillándose ante la pequeña ciega—, tenemos que salir del avión. Lo sabes, ¿no?

Los oscuros cristales de las gafas se volvieron hacia él.

—¿Por qué? ¿Por qué tenemos que bajar del avión? Aquí no hay nadie.

Brian y Laurel se miraron.

—Bueno, eso no lo sabremos hasta que nos hayamos asegurado, ¿no crees? —dijo Brian.

—Yo ya lo sé —dijo Dinah—. No se huele ni se oye nada. Pero..., pero...

—¿Pero qué, Dinah? —preguntó Laurel.

Dinah vaciló. Quería hacerles comprender que lo que le fastidiaba no era la manera de abandonar el avión. Había bajado antes por toboganes y confiaba en Laurel. Si era peligroso, Laurel no le soltaría las manos. Aquí había algo malo, realmente malo, y a eso era a lo que le tenía miedo. No era el silencio ni el vacío. Tal vez tuviera que ver con esas cosas, pero era algo más.

Algo malo.

Pero los adultos no creían a los niños, y mucho menos a los niños ciegos, y todavía menos aún a las niñas ciegas. Quería decirles que no podían quedarse allí, que no era seguro, que tenían que volver a poner en marcha el avión e irse. Pero ¿qué dirían? ¿Dirían acaso: «Vale, Dinah, está bien, subamos todos al avión»? Ni hablar.

«Ya lo verán. Verán que está vacío, y volveremos al avión, e iremos a alguna otra parte. A otra parte donde no se perciba nada malo. Todavía hay tiempo. Creo.»

—No importa —dijo a Laurel en voz baja. Su tono era de resignación—. Bájame.

Laurel la bajó cuidadosamente al tobogán. Un instante después, Dinah estaba mirándola («Pero no está realmente mirando —pensó Laurel—, no puede mirar realmente»), descalza y con los pies extendidos sobre el tobogán color naranja.

—¿Todo va bien, Dinah? —preguntó Laurel.

—No —dijo Dinah—. Aquí nada va bien. —Y antes de que Laurel pudiera soltarla, abrió las manos y se libró. Se deslizó hasta el fondo y allí Nick la recibió.

Después siguió Laurel, que cayó perfectamente en el tobogán y se recogió la falda con recato. Quedaban Brian, el borracho roncador de la parte trasera del avión y aquel animal desgarrador de papel y amante de la diversión, el señor Jersey de Cuello Alto.

Brian había dicho que no tendría problemas con él porque le importaba un pito lo que hiciera, pero descubrió que no era verdad. El tipo tenía problemas en la azotea. Brian sospechaba que hasta la niña se había dado cuenta, y la niña era ciega. ¿Qué pasaría si lo dejaba atrás y el tipo decidía abandonarse a una orgía de destrucción? ¿Y si entraba en la cabina de mandos y la destrozaba?

«¿Y qué? No vas a ir a ninguna parte. Los tanques están casi vacíos.»

No obstante, no le gustaba la idea, y no porque el 767 fuera un aparato multimillonario. Tal vez lo que sentía fuera un débil eco de lo que había visto en la cara de Dinah cuando miró desde el tobogán. Aquí las cosas estaban mal, peor de lo que parecían, y eso resultaba atemorizador, porque no se le ocurría cómo era posible que empeoraran. Sin embargo, el avión funcionaba bien. Aun con los tanques de combustible casi vacíos, era un mundo que conocía y comprendía.

—Su turno, amigo —dijo tan cortésmente como pudo.

—¿Sabe que voy a denunciarlo por esto, no? —dijo Craig.

Toomy con una voz escalofriantemente amable—. ¿Sabe que planeo demandar a esta línea aérea por treinta millones de dólares y que pienso mencionarlo como principal responsable?

—Está usted en su perfecto derecho, señor...

—Toomy. Craig Toomy.

—Señor Toomy —Repitió Brian, y vaciló—. Señor Toomy, ¿es usted consciente de lo que nos ha sucedido?

Craig miró un momento hacia fuera. Miró el asfalto desierto y las anchas ventanas de la terminal del segundo nivel, ligeramente polarizadas, donde no había amigos ni parientes felices esperando para abrazar a los pasajeros que llegaban, donde ningún viajero impaciente esperaba que llamaran a su vuelo.

¡Por supuesto! Eran los lagolieros. Los lagolieros habían venido en busca de toda la gente estúpida y holgazana, tal como siempre había dicho su padre.

Con la misma voz suave, Craig dijo:

—En el Departamento de Bonos de la Corporación Desert Sun me conocen como El Caballo de Tiro, ¿lo sabía? —Hizo una pausa, aparentemente esperando la respuesta de Brian. Al no obtener ninguna, continuó—: Por supuesto que no. Así como tampoco sabe lo importante que es esta reunión en el Prudential Center de Boston. Ni le importa. Pero permítame que le diga algo, capitán: el destino económico de naciones enteras puede depender de los resultados de esa reunión, de la que estaré ausente cuando se pase lista.

—Señor Toomy, todo eso es muy interesante, pero realmente no tengo tiempo...

—¿Tiempo? —Gritó súbitamente Craig—. ¿Qué demonios sabe usted del tiempo?

¡Pregúnteme a mí! ¡Yo lo sé todo sobre el tiempo! ¡Todo! ¡Queda poco tiempo, señor! ¡Queda muy poco tiempo!

«¡A la mierda! Voy a empujar a este loco hijo de puta», pensó Brian. Pero, antes de que pudiera hacerlo, Craig Toomy se volvió y saltó. Hizo un perfecto aterrizaje sobre el trasero, apretando el maletín contra su pecho, y Brian se sintió estúpido al recordar aquel viejo anuncio televisivo de Hertz, en el que O. J. Simpson pasaba volando por los aeropuertos con traje y corbata.

—¡Ya queda poco tiempo! —gritó Craig mientras descendía, con el maletín apretado contra el pecho, como si fuera un escudo, y las perneras de los pantalones levantadas, mostrando los negros calcetines de ejecutivo.

—¡Jesús! ¡Qué loco cabrón! —murmuró Brian. Hizo una pausa en el extremo del tobogán, miró una vez más el mundo tranquilizador y conocido de su aparato, y saltó.

Había diez personas en dos pequeños grupos bajo el ala gigante del 767 con el águila azul y roja en el morro. En un grupo estaban Brian, Nick, el hombre calvo, Bethany Simms, Albert Kausner, Robert Jenkins, Dinah, Laurel y Don Gaffney. Ligeramente apartado de ellos, y constituyendo su propio grupo, estaba Craig Toomy, conocido también como el Caballo de Tiro. Craig se inclinó y alisó las arrugas de sus pantalones con minuciosa concentración, usando para ello la mano izquierda. La derecha seguía aferrada al asa de su maletín. Después se irguió y miró a su alrededor con ojos grandes y desinteresados.

—¿Y ahora qué, capitán? —preguntó animosamente Nick.

—Dígamelo usted. Díganoslo.

Nick lo miró un instante con una ceja ligeramente levantada, como preguntándole si hablaba en serio. Brian inclinó unos milímetros la cabeza. Fue suficiente.

—Bueno, supongo que para empezar podríamos dirigirnos a la terminal —dijo Nick—. ¿Cuál sería la manera más rápida de llegar? ¿Alguna idea?

Brian señaló con la cabeza una hilera de portaequipajes aparcados bajo el alero de la terminal principal.

—Yo diría que la forma más rápida de entrar sin pasarela es la cinta transportadora de equipaje.

—Estupendo, estupendo. Vamos hacia allí, señoras y caballeros. ¿De acuerdo?

Era un camino corto, pero Laurel, que daba la mano a Dinah, pensó que era el más raro que había hecho en su vida. Podía verse como si estuviera mirando el grupo desde arriba: menos de una docena de puntos caminando lentamente a través de una enorme planicie de cemento. No había brisa. Los pájaros no cantaban. No se escuchaban motores a la distancia y ninguna voz humana quebraba el anómalo silencio. Hasta el ruido de las pisadas le parecía extraño. Llevaba tacones altos, pero en lugar del repiqueteo enérgico al que estaba acostumbrada, parecía oír sólo pequeños golpes sordos.

«Parecía —pensó—. Ésa es la palabra clave. Como la situación es extraña, todo empieza a parecer extraño. Es el cemento, nada más. Los tacones suenan distintos sobre el cemento.»

Sin embargo, había caminado antes con tacones altos sobre cemento y no recordaba haber oído nunca un ruido como ése. Por alguna razón, sonaba pálido, exangüe.

Llegaron a los transportes de equipajes. Nick zigzagueó entre ellos, a la cabeza de la fila, y se detuvo ante una cinta transportadora inmóvil que salía de un agujero del cual colgaban tiras de caucho. La cinta describía un amplio círculo por una pista donde normalmente los porteadores descargaban los vehículos, y después reingresaba por otro agujero con tiras.

—¿Para qué son esas tiras de goma? —preguntó nerviosa Bethany.

—Supongo que para parar las corrientes de aire cuando hace frío —contestó Nick—.

Déjenme meter la cabeza ahí y echar una mirada. No hay problema. Sólo será un momento. —Y antes de que nadie pudiera contestar, se había subido a la cinta transportadora y caminaba inclinado hacia uno de los agujeros practicados en el edificio. Cuando llegó, cayó de rodillas y metió la cabeza entre las tiras de goma.

«Ahora se oirá un silbido y un golpe sordo —pensó absurdamente Albert—, y cuando tiremos de él, le faltará la cabeza.»

No hubo ni silbido ni golpe. Y cuando Nick reapareció, su cabeza estaba firmemente pegada a los hombros y en su cara había una expresión pensativa.

—No hay moros en la costa —dijo, y a Albert el tono alegre le sonó fingido—. Pasen, amigos. Cuando un cadáver encuentra a otro y todo eso.

Bethany se echó hacia atrás.

—¿Hay cadáveres? Señor, ¿hay gente muerta ahí dentro?

—Que yo sepa, no, señorita —dijo Nick, abandonando el tono de frivolidad—. Estaba parafraseando al viejo Bobby Burns en un intento de parecer gracioso. Me temo que en lugar de humor, sólo demostré falta de tacto. El hecho es que no vi a nadie. Pero es lo que esperábamos, ¿no?

Lo era, pero de todos modos les impresionó saberlo. Y por su tono, también a Nick.

Treparon uno tras otro a la cinta y se arrastraron entre las tiras de goma.

Dinah hizo una pausa antes de la entrada y volvió la cabeza hacia Laurel. Una luz brumosa se reflejó en sus gafas oscuras, convirtiéndolas en espejos.

—Aquí las cosas están muy mal —repitió, y pasó al otro lado.

Uno tras otro, salieron a la terminal principal del aeropuerto internacional de Bangor, como si fueran un exótico equipaje arrastrándose por una cinta transportadora averiada. Albert ayudó a bajar a Dinah, y se quedaron todos allí, de pie, mirando a su alrededor con silenciosa estupefacción.

La desagradable sorpresa de despertar en un avión que había quedado casi vacío como por arte de magia ya había pasado; ahora, en lugar de desconcierto se producía un sentimiento de dislocación. Ninguno de ellos había estado jamás en un aeropuerto totalmente desierto. El mostrador de coches de alquiler estaba vacío. Los monitores de llegadas y partidas permanecían oscuros y silenciosos. No había nadie en los mostradores de Delta, United, Northwest AirLink o MidCoast Airways. El enorme tanque colocado en el centro, con la bandera que proponía «Compre langostas de Maine», estaba lleno de agua, pero no había langostas. Las luces fluorescentes del techo estaban apagadas y la escasa luz que entraba por las puertas en el extremo más alejado del largo recinto, apenas alcanzaba el centro, dejando al grupo del vuelo 29 apiñado en un desagradable nido de sombras.

—Bueno —dijo Nick, intentando parecer enérgico y logrando sólo transmitir inquietud—. ¿Y si probáramos los teléfonos?

Mientras él se dirigía hacia la hilera de teléfonos, Albert se acercó al mostrador de Rent-a-Car. En los casilleros de la parte inferior, vio carpetas con los nombres Briggs, Handleford, Marchant, Fenwick y Pestleman. Sin duda, dentro de cada uno de ellas había un contrato de alquiler, junto con planos de la zona centro de Maine, y en cada uno de esos planos habría una flecha con la leyenda «Usted está aquí», señalando la ciudad de Bangor.

«Pero ¿dónde estamos realmente? —se preguntó Albert—. ¿Y dónde están Briggs, Handleford, Marchant, Fenwick y Pestleman? ¿Los han transportado a otra dimensión? Tal vez sea Grateful Dead. Tal vez la Muerte^{*} está tocando en alguna parte del estado y todos han ido a escucharla.»

Detrás de él, sonó un chasquido seco. Albert se sobresaltó y se volvió a toda prisa, enarbolando el violín como si fuera una porra. Vio a Bethany encendiendo un cigarrillo con una cerilla. La chica arqueó las cejas.

—¿Te asusté?

—Un poco —dijo Albert, bajando el estuche y dedicándole una pequeña sonrisa turbada.

—Lo siento, —sacudió la cerilla, la arrojó al suelo y aspiró el humo—. Esto al menos es mejor. En el avión no me atrevía. Temía que algo pudiera estallar.

Bob Jenkins se acercó a ellos.

—Sabe, hace unos diez años que dejé de fumar.

—Por favor, nada de sermones —dijo Bethany—. Me da la impresión de que si nos libramos de ésta, tendré sermones para un mes. Y de los pesados.

Jenkins alzó las cejas, pero no pidió explicaciones.

—En realidad, iba a pedirle uno —dijo—. Parece un momento ideal para reanudar relaciones con los viejos hábitos.

Bethany sonrió y le ofreció un Marlboro. Jenkins lo cogió y la muchacha le dio fuego. Él aspiró el humo y tosió, emitiendo una serie de señales de humo.

—Pues sí que lo había abandonado —observó ella.

Jenkins asintió.

—Pero volveré a acostumbrarme enseguida. Me temo que éste es el verdadero horror del hábito. ¿Han observado el reloj?

—No —dijo Albert.

Jenkins señaló el reloj que había encima de las puertas de los lavabos. Se había detenido a las cuatro y siete minutos.

—Coincide —dijo—. Sabemos que hacía un rato que estábamos en el aire cuando se produjo el..., llamémoslo suceso a falta de algo mejor. Las cuatro y siete minutos de la mañana en el Este equivalen a la una y siete minutos del Oeste. Así que ahora sabemos cuándo fue.

—¡Ostras, es cierto! —exclamó Bethany.

—Sí —afirmó Jenkins, que no notó o decidió no notar el ligero sarcasmo de su voz—. Pero hay algo que no va bien. Desearía que hubiera sol. Entonces podría estar seguro.

* Juego de palabras con el nombre del grupo musical Grateful Dead («muerte agradable»). (N. del T)

—¿Qué quiere decir? —preguntó Albert.

—Los relojes no valen, al menos los eléctricos. No tienen jugo, pero si hubiera sol podríamos tener al menos una idea aproximada de la hora por la longitud y la dirección de las sombras. Según mi reloj van a ser las nueve y cuarto, pero no me fío. Parece más tarde. No tengo pruebas y no puedo explicarlo, pero es así.

Albert lo pensó y miró a su alrededor. Después se volvió hacia Jenkins.

—Es verdad, ¿sabe? —dijo—. Parece como si fuera la hora de almorzar. ¿No es extraño?

—No lo es —dijo Bethany—. Sólo es resaca de *jet*.

—No estoy de acuerdo —dijo Jenkins—. Hemos viajado de oeste a este, jovencita. Cualquier dislocación temporal que sufran los que van de oeste a este, va en la dirección contraria.

Siente que es más temprano de lo que es.

—Quiero hacerle una pregunta sobre algo que murmuró en el avión —dijo Albert—. Cuando el capitán comentó que aquí debía de haber más gente, usted dijo: «Falsa lógica.» Lo repitió dos veces. Pero a mí me parece bastante correcto. Estábamos dormidos y estamos aquí. Y si eso sucedió a... —Albert miró hacia el reloj—, a las cuatro y siete minutos hora de Bangor, casi toda la gente de la ciudad debía de estar durmiendo.

—Sí —aceptó Jenkins—. Y entonces, ¿dónde están?

Albert titubeó.

—Bueno...

Se oyó un ruido provocado por Nick al colgar con fuerza uno de los teléfonos. Era el último de una larga hilera y los había probado todos.

—¡Qué desastre! —exclamó—. Todos mudos. Tanto los que funcionan con monedas como los que dan línea directa. Brian, a la falta de ladridos puede agregar la de teléfonos.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Laurel. Escuchó el sonido solitario de su voz, que la hizo sentir muy pequeña y perdida. Dinah, a su lado, describía lentos círculos. Parecía un radar humano.

—Subamos —propuso Calvo—. Seguramente, allí debe de estar el restaurante.

Todos lo miraron. Gaffney resopló.

Calvo lo miró por debajo de una ceja levantada.

—En primer lugar, mi nombre es Rudy Warwick —contestó—. En segundo lugar, la gente piensa mejor con el estómago lleno. —Se encogió de hombros—. Es una ley natural.

—Creo que el señor Warwick tiene razón —dijo Jenkins—. Todos necesitamos comer, y si subimos tal vez encontremos más claves que indiquen lo que ha sucedido. En realidad, creo que así será.

Nick se encogió de hombros. De pronto, parecía cansado y confuso.

—¿Por qué no? —dijo—. Estoy empezando a sentirme como el maldito Robinson Crusoe.

Se dirigieron en un pequeño grupo hacia el ascensor, que tampoco funcionaba. Albert, Bethany y Jenkins caminaban juntos al final de la fila.

—Usted sabe algo, ¿verdad? —preguntó de pronto Albert—. ¿Qué es?

—Podría saber algo —corrigió Jenkins—. Y también podría no saber. Por el momento, me quedaré callado. Sólo haré una sugerencia.

—¿Cuál?

—No a usted, sino a la joven —dijo, señalando a Bethany—. Ahorre cerillas, ésa es mi sugerencia.

—¿Cómo? —preguntó Bethany, frunciendo el entrecejo.

—Ya me ha oído.

—Sí, claro que sí, pero no entiendo lo que quiere decir. Probablemente haya un quiosco de prensa arriba, señor Jenkins. Tienen montones de cerillas, además de cigarrillos y encendedores desechables.

—Estoy de acuerdo —dijo Jenkins—. Sin embargo, le aconsejo que ahorre cerillas.

«Ya está otra vez haciendo de Philo Christie o quien sea», pensó Albert.

Estaba a punto de hacer una observación y pedirle a Jenkins que hiciera el favor de recordar que no estaba dentro de una de sus novelas, cuando Brian Engle se detuvo al pie de la escalera mecánica, tan bruscamente que Laurel tuvo que dar un tirón a la mano de Dinah para evitar que la pequeña tropezara con él.

—Mire por donde va, ¿de acuerdo? —dijo Laurel—. Por si no lo sabe, la niña es ciega.

Brian la ignoró. Miraba al pequeño grupo de refugiados.

—¿Dónde está el señor Toomy?

—¿Quién? —preguntó Warwick, el hombre calvo.

—El tipo que tenía una cita inaplazable en Boston.

—¿A quién le importa? —preguntó Gaffney—. Que le vaya muy bien.

Pero Brian estaba muy inquieto. No le gustaba la idea de que Toomy se hubiera ido por su cuenta. No sabía por qué, pero no le gustaba en absoluto. Lanzó una mirada a Nick, quien se encogió de hombros y meneó la cabeza.

—No me di cuenta, colega. Estaba ocupado con los teléfonos, lo siento.

—¡Toomy! —gritó Brian—. ¡Craig Toomy! ¿Dónde está?

No hubo respuesta. Sólo aquel silencio extraño y opresivo. Y entonces Laurel observó algo, algo que la dejó helada. Brian había hecho bocina con las manos, gritando hacia la parte superior de la escalera mecánica. En un lugar con el techo tan alto, debía haber habido algo de eco.

Pero no lo había.

Ningún eco.

Mientras los otros estaban ocupados abajo —los adolescentes y el viejo junto a uno de los mostradores de la agencia de alquiler de coches, y el resto contemplando al matón británico mientras probaba los teléfonos—, Craig Toomy se había deslizado escaleras arriba, silencioso como un ratón. Sabía exactamente adonde quería ir y qué buscar cuando llegase allí.

Caminó rápidamente por la gran sala de espera con el maletín balanceándose junto a su rodilla derecha, ignorando las sillas vacías y el desierto bar llamado El Barón Rojo. En el extremo más alejado del recinto había un cartel que colgaba sobre la entrada de un corredor ancho y oscuro.

PUERTA 5. LLEGADAS INTERNACIONALES DUTY FREE SHOPS

ADUANA SEGURIDAD DEL AEROPUERTO

Casi había llegado al principio del corredor cuando echó un vistazo por una de las enormes ventanas y se detuvo. Se aproximó lentamente al cristal y miró.

No había nada que ver salvo el asfalto vacío y el cielo blanco e inmóvil, pero de todos modos sus ojos empezaron a dilatarse y sintió que el miedo invadía su corazón.

«Vienen», le dijo de pronto una voz muerta. Era la voz de su padre, y hablaba desde un pequeño mausoleo arrinconado entre las penumbras del corazón de Craig Toomy.

—No —susurró Craig y la palabra proyectó un pequeño capullo de niebla sobre el cristal, frente a sus labios—. No viene nadie.

«Has sido malo. Peor, has sido holgazán.»

—¡No!

«Sí. Tenías una cita y no acudiste. Huíste. Entre todos los posibles lugares estúpidos, huíste a Bangor, Maine.»

—No fue culpa mía —murmuró. Ahora se aferraba al asa del maletín en un apretón casi doloroso—. Me llevaron contra mi voluntad, fui secuestrado.

La voz interior no respondió. Sólo percibía oleadas de desaprobación. Y una vez más, Craig intuyó el tipo de presión a que estaba sometido, la terrible presión interminable, el peso de los abismos. La voz interior no tenía que decirle que no había excusa válida; Craig lo sabía. Lo sabía desde hacía mucho tiempo.

«Ellos estuvieron aquí, y volverán. Lo sabes, ¿no?»

Lo sabía. Los lagolieros volverían. Volverían a buscarlo. Los sentía. Jamás los había visto, pero sabía que eran horribles. ¿Sería el único en saberlo? Creía que no.

Pensó que tal vez la niña ciega también supiera algo de los lagolieros. Pero eso no importaba.

Lo único importante era llegar a Boston, llegar antes de que los lagolieros convirtieran Bangor en sus terribles dominios y se lo comieran vivo sin dejar de gritar. Tenía que llegar a esa reunión en el Pru, tenía que informarles acerca de lo que había hecho, y entonces sería...

Libre.

Sería libre.

Craig se obligó a apartarse de la ventana, a apartarse del vacío y el silencio, y se sumergió en el corredor. Pasó junto a las tiendas vacías sin dedicarles ni una mirada. Finalmente llegó a la puerta que estaba buscando. Sobre la puerta había una pequeña placa rectangular, justo encima de la mirilla, con la inscripción: «Seguridad del aeropuerto.»

Tenía que entrar allí. De una u otra manera, tenía que entrar allí.

«Todo esto..., esta locura... no tiene por qué tocarme. No tengo por qué aceptarla. Ya no.»

Craig estiró la mano y agarró el picaporte de la puerta de la Oficina de Seguridad. La mirada neutra había sido reemplazada por una expresión de determinación.

«He estado mucho, mucho tiempo bajo presión. ¿Desde los siete años? No, creo que empezó antes. El hecho es que he estado bajo presión desde que tengo memoria. Esta última locura no es más que una nueva variante. Probablemente sea lo que dijo el hombre de la chaqueta deportiva gastada: una prueba. Agentes de alguna agencia secreta del gobierno o de alguna siniestra organización extranjera están haciendo una prueba. Pero yo elijo no participar en más pruebas. No me importa si a cargo de ellas está mi padre, o mi madre, o el decano de la Escuela de Empresariales, o el director de la Desert Sun. Elijo no participar. Elijo escapar. Elijo ir a Boston y terminar lo que inicié cuando propuse la compra de bonos argentinos. Si no lo hago...»

Sabía lo que pasaría si no lo hacía.

Se volvería loco.

Craig intentó hacer girar el picaporte, pero éste no se movió. Frustrado, dio un pequeño empujón, y entonces la puerta se abrió. O no había quedado bien cerrada o se había abierto al producirse el apagón y fallar los sistemas de seguridad. A Craig no le interesaba. Lo importante era que no necesitaría arruinarse la ropa arrastrándose por un conducto de aire acondicionado o algo así. Seguía decidido a aparecer en su reunión antes de que terminara el día, y no quería llegar con la ropa manchada de polvo y grasa. Una de las sencillas verdades que regían su vida era que los tipos con el traje sucio no tienen credibilidad. Abrió la puerta y entró.

Brian y Nick fueron los primeros en llegar a lo alto de la escalera, y los otros se apiñaron a su alrededor. Era la sala de espera central del aeropuerto, una gran caja cuadrada llena de asientos de plástico anatómicos (algunos llevaban pequeños televisores optativos sujetos al brazo) y dominada por un muro de cristal polarizado que iba del suelo al techo. A la izquierda estaba el quiosco de prensa y el control de seguridad de la puerta 1; a la derecha, al otro extremo del recinto, estaba el bar El Barón Rojo y el restaurante Nube Nueve. Más allá del restaurante había un pasillo que conducía a la Oficina de Seguridad del aeropuerto y al anexo de llegadas internacionales.

—Vamos... —empezó a decir Nick, pero entonces Dinah lo interrumpió.

—Esperen.

Habló con voz fuerte y urgente, y todos se volvieron hacia ella con curiosidad.

Dinah dejó caer la mano de Laurel y levantó las suyas. Colocó los pulgares detrás de sus orejas y estiró los dedos como abanicos. Y se quedó allí, quieta como un poste en esa extravagante postura de escucha.

—¿Qué...? —Brian intentó preguntar algo, pero Dinah tampoco le dejó.

Se volvió ligeramente hacia la izquierda, hizo una pausa y después se volvió hacia el otro lado, hasta que la luz blanca que entraba por las ventanas cayó sobre ella, convirtiendo su cara, ya pálida, en algo fantasmal y escalofriante. Se quitó las gafas. Sus ojos eran grandes, castaños, y no exactamente neutros.

—Allí —dijo con voz soñadora, y Laurel sintió que el terror empezaba a apretar su corazón con dedos helados. No era la única. Bethany se apretaba contra ella por un lado mientras Don Gaffney se acercaba por el otro—. Allí. Siento la luz. Dijeron que por eso sabían que puedo volver a ver. Siempre puedo sentir la luz. Es como un calor dentro de la cabeza.

—Dinah, ¿qué...? —dijo Brian.

Nick le dio un codazo. El rostro alargado del inglés parecía fatigado, y tenía la frente surcada de arrugas.

—Silencio, colega.

—La luz está... aquí.

Dinah se alejó lentamente de ellos, sin quitar las manos de detrás de las orejas y con los codos levantados para percibir cualquier objeto que pudiera tener delante. Avanzó hasta que estuvo a menos de medio metro de la ventana. Después, estiró poco a poco la mano hasta que sus dedos tocaron el cristal. Parecían estrellas negras dibujadas sobre un cielo blanco. Dejó escapar un débil murmullo desconsolado.

—El cristal también está mal —dijo con voz soñadora.

—Dinah... —intervino Laurel.

—Chsss... —susurró la pequeña sin volverse. Se quedó ante la ventana como una niña que esperara el regreso a casa de su padre—. Oigo algo.

Estas palabras susurradas produjeron en Albert Kaussner un terror inexpresable. Sentía una presión en los hombros, y descubrió que había cruzado los brazos y se abrazaba con fuerza. Brian se concentró en escuchar. Escuchaba su respiración y la de los otros, pero nada más.

«En su imaginación —pensó—. Nada más.»

Pero no estaba seguro.

—¿Qué? —preguntó Laurel con urgencia—. ¿Qué oyes, Dinah?

—No lo sé —dijo la niña sin volverse—. Es muy leve. Me pareció oírlo cuando salimos del avión y pensé que era mi imaginación. Ahora lo oigo mejor. Lo oigo incluso a través del cristal. Suena como..., como los copos de arroz cuando se vierte la leche encima.

Brian se volvió hacia Nick y le preguntó en voz baja.

—¿Oye algo?

—Ni un maldito ruido —contestó Nick, bajando también la voz—. Pero ella es ciega. Está acostumbrada a que sus oídos hagan trabajo adicional.

—Creo que es histeria —dijo Brian. Ahora susurraba, con la boca junto al oído de Nick.

Dinah se volvió hacia ellos y repitió sus palabras:

—«¿Oye algo? Ni un maldito ruido. Pero ella es ciega. Está acostumbrada a que sus oídos hagan trabajo adicional. —Hizo una pausa y agregó—: Creo que es histeria.»

—Dinah, ¿de qué estás hablando? —preguntó Laurel, confundida y asustada. No había escuchado la conversación entre Brian y Nick, aunque estaba mucho más cerca de ellos que Dinah.

—Pregúntaselo a ellos —dijo Dinah con voz temblorosa—. ¡No estoy loca! ¡Estoy ciega, pero no loca!

—Vale —admitió Brian, impresionado—. Vale, Dinah. Estaba hablando con Nick —le explicó a Laurel— y ella nos oyó. Nos oyó desde allí, desde las ventanas.

—Tienes un oído excelente, encanto —dijo Bethany.

—Oigo lo que oigo —puntualizó Dinah—. Y oigo algo allí afuera. En aquella dirección —dijo, señalando hacia el oeste. Los contempló con sus ojos muertos—. Y es malo. Es un sonido espantoso, aterrador.

—Si supieras lo que es, pequeña, sería una ayuda —dijo Don Gaffney, vacilante.

—No lo sé —admitió Dinah—. Pero sé que está más cerca que antes. —Volvió a ponerse las gafas con una mano temblorosa—. Tenemos que salir de aquí. Y pronto. Porque viene algo. La cosa mala que chisporrotea como los cereales.

—Dinah —intervino Brian—, el avión en el que vinimos no tiene casi combustible.

—¡Entonces tiene que ponerle más! —gritó Dinah con voz aguda—. Se acerca, ¿entiende? ¡Se acerca! Y si no nos hemos ido cuando llegue, moriremos. ¡Todos moriremos!

Su voz se quebró, y la niña empezó a sollozar. No era una sibila ni una médium, sino tan sólo una niña obligada a vivir su terror en una oscuridad casi completa. Avanzó a trompicones hacia ellos, descontrolada. Laurel la sujetó antes de que pudiera tropezar con una de las cuerdas que señalaban el camino hacia el control de seguridad, y la abrazó. Trató de calmarla, pero en su cerebro asustado y confuso seguían sonando las últimas palabras de la niña: «Si no nos hemos ido cuando llegue, moriremos. Todos moriremos.»

Craig Toomy oyó que la mocosa empezaba a maullar en alguna parte y la ignoró. Había encontrado lo que buscaba en el tercer armario que abrió, el que llevaba el nombre Markey. El almuerzo del señor Markey —un bocadillo cuyo extremo salía de una bolsa de papel de estraza— estaba en el estante superior. Los zapatos del señor Markey estaban cuidadosamente colocados en el estante inferior. En medio de ambos estantes, colgadas juntas, había una camisa blanca lisa y una cartuchera. Por la cartuchera asomaba la culata del revólver de servicio del señor Markey.

Craig desabrochó la tira de seguridad y cogió el revólver. No sabía mucho de armas —por lo que a él se refería, podría haber sido del calibre 32 o del 38, o incluso del 45—, pero no era estúpido; tras unos instantes de desconcierto, consiguió hacer girar el cilindro. Las seis cámaras estaban cargadas. Volvió a cerrar el cilindro, asintiendo ligeramente cuando lo escuchó regresar a su sitio; después estudió la zona del gatillo y ambos lados de la culata. Buscaba un seguro, pero al parecer no lo había. Puso el dedo en el gatillo y oprimió hasta que vio que el percutor y el cilindro se movían ligeramente. Asintió satisfecho.

Se volvió y, súbitamente, se sintió invadido por la soledad más intensa de su vida adulta. El arma pareció adquirir más peso, y la mano que la sostenía vaciló. Estaba de pie, con los hombros caídos, el maletín colgando de la mano derecha y la pistola del guardia de seguridad, de la izquierda. En su rostro había una expresión de miseria absoluta y abyecta. Y de pronto recordó algo, algo en lo que no había pensado durante años: Craig Toomy, doce años de edad, echado en la cama y temblando mientras ardientes lágrimas corrían por sus mejillas. En la habitación contigua, el estéreo a todo volumen y su madre cantando junto a Merrilee Rush con su monótona y desafinada voz de borracha: «Llámame ángel... de la mañana, amor... toca mi mejilla... antes de dejarme, amor...».

Echado en la cama. Temblando. Llorando. Sin emitir un sonido y pensando: «¿Por qué no puedes quererme y dejarme tranquilo, mamá? ¿Por qué no puedes quererme y dejarme tranquilo?»

—No quiero lastimar a nadie —murmuró Craig Toomy a través de las lágrimas—. No quiero, pero esto es..., es intolerable.

Al otro lado de la habitación había un grupo de monitores de televisión, todos oscuros. Durante un instante, mientras los miraba, la verdad de lo que había sucedido, de lo que seguía sucediéndole, intentó imponérsele. Durante un instante, estuvo a punto de atravesar el complejo sistema de defensas neuróticas y entrar en el refugio antiaéreo donde vivía su vida. «Todos se han ido, Craiggy-weggy. Todo el mundo ha desaparecido, excepto tú y la gente que estaba en ese avión.»

—No —gimió, desplomándose en una de las sillas que rodeaban la mesa de fórmica que había en el centro de la habitación—. No, no es así. Simplemente no es así. Rechazo esa idea. La rechazo absolutamente.

«Los lagolieros estuvieron aquí y regresarán», dijo su padre. Su voz tapó la de su madre, como siempre. «Será mejor que no estés cuando lleguen..., o ya sabes lo que pasará.»

Lo sabía. Se lo comerían. Los lagolieros se lo comerían.

—Pero yo no quiero lastimar a nadie —repitió con voz alterada y exhausta. Sobre la mesa había una hoja de servicio mimeografiada. Craig soltó el portafolios y colocó el revólver sobre la mesa, junto a él. Después levantó la hoja, la miró un instante sin verla y empezó a rasgar una larga tira por el lado izquierdo.

Rasss.

No tardó en quedar hipnotizado, mientras una pila de tiras delgadas —¡tal vez las más delgadas que había conseguido en su vida!— empezaban a caer sobre la mesa. Pero ni siquiera entonces lo abandonó del todo la fría voz de su padre:

«O ya sabes lo que pasará.»

CAPÍTULO CINCO

LA CARTERITA DE CERILLAS. LA
AVENTURA DEL BOCADILLO DE SALAMI.
OTRO EJEMPLO DEL MÉTODO DEDUCTIVO.
EL JUDÍO DE ARIZONA TOCA EL VIOLÍN. EL
ÚNICO RUIDO DE LA CIUDAD.

1

El silencio helado que siguió a la advertencia de Dinah fue roto por Robert Jenkins.

—Tenemos algunos problemas —anunció con voz seca, de conferenciante—. Si Dinah oye algo, y después de su notable demostración me inclino a creerla, resultaría útil saber qué es. No lo sabemos. Ése es un problema. El otro es la falta de combustible del avión.

—Allá afuera hay un 727 aparcado en una pista de rodaje —intervino Nick—. ¿Puede conducir uno de esos, Brian?

—Sí —contestó Brian.

Nick tendió una mano abierta hacia Bob y se encogió de hombros, como diciendo: «Ahí tiene: un problema resuelto.»

—Suponiendo que volviéramos a despegar, ¿adonde iríamos? —prosiguió Bob Jenkins—. Es un tercer problema.

—Lejos —dijo Dinah de inmediato—. Lejos de ese ruido. Tenemos que escapar de ese ruido y de lo que lo produce.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos? —le preguntó suavemente Bob—. ¿Cuánto antes de que llegue, Dinah? ¿Tienes alguna idea?

—No —contestó Dinah desde el refugio de los brazos de Laurel—. Creo que todavía está lejos, que queda tiempo, pero...

—Entonces sugiero que hagamos exactamente lo que dijo el señor Warwick —dijo Bob—.

Pasemos al restaurante, comamos algo y hablemos de lo que vamos a hacer. La comida ejerce un efecto benéfico sobre lo que a Monsieur Poirot le gustaba llamar las pequeñas células grises.

—No deberíamos esperar —dijo Dinah asustada.

—Quince minutos —dijo Bob—. No más. Incluso a tu edad, Dinah, deberías saber que el pensamiento objetivo debe preceder a la acción concreta.

Súbitamente, Albert percibió que el escritor de novelas de misterio tenía sus razones para ir al restaurante. Las pequeñas células grises del señor Jenkins estaban en perfecto estado de funcionamiento —o al menos él lo creía así—, y después de su escalofriante estimación de la situación a bordo del avión, Albert estaba por lo menos dispuesto a concederle el beneficio de la duda. «Quiere mostrarnos o probarnos algo», pensó.

—Podemos disponer de quince minutos... —insinuó.

—Bueno, supongo que sí —aceptó Dinah de mala gana.

—¡Estupendo! —exclamó Bob animado—. Está decidido.

Y se puso en marcha hacia el restaurante, dando por sentado que los otros lo seguirían.

Brian y Nick se miraron.

—Será mejor que vayamos —dijo Albert muy sereno—. Creo que sabe cosas.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó Brian.

—No lo sé exactamente, pero creo que podría merecer la pena.

Albert siguió a Bob y Bethany a Albert; los otros los siguieron, Laurel dando la mano a Dinah. La niña estaba muy pálida.

El restaurante Nube Nueve era en realidad una cafetería con una nevera llena de bebidas y bocadillos al fondo, y un mostrador de acero inoxidable que flanqueaba una larga mesa dividida en compartimentos. Todos estaban vacíos e inmaculadamente limpios. En la parrilla no había ni una gota de grasa. Los vasos —esos sólidos vasos de cafetería con los bordes mellados— se amontonaban formando pulcras pirámides en los estantes traseros, junto a una amplia selección de loza aún más resistente.

Bob Jenkins estaba de pie junto a la caja registradora. Cuando Albert y Bethany entraron, dijo: —¿Puede darme otro cigarrillo, Bethany?

—¡Vaya! Es usted un auténtico vampiro —exclamó ella en tono amable. Cogió su cajetilla de Marlboro y sacó un cigarrillo. Él lo tomó y tocó su mano cuando ella sacó las cerillas.

—Usaré una de éstas, si no le importa —dijo, señalando un bol de cristal lleno de carteritas de cerillas con la publicidad de LaSalle Business School que había junto a la caja. Al lado del bol había un cartel donde se podía leer: «Para nuestros amigos sin cerillas.» Bob cogió una carterita, la abrió y arrancó una cerilla.

—Claro que no —dijo Bethany—, pero, ¿por qué?

—Eso es lo que vamos a descubrir —respondió él. Echó una mirada a los otros. Estaban todos de pie, formando un semicírculo y mirándolo. Todos excepto Rudy Warwick, que se había ido al fondo de la cafetería y estudiaba el contenido del expositor.

Bob frotó la cerilla. Dejó una pequeña mancha blanca, pero no se encendió. Volvió a frotarla con el mismo resultado. Al tercer intento, la cerilla se dobló. La mayor parte de la cabeza inflamable se había desprendido.

—Vaya, vaya —dijo Bob en tono sorprendido—. Supongo que deben de estar húmedas.

Probemos con una carterita del fondo, ¿vale? Ésas tienen que estar secas.

Revolvió en el fondo del bol, tirando un montón de carteritas sobre el mostrador. A Albert le parecía que estaban totalmente secas. Detrás de él, Nick y Brian intercambiaron otra mirada. Bob sacó otra carterita, arrancó una cerilla y trató de encenderla sin resultado.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Al parecer, hemos descubierto otro problema. ¿Puede dejarme sus cerillas, Bethany?

Ella se las dio sin decir nada.

—Espere un momento —dijo lentamente Nick—. ¿Qué es lo que sabe, colega?

—Sólo que esta situación tiene implicaciones más vastas de lo que pensamos —dijo Bob. Sus ojos permanecían bastante tranquilos, pero la cara desde la cual miraban estaba demacrada—. Y pienso que es posible que hayamos cometido un gran error, comprensible teniendo en cuenta las circunstancias: pero hasta que no hayamos rectificado nuestra opinión, no creo que podamos adelantar nada. Yo lo llamaría un error de perspectiva.

Warwick regresaba. Había elegido un bocadillo envuelto y una botella de cerveza. Aquellas adquisiciones parecían haberlo alegrado considerablemente.

—¿Qué pasa, amigos?

—No tengo ni idea —confesó Brian—, pero no me gusta.

Bob Jenkins arrancó una cerilla de la carterita de Bethany y la frotó. Encendió enseguida.

—¡Ah! —exclamó aplicando la llama a la punta de su cigarrillo. El humo tenía un olor increíblemente intenso, dulce le pareció a Brian, y un instante de reflexión le indicó una razón posible, y es que era lo único —exceptuando el débil aroma de la loción para afeitarse de Nick y el perfume de Laurel— que olía. Al pensar en ello, Brian fue consciente de que incluso podía oler el sudor de sus compañeros de viaje.

Bob seguía sosteniendo la cerilla encendida en la mano. Dobló la parte trasera de la carterita que había sacado del bol, exponiendo todas las cerillas, y las tocó con la que estaba encendida. Durante un largo momento no sucedió nada. El escritor pasaba la llama de uno a otro lado de las cerillas, pero no se encendían. Los demás miraban fascinados.

Finalmente se escuchó un desagradable siseo, y algunas de las cerillas cobraron una momentánea y fatigada vida. En realidad no ardieron; se produjo un débil resplandor y se apagaron. Ascendieron algunos hilillos de humo, de un humo que parecía inodoro.

Bob los miró y sonrió con amargura.

—Incluso esto es más de lo que esperaba —dijo.

—Está bien —intervino Brian—. Explíquenos de qué se trata. Sé...

En ese momento, Rudy Warwick dejó escapar un grito de asco. Dinah soltó un chillido y se apretó contra Laurel. A Albert le dio un vuelco el corazón.

Rudy había desenvuelto el bocadillo, que a Brian le pareció de salami y queso, y le había dado un buen mordisco. Ahora lo escupió en el suelo con una mueca de asco.

—¡Está malo! —exclamó—. ¡Maldita sea! ¡Es horrible!

—¿Malo? —preguntó rápidamente Bob Jenkins. Sus ojos resplandecían como chispas eléctricas azules—. Lo dudo. Las carnes procesadas están tan llenas de conservantes en estos días, que se necesitan ocho horas o más al sol para que se pongan malas. Y por los relojes sabemos que la electricidad de esos expositores se fue hace menos de cinco horas.

—Tal vez no —dijo Albert—. Usted fue el que dijo que parecía más tarde de lo que indicaban nuestros relojes.

—Sí, pero no creo... ¿Seguía fría la nevera, señor Warwick? ¿Seguía fría cuando la abrió?

—No exactamente fría, pero sí fresca —contestó Rudy—. Sin embargo, este bocadillo está jodido. Perdón, señoras. Tome —dijo, ofreciéndoselo a Bob—. Si no cree que esté malo, pruébelo.

Bob miró el bocadillo, pareció reunir fuerzas, y se decidió a dar un pequeño mordisco en la mitad entera. Albert vio que una expresión de repugnancia le velaba el rostro, pero no escupió inmediatamente la comida. Masticó una vez..., dos... Después se volvió y lo escupió en su mano. Echó el trozo medio mascado del bocadillo al cubo de basura que había bajo el estante de los condimentos y después tiró el resto del bocadillo.

—No está malo —informó—. Es insípido. Aunque tampoco es exactamente eso. Parece no tener textura. —Al decirlo, su boca se frunció en una involuntaria expresión de asco—.

Hablamos de cosas sosas, como el arroz blanco sin sal, las patatas hervidas, pero en mi opinión hasta las cosas más sosas tienen algún sabor. Eso no tiene. Era como comer papel. No es sorprendente que haya pensado que estaba malo.

—Estaba malo —repitió tercamente el calvo.

—Pruebe la cerveza —sugirió Bob—. Eso no se habrá estropeado. Tiene puesta la chapa, y una botella de cerveza sin destapar no puede estropearse aunque no se ponga en la nevera. Rudy miró pensativamente la botella de Budweiser que tenía en la mano, meneó la cabeza y se la pasó a Bob.

—Ya no la quiero —dijo, y echó una mirada al refrigerador. Su expresión era furibunda, como si sospechara que Jenkins lo había hecho objeto de un chiste práctico.

—Lo haré si es necesario —dijo Bob—, pero ya he legado mi cuerpo a la ciencia. ¿Quiere alguien probar la cerveza? Creo que es muy importante.

—Démela —dijo Nick.

—No —dijo Don Gaffney—. Démela a mí. ¡Dios! Una cerveza me vendría muy bien. He bebido muchas calientes y no se me caen los anillos.

Cogió la cerveza, la destapó y tomó un trago. Un instante después, volvió la cara y escupió el trago que había tomado.

—¡Jesús! —exclamó—. ¡Está desbravada! ¡No tiene ni una burbuja!

—¿De veras? —preguntó Bob, animado—. ¡Estupendo! ¡Magnífico! ¡Es algo que todos podemos ver!

Rápidamente, se situó al otro lado del mostrador y cogió un vaso del estante. Gaffney había dejado la botella junto a la caja, y Brian la miró de cerca cuando Bob Jenkins la cogió. No veía espuma en la parte interior del cuello de la botella. «Podría ser agua», pensó.

Sin embargo, lo que Bob sirvió no parecía agua. Parecía cerveza. Cerveza desbravada. Sin espuma. Unas diminutas burbujas se aferraban al interior del vaso, pero ninguna de ellas se elevó a la superficie.

—Vale —dijo lentamente Nick—. Está desbravada. A veces pasa. La chapa no ajusta bien y el gas se escapa. A todo el mundo le ha pasado alguna vez.

—Sí, pero si a eso se añade el salami insípido resulta sugestivo, ¿no cree?

—¿Ah, sí? ¿Y qué le sugiere? —estalló Brian.

—Un momento —dijo Bob—. Primero ocupémonos de la objeción del señor Hopewell, ¿les parece? —Sin esperar respuesta, se volvió, cogió vasos con ambas manos (un par de ellos cayeron del estante y se rompieron), y empezó a disponerlos a lo largo del mostrador con la agilidad de un camarero—. Traigan más cerveza. Y, ya que estamos, un par de gaseosas también.

Albert y Bethany fueron a la nevera y cogieron cuatro o cinco botellas cada uno.

—¿Está loco? —preguntó Bethany en voz baja.

—No lo creo —respondió Albert. Tenía una vaga idea de lo que estaba tratando de demostrarles el escritor, y no le gustaba lo que parecía—. ¿Recuerdas cuando te dijo que ahorraras cerillas? Sabía que iba a pasar algo así. Por eso estaba tan empeñado en venir al restaurante. Quería demostrarnos algo.

La hoja se había convertido en tres docenas de tiras estrechas, y los lagolieros estaban más cerca.

Craig sentía su proximidad en el fondo de la cabeza.

Notaba más presión, más peso insoportable.

Había llegado el momento de irse.

Cogió el arma y el maletín se puso de pie y salió de la Oficina de Seguridad. Empezó a ensayar mentalmente una frase, mientras caminaba con lentitud: «No quiero dispararle, pero lo haré si me veo obligado a ello. Lléveme a Boston. No quiero dispararle pero lo haré si me veo obligado a ello. Lléveme a Boston.»

—Lo haré si me veo obligado a ello —mascullaba una y otra vez Craig mientras regresaba a la sala de espera—. Lo haré si me veo obligado a ello. —Su dedo encontró el percutor y lo empujó hacia atrás.

En medio del recinto, su atención se vio atraída una vez más por la pálida luz que entraba por las ventanas y dobló en esa dirección. Los sentía allá fuera. Eran los lagolieros. Se habían comido a toda la gente inútil y holgazana, y ahora regresaban a buscarlo. Tenía que ir a Boston, tenía que destrozar su carrera. Era la única manera que conocía de salvar lo que quedaba de sí mismo, porque la muerte de ellos sería horrible. Su muerte sería verdaderamente horrible.

Se dirigió lentamente a las ventanas y miró hacia fuera, ignorando, al menos por el momento, el murmullo del resto de pasajeros a sus espaldas.

Bob Jenkins vertió en su vaso un poco de cada botella. El contenido estaba tan desbravado como el de la primera.

—¿Está convencido? —preguntó a Nick.

—Sí —afirmó éste—. Colega, si sabe lo que está pasando aquí, lárguelo. Por favor, hable.

—Tengo una idea —admitió Bob—. No es... Me temo que no es muy agradable, pero soy de esa clase de gente que cree que a la larga el conocimiento es mejor y más seguro que la ignorancia, por mal que uno se sienta cuando comprende ciertos hechos. ¿Tiene algún sentido?

—No —dijo inmediatamente Gaffney.

Bob se encogió de hombros y esbozó una sonrisa forzada.

—Sea como fuere, lo sostengo. Y antes de decir nada más, quiero que miren a su alrededor y me digan lo que ven.

Miraron, concentrándose tan intensamente en el grupo de mesas y sillas que nadie vio a Craig Toomy de pie en el extremo más alejado de la sala de espera, dándoles la espalda y mirando el asfalto.

—Nada —dijo por fin Laurel—. Lo siento, pero no veo nada. Sus ojos deben de ser más agudos que los míos, señor Jenkins.

—No. Veo lo mismo que ve usted, es decir, nada. Sin embargo, los aeropuertos permanecen abiertos las veinticuatro horas del día. Cuando esa cosa..., cuando ese suceso se produjo, seguramente era la hora de menor concurrencia, pero me resulta difícil creer que no hubiera por lo menos algunas personas aquí, tomando café o desayunando temprano. Personal de mantenimiento, personal del aeropuerto... Tal vez un puñado de pasajeros que esperaban un trasbordo y habían decidido ahorrar dinero pasando las horas entre la medianoche y las seis o las siete de la mañana en la terminal, en lugar de instalarse en algún motel cercano. Cuando bajé de aquella cinta transportadora y miré a mí alrededor, me sentí totalmente desconcertado. ¿Por qué? Porque los aeropuertos nunca están totalmente vacíos, del mismo modo que no lo están los cuartelillos o las estaciones de bomberos. Ahora miren y pregúntense dónde están las comidas a medio terminar, los vasos con algo de líquido. ¿Recuerdan el carrito de las bebidas del avión, con los vasos sucios debajo? ¿Recuerdan la galleta mordida y la taza de café medio vacía junto al asiento del piloto? Aquí no hay nada parecido. No se ve el menor indicio de que aquí hubiera gente cuando sucedió eso.

Albert volvió a mirar y dijo lentamente:

—No hay pipa en la proa, ¿eh?

Bob lo miró con atención.

—¿Cómo? ¿Qué dice, Albert?

—Cuando estábamos en el avión —contestó Albert—, pensaba en aquel barco sobre el que una vez leí un libro. Se llamaba *Mary Celeste*, y alguien lo localizó flotando sin rumbo. Bueno, supongo que no estaría flotando, porque el libro decía que las velas estaban izadas, pero cuando lo abordaron todos los tripulantes habían desaparecido. Sus cosas estaban allí, y había comida al fuego, en la cocina. Alguien encontró una pipa en la proa. Estaba humeando.

—¡Bravo! —exclamó febrilmente Bob. Todos lo miraban, así que nadie vio que Craig Toomy avanzaba lentamente hacia ellos. El revólver que había encontrado ya no apuntaba al suelo.

—¡Bravo, Albert! ¡Ha puesto el dedo en la llaga! Y hubo otra desaparición famosa: toda una colonia de pobladores en un lugar llamado Roanoke Island, frente a la costa de Carolina del Norte, creo. Todos desaparecidos, pero habían dejado restos de fuegos, casuchas y basuras. Y ahora, Albert, dé otro paso. ¿Qué más falta en esta terminal que no faltaba en el avión?

Albert se quedó en blanco durante un instante, pero después comprendió.

—¡Los anillos! —gritó—. ¡Los bolsos! ¡Los billetteros! ¡El dinero! ¡Los clavos quirúrgicos! ¡Aquí no hay nada de eso!

—Correcto —dijo suavemente Bob—. Totalmente correcto. Como muy bien dice, aquí no hay nada de eso. Pero fue en el avión donde despertamos, ¿no? En la cabina había incluso una galleta mordida y media taza de café. El equivalente de la pipa humeante en la proa.

—Cree que hemos pasado a otra dimensión, ¿no es cierto? —preguntó Albert. Su voz sonaba espantada—. Como en los relatos de ciencia ficción.

Dinah inclinó la cabeza hacia un lado y, durante un instante, el parecido con Nipper, el perro de la etiqueta de la RCA Victor, resultó increíble.

—No —dijo Bob—, pienso...

—¡Cuidado! —gritó Dinah—. Algo, algún...

Demasiado tarde. Cuando Craig Toomy venció la parálisis que lo invadía y empezó a moverse, lo hizo con rapidez. Antes de que Nick o Brian pudieran volverse, había pasado un brazo alrededor del cuello de Bethany, arrastrándola hacia atrás. Colocó el arma en su sien. La chica emitió un chillido desesperado, aterrorizado.

—No quiero dispararle, pero lo haré si me veo obligado a ello —jadeó Craig—. Lléveme a Boston —añadió, y sus ojos ya no eran neutros. Lanzaba en todas direcciones miradas de una inteligencia aterrada, paranoica—. ¿Me oye? ¡Lléveme a Boston!

Brian empezó a avanzar hacia él, pero Nick le puso una mano en el pecho sin apartar los ojos de Craig.

—Tranquilo, colega —dijo en voz baja—. No sería seguro. Nuestro amigo está chalado.

Bethany se retorció bajo el antebrazo de Craig.

—¡Me está ahogando! ¡Por favor, deje de ahogarme!

—¿Qué pasa? —preguntó Dinah—. ¿Qué es?

—¡Quieta! —le ordenó Craig a Bethany—. ¡Deje de moverse! ¡Va a obligarme a hacer algo que no quiero hacer! —Y apretó el cañón del arma contra su sien. Ella siguió luchando, y Albert comprendió de pronto que no sabía que el otro tenía un revólver; no lo sabía pese a que lo había apoyado contra su cráneo.

—¡Basta, chica! —dijo abruptamente Nick—. ¡Deje de luchar!

Por primera vez en su vida consciente, Albert se descubrió, no ya pensando como el Judío de Arizona, sino actuando como el legendario personaje. Sin apartar los ojos del lunático, empezó a levantar despacio el estuche del violín. Sacó la mano del asa y la colocó junto a la otra, en torno a la parte más estrecha. Toomy no lo miraba. Sus ojos pasaban velozmente de Brian a Nick, y tenía las manos ocupadas sujetando a Bethany.

—No quiero dispararle... —Craig comenzaba de nuevo cuando la chica se echó de espaldas contra él, golpeando sus genitales, y él levantó el brazo. Inmediatamente, Bethany hincó los dientes en su muñeca—. ¡Ay! —gritó Craig—. ¡Ayyyy!

Aflojó el apretón y Bethany se deslizó por debajo de su brazo. Albert dio un salto adelante, levantando el estuche del violín, mientras Toomy apuntaba a Bethany. Su cara estaba distorsionada en una mueca de dolor y cólera.

—¡No, Albert! —berreó Nick.

Craig Toomy vio avanzar a Albert y le apuntó con el arma. Durante un segundo, Albert lo miró fijamente. Era como en uno de sus sueños o fantasías. Mirar el cañón del arma era como mirar su tumba abierta. «Tal vez esté cometiendo un error», pensó. Entonces Craig apretó el gatillo.

En lugar de una explosión, se oyó un pequeño plop no más fuerte que el de un viejo fusil Daisy de aire comprimido. Albert sintió que algo golpeaba el pecho de su camiseta Hard Rock Cafe; tuvo tiempo de advertir que le habían disparado antes de golpear la cabeza de Craig con el estuche del violín. Se oyó un sólido golpe que recorrió su brazo en sentido ascendente y que le hizo pensar en la sensación que produce batear una pelota, y de pronto la voz indignada de su padre sonó en su cabeza: «¿Qué pasa contigo, Albert? ¡Ésa no es manera de tratar un valioso instrumento musical!»

Se oyó un sobresaltado chasquido cuando el violín saltó dentro de su estuche. Uno de los cerrojos de bronce se clavó en la frente de Toomy, y la sangre brotó en una lluvia sorprendente. Después, las rodillas del hombre se doblaron y cayó delante de Albert como un ascensor superveloz. Albert vio que los ojos se le ponían en blanco y que estaba a sus pies, inconsciente.

A Albert se le ocurrió una idea loca, pero maravillosa: «¡Vaya por Dios! ¡No había jugado en mi vida!» Después advirtió que ya no podía respirar y se volvió hacia los demás. Su boca se desplegó en una sonrisilla confusa.

—Creo que me han agujereado —dijo As Kaussner, y el mundo se oscureció. Entonces, fueron sus rodillas las que se doblaron, y cayó al suelo sobre el estuche de su violín.

Estuvo inconsciente menos de treinta segundos. Cuando reaccionó, Brian abofeteaba suavemente sus mejillas con aspecto ansioso. Bethany estaba arrodillada junto a él, mirándolo con brillantes ojos de «mi héroe». Detrás de ellos, Dinah Bellman seguía llorando en brazos de Laurel. Albert miró a Bethany y sintió que el corazón —al parecer todavía entero— no le cabía en el pecho.

—El Judío de Arizona cabalga de nuevo —murmuró.

—¿Qué, Albert? —preguntó ella, y le acarició la mejilla. Su mano era maravillosamente suave, maravillosamente fresca. Albert decidió que estaba enamorado.

—Nada —dijo, y el piloto volvió a abofetearlo.

—¿Estás bien, chico? —preguntaba Brian—. ¿Estás bien?

—Creo que sí —dijo Albert—. Deje de hacer eso, ¿quiere? Y me llamo Albert. As para los amigos. ¿Estoy muy mal herido? Todavía no siento nada. ¿Pudieron parar la hemorragia? Nick Hopewell se agachó junto a Bethany. En su rostro se dibujaba una sonrisa desconcertada e incrédula.

—Creo que vivirás, colega. Nunca en mi vida vi nada parecido, y he visto mucho. Vosotros, los americanos, sois demasiado tontos como para no amaros. Tiende la mano y te regalaré un recuerdo.

Albert estiró la mano que temblaba incontroladamente y Nick dejó caer algo. Albert lo acercó a sus ojos y vio que era una bala.

—La cogí del suelo —dijo Nick—. Ni siquiera está deformada. Debió de golpearte justo en medio del pecho, porque hay una marca de pólvora en tu camiseta, y después cayó. Fue un tiro fallido. Parece que Dios te quiere, colega.

—Estaba pensando en las cerillas —dijo débilmente Albert—. Medio pensé que no dispararía.

—Eso fue muy valeroso y muy tonto, muchacho —dijo Bob Jenkins. Tenía la cara lívida y el aspecto de estar a punto de desmayarse—. Jamás creas a un escritor. Escúchalo, por supuesto, pero nunca le creas. ¡Dios mío! ¿Qué hubiera pasado si llego a estar equivocado?

—Casi lo estuvo —dijo Brian, que ayudó a Albert a ponerse de pie—. Fue como cuando encendió las otras cerillas, las del bol. Había energía suficiente como para sacar la bala del arma. Un poco más y Albert tendría una bala en el pulmón.

Otra oleada de mareo invadió a Albert. Se tambaleó, y Bethany pasó un brazo en torno a su cintura.

—Me pareció un rasgo muy valeroso —le dijo, mirándolo con ojos que sugerían que, en su opinión, Albert Kaussner cagaba diamantes con un culo de platino—. Quiero decir increíble.

—Gracias —dijo As, sonriendo fríamente, aunque algo mareado—. No fue para tanto.

El judío más rápido al oeste del Mississippi advirtió que había una gran cantidad de chica apretada contra él y que olía intolerablemente bien. De pronto, se sintió estupendo. En realidad, le parecía que nunca se había sentido mejor en su vida. Después recordó su violín, se inclinó y cogió el estuche. Había una profunda muesca a un lado, y uno de los cerrojos, que se había roto, estaba impregnado de sangre y pelo. Albert sintió que se le revolvía el estómago. Abrió el estuche y miró dentro. El instrumento parecía estar bien, y dejó escapar un pequeño suspiro.

Después comenzó a pensar en Craig Toomy y la alarma reemplazó al alivio.

—No habré matado al tipo, ¿verdad? Le di un golpe muy fuerte. —Y miró hacia Craig, que estaba tirado en el suelo cerca de la puerta del restaurante, con Don Gaffney arrodillado a su lado. De pronto, Albert se sintió otra vez a punto de desvanecerse. En la cara y la frente de Craig había mucha sangre.

—Está vivo —dijo Don—, pero se ha apagado como una luz.

Albert, que en sueños había agujereado a tipos más duros que El Hombre sin Nombre, sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—¡Jesús! ¡Hay tanta sangre!

—Eso no significa nada. Las heridas en el cuero cabelludo suelen sangrar mucho —dijo Nick acercándose a Don. Cogió la muñeca de Craig y buscó el pulso—. Tienes que recordar que estaba apuntando a la chica con un revólver, colega. Si hubiera apretado el gatillo a quemarropa, habría podido matarla. ¿Recuerdas al actor que hace unos años se mató con una bala sin pólvora? El señor Toomy se lo buscó. Se lo merece. No te preocupes.

Dejó caer la muñeca de Craig y se incorporó.

—Además —añadió, cogiendo un buen montón de servilletas de papel de un servilletero cercano—, su pulso es fuerte y regular. Creo que despertará dentro de unos minutos con un buen dolor de cabeza, pero nada más. También creo que deberíamos tomar precauciones con relación a este feliz suceso. Señor Gaffney, en aquel rincón, las mesas parecen estar equipadas con manteles. Extraño, pero real. ¿Quiere alcanzarme un par, por favor? Tal vez sería prudente atar las manos del señor Tengo-que-ir-a-Boston a sus espaldas.

—¿Realmente tiene que hacerlo? —preguntó Laurel con calma—. Al fin y al cabo, el hombre está inconsciente y sangrando.

Nick apretó su improvisada compresa contra la herida de Craig Toomy y levantó la mirada hacia ella.

—Usted es Laurel, ¿no?

—Sí.

—Bien, Laurel, no nos hagamos ilusiones. Este hombre es un demente. No sé si fue nuestra aventura lo que provocó su estado o si creció así, como Topsy, pero sé que es peligroso. Si Dinah hubiera estado más cerca que Bethany, la hubiera cogido a ella. Si no lo atamos, tal vez la próxima vez lo haga.

Craig gimió y movió febrilmente las manos. Bob Jenkins se apartó de él en cuanto empezó a moverse, aun cuando el revólver estaba metido en la cintura de los pantalones de Brian Engle, y Laurel hizo lo mismo, arrastrando consigo a Diñan.

—¿Ha muerto alguien? —preguntó nerviosamente Dinah—. No, ¿verdad?

—No, cariño.

—Lo hubiera oído antes, pero estaba escuchando al hombre que parece un maestro.

—Está bien —dijo Laurel—. Todo salió bien, Dinah.

Entonces miró hacia la terminal desierta y sus palabras le sonaron a burla. Allí nada estaba bien. Nada en absoluto.

Don regresó con un mantel a cuadros blancos y rojos en cada mano.

—Maravilloso —dijo Nick. Cogió un mantel y lo retorció rápida y hábilmente hasta convertirlo en una cuerda. Se puso la parte central en la boca, apretando para evitar que se desenrollara, y usó las manos para envolver a Craig como una tortilla humana.

Craig gritó, y sus ojos parpadearon.

—¿Es necesario ser tan brutal? —preguntó bruscamente Laurel.

Nick la miró un instante y ella bajó los ojos de inmediato. No podía evitar la comparación entre los ojos de Nick Hopewell y los de la fotografía enviada por Darren Crosby. Ojos claros, muy separados, en un rostro atractivo aunque poco expresivo. Pero también los ojos eran pocos expresivos, ¿no? ¿Y acaso los ojos de Darren no tenían algo, o tal vez mucho que ver con la razón por la que había hecho este viaje? ¿Acaso no había llegado a la conclusión, después de un examen detenido, de que eran los ojos de un hombre que se portaría bien? ¿Un hombre que desistiría si una mujer le pedía que lo hiciera?

Había embarcado en el vuelo 29 diciéndose que ésta era la gran aventura de su vida, su extravagante tango con el romance; un impulsivo salto transcontinental hacia los brazos del alto y moreno extranjero. Pero a veces una se encontraba en una de esas situaciones fastidiosas en las que ya no se puede evadir la verdad, y Laurel supuso que la verdad era que había elegido a Darren Crosby porque sus fotos y cartas le habían dicho que no se diferenciaba demasiado de los muchachos y hombres plácidos con los que salía desde los quince años; muchachos y hombres que aprendían enseguida a limpiarse los zapatos en el felpudo antes de entrar en casa en las noches lluviosas; muchachos y hombres que cogían un trapo de cocina y ayudaban con la vajilla sin necesidad de pedirselo; muchachos y hombres que te soltarían si les decías que lo hicieran en un tono de voz lo bastante convincente.

¿Hubiera estado esta noche en el vuelo 29 si las fotos le hubieran mostrado los ojos azul oscuro de Nick Hopewell en lugar de los suaves ojos castaños de Darren? No lo creía.

Pensaba que le hubiera escrito una nota amable, pero impersonal («Gracias por su respuesta y su foto, señor Hopewell, pero por alguna razón me parece que no nos llevaríamos bien»), y hubiera seguido buscando un hombre como Darren. Y, naturalmente, dudaba mucho de que los hombres como el señor Hopewell leyera alguna vez las revistas de corazones solitarios, y mucho más de que pusieran anuncios en las columnas personales. Pese a todo, allí estaba con él en esta situación descabellada.

Bueno, había querido vivir una aventura, sólo una, antes de instalarse en la mediana edad, ¿no? Sí. Y aquí estaba, dando la razón a Tolkien. La noche anterior había cruzado el umbral de su puerta como siempre, y mira dónde había terminado: una versión extraña y espantosa del Mundo de la Fantasía. Pero era una aventura. Aterrizajes de emergencia, aeropuertos desiertos, un lunático con un revólver... Por supuesto que era una aventura. De pronto recordó algo que había leído hacía años: «Ten cuidado con lo que pides, porque tal vez lo consigas.» Era muy cierto.

Y muy desconcertante.

En los ojos de Nick Hopewell no había desconcierto, pero tampoco compasión. Hacían estremecer a Laurel, produciéndole una sensación que no tenía nada de romántica.

«¿Estás segura?», susurró una voz. Pero Laurel la acalló enseguida.

Nick sacó las manos de Craig de debajo de su cuerpo y juntó las muñecas en la espalda. Craig gimió más fuerte y empezó a luchar débilmente.

—Tranquilo, compañero —dijo Nick, procurando calmarlo. Pasó el mantel dos veces por los antebrazos de Craig y lo ató con fuerza. Los codos de Craig se agitaron, y el hombre emitió un extraño grito apagado—. ¡Vale! —exclamó, mientras se incorporaba—. Atado tan pulcramente como el pavo navideño de Papá Noel. Hasta nos sobra uno por si éste empieza a ceder. —Se sentó en una de las mesas mirando a Bob Jenkins y prosiguió—: Y ahora, ¿qué estaba diciendo cuando nos interrumpieron de manera tan grosera?

Bob lo miró, incrédulo y vacilante.

—¿Qué? ,

—Continúe —dijo Nick. Parecía un ferviente aficionado a las conferencias en lugar de un hombre sentado sobre una mesa, en el restaurante de un aeropuerto abandonado, con los pies plantados junto a otro hombre maniatado que yacía en un charco de sangre—. Había llegado a la parte en que comparaba el vuelo 29 con el *Mary Celeste*. Interesante ese concepto.

—¿Y quiere que continúe, así sin más? —preguntó Bob, incrédulo—. ¿Como si no hubiera pasado nada?

—¡Deje que me levante! —gritó Craig. Sus palabras quedaban algo sofocadas por la gruesa moqueta industrial del suelo del restaurante, pero de todos modos sonaba increíblemente enérgico para tratarse de un hombre al que habían derribado con el estuche de un violín unos minutos antes—. ¡Deje que me levante ahora mismo! Exijo que usted...

Entonces, Nick hizo algo que los escandalizó a todos, incluso a aquellos que le habían visto retorcerle la nariz como si se tratara del grifo de una bañera. Dio una fuerte y corta patada en las costillas de Craig. Se detuvo en el último momento, pero no mucho. Craig emitió un gruñido de dolor y se calló.

—Vuelva a empezar, colega, y se las hundo —dijo Nick con aspereza—. Se me ha terminado la paciencia.

—¡Eh! —exclamó Gaffney, desconcertado—. ¿Pero qué ha hecho...?

—¡Escúchenme! —le interrumpió Nick, mirando a su alrededor. Sus modales corteses habían desaparecido, y su voz vibraba de cólera y urgencia—. Necesitan despertar, chicos y chicas, y no tengo tiempo de hacerlo con suavidad. Esa niña, Dinah, dice que tenemos problemas y yo le creo. Dice que oye algo, algo que puede venir hacia nosotros, y eso también me inclino a creerlo. Yo no oigo nada, pero mis nervios saltan como grasa en una parrilla y estoy habituado a prestar atención cuando me sucede eso. Creo que se está acercando algo, y no creo que su intención sea la de pretender vendernos accesorios de aspiradora o el último invento en cuestión de seguros. Ahora podemos dedicarnos a insultar civilizadamente a este sangriento lunático o a entender lo que nos ha sucedido. Tal vez entender no nos salve la vida, pero cada vez estoy más convencido de que no entender puede dejarnos sin ella muy pronto. Dinah —añadió, mirando a la muchacha—, si crees que estoy equivocado, dímelo. A ti te escucharé con gusto.

—No quiero que lastime al señor Toomy, pero no creo que esté equivocado —respondió Dinah con voz temblorosa.

—Muy bien —dijo Nick—. Es bastante justo. Haré todo lo posible por no volver a lastimarlo, pero no te prometo nada. Empecemos con un concepto sencillo. Este tipo al que he empaquetado...

—Toomy —interrumpió Brian—. Su nombre es Craig Toomy.

—Vale. El señor Toomy está loco. Tal vez si logramos volver al lugar que nos corresponde, o si descubrimos adonde han ido los demás, consigamos ayuda para él. Pero por ahora sólo podemos ayudarlo dejándolo fuera del combate, que es precisamente lo que he hecho, con la generosa pero imprudente ayuda de Albert. Y volviendo al tema que nos ocupa, ¿alguien tiene una opinión contraria?

No hubo respuesta. Los otros pasajeros miraron intranquilos a Nick.

—Vale —dijo Nick—. Continúe, señor Jenkins.

—Yo..., yo no estoy acostumbrado a... —balbuceó Bob, haciendo un visible esfuerzo por controlarse—. Supongo que en los libros he matado a gente suficiente como para llenar todos los asientos del avión que nos trajo aquí, pero lo que acaba de suceder es el primer acto de violencia que he contemplado. Lamento si..., bueno, si me he comportado mal.

—Creo que lo está haciendo muy bien, señor Jenkins —dijo Dinah—. A mí me gusta escucharle. Me hace sentir mejor.

Bob la miró agradecido y sonrió.

—Gracias, Dinah —dijo, metiendo las manos en los bolsillos. Echó una mirada preocupada a Craig Toomy y después miró más allá, hacia la vacía sala de espera—. Creo que nuestra teoría adolece de una falacia central. Cuando empezamos a percibir la magnitud del suceso, todos dimos por sentado que le había sucedido algo al resto del mundo. Esta suposición resulta comprensible porque nosotros estamos bien, y los demás, incluyendo a los otros pasajeros con quienes subimos al avión en el aeropuerto de Los Ángeles, parecen haber desaparecido. Pero las pruebas que tenemos no apoyan este supuesto. Lo que ha sucedido nos ha sucedido a nosotros y sólo a nosotros. Estoy convencido de que el mundo, tal como lo hemos conocido, sigue funcionando como siempre. Somos nosotros, los pasajeros desaparecidos y los once supervivientes del vuelo 29, quienes estamos perdidos.

—Tal vez yo sea tonto, pero no entiendo lo que quiere decir —dijo Rudy Warwick un momento después.

—Ni yo —agregó Laurel.

—Hemos mencionado dos desapariciones famosas —dijo tranquilamente Bob. Ahora, hasta Craig Toomy parecía escuchar. En todo caso, había dejado de forcejear—. Una, el caso del *Mary Celeste*, se produjo en el mar. La segunda, el caso de la Isla Roanoke, se produjo cerca del mar. Y no son las únicas. Se me ocurren al menos otras dos que tuvieron que ver con aviones: la desaparición de la aviadora Amelia Earhart sobre el océano Pacífico, y la desaparición de varios aparatos de las Fuerzas Aéreas sobre esa zona del Atlántico conocida como el Triángulo de las Bermudas. Creo que eso sucedió en 1946 o 1947. Hubo una especie de transmisión frustrada del comandante de la escuadrilla. La base de Florida envió de inmediato aviones de rescate, pero jamás encontraron rastro de los aviones o de sus tripulantes.

—He oído hablar de ellos —dijo Nick—. Creo que es la base de la mala reputación del Triángulo.

—No, allí han desaparecido montones de barcos y aviones —intervino Albert—. Leí el libro de Charles Berlitz. Realmente interesante —dijo, mirando a su alrededor—, aunque jamás pensé verme metido en algo así. Ya saben lo que quiero decir.

—No sé si alguna vez ha desaparecido un avión sobre la masa continental de Estados Unidos —dijo Jenkins—, pero...

—Ha pasado muchas veces con aparatos pequeños —le interrumpió Brian—, y una vez, hace unos treinta y cinco años, con un avión de pasajeros. Había más de cien personas a bordo. Fue en 1955 o 1956. El aparato era un TWA o un Monarch, no recuerdo. El avión se dirigía a Denver desde San Francisco. El piloto mantuvo contacto por radio con la torre de Reno, algo rutinario, y jamás volvió a saberse nada del avión. Por supuesto hubo una búsqueda, pero... Brian vio que lo miraban con una especie de espantada fascinación, y rió incómodo.

—Historias de fantasmas de los pilotos —dijo con un matiz de disculpa en la voz—. Parece un argumento para una historieta de Gary Larson.

—Apostaría a que todos pasaron al otro lado —murmuró el escritor. Había empezado otra vez a frotarse una mejilla. Parecía angustiado, casi horrorizado—. A menos que hayan encontrado los cuerpos...

—Por favor, díganos qué sabe o qué cree saber —dijo Laurel—. El efecto de esta..., de esta cosa... parece ir acumulándose sobre uno. Si no obtengo alguna explicación pronto, creo que puede empezar a atarme y ponerme junto al señor Toomy.

—No sea tan presuntuosa —dijo Craig, hablando clara aunque enigmáticamente.

Bob le dedicó otra mirada incómoda, y después pareció reunir sus ideas.

—Aquí no hay comida, pero en el avión sí. Aquí no hay electricidad, pero en el avión sí. No es concluyente, por supuesto, ya que el avión posee su propio generador, mientras que la electricidad de aquí procede de alguna planta. Pero piensen en las cerillas. Bethany estaba en el avión y sus cerillas funcionan estupendamente. Las que cogí de este bol no encienden. El revólver que el señor Toomy cogió, supongo que de la Oficina de Seguridad, disparó sin fuerza. Creo que si probaran una linterna a pilas, descubrirían que tampoco funciona. O si funciona, que no lo hace por mucho tiempo.

—Tiene razón —dijo Nick—. Y no necesitamos una linterna para demostrar su teoría —añadió, señalando hacia arriba. Todos miraron. Había una luz de emergencia en la pared, detrás de la parrilla, y estaba tan muerta como las luces del techo—. Eso funciona a batería —prosiguió—. Cuando falla la electricidad, se activa un solenoide sensible a la luz. Aquí está lo bastante oscuro como para que ese dispositivo se ponga en funcionamiento pero no lo ha hecho. Lo que significa que, o bien ha fallado el circuito solenoidal, o bien la batería está descargada.

—Sospecho que ambas cosas —dijo Bob Jenkins. Se dirigió lentamente hacia la puerta del restaurante y miró afuera—. Nos encontramos en un mundo que se diría entero y en un razonable estado de funcionamiento, pero que al mismo tiempo parece casi exhausto. Las bebidas carbonatadas están desbravadas, la comida no tiene sabor y el aire es inodoro. Nosotros todavía despedimos aromas..., por ejemplo, huelo el perfume de Laurel y la loción para el afeitado del capitán, pero todo lo demás parece haber perdido su olor.

Albert cogió uno de los vasos de cerveza y olfateó. Decidió que aquello despedía un olor, pero muy, muy vago. El pétalo de una flor apretado durante muchos años entre las páginas de un libro no podía dar ese distante recuerdo de aroma.

—Lo mismo ocurre con los sonidos —siguió Bob—. Son chatos, unidimensionales, totalmente desprovistos de resonancia.

Laurel pensó en el apagado claqueo de sus tacones sobre el cemento y en la falta de eco cuando el capitán Engle gritó en busca del señor Toomy.

—Albert, ¿puedo pedirle que toque algo? —preguntó Bob.

Albert lanzó una mirada a Bethany. Ella sonrió y asintió.

—Vale. Claro. En realidad, siento curiosidad por saber cómo suena después de... —y miró a Craig Toomy—. Ya saben.

Abrió el estuche, haciendo muecas cuando sus dedos tocaron el cerrojo que habían producido la herida en la cabeza de Toomy, y sacó su violín. Lo acarició un momento, después cogió el arco con la mano derecha y colocó el violín bajo su barbilla. Se quedó así un momento, pensando. ¿Cuál era la música adecuada para este extraño mundo nuevo donde los teléfonos no sonaban y los perros no ladraban? ¿Ralph Vaughan Williams? ¿Stravinsky? ¿Mozart? ¿Tal vez Dvořák? No, ninguno de ellos era el adecuado. Entonces tuvo una inspiración y empezó a tocar *Someone's in the kitchen with Dinah*.

A media canción, el arco se detuvo.

—Supongo que debiste de dañar el violín al golpear al tipo —dijo Don Gaffney—. Suena como si estuviera relleno de algodón.

—No —dijo Albert despacio—. Mi violín está en perfectas condiciones. Lo sé por cómo lo siento y por cómo se portan las cuerdas bajo mis dedos, pero hay algo más. Acérquese, señor Gaffney.

Gaffney se acercó y se detuvo junto a Albert.

—Ahora, acérquese lo más que pueda al violín. No, tan cerca no, le metería el arco en el ojo.

Ahí. Estupendo. Vuelva a escuchar.

Albert empezó a tocar, cantando para sus adentros, como acostumbraba a hacer cuando tocaba esa música trillada pero alegre.

Singing fee-fi-fiddly-l-oh, Fee-fi-fiddly-l-oh-oh-oh-oh, Fee-fi-fiddly-l-oh, Strummin 'on the old banjo.

—¿Escucha la diferencia? —preguntó al terminar.

—De cerca suena mucho mejor, si es eso a lo que te refieres —dijo Gaffney. Miraba a Albert con verdadero respeto—. Tocas bien, chico.

Albert le sonrió, pero en realidad le estaba hablando a Bethany Simms.

—A veces, cuando sé que mi maestro de música no anda por ahí, toco las viejas canciones de Led Zeppelin —dijo—. Esa música realmente se cuece en el violín. Les sorprendería. De todos modos —añadió, mirando a Bob—, coincide con lo que usted estaba diciendo. Cuanto más se acerca uno, mejor suena el violín. No es el instrumento el que está mal, sino el aire. No conduce el sonido como debería, y por eso lo que sale suena como sabe la cerveza.

—Desbravada —dijo Brian.

Albert asintió.

—Gracias, Albert —dijo Bob.

—Claro. ¿Puedo guardarlo ahora?

—Por supuesto. —Y Bob continuó mientras Albert guardaba el violín en el estuche y usaba una servilleta para limpiar los cerrojos y sus dedos—. El sabor y el sonido no son los únicos elementos distorsionados de la situación en que nos encontramos. Piensen en las nubes, por ejemplo.

—¿Qué les pasa? —preguntó Rudy Warwick.

—No se han movido desde que llegamos y no creo que vayan a moverse. Creo que el esquema meteorológico en el que estamos acostumbrados a vivir se ha interrumpido o se está agotando como un viejo reloj de bolsillo. —Bob hizo una pausa. De pronto, parecía viejo, indefenso y asustado—. Como diría el señor Hopewell, no hilemos fino. Aquí todo está mal.

Dinah, cuyos sentidos, incluido ese extraño y vago llamado sexto sentido, están más desarrollados que los nuestros, ha sido tal vez quien lo ha sentido con mayor fuerza, pero creo que todos lo hemos percibido en mayor o menor grado. Aquí las cosas están mal. Y ahora llegamos al núcleo del asunto. No hace ni quince minutos dije que parecía la hora del almuerzo. Ahora me parece mucho más tarde. Las tres o las cuatro de la tarde. Mi estómago no gruñe por el desayuno, sino por el té. Tengo la terrible sensación de que puede empezar a oscurecer antes de que nuestros relojes nos digan que son las diez menos cuarto de la mañana.

—Al grano, compañero —dijo Nick.

—Creo que guarda relación con el tiempo —prosiguió Bob, pensativo—. No con las dimensiones, como sugirió Albert, sino con el tiempo. Supongamos que, de vez en cuando, en la corriente del tiempo aparece un agujero. No se trata de una desviación sino de un desgarramiento, un desgarramiento en la estructura temporal.

—¡Es el disparate más grande que he oído en mi vida! —exclamó Don Gaffney.

—¡Amén! —lo secundó desde el suelo Craig Toomy.

—No —dijo bruscamente Bob—. Si quieren disparates, piensen en cómo sonaba el violín de Albert cuando estaban a menos de dos metros de distancia. O mire alrededor de usted, señor Gaffney. Mire alrededor de usted. Lo que nos está sucediendo, la situación en la que nos vemos envueltos, ése es el disparate.

Don frunció el entrecejo y metió las manos en los bolsillos.

—Continúe —dijo Brian.

—Vale. No estoy diciendo que tenga razón; simplemente, estoy ofreciendo una hipótesis que coincide con la situación en la que nos hallamos. Digamos que esas roturas en el tejido del tiempo aparecen de vez en cuando, pero la mayor parte en zonas no pobladas; naturalmente, me refiero al océano. No sé por qué iba a ser así, pero sigue siendo una suposición lógica, porque al parecer es allí donde se produce la mayor parte de las desapariciones.

—Los patrones meteorológicos sobre el agua casi siempre son distintos de los patrones meteorológicos sobre grandes masas de tierra —dijo Brian—. Podría ser por eso.

Bob asintió.

—Equivocados o no, es una buena manera de pensar en ello, porque sitúa el asunto en un contexto que nos resulta familiar a todos. Podría ser algo semejante a los raros fenómenos meteorológicos que se registran a veces: tornados que van de arriba abajo, arco iris circulares o aparición de luz astral durante el día. Estos desgarramientos del tiempo pueden aparecer y desaparecer al azar, o moverse como se mueven los frentes y los sistemas de presión, pero muy raramente se producen sobre tierra. Sin embargo, un experto en estadísticas diría que, más pronto o más tarde, lo que puede suceder sucederá; de modo que supongamos que anoche apareció uno sobre tierra y tuvimos la mala suerte de volar directamente a su interior. Y sabemos algo más. Alguna regla o propiedad desconocida de ese increíble fenómeno meteorológico hace que sea imposible que un ser humano lo atravesara a menos que esté dormido.

—¿Es un cuento de hadas? —preguntó Gaffney.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Craig Toomy desde el suelo.

—¡Cierre el pico! —gruñó Gaffney.

Craig parpadeó y, después, levantó el labio superior en una débil sonrisa burlona.

—Parece correcto —dijo Bethany en voz baja—. Es como si fuéramos a contracorriente de todo.

—¿Qué le sucedió a la tripulación y a los pasajeros? —preguntó Albert, que parecía enfermo—. Si el avión pasó y nosotros también, ¿qué le sucedió al resto?

Su imaginación le proporcionó una respuesta en forma de imagen súbitamente clara: cientos de personas cayendo del cielo, con las corbatas y los pantalones ondeando, los vestidos levantándose y dejando al descubierto ligeros y ropa interior, zapatos cayendo, plumas (las que no habían quedado en el avión) saliendo de los bolsillos; gente agitando brazos y piernas y tratando de gritar en el aire desoxigenado; gente que había dejado a sus espaldas billetes, bolsos, monedas y, al menos en un caso, marcapasos. Los vio cayendo al suelo como bombas, aplastando arbustos, levantando nubecillas de polvo, imprimiendo la forma de sus cuerpos al suelo del desierto.

—Mi idea es que se vaporizaron —dijo Bob—. Que sus cuerpos desaparecieron.

Al comienzo, Dinah no comprendió; después pensó en el bolso de la tía Vicky, con los cheques de viaje dentro, y empezó a llorar suavemente. Laurel pasó los brazos por los hombros de la pequeña ciega y la abrazó. Mientras tanto, Albert estaba agradeciendo fervientemente a Dios que su madre hubiera cambiado de idea en el último momento y hubiera decidido no acompañarlo al Este.

—En muchos casos, sus cosas se fueron con ellos —continuó el escritor—. Los que dejaron billetes y bolsos tal vez los tuvieran en la mano en el momento del..., del suceso. Pero es difícil decirlo. Lo que se llevaron y lo que quedó... Supongo que estoy pensando en la peluca, más que nada... No parece demasiado razonable.

—Lo encuentro correcto —dijo Albert—. Por ejemplo, está el caso de los clavos quirúrgicos. Dudo que el tipo al que pertenecían se los sacara del hombro o de la rodilla sólo porque estaba aburrido.

—Estoy de acuerdo —dijo Rudy Wanvick—. Era demasiado al comienzo del vuelo para estar tan aburrido.

Bethany lo miró sobresaltada y se echó a reír.

—Soy de Kansas —dijo Bob—, y el elemento de capricho me hace pensar en los ciclones que solíamos tener en verano. Borraban del mapa una granja, pero dejaban en pie la letrina, o destrozaban un granero sin derribar ni un fragmento del silo que estaba exactamente al lado.

—Colega, llegue al fondo del asunto —dijo Nick—. Sea cual fuere nuestra situación, no puedo evitar sentir que es muy tarde.

Brian pensó en Craig Toomy, en Tengo-que-llegar-a-Boston, de pie en lo alto del tobogán de emergencia, gritando: «¡Queda poco tiempo! ¡Queda muy poco tiempo!»

—De acuerdo —dijo Bob—. El fondo del asunto. Supongamos que existen cosas tales como desgarramientos en el tiempo y que hemos entrado en uno. Creo que hemos ido al pasado y hemos descubierto la desagradable verdad de los viajes a través del tiempo: no se puede aparecer en el Texas Book Depository el 22 de noviembre de 1963 y detener el asesinato de Kennedy; no se puede contemplar la construcción de las pirámides o el saqueo de Roma; no se puede investigar la Edad de los Dinosaurios... —Y levantó los brazos con las manos estiradas, como para incluir el mundo silencioso en el que se encontraban—. Miren bien a su alrededor, viajeros. Éste es el pasado. Está vacío, silencioso. Es un mundo, tal vez un universo, con el sentido y el significado de un bote de pintura vacía. Es posible que hayamos dado un salto absurdamente pequeño en el tiempo, tal vez de quince minutos, al menos inicialmente, pero es evidente que el mundo está desarmándose en torno nuestro. Van desapareciendo los datos sensoriales. La electricidad ya ha desaparecido. El tiempo es lo que era el tiempo cuando dimos el salto al pasado. Pero a mí me parece que, a medida que el mundo se desarma, el tiempo se alza en una especie de espiral para caer sobre sí mismo.

—¿Y no podría ser el futuro? —preguntó con cautela Albert.

Bob Jenkins se encogió de hombros. De pronto parecía muy cansado.

—No estoy seguro, claro, ¿cómo podría estarlo?, pero no lo creo. Este lugar en el que estamos parece viejo, estúpido, débil e insensato. Se siente como... no sé...

Entonces Dinah habló y todos se volvieron a mirarla.

—Acabado —dijo suavemente.

—¡Exacto! —exclamó Bob—. Gracias, querida. Es la palabra que buscaba.

—¿Señor Jenkins? —¿Sí?

—¿Recuerda ese ruido del que hablaba? Vuelvo a oírlo. —Tras una pausa añadió—: Suena más cerca.

Permanecieron todos en silencio, con expresión concentrada. A Brian le pareció oír algo, pero llegó a la conclusión de que era el ruido de su corazón. O su imaginación.

—Quiero ir otra vez junto a las ventanas —dijo de pronto Nick. Pasó por encima del cuerpo de Craig sin dedicarle ni una mirada y salió del restaurante sin agregar nada más.

—¡Eh! —exclamó Bethany—. ¡Eh! ¡Yo también quiero ir!

Albert la siguió, y casi todos los demás también.

—¿Qué hacen ustedes dos? —preguntó Brian a Laurel y Dinah.

—No quiero ir —dijo Dinah—. Desde aquí puedo oírlo igual. —Hizo una pausa y agregó—: Pero si no salimos pronto, lo oiré mejor.

Brian miró a Laurel Stevenson.

—Me quedo aquí con Dinah —dijo ella suavemente.

—Vale —dijo Brian—. Manténgase alejada del señor Toomy.

—«Manténgase alejada del señor Toomy» —repitió ferozmente Craig desde su lugar en el suelo. Volvió la cabeza con gran esfuerzo y movió los ojos para mirar a Brian—. Realmente, no puede salir con bien de esto, capitán Engle. No sé cuál es el juego que se traen entre manos usted y su amigo inglés, pero no saldrá bien. Probablemente, su próximo trabajo como piloto será traer cocaína desde Colombia. Al menos, cuando hable a sus amigos de lo buen piloto que es, un verdadero «crack», no estará mintiendo.

Brian se disponía a responder, pero lo pensó mejor y se calló. Nick decía que el tipo estaba loco, al menos temporalmente, y en su opinión Nick tenía razón. Tratar de razonar con un lunático era inútil, además de una pérdida de tiempo.

—Mantendremos la distancia, no se preocupe —dijo Laurel. Llevó a Dinah junto a una de las pequeñas mesas y se sentó con ella—. Y estaremos bien.

—Vale —dijo Brian—. Si empieza a soltarse, grite.

Laurel sonrió débilmente.

—Cuente con ello.

Brian se inclinó, examinó el mantel con el que Nick había atado las manos de Craig y se fue hacia la sala de espera para reunirse con los demás que estaban alineados frente a las enormes ventanas.

Empezó a oírlo antes de haber atravesado la mitad de la sala, y cuando llegó junto a los demás, era imposible creer que fuera una alucinación auditiva.

«El oído de esa niña es realmente notable», pensó Brian.

El ruido era muy leve —al menos para él—, pero existía y parecía venir desde el este. Dinah había dicho que sonaba como arroz inflado cuando se le echaba la leche. A Brian le parecía más bien como estática radial, esa estática excepcionalmente fuerte que se recibe a veces en períodos de gran actividad de las manchas solares. No obstante, estaba de acuerdo con Dinah en una cosa: sonaba a algo malo.

Sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Miró a los demás y vio idénticas expresiones de atemorizado desmayo en todas las caras. Nick era el que se controlaba mejor, y Bethany, la chica que se había mostrado reacia a usar el tobogán, era la que parecía más asustada, pero todos escuchaban lo mismo.

Malo. Algo malo que se aproximaba. A toda prisa.

Nick se volvió hacia él.

—¿Qué conclusión saca, Brian? ¿Alguna idea?

—No —confesó Brian—, ni siquiera una idea pequeñita. Lo único que sé es que es el único ruido que se oye aquí.

—Todavía no ha llegado —dijo Don—, pero creo que llegará. Me gustaría saber cuánto tiempo tardará.

Se quedaron callados otra vez, escuchando el permanente chisporroteo siseante que venía del este. Y Brian pensó: «Creo reconocer ese sonido. No es de cereal empapado en leche, ni tampoco estática, sino... ¿Qué? Si no fuese tan débil...»

Pero no quería saberlo. De pronto lo comprendió, y con gran intensidad. El sonido lo llenaba de un asco profundo.

—¡Tenemos que irnos de aquí! —dijo Bethany. Su voz era chillona y temblorosa. Albert le rodeó la cintura con un brazo y ella asió con fuerza su mano. La asió con el apretón del pánico—. ¡Tenemos que irnos ahora mismo!

—Sí —dijo Bob Jenkins—. Tiene razón. Ese ruido..., no sé qué es, pero resulta espantoso. Tenemos que salir de aquí.

Todos miraban a Brian, y él pensó: «Parece que vuelvo a ser el capitán. Pero no por mucho tiempo.» Porque no comprendían. Ni siquiera Jenkins comprendía, por agudas que fuesen sus deducciones, que no irían a ninguna parte.

Fuera cual fuese la fuente del sonido, avanzaba, y no tenía importancia porque seguirían allí cuando llegase. No había manera de escapar. Él comprendía la razón, aunque fuera el único... Y de pronto, Brian Engle también comprendió cómo debe sentirse un animal cogido en una trampa, mientras escucha los pesados pasos del cazador que se van aproximando.

CAPÍTULO SEIS

VARADOS. LAS CERILLAS DE BETHANY.
TRÁFICO DE DOBLE MANO. EL
EXPERIMENTO DE ALBERT. CREPÚSCULO.
LA OSCURIDAD Y LA ESPADA.

1

Brian se volvió hacia el escritor.

—Dice que tenemos que salir de aquí, ¿no?

—Sí, creo que deberíamos hacerlo lo más pronto posible...

—¿Y adonde sugiere que vayamos? ¿A Atlantic City? ¿A Mia-mi Beach? ¿A Club Med?

—Capitán Engle, ¿sugiere que no tenemos a dónde ir? Creo... Espero que se equivoque.

Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Dentro de un momento. Primero, contésteme a una pregunta. ¿Puede volver a poner combustible en el avión? ¿Puede hacerlo aunque no haya electricidad?

—Creo que sí. Digamos que con la ayuda de algunos hombres hábiles podría hacerlo. ¿Y qué?

—Después volvemos a despegar —dijo Bob. En su cara arrugada brillaban pequeñas gotas de sudor. Parecían gotas de aceite—. Ese ruido, ese ruido chisporroteante viene del este. La fractura del tiempo se produjo a varios miles de kilómetros al oeste. Si desandáramos nuestra ruta original... ¿Podría hacerlo?

—Sí —dijo Brian. Había dejado funcionando la unidad eléctrica auxiliar, y eso quería decir que el programa del ordenador seguía intacto. Ese programa era una réplica exacta del viaje que acababan de hacer, desde el instante en que el vuelo 29 despegó en el sur de California, hasta el momento en que habían aterrizado en Maine. Un simple botón indicaría al ordenador que invirtiera esa ruta; otro botón, ya en el aire, pondría a trabajar al piloto automático. El sistema de navegación informatizado Teledyne recrearía el viaje hasta la más mínima variación de grado—. Sí, podría hacerlo, ¿por qué?

—Porque tal vez el desgarramiento esté todavía allí. ¿Se da cuenta? Tal vez aún podríamos volver a atravesarlo en sentido opuesto.

Nick miró a Bob con una súbita y sobresaltada concentración, y después se volvió hacia Brian.

—Tal vez tenga razón, colega. Tal vez.

El cerebro de Albert Kaussner se desvió por un camino lateral irrelevante, pero fascinante: si el desgarramiento seguía allí y su avión había volado a una altitud y en una dirección frecuentes —por una especie de avenida en el cielo—, entonces, quizás otros aviones hubieran pasado por ahí entre la una y siete minutos de la madrugada y ahora (fuera la hora que fuese). Quizás había otros aviones descendiendo o detenidos en otros aeropuertos americanos desiertos, otras tripulaciones y otros pasajeros vagando por ahí, aturdidos...

«No —pensó—. Dio la casualidad de que nosotros llevábamos un piloto a bordo. ¿Cuáles son las posibilidades de que eso suceda dos veces?»

Pensó en lo que había dicho el señor Jenkins sobre las dieciséis bases consecutivas de Ted Williams y se estremeció.

—Puede tenerla o no —dijo Brian—. En realidad no importa, porque no vamos a ningún sitio en ese avión.

—¿Por qué no? —preguntó Rudy—. Si puede ponerle combustible, no veo por qué...

—¿Recuerda las cerillas? ¿Las que estaban en el bol del restaurante? ¿Las que no encendían?

Rudy lo miró sin comprender, pero una expresión de intensa angustia apareció en la cara de Bob Jenkins. Se llevó una mano a la frente y dio un paso atrás. Parecía haberse encogido delante de ellos.

—¿Qué? —preguntó Don. Miraba a Brian con el ceño fruncido.

Era una mirada que transmitía confusión y sospecha—. ¿Qué tiene eso que ver con...

Pero Nick lo sabía.

—¿No lo ve? —dijo—. ¿No lo ve, colega? Si las baterías no funcionan, si las cerillas no encienden...

—... entonces el combustible no arderá —terminó Brian—. Estará tan agotado y gastado como todo lo demás en este mundo. —Los miró a todos de uno en uno y añadió—: Sería lo mismo que llenar los tanques con melcocha.

—¿Alguna de ustedes, hermosas damas, ha oído hablar de los lagolieros? —preguntó súbitamente Craig. Su tono era ligero, casi vivaz.

Laurel se sobresaltó y miró nerviosamente a los otros, que seguían de pie junto a la ventana, hablando. Dinah se volvió hacia la voz de Craig, al parecer sin sorpresa.

—No —dijo tranquilamente—. ¿Qué son?

—No hables con él, Dinah —susurró Laurel.

—La he oído —dijo Craig en el mismo tono agradable—. ¿Sabe? Dinah no es la única que tiene buen oído.

Laurel sintió que se ruborizaba.

—De todos modos, no le haría daño a la niña —continuó Craig—. No más del que le hubiera hecho a aquella chica. Sólo estoy asustado. ¿Y usted?

—También —replicó Laurel—, pero cuando estoy asustada no tomo rehenes ni intento matar a adolescentes.

—Usted no tuvo que hacer frente al ataque de lo que parecía el equipo completo del Rams de Los Ángeles —dijo Craig—. Y ese tipo inglés... —Se echó a reír. El sonido de su risa en aquel lugar silencioso resultaba perturbadoramente alegre, perturbadoramente normal—. Bueno, lo único que puedo decir es que si cree que yo estoy loco, debe de ser porque no lo ha mirado a él. Ese hombre tiene una picadora de carne en cada ojo.

Laurel no sabía qué decir. Sabía que las cosas no habían sucedido tal como decía Craig Toomy, pero cuando él hablaba parecía como si hubieran tenido que ser así. Y lo que decía del inglés se acercaba demasiado a la verdad. Los ojos del hombre..., y la patada que le había dado al señor Toomy en las costillas después de haberlo atado... Laurel se estremeció.

—¿Qué son los lagolieros, señor Toomy? —preguntó Dinah.

—Bueno, yo solía creer que eran una invención —contestó Craig en el mismo tono de buen humor—. Ahora empiezo a preguntarme... Porque yo también los oigo, señorita. Claro que sí.

—¿El ruido? —preguntó Dinah con suavidad—. ¿Ese ruido son los lagolieros?

Laurel apoyó una mano en el hombro de Dinah.

—Preferiría que no siguieras hablando con él, encanto. Me pone nerviosa.

—¿Por qué? Está atado, ¿no?

—Sí, pero...

—Y siempre puedes llamar a los otros, ¿no?

—Bueno, creo...

—Quiero saber lo de los lagolieros.

Haciendo un esfuerzo, Craig volvió la cabeza para mirarla, y Laurel percibió parte del encanto y de la fuerte personalidad que habían mantenido a Craig en la vía rápida mientras obedecía al guión de alta presión que sus padres habían escrito para él. Lo sintió aun cuando estaba echado en el suelo con las manos atadas a la espalda y su frente y mejilla izquierda manchadas de sangre seca.

—Mi padre decía que los lagolieros eran pequeñas criaturas que vivían en los armarios, las cloacas y otros lugares oscuros.

—¿Como duendes? —quiso saber Dinah.

Craig rió y sacudió la cabeza.

—Me temo que no tan agradables. Decía que sólo eran pelo y dientes y piernecillas veloces..., muy veloces, para poder atrapar a los niños y niñas malos por muy deprisa que huyeran.

—Pare —dijo fríamente Laurel—. Está asustando a la niña.

—No —replicó Dinah—. Sé distinguir una invención cuando la oigo. Es interesante, simplemente.

No obstante, su cara decía que era más que interesante. Estaba concentrada, fascinada.

—Lo es, ¿no es cierto? —preguntó Craig, aparentemente complacido por su interés—. Creo que lo que Laurel quiere decir es que la estoy asustando a ella. ¿Me he ganado el cigarro, Laurel? Si es así, querría un El Producto, por favor. Nada de esos White Owls baratos para mí.

—Y volvió a reír.

Laurel no contestó, y al cabo de un instante Craig continuó.

—Mi papá decía que había miles de lagolieros, que tenía que haberlos porque había cientos de miles de niños y niñas malos huyendo en todo el mundo. Eso decía. Mi padre no vio correr a un niño en su vida. Para él siempre huían. Creo que le gustaba esa palabra porque implica un movimiento insensato, carente de dirección, improductivo. Pero los lagolieros no huyen, ellos corren. Ellos tienen un objetivo. En realidad, se podría decir que los lagolieros son el objetivo personificado.

—¿Y qué hacían los niños que fuera tan malo? —preguntó Dinah— ¿Qué hacían que fuera tan malo como para que los lagolieros tuvieran que correr tras ellos?

—¿Sabes? Me alegro de que me hagas esa pregunta, Dinah —dijo Craig—. Porque cuando mi padre decía que algo era malo, en realidad quería decir que era ocioso. Una persona ociosa no podía formar parte *del panorama global*. De ninguna manera. En mi casa, o formabas parte de el panorama global o estabas descuidando el trabajo, y eso era lo peor que podías hacer.

Degollar a alguien era un pecado venial comparado con descuidar el trabajo. Mi padre decía que si no formabas parte del panorama global, los lagolieros vendrían y te borrarían totalmente del mapa. Decía que una noche estarías en tu cama y los escucharías venir..., mordiendo y mascando todo a su paso..., y que aunque trataras de huir ellos te cogerían, porque tenían unas veloces...

—¡Ya basta! —exclamó Laurel. Su voz era neutra y seca.

—Sin embargo, ahí fuera está ese ruido —dijo Craig. Sus ojos la miraban, brillantes, casi picaros—. No puede negarlo. El ruido está realmente ahí...

—Pare o le pegaré con algo —amenazó Laurel.

—Vale —dijo Craig. Se desplazó rodando hasta quedar boca arriba, hizo una mueca y volvió a rodar, colocándose de espaldas a ellas—. Cuando un hombre está atado y en el suelo, se cansa de que le peguen.

En esta ocasión, Laurel no se ruborizó, sino que se puso furiosamente roja. Se mordió el labio y no dijo nada. Tenía ganas de llorar. ¿Cómo se suponía que debía manejar esta situación?

¿Cómo? Primero el tipo parecía estar loco de atar, y después tan cuerdo como es posible estarlo. Y mientras tanto, el mundo entero —el panorama global del señor Toomy— se había ido al infierno.

—Apuesto a que le tenía miedo a su papá, ¿no es cierto, señor Toomy?

Sobresaltado, Craig miró a Dinah por encima del hombro. Volvió a sonreír, pero la sonrisa era distinta. Era una sonrisa apesadumbrada, herida, sin un ápice de relaciones públicas.

—Esta vez eres tú quien gana el cigarro, señorita —dijo—. Le tenía terror.

—¿Ha muerto?

—Sí.

—¿Estaba descuidando el trabajo? ¿Lo cogieron los lagolieros?

Craig se quedó un largo rato pensando. Recordaba que le habían dicho que su padre había tenido un ataque al corazón en la oficina. Cuando su secretaria tocó el timbre para convocarlo a la reunión de las diez con el personal, no obtuvo respuesta. Entonces, entró y lo encontró muerto sobre la alfombra, con los ojos fuera de las órbitas y la boca llena de espuma.

«¿Te dijo eso alguien? —se preguntó de pronto—. ¿Te dijo alguien que los ojos se le salían de las órbitas y que tenía espuma en la boca? ¿Te lo dijo alguien, tal vez mamá cuando estaba borracha, o era una expresión de tus deseos?»

—¿Señor Toomy? ¿Lo hicieron?

—Sí —dijo Craig, pensativo—. Creo que estaba descuidando el trabajo y que lo cogieron ellos.

—Señor Toomy.

—¿Qué?

—Yo no soy como usted me ve. No soy fea. Ninguno de nosotros lo es.

Él la miró sobresaltado.

—¿Y cómo sabes de qué modo te veo, señorita ciega?

—Se sorprendería —dijo Dinah.

Laurel se volvió hacia ella, más inquieta que nunca, pero por supuesto no había nada que ver. Las gafas oscuras de Dinah desafiaban la curiosidad.

Los demás pasajeros seguían de pie en el extremo más alejado de la sala de espera, escuchando aquel sonido bajo y sin decir nada. Parecía como si no quedara nada por decir. —¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Don. Parecía haberse marchitado dentro de su camisa roja de leñador. Albert pensó que incluso la camisa había perdido parte de su alegre vibración varonil.

—No lo sé —respondió Brian. Sentía que una horrible impotencia le atenazaba el vientre. Miró el avión, que durante un tiempo había sido su avión, y le sorprendieron sus líneas netas y su suave belleza. Por comparación, el Delta 727 que estaba a su izquierda parecía una matrona desaliñada. «Te parece hermoso porque nunca volverá a volar, eso es todo. Es como ver un instante a una hermosa mujer en el asiento trasero de una limusina... Parece mucho más hermosa de lo que realmente es porque no es tuya y nunca podrá serlo.»

—¿Cuánto combustible queda, Brian? —preguntó de pronto Nick—. Tal vez aquí el índice de combustión no sea el mismo. Tal vez haya más del que piensa.

—Todos los aparatos están en perfecto estado de funcionamiento —dijo Brian—. Cuando aterrizamos, tenía menos de trescientos litros. Para regresar al lugar donde sucedió esto, necesitaríamos al menos veintitrés mil.

Bethany sacó sus cigarrillos y ofreció uno a Bob. Éste negó con la cabeza. Ella depositó uno entre sus labios sacó las cerillas y frotó una. No encendió.

—¡Oh! —exclamó.

Albert la miró. Ella volvió a frotar la cerilla, y otra vez, y otra. No pasaba nada. Miró al muchacho asustada.

—A ver —dijo Albert—. Dame.

Le quitó las cerillas de la mano y arrancó otra. La frotó contra la banda de la parte trasera de la carterita. No pasó nada.

—Sea lo que fuere, parece contagioso —observó Rudy Warwick.

Bethany se echó a llorar y Bob le tendió su pañuelo.

—Espera un minuto —dijo Albert, y volvió a frotar la cerilla. Esta vez encendió, pero la llama era diminuta, débil, mortecina. La aplicó a la temblorosa punta del cigarrillo de Bethany, y de pronto vio una imagen: la de una señal con la que se cruzaba todos los días al pasar con su ciclomotor en dirección al Instituto Pasadena. «Peligro», decía el cartel, «Circulación en ambos sentidos».

«¿Qué demonios significa eso?»

No lo sabía, al menos todavía no. Lo único que sabía era que había una idea pugnando por salir, pero que, al menos por el momento, permanecía encallada.

Albert apagó la cerilla, sacudiéndola. No necesitó demasiada energía.

Bethany aspiró su cigarrillo e hizo una mueca.

—¡Uf! Parece un Garitón o algo así.

—Échame humo en la cara —dijo Albert.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Échame humo en la cara.

Ella obedeció y Albert olfateó el humo. Su dulce fragancia anterior estaba sofocada.

«Sea lo que fuere, parece contagioso.»

«Peligro: Circulación en ambos sentidos.»

—Vuelvo al restaurante —dijo Nick. Parecía deprimido—. El viejo Casio parece flaco y resbaladizo. No me gusta dejarlo demasiado tiempo solo con las damas.

Brian y los demás lo siguieron. Albert pensó que había algo divertido en aquellos traslados masivos. Se comportaban como vacas que huelen la tormenta en el aire.

—Ven —dijo Bethany—. Vamos.

Tiró el cigarrillo medio consumido en un cenicero y usó el pañuelo de Bob para secarse los ojos. Después, cogió a Albert de la mano.

Se encontraron cruzando la sala de espera, cuando acudió de nuevo a la mente de Albert mientras éste miraba la parte posterior de la camisa roja del señor Gaffney, y esta vez con más fuerza: «Circulación en ambos sentidos.»

—¡Espera un minuto! —gritó. De pronto, pasó un brazo por la cintura de Bethany, la atrajo hacia sí, acercó la cara a su cuello y olfateó profundamente.

—¡Eh! ¡Apenas nos conocemos! —protestó Bethany. Después, empezó a reír sin poder evitarlo y rodeó el cuello de Albert con sus brazos.

Albert, un chico cuya natural timidez sólo desaparecía en sueños, no le prestó atención. Hizo otra inspiración profunda por la nariz. Los olores de su cabello, sudor y perfume seguían allí, pero eran leves, muy leves.

Todos miraron, pero Albert ya había soltado a Bethany y corría de regreso a las ventanas.

—¡Guau! —exclamó Bethany. Seguía riendo un poco, muy ruborizada—. ¡Un tipo extraño!

Albert miró el avión y vio lo que había notado Brian unos minutos antes: sus líneas eran netas y suaves, y se veían de un blanco casi irreal. Parecía vibrar en la torpe quietud exterior.

Y de pronto la idea vino a su encuentro. Pareció estallar detrás de sus ojos como un cohete. El concepto central era una bola ardiendo, brillante; sus implicaciones irradiaban como feroces chispas, y durante un instante casi se olvidó de respirar.

—¿Albert? —preguntó Bob—. Albert, ¿qué pa...?

—¡Capitán Engle! —gritó Albert. En el restaurante, Laurel se incorporó bruscamente y Dinah se agarró a su brazo con manos que parecían garras. Craig Toomy volvió la cabeza para mirar—. ¡Capitán Engle! ¡Venga aquí!

4

Fuera, el ruido se oía más fuerte.

Para Brian era el sonido de la estática radial. A Nick Hopewell le parecía que sonaba como un fuerte viento agitando secas hierbas tropicales. A Albert, que el verano anterior había trabajado en McDonald's, le recordó el ruido de las patatas fritas en la freidora. Y a Bob Jenkins le sugería el ruido del papel cuando alguien lo arruga en una habitación distante.

Los cuatro se arrastraron por entre las tiras de goma y bajaron a la zona de descarga de equipajes, escuchando el sonido de lo que Craig Toomy llamaba los lagolieros.

—¿Está mucho más cerca? —preguntó Brian a Nick.

—No sabría decirlo. Suena más cerca, pero antes estábamos dentro.

—Vamos —dijo Albert, impaciente—. ¿Cómo volvemos a subir? ¿Trepando?

—No será necesario —dijo Brian, y señaló una escalerilla rodante que estaba en el extremo más alejado de la puerta 2. Fueron en su busca, acompañados por el fatigoso golpeteo de sus zapatos en el cemento.

—Sabes que es una idea muy improbable, ¿no, Albert? —preguntó Brian mientras andaba.

—Sí, pero...

—Las ideas improbables son las mejores —terminó Nick por él.

—Sólo quiero que no se decepcione demasiado si esto no funciona.

—No se preocupe —dijo suavemente Bob—. Yo me decepcionaré por todos. La idea del muchacho tiene su lógica. Debería resultar. Albert, ¿comprendes que puede haber factores que no hemos descubierto?

—Sí.

Cuando llegaron a la escalerilla, Brian sacó los frenos de una patada. Nick se colocó junto a un asa que sobresalía de la barandilla izquierda y Brian cogió la de la derecha.

—Espero que todavía rueda —dijo Brian.

—Debería hacerlo —contestó Bob Jenkins—. Al parecer, algunos, tal vez casi todos los componentes físicos y químicos de la vida parecen seguir funcionando; nuestros cuerpos pueden procesar el aire, las puertas se abren y se cierran...

—Y no olvide la gravedad —intervino Albert—. La tierra todavía retiene.

—Dejemos de hablar y probemos —dijo Nick.

La escalerilla rodaba con facilidad. Los dos hombres la empujaron hacia el 767, con Albert y Bob en la retaguardia. Una de las ruedas chirriaba rítmicamente. Aparte de ése, el único ruido que se oía era el bajo y constante chisporroteo procedente de algún lugar del horizonte oriental.

—Mírenlo —dijo Albert mientras se acercaban al 767—. Sólo mírenlo. ¿No lo ven? ¿No ven que está mucho más allá que cualquier otra cosa?

No era necesaria una respuesta y nadie la dio. Todos lo veían. Reacio, casi contra su voluntad, Brian empezó a pensar que tal vez el chico hubiera encontrado algo.

Colocaron la escalerilla en un ángulo entre el tobogán de emergencia y el fuselaje del avión, con el escalón superior apartado a un solo paso largo de la puerta abierta.

—Yo iré primero —anunció Brian—. Nick, una vez que haya vuelto a meter el tobogán, usted y Albert lleven la escalera a una posición mejor.

—Sí, mi capitán —dijo Nick, haciendo un pequeño saludo militar con los nudillos del primer y segundo dedo tocando su frente.

Brian bufó.

—¡Agregado júnior! —exclamó, y corrió escaleras arriba. Unos momentos después, había plegado el tobogán utilizando el mecanismo de despegue. A continuación, se inclinó para ver cómo Nick y Albert colocaban cuidadosamente la escalerilla en posición, con el último escalón justo debajo de la entrada delantera del 767.

Ahora, Rudy Warwick y Don Gaffney vigilaban a Craig. Bethany, Dinah y Laurel estaban alineadas ante las ventanas de la sala de espera, mirando.

—¿Qué hacen? —preguntó Dinah.

—Han recogido el tobogán y han colocado una escalerilla junto a la puerta —dijo Laurel—.

Ahora suben. ¿Estás segura de que no sabes qué se proponen? —preguntó a Bethany.

La chica hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo único que sé es que As, quiero decir Albert, casi se volvió loco. Me gustaría pensar que fue una irrefrenable atracción sexual, pero no lo creo. —Hizo una pausa, sonrió y agregó—: Al menos, todavía no. Dijo algo sobre que el avión estaba más allí, y mi perfume menos allí, lo cual probablemente no complacería a Coco Chanel o como se llame. Y también algo así como circulación en ambos sentidos. No lo entendí. Realmente, barbotaba.

—Yo sé de qué se trata —dijo Dinah.

—¿Qué piensas, encanto?

Dinah se limitó a menear la cabeza.

—Espero que se den prisa. Porque el pobre señor Toomy tiene razón. Vienen los lagolieros.

—Dinah, eso es algo que se inventó su padre.

—Quizás alguna vez fuera una invención —dijo Dinah, volviendo sus ojos ciegos hacia la ventana—, pero ya no lo es.

—Vale, As —dijo Nick—. Adelante con el espectáculo.

El corazón de Albert palpitaba con fuerza, y sus manos temblaban mientras disponía los cuatro elementos de su experimento en el estante de primera clase donde, hacía mil años y al otro lado del continente, una mujer llamada Melanie Trevor había supervisado un cartón de zumo de naranja y dos botellas de champán.

Brian lo miró con atención mientras Albert colocaba una caja de cerillas, una botella de Budweiser, una lata de Pepsi y un bocadillo de mantequilla de cacahuete que había sacado de la nevera del restaurante. El bocadillo estaba envuelto en plástico.

—Muy bien —dijo Albert, e hizo una inspiración profunda—. Veamos qué tenemos aquí.

Don salió del restaurante y se acercó a las ventanas.

—¿Qué sucede?

—No lo sabemos —dijo Bethany. Se las había arreglado para conseguir llama de otra de sus cerillas y volvía a fumar. Cuando apartó el cigarrillo de sus labios, Laurel vio que le había sacado el filtro—. Entraron en el avión, siguen dentro del avión, fin de la historia.

Don se quedó unos segundos mirando hacia el exterior.

—Algo ha cambiado fuera. No sé en qué sentido, pero así es.

—La luz se está yendo —dijo Dinah—. Ésa es la diferencia. —Su voz era bastante tranquila, pero el pequeño rostro reflejaba soledad y miedo—. Puedo sentir que se va.

—Tiene razón —corroboró Laurel—. Sólo ha habido luz de día durante dos o tres horas, y ya vuelve a oscurecer.

—¿Sabe? Sigo pensando que esto es un sueño —dijo Don—. Sigo pensando que es la peor pesadilla que he tenido, pero despertaré pronto.

Laurel asintió.

—¿Cómo está el señor Toomy?

Don rió sin demasiada alegría. —No se lo creería. —¿El qué? —preguntó Bethany. —Se ha quedado dormido.

Craig Toomy, por supuesto, no dormía. La gente que se quedaba dormida en momentos críticos, como aquel tipo que se suponía debía vigilar mientras Jesús rezaba en el jardín de Getsemaní, decididamente no formaba parte del *panorama global*.

Había vigilado atentamente con los ojos entornados a los dos hombres, deseando que uno o ambos salieran. Por fin, el de la camisa roja salió. Warwick, el calvo con dientes postizos, se acercó a Craig y se inclinó. Craig cerró por completo los ojos.

—¡Eh! —exclamó Warwick, echando en la cara de Craig el mal aliento de su dentadura—. ¡Eh! ¿Está despierto?

Craig se quedó quieto con los ojos cerrados, respirando con regularidad. Se le ocurrió fabricar un pequeño ronquido, pero lo pensó mejor.

Warwick lo tocó. Craig mantuvo los ojos cerrados y siguió respirando regularmente.

Calvo se incorporó, pasó por encima de él y se dirigió hacia la puerta del restaurante para mirar a los otros. Craig entreabrió los párpados y se aseguró de que Warwick le daba la espalda.

Después, cuidadosa y silenciosamente, empezó a mover las muñecas dentro del apretado ocho que formaba el mantel. Ya lo sentía más flojo.

Movía las muñecas con sacudidas cortas, vigilando la espalda de Warwick, listo para dejar de moverse y volver a cerrar los ojos en cuanto éste diera señales de volverse. Deseó que Warwick no lo hiciera. Quería estar libre antes de que volvieran los gilipollas del avión. Sobre todo el gilipollas inglés, el que le había lastimado la nariz y lo había pateado mientras estaba en el suelo. El gilipollas inglés lo había atado muy bien; gracias a Dios, sólo era un mantel y no una cuerda de nailon. En tal caso, no hubiera habido ninguna posibilidad, pero siendo así...

Uno de los nudos se aflojó, y Craig empezó a hacer rotar las muñecas de un lado a otro. Oía a los lagolieros acercarse. Tenía intención de estar fuera de allí y camino de Boston antes de que regresaran. En Boston estaría seguro. Cuando uno estaba en una habitación llena de banqueros, resultaba imposible huir.

¡Y que Dios ayudara a quien tratara de impedirselo, fuera hombre, mujer o niño!

Albert cogió la carterita de cerillas que había sacado del bol del restaurante.

—Prueba A —dijo—. Allá voy.

Arrancó una cerilla y la frotó. Sus manos temblorosas lo traicionaron, y lo hizo unos milímetros por encima de la tira que cubría la parte inferior del cartón. La cerilla se dobló.

—¡Mierda! —exclamó Albert.

—¿Quieres que yo...? —empezó Nick.

—Déjelo tranquilo —intervino Brian—. Es su espectáculo.

—Tranquilo, Albert —dijo Bob.

El chico sacó otra cerilla, le dedicó una sonrisa descompuesta y la frotó.

No encendió.

Volvió a frotar.

La cerilla no encendió.

—Supongo que tendremos que aceptarlo —dijo Brian—. No hay nada...

—¡La olí! —dijo Nick—. ¡Olí el sulfuro! ¡Prueba con otra, As!

Pero Albert volvió a probar con la misma, y esta vez se encendió. No se limitó a prender y apagarse, sino que se irguió con la familiar forma de lágrima, azul en la base y amarilla en la punta, y empezó a quemar la parte de papel.

Albert levantó la mirada con una amplia sonrisa.

—¿Lo ven? —dijo—. ¿Lo están viendo?

Sacudió la cerilla, la dejó caer y cogió otra. Ésta encendió a la primera. Dobló la tapa de la carterita y tocó las otras cerillas con la llama, como había hecho Bob Jenkins en el restaurante. Esta vez se encendieron con un siseo seco. Albert las apagó como velas de aniversario.

Necesitó soplar dos veces para conseguirlo.

—¿Lo ven? —preguntó—. ¿Se dan cuenta de lo que significa? ¡Circulación en ambos sentidos! ¡Trajimos nuestro tiempo con nosotros! ¡Ahí fuera está el pasado, y supongo que en todas partes al este del agujero que atravesamos, pero aquí dentro todavía reina el presente! ¡Sigue atrapado dentro del avión!

—No lo sé —dijo Brian, pero de pronto todo volvía a parecer posible. Sintió un impulso loco, casi irrefrenable, de abrazar a Albert y darle unas palmadas en la espalda.

—¡Bravo, Albert! —exclamó Bob—. ¡La cerveza! ¡Pruebe con la cerveza!

Albert destapó la botella de cerveza mientras Nick buscaba un vaso entero de entre el desastre que rodeaba el carrito de las bebidas.

—¿Dónde está el humo? —preguntó Brian.

—¿Humo? —dijo Bob, desconcertado.

—Bueno, no es humo exactamente, cuando se destapa una cerveza por lo general aparece una especie de humillo alrededor del gollete de la botella.

Albert olfateó y le pasó la cerveza a Brian.

-Huela.

Brian lo hizo y empezó a sonreír. No podía evitarlo.

—¡Dios! Con humo o sin él, huele a cerveza.

Nick tendió el vaso y a Albert le gustó ver que la mano del inglés también temblaba.

—Viértela —dijo—. Apresúrate, colega, mis huesos me dicen que el suspense es malo para el viejo reloj.

Albert sirvió la cerveza y sus sonrisas se desvanecieron.

Estaba desbravada. Absolutamente desbravada. Permanecía inmóvil en el vaso de whisky que había encontrado Nick, y su aspecto era el de una muestra de orina.

—¡Dios todopoderoso! Está oscureciendo. La gente que estaba junto a las ventanas miró hacia atrás cuando Rudy Warwick se reunió con ellos.

—Se supone que tiene que vigilar al lunático —dijo Don.

Rudy hizo un gesto de impaciencia.

—Duerme como un lirón. Creo que ese golpe en la cabeza le desordenó los muebles más de lo que pensamos al principio. ¿Qué pasa ahí fuera? ¿Por qué oscurece tan pronto?

—No lo sabemos —dijo Bethany—. Simplemente es así. ¿Cree que el tipo raro está entrando en coma o algo así?

—No lo sé —dijo Rudy—. Pero si es así, ya no tendremos que preocuparnos por él, ¿no?

¡Cristo! ¡Ese ruido es escalofriante! Suena como un grupo de termitas en una balsa.

Por primera vez, Rudy parecía haber olvidado su estómago.

Dinah levantó la cara hacia Laurel.

—Creo que sería mejor vigilar al señor Toomy —dijo—. Estoy preocupada por él. Apuesto a que está asustado.

—Si está inconsciente, Dinah, no hay nada que podamos...

—No creo que esté inconsciente —dijo Dinah con calma—. Ni siquiera que esté dormido.

Laurel observó pensativamente a la niña y después cogió su mano.

—Vale —dijo—. Echemos un vistazo.

Finalmente, el nudo que había hecho Nick Hopewell para inmovilizar la muñeca derecha de Craig se aflojó lo bastante como para permitirle sacar la mano. La utilizó para deshacer el nudo que sujetaba su mano izquierda y se puso en pie rápidamente. Manadas de puntos negros pasaron por su campo de visión y desaparecieron. Advirtió que la terminal se sumía en la penumbra. Caía una noche prematura. Escuchaba el ruido masticatorio de los lagolieros con mayor claridad, tal vez porque sus oídos habían captado su frecuencia, o tal vez porque estaban más cerca.

En el extremo más alejado de la terminal, vio dos siluetas, una alta y la otra baja, que se apartaban de las otras y desandaban el camino hacia el restaurante. La mujer de voz de arpía y la pequeña ciega de rostro feo y regordete. No podía permitir que diesen la alarma. Eso sería terrible.

Craig se alejó del trozo ensangrentado de moqueta donde había permanecido tumbado, sin apartar los ojos de las figuras que se aproximaban. No conseguía determinar a qué velocidad se iba la luz.

En un mostrador, a la izquierda de la caja registradora, había cubiertos, pero eran de plástico, no le servían. Craig dio la vuelta a la caja y encontró algo mejor: un cuchillo de carnicero sobre el mostrador, junto a la parrilla. Lo cogió y se acucilló detrás de la caja registradora para vigilar. Miraba a la niña con un interés especialmente ansioso. La niña sabía mucho, quizá demasiado. La pregunta era: ¿de dónde había sacado sus conocimientos?

Una pregunta realmente interesante.

¿No?

La mirada de Nick fue de Albert a Bob.

—¡Aja! —exclamó—. Las cerillas funcionan, pero la cerveza no. —Y se volvió para dejar el vaso de cerveza—. ¿Qué significará eso?

De pronto, una nubecilla de burbujas como una seta salió de ninguna parte del fondo del vaso. Se elevó rápidamente, se extendió y apareció en lo alto del vaso. Los ojos de Nick se dilataron.

—Al parecer —dijo secamente Bob—, las cosas requieren cierto tiempo para ponerse a tono.

¡Excelente! —exclamó tras coger el vaso, beber y chascar la lengua. Todos miraron el complicado encaje de espuma blanca en el interior del vaso—. Puedo afirmar sin vacilación que es el mejor vaso de cerveza que he bebido en mi vida.

Albert echó más cerveza en el vaso. Esta vez salió con espuma que rebosó y se deslizó por la parte exterior. Brian lo cogió.

—¿Seguro que quiere hacerlo, colega? —preguntó Nick, sonriendo—. ¿No decís vosotros que tienen que pasar «veinticuatro horas entre la botella y el acelerador»?

—En caso de viajes a través del tiempo, la regla queda en suspenso. Puede consultarlo —dijo Brian e inclinando el vaso, bebió—. Tiene razón —dijo a Bob riendo—. Es la mejor cerveza que ha existido. Prueba la Pepsi, Albert.

Albert abrió la lata y todos escucharon el familiar siseo del gas, elemento principal de cientos de gaseosas. Tomó un gran trago. Cuando bajó la lata, sonreía, pero había lágrimas en sus ojos.

—Caballeros, la Pepsi-Cola está muy buena hoy —dijo con el tono pomposo de un *maître*, y todos se echaron a reír.

Don Gaffney alcanzó a Laurel y Dinah cuando entraban en el restaurante.

—Me pareció mejor... —Sin acabar la frase, comenzó a mirar a su alrededor—. ¡Mierda!

¿Dónde está?

—No lo... —empezaba a decir Laurel, cuando Dinah Bellman la interrumpió.

—Silencio —susurró la niña a sus espaldas.

La cabeza de Laurel se volvió hacia atrás con la lentitud de la luz de una linterna agotada.

Durante un instante, no hubo ruido alguno en el restaurante, al menos nada que ella pudiera oír.

—Allí —dijo Dinah, y apuntó hacia la caja registradora—. Está escondido allí. Detrás de algo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Don con voz seca y nerviosa—. No oigo...

—Yo sí —dijo tranquilamente Dinah—. Oigo las yemas de sus dedos deslizándose sobre metal. Y oigo su corazón. Late muy deprisa. Está mortalmente asustado. Me da mucha pena.

De pronto se soltó de la mano de Laurel y avanzó.

—¡No, Dinah! —gritó Laurel.

Dinah no le prestó atención. Siguió caminando hacia la caja registradora con los brazos extendidos y los dedos buscando posibles obstáculos. Las sombras parecían ir en su busca y envolverla en sus manos ansiosas y oscuras.

—¿Señor Toomy? Por favor, salga. No queremos hacerle daño. Por favor, no tenga miedo...

Desde detrás de la caja registradora empezó a elevarse un sonido. Era un potente aullido..., una palabra, o algo que intentaba ser una palabra, pero desprovista de cordura.

—Tuuuuuuuu...

Craig salió de su escondite con los ojos llameantes y enarbolando el cuchillo. De pronto había comprendido que era Dinah, que Dinah era uno de ellos, que detrás de esas gafas oscuras se escondía uno de ellos. Además, no se trataba de un simple lagoliero, sino del jefe de los lagolieros. Era quien llamaba a los otros con sus ciegos ojos muertos.

—Tuuuuuuuu...

Craig se precipitó sobre ella, chillando. Don Gaffney apartó a Laurel de su camino, tirándola casi al suelo, y dio un salto adelante.

Era rápido, pero no lo bastante. Craig Toomy estaba loco y se movía con la velocidad de un lagoliero. Se acercó a Dinah en una carrera frenética. No había posibilidad de huida para él.

Dinah no hizo ningún esfuerzo por apartarse. Miró desde su oscuridad a la de él y extendió los brazos, como para abrazarlo y consolarlo.

—Tuuuuuuuu...

—Está bien, señor Toomy —dijo ella—. No tenga mié...

En ese momento, Craig enterró el cuchillo en su pecho, pasó corriendo junto a Laurel y entró en la terminal sin dejar de chillar.

Dinah se quedó un instante inmóvil. Sus manos encontraron el mango de madera que salía de su vestido, y sus dedos flotaron por encima de él, explorándolo. Después, se desplomó lenta y grácilmente al suelo, convirtiéndose en una sombra más de la creciente oscuridad.

CAPÍTULO SIETE

DINAH EN EL VALLE DE LAS SOMBRAS.
EL DEVORADOR DE TOSTADAS MÁS
RÁPIDO DEL MISSISSIPPI. CORRIENDO
CONTRA EL TIEMPO. NICK TOMA UNA
DECISIÓN.

1

Albert, Brian, Bob y Nick se pasaron el bocadillo de mantequilla de cacahuete y jalea. Le dieron dos mordiscos cada uno y se quedaron sin bocadillo, pero mientras duró, Albert pensó que jamás había hundido los dientes en algo más delicioso. Su estómago despertó y empezó a reclamar más.

—Ésta es la parte que más le va a gustar a nuestro amigo el señor Warwick —dijo Nick, tragando—. Eres un genio, As —añadió, mirando a Albert—. Lo sabes, ¿no? Un genio absoluto.

Albert se ruborizó, feliz.

—No es para tanto —dijo—. Sólo utilicé lo que el señor Jenkins llama método deductivo. Si dos corrientes que fluyen en direcciones distintas se juntan, se mezclan y forman un torbellino... Vi lo que pasaba con las cerillas de Bethany y pensé que aquí podía estar pasando algo parecido. Y además, estaba la camisa roja del señor Gaffney. Empezó a perder color. De modo que pensé que si las cosas empezaban a desvanecerse cuando ya no estaban en el avión, tal vez si se subía al avión algo que estaba borroso, podría...

—Siento interrumpir —dijo suavemente Bob—, pero creo que si queremos intentar volver, deberíamos iniciar el proceso lo más pronto posible. Los ruidos que oímos me preocupan, pero hay algo que me preocupa más. Este avión no es un sistema cerrado. Creo que hay posibilidades de que dentro de poco empiece a perder su..., su...

—¿Su integridad temporal? —sugirió Albert.

—Sí, bien dicho. Ahora, todavía puede arder el carburante que pongamos, pero tal vez dentro de unas horas no.

A Brian se le ocurrió una idea desagradable: que el combustible dejara de arder en pleno vuelo, con el 767 a diez mil metros de altura. Abrió la boca para decirlo, pero volvió a cerrarla. ¿De qué serviría sugerirles eso si no podían hacer nada para evitarlo?

—¿Por dónde empezamos, Brian? —preguntó Nick con su habitual concisión y sentido práctico.

Brian revisó mentalmente el proceso. Resultaría algo complicado, sobre todo trabajando con hombres cuya única experiencia con los aviones probablemente empezaba y terminaba en el aeromodelismo, pero pensó que era posible.

—Empecemos encendiendo los motores y colocando el avión lo más cerca que podamos de aquel Delta 727 —dijo—. Cuando lleguemos allí, apagaré el motor de estribor y dejaré encendido el de babor. Tenemos suerte. Este 767 está equipado con tanques de ala húmeda y un sistema APU que...

Hasta sus oídos llegó un grito penetrante que cortó el sordo y chisporroteante ruido de fondo como si se frotara un tenedor contra un encerado. Siguieron los pasos de alguien que subía por la escalerilla. Nick se volvió en esa dirección y levantó los brazos. Albert reconoció el gesto enseguida; había visto en la escuela a algunos de esos tipos locos por las artes marciales que practicaban el movimiento. Era la clásica posición defensiva del *taekwondo*. Un instante después, la cara pálida y aterrorizada de Bethany apareció en la puerta, y Nick dejó caer los brazos.

—¡Vengan! —gritó Bethany—. ¡Tienen que venir!

Jadeaba sin aliento en la plataforma de la escalerilla, y empezó a caer hacia atrás. Por un segundo, Albert y Brian pensaron que caería y se partiría el cuello contra los escalones. Nick dio un salto adelante, la cogió por la nuca y la metió en el avión. Bethany no parecía darse cuenta de que había estado a punto de caer. Sus ojos oscuros los miraban desde el círculo blanco de la cara.

—¡Vengan! ¡La ha apuñalado! ¡Creo que está muriéndose!

Nick apoyó las manos en sus hombros y acercó la cara a la suya como si pensara besarla.

—¿Quién ha apuñalado a quién? —preguntó Nick con calma—. ¿Quién se está muriendo?

—Yo..., ella..., el señor T-T-Toomy...

—Bethany, di taza.

Ella lo miró, aturdida y sin comprender. Brian miraba a Nick como si se hubiera vuelto loco.

—Di taza. Ahora mismo.

—T-T-taza.

—Taza y plato. Dilo, Bethany.

—Taza y plato.

—Vale. ¿Mejor?

Ella asintió.

—Sí.

—Bien. Si vuelves a sentir que pierdes el control, di taza y lo recuperarás. Ahora, dime, ¿quién ha sido apuñalado?

—La niña ciega. Dinah.

—¡Mierda! Vale, Bethany. Sólo... —Pero Nick alzó la voz cuando vio que Brian pasaba por detrás de Bethany en dirección a la escalerilla, seguido de Albert—. ¡No! —gritó en un tono cortante y duro que los detuvo en seco—. ¡Quédense adonde están!

Brian, que había servido en Vietnam y conocía el tono de orden incuestionable cuando lo escuchaba, se detuvo tan repentinamente que Albert chocó contra su espalda. «Lo sabía —pensó—. Sabía que tomaría el mando. Era cuestión de esperar el momento oportuno y las circunstancias adecuadas.»

—¿Sabes cómo sucedió o dónde está ahora nuestro maldito compañero de viaje? —preguntó Nick a Bethany.

—El tipo..., el tipo de la camisa roja dijo...

—Vale, no te preocupes —dijo, mirando de reojo a Brian. Tenía los ojos encendidos de cólera—. Los malditos imbéciles lo dejaron solo. Apostaría mi pensión. Bueno, no volverá a suceder. Nuestro señor Toomy ha disparado su último cartucho.

Volvió a mirar a la chica, que bajó la cabeza. El pelo le tapaba la cara y respiraba con profundas y temblorosas inspiraciones.

—¿Está viva, Bethany? —preguntó con suavidad.

—Yo..., yo..., yo...

—Taza, Bethany.

—¡Taza! —dijo Bethany, gritando, y lo miró con ojos enrojecidos y llenos de lágrimas—. No lo sé. Estaba viva cuando yo..., ya sabe, cuando vine a buscarlos. Ahora puede estar muerta. Le dio de lleno. ¡Jesús! ¿Por qué teníamos que cargar con un maldito psicópata? ¿No estaban ya bastante mal las cosas sin eso?

—Y ninguno de ustedes, que se suponía que tenían que vigilar al tipo, tiene la menor idea de a dónde fue después, ¿no es cierto?

Bethany se tapó la cara con las manos y empezó a sollozar. Era toda la respuesta que necesitaban,

—No sea tan duro con ella —dijo Albert, y rodeó la cintura de Bethany con su brazo. Ella apoyó la cabeza en su hombro y empezó a llorar con más fuerza.

Nick los apartó suavemente.

—Si quisiera ser duro con alguien, lo sería conmigo, As. Debí quedarme. Regreso a la terminal —dijo, volviéndose hacia Brian—. Usted no. Seguramente, el señor Jenkins tiene razón:

tenemos poco tiempo. No quiero ni pensar cuánto. Encienda los motores, pero no mueva el avión todavía. Si la niña vive, necesitaremos las escalerillas para subirla. Bob, vaya al pie de la escalera. Manténgase alerta por si aparece ese cabrón de Toomy. Albert, tú vienes conmigo.

—Y entonces agregó algo que espantó a todos—: Que Dios me perdone, pero en el fondo espero que haya muerto. Ahorraríamos tiempo.

Dinah no había muerto, ni siquiera estaba inconsciente. Laurel le había quitado las gafas para limpiar el sudor que cubría su cara, y los ojos de Dinah, muy grandes y castaños, miraron sin ver los ojos azul verdosos de Laurel. Detrás de ella, Don y Rudy miraban ansiosamente el suelo.

—Lo siento —dijo Rudy por quinta vez—. De verdad, pensé que estaba dormido, que se había desmayado.

Laurel lo ignoró.

—¿Cómo te encuentras, Dinah? —preguntó suavemente. No quería mirar el mango de madera que sobresalía del vestido de la niña, pero no podía apartar los ojos de él. Había muy poca sangre, al menos por el momento; sólo un círculo del tamaño de una taza pequeña en torno al lugar donde había entrado la hoja.

Por el momento.

—Duele —dijo Dinah con voz débil—. Es difícil respirar. Y está caliente.

—Te pondrás bien —dijo Laurel, pero sus ojos eran arrastrados sin cesar hacia el mango del cuchillo. La niña era muy pequeña, y no conseguía comprender cómo la hoja no la había atravesado. No podía comprender cómo no había muerto ya.

—... fuera de aquí —dijo Dinah. Hizo una mueca, y un grueso y lento hilo de sangre brotó de la comisura de su boca y corrió por su mejilla.

—No trates de hablar, cariño —dijo Laurel, y apartó de la frente de Dinah los húmedos bucles de pelo.

—Tienen que salir de aquí —insistió Dinah. Su voz era poco más que un susurro—. Y no deben culpar al señor Toomy. Está..., está asustado, eso es todo. Tiene miedo de ellos.

Don miró furiosamente a su alrededor.

—Si encuentro a ese bastardo, yo lo asustaré —dijo apretando los puños. En la oscuridad creciente, un sello brilló en uno de sus dedos—. Le haré desear haber nacido en una cueva de ratones.

En ese momento, Nick entró al restaurante, seguido de Albert. Empujó a Rudy Warwick sin una palabra de disculpa y se arrodilló junto a Dinah.

Su mirada brillante se fijó un instante en el mango del cuchillo y después pasó a la cara de la niña.

—Hola, cariño —dijo alegremente, pero sus ojos se habían oscurecido—. Veo que te han acomodado. No te preocupes. Estarás bien en un tris.

Dinah sonrió un poco.

—¿Qué es un tris? —susurró. Al hablar le salió más sangre de la boca y Laurel vio que le manchaba los dientes. El estómago le dio un lento vuelco.

—No lo sé, pero estoy seguro de que es algo agradable —contestó Nick—. Voy a volver tu cabeza a un lado. Quédate tan quieta como puedas.

-Vale.

Nick le movió la cabeza muy suavemente, hasta que su mejilla tocó la moqueta.

—¿Duele?

—Sí —murmuró Dinah—. Está caliente. Duele... respirar.

Su voz susurrante había adquirido un timbre quebrado, ronco. Un delgado hilo de sangre brotó de su boca y empezó a acumularse sobre la alfombra, a menos de tres metros de donde se secaba la sangre de Craig Toomy. Se oyó el gemido de alta presión de los motores del avión. Don, Rudy y Albert se volvieron en su dirección. Nick no apartó la mirada de la niña. Habló suavemente.

—¿Tienes ganas de toser, Dinah?

—Sí..., no..., no lo sé.

—Es mejor que no lo hagas —dijo—. Si sientes ese picor, trata de ignorarlo. Y no vuelvas a hablar, ¿vale?

—No... No lastime... al señor Toomy.

Sus palabras, aunque susurradas, transmitían un sentimiento de urgencia.

—No, cariño, ni se me ocurriría. Créeme.

—No... confío... en usted...

Él se agachó, la besó en la mejilla y le susurró al oído:

—Pero puedes confiar en mí. Por ahora, lo único que tienes que hacer es quedarte quieta y dejar que nosotros nos hagamos cargo de todo. —Y miró a Laurel—. No habrá intentado sacar el cuchillo, ¿verdad?

—Yo... no. —Laurel tragó saliva. Tenía un bulto caliente y áspero en la garganta. Tragar no le sirvió de nada—. ¿Tendría que haberlo hecho?

—Si lo hubiera hecho, no habría demasiadas posibilidades. ¿Tiene experiencia como enfermera?

-No.

—Muy bien, voy a decirle lo que debe hacer, pero primero necesito saber si la vista de sangre, de bastante sangre, va a hacer que se desmaye. Y necesito la verdad.

—No he visto mucha sangre desde que mi hermana chocó contra una puerta y le saltaron dos dientes mientras jugábamos al escondite —dijo Laurel—. Pero entonces no me desmayé.

—Bien, y tampoco va a desmayarse ahora. Señor Warwick, tráigame media docena de manteles de aquel bar que hay allí. —Sonriendo, se dirigió a la niña—: Dame uno o dos minutos, Dinah, y creo que te sentirás mucho mejor. El joven doctor Hopewell es muy amable con las damas, sobre todo con las que son jóvenes y bonitas.

Laurel sintió un súbito y absurdo deseo de estirar la mano y tocar el pelo de Nick.

«Pero ¿qué te pasa? ¡Probablemente esta niña esté muñéndose y tú te preguntas cómo será el pelo de este tipo! ¡Déjalo! ¿Hasta qué punto puedes ser estúpida?

»Bueno, veamos... Lo bastante, estúpida como para haber atravesado el país con objeto de conocer a un hombre con quien trabaste amistad a través de las columnas personales de una de esas revistas de la "amistad". Lo bastante como para haber planeado acostarte con él si resultaba ser presentable, y no le olía mal el aliento, claro.

»¡Oh! Déjalo, Laurel. ¡Basta!

»Sí —aceptó otra voz en su cabeza—. Tienes toda la *razón*, es una locura estar pensando cosas como éstas en un momento así, y voy a dejarlo, pero me pregunto cómo será el joven doctor Hopewell en la cama. Me pregunto si será tierno o...»

Laurel se estremeció, preguntándose si sería así como solía empezar el derrumbamiento nervioso.

—Están cerca —dijo Dinah—. Realmente... —un acceso de tos la interrumpió, y entre sus labios apareció una gran burbuja de sangre, que estalló, manchando sus mejillas. Don Gaffney murmuró algo y se apartó. La niña acabó la frase—: tienen que apresurarse.

La alegre sonrisa de Nick no se alteró.

—Lo sé —dijo.

Craig atravesó corriendo la terminal, se apoyó en la barandilla de la escalera mecánica y bajó deprisa los helados escalones de metal, con el pánico rugiendo y latiendo en su cabeza como el océano en medio de una tormenta; ahogaba incluso aquel otro ruido, el incansable ruido chisporroteante y masticador de los lagolieros. Nadie lo vio irse. Corrió por el vestíbulo inferior hacia las puertas de salida y chocó contra ellas. Lo había olvidado todo, incluso el hecho de que las células fotoeléctricas de las puertas no funcionaban.

Rebotó, sin aire, y cayó al suelo, jadeando como un pez atrapado en la red. Se quedó allí un momento, intentando recurrir a lo que le quedaba de pensamiento, y se descubrió contemplando su mano derecha. Era sólo una burbuja blanca en la creciente oscuridad, pero veía las manchas negras y sabía lo que eran: sangre de la niña.

«Sólo que en realidad no era una niña. Parecía una niña, pero era el lagoliero jefe, y si ella desaparecía, los otros no podrían..., no podrían...»

¿Qué?

¿Encontrarlo?

Sin embargo, todavía oía el devorador sonido de su avance; ese enloquecedor sonido de mandíbulas, como si en algún punto al este estuviera avanzando una tribu de inmensos insectos hambrientos.

La cabeza le daba vueltas. ¡Oh, estaba tan confundido!

Craig vio una puerta más pequeña que conducía al exterior, se levantó y se dirigió hacia allí.

Pero se detuvo. Allí fuera había un camino, y sin duda el camino conducía a la ciudad de Bangor. ¿Y qué? Bangor no le interesaba; decididamente, Bangor no formaba parte de aquel fabuloso panorama. Era a Boston adonde tenía que ir. Si podía llegar allí, todo iría bien. ¿Y qué significaba eso? Su padre lo hubiera sabido. Significaba que tenía que dejar de huir y seguir con el *programa*.

Su cerebro se aferró a esa idea como la víctima de un naufragio se aferra a un trozo de madera, a cualquier cosa que flote; aunque no sea más que la puerta de la letrina, es un tesoro que hay que guardar. Si pudiera llegar a Boston, toda esta experiencia sería... sería...

—Dejada de lado —murmuró.

Ante aquellas palabras, un brillante rayo de luz racional pareció atravesar la oscuridad interior de su cabeza, y una voz (podría haber sido la de su padre) exclamó: «¡Sí!»

Pero ¿cómo iba a hacer eso? Boston estaba demasiado lejos como para ir andando, y los otros no lo dejarían regresar a bordo del único avión que todavía funcionaba. No después de lo que le había hecho a su mascota ciega.

—Pero ellos no saben —susurró Craig—, no saben que les hice un favor, porque no saben lo que es ella. —Y asintió sabiamente. Sus ojos, enormes y húmedos en la oscuridad, lanzaban destellos.

«Escóndete —le susurró la voz de su padre—. Escóndete en el avión.»

«¡Sí! —agregó la voz de su madre—. ¡Escóndete! ¡Ésa es la contraseña, Craiggy-weggy! Y si lo haces, ni siquiera la necesitarás, ¿no?»

Craig miró vacilante hacia la cinta transportadora de equipajes. Podía usarla para llegar a las pistas, pero ¿qué pasaría si habían dejado a alguien de guardia en el avión? Al piloto ni se le ocurría —una vez fuera de su cabina, el tipo era obviamente imbécil—, pero al inglés seguramente sí.

Entonces, ¿qué tenía que hacer?

Si la salida de la terminal hacia Bangor no servía, y el lado de las pistas de rodaje tampoco, ¿qué se suponía que tenía que hacer?, ¿adonde debía ir?

Craig miró nervioso la escalera mecánica. Pronto empezarían a perseguirlo. Seguramente, el inglés conduciría la jauría, y allí estaba él, en medio del suelo, tan desprotegido como una bailarina de *streak-tease* que acaba de arrojar sus bragas a la audiencia.

«Tengo que esconderme, al menos por un rato.»

Había oído el ruido de los motores, pero eso no le preocupó; sabía un poco de aviones y comprendía que Engle no podía ir a ninguna parte mientras no hubiera cargado combustible. Y esa operación llevaría tiempo. No tenía que preocuparse por que se fueran sin él.

No por ahora, al menos.

«Escóndete, Craiggy-weggy. Eso es lo que tienes que hacer ahora. Tienes que esconderte antes de que empiecen a buscarte.»

Se volvió lentamente en busca del mejor lugar, bizqueando en la creciente oscuridad. Y esta vez vio una placa, en una puerta situada entre el mostrador de Avis y el de la agencia de viajes Bangor: «Servicios del Aeropuerto.»

Una placa que podía significar casi cualquier cosa.

Craig se dirigió deprisa hacia la puerta, lanzando nerviosas miradas por encima del hombro, e intentó abrirla. Al igual que sucediera con la puerta de la Seguridad del Aeropuerto, el picaporte no giraba, pero se abrió al empujar. Craig lanzó una última mirada por encima del hombro, no vio a nadie y cerró la puerta tras de sí.

Una oscuridad absoluta, completa, se lo tragó. Aquí dentro era tan ciego como la niña a la que había apuñalado. A Craig no le importaba. No tenía miedo a la oscuridad; en realidad, más bien le gustaba. A menos que estuvieras con una mujer, nadie esperaba que hicieses nada significativo en la oscuridad. En la oscuridad, el rendimiento dejaba de ser un factor.

Y lo que era aún mejor, el sonido masticatorio de los lagolieros quedaba amortiguado.

Craig avanzó lentamente con las manos estiradas y arrastrando los pies. Después de dar tres pasos, su muslo entró en contacto con un objeto duro que parecía el borde de un escritorio. Se echó hacia delante y se inclinó. Sí, era un escritorio. Dejó que sus manos lo recorrieran un momento, extrayendo consuelo de los elementos familiares a la América de cuello blanco: un bloc de papel, un dietario, el borde de un papel secante, una caja de clips y un juego de pluma y lápiz. Rodeó el escritorio y su cadera chocó con el brazo de un sillón. Craig se colocó entre la silla y el escritorio, y se sentó. Estar detrás de un escritorio lo hacía sentirse aún mejor. Lo hacía sentirse él mismo: tranquilo, bajo control. Buscó el cajón superior y lo abrió. Buscó dentro un arma, algo afilado. Casi inmediatamente, su mano tocó un abrecartas.

Lo cogió, cerró el cajón y colocó el utensilio junto a su mano derecha, sobre el escritorio.

Se quedó allí sentado un momento, escuchando las sacudidas de su ritmo cardíaco y el sonido apagado de los motores del *jet*. Después, volvió a tantear con delicadeza la superficie del escritorio hasta que encontró el montón de papeles. Cogió la hoja de encima y la atrajo hacia sí, pero no vio ni siquiera un resplandor blanco, pese a colocarla frente a sus ojos.

«Está bien, muy bien, Craiggy-weggy. Quédate aquí en la oscuridad. Siéntate y espera el instante de moverte. Cuando llegue el momento...»

«Yo te avisaré», concluyó ominosamente su padre.

—De acuerdo —dijo Craig. Sus dedos se deslizaron sobre la hoja invisible, buscando el rincón superior derecho. Lo rasgó suavemente en un movimiento descendente.

Rasss.

La calma lo invadió como si fuera agua fresca y azul. Dejó caer la tira invisible sobre el escritorio invisible y llevó otra vez los dedos hacia el extremo superior de la hoja. Todo iba a salir bien. Perfectamente bien. Empezó a tararear con un susurro átono.

—Lláname ángel... de la mañana, nena...

Rasss.

—Toca mi mejilla antes de irte... nena...

Tranquilo ya, en paz, Craig se quedó allí sentado y esperó a que su padre le dijera lo que tenía que hacer a continuación, como había hecho tantas veces cuando era niño.

—Albert, escucha con atención —dijo Nick—. Tenemos que llevarla al avión, pero necesitamos una litera. A bordo no debe de haber ninguna, pero aquí sí. ¿Dónde?

—¡Ostras, señor Hopewell! El capitán Engle lo sabría...

—Pero el capitán Engle no está aquí —dijo pacientemente Nick—. Tendremos que arreglárnosla solos.

Albert frunció el ceño y recordó el cartel que había visto en el nivel inferior.

—¿Servicios del Aeropuerto? —preguntó—. ¿Le parece posible?

—Claro que sí —dijo Nick—. ¿Dónde lo viste?

—En el piso inferior. Cerca de los mostradores de alquiler de coches.

—Vale —dijo Nick—. Lo haremos así. Te nombro a ti y al señor Gaffney exploradores. Señor Gaffney, sugiero que busque en la repisa que hay detrás del mostrador. Supongo que encontrará algunos cuchillos afilados. Estoy seguro de que allí es donde encontró el suyo nuestro desagradable compañero. Coja uno para usted y otro para Albert.

Sin decir palabra, Don pasó al otro lado de la barra. Rudy Warwick regresó del bar El Barón Rojo cargado de manteles a cuadros rojos y blancos.

—Lamento muchísimo... —comenzó de nuevo, pero Nick lo interrumpió.

El inglés seguía mirando a Albert, y su cara era sólo un círculo blanco encima de las sombras más intensas del pequeño cuerpo de Dinah. La oscuridad era casi total.

—No creo que encuentres al señor Toomy. Supongo que salió de aquí sin armas, llevado por el pánico. Imagino que a estas alturas ha encontrado un escondite o ha abandonado la terminal. Si lo ves, te recomiendo enérgicamente que no te metas con él a menos que te obligue. —Y, volviendo la cabeza para mirar a Don, que regresaba con un par de cuchillos de carnicero, continuó—: No pierdan de vista las prioridades. Su misión no es volver a capturar al señor Toomy y traerlo ante el tribunal. Su trabajo es conseguir una camilla y traerla lo más rápido que puedan. Tenemos que salir de aquí.

Don ofreció a Albert uno de los cuchillos, pero Albert meneó la cabeza y miró a Rudy Warwick.

—¿Podría darme uno de esos manteles?

Don lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Un mantel? ¿Para qué diablos lo quiere?

—Se lo mostraré.

Albert estaba arrodillado junto a Dinah. Se puso de pie y pasó detrás de la barra. Miró a su alrededor, sin saber exactamente qué buscaba, pero seguro de que lo sabría en cuanto lo viera. Y lo supo. En un rincón de la barra había una vieja tostadora. La cogió, la desenchufó de la red y enrolló el cable mientras regresaba donde estaban los demás. Cogió uno de los manteles, lo desplegó y colocó la tostadora en una punta. Después lo retorció dos veces, envolviendo la tostadora como un regalo de navidad. Hizo unos nudos en cada una de las puntas para formar un bolsillo. Cuando cogió el extremo suelto del mantel y él se levantó, la tostadora se había convertido en una piedra colocada en un tirador improvisado.

—Cuando era niño, solíamos jugar a Indiana Jones —dijo Albert en tono de disculpa—. Yo hacía algo parecido a esto y fingía que era mi látigo. Una vez casi le rompo el brazo a mi hermano David. Metí la plomada de una persiana en una manta que encontré en el garaje. Era una barbaridad, pero yo no tenía ni idea de lo duro que se podía pegar con eso. Se convirtió en un arma terrible. Supongo que parece estúpido, pero funciona bien. Al menos, siempre funcionó.

Nick miró dudoso el arma improvisada de Albert, pero no dijo nada. Si una tostadora envuelta en un mantel daba confianza a Albert para desplazarse en la oscuridad, no sería él quien pusiera pegas.

—Vale, está bien. Ahora encuentren una camilla y tráiganla. Si no hay en la oficina de Servicios, prueben en otra parte. Si dentro de quince minutos no han encontrado nada..., no, mejor diez..., regresen y la llevaremos nosotros.

—¡No puede hacer eso! —dijo suavemente Laurel—. Si hay hemorragia interna...

Nick la miró.

—Ya hay hemorragia interna. Y diez minutos son todo el tiempo de que disponemos.

Laurel abrió la boca para contestar, para discutir, pero la interrumpió el áspero susurro de Dinah:

—Tiene razón.

Don metió la hoja del cuchillo en su cinturón.

—Vamos, hijo —dijo—. Hay lugares adonde ir y cosas que hay que hacer.

Atravesaron juntos la terminal y empezaron a bajar a la primera planta. Albert enrolló el extremo del mantel en torno a su mano.

Nick volcó su atención en la niña.

—¿Cómo te encuentras, pequeña?

—Duele mucho —respondió débilmente Dinah.

—Sí, claro que sí —dijo Nick—. Y me temo que lo que voy a hacer te va a doler mucho más, al menos durante unos segundos. Pero el cuchillo está en tus pulmones y tiene que salir. Lo sabes, ¿no?

—Sí —contestó, y lo miró con sus oscuros ojos ciegos—. Estoy asustada.

—Yo también, Dinah. Yo también. Pero hay que hacerlo. ¿Estás dispuesta?

—Sí.

—Buena chica. —Nick se inclinó y le dio un suave beso en la mejilla—. Eres una chica buena y valiente. No llevará mucho tiempo, te lo prometo. Dinah, quiero que te quedes lo más quieta que puedas y que procures no toser. ¿Me comprendes? Es muy importante. Procura no toser.

—Lo intentaré.

—Habrá unos instantes en los que sentirás que no puedes respirar. Tal vez notes que te desinflas, como si fueras un neumático. Es una sensación terrible, cariño, y tal vez quieras moverte o gritar. No debes hacerlo. Y sobre todo no debes toser.

Dinah dijo algo que nadie entendió.

Nick tragó saliva, se secó el sudor de la frente con un gesto rápido y se volvió hacia Laurel.

—Doble dos de esos manteles como si fueran compresas cuadradas. Lo más gruesos que pueda. Arrodiílese a mi lado. Lo más cerca posible. Warwick, saquese el cinturón.

Rudy empezó a obedecer de inmediato.

Nick miró a Laurel, y una vez más ella quedó sorprendida —y esta vez agradablemente— por la fuerza de su mirada.

—Voy a coger el mango del cuchillo y a sacarlo. Si no está atascado en una de las costillas, y no lo creo por la posición en que está, la hoja tiene que salir con un solo tirón lento y continuado. En cuanto salga, me apartaré y le dejaré acceso a la zona del pecho. Coloque uno de los apósitos sobre la herida y apriete. Apriete fuerte. No tiene que preocuparse por lastimarla o por apretar tanto que no le permita respirar. Tiene por lo menos una perforación en el pulmón y apuesto a que hay dos. Eso es lo que debe preocuparnos. ¿Me entiende?

—Sí.

—Cuando haya colocado el apósito, la levantaré en sentido opuesto al de la presión que esté ejerciendo usted. El señor Warwick colocará el otro apósito por debajo de ella si vemos sangre en la espalda del vestido. Después sujetaremos las compresas con el cinturón del señor Warwick. Cuando se lo pida —dijo, mirando a Rudy—, démelo, amigo. No me haga pedirlo dos veces.

—Tranquilo.

—¿Ve lo bastante para hacerlo, Nick? —preguntó Laurel.

—Creo que sí —contestó Nick—. Espero que sí. —Y volvió a mirar a Dinah—. ¿Lista?

Dinah murmuró algo.

—Vale —dijo Nick. Respiró a fondo y soltó el aire—. ¡Que Dios me ayude!

Rodeó el mango del cuchillo con sus delgadas manos de largos dedos, como un hombre cogiendo un bate de béisbol. Tiró. Dinah chilló. De su boca salió una gran bocanada de sangre. Laurel estaba echada hacia delante, tensa, y de pronto su cara quedó cubierta por la sangre de Dinah. Retrocedió.

—¡No! —le espetó Nick sin levantar la mirada—. ¡No se atreva a fallarme! ¡No se atreva!

Laurel volvió a echarse hacia delante, presa de arcadas y estremecimientos. La hoja, un triángulo plateado en la tiniebla profunda, salió del pecho de Dinah y centelleó en el aire. El pecho de la niña se levantó, y se oyó un agudo y escalofriante silbido cuando la herida volvió hacia dentro.

—¡Ahora! —gruñó Nick—. ¡Apriete! ¡Lo más fuerte que pueda!

Laurel se echó hacia delante. Durante un segundo vio salir la sangre del agujero del pecho y después cubrió la herida. El apósito se puso caliente y húmedo casi de inmediato.

—¡Más fuerte! —rugió Nick—. ¡Apriete más fuerte! ¡Sélela! ¡Selle la herida!

Laurel comprendió lo que quería decir la gente cuando hablaba de estar totalmente desarticulada, porque se sentía al borde de ello.

—¡No puedo! ¡Le romperé las costillas si...!

—¡A la mierda las costillas! ¡Tiene que hacer un sello!

Laurel se balanceó y apoyó todo su peso sobre las manos. Sentía un líquido que fluía lentamente entre sus dedos, aunque el aposito era muy grueso.

El inglés tiró a un lado el cuchillo y se echó hacia delante, casi tocando la cara de Dinah con la suya. La niña tenía los ojos cerrados. Levantó uno de los párpados.

—Creo que por fin se ha desmayado —dijo—. No lo sé seguro, porque sus ojos son muy extraños, pero espero que sea así. —Y sacudió la cabeza para apartar el pelo que había caído sobre su frente. Miró a Laurel—, Lo está haciendo bien. Siga, ¿quiere? Ahora voy a darle la vuelta. Mantenga la presión.

—¡Hay tanta sangre! —gimió Laurel—. ¿Se ahogará?

—No lo sé. Mantenga la presión. ¿Listo, señor Warwick?

—¡Dios, espero que sí! —graznó Rudy Warwick.

—Vale, allá vamos. —Nick deslizó las manos bajo el omóplato derecho de Dinah e hizo una mueca—. Es peor de lo que pensé —murmuró—. Mucho peor. Está empapada.

Empezó a levantar lentamente a Dinah, oponiéndose a la presión que hacía Laurel.

Dinah emitió un gemido espeso, quebrado. De su boca salió una bocanada de sangre medio coagulada que se dispersó en el suelo, y de pronto, Laurel oyó que un río de sangre caía sobre la moqueta, debajo de la niña.

Súbitamente, el mundo empezó a temblar y a alejarse.

—¡Mantenga la presión! —gritó Nick—. ¡No afloje!

Pero ella estaba desvaneciéndose.

Lo que provocó su acto siguiente fue la intuición de lo que pensaría Nick Hopewell de ella si se desmayaba. Sacó la lengua, como un niño haciendo muecas, y se la mordió lo más fuerte que pudo. El dolor era brillante y exquisito, y su boca se llenó enseguida con el sabor salado de su propia sangre, pero superó aquella sensación de que el mundo se alejaba de ella como si fuera un enorme pez holgazán en un acuario. Estaba allí otra vez.

Se oyó un grito de dolor y sorpresa que venía de abajo. A continuación, otro grito ronco.

Inmediatamente después, un aullido alto y penetrante.

Rudy y Laurel se volvieron en aquella dirección.

—¡El chico! —exclamó Rudy—. ¡Él y Gaffney! Han...

—Han encontrado al señor Toomy —dijo Nick. Su cara era una máscara de tensión. Los tendones de su cuello destacaban como cuerdas de acero—. Esperemos que... —De abajo llegó un golpe sordo seguido de un horrible aullido de agonía. Después, una serie de golpes amortiguados—. Esperemos que estén controlando la situación. Ahora no podemos hacer nada. Si nos detenemos, esta niña morirá con toda seguridad.

—¡Pero parecía el chico!

—No lo podemos evitar, ¿no cree? Pase el aposito por debajo Warwick. Hágalo ya o le doy una patada en el culo.

Don bajó las escaleras en cabeza y se detuvo un instante abajo, revolviendo en sus bolsillos. Sacó un objeto cuadrado que resplandecía levemente en la oscuridad.

—Mi Zippo —dijo—. ¿Crees que seguirá funcionando?

—No lo sé —contestó Albert—. Tal vez durante un rato. Será mejor que no lo pruebe hasta que no sea necesario. Espero que funcione. Sin eso no podremos hacer nada.

—¿Dónde están las oficinas de servicios?

Albert señaló la puerta que unos minutos antes había atravesado Craig Toomy.

-Allí.

—¿Crees que estará abierta?

—Bueno —dijo Albert—, sólo hay una manera de saberlo.

Atravesaron la terminal, con Don siempre en cabeza, llevando el encendedor en la mano derecha.

Craig los oyó llegar. Sin duda, más sirvientes de los lagolieros. Pero no le preocupaba. Se había hecho cargo de la cosa disfrazada de niña y haría lo mismo con éstos. Apretó el abrecartas, se puso en pie y rodeó el escritorio.

—¿Crees que estará abierta?

—Bueno, sólo hay una manera de saberlo.

«Bueno, algo van a encontrar, de todos modos», pensó Craig. Tocó la pared junto a la puerta. Estaba cubierta de estantes llenos de papel. Se estiró y tocó los goznes. Estupendo. Al abrirse, la puerta lo ocultaría, aunque no era probable que lo vieran, claro. Aquello estaba más oscuro que el culo de un elefante. Levantó el abrecartas a la altura del hombro.

—El picaporte no se mueve.

Craig se relajó, pero sólo un momento.

—Inténtelo empujando.

Ése era otra vez el chico listo.

La puerta empezó a abrirse.

Don entró, parpadeando en las tinieblas. Empujó con el pulgar la tapa del encendedor, la levantó y le dio a la ruedecilla. Se vio una chispa, y la mecha se encendió enseguida, produciendo una llama baja. Vieron lo que parecía una mezcla de oficina y almacén. En un rincón había unas maletas, y en otro una máquina Xerox. La pared más alejada estaba cubierta de estantes, llenos de lo que parecían formularios de distintas clases.

Don penetró más en la oficina, levantando el encendedor como un espeleólogo enarbolando una goteante lámpara de petróleo en el interior de una cueva. Señaló la pared de la derecha.

—¡Eh, chico! ¡As! ¡Mira!

Había un póster en la pared que mostraba un tipo borracho con traje de ejecutivo, saliendo de un bar y mirando el reloj. «El trabajo es la maldición de la clase bebedora», rezaba el póster. Junto a él había colgada una caja de plástico blanca con una gran cruz roja; y abajo, apoyada en la pared, una camilla plegada de las que tienen ruedas.

Sin embargo, Albert no miraba el póster, ni el botiquín de primeros auxilios, ni siquiera la camilla. Sus ojos estaban clavados en el escritorio que había en el centro del cuarto.

Sobre el escritorio vio un montón de tiras de papel.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡Cuidado, está aquí...!

Craig Toomy salió de detrás de la puerta y descargó el golpe.

—Cinturón —dijo Nick.

Rudy no se movió ni contestó. Tenía la cabeza vuelta hacia la puerta del restaurante. Los ruidos de abajo habían cesado. Sólo se oía el sonido de dientes y el ronroneo regular, tembloroso, de los motores en la oscuridad exterior.

Nick dio una patada hacia atrás, como una muía, golpeando la espinilla de Rudy.

—¡Ay!

—¡Cinturón! ¡Ahora!

Rudy se dejó caer torpemente de rodillas y se acercó a Nick, que tenía a Dinah levantada con una mano mientras con la otra apretaba un segundo aposito contra su espalda.

—Páselo por debajo del aposito —dijo Nick. Jadeaba, y el sudor le corría abundante por la cara—. ¡Rápido! ¡No puedo seguir sosteniéndola eternamente!

Rudy pasó el cinturón por debajo del aposito. Nick bajó a Dinah, pasó la mano al otro lado del pequeño cuerpo y levantó su hombro izquierdo para sacar el cinturón por el otro lado. Después, lo ató sobre su pecho y apretó. Puso el extremo suelto del cinturón en la mano de Laurel.

—Mantenga la presión —dijo, poniéndose de pie—. No se puede usar la hebilla, es demasiado pequeña.

—¿Va a bajar? —preguntó Laurel.

—Sí, parece lo indicado.

—Tenga cuidado. Tenga cuidado, por favor.

Él le sonrió, y todos aquellos dientes blancos brillando de pronto en las tinieblas resultaban sorprendentes, pero no atemorizadores. Más bien todo lo contrario.

—Naturalmente. Así sobrevivo —dijo, inclinándose y apretándole un hombro. Su mano era cálida, y al tocar a la muchacha, ella sintió que un leve estremecimiento le recorría todo el cuerpo—. Lo hizo muy bien, Laurel. Gracias.

Empezó a volverse, pero en ese momento una pequeña mano se levantó y agarró la pernera de sus téjanos. Miró hacia abajo y vio que los ojos ciegos de Dinah estaban abiertos otra vez.

—No... —empezó a decir, pero de pronto la sacudió un estornudo sofocado. De su nariz salieron diminutas gotas de sangre.

—Dinah, no debes...

—No... lo mate —dijo la niña, y hasta en la oscuridad Laurel percibió el colosal esfuerzo que estaba haciendo para hablar.

Nick la miró pensativo.

—El cabrón te apuñaló, ¿sabes? ¿Por qué insistes tanto en mantenerlo entero?

El pequeño pecho luchó contra el cinturón. El aposito lleno de sangre se levantó. Luchó y se las arregló para decir una cosa más. Todos la oyeron; Dinah se esforzó enormemente en hablar con claridad.

—Lo único... que sé... es que lo necesitamos —susurró, y sus ojos volvieron a cerrarse.

Craig hundió profundamente el abrecartas en la nuca de Don Gaffney. Don chilló y dejó caer el encendedor, que aterrizó en el suelo y se quedó allí, con una llama vacilante. Cuando vio que Craig se abalanzaba sobre Don, Albert se volvió sorprendido. Ahora, Don se tambaleaba en dirección al escritorio y movía débilmente las manos, buscando el objeto que sobresalía de su nuca.

Craig cogió el abrecartas con una mano y apoyó la otra contra la espalda de Don. Mientras tiraba y empujaba simultáneamente, Albert escuchó el ruido que hace un hombre hambriento al sacar un muslo de pavo bien asado. Don volvió a gritar, esta vez más fuerte, y cayó sobre el escritorio con los brazos estirados; una bandeja y el montón de formularios para equipajes perdidos que Craig había estado rasgando cayeron al suelo.

Craig se volvió hacia Albert, dispersando una lluvia de gotas de sangre que había en la hoja del abrecartas.

—Tú también eres uno de ellos —susurró—. Bueno, a la mierda. Voy a Boston y no puedes detenerme. Nadie puede detenerme.

En ese momento, el encendedor se apagó y quedaron en la oscuridad. Albert dio un paso atrás y sintió ante su cara una cálida ráfaga de aire cuando Craig atacó con el abrecartas el lugar que él ocupaba un segundo antes. Tanteó detrás de él, temeroso de meterse en un rincón donde Craig pudiera usar su cuchillo (a la débil luz del Zippo, le había parecido un cuchillo) para atacarlo, y donde su arma resultaría inútil además de estúpida. Sus dedos encontraron el vacío y retrocedió, atravesando la puerta en dirección al vestíbulo. No se sentía nada sereno; no se sentía como el judío más rápido de ninguna orilla del Mississippi; no se sentía más rápido que los relámpagos azules. Se sentía como un chico asustado que había elegido estúpidamente un arma de juguete en lugar de un arma real, porque era incapaz de creer —de creer realmente— que las cosas llegarían a ese punto, pese a lo que el lunático le había hecho a la niña. Percibía su olor. Hasta en ese aire muerto percibía su olor. Era el rancio olor del miedo.

Craig se deslizó por la puerta con el abrecartas en la mano levantada. Se movía en la oscuridad como una sombra danzante.

—Te veo, hijito —susurró—. Te veo como si fuera un gato.

Empezó a avanzar. Albert retrocedió y al mismo tiempo empezó a balancear la tostadora atrás y adelante, advirtiéndole que sólo tendría una oportunidad antes de que Toomy se le echara encima y le clavara la hoja en la garganta o el pecho.

«Y si la tostadora se sale del maldito bolsillo antes de golpearlo, estoy frito.»

Craig se acercó, balanceando la parte superior de su cuerpo como una víbora saliendo de una cesta. Una sonrisilla ausente levantaba las comisuras de su boca, formando sendos hoyuelos.

«Muy bien —dijo ominosamente su padre, desde su eterna fortaleza en el interior de la cabeza de Craig—. Si tienes que matarlos de uno en uno, hazlo. EER, Craig, ¿recuerdas? EER. El Esfuerzo es Rentable.»

«Está bien, Craiggy-weggy —canturreó su madre—. Puedes y debes hacerlo.»

—Lo siento —murmuró Craig a través de su sonrisa al chico pálido—. Lo siento muchísimo pero tengo que hacerlo. Si pudieras ver las cosas desde mi punto de vista, lo comprenderías.

Albert lanzó una rápida mirada a sus espaldas y vio que retrocedía hacia el mostrador de la United Airlines. Si retrocedía mucho más, el movimiento de su arma se vería interrumpido. Tenía que actuar con rapidez. Empezó a balancear más velozmente la tostadora, sujetando el mantel con su mano sudorosa.

Craig percibió el movimiento en la oscuridad, pero no lograba ver qué era lo que balanceaba el muchacho. No importaba. No podía permitir que importara. Reunió sus fuerzas y dio un salto adelante.

—¡Voy a Boston! —chilló—. ¡Voy a Bo...!

Los ojos de Albert iban adaptándose a la oscuridad y vieron el movimiento de Craig. La tostadora estaba en la parte posterior de su parábola. En lugar de doblar la muñeca para echarla hacia delante, se dejó llevar por su peso y levantó el brazo en un exagerado gesto de lanzamiento. Al mismo tiempo, dio un paso a la izquierda. Al estar el peso en el extremo del mantel, el objeto describió un círculo breve en el aire, firmemente adherido al bolsillo por la fuerza centrípeta. Craig colaboró dando un paso adelante y poniéndose en el camino de descenso de la tostadora, que cayó sobre su frente y el puente de su nariz con un sonido duro y átono.

Craig lanzó un alarido de agonía y dejó caer el abrecartas. Se llevó las manos a la cara y retrocedió a trompicones. La sangre que brotaba de su nariz rota manaba entre sus dedos como el agua de una bomba rota. Albert estaba aterrorizado por lo que había hecho, pero todavía le aterrorizaba más abandonar, ahora que Toomy estaba herido.

Dio otro paso a la izquierda y balanceó el mantel hacia un costado, golpeando a Craig en el centro del pecho. El hombre cayó hacia atrás sin dejar de gritar.

Albert As Kaussner tenía una sola idea en la cabeza; lo demás era un vértigo vacilante y fragmentario de color, imagen y emoción.

«Tengo que lograr que deje de moverse, porque si no me matará. Tengo que lograr que deje de moverse, porque si no me matará. Tengo que...»

Por lo menos, Toomy había arrojado el arma, que centelleaba en la moqueta del vestíbulo.

Albert la pisó y volvió a descargar la tostadora. Al bajar ésta, dobló la cintura como un anticuado mayordomo saludando a un miembro de la familia real. El bulto envuelto en el mantel cayó sobre la boca abierta de Craig Toomy. Se escuchó un ruido como el de un vidrio roto dentro de un pañuelo.

«¡Dios! —pensó Albert—. Ésos fueron sus dientes.»

Craig se retorció en el suelo. Mirarlo era terrible, y quizá más terrible aún por la falta de luz. En su horrible vitalidad había algo monstruoso, invencible, de insecto.

Una de sus manos atrapó un mocasín de Albert. Lanzando un grito de asco, Albert apartó el pie del abrecartas y Craig trató de cogerlo. Su nariz, entre ambos ojos, era un bulto sanguinolento. Apenas podía ver a Albert; su visión estaba inmersa en una gran aureola de luz blanca. En su cabeza sonaba una nota alta e insistente, como la música de una carta de ajuste a todo volumen.

Ya no tenía posibilidad de hacer ningún daño, pero Albert no lo sabía. Aterrorizado, volvió a golpear la cabeza de Craig con la tostadora. Se escuchó un ruido metálico cuando las piezas del interior se soltaron.

Craig dejó de moverse.

Albert se quedó en pie, luchando por respirar, con el pesado mantel colgando de una mano. Después, dio dos largos pasos vacilantes en dirección a la escalera, se inclinó y vomitó en el suelo.

Cuando retiró la pantalla de plástico negro que cubría la terminal del vídeo del 767, Brian se persignó, casi convencido de que estaría vacía. La miró atentamente y dejó escapar un suspiro de alivio.

ÚLTIMO PROGRAMA COMPLETO

Informó la pantalla en frías letras verdes, y debajo:

NUEVO PROGRAMA0 S N

Brian oprimió S, y luego tecleó:

INVIERTE AP 29: LAX/LOGAN

La pantalla quedó un momento a oscuras. Después apareció el siguiente mensaje:

INCLUYO INVERSIÓN EN PROGRAMA AP 290
SN

Brian volvió a marcar la S.

COMPUTANDO INVERSIÓN

Le informó la pantalla, y menos de cinco segundos más tarde:

PROGRAMA CONCLUIDO

—¿Capitán Engle?

Se volvió. En la puerta de la cabina estaba Bethany. Tenía el rostro pálido y demacrado.

—En este momento estoy algo ocupado, Bethany.

—¿Por qué no han vuelto?

—No lo sé.

—Le pregunté a Bob..., al señor Jenkins, si veía algún movimiento en el interior de la terminal y dijo que no. ¿Qué pasa si están todos muertos?

—Estoy seguro de que no es así. Si te hace sentir mejor, ¿por qué no te reúnes con él al pie de la escalerilla? Todavía tengo trabajo aquí.

«Al menos eso espero», pensó.

—¿Está asustado? —preguntó ella.

—Sí, claro que sí.

La chica sonrió un poco.

—En cierta forma me alegro. Es muy feo tener miedo sola, te sientes enloquecer. Ahora lo dejaré solo.

—Gracias. Estoy seguro de que pronto saldrán.

La chica se fue. Brian se volvió hacia el monitor y escribió:

¿HAY PROBLEMAS CON ESTE PROGRAMA?

Oprimió un botón.

NINGÚN PROBLEMA.

GRACIAS POR VOLAR EN AMERICAN PRIDE.

—No tienes por qué darlas, desde luego —murmuró Brian, y se limpió la frente con la manga.

«Y ahora —pensó—, veamos si el combustible arde.»

Bob oyó pasos en la escalerilla y se volvió rápidamente. Era Bethany, que bajaba con lentitud y cautela, pero de todos modos estaba alterado. El ruido que venía del este aumentaba cada vez más. Cada vez estaba más cerca.

—Hola, Bethany. ¿Puedo pedirte otro cigarrillo?

La chica le tendió el paquete casi vacío y después cogió uno para ella. Había metido la carterita de cerillas experimentales de Albert en el envoltorio de celofán del paquete, y cuando probó una se encendió con facilidad.

—¿Hay señales de ellos?

—Bueno, supongo que eso depende de a qué llamas «señales» —dijo cautelosamente Bob—. Antes de bajar, me pareció oír unos gritos.

Lo que había oído eran alaridos, chillidos, para ser más precisos, pero no veía razón para decirle eso a la chica. Parecía tan asustada como el propio Bob, y se le había ocurrido que le había tomado simpatía a Albert.

—Espero que Dinah se ponga bien —dijo ella—, pero no lo sé. La herida es muy grave.

—¿Viste al capitán?

Bethany asintió.

—Casi me echó. Supongo que está programando sus instrumentos o algo así.

Bob Jenkins asintió escuetamente.

—Eso espero.

La conversación decayó. Ambos miraron hacia el este. Un ruido nuevo y todavía más abominable se había agregado al ruido de masticación: un alarido agudo, inanimado. Era un sonido extrañamente mecánico que hacía pensar a Bob en una transmisión automática con poca electricidad.

—Ahora está mucho más cerca, ¿no?

Bob asintió, reacio. Aspiró su cigarrillo y la brasa iluminó momentáneamente un par de ojos fatigados y aterrorizados.

—¿Qué cree que es, señor Jenkins?

Él meneó lentamente la cabeza.

—Querida niña, espero que nunca tengamos que averiguarlo.

Al llegar a la mitad de la escalera, Nick vio una figura inclinada ante la línea de teléfonos públicos inutilizables. Imposible saber si era Albert o Craig Toomy. El inglés metió la mano en su bolsillo derecho, apretándolo con la mano izquierda para evitar el tintineo de monedas, y eligió al tacto un par de monedas de cuarto de dólar. Apretó la mano derecha y deslizó las monedas entre los dedos, improvisando una especie de manopla. Después, continuó bajando hacia el vestíbulo.

Cuando Nick se aproximó, la figura que estaba junto a los teléfonos se incorporó. Era Albert.

—No pise el vómito —dijo con voz neutra.

Nick guardó las monedas en el bolsillo y se dirigió con rapidez hacia donde estaba el muchacho con las manos apoyadas en las rodillas, como un viejo que hubiera sobreestimado su capacidad para hacer ejercicio. Percibía el olor intenso y agrio del vómito. Eso y el sudor provocado por el miedo que despedía el chico eran olores a los que estaba acostumbrado. Los había oído en las Falkland y, más íntimamente, en el norte de Irlanda. Pasó el brazo izquierdo en torno a los hombros de Albert, que se enderezó despacio.

—¿Dónde están, As? —preguntó serenamente Nick—. ¿Dónde están Gaffney y Toomy?

—El señor Toomy está allí. —Y señaló una forma derrumbada en el suelo—. El señor Gaffney está en la oficina de Servicios del Aeropuerto. Creo que están los dos muertos. El señor Toomy estaba en la oficina, supongo que detrás de la puerta. Mató al señor Gaffney porque entró en primer lugar. Si yo hubiera entrado primero, me hubiera matado a mí. —Albert tragó saliva y continuó—: Entonces, maté al señor Toomy. Tenía que hacerlo. Me siguió, ¿comprende?

Encontró otro cuchillo en alguna parte y me siguió.

Hablaba en un tono que podía confundirse con indiferencia, pero Nick sabía que no era eso. Y tampoco era indiferencia lo que veía en la blanca bruma del rostro de Albert.

—¿Puedes controlarte, As? —preguntó Nick.

—No lo sé. Nunca maté a nadie antes y... —Albert emitió un sollozo estrangulado de espanto.

—Lo sé —dijo Nick—. Es una cosa horrible, pero se puede superar. Lo sé. Y debes superarlo, As. Tenemos que recorrer mucho camino antes de dormir y no hay tiempo para hacer terapia. El ruido es más intenso.

Dejó a Albert y se acercó a la forma que yacía en el suelo. Craig Toomy estaba echado de lado con un brazo alzado que le tapaba parcialmente la cara. Nick lo puso de espaldas y lanzó un débil silbido. Toomy seguía vivo —escuchaba el ruido áspero de su respiración—, pero esta vez Nick estaba dispuesto a apostar su cuenta bancaria a que no fingía. No era que su nariz estuviese fracturada, sino que parecía haberse evaporado. La boca era un agujero sanguinolento orlado por los temblorosos restos de los dientes. Y la hendidura profunda en el centro de la frente sugería que Albert había dado unos retoques creativos en el cráneo del tipo.

—¿Hizo todo esto con una tostadora? —musitó Nick—. ¡Jesús, María y José!

Se incorporó y levantó la voz.

—No está muerto, As.

Cuando Nick lo dejó, Albert había vuelto a inclinarse. Ahora se enderezó lentamente y dio un paso hacia él.

—¿No lo está?

—Escucha tú mismo. Está inconsciente, pero no fuera de combate.

«Aunque no por mucho tiempo; al menos, por el ruido creo que no.»

—Busquemos al señor Gaffney, tal vez él también tuvo suerte. ¿Y que hay de la camilla?

—¿Eh? —dijo Albert, como si Nick le hubiera hablado en una lengua extraña.

—La camilla —repitió pacientemente Nick mientras se dirigían hacia la oficina.

—La encontramos —dijo Albert.

—¿De veras? ¡Estupendo!

Albert se detuvo nada más cruzar la puerta.

—Espere un minuto —murmuró, y se agachó para buscar en el suelo el mechero de Gaffney. Lo encontró enseguida. Seguía caliente. Volvió a incorporarse—. Creo que el señor Gaffney está al otro lado del escritorio.

Dieron la vuelta, pasando por encima de los papeles y de la bandeja. Albert levantó el mechero e hizo girar la ruedecilla. Al quinto intento, la mecha se encendió y ardió débilmente durante tres o cuatro segundos. Fue suficiente. Nick había visto bastante con las chispas anteriores a la llama, pero no había querido decírselo a Albert. Don Gaffney yacía boca arriba con los ojos abiertos y una expresión de profunda sorpresa fijada en la cara. Al fin y al cabo, no había tenido suerte. Ni un poquito.

—¿Cómo fue que Toomy no te hirió a ti también? —preguntó Nick un momento después.

—Sabía que estaba aquí dentro —dijo Albert—. Incluso antes de que hiriera al señor Gaffney, lo sabía.

Su voz seguía seca y temblorosa, pero se sentía algo mejor. Ahora que había mirado de frente al pobre señor Gaffney, a la cara, por así decirlo, se sentía algo mejor.

—¿Lo oíste?

—No, vi esas cosas sobre el escritorio —respondió señalando el pequeño montón de tiras de papel.

—Tuviste suerte —dijo Nick, apoyando la mano sobre el hombro de Albert en la oscuridad—. Mereces estar vivo, colega. Te lo ganaste a pulso, ¿lo entiendes?

—Lo intentaré —dijo Albert.

—Hazlo, hijo. Te ahorrará un montón de pesadillas. Estás mirando a un hombre que lo sabe. Albert asintió.

—Mantén el control, As. Ésa es la cuestión. Mantén el control y estarás perfectamente.

—¿Señor Hopewell?

—¿Sí?

—¿Le importaría no llamarme así? Yo... —le falló la voz y se aclaró violentamente la garganta—. Creo que ya no me gusta.

Treinta segundos más tarde salieron de la oscura cueva en que se había convertido la oficina. Nick llevaba la camilla. Cuando llegaron a la hilera de teléfonos, Nick le pasó la camilla a Albert, que la cogió sin decir nada. El mantel estaba en el suelo, a pocos pasos de Toomy, que ahora roncaba con grandes inspiraciones arrítmicas.

Había poco tiempo, muy poco tiempo, pero Nick tenía que ver eso. Tenía que verlo.

Cogió el mantel y sacó la tostadora. Una de las piezas calefactoras estaba atrapada en la ranura para el pan; la otra cayó al suelo. También cayeron el reloj y la palanca que servía para hacer bajar el pan. Uno de los extremos de la tostadora estaba hundido. El lado izquierdo estaba abollado formando una profunda hendidura circular.

«Ésta es la parte que chocó con el morro del amigo Toomy —pensó Nick—. Sorprendente.»

Sacudió la tostadora y escuchó el ruido de las partes rotas en el interior.

—Una tostadora —se maravilló—. Albert, tengo amigos, amigos profesionales, que no se lo creerían. Apenas lo creo yo. Quiero decir que, al fin y al cabo, es una tostadora.

Albert había vuelto la cabeza.

—Tírela —dijo roncamente—. No quiero mirarla.

Nick obedeció y le dio unas palmadas en el hombro.

—Lleva la camilla arriba. Enseguida me reuniré contigo.

—¿Qué va a hacer?

—Quiero ver si en esa oficina hay alguna otra cosa útil.

Albert lo miró un instante, pero no logró distinguir sus rasgos en la oscuridad. Por último dijo:

—No le creo.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Nick con voz curiosamente suave— Ve, As, quiero decir, Albert. Enseguida me reuniré con vosotros. Y recuerda lo que dije: no mires atrás.

Albert lo observó un momento más y después empezó a subir por la escalera, con la cabeza gacha y la camilla colgando de su mano como una maleta. No miró atrás.

Nick esperó hasta que el chico desapareció en la penumbra. Después se acercó a donde yacía Craig Toomy y se agachó a su lado. Toomy seguía inconsciente, pero su respiración parecía algo más regular. Nick supuso que no era imposible que con una o dos semanas de tratamiento asiduo en un hospital, Toomy se recuperara. Al menos había demostrado una cosa: tenía una cabeza increíblemente dura.

«Lástima que los sesos que hay debajo estén reblandecidos, colega», pensó. Se estiró con la intención de poner una mano sobre la boca de Toomy y la otra encima de la nariz, o de lo que quedaba de ella. Tardaría menos de un minuto, y ya no tendrían que volver a preocuparse por el señor Craig Toomy. Los demás hubieran retrocedido horrorizados ante semejante acto, lo hubieran llamado asesinato a sangre fría, pero Nick lo veía nada más y nada menos que como una póliza de seguros. Una vez, Toomy había emergido de lo que parecía una inconsciencia total y ahora uno de ellos estaba muerto y había otra mal herida, tal vez mortalmente herida. No tenía sentido correr el mismo riesgo otra vez.

Y había otra cosa. Si dejaba vivo a Toomy, ¿qué sería exactamente lo que le esperaba? ¿Una existencia breve, acosada, en un mundo muerto?

¿La posibilidad de respirar aire muerto bajo un cielo inmóvil que parecían haber abandonado todos los fenómenos meteorológicos? ¿Una oportunidad de conocer lo que se aproximaba desde el este, haciendo un ruido como el de una colonia de gigantescas hormigas merodeadoras?

No. Lo mejor era ayudarlo a escapar. Sería indoloro, y eso en sí mismo ya era bueno.

—Más de lo que merece este bastardo —dijo Nick, pero seguía vacilando.

Recordó a la niña, mirándolo con sus oscuros ojos ciegos.

«¡No lo mate!» No era un ruego, sino una orden. Había reunido algo de fuerza de una última reserva escondida para darle esa orden. «Lo único que sé es que lo necesitamos.»

«¿Por qué diablos lo protege tanto?», se preguntó Nick.

Se quedó allí un momento más, mirando la cara arruinada de Craig Toomy. Y cuando Rudy Warwick habló desde lo alto de la escalera, saltó como si se hubiera tratado del propio diablo.

—¿Señor Hopewell? ¿Nick? ¿Viene?

—¡En un tris! —dijo Nick por encima del hombro. Volvió a estirar la manos hacia la cara de Toomy y se detuvo otra vez, recordando aquellos ojos negros.

«Lo necesitamos.»

Se puso de pie, abruptamente, dejando a Craig Toomy inmerso en su tortuosa lucha por respirar.

—Ya voy —dijo, y subió corriendo las escaleras.

CAPÍTULO OCHO

REPOSTANDO. LA PRIMERA LUZ DEL ALBA.
LOS LAGOLIEROS SE ACERCAN. ÁNGEL DE
LA MAÑANA. LOS GUARDIANES DEL TIEMPO
DE LA ETERNIDAD. DESPEGUE.

1

Bethany había tirado el cigarrillo antes de que se consumiera, y empezaba a subir la escalerilla cuando Bob Jenkins gritó:

—¡Creo que salen!

La joven volvió y bajó corriendo. Una serie de puntos negros salía de la zona de equipajes y se arrastraba por la cinta transportadora. Bob y Bethany corrieron a su encuentro.

Dinah estaba atada a la camilla. Rudy llevaba un extremo y Nick el otro. Andaban de rodillas y Bethany escuchaba los jadeos del hombre calvo.

—Deje que lo ayude —le dijo, y Rudy cedió de buena gana su puesto en la camilla.

—Procura no sacudirla —dijo Nick, sacando las piernas de la cinta—. Albert, ponte al lado de Bethany y ayúdala a subir las escaleras. Queremos que esta cosa quede tan derecha como sea posible.

—¿Cómo está? —preguntó Bethany a Albert.

—Bastante mal —respondió él, ceñudo—. Sigue inconsciente, pero aún vive. Es todo lo que sé.

—¿Dónde están Gaffney y Toomy? —preguntó Bob mientras iban hacia el avión. Tuvo que levantar ligeramente la voz para hacerse oír. Ahora, el ruido de dientes era más fuerte, y aquel tono subyacente estaba convirtiéndose en una nota dominante, enloquecedora.

—Gaffney ha muerto y, por lo que sé, Toomy puede haber muerto también —dijo Nick—. Si le parece, hablaremos después. En este momento no hay tiempo. Ustedes dos —añadió, deteniéndose al pie de la escalerilla— no se olviden de mantener la camilla levantada por ese lado.

Subieron lenta y cuidadosamente la camilla. Nick caminaba hacia atrás y la sostenía inclinado sobre el extremo delantero, y Albert y Bethany levantaban la parte trasera a la altura de la frente, procurando entrar los dos por la angosta escalerilla. Bob, Rudy y Laurel los seguían.

Laurel había hablado una sola vez desde el regreso de Albert y Nick, para preguntar si Toomy estaba muerto. Cuando Nick le dijo que no, lo había mirado inquisitivamente, asintiendo aliviada después.

Cuando Nick llegó a lo alto de la escalera y metió el extremo de la camilla dentro del avión, Brian estaba de pie en la puerta de la cabina central.

—Quiero ponerla en primera clase —dijo Nick—, con este extremo de camilla levantado, para que tenga la cabeza alta. ¿Es posible?

—No hay problema. Asegure la camilla pasando un par de cinturones de seguridad por la parte superior del marco. ¿Lo ve?

—Sí. Suban —ordenó a Albert y a Bethany—. Lo están haciendo muy bien.

Bajo las luces de la cabina, la sangre que manchaba las mejillas y la barbilla de Dinah contrastaba con el blanco amarillento de su piel. Tenía los ojos cerrados; los párpados eran de un delicado color lavanda. Bajo el cinturón (en el que Nick había practicado un nuevo agujero, muy apartado de los otros), la compresa improvisada era de color rojo oscuro. Brian escuchó su respiración. Era como el de una cañita que absorbe aire del fondo de un vaso vacío.

—Está mal, ¿no? —preguntó Brian en voz baja.

—Bueno, es su pulmón y no su corazón, y no se está llenando de sangre tan rápido como temí, pero es serio, sí.

—¿Vivirá hasta que regresemos?

—¿Cómo mierda voy a saberlo yo? —gritó Nick de repente—. ¡Soy un soldado, no un maldito matasanos!

Los otros quedaron helados, mirándolo con ojos cautelosos. Laurel volvió a sentir que se le erizaba la piel.

—Lo siento —murmuró Nick—. Los viajes a través del tiempo no sientan bien a los nervios, ¿verdad? Lo siento muchísimo.

—No necesita disculparse —dijo Laurel tocando su brazo—. Todos estamos sometidos a una gran presión.

Él le dedicó una sonrisa fatigada y tocó su cabello.

—Eres un encanto, Laurel, no hay duda. Ven, vamos a sujetarla y veamos qué podemos hacer para salir pitando de aquí.

Cinco minutos después, la camilla de Dinah había quedado sujeta a dos asientos de primera clase en posición inclinada, y con la cabecera levantada. El resto de los pasajeros estaba reunido en un pequeño grupo en torno a Brian, en la zona de servicio del compartimento de primera clase.

—Tenemos que repostar. Ahora voy a encender el otro motor y me acercaré todo lo que pueda a ese 727-400 que hay en la pista de rodaje —dijo Brian, señalando el avión Delta, que apenas era ya un bulto gris en la oscuridad—. Como nuestro aparato es más alto podré colocar el ala derecha encima del ala izquierda del Delta. Mientras lo hago, cuatro de ustedes irán a buscar un vehículo con manga. Hay uno en la otra pista, lo vi antes de que oscureciera.

—Tal vez tendríamos que despertar a la Bella Durmiente para que nos ayude —dijo Bob. Brian lo pensó un instante y meneó la cabeza.

—Lo último que necesitamos ahora es otro pasajero asustado, desorientado y, por si fuera poco, con resaca. Además, no nos va a hacer ninguna falta: dos hombres fuertes pueden acercar la manga en un momento; lo he visto hacer. Sólo tienen que controlar la palanca de transmisión para asegurarse de que está en punto muerto. La manga hay que colocarla directamente debajo de los alerones, ¿está claro?

Todos asintieron. Brian los miró y llegó a la conclusión de que Rudy y Bethany todavía estaban demasiado fatigados como para servir de ayuda.

—Nick, Bob y Albert. Ustedes empujan. Laurel, usted conduce. ¿De acuerdo? Asintieron.

—Entonces, háganlo. Bethany, señor Warwick, bajen con ellos. Aparten la escalerilla del avión y, cuando el avión esté en la nueva posición, colóquenla cerca de los alerones. Los alerones, no la puerta, ¿vale?

Asintieron. Mirándolos, Brian vio que, por primera vez desde que habían aterrizado, sus ojos parecían claros y brillantes. «Claro —pensó—. Ahora tienen algo que hacer. Y yo también, gracias a Dios.»

A medida que se aproximaban al vehículo situado a la izquierda de la pista vacía, Laurel advirtió que podía verlo.

—¡Dios mío! —exclamó—. Ya vuelve a hacerse de día. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que oscureció?

—Menos de cuarenta minutos por mi reloj —dijo Bob—, pero me parece que cuando estoy fuera del avión mi reloj no funciona bien. De todos modos, también siento que aquí el tiempo no importa mucho.

—¿Qué le pasará al señor Toomy? —preguntó Laurel.

Habían llegado al vehículo. Era pequeño, con un tanque en la parte trasera, una cabina sin techo y gruesas mangas negras enrolladas a cada lado. Nick le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia él. Durante un instante, Laurel tuvo la loca idea de que pensaba besarla y sintió que su corazón se aceleraba.

—No sé qué le pasará —dijo—. Lo único que sé es que cuando se presentó la oportunidad, decidí hacer lo que quería Dinah. Lo dejé en el suelo, inconsciente. ¿Está bien?

—No —dijo ella con voz algo temblorosa—, pero supongo que tendrá que bastar.

Él esbozó una sonrisa, asintió y oprimió ligeramente su cintura.

—¿Te gustaría cenar conmigo si conseguimos regresar a Los Ángeles?

—Sí —respondió ella de inmediato—. Es algo por lo que conservar la esperanza. Él volvió a asentir.

—Para mí también. Pero, a menos que podamos repostar, no iremos a ninguna parte. ¿Crees que puedes encontrar el punto muerto? —preguntó, mirando la cabina del camión.

Laurel observó la palanca de cambios que salía del suelo del vehículo.

—Me temo que sólo sé conducir con cambio de marchas automático.

—Yo lo haré —dijo Albert, saltando a la cabina.

Empezó a mover la palanca, fijándose en el diagrama que tenía en la parte superior. A sus espaldas, el segundo motor del 767 se encendió y ambos motores empezaron a hacer más ruido a medida que Brian los aceleraba. Era un ruido infernal, pero Laurel descubrió que no le importaba. Tapaba aquel otro sonido, aunque fuera temporalmente. Y seguía deseando mirar a Nick. ¿De veras la había invitado a cenar? Le parecía difícil de creer.

Albert pasó de una marcha a otra hasta que encontró el punto muerto.

—Lo tengo —dijo, y bajó de un salto—. Arriba, Laurel. Una vez que estemos rodando, tendrás que presionar con la mano derecha y hacer que describa un círculo.

—De acuerdo.

Miró nerviosa a sus espaldas, mientras los tres hombres se colocaban en la parte trasera del vehículo, con Nick en el centro.

—¿Listos, chicos? —preguntó.

Albert y Bob asintieron.

—Vale, entonces... todos juntos.

Bob se había preparado para empujar tan fuerte como pudiera, pese al maldito dolor en la parte baja de la cintura que lo perseguía desde hacía diez años, pero el vehículo rodó con increíble facilidad. Laurel hizo girar el volante rígido con todas sus fuerzas. El camión describió un pequeño círculo en el asfalto gris y empezó a rodar hacia atrás, en dirección al 767, que estaba colocándose lentamente en posición a la derecha del *jet* Delta aparcado.

—Es increíble la diferencia entre los dos aparatos —dijo Bob.

—Sí —asintió Nick—. Tenías razón, Albert. Tal vez nos hayamos apartado del presente, pero de alguna manera ese avión sigue formando parte de él.

—Y nosotros también —dijo Albert—. Al menos por el momento.

Las turbinas del 767 se apagaron, dejando sólo el rugido grave y regular de los motores. Ahora, Brian tenía los cuatro encendidos, no bastaba para tapar el ruido que venía del este. Antes, aquel ruido tenía una especie de uniformidad masiva, pero a medida que se acercaba iba fragmentándose; parecía haber ruidos dentro de los ruidos, y la suma de todos ellos empezaba a parecer horriblemente familiar.

«Animales a la hora del almuerzo —pensó Laurel, y se estremeció—. Así es como suena.

Ruido de animales comiendo, transmitido por un amplificador y elevado a proporciones grotescas.»

Se estremeció violentamente y sintió que el pánico empezaba a invadir sus pensamientos: una fuerza elemental que no podía controlar, como tampoco podía controlar lo que producía aquel ruido.

—Si pudiéramos verlo, tal vez podríamos hacerle frente —dijo Bob mientras empujaban.
Albert le lanzó una mirada y dijo:
—No lo creo.

Brian apareció en la puerta delantera del 767 e hizo gestos a Bethany y Rudy de que acercaran la escalerilla. Cuando lo hicieron, salió a la plataforma superior y señaló los alerones. Mientras llevaban el vehículo hacia allí, oyó el ruido que se aproximaba y recordó una película que había visto hacía mucho tiempo, en una sesión de madrugada. En aquella película, Charlton Heston era dueño de una gran plantación en Sudamérica. La plantación había sido atacada por una vasta alfombra viviente de hormigas soldado, que comían todo lo que encontraban a su paso: árboles, hierba, edificios, vacas, hombres. ¿Cómo se llamaba aquella película? No conseguía recordarlo. Sólo recordaba que Charlton Heston había utilizado estrategias cada vez más desesperadas para detenerlas o al menos retrasarlas. ¿Había logrado derrotarlas? Tampoco recordaba eso, pero de pronto apareció en su mente un fragmento de su sueño, perturbador por su falta de asociación con nada: un siniestro cartel rojo que rezaba: «Sólo estrellas fugaces.»

—¡Paren! —gritó a Rudy y a Bethany.

Dejaron de empujar, y Brian bajó por la escalerilla hasta que su cabeza quedó a la misma altura de la parte inferior del ala del Delta. Tanto el 767 como el 727 estaban equipados con una sola portilla de acceso al combustible en el ala izquierda. Ahora estaba mirando una pequeña puerta cuadrada con las palabras «Acceso al tanque de combustible» y «Antes de repostar controle la válvula de cierre». Algún gracioso había puesto una pegatina con una redonda y amarilla cara feliz. Era el último toque surrealista.

Albert, Bob y Nick habían empujado la manga en la posición correcta y ahora lo miraban. Sus caras eran círculos de color gris sucio en la penumbra que se disipaba. Brian se agachó y gritó a Nick:

—¡Hay dos mangas, una a cada lado! ¡Quiero la más corta!

Nick la desenrolló y se la alcanzó. Sosteniendo la escalerilla y el pico de la manga con una mano, Brian se situó bajo el ala y abrió el cuadrado del tanque. Dentro había un conector macho con una palanca de acero que sobresalía como un dedo. Brian se inclinó más y resbaló. Se cogió a la barandilla de la escalera.

—Aguante, colega —dijo Nick, subiendo a la escalerilla—. Ya llega la ayuda. —Se detuvo tres escalones debajo de Brian y lo cogió por el cinturón—. Hágame un favor, ¿quiere?

—¿De qué se trata?

—No se tire un pedo.

—Lo intentaré, pero no puedo prometerlo.

Volvió a estirarse y miró a los otros. Rudy y Bethany se habían reunido con Bob y Albert debajo del ala.

—¡Apártense, a menos que quieran recibir un chorro de combustible! —gritó—. No puedo controlar la válvula de cierre del Delta y tal vez pierda.

Mientras esperaba a que retrocedieran, pensó: «Por supuesto, es posible que no pierda. Por lo que sé, los tanques de esta cosa pueden estar más secos que un maldito hueso.»

Volvió a estirarse y, como ahora Nick lo sujetaba, pudo usar las dos manos y encajar el pico en la portilla. Se produjo una breve lluvia de combustible, una lluvia muy bienvenida en aquellas circunstancias, y después se oyó un fuerte chasquido metálico. Brian hizo girar el pico un cuarto de vuelta a la derecha, sujetándolo en el lugar, y escuchó satisfecho que el combustible pasaba por la manguera hacia el vehículo, donde una válvula cerrada detendría su flujo.

—Vale —suspiró, recuperando su lugar en la escalera—. Hasta ahora, todo va bien.

—¿Y ahora qué, colega? ¿Cómo hacemos funcionar ese vehículo? ¿Lo hacemos desde el avión o qué?

—Dudo de que pudiéramos hacerlo aunque alguien hubiera recordado traer los cables —dijo Brian—. Afortunadamente, no tiene por qué correr. En esencia, es sólo un dispositivo para filtrar y transferir combustible. Voy a usar las unidades eléctricas auxiliares de nuestro avión para chupar el combustible, como si fuera una cañita para beber limonada de un vaso.

—¿Y cuánto tiempo tardará?

—En condiciones óptimas, es decir, bombeando con electricidad de tierra, podríamos cargar novecientos litros de combustible por minuto. Pero de esta manera me resulta difícil calcular. Nunca he tenido que usar los auxiliares para bombear. Por lo menos una hora. Tal vez dos. Nick miró ansiosamente hacia el este, y cuando habló lo hizo en voz baja.

—Hágame un favor, compañero, no se lo diga a los demás.

—¿Por qué no?

—Porque no creo que dispongamos de dos horas. Tal vez ni siquiera de una.

Sola en primera clase, Dinah Catherine Bellman abrió los ojos.
Y vio.
—Craig —murmuró.

«Craig.»

Pero él no quería volver a oír su nombre. Cuando la gente pronunciaba su nombre, siempre pasaba algo. Siempre. «¡Craig! ¡Levántate, Craig!»

No, no se levantaría. Su cabeza se había convertido en un vasto avispero; el dolor rugía en cada cavidad, en cada retorcido conducto. Habían llegado las abejas. Creyeron que estaba muerto y habían invadido su cabeza, transformando el cráneo en un panal. Y ahora..., ahora... «Sienten mis pensamientos y tratan de matarlos con sus aguijones —pensó, y emitió un gemido espeso, agónico. Sus manos manchadas de sangre se abrieron y cerraron lentamente sobre la moqueta que cubría el suelo del vestíbulo inferior—. Dejadme morir, por favor, dejadme morir.»

«¡Craig, tienes que levantarte ahora! ¡Ya!»

Era la voz de su padre, la única que nunca había podido rechazar ni desoír. Pero ahora la rechazaría. Ahora la desoíría.

—Vete —graznó—. Te odio. Vete.

El dolor chillaba en su cabeza como un aullido dorado de trompetas. Nubes de abejas, furiosas y agresivas, se apartaron de las campanas que sonaban.

«¡Ah, dejadme morir! —pensó—. Dejadme morir. Esto es el infierno. Estoy en un infierno de abejas y trompas.»

«Levántate, Craiggy-weggy. Es tu cumpleaños y, ¿sabes qué?, en cuanto te levantes, alguien te regalará una cerveza y te dará un golpe en la cabeza porque este golpe es para ti.»

—No —dijo—. Basta de golpes. —Y su mano arañó la alfombra. Hizo un esfuerzo por abrir los ojos, pero una pasta pegajosa de sangre que se secaba los había sellado—. Estás muerta. Los dos estáis muertos. No podéis golpearme ni obligarme a hacer cosas. Los dos estáis muertos, y yo también quiero morir.

Pero no estaba muerto. En algún lugar, más allá de aquellas voces fantasmales, oía el gemido de los motores del *jet*, y aquel otro ruido. El ruido del avance de los lagolieros. De su carrera. Comprendió que no era la voz de su padre ni la de su madre. Eso sólo había sido producto de su cabeza, que intentaba engañarse. Ésta era una voz de..., de..., (¿arriba?) algún otro lugar, un lugar alto y brillante donde el dolor era un mito, y la presión un sueño.

«Craig, ha venido a verte toda la gente a la que querías ver. Dejaron Boston y vinieron aquí. Eres así de importante para ellos. Todavía puedes hacerlo, Craig. Todavía puedes sacar el percutor. Todavía queda tiempo para entregar los papeles y quedar fuera del ejército de tu padre, es decir, si eres lo bastante hombre como para hacerlo.

»Si eres lo bastante hombre como para hacerlo.»

—¿Lo bastante hombre? —graznó—. ¿Lo bastante hombre? Seas quien seas, debes de estar burlándote de mí.

Intentó de nuevo abrir los ojos. La sangre pegajosa que los mantenía cerrados cedió un poco, pero no lo suficiente. Se las arregló para acercar una mano a la cara. La mano rozó los restos de su nariz y emitió un bajo y fatigado grito de dolor. Dentro de su cabeza, las trompetas chillaban y las abejas zumbaban. Esperó a que cediera lo peor del dolor y se abrió los ojos con dos dedos.

La aureola de luz seguía allí. En la penumbra, constituía una forma vagamente evocadora.

Lentamente, Craig levantó la cabeza.

Y entonces la vio.

Era ella, de pie dentro de la aureola de luz.

Era la niña, pero ya no llevaba las gafas oscuras y lo miraba con ojos amables.

«Vamos, Craig. Sé que es duro, pero tienes que levantarte, tienes que hacerlo. Porque están todos aquí, esperando, pero no esperarán para siempre. Los lagolieros se ocuparán de eso.»

Vio que la niña estaba ahora de pie en el suelo. Sus zapatos parecían flotar tres o cuatro centímetros por encima de la superficie y ella estaba totalmente rodeada por la luz brillante, envuelta en una radiación espectral.

«Vamos, Craig. Levántate.»

Craig empezó a luchar por ponerse de pie. Era muy duro. Había perdido casi por completo el sentido del equilibrio y le resultaba difícil mantener la cabeza erguida. ¡Naturalmente, como que estaba llena de abejas furiosas! Cayó dos veces hacia atrás, pero volvió a incorporarse y a intentarlo, fascinado y obligado por la niña resplandeciente, con sus dulces ojos y su promesa de liberación final.

«Todos esperan, Craig. Te esperan.

»Están esperándote.»

Dinah yacía en la camilla, mirando con sus ojos ciegos cómo Craig Toomy se apoyaba en una rodilla, caía de lado e intentaba levantarse de nuevo. Su corazón estaba invadido por una piedad terrible hacia aquel hombre herido y quebrado, aquel pez asesino que sólo deseaba estallar. En su cara sanguinolenta, destrozada, vio una terrible mezcla de emociones: terror, esperanza y una especie de despiadada decisión.

«Lo siento, señor Toomy —pensó—. Pese a lo que hizo, lo siento. Pero lo necesitamos.» Después volvió a llamarlo; lo llamó con su conciencia moribunda: «¡Levántate, Craig! ¡Deprisa! ¡Pronto será demasiado tarde!» Y sintió que lo era.

Cuando la manga más larga estuvo bajo el vientre del 767 y sujeta a la portilla del combustible, Brian regresó a la cabina, activó los auxiliares y se puso a trabajar, absorbiendo hasta la última gota de combustible del 727-400.

Mientras miraba cómo la pantalla lectora del tanque derecho ascendía lentamente hacia los once mil litros, esperó tenso a que el auxiliar empezara a traquetear y arrastrarse, intentando engullir un combustible que no ardería.

El tanque de la derecha había llegado a los tres mil quinientos litros cuando se produjo un cambio en la nota emitida por los motores *jet* de la parte trasera del avión. La nota se hizo dificultosa, áspera.

—¿Qué pasa, colega? —preguntó Nick. Estaba otra vez en el asiento del copiloto. Tenía el cabello revuelto, y una gran mancha de grasa adornaba su camisa, antes tan limpia.

—Los motores auxiliares están probando el combustible del 727 y no les gusta —dijo Brian—. Espero que Albert tenga razón, Nick, pero no estoy muy seguro.

Un instante antes de que la lectora señalara los cuatro mil litros en el tanque derecho, el primer auxiliar se apagó. En el tablero de Brian apareció una luz roja de «Motor cerrado». Bajó el interruptor.

—¿Y qué se puede hacer? —preguntó Nick, levantándose para mirar por encima del hombro de Brian.

—Utilizar los otros tres para mantener las bombas en funcionamiento y esperar lo mejor —dijo Brian.

El segundo motor auxiliar se apagó treinta segundos más tarde y mientras Brian estiraba la mano para bajar el interruptor, se apagó el tercero. Con él desaparecieron las luces de la cabina; ' ahora sólo quedaban las luces parpadeantes del tablero y el ruido irregular de las bombas hidráulicas. El último auxiliar funcionaba asmáticamente, subiendo y bajando, y sacudiendo el avión.

—Voy a cerrar del todo —dijo Brian. Su voz le sonaba áspera y tensa hasta a él mismo; la voz de un hombre que estaba ante una situación que no controlaba y que le producía fatiga—.

Tendremos que esperar a que el combustible del Delta se ponga a la altura de la corriente temporal de nuestro avión, o marco temporal, o como se llame. De esta manera no podemos seguir. Si se produce un flujo potente de electricidad antes de que se corte el último auxiliar, nos vaciará el ordenador. Tal vez hasta lo fría.

Pero cuando Brian se inclinaba en busca del interruptor, la nota convulsa del motor empezó a cambiar y a emparejarse. Se volvió y miró incrédulo a Nick. Éste le devolvió la mirada mientras una lenta sonrisa le iluminaba el rostro.

—Tal vez hayamos tenido suerte, compañero.

Brian levantó las manos, cruzó los dedos y los agitó en el aire.

—Eso espero —dijo, y volvió a mirar los tableros. Levantó los interruptores marcados como Auxiliares 1, 3, y 4. Empezaron a funcionar suavemente. Las luces de la cabina regresaron. Las campanillas sonaron. Nick vitoreó y le dio una palmada en la espalda.

Detrás de ellos apareció Bethany.

—¿Qué pasa? ¿Todo está bien?

—Creo —dijo Brian sin volverse— que tal vez tengamos una oportunidad.

Finalmente, Craig se las arregló para ponerse de pie. Ahora, la niña resplandeciente estaba encima de la cinta transportadora de equipajes. Lo miraba con una dulzura sobrenatural y algo más, algo que Craig había anhelado toda su vida. ¿Qué era?

Buscó lo que era y finalmente lo encontró.

Era compasión.

Compasión y comprensión.

Miró a su alrededor y vio que la oscuridad se desvanecía. Eso quería decir que había estado inconsciente toda la noche, ¿no? No lo sabía. Y no importaba. Lo único que importaba era que la niña resplandeciente los había llevado a todos: los inversores, los especialistas en bonos, los agentes y los vendedores de acciones. Estaban aquí y querían una explicación de lo que había estado haciendo el joven señor Craiggy-weggy Toomy-Woomy, y allí estaba la verdad: especulaciones tramposas. A eso se había dedicado..., a metros y metros de especulaciones tramposas..., kilómetros de especulaciones tramposas. Y cuando les dijera eso...

—Tendrán que dejarme ir, ¿no es cierto?

«Sí —dijo ella—. Pero tienes que apresurarte, Craig. Tienes que apresurarte antes de que piensen que no quieres ir y se vayan.»

Craig empezó a avanzar despacio. Los pies de la niña no se movían, pero, a medida que él se acercaba, ella retrocedía como un espejismo en dirección a las tiras de goma que colgaban entre la zona de recuperación de maletas y el embarcadero de carga, en el exterior.

Y, ¡oh, gloria!, estaba sonriendo.

Ahora estaban todos en el avión salvo, Bob y Albert, que se habían quedado sentados en la escalerilla, escuchando avanzar el ruido en una ola lenta y fragmentada.

Laurel Stevenson permanecía de pie en la puerta delantera, mirando hacia la terminal y preguntándose todavía qué harían con el señor Toomy cuando Bethany dio un tiró a su blusa.

—Dinah habla en sueños o algo así. Creo que está delirando. ¿Puedes venir?

Laurel fue. Rudy Warwick estaba sentado frente a Dinah, cogiéndole una mano entre las suyas y mirándola ansiosamente.

—No lo sé —dijo deprisa—. No lo sé, pero creo que se está yendo.

Laurel tocó la frente de la niña. Estaba seca y muy caliente. La hemorragia había disminuido o se había detenido por completo, pero la respiración de la niña se había convertido en una serie de penosos silbidos. Tenía sangre pegada en torno a la boca como si fuera salsa de fresas.

—Creo... —empezó a decir Laurel.

Y en ese momento Dinah dijo con total claridad:

—Tienes que apresurarte antes de que piensen que no quieres ir y se vayan.

Laurel y Bethany intercambiaron miradas desconcertadas y asustadas.

—Creo que sueña con ese tipo, Toomy —dijo Rudy a Laurel—. Antes lo nombró.

—Sí —dijo Dinah. Tenía los ojos cerrados, pero movía ligeramente la cabeza como si estuviera escuchando a alguien—. Sí, lo seré —dijo—. Si lo deseas, lo seré. Pero apresúrate. Sé que duele, pero tienes que apresurarte.

—Está delirando, ¿no es cierto? —susurró Bethany.

—No —respondió Laurel—. No lo creo. Debe de estar soñando.

Pero no era eso lo que pensaba. Lo que pensaba realmente era que Dinah podía estar (viendo) haciendo otra cosa. No estaba segura de querer saber qué era esa otra cosa, aunque en algún lugar de su mente giraba y danzaba una idea. Sabía que podía formularla si lo deseaba, pero no lo deseaba. Porque aquí estaba sucediendo algo horrible, muy horrible, y no podía dejar de pensar que tenía algo que ver con («no lo mate, lo necesitamos») el señor Toomy.

—Déjenla sola —dijo con voz seca y brusca—. Déjenla sola para que pueda («hacer lo que tenga que hacerle») dormir.

—¡Dios! Espero que despeguemos pronto —dijo Bethany angustiada, y Rudy le pasó un brazo consolador por los hombros.

Craig llegó a la cinta transportadora y cayó sobre ella. Una blanca sábana de agonía pasó por su cabeza, su cuello, su pecho. Trató de recordar qué le había sucedido y no pudo. Había bajado corriendo por la escalera, se había escondido en un cuarto pequeño, se había quedado en la oscuridad, rasgando tiras de papel, y allí se detenía el recuerdo.

Levantó la cabeza con el pelo cubriéndole los ojos y miró a la niña resplandeciente, que ahora estaba sentada con las piernas cruzadas frente a las tiras de goma, un par de centímetros por encima de la superficie de la cinta transportadora. Era la cosa más hermosa que había visto en su vida. ¿Cómo pudo creer alguna vez que era uno de ellos?

—¿Eres un ángel? —graznó.

«Sí», contestó la niña resplandeciente, y Craig sintió que el júbilo taponaba el dolor. Su visión se hizo borrosa, y las lágrimas, las primeras que habían derramado desde que era adulto, empezaron a correr por sus mejillas. De pronto se descubrió recordando la voz dulce, ronroneante y embriagada de su madre cuando cantaba aquella vieja canción.

—¿Eres un ángel de la mañana? ¿Querrás ser mi ángel de la mañana?

«Sí, lo seré. Si quieres, lo seré. Pero apresúrate. Sé que duele, pero tienes que apresurarte.»

—Sí —sollozó Craig, y empezó a arrastrarse ansiosamente por la cinta transportadora, hacia ella. A cada movimiento lo atravesaba un dolor nuevo en oleadas irregulares. De su nariz destrozada y de su boca brotaba sangre. Sin embargo, se apresuraba tanto como podía. Delante de él, la niña retrocedía y desaparecía por las tiras de goma, y por alguna razón ni siquiera las movía al pasar.

—Sólo toca mi mejilla antes de irte, nena —dijo Craig. Vomitó un coágulo esponjoso de sangre, lo escupió contra la pared, donde quedó colgado como una enorme araña muerta, y trató de arrastrarse más deprisa.

Un ruido crujiente, desgarrador, invadió la extraña mañana al este del aeropuerto. Bob y Albert habían permanecido sentados en la escalerilla, pero se pusieron en pie, pálidos y haciéndose miles de preguntas temerosas.

—¿Qué fue eso? —preguntó Albert.

—Creo que ha sido un árbol —contestó Bob, y se humedeció los labios.

—¡Pero si no hay viento!

—No —aceptó Bob—. No hay viento.

Ahora, el ruido se había convertido en una barricada móvil de sonido ensordecedor.

Fragmentos del sonido parecían avanzar..., y retroceder un instante antes de que fuera posible identificarlos. Al cabo de un momento, Albert estaba dispuesto a jurar que escuchaba algo así como ladridos, y después, los ladridos, o aullidos, o lo que fueran, fueron engullidos por un breve sonido ronroneante, como de electricidad. Las únicas constantes eran el ruido de dientes y el penetrante silbido.

—¿Qué sucede? —preguntó Bethany a sus espaldas.

—Nad... —empezó Albert, pero en ese momento Bob apretó su hombro y señaló.

—¡Mira! —gritó— ¡Mira allí!

A lo lejos, hacia el este, sobre el horizonte, se erguía una serie de torres eléctricas que se extendían de norte a sur a lo largo de un alto promontorio de madera. Mientras Albert miraba, una de las torres se inclinó como un juguete y se derrumbó, arrastrando con ella un montón de cables de alta tensión. Un instante después, cayó otra torre, y otra, y otra.

—Y eso no es todo —dijo Albert, aturdido—. Mire los árboles. Aquellos árboles se agitan como arbustos.

Pero no sólo se agitaban. Mientras los miraban, los árboles empezaron a caer, a desaparecer.

Crunch, tac, crunch, golpe, ladrido.

Crunch, tac, ladrido, golpe, crunch.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Bob. Apretaba a Albert con ambas manos. Sus ojos estaban desorbitados, llenos de una especie de terror idiota. La expresión contrastaba de un modo repulsivo con su rostro alargado e inteligente—. Creo que tenemos que salir de aquí ahora mismo.

Sobre el horizonte, a unos quince kilómetros de distancia, el alto caballete de una torre de radio se balanceó, giró y se desplomó, desapareciendo entre los temblorosos árboles. Ahora notaban que la tierra vibraba; la vibración ascendía por la escalerilla y sacudía sus pies dentro de los zapatos.

—¡Háganlo parar! —gritó súbitamente Bethany desde la puerta. Se llevó las manos a los oídos—. ¡Por favor, por favor, hagan que pare!

Pero la onda sonora avanzaba hacia ellos... el ruido de dientes, lamidas, alimentación de los lagolieros.

—No quiero fastidiar, Brian, pero, ¿cuánto falta? —la voz de Nick era tensa—. A unos seis kilómetros de aquí hay un río..., lo vi cuando descendíamos..., y creo que lo que se acerca está ahora en la otra margen.

Brian observó los indicadores de combustible. Once mil litros en el ala derecha; siete mil en la izquierda. Ahora no tenía que bombear el combustible del Delta hacia el otro lado, la cosa iba más rápida.

—Quince minutos. —Sentía que gruesas gotas de sudor cubrían su frente—. Necesitamos más combustible, Nick, porque si no, caeremos en el desierto de Mohave. Otros diez minutos para desengancharnos, dar las órdenes y salir.

—¿No puede ser menos? ¿Está seguro de que no puede ser menos?

Brian negó con la cabeza y volvió a observar los aparatos.

Craig pasó arrastrándose por las bandas de goma, sintiendo que se deslizaban por su espalda como dedos muertos. Emergió a la blanca y muerta luz de un nuevo día, muy abreviado. El sonido era terrible, abrumador: el ruido de un ejército invasor caníbal. Hasta el cielo parecía temblar con él, y durante un segundo el miedo lo dejó petrificado.

«Mira», dijo su ángel de la mañana, y señaló hacia las pistas.

Craig miró y olvidó su miedo. Más allá del 767 de la American Pride, en un triángulo de hierbas muertas flanqueado por dos pistas y una carretera de rodaje, había una larga mesa de caoba. Brillaba intensamente bajo la fatigada luz. En cada sitio había un bloc amarillo, una jarra de agua helada y un vaso Waterford. Sentados en torno a la mesa había dos docenas de hombres, vestidos con sobrios trajes de banqueros, que ahora se volvían a mirarlo.

De pronto, empezaron a aplaudir. Se pusieron en pie y lo miraron, aplaudiendo su llegada.

Craig sintió que una amplia sonrisa de agradecimiento empezaba a estirarle la cara.

Dinah se había quedado sola en el compartimento de primera. Su respiración era dificultosa, y su voz apenas un susurro estrangulado.

—¡Corre hacia ellos, Craig! ¡Rápido, rápido!

Craig bajó a trompicones de la cinta, cayó en el suelo con un golpe violento y se incorporó. El dolor ya no importaba. ¡El ángel los había traído! ¡Claro que los había traído! Los ángeles eran como los fantasmas de aquel cuento del señor Scrooge. ¡Podían hacer todo cuanto quisieran! La corona que rodeaba su cabeza comenzaba a desaparecer, pero no importaba. Ella había traído su salvación: una red en la cual estaba por fin, misericordiosamente, atrapado. «¡Corre hacia ellos, Craig! ¡Rodea el avión! ¡Aléjate del avión! ¡Corre hacia ellos ahora!» Craig empezó a correr dando torpes zancadas que pronto se convirtieron en una trabajosa carrera. Mientras corría, su cabeza iba arriba y abajo como un girasol sobre un tallo quebrado. Corrió hacia unos hombres sin humor y sin piedad, unos hombres que eran su salvación, unos hombres que hubieran podido ser pescadores de pie en un barca, más allá de un cielo plateado, recogiendo su red para ver qué animal fabuloso habían cogido.

Al llegar a los nueve mil quinientos litros, la pantalla lectora del tanque izquierdo empezó a detenerse, y cuando llegó a diez mil se quedó prácticamente inmóvil. Brian entendió lo que pasaba y accionó a toda prisa dos interruptores, cerrando las bombas hidráulicas. El 727-400 les había dado todo lo que tenía: algo más de veinte mil ochocientos litros de combustible. Tenía que ser suficiente.

—Vale —dijo poniéndose en pie.

—Vale, ¿qué? —preguntó Nick, imitándolo.

—Vamos a desengancharnos y a salir a toda pastilla.

El ruido que se aproximaba había alcanzado intensidades ensordecedoras. Mezclado con el sonido de dientes y el chillido de transmisión, se oía el ruido de árboles que caían y el estallido sordo de edificios que se desplomaban. Antes de cerrar las bombas había percibido una serie de golpes seguida de una especie de chapoteo. Imaginó que se trataba de algún puente en el río que había visto Nick.

—¡Señor Toomy! —chilló repentinamente Bethany—. ¡Es el señor Toomy!

Nick se adelantó a Brian y pasó primero por la puerta, en dirección al compartimento de primera, pero de todos modos los dos llegaron a tiempo de ver a Craig tropezando y corriendo por la pista. Ignoró totalmente el avión. Su destino parecía ser un vacío triángulo de hierbas limitado por un par de pistas que se entrecruzaban.

—¿Qué está haciendo? —jadeó Rudy.

—No se preocupen por él —dijo Brian—. Ya no queda tiempo. ¿Nick? Baje la escalerilla de delante. Sosténgame mientras saco la manguera. Brian se sentía como un hombre desnudo en una playa mientras una enorme ola se hincha en el horizonte y corre hacia la orilla.

Nick lo siguió y volvió a cogerlo del cinturón mientras él se estiraba y sacaba la manguera. Un instante después, lo consiguió y la dejó caer al suelo, donde el extremo metálico tintineó sordamente. Brian cerró el portillo del combustible.

—Vamos —dijo, cuando Nick lo atrajo hacia la escalerilla. Su cara tenía un color gris sucio—. Vamonos de aquí.

Pero Nick no se movió. Estaba petrificado mirando hacia el este. Su piel había adquirido el color del papel. En su cara había una expresión de horror de pesadilla. Le temblaba el labio superior, y en ese momento parecía un perro demasiado asustado como para ladrar.

Brian volvió lentamente la cabeza en esa dirección, oyendo que los tendones de su cuello crujían como un resorte oxidado en una vieja puerta. Volvió la cabeza y vio por fin a los lagolieros, que entraban en escena por la izquierda.

—Así que ya ven —dijo Craig, aproximándose a la silla vacía que estaba en la cabecera de la mesa y plantando cara a los hombres que la rodeaban—, los agentes con los que hice negocios no sólo carecían de escrúpulos; muchos de ellos eran gente de la CÍA, cuyo trabajo consistía en contactar y engañar a banqueros como yo, hombres que querían llenar rápidamente sus carteras. En lo que a ellos se refiere, el objetivo, es decir, evitar que el comunismo se infiltre en Sudamérica, justifica cualquier medio.

—¿Y qué procedimientos empleó para frustrar a estos tipos? —preguntó un hombre gordo con un caro traje azul—. ¿Utilizó una compañía aseguradora de bonos, o su banco tiene para esos casos una empresa de investigación específica?

La cara redonda y jovial de Traje Azul estaba perfectamente afeitada; sus mejillas resplandecían a causa de la buena salud o, tal vez, de cuarenta años de whisky con soda; sus ojos eran despiadadas astillas de hielo azul. Eran ojos maravillosos: ojos de padre.

En alguna parte, muy lejos de aquella sala de reuniones en el penúltimo piso del Prudential Center, Craig escuchaba un ruido ensordecedor.

Supuso que estaban arreglando la calle. En Boston siempre estaban arreglando las calles, y suponía que la mayor parte de las veces era innecesario, que se trataba de la misma vieja historia: los hombres carentes de escrúpulos que se aprovechaban alegremente de los desprevenidos. No tenía nada que ver con él. Nada en absoluto. Su trabajo consistía en argumentar con el hombre de traje azul, y estaba impaciente por empezar.

—Estamos esperando, Craig —dijo el presidente de su institución bancaria.

Craig sintió una sorpresa momentánea (no estaba previsto que el señor Parker asistiera a esa reunión), pero después aquella sensación quedó anulada por la felicidad.

—¡Ningún procedimiento! —gritó alegremente ante sus rostros estupefactos—. ¡Me limité a comprar y comprar y comprar! ¡No utilicé *ningún procedimiento en absoluto!*

Estaba a punto de continuar, de abundar en el asunto, de exponerlo realmente, cuando un ruido lo detuvo. Ese ruido no estaba a kilómetros de distancia, sino cerca, muy cerca, tal vez en la propia sala de reuniones.

Un estremecedor ruido de picadora, como de dientes secos y hambrientos masticando.

Súbitamente, Craig sintió una profunda necesidad de rasgar papel, cualquier papel. Estiró la mano en busca del bloc que estaba frente a su asiento, pero el bloc había desaparecido. Y también la mesa. Y los banqueros. Y Boston.

—¿Dónde estoy? —preguntó con voz débil y perpleja, mirando a su alrededor. Y de pronto comprendió..., y los vio.

Habían llegado los lagolieros.

Habían venido a buscarlo.

Craig Toomy empezó a gritar.

Brian los veía, pero no comprendía qué era lo que estaba viendo. De una manera extraña, parecían desafiar toda visión, y él sentía que su cerebro frenético, fatigado, trataba de procesar la información, convertir en algo comprensible las formas que habían empezado a aparecer por el extremo oriental de la pista 21.

Al comienzo eran sólo dos formas, una negra y otra roja como un tomate.

«¿Son pelotas? —pensó desorientado—. ¿Podrían ser pelotas?»

Algo pareció acomodarse en el centro de su cerebro, y vio que efectivamente eran pelotas, una especie de pelotas de playa, pero que se expandían y contraían y volvían a expandirse, como si estuviera viéndolas a través de la bruma temblorosa del calor. Avanzaron rodando, saliendo de entre las hierbas muertas del final de la pista, dejando tras ellas senderos de negrura. De alguna manera, estaban cortando el césped.

«No —dijo su cerebro, reacio—. No están sólo cortando el césped, y tú lo sabes. Están cortando mucho más que eso.»

Lo que dejaban atrás eran bandas estrechas de absoluto vacío. Y ahora, mientras corrían juguetonamente por el cemento blanco del extremo de la pista, seguían dejando atrás marcas negras que brillaban como asfalto.

«No —repitió su cerebro—. No es asfalto. Tú sabes lo que es ese vacío. Es nada.

Absolutamente nada. Están comiendo mucho más que la superficie de la pista de rodaje.»

En sus evoluciones había algo de alegría maligna. Se entrecruzaban, trazando una temblorosa X negra en la pista exterior. Botaban, daban un salto cruzado y exuberante, y después corrían en línea recta hacia el avión.

En ese momento, Brian y Nick gritaron a la vez. Debajo de las superficies de las veloces pelotas asomaban caras, caras monstruosas, extrañas que temblaban, se retorcían y ondulaban como si estuvieran hechas de resplandeciente gas pantanoso. Los ojos eran sólo muescas rudimentarias, pero las bocas eran inmensas: cuevas semicirculares bordeadas de dientes mordedores, desdibujados.

A medida que avanzaban, comían, levantando estrechas tiras de mundo.

En la pista exterior había un camión de combustible de Texaco. Los lagolieros se abalanzaron sobre él, mordiendo y triturando a toda velocidad con sus dientes, que sobresalían de sus cuerpos difuminados. Lo destrozaron con saña. Uno de ellos abrió una senda a través de los neumáticos traseros y, durante un momento, antes de que los neumáticos se deshincharan, Brian vio la forma que dejaba, una forma semejante a la que deja un ratón en un dibujo animado.

El otro dio un potente salto, desapareció un instante detrás del tanque de Texaco y después lo atravesó, dejando un agujero por el cual empezó a salir un chorro de apagado color ámbar.

Cayeron al suelo, volvieron a saltar como si tuvieran resortes, se cruzaron y corrieron hacia el avión. Debajo de ellos, la realidad se desintegraba en estrechas tiras, fuera lo que fuese lo que tocaban, y a medida que se aproximaban, Brian comprendió que estaban consumiendo algo más que el mundo: estaban abriendo las profundidades de la eternidad.

Llegaron al borde del asfalto y se detuvieron. Durante un momento, se agitaron vacilantes, como las bolas saltadoras que aparecían encima de las palabras en los viejos teatros de variedades.

Después, giraron y se precipitaron en otra dirección.

Se precipitaron hacia Craig Toomy, que estaba mirándolos y gritando en el aire blanco.

Con un esfuerzo inmenso, Brian superó la parálisis que lo dominaba y le dio un codazo a Nick, que seguía inmóvil.

—¡Vamos!

Nick no se movió y Brian le dio otro codazo, golpeando con fuerza su frente.

—¡He dicho que vamos! ¡Mueva el culo! ¡Nos vamos de aquí!

Aparecieron más bolas negras y rojas. Saltaban, bailaban, giraban... y corrían hacia ellos.

«No puedes huir de ellos —decía su padre—, porque poseen unas veloces piernecillas.» No obstante, Craig lo intentó.

Se volvió y corrió en dirección a la terminal, lanzando miradas horrorizadas y grotescas por encima del hombro. Sus zapatos se arrastraban sobre el pavimento. Ignoró el 767 de la American Pride, que ahora volvía a despegar, y corrió hacia la zona de equipajes.

«No, Craig —dijo su padre—. Tal vez creas que estás corriendo, pero no es así. Ya sabes lo que estás haciendo: estás escapando.»

Detrás de él, las dos bolas se apresuraron, acortando la distancia a un ritmo cómodo y jubiloso. Se cruzaron dos veces, igual que una pareja de alegres exhibicionistas en un mundo muerto, dejando tras ellas erizadas líneas de vacío. Rodaron hacia Craig separadas por una distancia de pocos centímetros, trazando lo que parecían huellas de esquí en negativo tras sus cuerpos burbujeantes y extraños.

Lo alcanzaron a seis metros de la cinta transportadora de equipajes y se comieron sus pies en una milésima de segundo. Hacía un momento, los rápidos pies que huían estaban allí; ahora, Craig había disminuido cinco centímetros. Sus pies, junto con sus caros mocasines Bally, simplemente habían dejado de existir. No había sangre; las heridas eran cauterizadas instantáneamente por el paso ígneo de los lagolieros.

Craig no sabía que ya no tenía pies. Escapaba sobre los muñones de sus tobillos, y cuando la primera sensación de dolor empezó a ascender por sus piernas, los lagolieros dieron una vuelta cerrada y regresaron, rodando alegremente uno junto a otro por el pavimento.

Esta vez sus caminos se cruzaron dos veces, dibujando una media luna de cemento orlada de negro, como las que aparecen en los libros de colorear de los niños. Sólo que esta media luna empezó a hundirse, no en la tierra —porque debajo de la superficie, al parecer, no había tierra— sino en la nada.

En esta ocasión, los lagolieros saltaron al unísono y mordieron a Craig en las rodillas. Al intentar seguir corriendo, cayó y se desplomó agitando los muñones. Sus días de corredor habían terminado.

—¡No! —aulló—. ¡No, papá! ¡No! ¡Seré bueno! ¡Por favor, haz que se vayan! Seré bueno, juro que a partir de ahora seré bueno si haces que se vayan...

Y entonces volvieron a arrojarle sobre él, farfullando, parlotando, zumbando y gimiendo, y Craig vio la difusa maquinaria helada de sus dientes trituradores, y sintió los cálidos gemidos de su vitalidad ciega y furiosa, en la fracción de segundo anterior al momento en que empezaron a descuartizarlo a desordenados mordiscos.

Su último pensamiento fue: «¿Cómo pueden ser veloces sus piernecillas; no tienen pier...»

Habían aparecido grupos de esas cosas negras, y Laurel comprendió que pronto habría cientos, miles, millones, billones. Incluso con el rugido de los motores que se oía a través de la puerta delantera mientras Brian apartaba el 767 de la escalerilla y el ala del Delta, oía aquel chillido borboteante, inhumano...

Enormes rizos de negrura se entrecruzaban al final de la pista 21. Después, las sendas fueron estrechándose en dirección a la terminal, convergiendo a medida que las bolas se precipitaban hacia Craig Toomy.

«Supongo que no comen carne viva muy a menudo», pensó, y súbitamente le entraron ganas de vomitar.

Tras una última mirada incrédula, Nick Hopewell cerró bruscamente la puerta delantera y empezó a retroceder por el pasillo, tambaleándose como un borracho. Sus ojos parecían ocupar toda la cara. Por su barbilla corría la sangre, porque se había mordido salvajemente el labio inferior. Abrazó a Laurel y hundió su rostro ardiente entre el cuello y el hombro de la joven. Ella lo rodeó con sus brazos y lo abrazó con fuerza.

En la cabina, Brian imprimió a los motores toda la potencia que se atrevió y se lanzó con el 767 a gran velocidad por la pista, en una operación suicida. Ahora, el borde oriental del aeropuerto estaba abarrotado de negras bolas invasoras; el extremo de la pista 21 había desaparecido y el mundo que existía más allá se desvanecía. En aquella dirección, el insensible cielo blanco se extendía sobre un universo de líneas negras y árboles caídos.

Al acercarse el avión al final de la pista, Brian cogió el micrófono y gritó:

—¡Abróchense los cinturones! ¡Abróchense los cinturones! ¡Y si no, agárrense fuerte!

Disminuyó un poco la velocidad e introdujo el 767 en la pista 33. Al hacerlo, vio algo que conmovió su cordura: enormes secciones del mundo que había al este de la pista, enormes trozos irregulares de la propia realidad caían como ascensores, dejando tras de sí grandes trozos de vacío.

«Se están comiendo el mundo —pensó—. ¡Dios mío! Se están comiendo el mundo.»

Entonces, todo el campo de aterrizaje dio la vuelta frente a él y el avión quedó otra vez orientado hacia el oeste, con la pista 33 abierta, larga y desierta delante.

Cuando el 767 giró en la pista, los maleteros situados sobre los asientos se abrieron, lanzando bolsos de mano por todo el compartimento. Bethany, que no había tenido tiempo de ajustarse el cinturón, cayó en el regazo de Albert Kaussner. Albert no notó ni el cálido cuerpo de chica que tenía sobre las piernas, ni el maletín que cayó pasando a siete centímetros de su nariz. Sólo vio las oscuras formas negras que corrían por la pista 21, a la izquierda, y las resplandecientes huellas negras que dejaban detrás. Aquellas huellas convergían hacia un gigantesco pozo de negrura que ocupaban el lugar donde había estado la zona de descarga de equipajes.

«Han sido atraídos por el señor Toomy —pensó—, o por el lugar donde estaba el señor Toomy. Si él no hubiera salido de la terminal, habrían elegido el avión. Se lo habrían comido, con nosotros dentro, empezando por las ruedas y siguiendo con todo lo demás.»

Detrás de él, Bob Jenkins dijo con voz espantada y temblorosa.

—Ahora lo sabemos, ¿no?

—¿Qué? —gritó Laurel con una voz extraña, jadeante, que no reconocía como suya. Una bolsa de mulotón le cayó en el regazo. Nick levantó la cabeza, soltó a Laurel y lanzó una mirada ausente al pasillo—. ¿Qué es lo que sabemos?

—Pues lo que le sucede al hoy cuando se convierte en ayer, lo que le ocurre al presente cuando se transforma en pasado. Permanece a la espera, muerto y vacío. Los espera a ellos. Espera a los guardianes del tiempo, de la eternidad, que no cesan de correr tras él limpiando la confusión de la manera más eficaz: comiéndosela.

—El señor Toomy los conocía —dijo Dinah con voz clara y soñadora—. El señor Toomy decía que son los lagolieros.

En ese momento, los motores alcanzaron su potencia máxima y el avión atravesó rugiendo la pista 33.

Brian vio que dos de las bolas se abalanzaban cruzando la pista delante de él, pelando la superficie de la realidad en dos huellas paralelas que resplandecían como ébano lustrado. Era tarde para detenerse. El 767 se estremecía como un perro resfriado mientras corría por encima de los lugares vacíos, pero logró mantenerlo en la pista. Bajó los aceleradores, apoyándose sobre ellos, y miró cómo el velocímetro avanzaba hacia el punto de despegue. Seguía oyendo aquellos ruidos de trituración y deglución, pero no sabía si sonaban en sus oídos o sólo en su mente confusa. Y no le importaba.

Inclinándose sobre Laurel para mirar por la ventanilla, Nick vio la terminal del aeropuerto internacional de Bangor seccionada, picada, triturada y acanalada. Saltaba dividida en diversas piezas de rompecabezas, y después empezó a desplomarse en solitarias simas de oscuridad. Bethany Simms gritó. Una huella negra corría junto al 767, mascando el borde de la pista. Súbitamente, giró hacia la derecha y desapareció bajo el avión.

Se escuchó otro golpe aterrador.

—¿Nos ha golpeado? —gritó Nick—. ¿Nos ha golpeado?

Nadie contestó. Sus caras pálidas y aterrorizadas miraban por las ventanillas, y nadie dijo una palabra. Los árboles pasaban a toda velocidad entre una bruma verdegrisácea. En la cabina, Brian esperaba en tensión, echado hacia delante, a que una de esas bolas saltara frente al parabrisas y lo atravesara. No sucedió.

Las últimas luces rojas del tablero se pusieron en verde. Brian tiró del volante hacia atrás y el 767 despegó.

En el compartimento principal, un hombre de barba negra con ojos inyectados en sangre se abrió paso por el corredor, parpadeando como una lechuza.

—¿Ya estamos llegando a Boston? —preguntó en general—. Espero que sí, porque quiero meterme en la cama. Tengo una jaqueca espantosa.

CAPÍTULO NUEVE

ADIÓS A BANGOR. ATRAVESANDO DÍAS Y
NOCHES HACIA EL OESTE. VERLO A TRAVÉS
DE LOS OJOS DE LOS DEMÁS. EL GOLFO
INTERMINABLE. LA GRIETA. LA
ADVERTENCIA. LA DECISIÓN DE BRIAN. EL
ATERRIAJE. SÓLO ESTRELLAS FUGACES.

1

El avión se ladeó hacia el este, arrojando al hombre barbudo sobre una hilera de asientos vacíos cerca de un extremo del compartimento principal.

Abrió desmesuradamente los ojos con expresión asustada al ver los asientos vacíos, y después los cerró.

—¡Jesús! —murmuró—. Es delirium tremens, el maldito delirium tremens. Es lo peor que me ha pasado —añadió, mirando atemorizado a su alrededor—. Lo siguiente son los gusanos...

¿Dónde están esos cabrones gusanos?

«No hay gusanos —pensó Albert—, pero espera a ver las bolas. Ésas sí que te van a gustar.»

—Ajústese el cinturón, colega —dijo Nick—, y cá...

Se interrumpió, mirando incrédulo el aeropuerto, o más bien el lugar donde había estado el aeropuerto. Los edificios principales habían desaparecido, y también la base de la Guardia Nacional,

en el extremo occidental. El avión sobrevolaba un creciente abismo de tinieblas, una cisterna eterna que parecía no tener fin.

—¡Dios mío, Nick! —exclamó Laurel, y de pronto se tapó los ojos con las manos.

Mientras sobrevolaban la pista 33 a quinientos metros de altura, Nick vio entre sesenta y cien líneas paralelas que iban abriéndose paso rápidamente por el pavimento, cortando la pista en largas tiras que se hundían en el vacío. Las tiras le recordaron a Craig Toomy.

Rasss.

Al otro lado del pasillo, Bethany bajó la cortinilla que estaba junto al asiento de Albert.

—¡No te atrevas a abrir eso! —le dijo en tono amenazador.

—No hay peligro —replicó Albert, quien de pronto recordó que había dejado su violín allá abajo. Bueno, sin duda había desaparecido.

De repente, él también se cubrió la cara con las manos.

Antes de dar la vuelta de nuevo hacia el oeste, Brian vio lo que había al este de Bangor. Nada. Nada en absoluto. Un titánico río de oscuridad que se extendía en el horizonte bajo la blanca cúpula del sol. Los árboles habían desaparecido, la ciudad se había evaporado, la propia tierra había dejado de existir.

«Así debe de ser volar por el espacio exterior», pensó, y sintió que su racionalidad cedía un punto, como le había sucedido durante el viaje al este.

Se aferró desesperadamente a sí mismo y se obligó a concentrarse en el vuelo. Subió muy deprisa, deseando estar ya en las nubes y que desapareciera aquella visión infernal. El vuelo 29 se dirigía otra vez hacia el oeste. En los instantes anteriores a entrar en las nubes vio las colinas, bosques y lagos que se extendían hacia el oeste de la ciudad, los vio violentamente mermados por miles de telarañas negras. Vio enormes trozos de realidad deslizándose sin ruido hacia la creciente boca del abismo, e hizo algo que jamás había hecho en la cabina del avión.

Cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, estaban dentro de las nubes y la visión infernal quedaba oculta.

Esta vez casi no había turbulencias. Tal como había sugerido Bob Jenkins, los esquemas meteorológicos parecían ir agotándose como un viejo reloj. Diez minutos después de entrar en las nubes, el vuelo 29 emergió en el mundo azul que empezaba a los cinco mil metros de altura. Los pasajeros se miraron nerviosos, y después miraron los altavoces, por donde salió la voz de Brian.

—Estamos arriba —dijo sencillamente—. Ahora, todos sabéis lo que pasa: regresamos exactamente por donde vinimos. Esperemos que la puerta por donde entramos siga allí. Si es así, pasaremos. —Hizo una pausa y después prosiguió—: Nuestro vuelo de regreso durará entre cuatro horas y media y seis. Desearía ser más exacto, pero no puedo. En circunstancias normales, un vuelo hacia el oeste suele tardar más que hacia el este, a causa de los vientos, pero por lo que puedo ver en mis instrumentos, no hay viento. —Hizo otra pausa y añadió—: Aquí arriba no se mueve nada, salvo nosotros.

Durante un lapso, el intercomunicador siguió abierto, como si Brian tuviera intención de agregar algo, pero después se cerró.

—¡En nombre de Dios! ¿Qué está pasando aquí? —preguntó el hombre de la barba negra! estremeciéndose.

Albert lo miró un instante y dijo:

—No creo que quiera saberlo.

—¿Estoy otra vez en el hospital? —preguntó, parpadeando asustado.

Albert sintió una repentina simpatía hacia él.

—Si eso le ayuda, ¿por qué no lo cree así?

El hombre siguió mirándolo un momento, con fascinado espanto, y después anunció:

—Me vuelvo a dormir. Ahora mismo. —Y, reclinando su asiento, cerró los ojos. Menos de un minuto después, su pecho subía y bajaba con regularidad, y el hombre roncaba por lo bajo.

Albert lo envidió.

Nick dio un corto abrazo a Laurel, se desabrochó el cinturón y se levantó.

—Voy adelante —dijo—. ¿Quieres venir?

Laurel meneó la cabeza y señaló a Dinah, del otro lado del pasillo.

—Me quedaré con ella.

—No puedes hacer nada, ¿sabes? —dijo Nick—. Me temo que ahora está en manos de Dios.

—Ya lo sé —respondió ella—, pero quiero quedarme.

—Muy bien, Laurel —dijo, acariciando ligeramente su pelo con la palma de la mano—. Es un nombre tan bonito. Te lo mereces.

Ella lo miró y sonrió.

—Gracias.

—Tenemos una cita para cenar. No lo has olvidado, ¿verdad?

—No —contestó ella, sin dejar de sonreír—, ni lo olvidaré.

Él se inclinó y le dio un suave beso en la boca.

—¡Estupendo! —exclamó—. Yo tampoco.

Nick se fue hacia delante y Laurel apretó ligeramente los dedos contra los labios, como para mantener el beso allí, en su lugar. Cenar con Nick Hopewell, un extraño oscuro y misterioso.

Tal vez con velas y una buena botella de vino. Y después, más besos, besos de verdad.

Parecía lo que a veces sucede en esos romances de la colección Arlequín que leía de vez en cuando. ¿Y qué? Eran historias agradables, llenas de sueños dulces e inofensivos. Soñar un poco no hacía daño, ¿no?

Por supuesto que no. Pero ¿por qué sentía que era tan improbable que ese sueño se hiciera realidad?

Ella también se desabrochó el cinturón, cruzó el pasillo y puso la mano sobre la frente de la niña. El calor febril que sintiera antes había desaparecido. Ahora, la piel de Dinah estaba fría como la cera.

«Creo que se va», había dicho Rudy poco antes de que iniciaran su frenética retirada. Laurel recordó esas palabras, que resonaron con angustiosa veracidad. Dinah respiraba dando ligeras bocanadas, y su pecho apenas se movía bajo la tira que apretaba el mantel contra su herida. Con infinita ternura, Laurel le apartó el pelo de la frente y pensó en aquel extraño momento en el restaurante, cuando Dinah agarró la pernera del tejano de Nick. «No lo mate..., lo necesitamos.»

«¿Nos salvaste, Dinah? ¿Le hiciste al señor Toomy algo que nos salvó? ¿Te las arreglaste para que entregara su vida a cambio de la nuestra?»

Pensó que quizás había sucedido algo así, y que, en tal caso, aquella niña ciega y mal herida había tomado una terrible decisión en medio de su oscuridad.

Se echó hacia delante y besó los cerrados párpados de Dinah.

—Aguanta —susurró—. Por favor, Dinah, aguanta.

Bethany se volvió hacia Albert, le cogió las manos entre las suyas, y preguntó:

—¿Qué pasa si el combustible no funciona?

Albert la miró con seriedad y dulzura.

—Ya conoces la respuesta, Bethany.

—Puedes llamarme Beth si quieres.

-Vale.

La chica sacó sus cigarrillos, miró el cartel encendido de «No fumar» y volvió a guardarlos.

—Sí, lo sé —dijo—. Nos caemos. Fin de la historia. ¿Y sabes qué?

Él meneó la cabeza, sonriendo un poco.

—Si no podemos volver a encontrar ese agujero, espero que el capitán Engle ni siquiera intente aterrizar. Espero que elija una bonita y alta montaña y choque contra la cima. ¿Viste lo que le pasó a aquel tipo loco? No quiero que me pase eso a mí.

Se estremeció, y Albert la rodeó con un brazo. Ella lo miró con franqueza.

—¿Te gustaría besarme?

—Sí —dijo Albert.

—Bueno, entonces adelante. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

Albert obedeció. Era la tercera vez en su vida que el judío más rápido del oeste del Mississippi besaba a una chica, y lo encontró estupendo. Podía pasarse todo el viaje de regreso pegado a los labios de esta chica sin una sola preocupación en el mundo.

—Gracias —dijo ella, y apoyó la cabeza en su hombro—. Lo necesitaba.

—Bueno, si vuelves a necesitarlo, no tienes más que pedirlo.

Ella lo miró, divertida.

—¿Necesitas que lo pida, Albert?

—Supongo que no —dijo el Judío de Arizona, y volvió al trabajo.

Cuando se dirigía a la cabina de mandos, Nick se detuvo para hablar con Bob Jenkins. Se le había ocurrido una idea desagradable y quería consultarla con el escritor.

—¿Cree que puede haber alguna de esas cosas aquí arriba?

Bob lo pensó un momento.

—A juzgar por lo que vimos en Bangor, yo diría que no. Pero es difícil decirlo, ¿no cree? En una situación así, uno no puede apostar nada.

—Sí, supongo que en estas circunstancias no hay apuestas que valgan. —Nick se quedó pensativo y preguntó—: ¿Y qué hay de ese desgarramiento en el tiempo de su teoría? ¿Qué probabilidades cree que hay de que volvamos a encontrarlo?

Bob Jenkins meneó lentamente la cabeza.

Rudy Warwick habló a sus espaldas, sobresaltándolos.

—No me lo ha preguntado, pero le daré mi opinión. Creo que son de mil a una.

Nick lo pensó. Un instante después, una sonrisa radiante iluminó su cara.

—No está mal —dijo—. Sobre todo si se considera la alternativa.

Menos de cuarenta minutos más tarde, el cielo azul por el que volaban empezó a adquirir un tono más profundo. Viró lentamente al índigo y después a un púrpura oscuro. Sentado en su cabina, manejando los instrumentos y anhelando una taza de café, Brian recordó una vieja canción: «Cuando cae la púrpura profunda... sobre los soñolientos muros del jardín...» Aquí arriba no había ni muros ni jardín, pero veía las primeras estrellas brillando en el cielo. Había algo tranquilizador y sedante en el hecho de que las viejas constelaciones aparecieran, una a una, en sus lugares habituales. Le resultaba incomprensible que estuvieran igual cuando tantas otras cosas habían sufrido profundas alteraciones, pero le alegraba que fuese así. —Vamos de prisa, ¿eh? —dijo Nick a sus espaldas.

Brian se volvió a mirarlo.

—Sí. Creo que dentro de un rato los «días» y las «noches» pasarán a la velocidad del obturador de una cámara.

Nick suspiró.

—Ahora nos queda lo más difícil de todo, ¿no? Esperar a ver qué pasa. Y rezar un poco, supongo.

—No vendría mal —dijo Brian, lanzando una mirada especulativa a Nick Hopewell—. Yo iba a Boston porque mi exesposa murió en un estúpido incendio. Dinah iba porque un montón de médicos le prometieron un par de ojos nuevos. Bob iba a una convención, Albert al Conservatorio y Laurel de vacaciones. ¿Por qué iba usted, Nick? Confiase. Se hace tarde. Nick lo miró pensativo un largo rato y después se echó a reír.

—Bueno, ¿por qué no? —dijo. Pero Brian no era tan torpe como para creer que la pregunta iba dirigida a él—. ¿Qué significa una clasificación de Alto Secreto cuando uno acaba de ver un grupo de bolitas asesinas enrollando el mundo como una alfombra? —Y volvió a reír antes de continuar—. Estados Unidos no ha copado exactamente el mercado de trucos sucios y operaciones encubiertas. Nosotros, los Limeys, hemos olvidado más canalladas de las que conocieron ustedes, los Johnnies. Hemos hecho el loco en la India, en Sudáfrica, en China y en la parte de Palestina que se convirtió en Israel. Desde luego, esa vez nos metimos en un lío gordo, ¿no cree? Sin embargo, los británicos somos fieles creyentes de la capa y espada, y el fabuloso MI5 no es el final sino el principio. He pasado dieciocho años en las Fuerzas Armadas, Brian, y los últimos cinco en Operaciones Especiales. Desde entonces, he hecho trabajos diversos, algunos inocuos y otros increíblemente malignos. Ahora la oscuridad era total y las estrellas brillaban como lentejuelas en un traje de fiesta femenino.

—Estaba en Los Ángeles, en realidad de vacaciones, cuando me localizaron y me ordenaron que fuera a Boston. No me avisaron con tiempo, y después de cuatro días de marcha por los montes San Gabriel, me caía de cansancio. Por eso estaba durmiendo cuando se produjo lo que el señor Jenkins llama el suceso. Verá, hay un hombre en Boston..., o había..., o habrá..., los viajes a través del tiempo enredan mucho los tiempos verbales, ¿no le parece?..., que es un político de cierto renombre. La clase de tipo que se mueve y actúa con desenvoltura entre bastidores. Ese hombre, lo llamaré O'Banion para facilitar la conversación, es muy rico, Brian, y es un amigo entusiasta del IRA. Ha invertido millones de dólares en lo que algunos llaman la tarea benéfica favorita de Boston, y sus manos están manchadas de sangre. No se trata sólo de soldados británicos, sino también de niños en los patios de las escuelas, mujeres en la lavandería y bebés que volaron hechos pedazos desde sus cochecitos. Es un idealista de la clase más peligrosa, de los que nunca han tenido que presenciar la carnicería, de los que nunca se han encontrado ante una pierna cortada tirada en una alcantarilla y que, por lo tanto, no se han visto obligados a reconsiderar sus actos a la luz de la experiencia.

—¿Tenía que matar a ese O'Banion?

—No, a menos que fuera necesario —dijo secamente Nick—. Es muy rico, pero ése no es el único problema. Es un político total, así que tiene más dedos de los que usa para revolver el guisado en Irlanda. Tiene muchos amigos poderosos y algunos de sus amigos son nuestros amigos. Así es la política: una telaraña tejida por hombres que en su mayor parte deberían estar encerrados en habitaciones acolchadas.

«Matar al señor O'Banion sería un gran riesgo político. Pero él tiene un punto débil. Era a ella a quien debía matar.

—Como advertencia —dijo Brian en voz baja y fascinada.

—Sí, como advertencia.

Pasó casi un minuto mientras los dos hombres se miraban. El único sonido era el ronroneo adormecedor de los motores. Los ojos de Brian tenían una mirada escandalizada y enormemente juvenil. Sólo Nick parecía fatigado.

—Si salimos de ésta —dijo por fin Brian—, si volvemos, ¿seguirá con eso?

Nick meneó la cabeza. Lo hizo con lentitud, pero con absoluta decisión.

—Mi viejo compañero, he tenido lo que esos gilipollas de los adventistas llaman una conversión del alma. Ya no habrá más estremecimientos a medianoche o trabajos especiales para Nicholas, el hijo de la señora Hopewell. Si salimos de ésta, proposición que en este momento me parece bastante endeble, creo que me retiraré.

—¿Y qué hará?

Nick lo miró pensativo y después dijo:

—Bueno, supongo que podría aprender a pilotar.

Brian se echó a reír. Un instante después, Nicholas, el hijo de la señora Hopewell, unió su risa a la de él.

Treinta y cinco minutos después, la luz empezó a filtrarse otra vez en el interior del compartimento principal del avión. Tres minutos más tarde, parecía media mañana; quince minutos después, mediodía.

Laurel miró a su alrededor y vio que los ojos ciegos de Dinah estaban abiertos.

¿Estaban totalmente ciegos? Había en ellos algo, algo que escapaba a las definiciones y que provocaba esa pregunta. Laurel sintió que la invadía un sentimiento de horror desconocido, un sentimiento que se parecía bastante al miedo.

Se estiró y cogió suavemente una de las manos de Dinah.

—No trates de hablar —dijo con dulzura—. Dinah, si estás despierta, no trates de hablar, sólo escucha. Estamos en el aire. Vamos de regreso y te pondrás bien, te lo prometo.

La mano de Dinah apretó la suya y Laurel comprendió que tiraba de ella. Se inclinó sobre la camilla. Dinah habló con una debilísima voz que a Laurel le pareció un perfecto modelo a escala de su voz anterior.

—No te preocupes por mí, Laurel. Conseguí... lo que quería.

—Dinah, no deberías...

Los ciegos ojos castaños se movieron hacia el sonido de la voz de Laurel. Una pequeña sonrisa estiró su boca ensangrentada.

—Vi —le dijo aquella voz débil, frágil como el cristal—. Vi a través de los ojos del señor Toomy. Al principio y después otra vez, al final. Al final fue mejor. Al comienzo, todo le parecía mezquino y horrible. Fue mejor al final.

Laurel la miró, estupefacta.

La mano de la niña soltó la de Laurel y se levantó temblorosa para tocar su mejilla.

—No era un hombre tan malo, ¿sabes? —Entonces tosió, y de su boca saltaron pequeños coágulos de sangre.

—Por favor, Dinah —dijo Laurel. Tuvo la repentina sensación de que casi podía ver a través de la niña ciega, y eso le produjo un pánico asfixiante, vertiginoso—. Por favor, no intentes seguir hablando.

Dinah sonrió.

—Y te vi a ti —dijo—. Eres hermosa, Laurel. Todo era hermoso..., hasta las cosas que estaban muertas. ¡Era tan maravilloso ver!

Realizó una de sus breves inspiraciones, soltó el aire y simplemente no volvió a aspirarlo.

Ahora, sus ojos ciegos parecían mirar mucho más allá de Laurel Stevenson.

—Por favor, respira Dinah —dijo Laurel. Cogió una de las manos de la niña y empezó a besarla, como si besándola pudiera devolver la vida a lo que había escapado más allá. No era justo que Dinah muriera después de haberlos salvado. No había Dios que pudiera exigir semejante sacrificio, ni siquiera a gente que se encontraba fuera de su tiempo—. Por favor, respira, por favor, respira, por favor, respira...

Pero Dinah no respiró. Después de largo rato, Laurel soltó la mano de la niña y miró fijamente su cara pálida e inmóvil. Esperó que sus ojos se llenaran de lágrimas, pero no pasó nada. Sin embargo, el corazón le dolía con profunda pena y en su cabeza resonaba una ultrajada protesta: «¡Ah, no! ¡No es justo! ¡Esto no es justo! ¡Rectifica, Dios! ¡Rectifica, maldito seas! ¡Rectifica! ¡Rectifica!

Pero Dios no lo hizo. Los motores ronroneaban, el sol brillaba en la manga ensangrentada del vestido de viaje de Dinah, y Dios no rectificó. Laurel miró al otro lado del pasillo y vio que Albert y Bethany se besaban. Albert tocaba uno de los pechos de la chica a través de la camiseta, suave, delicada, casi religiosamente. Parecían constituir una forma ritual, una representación simbólica de la vida y esa chispa testaruda, intangible, que hace que la vida continúe incluso ante las desgracias más espantosas y los más terribles reveses. Laurel volvió a mirar a Dinah, esperanzada, pero Dios seguía sin rectificar.

Dios no había rectificado.

Laurel besó la suave colina de la mejilla de Dinah y tocó su cara. Sus dedos se detuvieron a unos milímetros de sus párpados.

«Vi a través de los ojos del señor Toomy. Todo era hermoso..., hasta las cosas que estaban muertas. ¡Era tan maravilloso ver!»

—Sí —dijo Laurel—, puedo vivir con eso.

Y dejó abiertos los ojos de Dinah.

El avión de la American Pride voló hacia el oeste a través de días y noches, pasando de la luz a la oscuridad, y de nuevo a la luz, y de nuevo a la oscuridad, a través de un gran desfile ocioso y cambiante de densas nubes. Cada ciclo se producía un poco más deprisa que el anterior.

Algo más de tres horas después, las nubes que tenían debajo desaparecieron, exactamente en el mismo punto en que habían comenzado durante el viaje al este. Brian estaba dispuesto a apostar que el frente no se había movido ni veinte centímetros. Las Grandes Llanuras se extendían bajo ellos en una silenciosa franja de tierra amarillenta.

—Por aquí no hay señal de ellos —dijo Rudy Warwick. No era necesario aclarar a quiénes se refería.

—No —dijo Bob Jenkins—. Al parecer, los hemos dejado atrás, sea en el espacio o en el tiempo.

—O en ambos —apuntó Albert.

—Sí, o en ambos.

Pero no era así. Cuando el avión empezó a sobrevolar las Rocosas, empezaron a ver otra vez las líneas negras, delgadas como hilos. Se precipitaban arriba y abajo por las escarpadas pendientes y dibujaban modelos no exactamente sin sentido en la alfombra gris azulada de los árboles. Nick permaneció de pie junto a la puerta delantera, mirando por el pequeño ojo de buey. Aquel ojo tenía un extraño efecto magnificante, y pronto descubrió que veía mejor de lo que realmente deseaba. Mientras miraba, dos de las líneas negras se separaron, corrieron en dirección a un afilado pico cubierto de nieve, se encontraron al otro lado, se cruzaron y se precipitaron por la otra pendiente en direcciones divergentes. Tras ellas, la cima de la montaña se desplomó sobre sí misma, dejando algo semejante a un volcán con una enorme caldera muerta en la cumbre truncada.

—¡Jesús, María y José! —murmuró Nick, y se pasó una mano temblorosa por la frente.

Mientras atravesaban la pendiente oeste en dirección a Utah, empezó a oscurecer otra vez. El sol poniente arrojaba una luz entre anaranjada y rojiza sobre un fragmentario paisaje infernal que ninguno de ellos podía mirar durante mucho tiempo. Uno tras otro, siguieron el ejemplo de Bethany y bajaron las cortinillas. Nick regresó a su asiento con paso inseguro y se tocó la frente con una mano fría y convulsa. Un instante después, se volvió hacia Laurel, quien lo tomó en sus brazos sin decir nada.

Brian estaba obligado a mirar. En la cabina no había cortinillas. Debajo de él y frente a sus ojos, Colorado occidental y Utah se sumergieron en el pozo de la eternidad pieza tras pieza. Montañas, prados, mesetas y collados dejaban de existir a medida que los lagolieros los iban separando de la podrida tela de su pasado muerto, para soltarlos y dejar que se precipitaran hacia interminables abismos eternos. Arriba no se oía nada, y por alguna razón eso era lo más horrible de todo. La tierra qué había bajo los lagolieros desaparecía tan silenciosamente como si se tratara de una acumulación de motas de polvo.

Después, afortunadamente, se hizo la oscuridad, y durante un rato pudo concentrarse en las estrellas. Se aferró a ellas con la desesperación del pánico. Eran las únicas cosas reales que quedaban en ese mundo horrible: Orión, el cazador; Pegaso, el gran caballo tembloroso de la medianoche; Casiopea en su silla estrellada.

Media hora más tarde volvió a salir el Sol y Brian sintió que su cordura vacilaba y se deslizaba lentamente hacia el borde de su propio abismo. El mundo había desaparecido de manera total y absoluta. El profundo cielo azul era una cúpula que cubría un océano ciclópeo del ébano más intenso y puro.

El mundo había sido arrebatado de debajo del vuelo 29.

La idea de Bethany también se le había ocurrido a Brian: si lo peor llegaba, podía iniciar un descenso vertical con el 767 y arrojarse contra una montaña, terminando de una vez por todas. Pero ahora no había montañas contra las que estrellarse.

Ahora no había tierra donde estrellarse.

«¿Qué nos sucederá si no podemos volver a encontrar la grieta? —pensó—. ¿Qué sucederá si nos quedamos sin combustible? No intentes decirme que nos estrellaremos porque no lo creo. No es posible estrellarse contra nada. Creo que simplemente caeremos, caeremos y caeremos. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Y hasta dónde? ¿Hasta dónde puede caerse en la nada?

»No pienses en eso.»

Pero ¿cómo conseguirlo? ¿Cómo podía uno negarse a pensar?

Se volvió con deliberación hacia la hoja de cálculos. Trabajó con ellos, consultando frecuentemente la pantalla lectora, hasta que la luz empezó otra vez a desvanecerse del cielo. Calculó que el tiempo transcurrido entre la salida del Sol y el crepúsculo había sido de unos veintiocho minutos.

Buscó el interruptor que controlaba el intercomunicador de la cabina y abrió el circuito.

—Nick, ¿puede venir?

Menos de treinta segundos después, Nick estaba en la puerta de la cabina.

—¿Han bajado las cortinillas? —le preguntó Brian antes de que pudiera entrar del todo.

—¡Ya lo creo! —dijo Nick.

—Una medida muy prudente. Por favor, todavía no mire hacia abajo, si puede evitarlo. Dentro de unos minutos le pediré que mire hacia fuera, y en cuanto lo haga, supongo que no podrá evitar mirar también hacia abajo, pero le aconsejo que lo demore lo máximo posible. No es muy agradable.

—Desaparecido, ¿no?

—Sí. Todo.

—La niña también. Dinah. Laurel la acompañó al final. Está reaccionando muy bien. Le gustaba la niña. A mí también.

Brian asintió. No estaba sorprendido. La herida de la niña era de las que exigen tratamiento inmediato en una unidad de cuidados intensivos, y aun así el diagnóstico hubiera sido dudoso, pero de todos modos sintió un peso en el corazón. A él también le gustaba Dinah y creía lo mismo que Laurel: que de alguna manera la niña era más responsable de la supervivencia de todos que cualquier otra cosa.

Le había hecho algo al señor Toomy, lo había utilizado de una manera extraña, y Brian pensaba que, en el fondo, a Toomy no le hubiera importado que lo utilizaran así. De modo que si su muerte era un presagio, era de los peores.

—No tuvo oportunidad de ver —dijo.

—No.

—Pero ¿Laurel está bien?

—Más o menos.

—A usted le gusta, ¿verdad?

—Sí —dijo Nick—. Tengo colegas a los que les haría gracia, pero me gusta. Es un poco sentimental, pero tiene fuerza.

Brian asintió.

—Bueno, si regresamos, le deseo la mejor de las suertes.

—Gracias. —Nick se sentó en el lugar del copiloto—. He estado pensando en la pregunta que me hizo antes sobre lo que haré cuando salgamos de este lío, en caso de que salgamos, además de llevar a cenar a la adorable Laurel, claro. Supongo que podría terminar persiguiendo al señor O'Banion, al fin y al cabo. En mi opinión, no es muy distinto de nuestro amigo Toomy.

—Dinah le pidió que no hiciera daño al señor Toomy —señaló Brian—. Tal vez sea algo que deba agregar a su ecuación.

Nick asintió. Lo hizo como si su cabeza se hubiera vuelto demasiado pesada para su cuello.

—Tal vez lo sea.

—Escuche, Nick, lo he llamado porque si existe la falla en el tiempo de la que habla Bob, estamos acercándonos al lugar por donde entramos. Tenemos que vigilar juntos. Usted controle el lado de estribor y del centro a la derecha; yo, el de babor y hacia la izquierda. Si ve algo que parezca una falla en el tiempo, silbe.

Nick miró a Brian con grandes ojos inocentes.

—¿Buscamos una falla de tipo bambodante o cree que se tratará de una variedad más o menos fucodélica, colega?

—Muy gracioso —dijo Brian, que a su pesar se sintió sonreír—. No tengo ni la más remota idea de cómo será o de si podremos verla. Si ha derivado hacia un lado o ha cambiado de altitud, nos veremos metidos en un buen lío. Por comparación, resultaría fácil encontrar la aguja en el pajar.

—¿Y el radar?

Brian señaló el monitor del radar en color RCA/TL.

—Como ve, no hay nada. Pero no es sorprendente. Si la tripulación original hubiera detectado algo en el radar, nunca lo hubieran atravesado.

—Tampoco lo hubieran atravesado si lo hubieran visto —señaló melancólicamente Nick.

—Eso no es necesariamente así. Tal vez lo vieron demasiado tarde como para evitarlo. Los jets se mueven con gran rapidez, y la tripulación no se pasa todo el viaje registrando el cielo en busca de monstruos, Nick. No es necesario; para eso está el control de tierra. A los treinta o treinta y cinco minutos de vuelo, las tareas exteriores de la tripulación terminan. El pájaro está en el aire, fuera del espacio aéreo de Los Ángeles, la bocina anticolidión permanece conectada y suena cada noventa segundos para demostrar qué funciona. El vuelo está enteramente programado (ya lo está antes de que el avión abandone la tierra), y le va diciendo al piloto automático lo que tiene que hacer. Por el aspecto que presentaba la cabina, el piloto y el copiloto estaban tomando café. Tal vez estuvieran sentados aquí, uno frente al otro, hablando de la última película que vieron o de la montaña rusa de Hollywood Park. Si hubiera habido un auxiliar de vuelo delante antes de que se produjera el suceso, al menos habrían contado con otro par de ojos, pero sabemos que no fue así. La tripulación masculina tomaba su café y sus galletas de mantequilla; las auxiliares de vuelo se preparaban para servir bebidas a los pasajeros. Entonces sucedió.

—Es una descripción muy detallada —dijo Nick—. ¿Está tratando de convencerme a mí o a usted mismo?

—A estas alturas, estoy dispuesto a convencer a cualquiera.

Nick sonrió y pasó a la ventanilla de estribor. Involuntariamente, dirigió la mirada hacia el lugar donde estaba la tierra, y su sonrisa se heló y se desvaneció. Se le doblaron las rodillas y tuvo que cogerse para no caer.

—Croquetas de mierda —dijo con voz débil y desmayada.

—No es muy agradable, ¿eh?

Nick se volvió para mirar a Brian. Sus ojos parecían flotar en la cara lívida.

—Durante toda mi vida —dijo—, cada vez que oía hablar del gran cabrón, pensaba en el fuego del infierno, pero no es así. Eso de ahí abajo es el infierno.

Brian volvió a comprobar las instrucciones de vuelo y los gráficos. En uno de ellos había dibujado un pequeño círculo rojo. Estaban a punto de entrar en el espacio aéreo representado por ese círculo.

—¿Puede hacer lo que le he pedido? Si no, dígallo. El orgullo es un lujo que no podemos...

—Por supuesto que puedo —murmuró Nick. Había apartado los ojos del inmenso bolsillo negro que había bajo el avión, y contemplaba el cielo—. Pero me gustaría saber qué estoy buscando.

—Creo que lo sabrá cuando lo vea —dijo Brian. Hizo una pausa y agregó—: Si lo ve.

Bob Jenkins estaba sentado con los brazos cruzados, como si tuviera frío. Una parte de él estaba fría, en efecto, pero no era un frío físico. El frío salía de su cabeza.

Algo andaba mal.

No sabía qué era, pero algo andaba mal. Algo estaba fuera de lugar, o perdido, u olvidado. Habían cometido un error o estaban a punto de cometerlo. Esa sensación lo reconcomía como un dolor no lo bastante localizado para poder identificarlo. Esa sensación de error estaba a punto de cristalizarse en una idea, pero volvía a alejarse como un animalillo a medio domar. Algo erróneo.

O fuera de lugar. O perdido.

U olvidado.

Delante de él, Albert y Bethany se hacían carantoñas. Detrás Rudy Warwick tenía los ojos cerrados y movía los labios. En una mano sujetaba las cuentas de un rosario. Al otro lado del pasillo, Laurel Stevenson estaba sentada junto a Dinah, acariciando suavemente una de sus manos.

Error.

Bob levantó la cortinilla que había junto a su asiento, miró hacia el exterior y la bajó de golpe. Mirar eso no contribuiría a ningún pensamiento racional; más bien al contrario. Lo que había debajo del avión era pura demencia.

«Debo advertírselo. Tengo que hacerlo. Están trabajando en base a mi hipótesis, pero si es un error..., y peligroso... Tengo que advertírselo.»

Pero ¿advertirles de qué?

Una vez más, estuvo a punto de encontrar el enfoque correcto, pero de nuevo se le escapó, convirtiéndose en una sombra entre las sombras, pero una sombra con brillantes ojos malignos.

Súbitamente, se desabrochó el cinturón y se puso en pie.

Albert se volvió.

—¿Adonde va?

—A Cleveland —dijo Bob, malhumorado, y empezó a caminar por el pasillo en dirección a la cola del avión, tratando de identificar el origen de ese timbre de alarma interior.

Brian apartó los ojos del cielo —que ya volvía a mostrar señales de luz—, aunque sólo lo necesario para echar un vistazo rápido a la lectora de instrumentos y después al círculo del gráfico. Ahora estaban acercándose a la zona más alejada del círculo. Si la falla temporal seguía allí, la verían pronto. Si no, suponía que tendría que tomar los controles y volver atrás para hacer otro pase a una altitud o en una dirección ligeramente distintas. Sería terrible, pues iban muy justos de combustible, pero como de todas formas lo más probable era que la cosa fuese desesperada, no importaba mu...

—¿Brian? —la voz de Nick era temblorosa—. Brian, creo que veo algo.

Bob llegó a la parte trasera del avión, dio media vuelta y comenzó lentamente a volver sobre sus pasos, recorriendo una fila tras otra de asientos vacíos. Miró los objetos que había sobre ellos y en el suelo: bolsos, gafas, trozos de metal que probablemente eran tapas de tacones, empastes dentales, anillos de bodas.

«Algo va mal.»

¿Sí? ¿Era realmente así o se trataba sólo de su cerebro fatigado luchando desesperadamente por nada, el equivalente mental de un músculo cansado que no deja de latir?

«Déjalo», se aconsejó, pero no podía.

«Si realmente algo va mal, ¿por qué no lo ves? ¿No le dijiste a ese chico que la deducción era tu pan de cada día? ¿Acaso no has escrito cuarenta novelas de misterio? ¿Y no eran buenas por lo menos una docena de ellas? ¿Acaso Newgate Callender no dijo que *La Madonna durmiente* era "una obra maestra de la lógica" cuando...?»

Bob Jenkins se detuvo de pronto y sus ojos se dilataron. Miró un asiento de babor, cerca de la parte delantera del compartimento. El hombre de la barba negra estaba dormido otra vez, roncando lujosamente. Dentro del cerebro de Bob, el tímido animal empezó lentamente a salir a la luz. Sólo que no era pequeño, como había creído. Ése había sido su error. A veces las cosas no se ven porque son demasiado pequeñas, pero en otros casos se ignoran porque son demasiado grandes, demasiado obvias.

La Madonna durmiente.

El hombre durmiente.

Abrió la boca y trató de gritar, pero no salió ningún sonido. Tenía la garganta obturada. El terror se sentaba sobre su pecho como un mono. Intentó gritar otra vez, pero no logró emitir más que un chillido sofocado.

Madonna durmiente, hombre durmiente.

Ellos, los supervivientes estaban durmiendo.

Y ahora, ninguno de ellos dormía, salvo el barbudo.

Una vez más, abrió la boca e intentó gritar, y una vez más no sucedió nada.

—¡Dios bendito! —susurró Brian.

La falla temporal estaba unos ciento cincuenta kilómetros delante de ellos, aproximadamente seis o siete grados a estribor del 767. Había derivado, pero imperceptiblemente. Brian supuso que la ligera diferencia se debía a un pequeño error de navegación.

En realidad, era un agujero romboidal, pero no un vacío negro. Estaba orlado por una luz de un rosa purpúreo, como la aurora boreal. Más allá, Brian veía las estrellas, pero muy difusas. Una cinta blanca y ancha de vapor entraba o salía de esa forma que colgaba del cielo. Parecía una extraña autopista etérea.

«Podemos entrar sin problemas —pensó Brian, excitado—. ¡Es mejor que un faro!»

—¡Estamos en el buen camino! —dijo, riendo como un idiota y sacudiendo los puños en el aire.

—Debe de tener tres kilómetros de ancho —susurró Nick—. ¡Dios mío, Brian! ¿Cuántos aviones más cree que habrán pasado?

—No lo sé —dijo Brian—, pero apuesto perro y fusil a que somos los únicos que tenemos la oportunidad de regresar.

Abrió el intercomunicador.

—Señoras y caballeros, hemos encontrado lo que estábamos buscando —dijo, y su voz se quebraba a causa del alivio y la sensación de triunfo—. No sé exactamente qué sucederá después, o cómo, o por qué, pero hemos divisado lo que parece ser una enorme puerta-trampilla en el cielo. Voy a pasar por el centro.

Juntos veremos qué hay al otro lado. Ahora me gustaría que se abrocharan los cinturones y... En ese momento, Bob Jenkins se precipitó por el pasillo, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡No, no! ¡Si entra, moriremos todos! ¡Regrese! ¡Tiene que regresar!

Brian se volvió en su asiento e intercambió una mirada de desconcierto con Nick.

Nick se desabrochó el cinturón y se puso en pie.

—Es Bob Jenkins —dijo—. Parece que ha tenido un buen ataque de nervios. Siga, Brian. Yo me ocuparé de él.

—Vale —dijo Brian—. Límitese a mantenerlo alejado de mí. No quisiera que me cogiese del brazo en el último momento y nos estrelláramos contra los bordes de esa cosa.

Apagó el piloto automático y tomó los controles del 767. El suelo se inclinó suavemente hacia la derecha mientras derivaba hacia la larga y resplandeciente ranura que tenía delante. Parecía deslizarse por el cielo hasta que quedó frente al morro del 767. Ahora oía un ruido mezclado con el ronroneo de los motores. Un ruido profundo y rítmico, como un enorme motor diesel. A medida que se aproximaba al río de vapor —ahora vio que fluía hacia dentro del agujero y no hacia fuera—, empezó a captar destellos de color: verde, azul, violeta, rojo, rosa acaramelado.

«Es el primer color verdadero que he visto en este mundo», pensó.

A sus espaldas, Bob Jenkins entró corriendo en el compartimento de primera en dirección al área de servicios, y cayó entre los brazos de Nick.

—Tranquilo, colega —lo calmó Nick—. Ahora todo saldrá muy bien.

—¡No! —gritó Bob, luchando salvajemente. Pero Nick lo sujetaba con la misma facilidad con que un hombre sujeta a un gatito travieso—. ¡No, usted no comprende! ¡Tiene que regresar! ¡Tiene que regresar antes de que sea demasiado tarde!

Nick apartó al escritor de la puerta de la cabina y lo condujo de nuevo al compartimento de primera.

—Nos sentaremos aquí y nos abrocharemos los cinturones, ¿vale? —dijo con el mismo tono apaciguador y amistoso—. Tal vez saltemos un poco.

Para Brian, la voz de Nick era un murmullo lejano y confuso. A medida que entraba en el ancho flujo de vapor que se colaba en la falla, sentía como si una mano grande y poderosa cogiera el avión, tirando ansiosamente de él hacia delante. Se encontró pensando en el escape del vuelo de Tokio a Los Ángeles, y en lo rápido que pasaba el aire por un agujero en un entorno presurizado.

«Es como si todo este mundo, o lo que queda de él, estuviera goteando a través de ese agujero», pensó, y luego recordó una vez más aquella frase extraña y ominosa de su sueño:

«Sólo estrellas fugaces.»

Ahora, la falla estaba exactamente frente al morro del 767, aumentando rápidamente de tamaño.

«Vamos a entrar —pensó—. Que Dios nos ayude, de verdad vamos a entrar.»

Bob continuó luchando mientras Nick lo empujaba a uno de los asientos de primera clase con una mano, y le ajustaba el cinturón con la otra. Bob era un hombre pequeño, enclenque, apenas de sesenta kilos de sudor, pero el pánico le había dado ánimos y se lo estaba poniendo muy difícil.

—De verdad, todo saldrá bien, colega —dijo Nick. Finalmente, se las arregló para ajustar el cinturón de Bob—. Estuvimos bien cuando pasamos la otra vez, ¿no?

—¡Estábamos todos durmiendo cuando pasamos, maldito idiota! —chilló Bob—. ¿No lo comprende? ¡Estábamos dormidos! ¡Tiene que detenerlo!

Nick se quedó paralizado en el momento en que buscaba el cinturón. Lo que Bob estaba diciendo, lo que había estado intentando decir todo el tiempo, cayó de pronto sobre él como una carga de ladrillos.

—¡Oh, Dios misericordioso! —susurró—. ¡Dios misericordioso! ¿En qué estábamos pensando? Saltó del asiento y se precipitó a la cabina.

—¡Brian, pare! ¡Regrese! ¡Regrese!

Mientras se aproximaba, Brian contemplaba el interior de la falla como hipnotizado. No había turbulencias, pero sí había aumentado aquella sensación de terrible poder, de aire entrando por un agujero como un potente río. Miró sus instrumentos y vio que la velocidad del aire aumentaba velozmente. Entonces, Nick empezó a gritar y un instante después estaba detrás de él, apretando sus hombros, mirando la falla que se agrandaba frente al morro del *jet*, con su juego de profundos colores reflejándose en sus mejillas y su frente, de modo que parecía un hombre mirando una vidriera en un día soleado. El ruido regular se había convertido en un trueno oscuro.

—¡Regrese, Brian, tiene que regresar!

¿Tenía Nick una razón para decir eso o se le había contagiado el pánico de Bob? No había tiempo de tomar una decisión sobre una base racional; sólo un segundo para consultar el silencioso latido del instinto.

Brian Engle cogió el volante y lo hizo girar bruscamente hacia babor.

Nick voló por la cabina y chocó contra un mamparo. Se oyó un ruido nauseabundo cuando su brazo se rompió. En el compartimento principal, el equipaje, que había caído de los maleteros superiores cuando Brian hizo un viraje en el aeropuerto de Bangor, volvió a salir despedido, golpeando las paredes curvas y rebotando en las ventanillas. El hombre de la barba negra cayó de su asiento como una muñeca y tuvo tiempo de emitir un grito antes de que su cabeza chocara contra el brazo del asiento y cayera en el pasillo como un montón de huesos. Bethany gritó y Albert la apretó contra él. Dos filas más atrás, Rudy Warwick cerró los ojos, apretó más su rosario y rezó a mayor velocidad mientras su asiento se inclinaba debajo de él. Ahora sí había turbulencias. El vuelo 29 se convirtió en una tabla con alas que se balanceaba, se retorció y daba tumbos por el aire agitado. Las manos de Brian perdieron momentáneamente contacto con el volante y volvieron a cogerlo. Al mismo tiempo, el piloto accionó al máximo el acelerador, y los turbos del avión respondieron con un profundo rugido que raras veces se oía fuera de los hangares. Las turbulencias aumentaron; el avión saltaba descontroladamente arriba y abajo, y de algún lugar llegó el chillido amenazador del metal. En el compartimento de primera, Bob Jenkins apretó los brazos de su asiento, vagamente agradecido de que el inglés le hubiera ajustado el cinturón. Se sentía como si lo hubieran atado al *jet* de algún lunático. El avión dio otro gran salto, se colocó en posición casi vertical por el lado del ala de babor, y la dentadura postiza de Jenkins saltó de su boca. «¿Estamos entrando? Buen Dios, ¿estamos entrando?» No lo sabía. Sólo sabía que el mundo era una pesadilla saltarina, violenta..., pero que todavía estaba en él. Al menos por el momento, todavía estaba en él.

Mientras Brian conducía el 767 a través de la ancha corriente de vapor que penetraba en la falla, las turbulencias seguían aumentando. Delante de él, el agujero continuaba agrandándose frente al morro del avión, como si no dejara de deslizarse hacia estribor. Luego, tras un salto especialmente aterrador, salieron de los rápidos y entraron en un aire más sereno. La falla temporal desapareció por estribor. La habían perdido, y Brian no quería pensar si sería para siempre.

Continuó inclinando el avión, pero en un ángulo menos drástico.

—¡Nick! —gritó sin volverse—. Nick, ¿se encuentra bien?

Nick se levantó lentamente, apretando el brazo derecho contra el vientre y sujetándolo con la mano izquierda. Tenía la cara muy blanca y los dientes apretados en una mueca de dolor.

Delgados hilos de sangre fluían por su nariz.

—He estado mejor, colega. Creo que me he roto el brazo. Tampoco es la primera vez para ese pobre. No entramos, ¿verdad?

—No —respondió Brian, mientras hacía que el avión retrocediera, describiendo con lentitud un amplio círculo—. Y dentro de un minuto me explicará por qué, después de haber recorrido todo este camino para encontrarla. Y será mejor que la explicación sea buena, con brazo roto o sin él.

Buscó la palanca del intercomunicador.

Cuando Brian empezó a hablar, Laurel abrió los ojos y descubrió que tenía la cabeza de Dinah sobre el regazo. Acarició suavemente su pelo y después volvió a colocarla en la camilla.

—Amigos, soy el capitán Engle. Lo siento mucho. Fue terrible, pero estamos bien. Las luces del tablero están en verde. Déjenme repetir que hemos encontrado lo que buscábamos, pero... De pronto, interrumpió la comunicación.

Los otros esperaron. Bethany Simms sollozaba contra el pecho de Albert. Detrás de ellos, Rudy seguía rezando el rosario.

Brian interrumpió la transmisión cuando vio que Bob Jenkins estaba de pie a su lado. El escritor temblaba, había una mancha húmeda en sus pantalones, y su boca tenía un extraño aspecto hundido que Brian no había notado antes, pero parecía controlarse. Detrás de él, Nick se dejó caer pesadamente en la silla del copiloto, dando un respingo de dolor y sujetándose el brazo, que había empezado a hincharse.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó severamente Brian—. Un poco más de turbulencia y este cabrón se hubiera roto en diez mil pedazos.

—¿Puedo hablar por ahí? —preguntó Bob, señalando el interruptor «Intercom».

—Sí, pero...

—Deje que lo haga.

Brian iba a protestar, pero lo pensó mejor. Accionó el interruptor.

—Adelante, está en el aire. Será mejor que la explicación sea buena.

—¡Escúchenme todos! —gritó Bob.

Escucharon detrás de ellos un gemido de protesta.

—Hemos...

—Hable en tono normal —dijo Brian—. Les va a reventar los tímpanos.

Bob hizo un esfuerzo evidente por controlarse y prosiguió en un tono más bajo.

—Ha sido necesario retroceder y lo hemos hecho. El capitán me ha explicado que lo logramos por un pelo. Hemos tenido mucha suerte..., además de haber sido muy estúpidos. Verán, olvidamos lo más elemental, aunque lo teníamos delante de nuestras narices. Cuando atravesamos por primera vez la falla, todas las personas que estaban despiertas desaparecieron.

Brian hizo un movimiento brusco. Se sentía como si lo hubieran abofeteado. Delante del morro del 767, a unos cincuenta kilómetros de distancia, el rombo ligeramente resplandeciente había vuelto a aparecer en el cielo, como una gigantesca piedra semipreciosa. Parecía burlarse de él.

—Nosotros estamos todos despiertos —dijo Bob.

En el compartimento principal, Albert miró al hombre barbudo, que seguía desmayado en el pasillo, y pensó: «Con una excepción.»

—La lógica sugiere que si intentamos volver de esa manera, desapareceremos. —Hizo una pausa y después dijo—: Eso es todo.

Brian cerró mecánicamente el intercomunicador. Detrás de él, Nick soltó una carcajada dolorida e incrédula.

—¿Y eso es todo? ¿Absolutamente todo? ¿Y qué hacemos?

Brian lo miró y no dijo nada. Tampoco Bob Jenkins.

Bethany levantó la cabeza y miró el rostro tenso y desconcertado de Albert.

—¿Tenemos que dormir? ¿Y eso cómo se hace? ¡Nunca en mi vida he tenido menos ganas de dormir!

—No lo sé —dijo Albert, y miró esperanzado a Laurel. Ella movía la cabeza de un lado a otro. Hubiera deseado dormir, simplemente dormir y olvidar esa loca pesadilla, pero, al igual que Bethany, nunca había tenido menos sueño en su vida.

Bob dio un paso adelante y miró con silenciosa fascinación por la ventanilla de la cabina. Tras una larga pausa, dijo con voz suave y asustada.

—De modo que es así.

Brian recordó súbitamente una frase de una canción de rock-and-roll: «Puedes mirar, pero será mejor que no toques.» Observó los indicadores de combustible. Lo que vio allí no contribuyó a tranquilizarlo y miró indefenso a Nick. Al igual que los otros, nunca había estado tan despejado como en ese momento.

—No sé qué haremos ahora —dijo—, pero si queremos intentar atravesar ese agujero, tiene que ser pronto. El combustible de que disponemos durará una hora, tal vez un poco más.

Después, olvídenlo. ¿Alguna idea?

Nick bajó la cabeza, sin dejar de acunar su brazo. Un momento después, levantó la mirada.

—Sí —dijo—. En realidad, tengo una idea. La gente que vuela raras veces guarda las medicinas en el equipaje que factura; les gusta llevarlas con ellos por si su equipaje termina al otro lado del mundo y tarda unos días en volver a sus manos. Si revisamos las bolsas de mano, seguramente encontraremos montones de sedantes. Ni siquiera tendremos que sacar las bolsas de los maleteros. A juzgar por el ruido, la mayor parte de ellas ya deben de estar en el suelo. ¿Qué? ¿Qué pasa?

Las preguntas iban dirigidas a Bob Jenkins, que había empezado a menear la cabeza en cuanto él habló de «medicinas».

—¿Sabe algo de sedantes? —le preguntó a Nick.

—Un poco —respondió Nick, como a la defensiva—. Un poco, sí.

—Bueno, yo sé mucho —dijo secamente Bob—. Los he estudiado exhaustivamente, desde el All-Nite al Xanax. Comprenderá que el asesinato por medio de narcóticos siempre ha sido un método apreciado en mi campo de actividades. Aun cuando encontrara una de las medicinas más potentes en la primera bolsa que revisara, cosa poco probable, no podríamos establecer una dosis segura que actuara lo bastante rápido.

—¿Por qué demonios no?

—Porque la droga tardaría unos cuarenta minutos en actuar, y dudo mucho de que funcionara en todos los casos. La reacción natural de la gente estresada ante esos fármacos es luchar, intentar rechazarlos. No hay manera alguna de combatir esa reacción, Nick; sería como intentar controlar su ritmo cardíaco. Lo que haría, suponiendo que encontrara la cantidad suficiente de medicinas para ello, sería administrar una serie de dosis letales y convertir el avión en un cementerio. Tal vez pasáramos, pero muertos.

—Cuarenta minutos —dijo Nick—. ¡Cristo! ¿Está seguro? ¿Está absolutamente seguro?

—Sí —respondió Bob con firmeza.

Brian miró el centelleante rombo en el cielo. Estaba haciendo que el avión describiera una ruta circular, y la falla se encontraba a punto de desaparecer otra vez. Pronto volverían a verla, pero no estarían más cerca.

—No puedo creerlo —dijo Nick, fatigado—. Pasar por lo que hemos pasado, haber despegado con éxito y haber recorrido todo este camino, haber encontrado la maldita cosa... y descubrir que no podemos pasar para volver a nuestro tiempo porque no somos capaces de dormir.

—De todas formas, no tenemos cuarenta minutos —dijo serenamente Brian—. Si esperáramos tanto, este avión se estrellaría diez kilómetros al este del aeropuerto.

—Seguramente hay otros campos de aterrizaje.

—Los hay, pero no lo bastante grandes como para aceptar un avión de este tamaño.

—¿Y si pasáramos y nos dirigiéramos hacia el este?

—Las Vegas. Pero Las Vegas estará fuera de nuestro alcance en... —Brian miró los instrumentos— en menos de ocho minutos. Creo que tiene que ser Los Ángeles. Necesitaré por lo menos treinta y cinco minutos para llegar allí. Y es hilar muy fino aun en caso de que apartaran todos los obstáculos de nuestro camino y nos dejaran entrar directamente. Esto nos da un máximo de... —y volvió a mirar el cronómetro— veinte minutos para pensar en algo y atravesar el agujero.

Bob miraba pensativo a Nick.

—¿Y usted, qué? —le preguntó.

—¿Qué quiere decir?

—Me parece que usted es soldado, pero no creo que sea un soldado común. ¿Tal vez del Servicio Especial Aéreo?

La cara de Nick se puso rígida.

—¿Y en ese caso qué, colega?

—Tal vez usted podría dormirnos —dijo Bob—. ¿No les enseñan esas cosas a las Fuerzas Especiales?

Brian recordó el primer enfrentamiento de Nick con Craig Toomy. «¿Alguna vez ha visto *Star Trek!* —había preguntado a Craig—. Un maravilloso programa americano... Y si no cierra el pico enseguida, idiota, me encantará hacerle una demostración de la famosa llave Vulcano del señor Spock.»

—¿Que hay de eso, Nick? —preguntó suavemente—. Si alguna vez hemos necesitado la famosa llave Vulcano, es ahora.

Incrédulo, Nick miró a Bob, a Brian y otra vez a Bob.

—Por favor, no me hagan reír, caballeros, me duele todavía más el brazo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Bob.

—No sé nada de sedantes, ¿eh? Bueno, déjenme decirles que ustedes no saben nada de mí. No soy James Bond. Nunca hubo un James Bond en el mundo real. Supongo que podría matarlo dándole un golpe en la nuca, Bob, pero lo más probable es que lo dejara parálítico por el resto de su vida. Tal vez ni siquiera lograra dejarlo inconsciente. Y además está esto. —Y, dando un respingo, Nick levantó el brazo, que se hinchaba a marchas forzadas—. Mi mano diestra está pegada al brazo que acabo de volver a romperme. Tal vez podría defenderme con lo izquierda contra un rival no preparado, pero eso de lo que hablan... no. Ni hablar.

—Están olvidando lo más importante de todo —dijo otra voz.

Se volvieron. En la puerta de la cabina estaba la figura blanca y demacrada de Laurel Stevenson. Había cruzado los brazos como si tuviera frío, y se sujetaba los codos.

—Si estamos todos inconscientes, ¿quién pilotará el avión? —preguntó—. ¿Quién va a llevar el avión a Los Ángeles?

Los tres hombres la miraron, mudos. Detrás de ellos volvió a aparecer la enorme piedra semipreciosa que era la falla de tiempo, pero nadie le prestó atención.

—Estamos jodidos —dijo tranquilamente Nick—. ¿Lo saben? Estamos totalmente jodidos —rió un poco y dio un respingo cuando los movimientos de su estómago sacudieron el brazo roto.

—Tal vez no —dijo Albert. Él y Bethany habían aparecido detrás de Laurel. Albert rodeaba con un brazo la cintura de la chica. Tenía el pelo pegado a la frente en rizos sudorosos, pero sus ojos oscuros emitían un destello significativo. Permanecían fijos en Brian—. Creo que usted puede hacernos dormir —dijo—, y creo que puede aterrizar.

—¿De qué estás hablando? —preguntó brutalmente Brian.

Y Albert contestó:

—De la presión. Estoy hablando de la presión.

En ese momento, el sueño de Brian regresó con tal intensidad que era casi como si lo reviviera: Anne con la mano apoyada en la grieta del fuselaje del avión, la grieta con las palabras «Sólo estrellas fugaces» escritas arriba en letras rojas.

Presión.

«¿Ves, querido? Todo está bajo control.»

—¿Qué quiere decir, Brian? —preguntó Nick—. Veo que se le ha ocurrido algo, su cara me lo dice. ¿De qué se trata?

Brian lo ignoró. Miró fijamente al estudiante de música de diecisiete años a quien se le había ocurrido una idea que podía sacarlos de esa jaula en la que se encontraban encerrados.

—¿Y qué pasa después? —preguntó—. ¿Qué sucede cuando hayamos pasado? ¿Cómo vuelvo a despertar para hacer aterrizar el avión?

—¿Quiere alguien explicarse, por favor? —rogó Laurel. Se había acercado a Nick, que le rodeó la cintura con su brazo sano.

—Albert ha sugerido que use esto para dejarnos inconscientes —dijo Brian, señalando el reóstato del tablero de control, donde se leía: «Presión de la cabina.»

—¿Y puede hacerlo, colega? ¿Puede hacerlo de verdad?

—Sí —dijo Brian—. He conocido pilotos, pilotos de charter, que lo han utilizado en alguna ocasión en que un pasajero que había bebido demasiado empezaba a fastidiar y a poner en peligro sus vidas o las de la tripulación. Dejar inconsciente a un borracho bajando la presión del aire no es tan difícil. Para lograrlo con todos, lo que tengo que hacer es bajarla un poco más, digamos la mitad del nivel del mar. Es como ascender tres mil metros sin máscara de oxígeno. ¡Bum!, te desmayas.

—Y si puede hacerse, ¿por qué no se ha usado contra los terroristas? —preguntó Bob.

—Porque hay máscaras de oxígeno, ¿no? —dijo Albert.

—Sí —contestó Brian—. Al comienzo de cada vuelo comercial, la tripulación hace una demostración: coloque la mascarilla sobre la boca y la nariz y respire profundamente. ¿Vale? Cuando en la zona de pasajeros la presión cae por debajo de doce psi, las máscaras se desprenden automáticamente. Si un piloto al que han tomado como rehén intentara dejar inconscientes a los terroristas bajando la presión del aire, lo único que tendrían que hacer ellos es coger una máscara, ponérsela y empezar a disparar. No sucede así con los *jets* más pequeños, como el Lear. Si en el avión desciende la presión, el pasajero tiene que sacar él mismo la mascarilla.

Nick miró el cronómetro. Ahora, la posibilidad de atravesar aquella ventana estaba a catorce minutos.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es dejar de hablar y hacerlo —dijo—. Nos estamos quedando sin tiempo.

—Todavía no —replicó Brian, y miró a Albert—. Puedo volver a colocar el avión en línea con la falla y empezar a disminuir la presión a medida que nos acerquemos. Puedo calcular con bastante exactitud la presión de la cabina y estoy seguro de que puedo hacer que todos quedemos sin sentido antes de pasar. Pero eso deja en pie la pregunta de Laurel: ¿quién conduce el avión, si estamos todos inconscientes?

Albert abrió la boca, volvió a cerrarla y meneó la cabeza.

Entonces habló Bob Jenkins. Su voz era seca y átona, la voz de un juez que pronuncia sentencia.

—Creo que usted puede llevarnos a casa, Brian. Pero alguien tendrá que morir para que pueda hacerlo.

—Explíquese —dijo nerviosamente Nick.

Bob lo hizo. No tardó mucho tiempo. Cuando terminó, Rudy Warwick se había unido al pequeño grupo que estaba de pie en la puerta de la cabina.

—¿Funcionaría, Brian? —preguntó Nick.

—Sí —contestó Brian con aire ausente—. No hay razón para que no funcione. —Volvió a mirar el cronómetro. Once minutos. Once minutos para cruzar al otro lado. Se necesitaría ese tiempo para alinear el avión, programar el piloto automático y recorrer los sesenta y cinco kilómetros—. Pero ¿quién va a hacerlo? ¿Nos lo echamos a suertes, o qué?

—No es necesario —dijo Nick en tono ligero, casi negligente—. Lo haré yo.

—¡No! —exclamó Laurel. Tenía los ojos dilatados y oscurecidos—. ¿Por qué tú? ¿Por qué tienes que ser tú?

—¡Cállate! —susurró Bethany—. ¡Si quiere hacerlo, déjalo!

Albert miró compungido a Bethany, a Laurel y después a Nick. Una voz —no demasiado enérgica— susurraba que él debería haberse ofrecido voluntario, que éste era un trabajo para un rudo superviviente de El Álamo, como el Judío de Arizona. Pero la mayor parte de él sólo sabía que amaba mucho la vida y que no quería terminarla todavía. De modo que abrió la boca y volvió a cerrarla sin decir nada.

—¿Por qué tú? —volvió a preguntar Laurel con urgencia—. ¿Por qué no lo echamos a suertes? ¿Por qué no Bob, Rudy, o yo?

Nick la cogió del brazo.

—Ven conmigo un momento —dijo.

—Nick, no hay mucho tiempo —dijo Brian. Trató de mantener su tono normal de voz, pero percibió detrás desesperación, tal vez incluso pánico.

—Lo sé. Empiece a hacer todo lo necesario.

Nick condujo a Laurel hacia la puerta.

Ella se resistió un momento y después lo siguió. Nick se detuvo en el pequeño espacio de la cocina y la miró de frente. En ese momento, con sus caras a menos de diez centímetros de distancia, ella percibió la terrible verdad: él era el hombre que había esperado encontrar en Boston. Había estado todo el tiempo en el avión. Aquel descubrimiento no tenía nada de romántico; era horrible.

—Creo que entre tú y yo hubiera podido suceder algo —dijo él—. ¿Crees que tengo razón? Si es así, dilo, no tenemos tiempo para andarnos con rodeos. Nada de tiempo.

—Sí —dijo ella con voz seca y temblorosa—. Creo que es así.

—Pero no lo sabemos. No podemos saberlo. Todo se reduce al tiempo, ¿no crees? Tiempo, sueños e ignorancia. Pero tengo que ser yo, Laurel. He tratado de examinarme racionalmente y todos mis libros están en rojo. Ésta es mi oportunidad de pagar y pienso aprovecharla.

—No entiendo lo que quie...

—Tú no, pero yo sí. —Hablabla rápido, casi cortando las palabras. Entonces se estiró, cogió su brazo y la acercó aún más a él—. Estabas embarcada en alguna clase de aventura, ¿no, Laurel?

—No sé qué quieres...

Él la sacudió.

—¡Te he dicho que no tenemos tiempo de andarnos con rodeos! ¿Estabas metida en una aventura?

-Yo... sí.

—¡Nick! —llamó Brian desde la cabina.

Nick lanzó una rápida mirada en aquella dirección.

—¡Voy! —gritó, y volvió a mirar a Laurel—. Me propongo enviarte a otra. Si sales de esto y estás de acuerdo.

Ella se limitó a mirarlo con labios temblorosos. No sabía qué decir. Su mente estaba confusa. Él le apretaba mucho los brazos, pero eso lo advertiría después, cuando viera las marcas de sus dedos. En aquel momento, la atracción de sus ojos era mucho más intensa.

—Escucha, escucha con atención. —Hizo una pausa y después habló con un énfasis curioso, medido—. Iba a dejarlo. Ya lo había decidido.

—¿Dejar qué? —preguntó ella con voz débil y temblorosa.

Nick meneó la cabeza, impaciente.

—No importa. Lo que importa es si me crees o no. ¿Me crees?

—Sí —dijo ella—. No sé de qué estás hablando, pero creo que lo dices de verdad.

—¡Nick! —advirtió Brian desde la cabina—. ¡Vamos hacia allí!

Nick volvió a lanzar una mirada hacia la cabina, con los ojos brillantes y entornados.

—¡Voy ahora mismo! —gritó. Cuando volvió a mirarla, a Laurel le pareció que nunca en su vida la habían contemplado con una intensidad tan feroz—. Mi padre vive en la aldea de Fluting, al sur de Londres —dijo—. Pregunta por él en cualquier tienda de High Street. Señor Hopewell. Los otros todavía lo llaman el capataz. Ve y dile que estaba decidido a dejarlo. Necesitarás insistir. Cuando escucha mi nombre, suele dar la espalda y maldecir. Escabullirse con el típico «No tengo ningún hijo». ¿Puedes insistir?

-Sí.

Él asintió y sonrió con amargura.

—¡Vale! Repite lo que te he dicho y dile que me creíste. Dile que he hecho todo lo posible por pagar por aquel día detrás de la iglesia, en Belfast.

—En Belfast.

—Correcto. Y si no consigues que te escuche de otro modo, dile que debe escucharte. Por las margaritas. La vez que llevé las margaritas. ¿Puedes recordar eso?

—Porque una vez le llevaste margaritas.

Nick estuvo a punto de reír, pero ella nunca había visto un rostro tan lleno de tristeza y amargura.

—No, no a él, pero servirá. Ésa es tu aventura. ¿La emprenderás?

—Sí..., pero...

—Vale. Gracias, Laurel. —Y, cogiéndola por la nuca, la acercó y la besó. Su boca estaba fría, y ella percibió el sabor del miedo en su aliento.

Un instante después se había ido.

—¿Vamos a sentirnos como si..., ya sabe, como si nos ahogáramos? —preguntó Bethany—. ¿Como si nos asfixiáramos?

—No —respondió Brian. Se había puesto de pie para ver si volvía Nick. Al verlo reaparecer con Laurel Stevenson muy temblorosa, volvió a su asiento—. Te sentirás algo mareada, con la cabeza ligera, y después, nada. —Mirando a Nick, añadió—: Hasta que despertemos.

—¡Eso! —dijo alegremente Nick—. Y ¿quién sabe? Tal vez todavía esté aquí. Ya saben, hierba mala... ¿No es cierto, Brian?

—Supongo que cualquier cosa es posible —contestó Brian. Oprimió ligeramente el volante. El cielo volvía a aclararse. La falla estaba delante de ellos—. A sentarse, gente. Nick, junto a mí. Voy a mostrarle lo que tiene que hacer y cuándo tiene que hacerlo.

—Un segundo, por favor —dijo Laurel. Había recuperado parte de su color y su compostura. Se puso de puntillas y plantó un beso en la boca de Nick.

—Gracias —dijo éste con gravedad.

—Ibas a dejarlo. Lo habías decidido. Y si no quiere escuchar, tengo que recordarle el día que llevaste las margaritas. ¿Está bien?

Él sonrió.

—Perfectamente, amor mío, perfectamente. —La rodeó otra vez con el brazo izquierdo y volvió a besarla, firme y largamente. Cuando la soltó, había una sonrisa suave y pensativa en su boca—. Eso tiene que servir —dijo—. Está muy bien.

Tres minutos más tarde, Brian abrió el intercomunicador.

—Voy a empezar a bajar la presión. Revisen sus cinturones.

Lo hicieron. Albert esperaba en tensión algún sonido, tal vez el siseo del escape del aire, pero sólo se oía el ronroneo regular de los motores. Se sentía más despierto que nunca.

—¿Albert? —dijo Bethany con voz débil y asustada—. ¿Puedes abrazarme, por favor?

—Sí —contestó Albert—. Si tú me abrazas a mí.

Detrás de ellos, Rudy Warwick había comenzado de nuevo a rezar el rosario. Al otro lado del pasillo, Laurel Stevenson se agarraba a los asientos de su asiento. Todavía sentía la huella cálida de los labios de Nick Hopewell en su boca. Levantó la cabeza, miró el maletero y empezó a hacer profundas y lentas inspiraciones. Estaba esperando que cayeran las máscaras..., y unos noventa segundos después, cayeron.

«Recuerda también el día de Belfast —pensó—. Detrás de la iglesia. Un acto de reparación, dijo. Un acto...» En mitad de la frase, se durmió.

—¿Sabe lo que tiene que hacer? —volvió a preguntar Brian. Hablaba con voz soñadora y confusa. Delante de ellos, la falla temporal estaba otra vez agrandándose, extendiéndose por el cielo. Ahora amanecía, y otra fantástica mezcla de colores pasó ante ellos y se sumergió en las extrañas profundidades del abismo.

—Lo sé —dijo Nick. Estaba de pie junto a Brian, y sus palabras sonaban sofocadas por la máscara de oxígeno. Por encima de la orla de goma, sus ojos se veían serenos y claros—. No tema, Brian. Es completamente seguro. Vaya a dormir. Que tenga dulces sueños y todo eso. Brian empezó a desvanecerse. Se sentía ir, y al mismo tiempo resistía ante la visión de la vasta falla en la materia de la realidad. Parecía hincharse en dirección a las ventanas de la cabina, abalanzarse sobre el avión. «¡Es tan hermoso! —pensó—. ¡Dios, es tan hermoso!» Sintió aquella mano invisible que sujetaba el avión y tiraba de él hacia delante. Esta vez no había regreso.

—Nick —dijo. Hablar le costaba un esfuerzo tremendo. Sentía como si su boca estuviera a miles de kilómetros de su cerebro. Levantó la mano. Parecía alejarse de él en el extremo de un largo brazo blando.

—Duerma —dijo Nick, cogiendo su mano—. No se resista, a menos que quiera irse conmigo. Ya no tardará mucho.

—Sólo quería darle las gracias.

Nick sonrió y le apretó la mano.

—De nada, colega. Ha sido un vuelo que quedará grabado en la memoria. Incluso sin película ni mimosas gratis.

Brian volvió a mirar la falla. Ahora entraba por ella un río de colores maravillosos. Giraban, se mezclaban y parecían formar palabras ante sus mareados y expectantes ojos.

Sólo estrellas fugaces

—¿Es eso... lo que somos? —preguntó con curiosidad, y su voz le llegó desde un universo distante. La oscuridad se lo tragó.

Ahora Nick estaba solo. La única persona despierta del vuelo 29 era un hombre que una vez mató a tres muchachos detrás de una iglesia en Belfast, tres muchachos que se habían dedicado a pintar patatas con pintura gris oscura para que parecieran granadas. ¿Por qué habían hecho semejante cosa? ¿Había sido una especie de desafío loco? Nunca lo supo. No tenía miedo, pero lo invadía una intensa soledad. El sentimiento no era nuevo. No era la primera guardia que soportaba solo, con las vidas de otros en sus manos. Ante él, la falla se agrandaba. Colocó la mano sobre el reóstato que controlaba la presión de la cabina.

«Es maravilloso», pensó. Le parecía que los resplandecientes colores que surgían de la falla eran la antítesis de todo lo que había experimentado en las últimas horas; estaba mirando el interior de un crisol de nueva vida y nuevo movimiento.

«¿Y por qué no iba a ser hermoso? Éste es el lugar donde tal vez comienza la vida, toda la vida, el lugar donde se gesta la vida cada segundo de cada día; la cuna de la creación y el manantial del tiempo. Más allá de ese punto, no se permiten lagolieros.»

Por su frente y sus mejillas pasaba una extensa gama de colores en sus diferentes matices: el verde de la selva era superado por el naranja lava, y a éste lo reemplazaba el blanco amarillento del sol tropical, el cual era suplantado por el helado azul de los océanos del norte. El rugido de los motores parecía sordo y distante. Bajó la mirada y no le sorprendió ver que el color estaba consumiendo el cuerpo derrumbado y dormido de Brian Engle. Sus formas y sus rasgos se veían envueltos por un cambiante caleidoscopio de resplandor. Se había convertido en un fantasma fabuloso.

A Nick tampoco le sorprendió ver que sus manos y brazos estaban descoloridos. «El fantasma no es Brian, soy yo.»

La falla parecía enorme.

El ruido de los motores se perdió por completo en un sonido nuevo. El 767 parecía correr a través de un túnel de viento lleno de plumas. De pronto, justo en frente del morro del aparato, explotó una vasta nova de luz como un fuego de artificio celeste. Dentro de ella, Nick Hopewell vio colores que ningún hombre había imaginado. No sólo llenaban la falla; llenaban también su mente, sus nervios, sus músculos, e incluso sus huesos, en un estallido gigantesco, coruscante.

—¡Oh, Dios mío! ¡Es tan hermoso! —gritó. Y, cuando el avión se internó en la falla, volvió a subir la presión al máximo.

Una fracción de segundo después, los empastes de las muelas de Nick cayeron al suelo de la cabina. Se oyó un golpecito cuando el disco de teflón que había estado en su rodilla — recuerdo de un conflicto marginalmente más honorable que el de Irlanda del Norte— se unió a ellos. Eso fue todo.

Nick Hopewell había dejado de existir.

Lo primero que advirtió Brian fue que su camiseta estaba húmeda y que le dolía la cabeza otra vez.

Se incorporó lentamente en su asiento, dando un respingo a causa de la jaqueca, y trató de recordar quién era, dónde estaba y por qué sentía una necesidad tan apremiante de despertar de inmediato. ¿Qué había estado haciendo que era tan importante?

«El escape —susurró su cerebro—. Hay un escape en el compartimento principal, y si no se estabiliza tendremos muchos pro...»

No, eso no era correcto. Habían estabilizado el escape —o se había estabilizado solo por alguna misteriosa razón—, y él había aterrizado en el aeropuerto de Los Ángeles con el vuelo 7. Después había venido el hombre del uniforme verde y...

«¡Es el funeral de Anne! ¡Dios, me he quedado dormido!»

Sus ojos se abrieron, pero no estaba ni en la habitación de un motel ni en la habitación de invitados de la casa del hermano de Anne, en Reveré. Estaba mirando un cielo lleno de estrellas a través de la ventanilla de una cabina.

Y de pronto lo recordó todo.

Se incorporó del todo con demasiada rapidez, pues su cabeza emitió un enfermizo grito de protesta. De su nariz brotó un chorro de sangre que cayó sobre la consola central del tablero. Miró hacia abajo y vio que llevaba la pechera de la camisa empapada de sangre. Había habido un escape, claro, pero provocado por él.

«Por supuesto —se dijo—. La despresurización suele producir esto. Tendría que haber advertido a los pasajeros... A propósito, ¿cuántos pasajeros me quedan?»

No podía recordarlo. Su cabeza estaba llena de bruma.

Miró los indicadores de combustible, vio que la situación se acercaba rápidamente al punto crítico y revisó la pantalla lectora. Estaban exactamente donde debían estar, descendiendo a toda velocidad hacia Los Ángeles, y en cualquier momento podían entrar en el espacio aéreo ocupado por otro avión.

Alguien había estado compartiendo con él la cabina antes de que se desmayara. Pero ¿quién? Hizo un esfuerzo y recordó. Nick, por supuesto. Nick Hopewell. Nick había desaparecido. Al parecer, no era tan mala hierba... Pero debía de haber cumplido con su trabajo, porque de otro modo él no estaría despierto ahora.

Encendió rápidamente la radio.

—Control de Los Ángeles, aquí el American Pride, vuelo... —se detuvo. ¿Qué vuelo era? No podía recordarlo. Se lo impedía aquella bruma.

—Veintinueve, ¿no? —dijo detrás de él una voz borrosa y confusa.

—Gracias, Laurel —dijo Brian sin darse la vuelta—. Ahora regrese y abróchese el cinturón. Tal vez tenga que hacer algunas maniobras bruscas. —Y continuó hablando por el micrófono—: El vuelo 29 de American Pride. Repito, dos, nueve. S.O.S., control, es una emergencia. Por favor, hagan que se aparte todo lo que tenga delante. Bajo en dirección 85 y no tengo combustible. Preparen un camión de espuma y...

—¡Oh, déjelo! —ordenó detrás de él la voz atona de Laurel—. Déjelo.

Entonces Brian se volvió, ignorando la punzada de dolor en su cabeza y la sangre que brotaba de su nariz.

—¡Siéntese de una vez, maldita sea! —ladró—. Estamos bajando sin anunciarlo en un lugar de mucho tráfico. Si no quiere romperse el cuello...

—Allí abajo no hay tráfico pesado —dijo Laurel en el mismo tono de voz—. Ni tráfico, ni camiones extintores. Nick murió por nada, y yo nunca podré transmitir su mensaje. Mírelo con sus propios ojos.

Brian lo hizo. Y aunque ahora estaban sobrevolando los suburbios de Los Ángeles, no vio más que oscuridad.

Al parecer, allá abajo no había nadie.

Absolutamente nadie.

Detrás de él, Laurel Stevenson rompió a llorar en desgarrados sollozos de terror y frustración.

Un largo y blanco *jet* de pasajeros sobrevoló lentamente la tierra veinticinco kilómetros al este del aeropuerto internacional de Los Ángeles. En la cola, en números grandes y orgullosos, se leía: 767. A lo largo del fuselaje estaban escritas las palabras «American Pride» con letras inclinadas hacia la izquierda para dar impresión de velocidad. A ambos lados del morro figuraba una gran águila roja con las alas tachonadas de estrellas azules. Al igual que el aparato al que decoraba, el águila parecía estar a punto de posarse. Al pasar por encima de la maraña de calles, el avión no proyectaba ninguna sombra; faltaba una hora para el amanecer. Bajo él no se movía ningún coche ni brillaban las luces de las calles. Bajo él, todo era silencio e inmovilidad. Delante no brillaban las luces de las pistas de rodaje.

El vientre del avión se abrió. El tren de aterrizaje bajó y se extendió. Las ruedas se ajustaron en su lugar.

El vuelo 29 de American Pride descendió hacia Los Ángeles. Al hacerlo, se inclinó ligeramente hacia la derecha. Ahora, Brian podía realizar las correcciones visualmente y lo hizo.

Sobrevolaron un grupo de moteles situado en los alrededores del aeropuerto, y por un instante Brian vio el monumento que se alzaba en el centro del complejo de la terminal: un gracioso trípode de patas curvadas con un restaurante en el centro. Pasaron por encima de una corta extensión de hierba; después, la pista asfaltada se extendió treinta pasos por debajo del avión. Esta vez, Brian no tenía tiempo de acercarse al 767 a los edificios. Los indicadores de combustible estaban a cero, y el hada se encontraba a punto de convertirse en una bruja.

Descendió con violencia, como si condujera un trineo lleno de ladrillo. Se produjo un choque que les hizo castañetear los dientes, y la hemorragia nasal comenzó de nuevo. El cinturón que atravesaba su pecho se cerró. Laurel, que ocupaba el asiento del copiloto, dejó escapar un grito.

Después, Brian levantó los alerones y apretó los frenos a fondo. El avión empezó a disminuir su velocidad. Circulaban a poco más de ciento cincuenta kilómetros por hora cuando dos de los frenos dejaron de funcionar y apareció iluminado en rojo el mensaje: «Cierre de motores.»

Cogió el micrófono.

—¡Sujétense! ¡Vamos a entrar duro! ¡Sujétense!

Los frenos dos y cuatro continuaron funcionando un momento más y después también dejaron de hacerlo. El avión se precipitó por la pista de rodaje en medio de un silencio espantoso, con la única ayuda de los alerones para detenerlo. Brian se quedó mirando desamparado, mientras la pista de asfalto desaparecía bajo el avión y se acercaba la red de encrucijadas de las pistas interiores. Y allí, exactamente frente a ellos, estaba la carcasa de un *jet* de la Pacific Airways. El 767 seguía circulando al menos a cien kilómetros por hora. Brian hizo que doblara hacia la derecha, apoyándose en el volante con todas sus fuerzas. El avión respondió y se deslizó junto al *jet* estacionado, a apenas dos metros de distancia. Sus ventanillas pasaron rugiendo como una hilera de ojos ciegos.

Después rodaron hacia la terminal de la United, donde había por lo menos una docena de aviones estacionados en fila, como bebés amamantando. Ahora, la velocidad del 767 había descendido a poco más de cincuenta kilómetros por hora.

—¡Agárrense fuerte! —gritó Brian por el intercomunicador, olvidando por un instante que su avión estaba ahora tan muerto como los demás y que utilizar el intercomunicador era inútil—. ¡Vamos a chocar! ¡Va...!

El avión de la American Pride chocó contra la puerta 29 de la terminal de United Airlines, a unos cuarenta y cinco kilómetros por hora. Se oyó el ruido producido por un fuerte golpe hueco, seguido por el de metal y cristales rotos. Brian recibió otra violenta sacudida y después se desplomó sobre el asiento. Se quedó un momento allí, rígido, esperando la explosión, y entonces recordó que en los tanques no quedaba nada que pudiera explotar.

Apagó todos los interruptores del panel de control —el panel estaba muerto, pero los hábitos persistían—, y después se volvió para mirar a Laurel. Ella le devolvió la mirada con una expresión apática y sin brillo.

—Nunca había estado tan cerca —dijo vacilante Brian.

—Debió permitir que nos estrelláramos. Todo lo que intentamos... Dinah..., Nick..., todo para nada. Aquí es igual. Exactamente igual.

Brian se desabrochó el cinturón y se incorporó temblando. Sacó un pañuelo del bolsillo trasero y se lo tendió.

—Limpíese la nariz. Está sangrando.

Ella cogió el pañuelo y lo miró, como si fuera el primero que veía en su vida. Brian pasó a su lado y se dirigió lentamente hacia el compartimento principal. Se quedó en la puerta, contando cabezas. Sus pasajeros —es decir los que quedaban— parecían estar bien. Bethany tenía la cabeza apretada contra el pecho de Albert y sollozaba. Rudy Warwick se desabrochó el cinturón, se puso de pie, se golpeó la cabeza contra el maletero y volvió a sentarse. Miró a Brian con ojos confusos y desconcertados. Brian se preguntó si Rudy seguiría teniendo hambre. Más bien le parecía que no.

—Salgamos del avión —dijo Brian.

Bethany levantó la cabeza.

—¿Cuándo vienen? —le preguntó, histérica—. ¿Cuánto tardarán esta vez? ¿Los oye alguien? Brian sintió que el dolor volvía a invadirle la cabeza y se tambaleó. De pronto, tuvo la seguridad de que iba a desmayarse.

Un brazo firme le rodeó la cintura. Sorprendido miró a su alrededor. Era Laurel.

—El capitán Engle tiene razón —dijo con serenidad—. Salgamos del avión. Tal vez las cosas no estén tal mal como parece.

Bethany emitió una carcajada histérica.

—¿Hasta qué punto puede parecer mal? —preguntó—. ¿Hasta qué punto...

—Hay algo distinto —dijo súbitamente Albert, que miraba por la ventanilla—. Algo ha cambiado. No sé cuál es la diferencia, pero no es lo mismo. —Miró primero a Bethany, y después a Brian y Laurel antes de repetir—: No es lo mismo.

Brian se inclinó junto a Bob Jenkins y miró por la ventanilla. No veía nada demasiado distinto del aeropuerto de Bangor. Había más aviones, por supuesto, pero estaban tan desiertos, tan muertos como los otros. De todos modos, pensó que Albert podía haber sentido algo. Era más una sensación que algo tangible. Había alguna diferencia esencial que no conseguía captar. Se le escapaba, como le había sucedido con el nombre del perfume de su exmujer.

«Es L'Envoi, querido Brian. Es el que siempre he usado, ¿recuerdas?»

¿Recuerdas?

—Vamos —dijo—. Esta vez usaremos la salida de la cabina de mandos.

Brian abrió la trampilla situada bajo el panel de instrumentos y trató de recordar por qué no la habían utilizado en Bangor para hacer bajar a sus pasajeros: era mucho más fácil que usar el tobogán de emergencia. No parecía haber una razón. Simplemente, no se le había ocurrido, tal vez porque lo habían entrenado para pensar antes que nada en el tobogán en una situación de emergencia.

Se metió acucillado en la zona delantera, deslizándose bajo un nido de cables eléctricos, y abrió el cerrojo que había en el suelo, en el morro del 767. Albert se unió a él y ayudó a bajar a Bethany. Brian ayudó a Laurel; después, él y Albert ayudaron a Rudy, que se movía como si sus huesos se hubieran convertido en vidrio. Seguía apretando el rosario. Como el espacio que quedaba bajo la cabina estaba muy atestado, Bob Jenkins los esperó arriba, apoyado en las manos y observándolos a través de la trampilla.

Brian sacó la escalerilla, quitando los ganchos de seguridad, y la colocó en su lugar.

Descendieron uno por uno, Brian primero y Bob en último término.

Cuando los pies de Brian tocaron el asfalto, sintió una urgencia loca por apoyar la mano en su corazón y exclamar: «¡Reclamo esta tierra de leche rancia y amarga miel para los supervivientes del vuelo 29, al menos hasta que lleguen los lagolieros!»

Sin embargo, no dijo nada. Se quedó allí con los demás, bajo la cúpula que formaba el morro del avión, mirando a su alrededor y sintiendo una ligera brisa contra sus mejillas. Oyó un ruido a lo lejos. No era el sonido chisporroteante y mordiente que habían advertido en Bangor, no se parecía en nada a aquél, pero tampoco conseguía descubrir a qué sonaba exactamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Bethany—. ¿Qué es ese ronroneo? Parece electricidad.

—No —dijo pensativamente Bob—. Suena como... —Y meneó la cabeza.

—No suena a nada que haya oído antes —intervino Brian, pero no estaba seguro de que fuera verdad. Una vez más, lo asaltó la sensación de que algo que sabía o debería saber rondaba por su mente.

—Son ellos, ¿no? —preguntó Bethany, casi histérica—. Son ellos, que vienen. Los lagolieros de los que nos habló Dinah.

—No lo creo. No suena igual. —Pero de todos modos sintió que el miedo le retorcía las entrañas.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Rudy. Su voz era áspera como la de un cuervo—. ¿Empieza todo de nuevo?

—Bueno, no necesitamos la cinta transportadora y, para empezar, eso ya es algo. La puerta de servicio de la pista está abierta —dijo Brian mientras salía de debajo del morro del 767 y señalaba en aquella dirección. La fuerza del aterrizaje había desplazado la escalerilla rodante de la puerta 29, pero resultaría sencillo volver a colocarla en posición—. Vamos. —Se dirigieron en grupo hacia la escalerilla—. Albert —añadió—, ayúdame con la escale...

—Esperen —interrumpió Bob.

Brian volvió la cabeza y vio que Bob miraba a su alrededor con maravillada cautela. Y esa expresión en sus ojos, antes nublados..., ¿era de esperanza?

—¿Qué? ¿Qué es, Bob? ¿Qué ve?

—Sólo otro aeropuerto vacío. Es lo que siento —contestó Bob, acercando una mano a su mejilla. Después la levantó, como si intentara hacer flamear una bandera.

Brian empezaba a preguntarle qué quería decir cuando comprendió que lo sabía. ¿Acaso no lo había notado él mismo cuando estaba de pie bajo el morro del *jet*? ¿No lo había notado y apartado de su pensamiento?

La brisa soplaba contra su cara. No era una brisa fuerte, apenas más que un hálito, pero era brisa. El aire estaba en movimiento.

—¡Cristo bendito! —exclamó Albert. Se metió un dedo en la boca y después lo levantó. En su cara apareció una sonrisa incrédula.

—Y eso no es todo —dijo Laurel—. ¡Escuchen!

Salió repentinamente de debajo del ala del 767, donde se habían detenido, y regresó corriendo con el cabello flotando a sus espaldas. Sus altos tacones repiqueteaban enérgicamente sobre el pavimento.

—¿Lo han oído? —preguntó—. ¿Lo han oído?

Lo habían oído. Aquel timbre chato y sofocado había desaparecido. Y ahora, escuchando hablar a Laurel, Brian comprendió que, en Bangor, sus voces sonaban como si todos ellos hablasen con las cabezas metidas dentro de campanas fundidas en algún metal sofocante: bronce o, tal vez, plomo.

Bethany levantó las manos y dio unas palmadas, que sonaron con la claridad y nitidez del estallido de una pistola. En su rostro apareció una sonrisa de deleite.

—¿Qué signi...? —empezó a preguntar Rudy.

—¡El avión! —exclamó Albert con voz aguda y jubilosa. Durante un segundo Brian, recordó a aquel tipejo de *Fantalandia*, un antiguo programa de la tele. Estuvo a punto de lanzar una carcajada—. ¡Ya sé qué es lo distinto! ¡Miren el avión! ¡Ahora es igual que los demás! Se volvieron para mirar. Durante un largo momento, nadie dijo nada, quizá porque nadie era capaz de hablar. El Delta 727 estacionado junto al *jet* de la American Pride en Bangor tenía un aspecto apagado y desvencijado, en cierta forma menos real que el 767. Ahora, en cambio, todos los aparatos —el de American Pride y los de la United alineados en las pistas que se extendían a sus espaldas— presentaban el mismo brillo y aspecto. Incluso en la oscuridad, la pintura y los logotipos de las marcas parecían resplandecer.

—¿Qué significa? —preguntó Rudy a Bob—. ¿Qué significa? Si de verdad las cosas vuelven a ser normales, ¿por qué no funciona la electricidad? ¿Dónde está la gente?

—¿Y qué es ese ruido? —intervino Albert.

El ruido sonaba más cercano, con más claridad. Era un ronroneo, como había dicho Bethany, pero no tenía nada de eléctrico. Parecía aire circulando por una tubería abierta, o un coro inhumano que emitiera al unísono una letra abierta: aaaaaaaa...

Bob meneó la cabeza.

—No lo sé —dijo, volviéndose—. Volvamos a colocar la escalerilla y entremos...

Laurel lo asió por un hombro.

—¡Usted sabe algo! —dijo con voz tensa—. Lo veo en su expresión. Deje que nos enteremos, ¿no le parece?

Él vaciló un momento y meneó de nuevo la cabeza.

—En este momento no estoy preparado para decirlo, Laurel. Primero quiero entrar y mirar. Tuvieron que contentarse con eso. Brian y Albert volvieron a colocar la escalerilla. Unos de los cierres se había aflojado ligeramente, y Brian lo sujetó mientras subían uno tras otro. Él subió el último, caminando por el lado opuesto al del cerrojo roto. Los otros lo habían esperado para recorrer juntos el camino y entrar en la terminal.

Se encontraron en un recinto grande, redondo, con puertas de embarque colocadas a intervalos a lo largo de la pared curva. Las desiertas hileras de asientos presentaban un aspecto fantasmal y las luces fluorescentes del techo eran cuadrados oscuros, pero a Albert le pareció que casi podía percibir el olor de otra gente, como si la sala hubiese estado llena de personas que habían salido en bandada segundos antes de que entraran los supervivientes del vuelo 29.

Desde el exterior, aquel ronroneo coral continuaba hinchándose, aproximándose como una lenta ola invisible: aaaaaaa...

—Vengan conmigo —dijo Bob Jenkins, haciéndose cargo del grupo de manera natural—.

Rápido, por favor.

Se precipitó hacia el vestíbulo y los otros lo siguieron en fila. Albert y Bethany caminaban juntos, enlazados por la cintura. Una vez que salieron de la superficie alfombrada de la sala de embarque de la United, y ya en el vestíbulo, sus tacones repiquetearon y despertaron ecos, como si en lugar de seis personas fueran dos docenas. Pasaron junto a borrosos y oscuros carteles publicitarios colgados de las paredes: Mire la CNN, Fume Marlboro, Conduzca un Hertz, Lea *Newsweek*, Vea *Disneylandia*...

Y aquel ruido, aquel ruido abierto y coral, continuaba aumentando. Cuando estaban fuera, Laurel había creído que se aproximaba hacia ellos desde el oeste. Ahora parecía estar allí, con ellos, como si los cantantes —en caso de que fueran cantantes— ya hubieran llegado. El ruido no la asustaba exactamente, pero le ponía la carne de gallina.

Llegaron a un restaurante-cafetería y Bob los condujo adentro. Sin detenerse, se deslizó tras el mostrador y cogió una pasta envuelta de una pila que había sobre la barra. Al intentar abrir el paquete con los dientes, comprendió que su dentadura se había quedado en el avión. Emitió un pequeño sonido de disgusto y la arrojó en dirección a Albert.

—Hazlo —ordenó, con los ojos brillantes—. ¡Rápido, Albert! ¡Rápido!

—¡Rápido, Watson, el juego ha comenzado! —dijo Albert, riendo como un lunático. Abrió el envoltorio de celofán y miró a Bob, que asintió. Albert sacó la pasta y la mordió. Por los lados se escurrieron nata y jalea de frambuesa. Albert sonrió—. ¡Ez deli-zioza! —exclamó con la voz amortiguada, dispersando migas al hablar—. ¡Deliciosa!

Se la tendió a Bethany, que dio un mordisco más grande.

Al oler el relleno de frambuesa, el estómago de Laurel pareció borbotear. La muchacha se echó a reír. Súbitamente se sentía mareada, alegre, casi drogada. Las telarañas producidas por la despresurización habían desaparecido casi por completo; sentía la cabeza como si fuera la habitación de una planta alta después de haber soplado la fresca brisa marina en una tarde caliente y pegajosa. Pensó en Nick, que no estaba allí, que había muerto para que los demás pudieran estar allí, y se le ocurrió que a él no le hubiera importado que se sintiera así.

El sonido coral continuaba aumentando. Era un sonido sin dirección, un suspiro cantarín sin origen definido que los envolvía: aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa

Bob Jenkins salió de detrás de la barra, sorteando la caja registradora a tal velocidad que tuvo que cogerse al carrito de los condimentos para no perder el equilibrio y caer. Lo logró, pero el carrito de acero inoxidable se estampó contra el suelo con un estallido maravilloso y resonante, dispersando cubiertos de plástico y paquetitos de mostaza, ketchup y especias en todas direcciones.

—¡Rápido! —exclamó—. ¡No podemos quedarnos aquí! Va a suceder pronto, creo que en cualquier momento, y no podemos estar aquí cuando ocurra. ¡Creo que no es seguro!

—¿Qué es lo que no es ...? —empezó a preguntar Bethany, pero entonces Albert la rodeó con un brazo y la arrastró detrás de Bob, su lunático guía, que ya corría hacia la puerta de la cafetería.

Salieron corriendo y lo siguieron hacia la sala de embarque de la United. Ahora, el eco de sus pisadas casi se perdía en el poderoso canturreo que inundaba la terminal desierta, sonando y resonando en las innumerables gargantas de sus pasillos.

Brian advirtió que aquella vasta nota empezaba a fragmentarse. No se estremecía, ni siquiera cambiaba realmente, pero adquiría nitidez del mismo modo que lo había adquirido el sonido que emitían los lagolieros conforme se iban aproximando a Bangor.

Cuando volvieron a entrar en la sala de embarque, vio que una luz etérea empezaba a deslizarse sobre las sillas vacías, los monitores oscuros de «Llegadas» y «Salidas» y los mostradores de embarque. El rojo siguió al azul; el amarillo, al rojo; el verde, al amarillo. El aire parecía llenarse de una espera enorme y exótica. Sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo, que todo el vello se le erizaba. Una nítida sensación de seguridad empezó a invadirlo como un rayo de sol matinal: «Estamos al borde de algo, de una cosa grande y sorprendente», pensó.

—¡Por aquí! —gritó Bob. Los condujo hacia la pared situada junto al camino por donde habían entrado. Era una zona reservada para pasajeros, protegida por un cordón de terciopelo rojo. Bob saltó por encima con la misma facilidad del escolar que había sido alguna vez— ¡Contra la pared!

—¡Contra la pared, gilipollas! —gritó Albert en un espasmo de risa súbita e incontrolable. Se reunieron con Bob, apretándose contra la pared como sospechosos en una rueda de identificación policial. En el desierto vestíbulo circular que tenían delante, los colores resplandecieron un momento y después empezaron a desvanecerse. Sin embargo, el ruido continuaba intensificándose y se hacía más real. A Brian le pareció que en ese ruido distinguía voces y pasos, incluso algunos molestos llantos de bebé.

—¡No sé de qué se trata, pero es maravilloso! —exclamó Laurel, que reía y lloraba simultáneamente—. ¡Me encanta!

—Espero que aquí estemos seguros —dijo Bob. Tuvo que alzar la voz para que lo oyeran—. Creo que sí. Nos encontramos lejos de las principales zonas de tráfico.

—¿Qué va a suceder? —preguntó Brian—. ¿Qué es lo que sabe?

—¡Cuando atravesamos la falla de tiempo hacia el este, retrocedimos en el tiempo! —gritó Bob—, ¡Fuimos al pasado! Tal vez sólo quince minutos, ¿recuerdan que lo dije?

Brian asintió y, de pronto, la cara de Albert se iluminó.

—¡Esta vez nos ha conducido al futuro! —exclamó—. Es eso, ¿no? ¡Esta vez la falla nos ha conducido al futuro!

—¡Sí, creo que sí! —respondió Bob a gritos. Sonreía sin poder evitarlo—. ¡Y en lugar de llegar a un mundo muerto, a un mundo que se había movido sin nosotros, hemos llegado a un mundo que está a punto de nacer! ¡Un mundo tan fresco y nuevo como una rosa en el momento de abrirse! Creo que eso es lo que está sucediendo ahora. Eso es lo que oímos y percibimos, lo que nos ha producido esta alegría tan maravillosa e involuntaria. Creo que estamos a punto de ver y experimentar algo que ningún hombre y ninguna mujer han contemplado nunca. Hemos presenciado la muerte del mundo; ahora creo que vamos a asistir a su nacimiento. Creo que el presente está a punto de alcanzarnos.

Así como habían brillado y se habían desvanecido los colores, disminuyó de pronto el timbre profundo y reverberante del sonido. Al mismo tiempo, las voces que lo formaban empezaron a

hacerse más fuertes y claras. Laurel comprendió que estaba oyendo palabras e incluso frases enteras:

—... tengo que llamarla antes de que decida...

—... realmente no creo que la opción sea viable...

—... y si no podemos cargarle este asunto a la compañía madre, nos iremos a casa secos...

Eso era lo que pasaba frente a ellos a través del vacío que había al otro lado de la cuerda de terciopelo.

Brian Engle sintió que en su interior crecía una especie de éxtasis que lo envolvía en un resplandor de maravilla y felicidad. Tomó la mano de Laurel y sonrió a la joven cuando ella la cogió y la apretó con fuerza. Junto a ellos, Albert abrazó de pronto a Bethany, y ésta empezó a llenar su cara de besos, riendo. Bob y Rudy se sonrieron encantados, como amigos perdidos que se han encontrado por casualidad en un lugar absurdo y apartado del mundo.

Por encima de sus cabezas, las luces fluorescentes empezaron a encenderse. Lo hicieron sucesivamente, desde el centro del recinto, en un círculo en expansión que atravesó todo el vestíbulo, apartando las sombras de la noche como si fuera un rebaño de ovejas negras. De pronto, Brian percibió olores: sudor, perfume, loción para después del afeitado, agua de colonia, humo de cigarrillos, cuero, jabón, desinfectante industrial...

El amplio círculo del vestíbulo de embarque permaneció vacío un instante más. Era un lugar ocupado por las voces y los pasos de aquellos que todavía no existían. Y Brian pensó: «Voy a presenciarlo. Voy a ver el presente en movimiento, llegando a este futuro estacionario y arrastrándolo, igual que aquellos ganchos de los antiguos trenes expreso solían enganchar sacas de correspondencia de los postes del Servicio de Correos que había junto a las vías de los pequeños pueblos soñolientos del Sur. Voy a ver cómo se abre el tiempo del mismo modo que una rosa en una mañana de verano».

—Sujétense —musitó Bob—. Quizá se produzca una sacudida.

Apenas un segundo más tarde, Brian percibió un golpe sordo, no sólo bajo sus pies, sino también en todo su cuerpo. En el mismo momento sintió como si una mano invisible le hubiera dado un empujón en el centro de la espalda. Se inclinó hacia delante y notó que Laurel lo seguía. Albert tuvo que coger a Rudy para evitar que cayera. A Rudy no pareció importarle; en su cara apareció una sonrisa inmensa, delirante.

—¡Mira! —jadeó Laurel—. ¡Oh, Brian, mira!

Él miró y sintió que se le cortaba la respiración.

La sala de embarque estaba llena de fantasmas.

Figuras etéreas, transparentes, se cruzaban y entrecruzaban por la gran zona central: hombres con trajes de ejecutivo y carteras en la mano; mujeres con hermosos conjuntos de viaje; adolescentes con Levis y camisetas decoradas con logos de grupos de rock. Vio a un padre fantasma llevando de la mano a dos niños fantasma y, a través de ellos, a otros fantasmas sentados en las sillas, leyendo ejemplares transparentes de *Cosmopolitan*, *Esquire* y *U.S. News & World Report*. Después, el color descendió en una serie de resplandores de cometa sobre aquellas formas y las solidificó, y las voces resonantes se resolvieron en un prosaico enjambre en estéreo de verdaderas voces humanas.

«Estrellas fugaces —pensó Brian—. Sólo estrellas fugaces.»

Los dos niños eran los únicos que estaban mirando directamente a los supervivientes del vuelo 29 cuando se produjo el cambio; ellos fueron los únicos que vieron a cuatro hombres y dos mujeres en un lugar donde un segundo antes sólo había una pared vacía.

—¡Papá! —exclamó el pequeño, tirando de la mano derecha de su padre.

—¡Papá! —dijo la niña, tirando de su mano izquierda.

—¿Qué? —preguntó el padre, lanzándoles una mirada impaciente— ¡Estoy buscando a mamá!

—¡Gente nueva! —dijo la niña, señalando a Brian y a su desaliñado quinteto de pasajeros—.

¡Mira la gente nueva!

El hombre miró un momento a Brian y a los otros, y apretó la boca en un gesto nervioso. Brian supuso que era a causa de la sangre. Él, Laurel y Bethany habían tenido hemorragias nasales. El hombre sujetó con fuerza las manos de los niños y empezó a arrastrarlos a toda prisa.

—Sí, bien. Ahora, ayudadme a buscar a mamá. ¡Menudo lío!

—¡Pero no estaban allí antes! —protestó el niño—. Ellos...

Desaparecieron entre la multitud apresurada.

Brian miró los monitores y vio que eran las cuatro y diecisiete minutos de la madrugada.

«Aquí hay mucha gente —pensó—, y apuesto a que sé por qué.»

Como confirmación, se oyó una voz por los altavoces: «Todos los vuelos hacia el Este continúan en suspenso a causa de las condiciones meteorológicas inusuales sobre el desierto

de Mohave. Lamentamos las molestias, pero les pedimos paciencia y comprensión mientras continúen en vigor las medidas de precaución. Repetimos: todos los vuelos hacia el Este...»

«Condiciones meteorológicas inusuales —pensó Brian—. ¡Oh, sí! Las más extrañas condiciones meteorológicas que jamás hayan existido.»

Laurel se volvió hacia Brian y miró su rostro. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, y no hizo ningún esfuerzo por secarlas.

—¿La oíste? ¿Oíste lo que dijo la niña?

—Sí.

—¿Es eso lo que somos, Brian? ¿Gente nueva? ¿Crees que eso es lo que somos?

—No lo sé —contestó él—, pero es lo que se siente.

—Eso fue maravilloso —dijo Albert—. Dios mío, fue lo más maravilloso del mundo.

—¡Totalmente tubular! —gritó Bethany feliz, y empezó a dar otra vez palmadas.

—Y ahora, ¿qué hacemos Brian? —preguntó Bob—. ¿Alguna idea?

Brian miró hacia la atestada zona de embarque y dijo:

—Creo que quiero salir. Respirar aire fresco y mirar el cielo.

—¿No deberíamos informar a las autoridades de lo que...?

—Lo haremos —dijo Brian—. Pero primero quiero ver el cielo.

—Y tal vez comer algo —dijo Rudy, esperanzado.

Brian rió.

—¿Por qué no?

—Mi reloj se ha detenido —dijo Bethany.

Brian miró su muñeca y vio que al suyo le había pasado lo mismo. Todos sus relojes se habían detenido.

Brian se lo quitó, lo dejó caer al suelo con indiferencia y rodeó con su brazo la cintura de Laurel.

—Nos piramos de aquí —dijo—. A menos que alguno de ustedes quiera esperar el próximo vuelo al Este.

—Hoy no —dijo Laurel—, pero pronto lo haré para ir a Inglaterra. Tengo que buscar a un hombre en... —Durante un momento horrible creyó que había olvidado el nombre, pero al final lo recordó—. En Fluting —dijo—. Preguntar a cualquiera de High Street. La gente todavía lo llama el capataz.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Albert.

—Margaritas —contestó ella, y se echó a reír—. Creo que estoy hablando de margaritas. Hala, vamos.

Bob sonrió, mostrando unas rosadas encías de bebé.

—Pues yo creo que la próxima vez que tenga que ir a Boston cogeré el tren.

Laurel empujó con el pie el reloj de Brian y preguntó:

—¿Estás seguro de que no lo quieres? Parece caro.

Brian sonrió, meneó la cabeza y la besó en la frente. El olor de su cabello era sorprendentemente dulce. Se sentía más que bien; se sentía renacido: cada centímetro de su persona era nueva y fresca, y no llevaba las marcas del mundo. De hecho, sentía que si abría los brazos podría volar sin ayuda de motores.

—En absoluto —dijo—. Sé qué hora es.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hora es?

—Ahora y media.

Albert le dio una palmada en la espalda.

Abandonaron juntos la sala de embarque, abriéndose camino a través de los grupos de impacientes pasajeros. Muchos los miraron con curiosidad, y no sólo porque algunos de ellos parecían haber sufrido hemorragias nasales recientemente, o porque estuvieran riendo en medio de tanta gente enfadada y fastidiada.

Miraron porque esas seis personas parecían, por alguna razón, más brillantes que todos los demás.

Más reales.

Más presentes.

«Sólo estrellas fugaces —pensó Brian. Y de pronto recordó que en el avión quedaba todavía un pasajero, el hombre de la barba negra—. Jamás olvidará esta resaca.» Sonrió y comenzó a correr arrastrando a Laurel. Ella se echó a reír y lo abrazó.

Los seis corrieron juntos por el vestíbulo hacia las escaleras mecánicas, al encuentro del mundo que había más allá.

VENTANA SECRETA, SECRETO JARDÍN

A LAS DOS DESPUÉS DE MEDIANOCHE, en VENTANA SECRETA, SECRETO JARDÍN, King vuelve a temas que y abordó en novelas anteriores; la curiosa conexión entre un autor y sus lectores, y entre el autor y los argumentos de sus novelas. Esta vez, el protagonista se ve envuelto en un plagio, en un incendio provocado y en un asesinato.

UNA NOTA SOBRE VENTANA SECRETA, SECRETO JARDÍN.

Soy una de esas personas que creen que la vida es una serie de ciclos..., de ruedas dentro de ruedas; algunas se mezclan con otras, otras giran solas, pero todas realizan una función repetitiva y concreta. Me gusta esa imagen abstracta de algo parecido a una eficaz máquina industrial, probablemente porque la vida real, cercana y personal, parece muy confusa y extraña. Es agradable poder distanciarse de vez en cuando y decir: ¡Al fin y al cabo, hay un esquema! ¡No sé qué significa, pero por Dios que lo veo!

Todas esas ruedas parecen completar sus ciclos aproximadamente al mismo tiempo, y cuando sucede —más o menos cada veinte años, creo—, pasamos por una etapa en la que terminamos cosas. Los psicólogos han inventado incluso una palabra para describir este fenómeno: lo llaman clausura.

Ahora tengo cuarenta y dos años y, al examinar los últimos cuatro de mi vida, puedo descubrir todo tipo de clausuras. Esto es tan evidente en mi trabajo como en todo lo demás. En *It* utilicé una increíble cantidad de espacio para terminar de hablar de los niños y de las vastas percepciones que iluminan sus vidas interiores. El año próximo tengo intención de publicar la última novela del ciclo *Castle Rock, Needful Things*. Por otra parte, creo que esta historia es la última que dedicaré al tema de los escritores, la escritura y esa extraña tierra de nadie que existe entre lo que es real y lo que es ficticio. Sin duda, una buena cantidad de mis lectores, que han soportado pacientemente mi fascinación por este tema, se alegrarán de saberlo.

Hace unos años publiqué una novela llamada *Misery* que, al menos en parte, trataba de ilustrar la poderosa atracción que la ficción puede ejercer sobre el lector. El año pasado publiqué *La mitad oscura*, donde trataba de explorar lo contrario: la poderosa atracción que la ficción puede ejercer sobre el escritor.

Mientras ese libro estaba en proceso de elaboración, empecé a pensar que tal vez hubiera una manera de contar ambas historias al mismo tiempo, enfocando algunos de los elementos del argumento de *La mitad oscura* desde un ángulo totalmente distinto. En mi opinión, escribir es un acto secreto —tan secreto como soñar—, y ése es un aspecto de este extraño y peligroso oficio en el cual nunca había reflexionado mucho.

Sabía que de vez en cuando los escritores revisaban viejos trabajos. John Fowles lo hizo con *El mago*, (y yo mismo lo hice con *Apocalipsis*), pero lo que tenía en la cabeza no era una revisión.

Quería tomar elementos familiares y reunirlos de una manera enteramente nueva. Lo había intentado hacer al menos una vez antes, reestructurando y poniendo al día los elementos básicos del *Drácula* de Bram Stoker para crear *El misterio de Salem's Lot*, y me sentía cómodo con la idea.

Un día de finales de otoño de 1987, mientras estaba pensando estas cosas, me detuve en el lavadero de nuestra casa para dejar una camisa sucia. Nuestro lavadero está en el segundo piso y es una habitación pequeña y estrecha. Metí la camisa en la máquina y me acerqué a una de las dos ventanas del cuarto. Sólo por curiosidad casual. Hace ya once o doce años que vivimos en la misma casa, pero nunca había mirado antes por esta ventana en

particular. La razón es sencilla: colocada a nivel del suelo, casi escondida detrás de la secadora, medio oculta tras los cestos de ropa sucia, es una ventana que apenas sirve para mirar nada. De todos modos, me las arreglé para acercarme y miré afuera.

La ventana da a un pequeño recinto con suelo de ladrillo entre la casa y el solarío anexo. Es una zona que veo casi todos los días, pero el ángulo de visión era nuevo. Mi esposa había puesto allí fuera media docena de tiestos, supongo que para que las plantas recibieran un poco del sol de comienzos de noviembre, y el resultado era un jardincillo encantador que sólo yo podía ver.

Naturalmente, lo que se me ocurrió es el título de este cuento. Me pareció una metáfora excelente para lo que hacen con sus días y sus noches los escritores, sobre todo los que escriben historias fantásticas. Sentarse ante la maquina o coger un lápiz es un acto físico; la analogía espiritual es mirar por una ventana casi olvidada, una ventana que ofrece una vista común desde un ángulo enteramente distinto, un ángulo que convierte lo ordinario en extraordinario.

El trabajo del escritor es mirar por esa ventana e informar de lo que ve.

Pero a veces la ventana se rompe. Creo que ése, más que ningún otro, es el tema de este relato: ¿qué le sucede al observador atento cuando la ventana entre la realidad y lo irreal se rompe y el cristal empieza a volar?

1

—Usted me robó la historia —aseguró el hombre de pie en el umbral—, me robó la historia y habrá que hacer algo al respecto. Lo correcto es lo correcto y lo justo es lo justo, y hay que hacer algo.

Morton Rainey, que acababa de despertar de la siesta y todavía se sentía un tanto alejado del mundo real, no tenía ni idea de qué podía decir. Aquello no le sucedía nunca cuando estaba trabajando, enfermo o sano, totalmente despierto o medio dormido.

Era un escritor, y casi nunca tenía dificultades para poner en boca de sus personajes una réplica aguda. Rainey abrió la boca, no encontró en ella ninguna réplica aguda, por tímida que fuera, y volvió a cerrarla.

Pensó: "Este hombre no parece enteramente real. Parece un personaje de una novela de William Faulkner."

Eso no lo ayudaba a resolver la situación, pero era una verdad innegable. El tipo que había llamado a su puerta en aquella casa del oeste de Maine aparentaba unos cuarenta y cinco años y era muy delgado. Tenía un rostro apacible, casi sereno, atravesado por surcos profundos, que se extendían horizontalmente a través de su amplia frente formando olas regulares, descendían desde las comisuras de los labios delgados hasta la mandíbula, e irradiaban en diminutos haces desde el rabillo de los ojos. Los ojos eran de un azul brillante, intenso. Rainey no podía decir de qué color tenía el cabello, pues el hombre llevaba un gran sombrero negro de copa redonda, encasquetado de tal modo en la cabeza que la parte inferior del ala tocaba las puntas de sus

orejas. Se parecía a esos sombreros que usan los cuáqueros. No le asomaban patillas, de modo que, a juzgar por lo que Morton Rainey veía, podía ser tan calvo como Telly Savalas.

Llevaba una camisa de trabajo azul, prolijamente abotonada hasta ceñir la piel flácida y enrojecida de su cuello pese a no llevar corbata. El faldón de la camisa desaparecía en el interior de unos tejanos, en apariencia demasiado grandes para él. Los pantalones descansaban sobre un par de zapatos de trabajo de un amarillo desvaído, que parecían hechos para caminar por el surco de una tierra recién arada, unos tres pasos y medio detrás del culo de una mula.

—¿Y bien? —preguntó, al ver que Rainey continuaba mudo.

—No lo conozco —dijo por fin Rainey. Era lo primero que decía desde que se había levantado del diván para abrir la puerta, y a él mismo le sonó de una estupidez sublime.

—Eso ya lo sé —replicó el hombre—, y no tiene ninguna importancia. Pero yo sí lo conozco a usted, señor Rainey, y eso es lo que importa. Usted me robó la historia —insistió, tendiendo la mano.

Hasta aquel momento, Rainey no se había dado cuenta de que llevaba algo en ella. Era un fajo de papeles, pero no uno cualquiera. Se trataba de un manuscrito. Pensó que, tras permanecer cierto tiempo en el negocio editorial, cualquiera es capaz de reconocer un manuscrito.

Sobre todo un manuscrito rechazado.

Y, un momento después, se dijo: "Morton, chico, menos mal que no era un revólver. Hubieras llegado al infierno antes de enterarte de que habías muerto."

Con mayor lentitud aún, comprendió que probablemente estaba hablando con algún loco. Naturalmente, hacía tiempo que debía haber sucedido. Aunque sus últimos tres libros habían sido best-sellers, ésta era la primera visita que recibía de esa tribu fabulosa. Sintió una mezcla de miedo y pena, al tiempo que su mente se concentraba en un único objetivo: cómo librarse del tipo lo antes posible y con la menor dosis posible de agresividad.

—No leo manuscritos... —empezó a decir.

—Éste ya lo ha leído —le interrumpió serenamente el hombre con cara de aparcero—. Lo robó.

Hablaba como si estuviera constatando un hecho simple, como un hombre que dice que acaba de salir el sol y hace un agradable día de otoño.

Al parecer, esa tarde todas las ideas de Morton llegaban con retraso; por primera vez advirtió lo solo que estaba allí. Había llegado a la casa de Tashmore Glen a comienzos de octubre, después de dos meses desdichados en Nueva York. Su divorcio se había hecho efectivo la semana anterior.

Era una casa grande, pero se trataba de un lugar de veraneo, al igual que el propio pueblo. En esta calle en concreto había unas veinte casas, distribuidas a lo largo de la bahía norte del lago Tashmore.

En julio y agosto la mayor parte de las casas permanecía ocupada; pero no estaban ni en julio ni en agosto, estaban a finales de octubre. Comprendió que,

probablemente, el ruido de un disparo pasaría inadvertido. Si alguien lo escuchaba, supondría que alguien estaba cazando codornices o faisanes. Era la época.

—Puedo asegurarle...

—Ya sé que puede —dijo con la misma paciencia increíble el hombre del sombrero negro—. Ya lo sé.

A espaldas del hombre, Morton veía el vehículo en el que éste había llegado. Era una vieja furgoneta con aspecto de haber recorrido muchos kilómetros en su vida, y pocos de ellos por buenas carreteras. Veía que la matrícula no era del estado de Maine, pero no conseguía distinguir de qué estado era. Sabía desde hacía tiempo que tenía que ir al oculista a que le cambiaran las gafas, e incluso había planeado hacerlo a comienzos del verano; pero, un día de abril, Henry Young lo llamó preguntando quién demonios era el tipo con el que había visto a Amy en el embarcadero —¿tal vez un pariente?—, desencadenando un alud de sospechas que culminó de un modo escalofriantemente rápido en el divorcio por mutuo acuerdo.

Aquel huracán de mierda había absorbido todo su tiempo y energía durante los últimos meses. En aquellos días, se daba por satisfecho si recordaba que debía cambiarse de ropa interior, así que cosas tan esotéricas como pedir una cita al oculista habían quedado relegadas.

—Si desea expresar alguna queja —empezó Morton vacilante, detestando el pomposo sonido de su propia voz, pero sin saber de qué otro modo contestar—, puede hablar con mi ab...

—Esto es entre usted y yo —dijo pacientemente el tipo, de pie en el umbral.

Bump, el gato vagabundo de Mort, que había permanecido acurrucado en el pequeño armario destinado a la basura (había que meter la basura en un lugar cerrado, porque si no, por la noche, venían los mapaches y rompían las bolsas, dispersando su contenido), en ese momento bajó de un salto y se abrió paso por entre las piernas del extraño.

Los brillantes ojos azules del hombre no apartaron su mirada de la cara de Rainey.

—No necesitamos a nadie más, señor Rainey. Esto es estrictamente entre usted y yo —insistió.

—No me gusta que me acusen de plagio, si es eso lo que pretende —dijo Mort, mientras algo en su mente le advertía que debía ser muy cuidadoso en el trato con gente perteneciente a la tribu de los Locos Frustrados.

¿Seguirles la corriente? Sí. Pero este hombre no parecía tener un arma, y Mort lo superaba en más de veinte kilos. "Además, por su aspecto, tengo cinco o diez años menos que él", pensó. Había leído que un tipo verdaderamente loco poseía una fuerza anormal, pero no tenía intención de quedarse allí y dejar que aquel hombre al que nunca había visto continuara diciendo que él, Morton Rainey, le había robado su relato. Por lo menos, no sin rebatir su acusación.

—No me extraña que no le guste —dijo el hombre del sombrero negro. Hablaba con el mismo tono sereno y paciente. A Morton le pareció que lo hacía

como un terapeuta cuyo trabajo es enseñar a niños pequeños con alguna clase de retraso mental leve—. Pero lo hizo. Me robó mi historia.

—Tendrá que irse —dijo Mort. Ahora estaba completamente despierto y ya no se sentía tan desconcertado y en desventaja—. No tengo nada que decirle.

—Sí, me iré —dijo el hombre—. Seguiremos hablando en otro momento.

Le tendió el fajo de papeles, y Mort se descubrió tendiendo la mano para cogerlo. Volvió a dejarla caer a un costado, un instante antes de que su visitante inesperado e indeseado pudiera depositar en ella el manuscrito, como un oficial de justicia que finalmente logra entregar una citación a un hombre que ha estado eludiéndolo durante meses.

—No pienso cogerlo —dijo Mort, maravillado por la capacidad de adaptación de ese animal que es el hombre. Cuando alguien te tiende algo, tu instinto primero es recogerlo. No importa que sea un cheque de mil dólares o un cartucho de dinamita con la mecha encendida: la primera reacción es cogerlo.

—Señor Rainey, no le servirá de nada jugar conmigo —dijo tranquilamente el hombre—. Es preciso solucionar este problema.

—En lo que a mí se refiere, ya está solucionado —dijo Mort, y cerró la puerta ante aquella cara arrugada, gastada y, en cierto modo, atemporal.

Sólo había sentido uno o dos momentos de miedo, cuando advirtió, de una manera desorientada y soñolienta, lo que estaba diciendo el hombre.

Después, todo había sido absorbido por un sentimiento de cólera. Cólera porque lo molestaran durante su siesta y más cólera al comprender que quien lo molestaba era un representante de los Locos Frustrados.

Una vez cerrada la puerta, el miedo retornó. Apretó los labios y esperó a que el tipo empezara a golpearla. Y cuando eso no sucedió, tuvo la convicción de que el tipo seguía de pie allá fuera, quieto como una piedra y tan paciente como ella, esperando que Morton volviera a abrir la puerta, cosa que tendría que hacer, más pronto o más tarde.

Después oyó un golpe sordo, seguido de una serie de pasos ligeros que cruzaban el porche. Mort se dirigió hacia el dormitorio principal, que daba al sendero para coches. Allí había dos ventanales: uno daba al sendero y a la colina que quedaba detrás; el otro ofrecía una visión de la pendiente que conducía a la extensión azulada y plácida del lago Tashmore.

Ambos ventanales estaban reflectarizados, es decir, que él podía mirar al exterior, pero cualquiera que intentara mirar de afuera adentro vería sólo su imagen distorsionada, a menos que apretara la nariz contra el cristal y colocara las manos a uno y otro lado de los ojos.

Vio que el hombre con camisa de trabajo y tejanos doblados en las perneras regresaba a su vieja furgoneta. Desde este ángulo, podía ver a qué estado pertenecía la matrícula: Mississippi.

Mientras el hombre abría la portezuela del lado del conductor, Morton pensó: "¡Mierda! El arma está en el coche. No la llevaba encima porque creía que podría razonar conmigo, sea cual fuere la idea que tiene de lo que significa "razonar". Pero ahora ha ido a buscarla y regresará. Probablemente la guarde en la guantera o debajo del asiento..."

Sin embargo, el hombre se sentó ante el volante, deteniéndose sólo lo indispensable para quitarse el sombrero negro y dejarlo en el asiento contiguo. Cuando cerró la portezuela y puso en marcha el motor, Mort pensó: "Ahora hay en él algo distinto." Pero sólo comprendió lo que era después de que el visitante indeseado hubiera recorrido el sendero y desaparecido tras el espeso seto que Mort siempre olvidaba podar.

Cuando el hombre había entrado en el coche, ya no llevaba el manuscrito.

2

Estaba en el porche trasero. Le había puesto una piedra encima para evitar que las páginas salieran volando al soplar la brisa.

El golpe sordo que había oído, lo hizo el hombre al poner la piedra sobre el manuscrito.

Mort se quedó de pie en la puerta, con las manos en los bolsillos de sus pantalones color caqui, mirándolo. Sabía que la locura no era contagiosa (excepto en casos de contacto prolongado, imaginaba), pero seguía sin querer tocar el maldito fajo de papeles. Sin embargo, suponía que tendría que hacerlo. No sabía exactamente cuánto tiempo estaría en Tashmore Glen. Tal vez un día, una semana, un mes o un año; en ese momento, cualquier cosa parecía posible. La cuestión era que no podía dejar ahí esa maldita cosa. Esa tarde, temprano, vendría Greg Carstairs, el encargado de cuidar su casa, para entregarle un presupuesto de lo que costaría volver a techar la casa, y se preguntaría qué era aquello. O, peor aún, supondría que pertenecía a Mort, lo cual requeriría más explicaciones de las que merecía el hecho en sí.

Permaneció allí, de pie, hasta que el ruido del motor de la furgoneta de su visitante se perdió en el murmullo sordo y lento de la tarde.

Después salió al porche, caminando cuidadosamente con los pies descalzos (hacía ya un año que el porche necesitaba una mano de pintura, y la madera reseca estaba llena de astillas), y arrojó la piedra al matorral de enebro que había a la izquierda. Cogió el pequeño montón de páginas y lo miró. En la primera página figuraba el título. Ponía:

VENTANA SECRETA, SECRETO JARDÍN *John Shooter*

Muy a su pesar, Mort experimentó un instante de alivio. Jamás había oído hablar de John Shooter, y jamás había leído o escrito un relato llamado "Ventana secreta, secreto jardín".

Al entrar, arrojó el manuscrito a la papelera de la cocina, regresó al diván de la sala y volvió a acostarse. Cinco minutos después estaba dormido.

Soñó con Amy. En aquellos días dormía mucho y soñaba con Amy. Ya no le sorprendía demasiado despertar sobresaltado por el sonido de sus propios gritos roncós. Suponía que, con el tiempo, las pesadillas acabarían por desaparecer.

A la mañana siguiente, Mort se encontraba sentado frente a su ordenador, en el pequeño recoveco de la sala que siempre había utilizado como lugar de trabajo en aquella casa. El ordenador estaba conectado, pero él miraba el lago a través de la ventana. Había dos motoras, que trazaban anchos surcos blancos en el agua azul. Al principio pensó que se trataba de pescadores, pero nunca disminuían la velocidad. Se limitaban a avanzar, retroceder y cruzarse describiendo amplias curvas. "Jóvenes —se dijo—. Son jóvenes jugando."

No hacían nada interesante, pero, al fin y al cabo, él tampoco.

Desde que dejara a Amy, no había escrito una palabra que valiera la pena. Todos los días, de nueve a once, se sentaba frente al ordenador, como había hecho todos los días durante los tres últimos años (durante los mil años anteriores había pasado aquellas dos horas frente a un viejo modelo de la Royal), pero a juzgar por lo que salía de allí, hubiera podido cambiar tranquilamente el ordenador por una motora e irse con los muchachos al lago.

Hoy, durante esas dos horas, había escrito las siguientes líneas de prosa insustancial:

*Cuatro días después de haber confirmado con satisfacción que su esposa lo engañaba, George se enfrentó a ella.
—Abby, tengo que hablar contigo —dijo.*

No era bueno.

Demasiado parecido a la vida real como para ser bueno.

Cuando se trataba de la vida real, nunca había sido tan tajante.

Tal vez eso fuera parte del problema.

Apagó el ordenador y, un segundo después de haberlo hecho, advirtió que había olvidado archivar el documento. Bueno, estaba bien. Tal vez el crítico que dormía en su inconsciente le había dicho que no merecía la pena guardarlo.

Al parecer, la señora Gavin había terminado su trabajo arriba, finalmente había cesado el ronroneo de la Electrolux. Venía a limpiar todos los martes, y hacía dos martes había quedado reducida a un silencio muy poco característico cuando Mort le comunicó que Amy y él se habían separado. Sospechaba que a ella le gustaba Amy mucho más que él, pero a pesar de todo siguió yendo y Mort supuso que eso ya era algo.

Se levantó y fue al salón en el momento en que la señora Gavin bajaba la escalera. Llevaba la aspiradora cogida por la manga y arrastraba tras de sí el pequeño mecanismo tubular. La máquina descendía de peldaño en peldaño como un perrito mecánico. "Si yo intentara bajar así la aspiradora, se me incrustaría en un tobillo y después caería rodando hasta abajo —pensó Mort—. Me pregunto cómo lo hace. ¿Será otro secreto del oficio? Seguramente sí".

—Hola, ¿qué tal, señora Gavin? —dijo, cruzando la sala en dirección a la puerta de la cocina. Quería tomar una Coca-Cola. Escribir mierda siempre le daba sed.

—Hola, señor Rainey.

Había intentado que lo llamara Mort, pero se negaba. Ni siquiera había aceptado llamarlo Morton. La señora Gavin era una mujer de principios, pero esos principios nunca le habían impedido llamar Amy a su mujer.

"Tal vez debería decirle que pesqué a Amy en la cama con otro hombre en uno de los mejores moteles de Derry —pensó Mort mientras empujaba la puerta batiente—. En el peor de los casos, a lo mejor volvía a llamarla señora Rainey."

Era una idea fea y mezquina, el tipo de idea causante, según sospechaba, de sus problemas con la escritura; pero, al parecer, no podía evitarlo. Tal vez también desaparecería con el tiempo, como las pesadillas. Por alguna razón, aquello le hizo recordar una pegatina que había visto una vez en la parte trasera de un viejo VW:

"Estreñido - No puede pasar."

Mientras la puerta de la cocina volvía a cerrarse, la señora Gavin dijo:

—Señor Rainey, encontré uno de sus cuentos dentro de la basura. Pensé que querría tenerlo, así que lo dejé sobre la barra.

—Vale —respondió Mort, sin la menor idea de a qué podía referirse. No tenía la costumbre de tirar al cubo de la basura manuscritos inservibles o borradores. Cuando producía una porquería (cosa que últimamente sucedía con excesiva frecuencia), se iba directamente al cielo de los datos en el archivo circular que tenía a la derecha del ordenador. Ni siquiera por un minuto pensó en el hombre de cara arrugada y sombrero de cuáquero.

Abrió la puerta de la nevera, apartó dos bandejas de cenas rápidas llenas de restos innombrables, descubrió una botella de Pepsi y la abrió mientras cerraba la puerta de la nevera con la cadera. Al ir a tirar la chapa a la basura, vio el manuscrito encima de la barra. La página del título tenía manchas de algo que parecía zumo de naranja, pero, por lo demás, estaba en buen estado. Entonces recordó. Claro, John Shooter. Socio fundador de Locos Frustrados, sucursal Mississippi.

Tomó un trago de Pepsi y cogió el manuscrito. Puso al final la página del título y, en lo alto de la primera página, vio lo siguiente:

John Shooter
Lista de correos
Dellacourt, Mississippi

30 páginas
Aproximadamente 7.500 palabras
En venta derechos de serie, Norteamérica

VENTANA SECRETA, SECRETO JARDÍN
John Shooter

El texto estaba mecanografiado en papel de calidad, pero la máquina era un caso desesperado. A juzgar por los resultados, un viejo modelo de oficina en pésimo estado de mantenimiento.

La mayoría de las letras estaban tan torcidas como los dientes de un viejo. Leyó la primera frase, después la segunda y la tercera, y durante unos segundos perdió la capacidad de pensar con claridad.

Todd Downey pensaba que una mujer capaz de robar tu amor, cuando tu amor era en realidad todo lo que tenías, no era una mujer que mereciera la pena.

En consecuencia, decidió matarla. Lo haría en aquel rincón profundo donde se unían la casa y el granero, formando un pronunciado ángulo. Lo haría en el lugar donde su esposa tenía el jardín.

—¡Mierda! —exclamó Mort, dejando el manuscrito. Al hacerlo, empujó la botella de Pepsi con el brazo. La botella se volcó, y el líquido espumoso y burbujeante recorrió la barra y se deslizó por las puertas de los armarios—. ¡Oh, mierda! —repitió, gritando.

La señora Gavin entró a toda prisa, estudió la situación y dijo:

—¡Bah! No es nada. Por el ruido, pensé que se había cortado el cuello. Apártese un poco, ¿quiere, señor Rainey?

Él obedeció. Lo primero que hizo ella fue coger el montón de papeles y ponérselo en la mano. Seguía intacto; el líquido se había derramado hacia el otro lado. Alguna vez había sido un hombre con sentido del humor —en todo caso, él lo creía así—, pero al mirar el pequeño montón de papeles que tenía en la mano, todo lo que pudo conseguir fue un amargo sentimiento de ironía. "Es como el gato de la canción infantil —pensó—. Ese que siempre volvía."

—Si está tratando de ahogar eso —dijo la señora Gavin, señalando el manuscrito con la cabeza mientras sacaba una bayeta de debajo del fregadero—, va por buen camino.

—No es mío —contestó Mort.

Resultaba gracioso, ¿no? Ayer, cuando estuvo a punto de coger el manuscrito que le tendía el tipo, había pensado en la capacidad de adaptación de ese animal que es el hombre. Apparently, esa urgencia por adaptarse irradiaba en todas direcciones, porque lo primero que sintió al leer aquellas frases fue culpa.

¿Y no era precisamente eso lo que pretendía Shooter, si es que ése era su nombre? Por supuesto que sí. "Usted me robó la historia", había dicho. ¿Y acaso no era culpa lo que se suponía que debían sentir los ladrones?

—Con permiso, señor Rainey —dijo la señora Gavin, mostrándole la bayeta.

Él se apartó para dejarla limpiar.

—No es mío —repitió, o más bien insistió.

—¡Ah! —exclamó ella, mientras limpiaba la mancha. Luego se acercó al fregadero para escurrir la bayeta—. Pensé que sí.

—Pone John Shooter, ¿ve? —dijo Mort, colocando la página del título en su lugar y mostrándosela.

La señora Gavin dedicó a la página la mirada más breve que permite la cortesía y empezó a limpiar las puertas de los armarios.

—Pensé que era uno de esos..., ¿cómo se llaman? —preguntó—. Pseudonombres..., o nimos. Eso que a veces utilizan los escritores.

—No utilizo ninguno —respondió Mort—. Nunca lo he hecho.

Esta vez, la señora Gavin le dedicó a él una mirada breve —una mirada ligeramente divertida de astucia campesina—, antes de arrodillarse para limpiar el charco de Pepsi que había en el suelo.

—Supongo que no me lo diría si lo hiciera —dijo.

—Lamento el accidente —se excusó Mort, mientras se dirigía hacia la puerta.

—Es mi trabajo —contestó ella lacónicamente.

La señora Gavin no volvió a levantar la mirada. Mort captó la insinuación y se fue.

Se quedó un momento de pie en la sala, mirando la aspiradora abandonada en el centro. En su cabeza sonó la voz del hombre de cara arrugada' diciendo pacientemente: "Esto es entre usted y yo".

"No necesitamos a nadie más, señor Rainey. Esto es estrictamente entre usted y yo."

Mort pensó en aquella cara, la reconstruyó cuidadosamente poniendo en funcionamiento su mente entrenada para recordar rostros y actos, y pensó: "No fue una aberración momentánea, ni una manera extravagante de conocer a un autor a quien puede o no considerar famoso. Regresará."

De pronto, se volvió hacia su estudio al tiempo que enrollaba el manuscrito.

4

Tres de las cuatro paredes del estudio estaban cubiertas de librerías, y una de ellas había quedado reservada para las diversas ediciones de su obra, nacionales y extranjeras. Había publicado seis libros en total: cinco novelas y un libro de relatos. El libro de relatos y las dos primeras novelas habían recibido una buena acogida entre su familia y algunos amigos. La tercera novela, *El chico del organillero*, se había convertido de inmediato en un best-seller.

Después, se reeditaron los trabajos anteriores, que funcionaron bastante bien, aunque nunca alcanzaron la popularidad de sus libros posteriores.

El libro de relatos se llamaba *Todos tiran la moneda*, y la mayoría de ellos se habían publicado originalmente en revistas para hombres, rodeados de fotos de mujeres con mucho maquillaje en los ojos y poco más encima. Uno de los relatos había aparecido en el *Ellery Queen's Mystery Magazine* y se llamaba "*Tiempo de siembra*". Ese era el que ahora buscaba.

Una mujer capaz de robar tu amor, cuando tu amor era todo lo que tenías, no era una buena mujer. Ésa era, al menos, la opinión de Tommy Havelock. Por eso decidió matarla. Sabía incluso en qué lugar lo haría, en qué lugar exacto: en el pequeño trozo de jardín que tenía ella en el ángulo formado por la casa y el granero al juntarse.

Mort se sentó y comenzó a leer con detenimiento ambas narraciones, hacia atrás y hacia delante. Cuando llegó a la mitad, comprendió que en realidad no era necesario seguir. En algunos lugares variaban las palabras; en otros hasta las palabras eran las mismas, una por una. Prescindiendo de ese detalle, eran exactamente iguales. En ambos, un hombre mataba a su mujer. En ambos, la esposa era una puta fría e indiferente a quien sólo le interesaban su jardín y sus conservas.

En ambos, el asesino enterraba a su cónyuge en el jardín y después lo cuidaba, logrando una cosecha verdaderamente espectacular. En la versión de Morton Rainey, la cosecha era de guisantes. En la de Shooter, de maíz. En ambas versiones, el asesino terminaba por volverse loco, y la policía lo encontraba ingiriendo increíbles cantidades de las cosechas en cuestión y jurando que se libraría de ella, que al final acabaría librándose de ella.

Mort nunca se había considerado un gran escritor de relatos de horror; de hecho, en *"Tiempo de siembra"* no había nada sobrenatural, pero de todos modos resultaba más bien escalofriante. Amy, al terminar de leerlo con un pequeño estremecimiento, había dicho "Supongo que es bueno, pero el cerebro de ese hombre... ¡Dios mío, es una caja de gusanos!"

Eso había resumido bastante bien sus propios sentimientos. El paisaje de *"Tiempos de siembra"* no era de aquellos que le interesaba frecuentar, y no era ningún "Corazón revelador", pero pensaba que había hecho un buen trabajo en la descripción del quebranto homicida de Tom Havelock. El editor del *Ellery Queen* se había mostrado de acuerdo con él, y también los lectores; pues se recibieron cartas muy elogiosas. El editor le había pedido más, pero Mort nunca había aparecido con otro relato ni remotamente parecido a *"Tiempo de siembra"*.

—Sé que puedo hacerlo —dijo Todd Downey, cogiendo otra panocha de maíz de la olla hirviendo—. Estoy seguro de que, con el tiempo, ella acabará por desaparecer.

Ése era el final de Shooter.

—Estoy convencido de que puedo ocuparme de este asunto —les dijo Tom Havelock, mientras se servía otra ración de guisantes del cazo rebosante, hirviendo—. Estoy seguro de que, con el tiempo, su muerte será un misterio hasta para mí.

Así era como terminaba el cuento de Mort Rainey.

Mort cerró su ejemplar de *"Todos tiran la moneda"* y, pensativo, volvió a colocarlo en el estante de las primeras ediciones.

Se sentó y empezó a revolver lenta y exhaustivamente los cajones de su escritorio. Era un mueble grande, tanto que los tipos de la mudanza se habían

visto obligados a entrarlo desmontado, y tenía un montón de cajones. El escritorio era de su exclusivo dominio; ni Amy ni la señora Gavin le habían puesto jamás la mano encima, y los cajones estaban llenos de papeles acumulados durante diez años. Hacía cuatro que Mort había dejado de fumar, y si quedaban cigarrillos en la casa, sería seguramente allí. Si encontraba alguno, fumaría. En ese momento, estaba loco por un cigarrillo. Si no encontraba ninguno, daba lo mismo; revisar toda aquella basura resultaba relajante. Viejas cartas que había apartado para contestar y no había contestado nunca; aquello que en su momento parecía importante y ahora se veía antiguo, incluso prehistórico; postales que había comprado y no había enviado nunca; fragmentos de manuscritos en diversos estados de elaboración; media bolsa de Doritos viejísimos, sobres, recortes, cheques anulados... Percibía allí capas casi geológicas, capas de verano congeladas en su sitio. Y resultaba relajante. Terminó con un cajón y pasó al siguiente, sin dejar de pensar en John Shooter y en cómo le hacía sentirse la historia de John Shooter. ¡La suya, mierda!

Por supuesto, lo más evidente era que le producía la sensación de necesitar un cigarrillo. No era la primera vez que se sentía así en los últimos cuatro años; había habido momentos en que sólo ver a alguien fumando tras el volante de un coche contiguo al suyo, detenido en un semáforo, podía desatar un ansia furiosa y momentánea de tabaco. Pero, naturalmente, en ese caso la palabra clave era "momentánea". Aquellos sentimientos pasaban pronto, como furiosos chaparrones. Cinco minutos después de caer una espesa cortina de agua, vuelve a brillar el sol. Nunca había sentido la necesidad de entrar en la tienda más próxima para comprar tabaco, ni de revolver en la guantera en busca de uno o dos cigarrillos sueltos, como hacía ahora en su escritorio.

Se sentía culpable, y eso era absurdo. Irritante. No había robado el relato de John Shooter y lo sabía. Si se había producido un robo (cosa harto evidente, porque a Morton le resultaba imposible creer que dos relatos pudieran ser tan semejantes sin el conocimiento previo de uno de los dos escritores), el ladrón era Shooter

Claro.

Lo veía tan claro como su propia nariz, como el redondo sombrero negro en la cabeza de John Shooter.

Y sin embargo se sentía alterado, intranquilo, culpable. Se sentía perdido de una manera para la cual tal vez no hubiese palabra.

¿Alguna razón? Bueno, porque...

En ese momento, Mort levantó una fotocopia del manuscrito de *El chico del organillero* y encontró un paquete de cigarrillos L&M. ¿Es que seguían fabricando L&M? No lo sabía. El paquete era viejo y estaba arrugado, pero no vacío. Lo sacó y lo miró.

Pensó que lo debía de haber comprado en 1985, basándose en la ciencia informal de estratificación que podía llamarse, a falta de una palabra mejor, Escritorología. Al fin y al cabo, *El chico del organillero* se había publicado en enero de 1986 y la fotocopia estaba encima del paquete de L&M.

Miró dentro del paquete. Vio tres diminutos clavos de ataúd, todos en fila.

"Viajeros en el tiempo de otra era", pensó Mort. Se metió un cigarrillo en la boca y fue a la cocina en busca de una cerilla de la caja que había junto al fogón. "Viajeros en el tiempo de otra era, cabalgando a través de los años, pacientes viajeros cilíndricos con la misión de esperar, perseverar, atender a la llegada del momento apropiado para ponerme en el camino del cáncer de pulmón. Y al parecer el momento ha llegado."

—Probablemente sabrá a mierda —dijo en voz alta a la casa vacía, pues hacía mucho que la señora Gavin se había ido.

Encendió el cigarrillo, pero no sabía a mierda. Tenía un gusto muy bueno. Regresó hacia el estudio, fumando y sintiéndose agradablemente mareado. "¡Ah! La espantosa y paciente persistencia de la adicción", pensó. ¿Qué había dicho Hemingway? Este agosto no, este septiembre tampoco, este año debes hacer lo que quieras.

Pero el momento llega. Siempre lo hace. Más tarde o más temprano vuelves a meterte algo en tu vieja bocaza. Un trago, un cigarrillo, quizás el cañón de la escopeta. Este agosto no, este septiembre...

Por desgracia, estaba en octubre.

Un momento antes, mientras revisaba el escritorio, había encontrado un viejo bote de cristal medio lleno de cacahuetes. Dudaba mucho de que se pudieran comer, pero la tapa del bote servía de maravilla como cenicero. Se sentó ante su escritorio, miró el lago (las barcas que viera antes habían desaparecido, igual que la señora Gavin), disfrutó de su hábito antiguo y malsano, y descubrió que podía pensar con un poco más de ecuanimidad en John Shooter y su relato.

Por supuesto, el tipo pertenecía a la tribu de los Locos Frustrados. Si necesitaba alguna prueba, ya la tenía. En cuanto a cómo le hacía sentirse el descubrimiento de que la semejanza era real...

Bueno, un relato era una cosa, una cosa real. En todo caso, uno podía considerarlo así, sobre todo si alguien te había pagado por él. Pero, en otro sentido más importante, no era en absoluto una cosa. No era como un florero, una silla o un coche. Era tinta sobre papel, pero no era ni tinta ni papel. A veces la gente le preguntaba de dónde sacaba sus ideas, y aunque él se burlaba de la pregunta, siempre lo hacía sentirse vagamente avergonzado, espurio. Al parecer, creían que en alguna parte había un Depósito Central de Ideas (de la misma forma que se suponía que en alguna parte había un cementerio de elefantes, y en otra una fabulosa ciudad perdida de oro), y que él debía tener un mapa secreto que le permitía ir y volver. Pero él sabía. Podía recordar dónde estaba cuando se le ocurrieron ciertas ideas y sabía que, con frecuencia, la idea era el resultado de ver o percibir alguna conexión extraña entre objetos, sucesos o gente que antes no parecía tener ninguna. No podía expresarlo mejor. En cuanto a por qué veía dichas conexiones o sentía el impulso de escribir relatos después de haberlas visto, no tenía ni la menor idea.

Si John Shooter hubiera golpeado a su puerta diciendo "Me robó mi coche", en lugar de "Me robó mi historia", Mort habría rechazado la idea rápidamente y con decisión. Habría podido hacerlo aunque los coches en cuestión hubieran sido del mismo año, marca, modelo y color. Le habría mostrado al hombre del sombrero redondo el registro de su coche, invitándole a comparar el número

del papel rosado con el que había en la puerta de su casa y lo habría mandado a paseo.

Sin embargo, cuando uno tiene una idea para un relato, nadie le entrega una factura de compra. No se podía rastrear el origen.

¿Por que tendría que poderse? Nadie te daba una factura cuando conseguías algo gratis. Tú le cobrabas a quien quisiera comprártela: revistas, periódicos, editores, compañías cinematográficas ¡Oh, claro que sí! Les cobrabas todo lo posible y, si podías, un poco más también, para compensar todas las veces que los bastardos te regateaban el precio. Pero el artículo llegaba a tus manos gratis, limpio y sin hipotecas. Ésa era la razón.

Por eso se sentía culpable aun cuando sabía que no había plagiado la historia del granjero John Shooter. Se sentía culpable porque escribir relatos siempre le había parecido un poco como robar, y probablemente siempre se lo parecería. John Shooter era simplemente la primera persona que aparecía en el umbral de su puerta y lo acusaba de ello en voz alta. Pensó que, inconscientemente, hacía años que esperaba algo así.

Mort aplastó el cigarrillo y decidió echarse a dormir una siesta. Después pensó que no era una buena idea. Sería mejor, más sano, tanto mental como físicamente, comer algo, leer una media hora y después dar un agradable paseo junto al lago. Estaba durmiendo demasiado, y dormir demasiado era un buen síntoma de depresión. A mitad de camino de la cocina, se desvió hacia el gran diván modular que había en la sala, contra la pared de la ventana. "Al demonio con todo —pensó poniéndose una almohada bajo la nuca y otra bajo la cabeza—. Estoy deprimido."

Su ultimo pensamiento antes de dormirse fue una repetición. "Ese tipo todavía no ha terminado conmigo. No, todavía no. Regresará."

5

Soñó que estaba perdido en un inmenso campo de maíz y que caminaba tropezando constantemente. El sol reverberaba en los doce relojes que llevaba repartidos entre los dos antebrazos, y cada reloj marcaba una hora diferente.

"¡Por favor, ayúdenme! —gritaba—. ¡Por favor, que alguien me ayude! ¡Estoy perdido y tengo miedo!"

Delante de él, el maíz se agitaba y susurraba. Entonces, Amy aparecía por un lado y John Shooter por el otro. Ambos iban armados con un cuchillo.

"Estoy convencido de que puedo ocuparme de este asunto —dijo Shooter mientras Amy y él avanzaban sobre Mort con los cuchillos en alto—. Estoy seguro de que, con el tiempo, su muerte será un misterio hasta para nosotros."

Mort se volvió para huir, pero una mano —la de Amy, estaba seguro— lo asió por el cinturón y le obligó a retroceder. Entonces, los cuchillos, centelleando bajo el caliente sol de aquel inmenso jardín secreto...

Lo que le despertó una hora y cuarto más tarde fue el teléfono.

Luchó por salir de un sueño terrible (alguien lo perseguía, eso era todo cuanto recordaba claramente) y sentarse en el diván. Tenía un calor horrible; cada centímetro de su cuerpo parecía estar cubierto de sudor. El sol había entrado por ese lado de la casa mientras dormía y le había dado de lleno a través de la ventana durante Dios sabe cuánto tiempo. Mort se dirigió lentamente hacia la mesilla del teléfono, en el recibidor, andando como un hombre con traje de buzo que avanza en contra de la corriente por el lecho de un río, con la cabeza latiéndole sordamente y un gusto de gofio viejo y muerto en la boca. A cada paso que daba hacia delante, el recibidor parecía retirarse un paso más y a Mort se le ocurrió, no por primera vez, que probablemente el infierno fuera semejante a la manera como te sentías al despertar de un sueño largo y profundo en una tarde calurosa. Lo peor no era el malestar físico. Lo peor era aquella sensación angustiosa, desorientada, de estar en cierto modo fuera de ti mismo, como si fueras un observador mirando a través de cámaras duales de televisión con lentes borrosas.

Cogió el teléfono, pensando que sería Shooter.

"Sí, será él, por supuesto. La única persona en el mundo con la que no debería hablar con la guardia baja y la mitad del cerebro desenganchado de la otra mitad. Claro que será él, ¿quién si no?"

—¿Diga?

No era Shooter, pero, mientras escuchaba la voz procedente del otro lado de la línea contestando a su saludo, descubrió que había por lo menos otra persona con la cual no debía hablar mientras estaba en situación de vulnerabilidad psíquica.

—Hola, Mort —dijo Amy—. ¿Estás bien?

Aquel mismo día, más tarde, Mort se puso la camisa de franela roja extralarga que utilizaba como chaqueta a comienzos del otoño y dio el paseo que hubiera debido dar antes. Bump, el gato, lo siguió el tiempo suficiente como para asegurarse de que Mort iba en serio. Después regresó a casa.

Mort caminó lenta y voluntariosamente, sumergido en la atmósfera de una tarde exquisita que parecía ser toda ella cielo azul hojas rojas y aire dorado. Caminó con las manos hundidas en los bolsillos, procurando no impedir que el sereno influjo del lago atravesara su piel y lo calmara, como siempre había hecho antes. Suponía que esa era la razón por la cual había venido, en lugar de quedarse en Nueva York, como esperaba Amy, mientras se dirigían concienzudamente hacia el divorcio. Había venido porque era un lugar mágico, sobre todo en otoño, y al llegar sintió que si había en el planeta un bulto triste que necesitaba un poco de magia, ese era él. Y si aquella vieja magia le

fallaba, ahora que su escritura se había vuelto tan rancia, no sabía qué iba a hacer

Resultó que no necesitaba preocuparse por ello. Al cabo de un rato, el silencio y aquella extraña atmósfera de espera que siempre poseía el lago Tashmore cuando finalmente llegaba el otoño y los veraneantes se habían ido, empezaron a influir en él, ayudándolo a relajarse como lo habrían hecho unas manos gentiles. Sin embargo, ahora tenía algo más en qué pensar, aparte de John Shooter: Amy. Sonaba casi como si quisiera que regresase.

—Por supuesto que estoy bien —había dicho, hablando en el tono de un borracho que quiere convencer a la gente de que está sobrio. En realidad, seguía tan aturdido que se sentía borracho.

Las palabras le llenaban la boca como si fueran troncos de piedra blanda. Había continuado abriéndose paso, con gran cautela, a través de las formalidades iniciales y los gámbitos de la conversación telefónica como si lo hiciera por primera vez—. ¿Y cómo estás tú?

—¡Oh! Muy bien, muy bien —contestó ella, dejando escapar aquella risilla que habitualmente quería decir que estaba flirteando o terriblemente nerviosa. Mort dudaba de que estuviera flirteando con él a esas alturas, y comprender que ella también estaba nerviosa contribuyó a tranquilizarlo un poco—. Se me ocurrió que estando ahí solo, podría pasarte cualquier cosa y nadie se enteraría.

—En realidad no estoy solo —dijo tranquilamente—. Hoy estuvo aquí la señora Gavin y ayer vino Greg Carstairs a mirar el tejado.

—¡Ah! Lo había olvidado —exclamó Amy.

Por un momento, a él le sorprendió lo natural que sonaba la conversación. "Escuchándonos —pensó—, nadie pensaría que en mi cama se acuesta un miserable agente de la propiedad inmobiliaria, o, al menos, en lo que solía ser mi cama." Esperó que regresara la ira—la ira dolorosa, celosa, traicionada—, pero allí donde había estado aquel sentimiento intenso aunque desagradable, sólo se movió un fantasma.

—Bueno, Greg no lo olvidó —afirmó Mort—. Vino alrededor de las cuatro y media, y estuvo andando a gatas por el tejado durante casi dos horas.

—¿Está muy mal?

Se lo explicó, y durante los cinco minutos siguientes continuaron hablando del tejado, mientras Mort iba despertando lentamente; hablaron de los tejados viejos como si las cosas fueran como siempre habían sido, como si fueran a pasar el verano siguiente juntos bajo las nuevas chapas de cedro, de la misma manera en que habían pasado los nueve veranos anteriores bajo las antiguas. "Que me den un tejado y algunas vigas, y hablaré para siempre con esta bruja", pensó Mort.

Mientras se escuchaba manteniendo su parte de la conversación, empezó a sentir una sensación de irrealidad cada vez mayor.

Se sentía como si estuviera retornando al estado de zombi —medio despierto, medio dormido— en el que se encontraba sumido al descolgar el teléfono. Llegó un momento en que no pudo soportarlo más. Si se trataba de

un concurso para ver quién aguantaba más fingiendo que los últimos seis meses no habían existido, estaba dispuesto a ceder. Más que dispuesto.

Ella estaba preguntando dónde conseguiría Greg las vigas de cedro y si contrataría gente del pueblo, cuando Mort la interrumpió.

—¿Por qué has llamado, Amy?

Hubo un momento de silencio, durante el cual Mort percibió que Amy pensaba y descartaba respuestas como si se estuviera probando sombreros, y eso sí que provocó el regreso de la ira. Era una de esas cosas —en realidad, una de las pocas— que podía afirmar honestamente que detestaba de ella. Aquella duplicidad totalmente inconsciente.

—Ya te lo dije —respondió por fin Amy—, para saber si estabas bien.—Su voz sonaba otra vez agitada e insegura, lo que por lo general significaba que decía la verdad. Cuando Amy mentía siempre sonaba como si estuviera afirmando que la tierra es redonda—. Tenía uno de mis presentimientos... Sé que no crees en ellos, pero no debes de haber olvidado que los tengo y que yo creo en ellos, ¿no es así, Mort?

La cuestión era que no había en ella nada de su habitual cólera ofensiva o defensiva. Sonaba casi como si estuviera rogándole algo.

—Sí, lo sé.

—Bueno, pues tuve uno. Estaba preparándome un bocadillo para almorzar y tuve la sensación de que tú..., en fin, de que podías no estar bien. Me aguanté un rato, pensando que se me pasaría, pero no fue así. Así que me decidí a llamar. Estás bien, ¿no?

—Sí.

—¿Y no ha sucedido nada?

—Bueno, algo sucedió —dijo Mort, tras un instante de debate interno. Pensaba que era posible, incluso probable, que John Shooter ("si ése es su nombre", insistía en agregar su cerebro) hubiera tratado de encontrarlo en Derry antes de ir allí. Al fin y al cabo, Derry era el lugar donde solía estar en esa época del año. Tal vez Amy lo hubiera enviado a Tashmore.

—Lo sabía —afirmó Amy—. ¿Te lastimaste con esa maldita sierra, o...?

—Nada que requiera hospitalización —respondió Mort, sonriendo un poco—. Sólo un contratiempo. ¿Te dice algo el nombre de John Shooter, Amy?

—No, ¿por qué?

Mort dejó escapar un débil suspiro irritado. Amy era una mujer brillante, pero siempre había tenido una especie de cortocircuito entre el cerebro y la boca. Recordaba que una vez había dicho que debería tener una camiseta con la leyenda: "Habla primero, piensa después."

—No digas que no sin pensar. Tómate unos segundos para reflexionar con calma. El tipo es bastante alto, debe de medir uno ochenta aproximadamente, tendrá unos cuarenta y cinco años. Por las facciones parece más viejo, pero se mueve como un hombre en torno a la cuarentena. Su cara es de campesino: buen color y muchas arrugas del sol. Cuando lo vi, pensé que parecía un personaje de Faulk...

—¿De qué se trata, Mort?

En ese momento sus sentimientos afloraron de nuevo y comprendió por qué, pese a su dolor y confusión, había rechazado los impulsos que sentía —sobre todo de noche— de preguntarle si al menos no podían intentar limar sus diferencias. Supuso que sabía que si lo pedía con la insistencia suficiente, ella hubiera aceptado.

Pero los hechos eran los hechos: en su matrimonio había habido muchas más cosas malas aparte del agente de la propiedad de Amy.

Ahora había aparecido aquella cualidad taladrante de su voz; era otro síntoma de lo que los había destrozado. Lo que decía por debajo de las palabras era: ¿Y ahora qué has hecho? Pero no era una simple pregunta, sino la exigencia de una explicación: ¿En qué clase de lío te has metido? Explícate.

Cerró los ojos y, antes de contestar, volvió a dejar escapar el aire por entre los dientes apretados. Después le habló de John Shooter, de su manuscrito y de su relato. Amy recordaba con toda claridad "Tiempo de siembra", pero afirmó no haber oído nunca hablar de un hombre llamado John Shooter. No era el tipo de nombre que se olvida, según dijo, y en eso Mort se inclinaba a darle la razón. Y, desde luego, tampoco lo había visto.

—¿Estás segura? —insistió Mort.

—Claro que sí —contestó Amy. Sonaba como si la insistencia de Mort le provocara cierto resentimiento—. Desde que te fuiste, no he visto a nadie de esas características. Y, antes de que me digas que no hable sin pensar, déjame asegurarte que tengo un recuerdo muy claro de lo que ha sucedido desde entonces.

Amy hizo una pausa, y él advirtió que ahora le costaba un gran esfuerzo hablar, que posiblemente sentía verdadero dolor.

Una mínima y mezquina parte de él se regocijó. La mayor parte no; la mayor parte de él se sentía disgustada al descubrir que había otra, por pequeña que fuera, a la que esto le hacía feliz. No obstante, ello no ejerció efecto alguno sobre su mecanismo interior.

El Mort mezquino podía perder, pero también parecía impermeable a los intentos del Mort más grande por eliminarlo.

—Tal vez lo haya visto Ted —dijo Mort.

Ted Milner era el agente de la propiedad inmobiliaria. Todavía le resultaba difícil creer que ella lo hubiera dejado por un agente de la propiedad inmobiliaria, y suponía que eso era parte del problema, la vanidad que había permitido que las cosas llegaran a ese punto.

Desde luego no iba a afirmar, sobre todo no ante sí mismo, que había sido tan inocente como un corderito.

—¿Se supone que eso es gracioso?

Amy parecía enfadada, avergonzada, apenada y desafiante al mismo tiempo.

—No —contestó. Empezaba a sentirse cansado otra vez.

—Ted no está aquí —dijo ella—. Ted rara vez viene aquí. Yo... yo voy a su casa.

"Gracias por hacerme esa confidencia, Amy", estuvo a punto de decir, pero se contuvo. Sería estupendo terminar por lo menos una conversación sin una tormenta de acusaciones. De modo que no le agradeció la confidencia, ni tampoco dijo: "Eso cambiará."

Y, sobre todo, no preguntó: "¿Qué demonios te pasa, Amy?"

Más que nada, porque entonces ella hubiera podido preguntarle lo mismo.

8

Amy le había sugerido que llamara a Dave Newsome, el policía de Tashmore. Al fin y al cabo, el tipo podía ser peligroso. Mort contestó que no creía que fuera necesario, al menos todavía no, pero que si John Shooter regresaba, probablemente le haría una llamada a Dave. Después de intercambiar algunos comentarios afilados, colgaron.

Él sabía que a Amy le había molestado su oblicua sugerencia de que Ted podía estar en ese mismo momento sentado en la silla del oso Morty o durmiendo en la cama del oso Morty, pero francamente no sabía cómo hubiera podido evitar mencionar a Ted Milner antes o después. En definitiva, el hombre había pasado a formar parte de la vida de Amy. Y además, ella lo había llamado a él. Había tenido uno de esos grandiosos presentimientos y lo había llamado.

Mort llegó al lugar donde el camino del lago se bifurcaba. El sendero de la derecha ascendía la pronunciada pendiente por donde se regresaba a Lake Drive. Cogió ese sendero, caminando lentamente y saboreando el color del otoño. Al llegar a la última curva, desde donde veía la cinta estrecha del asfalto, no se sintió sorprendido al distinguir la polvorienta furgoneta azul con matrícula de Mississippi aparcada allí, como un perro castigado y atado a un árbol, y la delgada figura de John Shooter apoyada contra el parachoques derecho, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Mort esperó que su ritmo cardíaco se acelerara, que la adrenalina corriera por su cuerpo, pero su corazón mantuvo el ritmo normal y sus glándulas conservaron la compostura, lo que, al menos por el momento, significaba que se quedaron quietas.

El sol, que se había ocultado tras una nube, volvió a salir, y los colores otoñales, que ya eran brillantes antes, parecieron ahora encenderse. Reapareció su propia sombra, oscura, larga y nítida. El sombrero negro de Shooter parecía más negro, su camisa azul, más azul, y el aire era tan claro que el hombre parecía recortado de una porción de realidad más brillante y vital que la que Mort veía habitualmente. Entonces comprendió que sus razones para no llamar a Dave Newsome eran erróneas, que había estado equivocado o bien había perpetrado un pequeño engaño, tanto para sí mismo como para Amy. La verdad era que quería manejar este asunto personalmente. "Tal vez sólo para demostrarme que hay cosas que todavía puedo manejar", pensó. A

continuación, retomó el ascenso de la colina hacia donde John Shooter esperaba apoyado contra su coche.

9

El paseo por el camino del lago había sido largo y lento. Su mente no sólo había estado ocupada recordando la llamada de Amy mientras el caminaba por encima o en torno a árboles caídos, o se detenía para arrojar una piedra chata al agua (cuando era niño, había logrado que una realmente buena —de esas que llamaba "chatitas"— saltara hasta nueve veces, pero hoy su mejor marca había sido cuatro). También había pensado en la manera de enfrentarse con Shooter cuando éste regresara, si es que lo hacía.

Era cierto que había sentido cierta culpa pasajera —o quizá no tan pasajera— al ver hasta qué punto se asemejaban ambos relatos. Sin embargo, ese problema ya lo había resuelto; no era más que la culpa difusa que sentían de vez en cuando todos los escritores de ficción. En cuanto al propio Shooter, los únicos sentimientos que le provocaba eran fastidio, cólera y una especie de alivio. Estaba lleno de una ira sin objeto; lo había estado durante meses. Resultaba reconfortante contar por fin con alguien a quien atribuirle ese sentimiento podrido y maloliente.

Mort conocía aquel viejo dicho que afirma que si cuatrocientos monos golpean sin interrupción cuatrocientas máquinas de escribir durante cuatro millones de años, uno de ellos terminará por producir las obras completas de Shakespeare. Él lo creía. Aun admitiendo que fuera verdad, John Shooter no era un mono y, por arrugada que tuviera la cara, tampoco era tan viejo.

De modo que Shooter había copiado su relato. La razón por la que había elegido "Tiempo de siembra" era algo que estaba más allá de su capacidad de conjetura; pero sabía que eso era lo que había sucedido por dos motivos: porque había descartado la coincidencia y porque sabía perfectamente que, si bien él podía haber robado esa historia, como todas las demás, del Gran Banco de Ideas del Universo, no se la había robado al señor John Shooter del Gran Estado de Mississippi.

Pero ¿de dónde la había copiado Shooter? En opinión de Mort, ésta era la cuestión más importante; en la respuesta podía estar su oportunidad de exponer a Shooter como falsario y estafador.

No había más que dos respuestas posibles, porque "Tiempo de siembra" sólo se había publicado dos veces: primero en el *Ellery Queen's Mystery Magazine* y después en su libro *Todos tiran la moneda*. Por lo general, las fechas de publicación de los relatos aparecen en la página del copyright, al principio del libro, y es lo que se había hecho en *Todos tiran la moneda*. Mort había mirado la correspondiente a "Tiempo de siembra", y había descubierto que la publicación original en el Ellery correspondía al número de junio de 1980. La antología *Todos tiran la moneda* había sido publicada por St. Martin's Press en 1983. Desde entonces se había reeditado varias veces —todas, menos una, en ediciones de bolsillo—, pero eso no importaba. El material con el que tenía que trabajar eran esas dos fechas, 1980 y 1983, basándose en su

esperanzada creencia de que, aparte de los agentes y los abogados de las editoriales, nadie prestaba mucha atención a aquellas líneas en cuerpo pequeño de la página de copyright.

Confiando en que tal fuera el caso de John Shooter, y en que éste simplemente diera por sentado —como lo hacía la mayor parte de los lectores— que un relato que él leía por primera vez en una antología no tenía existencia previa, Mort se acercó al hombre hasta quedar situado frente a él al borde de la carretera.

10

—Supongo que a estas alturas ya habrá podido leer mi relato —dijo Shooter. Hablaba con la misma indiferencia que si estuviera haciendo comentarios superficiales acerca del tiempo.

—Sí.

Shooter asintió con gravedad.

—Imagino que le hizo recordar algo, ¿no?

—Claro que sí —aceptó Mort, y con estudiada negligencia preguntó—: ¿Cuándo lo escribió?

—Pensé que lo preguntaría —dijo Shooter. Esbozó una tímida sonrisa secreta, pero no dijo nada más. Sus brazos permanecían cruzados sobre el pecho, con las manos apoyadas a los lados, justo bajo las axilas. Daba la impresión de que se sentiría contentísimo si se quedara para siempre donde estaba, o por lo menos hasta que el sol se hundiera detrás del horizonte y dejara de calentarle la cara.

—Claro —dijo serenamente Mort—. Tengo que hacerlo, ¿sabe? Si dos tipos aparecen con el mismo relato, la cosa es seria.

—Muy seria —aceptó Shooter en tono meditabundo

—Y la única manera de resolver una cosa así —continuó Mort—, de decidir quién copió a quién, es descubrir quién fue el primero en escribir las palabras. —Contempló los difusos ojos azules de Shooter con los suyos, secos e imparciales. En las cercanías, un pájaro pió pomposamente en una masa arbolada, y después calló—. ¿No le parece?

—Supongo que sí —aceptó Shooter—. Supongo que es la razón por la cual he venido desde Mississippi.

Mort escuchó el ronroneo de un vehículo que se aproximaba.

Ambos se volvieron en la dirección del sonido y vieron aparecer por encima de la colina más cercana el Scout de Tom Greenleaf arrastrando tras de sí un pequeño ciclón de hojas caídas. Tom, un sano y robusto nativo de Tashmore de setenta y pico años, era el encargado de la mayor parte de las casas de ese lado del lago que no controlaba Greg Carstairs. Al pasar, Tom saludó levantando la mano. Mort le respondió. Shooter sacó una mano y levantó un dedo en un gesto amistoso que, de una manera oscura, hablaba de muchos

años pasados en el campo, de la incontable e inmemorial cantidad de veces que había saludado de esa misma manera casual a los conductores de camiones, tractores, trilladoras y embaladoras. Después, cuando el Scout de Tom se perdió de vista, volvió a apoyar la mano sobre las costillas, de modo que sus brazos quedaron de nuevo cruzados.

Mientras las hojas crujían y descansaban otra vez en el camino, su mirada paciente, inalterable, casi eterna, volvió a posarse en el rostro de Mort Rainey.

—¿Qué estábamos diciendo? —preguntó casi con dulzura.

—Estábamos tratando de establecer la procedencia —respondió Mort—. Eso significa...

—Sé lo que significa —le respondió Shooter, dedicándole una mirada a la vez serena y moderadamente despreciativa—. Sé que llevo ropa de comemierda, que tengo un coche de comemierda y que provengo de una larga línea de comemierdas, lo cual tal vez me convierta en un comemierda, pero no necesariamente en un comemierda estúpido.

—No —aceptó Mort—, supongo que no. Pero ser listo no implica que sea necesariamente honesto. En realidad, creo que con frecuencia sucede al revés.

—Si no lo hubiera sabido, usted me lo habría dado a entender —dijo secamente Shooter.

Mort sintió que se ruborizaba. No le gustaba que se burlaran de él y rara vez le sucedía, pero Shooter acababa de hacerlo con la facilidad con que un tirador experimentado abate a un pichón.

Sus esperanzas de hacer caer a Shooter en una trampa disminuyeron. No hasta cero, pero casi. Listo y astuto no son lo mismo, pero ahora sospechaba que Shooter era ambas cosas. Sin embargo, no tenía sentido hablar de eso. No quería permanecer más tiempo del necesario junto a aquel hombre. En cierto modo, había esperado esta confrontación desde el momento en que se convenció de que era inevitable. Quizá sólo era un descanso en una rutina que ya se había vuelto aburrida y desagradable. Ahora quería que terminara. Ya no estaba seguro de que John Shooter estuviera loco —al menos, no del todo—, pero creía que podía ser peligroso. Era absolutamente implacable. Decidió arriesgar su mejor baza y terminar con el asunto: basta de fintas.

—¿Cuándo escribió su relato, señor Shooter?

—Tal vez no me llame Shooter —contestó el hombre con aspecto más bien divertido—. Tal vez sea sólo un pseudónimo.

—Ya veo. ¿Y cuál es su nombre verdadero?

—No dije que no lo fuera; dije "tal vez". De todos modos, no tiene nada que ver con nuestro asunto.

Hablaba con serenidad, al parecer más interesado en una nube que avanzaba lentamente por el cielo azul hacia el sol poniente.

—Vale —aceptó Mort—, pero sí lo tiene la fecha en que escribió ese relato.

—Lo escribí hace siete años —dijo, sin dejar de observar la nube, que ahora había tocado el borde del sol y presentaba un fleco dorado—. En 1982.

"Bingo —pensó Mort—. Astuto o no, terminó por meterse en la trampa. Es evidente que sacó el relato de la antología. Y como *Todos tiran la moneda* se publicó en 1983, pensó que cualquier fecha anterior serviría. Amigo, deberías haber leído la página del copyright."

Esperó una sensación de triunfo que no llegó. Sólo un sordo sentimiento de alivio al ver que se podía enviar al alegre lunático a paseo sin más problemas ni confusiones. Sin embargo, sentía curiosidad; era la maldición de la clase escribiente. Por ejemplo, ¿por qué especialmente ese relato, un relato tan distinto de los que solía escribir, tan absolutamente atípico? Y, si el tipo pretendía acusarlo de plagio, ¿por qué elegir un oscuro relato cuando hubiera podido cocinar el mismo tipo de manuscrito casi idéntico de un best-seller como *El chico del organillero*? Eso hubiera sido jugoso; esto era casi un chiste.

"Supongo que copiar una novela se hubiera parecido demasiado a un trabajo", pensó Mort.

—¿Y por qué esperó tanto tiempo? —preguntó—. Quiero decir que mi libro de relatos se publicó en 1983, hace seis años. Ya van para siete.

—Porque no lo sabía —contestó Shooter. Apartó la mirada de la nube y volvió a observar a Mort con aquella inquietante mirada de leve desprecio—. Supongo que un hombre como usted imagina que todos los habitantes de América, si no todos los de cada país en que se publican sus libros, leen lo que él ha escrito.

—Creo que tengo una idea más ajustada —dijo Mort, aprovechando su turno para ser seco.

—Pero eso no es verdad —continuó Shooter, ignorando lo que había dicho Mort con aquel estilo aterradoramente sereno y obsesivo que le caracterizaba—. No es verdad en absoluto. Jamás vi ese relato hasta mediados de junio, del pasado junio.

Mort estuvo a punto de decir: "Bueno, ¿sabes qué, chico? ¡Yo nunca vi a mi esposa en la cama con otro hombre hasta mediados de mayo!" Si dijera algo en voz alta, ¿lograría conmovier a Shooter?

Miró la cara del hombre y decidió que no. La serenidad salía de aquellos ojos difusos igual que la bruma surge de las colinas en un día que promete ser de un calor infernal. Ahora, Shooter parecía un pastor fundamentalista a punto de arrojar fuego y lava sobre las cabezas gachas y temblorosas de su rebaño, y por primera vez Mort Rainey sintió realmente miedo de aquel hombre. Sin embargo, también seguía enfadado. Volvió a sentir lo mismo que había sentido casi al finalizar su primer encuentro con John Shooter: asustado o no, no pensaba quedarse allí y aceptar que aquel hombre lo acusara de robo. Y menos aún ahora, cuando el tipo había revelado la falsedad de la acusación por su propia boca.

—Déjeme adivinar —dijo Mort—. Un tipo como usted es demasiado selectivo en sus lecturas como para molestarse en leer la basura que escribo. Usted se mantiene fiel a tipos como Marcel Proust y Thomas Hardy, ¿eh? Por la noche, después de ordeñar, le gusta encender una de esas acogedoras lámparas de queroseno, ponerla en la mesa de la cocina, que, por supuesto, está cubierta con uno de esos manteles tan hogareños a cuadros rojos y blancos, y

descansar leyendo un rato *Tess* o *En busca del tiempo perdido*. Tal vez los fines de semana se suelta un poco el pelo, se achispa y saca algún Erskine Caldwell o Annie Dillard. Quien le dijo que yo había copiado su relato tan trabajosamente elaborado fue uno de sus amigos. ¿No es así, señor Shooter..., o como se llame?

Su voz había adquirido un tono áspero; le sorprendió descubrir que estaba al borde de una furia real, aunque después advirtió que no estaba sorprendido del todo.

—No. No tengo amigos —dijo Shooter con el tono seco de un hombre que establece un hecho, sin más—. Ni amigos, ni familia, ni esposa. Tengo una pequeña propiedad a unos treinta kilómetros al sur de Perkinsburg y, ya que lo menciona, sí tengo un mantel a cuadros en la mesa de la cocina. Pero en el pueblo hay luz eléctrica; sólo saco las lámparas de queroseno cuando hay tormenta y se caen los cables.

—Bien por usted —dijo Mort.

Shooter ignoró el sarcasmo.

—Heredé la propiedad de mi padre y la mejoré con un poco de dinero que me dejó mi abuela. Tengo unas veinte vacas lecheras, en eso también ha acertado, y por las noches escribo relatos. Supongo que usted tiene uno de esos ordenadores de lujo, con pantalla, pero yo me las arreglo con una máquina portátil.

Hizo una pausa, y durante un momento ambos escucharon el susurro crujiente de las hojas, movidas por el ligero viento del fin de la tarde.

—En cuanto a la similitud de su relato con el mío, la descubrí por mi cuenta. Verá, se me ocurrió que podría vender la granja. Pensé que, con un poco más de dinero, podría escribir durante el día, cuando estoy despejado, en lugar de hacerlo por la noche. El agente de Perkinsburg quería que fuera a ver a un tipo de Jackson que tiene un montón de granjas lecheras en Mississippi. No me gusta conducir más de veinte o veinticinco kilómetros, me produce dolor de cabeza; sobre todo si parte del trayecto es urbano, porque allí es donde dejan sueltos a todos los tontos, así que cogí el autobús. Me preparaba para subir cuando recordé que no había cogido nada para leer. Odio los viajes largos en autobús sin algo para leer.

Mort se descubrió asintiendo involuntariamente. Él también detestaba viajar —fuese en autobús, tren, avión o coche— sin algo para leer, algo más sustancioso que el periódico.

—En Perkinsburg no hay estación de autobuses. Los Greyhound sólo se detienen unos cinco minutos en el Rexall y continúan el viaje. Ya estaba subiendo al autobús cuando advertí que tenía las manos vacías. Le pedí al conductor que me esperara un momento pero me dijo que ni hablar, que ya iba con retraso y que dentro de tres minutos saldría. Si yo estaba, estupendo, y si no, podía besarle el culo cuando volviéramos a encontrarnos.

"Habla como un escritor —pensó Mort—. Que me cuelguen si no."

Trató de apartar ese pensamiento —no parecía ser una manera correcta de pensar—, pero no lo logró del todo.

—Bueno, entré corriendo en aquel drugstore. Había uno de esos antiguos expositores de alambre con libros de bolsillo, de esos que giran, como el que hay en el almacén que está cerca de su casa.

—¿El Bowies's?

Shooter asintió.

—Exacto. De todos modos, cogí el primer libro que me vino a la mano. Por lo que vi en la cubierta, hubiera podido ser una edición bolsillo de la Biblia. Pero no lo era. Era su libro de relatos *Todos tiran la moneda*. Y por lo que sé, eran sus relatos. Todos salvo uno.

"Páralo ahora —pensó Mort—. Va derecho a un estallido, así que apágale la mecha."

Pero descubrió que no quería. Tal vez Shooter era un escritor.

Cumplía con las dos exigencias principales: contaba una historia que uno quería escuchar hasta el final, aunque tuviera una idea bastante ajustada de cuál era, y estaba tan lleno de mierda que crujía.

En lugar de decir lo que hubiera debido decir, que aun suponiendo —lo cual era dar un amplio margen a la imaginación— que Shooter dijera la verdad, él, Mort, le había ganado con ese maldito relato por dos años, dijo:

—Así que leyó "Tiempo de siembra" en el autobús de la Greyhound mientras se dirigía a Jackson a vender su granja el mes de junio pasado.

—No, lo leí al regreso. Vendí la granja y volví en el Greyhound con un cheque de sesenta mil dólares en el bolsillo. A la ida había leído las primeras seis historias. No me parecieron demasiado excepcionales, pero servían para pasar el tiempo.

—Gracias.

Shooter lo observó un momento.

—No estaba haciéndole un cumplido.

—¿Cree que no lo sé?

Shooter se quedó pensativo un instante y se encogió de hombros.

—En todo caso, durante el regreso leí otras dos, y después ésa. La mía.

Miró la nube, que se había convertido en una masa transparente de oro centelleante, y después otra vez a Mort. Su expresión era tan imparcial como siempre, pero Mort comprendió de pronto que había cometido un grave error al creer que aquel hombre poseía siquiera una brizna de paz o serenidad. Lo que había confundido con estas cosas era la férrea máscara de control adoptada por Shooter para evitar matar a Morton Rainey con sus propias manos. Su rostro era inexpresivo, pero sus ojos ardían con la furia más profunda y salvaje que Mort había visto nunca. Comprendió lo estúpido que había sido al ascender el sendero desde el lago hacia lo que realmente podía ser su muerte a manos de aquel tipo. Estaba ante un hombre lo bastante loco y enfadado como para cometer un asesinato.

—Me sorprende que nadie le haya hablado antes de ese relato. No se parece a ninguno de los demás, ni siquiera un poco.

La voz de Shooter seguía siendo serena, pero ahora Mort la identificó con la voz de un hombre esforzándose por no golpear, aplastar, tal vez estrangular; con la voz de un hombre que sabe que lo único que necesitaría para cruzar la frontera entre hablar y matar sería escuchar su propia voz elevándose en espiral hacia los registros de la furia; la voz de un hombre que sabe lo increíblemente fácil que resultaría convertirse en una multitud capaz de realizar un linchamiento.

De pronto, Mort se sintió como alguien que camina por una habitación oscura sembrada de finísimos alambres, que conducen a paquetes de explosivos de gran potencia. Resultaba difícil creer que unos momentos antes había estado seguro de controlar la Situación. Sus problemas —Amy, su imposibilidad de escribir— parecían ahora datos sin importancia en un paisaje sin importancia.

En cierto sentido, habían dejado de ser problemas. Ahora sólo tenía un problema, que consistía en sobrevivir el tiempo suficiente para regresar a casa, por no hablar del tiempo suficiente para ver ponerse el sol.

Abrió la boca y volvió a cerrarla. No se atrevía a decir nada.

Ahora no. La habitación estaba llena de alambres.

—Estoy muy sorprendido —repitió Shooter con aquella voz pesada y pareja, que ahora sonaba como una espantosa parodia de la serenidad.

Mort se escuchó decir:

—Mi esposa. A ella no le gustó. Ella dijo que no se parecía a nada que hubiera escrito antes.

—¿Cómo lo consiguió? —preguntó Shooter lentamente y con fiereza—. Eso es lo que de verdad quiero saber. ¿Cómo demonios se las arregló un gilipollas garrapateador lleno de dinero como usted para llegar a un pueblo de mierda de Mississippi y robarme mi maldito relato? Además, me gustaría saber por qué, a menos que haya robado los otros también, pero por el momento me conformo con saber cómo.

La monstruosa injusticia de aquellas palabras provocó el retorno de la ira de Mort, como si fuera una sed no saciada. Durante un momento olvidó que estaba solo en la carretera del lago, con aquel lunático de Mississippi.

—Córtela —dijo ásperamente.

—¿Cortarla? —preguntó Shooter mirando a Mort con una especie de estupefacción torpe—. ¿Cortarla? ¿Qué mierda quiere decir con eso?

—Ha dicho que escribió su relato en 1982 —contestó Mort—. Creo que yo escribí el mío a fines de 1979. No recuerdo la fecha exacta, pero sé que se publicó por primera vez en junio de 1980. En una revista. Le gano por dos años, señor Shooter o como se llame. Si alguien puede interponer una demanda por plagio, soy yo.

Mort no lo vio moverse exactamente. Estaban de pie junto al coche de Shooter, mirándose, y al segundo siguiente se encontró contra la puerta del lado del conductor, con las manos de Shooter apretando sus brazos y la cara de Shooter pegada a la suya, frente con frente. Entre ambas posturas, sólo tuvo la borrosa sensación de que lo cogían y le obligaban a darse la vuelta.

—Miente —afirmó Shooter, y de su aliento se desprendió un seco aroma a canela.

—¡Y una mierda! No miento —replicó Mort, y se lanzó contra el peso opresivo del hombre.

Shooter era fuerte, casi con seguridad más fuerte que Mort Rainey, pero éste era más joven y, además, contaba con la vieja furgoneta como apoyo. Consiguió romper el cerco de Shooter y hacerle retroceder trastabillando dos o tres pasos.

"Ahora vendrá a por mí —pensó Mort. Aunque no había tenido una pelea desde el "si tú me empujas, yo te empujo" del patio escolar, en cuarto curso, le sorprendió descubrir que su cabeza estaba clara y fresca—. Vamos a rompernos la cara por ese maldito relato.

Bueno, vale. De todos modos, hoy no tenía nada que hacer."

Pero no sucedió. Shooter levantó las manos, las miró, vio que estaban apretadas y se obligó a abrirlas. Mort vio el esfuerzo que le costaba al hombre recuperar aquella capa de control y sintió una especie de espanto. Shooter se llevó una mano abierta a la boca y se secó los labios, lenta y deliberadamente.

—Demuéstrelo —dijo.

—Vale. Venga a casa conmigo. Le mostraré la fecha que consta en la página de copyright.

—No —repuso Shooter—. El libro no me interesa. El libro me importa un pito. Muéstreme el relato. Muéstreme la revista con el relato, para que pueda leerlo.

—No tengo la revista aquí.

Estaba a punto de agregar algo, pero Shooter levantó la cara al cielo y emitió un ladrido de risa. El ruido era tan seco como el de un hacha partiendo leña.

—No —dijo. La furia seguía ardiendo y bailando en sus ojos, pero parecía bajo control—. No, apuesto a que no la tiene.

—Escúcheme —dijo Mort—. Habitualmente, éste es sólo un lugar donde venimos mi esposa y yo en verano. Aquí tengo ejemplares de mis libros y de mis ediciones extranjeras, pero también he publicado artículos y ensayos en muchas revistas, además de relatos. Esas revistas están en la casa que ocupamos durante todo el año. La de Derry.

—¿Y entonces por qué no está usted allí? —preguntó Shooter.

Mort podía leer en sus ojos incredulidad y una especie de satisfacción irritante. Era evidente que Shooter había esperado que él tratara de zafarse del asunto y que, en su opinión, eso era precisamente lo que Mort estaba haciendo. O tratando de hacer.

—Estoy aquí porque... —Interrumpió la explicación para preguntar—: ¿Y usted cómo sabía que estaría aquí?

—Me limité a mirar la contraportada del libro que compré —respondió Shooter.

En ese momento, Mort hubiera podido golpearse la frente con una palmada de frustración y comprensión súbitas. Claro, tanto en la edición en tapa dura

como en la de bolsillo aparecía una fotografía que le había hecho la propia Amy. Era una instantánea excelente. Él estaba en primer plano, la casa a media distancia y detrás el lago Tashmore. El epígrafe rezaba simplemente: "Morton Rainey, en su hogar del Maine occidental." Así que Shooter se había dirigido al oeste de Maine, y probablemente no había tenido que entrar en demasiados bares o drugstores para encontrar a alguien que dijera:

—¿Mort Rainey? ¡Diablos, sí! Tiene una casa en Tashmore. ¡En realidad, es amigo mío!

Bueno, en todo caso eso respondía a una pregunta.

—Estoy aquí porque mi esposa y yo nos hemos divorciado —dijo—. El divorcio acaba de hacerse efectivo. Ella se quedó en Derry. Cualquier otro año, esta casa hubiera estado vacía.

—¡Ajá! —exclamó Shooter.

El tono de su voz volvió a enfurecer a Mort. "Está mintiendo —decía—. Pero en este caso no importa mucho, porque sabía que mentiría. Al fin y al cabo, mentir es su oficio, ¿no?"

—Bueno, lo hubiera encontrado en cualquier sitio —prosiguió, clavando en Mort una mirada chispeante—. Lo hubiera encontrado aunque se hubiese mudado a Brasil.

—Lo creo —dijo Mort—. En todo caso, o se equivoca o intenta estafarme. En honor suyo, estoy dispuesto a creer que se trata de un error, porque parece sincero. (¡Oh, Dios, claro que sí!) El hecho es que publiqué ese relato dos años antes de la fecha en que usted dice que lo escribió.

Vio una vez más aquel resplandor demente en los ojos de Shooter, pero desapareció enseguida. Sin embargo, no lo había eliminado, sino simplemente embriado, como si sujetara a un caballo desbocado.

—¿Y dice que esa revista está en su otra casa?

—Sí.

—Y en esa revista está el relato.

—Sí.

—¿Y la fecha de esa revista es junio de 1980?

—Sí.

Al principio, aquel ritual laborioso había provocado la impaciencia de Mort (entre cada pregunta se producía una pausa larga y meditativa), pero luego le hizo albergar cierta esperanza. Era como si el hombre intentara convencerse de que lo que Mort le decía era verdad, una verdad que parte de John Shooter debió de haber sabido todo el tiempo, porque la semejanza casi exacta entre las dos historias no era una coincidencia. Mort seguía creyéndolo firmemente, pero había llegado a aceptar la idea de que Shooter podía no tener un recuerdo consciente de haber cometido un plagio. Porque era evidente que el hombre estaba loco.

Mort no estaba tan asustado como la primera vez que viera aquel odio y aquella furia danzando en los ojos de Shooter, como si fueran el reflejo del incendio incontrolado de un granero.

Cuando empujó al hombre, éste había trastabillado, y Mort pensó que si llegaban a una pelea, probablemente podría mantenerse firme, o incluso arrojarlo al suelo.

Sin embargo, sería mejor que las cosas no llegaran a ese punto.

De una manera extraña e involuntaria, había empezado a sentir cierta pena por Shooter.

Mientras tanto, el caballero proseguía obstinadamente su camino.

—Esa otra casa, la que se ha quedado su esposa, ¿también está en Maine?

—Sí.

—¿Y ella está allí?

—Sí.

Esta vez la pausa fue mucho más larga. Shooter le producía la extravagante sensación de ser un ordenador procesando una pesada carga de información. Por último, dijo:

—Le daré tres días.

—Muy generoso de su parte —replicó Mort.

El largo labio superior de Shooter se levantó, dejando a la vista unos dientes demasiado parejos para ser otra cosa que una dentadura postiza encargada por correo.

—No me tome a la ligera, hijo —dijo—. Estoy haciendo lo posible por contenerme, y me sale bastante bien, pero...

—¡Usted! —exclamó Mort—. ¿Y qué pasa conmigo? ¡Esto es increíble! ¡Sale de la nada y me hace la acusación más seria que se le puede hacer a un escritor, y cuando le digo que tengo pruebas de que o bien se equivoca o bien miente por su maldita boca, empieza a felicitarse por saber contenerse! ¡Increíble!

Shooter entornó los ojos y le dirigió una mirada astuta.

—¿Pruebas? —preguntó—. No veo ninguna prueba. Lo escucho hablar, pero hablar no es una prueba.

—¡Ya se lo he dicho! —gritó Mort. Se sentía indefenso, como un hombre tratando de boxear con una intrinca red de telas de araña—. ¡Se lo expliqué todo!

Shooter miró largo rato a Mort, después se volvió y metió la mano por la ventanilla abierta del coche.

—¿Qué hace? —preguntó Mort con voz tensa.

Ahora sí sentía la adrenalina corriendo por su cuerpo, preparándolo para pelear o huir —probablemente esto último— si Shooter estaba buscando la gran escopeta que Mort vio de pronto con los ojos de su imaginación.

—Sólo busco mis cigarrillos —contestó Shooter—. Tranquilícese.

Cuando sacó el brazo del coche, tenía en la mano un paquete rojo de Pall Mall. Lo había cogido del tablero.

—¿Quiere uno?

—Tengo los míos —dijo Mort con cierto malhumor, y sacó el viejo paquete de L&M del bolsillo que había debajo de la roja camisa de franela abierta.

Cada uno encendió un cigarrillo de su propio paquete.

—Si seguimos así, acabaremos pegándonos —dijo por fin Shooter—, y no es eso lo que pretendo.

—¡Jesús bendito, yo tampoco!

—Una parte suya sí —le contradijo Shooter. Continuaba estudiando a Mort por debajo de los párpados con aquella expresión de astucia campesina—. Una parte de usted quiere precisamente eso. Pero no creo que sea yo o mi relato lo que le dan ganas de pelear. Tiene alguna otra pulga en la oreja que le molesta y que dificulta este asunto. Parte de usted quiere pelear, pero lo que no comprende es que si empezamos a pelear, la cosa no terminará hasta que uno de nosotros esté muerto.

Mort buscó algún indicio de que Shooter estuviera exagerando a propósito, pero no vio ninguno. De pronto sintió frío en la base de la columna vertebral.

—Así que voy a darle tres días —prosiguió Shooter—. Usted llama a su ex y hace que le mande la revista con el relato, si es que existe, y yo regresaré. Por supuesto, no hay ninguna revista; creo que ambos lo sabemos, pero me parece que usted necesita dedicarse a meditar larga y seriamente.—Miró a Mort con una desconcertante expresión de piedad severa antes de añadir—: Nunca creyó que alguien llegara a descubrirlo, ¿verdad? Realmente no lo creyó.

—Si le muestro la revista, ¿se irá? —preguntó Mort. Estaba hablando más para sí mismo que para Shooter—. Supongo que lo que verdaderamente quiero saber es si merece o no la pena.

De pronto, Shooter abrió la puerta de su coche y se deslizó ante el volante. La velocidad con la que el tipo podía moverse a Mort le resultaba escalofriante.

—Tres días. Utilícelos como quiera, señor Rainey.

Puso en marcha el motor. Ronroneaba con el silbido bajo característico de las bujías sucias, y el hedor de aceite que salía del tubo de escape contaminaba el aire de la tarde moribunda.

—Lo correcto es correcto y lo justo, justo. Lo primero es llevarlo a un lugar donde usted comprenda que lo tengo cogido y que no puede salirse de este lío como probablemente se ha salido de los líos durante toda su vida. Esto es lo primero —repitió, mirando inexpresivamente a Mort por la ventanilla—. Lo segundo —agregó— es la verdadera razón por la que he venido.

—¿Y cuál es? —se escuchó preguntar Mort. Resultaba extraño y bastante irritante, pero volvía a sentir la invasión incansable de la culpa, como si de verdad hubiera hecho aquello de lo que lo acusaba el loco.

—Ya hablaremos de eso —contestó Shooter mientras ponía la primera—. Entre tanto, piense en lo que es correcto y justo.

—¡Usted está chalado! —gritó Mort, pero Shooter ya avanzaba por el camino del lago hacia el lugar donde éste conectaba con la carretera 23.

Mort se quedó mirando hasta que la furgoneta se perdió de vista y después regresó lentamente a la casa. A medida que se acercaba, se sentía cada vez más vacío. La ira y el miedo habían desaparecido. Sólo se sentía frío, cansado y nostálgico de un matrimonio que ya no existía y que, por lo que empezaba a intuir, jamás había existido.

11

Cuando se encontraba a medio camino del sendero que bajaba por la colina desde el camino del lago hacia la casa, empezó a sonar el teléfono. Mort echó a correr, pese a saber que no llegaría y maldiciéndose por su reacción estúpida. ¡Que le hablaran del perro de Pavlov!

Había abierto la puerta de tela metálica y trataba de hacer girar el picaporte de la puerta interior, cuando el teléfono enmudeció. Entro, cerró la puerta y miró el teléfono, que estaba sobre un pequeño escritorio antiguo que Amy había encontrado en un mercadillo de Mechanic Falls. En ese momento, no le costaba nada imaginar que el teléfono le devolvía la mirada con estudiada impaciencia mecánica: "No me preguntes, jefe. Yo no invento las noticias, sólo las transmito." Pensó que tenía que comprar una de esas máquinas que cogen mensajes..., o quizá no. Cuando lo pensaba con detenimiento, comprendía que el teléfono no era precisamente su aparato favorito. Si la gente te necesitaba realmente, terminaba por volver a llamar.

Se preparó un bocadillo y un bol de sopa, y después descubrió que no los quería. Se sentía solo, desdichado y algo contagiado de la demencia de John Shooter. No le sorprendió mucho advertir que la suma de dichos sentimientos era el sueño. Empezó a lanzar miradas ansiosas al diván.

"Vale —susurró una voz interior—. Pero recuerda: no puedes echar a correr y esconderte. Esta mierda seguirá aquí cuando despiertes." Pensó que era cierto, pero que mientras tanto todo desaparecería, todo quedaría misericordiosamente borrado. Lo único que podía decirse con seguridad de las soluciones a corto plazo, era que resultaban mejor que nada. Decidió que llamaría a casa (su cerebro insistía en llamar hogar a la casa de Derry, y sospechaba que esto cambiaría pronto), pediría a Amy que cogiera el ejemplar de la Ellery donde aparecía "Tiempo de siembra" y se lo enviara por correo urgente. Después, se desplomaría en el diván y dormiría un par de horas. Se levantaría alrededor de las siete, iría, ya más fresco, al estudio y escribiría un poco más de mierda.

"Y mierda es lo único que conseguirás con esa actitud", le reprochó la voz interior.

—¡Vete al carajo! —le espetó Mort, pensando que una de las ventajas de vivir solo era que podías hablar contigo mismo en voz alta sin que nadie se preguntara si estabas loco.

Cogió el teléfono y marcó el número de Derry. Escuchó los habituales chasquidos de las llamadas interurbanas y luego el más irritante de los sonidos telefónicos: el tut-tut-tut de la señal de comunicación. Amy estaba hablando por teléfono con alguien, y cuando Amy se ponía a hablar la conversación podía prolongarse durante horas. Tal vez incluso podía durar días.

—¡Oh, mierda, estupendo! —exclamó Mort, colgando el receptor con la fuerza suficiente como para hacer sonar débilmente la campanilla.

Vale, ¿y ahora qué, hombrecito?

Supuso que podía llamar a Isabelle Fortin, que vivía al otro lado de la calle, pero de pronto eso le pareció demasiado laborioso, además de aburrido. Isabelle ya estaba tan metida en la ruptura entre Amy y él que había hecho de todo excepto filmar escenas domésticas. Además, eran más de las cinco. Fuera cual fuese la hora en que Amy depositara la revista en el correo, ésta no emprendería su viaje de Derry a Tashmore hasta la mañana siguiente.

Trataría de hablar con Amy más tarde, y si la línea seguía ocupada (o si, por casualidad, Amy continuaba con la misma conversación), entonces llamaría a Isabelle y le daría el mensaje. En ese momento, el canto de sirena del diván de la sala era demasiado fuerte como para ignorarlo.

Mort desconectó el teléfono —quien hubiera llamado cuando bajaba por el sendero, tendría que esperar un poco más— y se fue a la sala.

Colocó los cojines en su posición habitual, uno detrás de la cabeza y otro debajo de la nuca, y miró hacia el lago, donde el sol se ponía en el extremo de una larga huella dorada y espectacular.

"Nunca en mi vida me había sentido tan solo y tan espantosamente mal", pensó con cierta sorpresa. Después, los párpados se cerraron muy despacio sobre los ojos inyectados en sangre, y Mort Rainey, a quien todavía le faltaba descubrir lo que era el verdadero horror, se quedó dormido.

12

Soñó que estaba en un aula.

Era un aula conocida, aunque no hubiera podido decir por qué. Estaba allí con John Shooter, que llevaba una bolsa de comestibles colgada de un brazo. Shooter sacó una naranja de la bolsa y empezó a arrojarla al aire con expresión meditabunda. Miraba en dirección a Mort, pero no a él; su mirada parecía fija en algo que estaba más allá del hombro de Mort. Éste se volvió y vio una pared, una pizarra y una puerta con un panel superior de vidrio esmerilado. Al cabo de un momento, pudo descifrar la frase que figuraba en el cristal y que él veía invertida: "Bienvenido a la escuela de las experiencias duras."

La escritura de la pizarra resultaba más fácil de leer. "Tiempo de siembra. Un relato de Morton Rainey." De pronto, algo pasó silbando por encima del hombro de Mort, junto a su cabeza. Era la naranja. Cuando Mort se echó hacia atrás, la naranja se estrelló contra la pizarra, reventó con un asqueroso sonido acuático, y su pulpa quedó adherida a las palabras escritas con tiza.

Mort se volvió hacia Shooter. "¡Pare!", gritó con voz temblorosa y gruñona.

Shooter volvió a buscar en su bolsa. "¿Qué pasa? —preguntó con su voz tranquila y severa—. ¿Acaso no distingue las naranjas sanguinas cuando las ve? ¿Qué clase de escritor es usted?"

Y arrojó otra, que escupió su jugo carmesí sobre el nombre de Morton y empezó a gotear lentamente por la pared.

"¡Ya basta!", gritó Mort. Pero Shooter volvió a buscar en la bolsa, lenta e implacablemente. Sus dedos largos y callosos se hundieron en la piel de la naranja que sacó. La sangre empezó a deslizarse por la superficie de la naranja, en forma de gotas del tamaño de una cabeza de alfiler.

"¡Basta! ¡Basta, por favor! ¡Basta! ¡Si para, lo admitiré! ¡Admitiré cualquier cosa! ¡Cualquier cosa! Si usted..."

13

—... para, sí para...

Estaba cayendo.

Mort se agarró al borde del diván justo a tiempo de ahorrarse un breve y tal vez doloroso viaje hasta el suelo de la sala. Se volvió hacia el respaldo del sofá y se quedó allí un momento, apretando los cojines, temblando y tratando de aferrar los flecos del sueño.

Recordó algo acerca de un aula, naranjas sangrientas y una escuela de las experiencias duras. Pero incluso esto se le escapaba, y el resto ya había desaparecido. Fuera lo que fuese, había sido real.

Demasiado real.

Por fin abrió los ojos, pero no había gran cosa que ver; había dormido hasta mucho después del crepúsculo. Se sentía horriblemente rígido, sobre todo en la base de la nuca, y sospechaba que había dormido al menos cuatro horas, quizá cinco. Se abrió paso cuidadosamente hacia el interruptor de la luz de la sala, arreglándose para evitar, por una vez, la mesilla de café octogonal con tablero de cristal (sustentaba la opinión de que la mesilla era semiconsciente y gustaba de cambiar ligeramente de posición al anochecer, para poder castigar mejor sus canillas), y salió al recibidor para volver a llamar a Amy. De camino, miró el reloj. Eran las diez y cuarto. Había dormido más de cinco horas. No era la primera vez que le pasaba y sabía que ni siquiera pagaría por ello con el insomnio nocturno. A juzgar por experiencias pasadas, se quedaría dormido en cuanto apoyara la cabeza en la almohada.

Levantó el auricular del teléfono y quedó momentáneamente desconcertado por el silencio mortal, hasta que recordó que había desconectado el maldito aparato. Deslizó el cable entre los dedos hasta que encontró el enchufe, se volvió para conectarlo e hizo una pausa.

Desde allí podía mirar a través de la pequeña ventana que había a la izquierda de la puerta, que le proporcionaba un ángulo de visión del porche, donde el misterioso y desagradable señor Shooter dejara ayer su manuscrito, bajo una piedra. Veía también el contenedor de la basura, y algo que había encima; en realidad, dos cosas: una clara y otra oscura. La oscura parecía repulsiva; durante un instante, Mort pensó que había una enorme araña agazapada y sintió miedo.

Dejó caer el cable del teléfono y encendió a toda prisa la luz del porche. Transcurrió un lapso —no sabía de qué magnitud ni le importaba— durante el cual fue incapaz de moverse.

Lo blanco era una hoja de papel, una hoja normal y corriente de papel de mecanografía. Aunque el contenedor de la basura estaba a unos buenos quince pasos del lugar donde él se encontraba, las pocas palabras que figuraban en él estaban escritas con letras grandes y Mort podía leerlas con facilidad. Pensó que Shooter debía de haber usado un lápiz de mina extremadamente blanda o un trozo de carbonilla. El mensaje decía: "Recuerde, tiene 3 días. No estoy bromeando."

Lo oscuro era Bump. Al parecer, Shooter le había roto el cuello antes de clavarlo a la tapa del cubo con un destornillador de la caja de herramientas de Mort.

14

No tuvo conciencia del momento en que superó la parálisis. Se encontraba inmóvil en el recibidor, junto a la mesilla del teléfono, mirando al bueno de Bump, que parecía haber criado un destornillador justo en medio del pecho, en el lugar donde tenía una mancha blanca que a Amy le gustaba llamar el "babero" de Bump; y un instante después estaba de pie en el porche, sintiendo cómo el frío aire nocturno penetraba a través de la fina tela de su camisa, y tratando de mirar en seis direcciones distintas al mismo tiempo.

Hizo un esfuerzo por calmarse. Por supuesto, Shooter se había ido. Por eso había dejado la nota. No parecía ser el tipo de chalado que disfrutaría contemplando el lógico horror de Mort al descubrir a Bump. Era un lunático, de acuerdo, pero no de esa clase. Simplemente había usado el gato contra Mort, de la misma manera en que un granjero a final de la cuarentena podía usar una palanca para mover una piedra rebelde. No había en ello nada personal; simplemente, era un trabajo que tenía que hacer.

Después pensó en la expresión de los ojos de Shooter aquella tarde y se estremeció violentamente. Sí que era algo personal. Era personal en todos los sentidos posibles.

—Cree que lo hice —susurró Mort a la fría noche del oeste de Maine. Las palabras salían de su boca a ráfagas ásperas, cortadas por el castañeteo de los dientes—. Ese loco hijo de puta está convencido de que lo hice.

Mort se acercó al contenedor de la basura; el estómago le dio un vuelco, como si fuera un perro haciendo cabriolas, y su frente se cubrió de sudor frío. No estaba seguro de poder hacer lo que debía. La cabeza de Bump estaba vuelta hacia la izquierda, lo que le daba un grotesco aire inquisitivo. Los diminutos dientes, limpios y afilados como agujas, asomaban por su boca entreabierta. La parte del destornillador que había atravesado su ("babero") piel estaba ligeramente manchada de sangre. Bump era un gato amistoso; si Shooter se hubiera aproximado a él, no habría escapado. Mientras se secaba el sudor, Mort pensó que debió de ser precisamente eso lo que Shooter hizo. Después, había levantado el gato, le había roto el cuello con los dedos como si fuera un bastón de caramelo y lo había clavado a la tapa del contenedor. Todo eso había sucedido mientras Mort dormía, si no el sueño de los justos, al menos el de los desprevenidos.

Mort arrugó el papel, se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón y apoyó la mano en el pecho de Bump. El cuerpo del animal, que aún no estaba completamente rígido ni frío, se movió bajo su mano. El estómago se le revolvió, pero Mort obligó a su otra mano a cerrarse en torno al mango de plástico amarillo del destornillador y a sacarlo.

Tiró el destornillador al suelo y cogió al pobre Bump con la mano derecha, como si fuera una bolsa de trapos. Ahora, su estómago practicaba la caída libre, rodaba, rodaba, rodaba... Levantó la pesada tapa del contenedor, y la sujetó con el gancho que le impedía caer sobre los brazos o la cabeza de quien estuviera metiendo la basura dentro. En el interior había tres latas. Mort levantó la tapa de la del centro y depositó suavemente en ella el cuerpo de Bump, que rodeó la parte superior de una bolsa de basura color verde oliva como si fuera una estola de piel.

De pronto, se sintió furioso con Shooter. Si el hombre hubiera aparecido en el sendero en ese momento, Mort se habría abalanzado sobre él sin pensarlo dos veces, lo habría derribado y habría intentado estrangularlo. "Tranquilo. Es contagioso", pensó.

Tal vez lo fuera. Y tal vez no le importara. No se trataba sólo de que Shooter hubiera matado a su único compañero en aquella solitaria casa; era que lo había hecho mientras Mort dormía y de una manera tal que el pobre y viejo Bump se había convertido en un objeto repugnante, en algo sobre lo cual era difícil no vomitar.

Más que nada era el hecho de que se había visto obligado a depositar a su querido gato en una lata de basura, como cualquier residuo inservible. "Mañana lo enterraré. En aquel cuadrado blando a la izquierda de casa. Mirando hacia el lago."

Sí, pero esta noche Bump yacería en una situación indigna encima de una bolsa de basura, dentro del contenedor, porque un hombre —un loco hijo de puta— podía estar rondando por allí, y ese hombre estaba resentido a causa de un relato en el que Mort Rainey ni siquiera había pensado en los últimos cinco años aproximadamente. El hombre en cuestión estaba loco; en

consecuencia, a Mort le daba miedo enterrar a Bump esa noche porque, con nota o sin ella, Shooter podía estar vigilándolo.

"Quiero matarlo. Y si ese loco bastardo me empuja un poco más, tal vez lo intente."

Entró, cerró la puerta de golpe y pasó el cerrojo. Después recorrió lentamente la casa, cerrando las puertas y ventanas. Una vez hecho esto, regresó a la ventana que había junto a la puerta del porche y se quedó mirando pensativo la oscuridad exterior. Veía el destornillador tirado en el suelo y el oscuro anillo que había quedado en la hoja al hundirla Shooter en la tapa del contenedor.

De pronto recordó que su objetivo era intentar ponerse en contacto con Amy otra vez.

Conectó el teléfono. Sus dedos marcaron con rapidez, oprimiendo los viejos números familiares que resumían la idea de hogar, mientras se preguntaba si le contaría a Amy lo de Bump.

Después de los chasquidos preliminares, se produjo una pausa inusualmente larga. Estaba a punto de colgar cuando un chasquido final, tan fuerte que casi pareció un golpe, dio paso a una voz de robot que le decía que el número que había marcado se encontraba fuera de servicio.

—Maravilloso —murmuró—. ¿Qué demonios hiciste, Amy? ¿Lo usaste hasta que se rompió?

Apretó el botón de desconexión, pensando que no tendría más remedio que llamar a Isabelle Fortin; mientras buscaba el número en su memoria, el teléfono sonó.

Hasta entonces no había advertido hasta qué punto estaba nervioso. Emitió un débil grito quebrado y saltó hacia atrás, dejando caer el auricular al suelo y tropezando inmediatamente después con el maldito banco que Amy había comprado y colocado junto a la mesa del teléfono; ese banco que nadie, salvo Amy, había usado jamás.

Manoteó, se agarró a la librería y consiguió mantener el equilibrio. Después, levantó el auricular.

—¡Hola! ¿Es usted, Shooter? —dijo, porque en aquel momento, cuando parecía que todo el mundo estaba volviéndose al revés, no podía imaginar que pudiera ser otra persona.

—¿Mort?

Era Amy, y hablaba casi a gritos. Conocía muy bien el tono de los últimos dos años de su matrimonio. Era frustración o furia, probablemente lo segundo.

—Mort, ¿eres tú? ¡Por Dios! ¿Eres tú? ¿Mort? Mort.

—Sí, soy yo —respondió, sintiéndose de pronto agotado

—¿Dónde demonios te habías metido? ¡Llevo tres horas intentando hablar contigo!

—Durmiendo —dijo.

—Desconectaste el teléfono —afirmó ella con el tono fatigado pero acusador de alguien que ha recorrido ese camino antes—. Bueno, compañero, elegiste un excelente momento para hacerlo.

—Te llamé alrededor de las cinco...

—Estaba en casa de Ted.

—Bueno, allí había alguien —dijo él—. Tal vez...

—¿Qué quieres decir con que había alguien? —preguntó Amy con la velocidad de un relámpago—. ¿Quién?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa, Amy? Eres tú quien está en Derry, ¿recuerdas? Tú, Derry, yo, Tashmore. Lo único que se es que cuando llamé la línea comunicaba. Si estabas en casa de Ted, supongo que Isabelle...

—Sigo en casa de Ted —le interrumpió Amy. Ahora, su voz sonaba curiosamente plana—. Supongo que estaré en su casa durante bastante tiempo, me guste o no. Mort, alguien incendió nuestra casa. Alguien la incendió hasta los cimientos.

De pronto, Amy se echó a llorar.

15

Él estaba tan obsesionado con John Shooter que su suposición inmediata —mientras estaba aturdido en el recibidor de la única casa Rainey restante, con el teléfono pegado a la oreja— fue que Shooter era el incendiario. ¿Motivo? Claro, evidente. Quemó la casa, una casa victoriana restaurada que valía 800.030 dólares, para librarse de una revista. Del *Ellery Queen's Mystery Magazine*, para ser exactos. Y en concreto del número de junio de 1980.

Pero ¿podía haber sido Shooter? Seguramente no. Entre Derry y Tashmore había más de ciento cincuenta kilómetros, y el cuerpo de Bump aún se mantenía cálido y flexible; la sangre que impregnaba el destornillador estaba pegajosa, pero no seca.

Si se apresuraba...

"¡Oh! Déjalo, ¿quieres? Si continúas así, no tardarás en culpar a Shooter de tu divorcio y en pensar que te has pasado durmiendo dieciséis horas de cada veinticuatro porque Shooter te ha estado poniendo fenobarbital en la comida. ¿Y después? Podrías empezar a escribir cartas a los periódicos afirmando que el rey de la cocaína en América es un caballero de Culo del Cuervo, en el estado de Mississippi, llamado John Shooter. Que el tipo en cuestión mató a Jimmy Hoffa y también fue el famoso segundo tirador que disparó a Kennedy desde el promontorio en noviembre de 1963. El tipo está loco, vale, pero ¿de verdad piensas que recorrió ciento cincuenta kilómetros en dirección norte e incendió tu maldita casa para hacer desaparecer una revista? Sobre todo teniendo en cuenta que debe de haber ejemplares de esa misma revista repartidos por todo el territorio de Estados Unidos. Sé serio."

Y, sin embargo, si se apresuraba...

No. Era ridículo, pero Mort advirtió de pronto que no podría mostrarle al hombre su maldita prueba. A menos que...

Su estudio estaba en la parte trasera de la casa; habían arreglado lo que una vez fuera la parte superior del recinto donde se guardaban los carruajes.

—Amy —dijo.

—¡Es tan horrible! —sollozó ella—. Estaba en casa de Ted, e Isabelle llamó... Dijo que había por lo menos quince coches de bomberos..., las mangueras escupiendo agua..., la muchedumbre mirando..., curiosos..., mirones... Ya sabes cómo odio que la gente se quede mirando la casa, aunque no esté ardiendo...

Tuvo que morder con fuerza la parte interior de sus mejillas para ahogar un loco aullido de risa. Reír ahora sería lo peor, lo más cruel que podría hacer, porque lo sabía. Después de años de lucha, su éxito en el oficio que había elegido había supuesto algo grande y satisfactorio para él; a veces se sentía como un hombre que se ha abierto paso por una selva peligrosa donde la mayor parte de los aventureros muere, y al hacerlo hubiera ganado un premio fabuloso. Amy se había alegrado por él, al menos al principio, pero para ella la cosa tenía un lado amargo: la pérdida de su identidad, no sólo en el plano de la vida privada sino también en el de la autonomía.

—Sí —dijo Mort con la máxima suavidad de que fue capaz, sin dejar de morderse las mejillas para evitar reírse. Si reía, sería a causa de la desafortunada manera en que Amy se había expresado, pero ella no lo vería así. Durante los años pasados juntos, había malinterpretado su risa muy a menudo—. Sí, lo sé, cariño. Cuéntame lo que sucedió.

—¡Alguien incendió nuestra casa! —exclamó Amy entre lágrimas—. ¡Eso es lo que sucedió!

—¿Es una pérdida total?

—Sí, lo dijo el jefe de bomberos.

La oía tragar saliva tratando de controlarse. De pronto, volvió a echarse a llorar.

—¡Se quemó por completo!

—¿Incluso mi estudio?

—Allí es donde empezó —contestó Amy—. Al menos, es lo que supone el jefe de bomberos. Y encaja con lo que vio Patty.

—¿Patty Champion?

Los Champion eran dueños de la casa contigua a la de los Rainey, por el lado derecho; ambas propiedades estaban separadas por un cinturón de tejos que había ido enmarañándose sin control con el paso de los años.

—Sí. Espera un segundo, Mort.

Mort oyó un potente soplido cuando ella se sonó. Al reaparecer en la línea, Amy parecía más calmada.

—Patty le explicó a los bomberos que había sacado a pasear al perro. Esto fue poco después de oscurecer. Pasó frente a nuestra casa y vio un coche

aparcado bajo el pórtico. Después oyó un estallido dentro y vio fuego en la ventana grande de tu estudio.

—¿Vio qué clase de coche era? —preguntó Mort.

Tenía una sensación desagradable en la boca del estómago. A medida que se enteraba de cosas, el asunto de John Shooter empezaba a adquirir una importancia y unas dimensiones insospechadas. No se trataba sólo del maldito número de junio de 1980 del Ellery, sino de casi todos sus manuscritos —los publicados y los incompletos—, de la mayor parte de sus primeras ediciones, de las traducciones y los artículos periodísticos...

¡Ah! Pero eso era sólo el comienzo. Había perdido sus libros, al menos cuatro mil volúmenes. Si el daño era tal como Amy decía, toda la ropa de ella se habría quemado, así como los muebles antiguos que había reunido —a veces con su ayuda, pero casi siempre sola—. Ahora todo aquello había quedado reducido a cenizas y escoria. Sus joyas y los papeles personales de ambos, como pólizas de seguro y cosas por el estilo, probablemente estuvieran a salvo (se suponía que la caja fuerte escondida en la parte trasera del armario de arriba era a prueba de incendio), pero las alfombras turcas serían ceniza, las cerca de mil cintas de vídeo se habrían convertido en un montón de plástico fundido, el equipo audiovisual, su ropa, sus fotografías, miles de fotografías...

¡Dios santo! ¡Y lo primero en que había pensado era en aquella maldita revista!

—No —dijo Amy, contestando a la pregunta que Mort olvidó haber formulado al comprender lo enorme de la pérdida personal—, no pudo decir qué clase de coche era. Por lo visto, pensó en un cóctel Molotov o algo así, porque el fuego salió por la ventana inmediatamente después del ruido de cristales. Según contó, empezó a correr por el sendero de entrada, y entonces se abrió la puerta de la cocina y salió un hombre. Bruno empezó a ladrarle, pero Patty se asustó y lo hizo retroceder, aunque él estuvo a punto de soltarse. Entonces, el hombre se metió en el coche, lo puso en marcha y encendió los faros. Patty dijo que la luz casi la cegó. Levantó el brazo para protegerse los ojos, y el coche salió disparado de debajo del pórtico... Es lo que dijo... Ella se apretó contra la cerca delantera y tiró de Bruno lo más fuerte que pudo, porque si no el hombre lo hubiera atropellado. Después, el tipo salió por el sendero de entrada y bajó la calle a toda velocidad.

—¿Y no vio en ningún momento qué clase de coche era?

—No. Al principio estaba oscuro, y después, cuando empezó a brillar el fuego a través de la ventana de tu estudio, los faros la cegaron. Regresó corriendo a su casa y llamó a los bomberos. Isabelle dice que llegaron enseguida, pero ya sabes cómo es nuestra vieja casa..., cómo era..., y lo rápido que arde la madera seca... sobre todo si se usa gasolina...

Sí, lo sabía. Vieja, seca, llena de madera: la casa era el sueño erótico de un pirómano. Pero ¿quién? Si no era Shooter, ¿quién?

Esta noticia terrible, que venía a coronar los acontecimientos del día como un postre espantoso al final de una comida abominable, había anulado casi por completo su capacidad de razonamiento.

—Dijo que probablemente era gasolina... Me refiero al jefe de bomberos... Él llegó primero, pero después vino la policía y no paró de hacer preguntas, Mort, la mayor parte sobre ti..., acerca de los enemigos que pudieras tener..., enemigos... Yo dije que no creía que tuvieras enemigos... Traté de contestar a todas sus preguntas...

—Estoy seguro de que lo hiciste lo mejor que pudiste —le dijo amablemente.

Ella siguió como si no lo hubiera oído, hablando entrecortadamente, como una operadora telegráfica repitiendo noticias espantosas en voz alta a medida que eran escupidas por los cables.

—Ni siquiera sabía cómo decirles que estamos divorciados... No lo sabían, por supuesto. Al final, fue Ted quien tuvo que decírselo... Mort..., la Biblia de mi madre... estaba en el dormitorio, en la mesilla de noche... Dentro había fotos de mi familia..., y era lo único..., lo único suyo que te... tenía...

Su voz se disolvió en sollozos.

—Iré mañana —dijo Mort—. Si salgo a las siete, puedo llegar hacia las nueve y media. Tal vez a las nueve, ahora que no hay tanto tráfico como en verano. ¿Dónde dormirás esta noche? ¿En casa de Ted?

—Sí —dijo ella, sorbiendo—. Sé que no te gusta, Mort, pero no sé que hubiera hecho esta noche sin él..., cómo hubiera podido manejar..., ya sabes..., todas sus preguntas...

—Entonces me alegro de que lo tuvieras —dijo él con firmeza. La calma y la civilización de su voz le resultaron realmente sorprendentes—. Cuídate. ¿Tienes tus píldoras?

Durante los últimos seis años de matrimonio, ella había tomado tranquilizantes, pero sólo cuando tenía que volar o cuando él debía asistir a algún acto público. Uno de esos que exigían la presencia de la denominada "esposa".

—Estaban en el botiquín —dijo ella con voz monótona—. No importa. No estoy estresada, sólo desesperada.

Mort estuvo a punto de decirle que creía que ambas cosas eran la misma, pero decidió no hacerlo.

—Llegaré tan pronto como pueda —dijo—. Si crees que yendo esta noche podría hacer algo...

—No —contestó ella—. ¿Dónde nos encontraremos? ¿En casa de Ted?

De pronto, inesperadamente, él vio su mano sosteniendo una de esas llaves maestras que tienen las camareras de los hoteles. La vio girar en la cerradura de la puerta de una habitación de motel.

Vio cómo se abría la puerta. Vio los rostros sorprendidos por encima de la sábana: el de Amy a la izquierda, el de Ted Milner a la derecha. La mirada desencajada de él era oblicua y confusa a causa del sueño, y a Mort le había recordado un poco a Alfalfa en aquellas tiras breves de Little Rascals. Además, ver el pelo de Ted desordenado por el sueño, había hecho que el tipo le pareciera real por primera vez. Había visto su confusión y sus hombros

desnudos. Y, de pronto, casi al azar, pensó: "Una mujer capaz de robar tu amor, cuando tu amor era todo lo que tenías..."

—No —dijo—, en casa de Ted no. ¿Qué te parece la pequeña cafetería de la calle Witcham?

—¿Preferirías que fuese sola?

No parecía enojada, pero sí dispuesta a enojarse. "¡Qué bien la conozco! —pensó Mort—. Cada movimiento, cada ascenso y caída de su voz, cada expresión. ¡Y qué bien debe de conocerme ella!"

—No —respondió—. Trae a Ted. No pasa nada.

Sí pasaba, pero podía soportarlo. Al menos eso pensaba.

—Entonces, a las nueve y media —dijo ella, y a Mort le pareció que se inclinaba un poco—. En Marchman's.

—¿Se llama así?

—Sí. Restaurante de Marchman.

—Vale, a las nueve y media o un poco antes. Si llego primero, haré una marca de tiza en la puerta...

—... y si yo llego primero, la borraré —terminó ella el viejo chiste, y ambos rieron un poco.

Mort descubrió que hasta reír dolía. ¡Claro que se conocían! ¿No se suponía que para eso servían todos aquellos años juntos?

¿Y acaso no era ésa la razón por la que dolía tanto descubrir que aquellos años no sólo podían terminar sino que habían terminado realmente?

Recordó de pronto la nota sujeta bajo la temblorosa tapa del contenedor: "Recuerde, tiene 3 días. No estoy bromeando." Pensó decir: "Amy, yo también he tenido algunos problemas aquí." Pero se dio cuenta de que no podía añadir más peso al que ella ya soportaba. Era su problema.

—Si hubiera sucedido más tarde, al menos habrías salvado tus cosas —estaba diciendo ella—. No quiero ni pensar en todos los manuscritos que debes de haber perdido, Mort. Si hace dos años, cuando Herbert lo sugirió, hubieras comprado aquellos muebles a prueba de incendio, tal vez...

—No creo que importe —dijo Mort—. El manuscrito de la nueva novela lo tengo yo. —Y era verdad. Las catorce rígidas y asquerosas paginas que lo constituían estaban allí—. ¡Al demonio con el resto! Te veré mañana, Amy. Yo...

("te amo")

Apretó la boca. Estaban divorciados. ¿Podía amarla aún? Parecía casi perverso. Y, aunque la amara, ¿tenía derecho a decírselo?

—... lamento mucho todo esto —fueron sus palabras.

—Y yo, Mort. Lo lamento muchísimo.

Estaba empezando a llorar otra vez. Mort oía la voz de alguien —de una mujer, quizás Isabelle Fortin— consolándola.

—Duerme un poco, Amy.

—Y tú también.

Colgó. De pronto, la casa pareció mucho más silenciosa que cualquiera de las otras noches que había pasado solo en ella; tan solo se oía el viento nocturno susurrando en torno a los aleros y, a lo lejos, un somorgujo cantando en el lago. Sacó la nota del bolsillo, la alisó y volvió a leerla. Era el tipo de cosa que se suponía que uno guardaba para la policía. En realidad, era el tipo de cosa que se suponía que ni siquiera debía tocar hasta que la policía hubiera tenido la posibilidad de fotografiarla y echarle sus polvitos mágicos. Era —por favor, redoble de tambores y estallido de trompetas— una prueba.

"Bueno, a la mierda", pensó Mort, estrujándola una vez más.

Nada de policía. Probablemente Dave Newsome, el policía local, tenía dificultades para recordar lo que había comido durante el desayuno cuando llegaba la hora del almuerzo; y Mort no podía imaginarse llevando el asunto al sheriff del condado o a la policía estatal. Al fin y al cabo, no era como si hubiesen atentado contra su vida; habían matado a su gato, pero un gato no es una persona.

Y después de las devastadoras noticias de Amy, John Shooter parecía haber perdido toda importancia. Era uno de los Locos Frustrados, estaba chalado y podía ser peligroso, pero Mort se sentía cada vez más inclinado a tratar de manejar el asunto solo aunque Shooter fuera peligroso. Sobre todo si era peligroso.

La casa de Derry tenía prioridad sobre John Shooter y sus ideas de lunático. Incluso sobre el detalle de quién la había incendiado, fuera Shooter o algún otro maniático resentido, perturbado o ambas cosas. La casa y, suponía, Amy. Evidentemente, estaba mal, y ofrecerle consuelo no podía ser malo para ninguno de los dos. Tal vez incluso ella...

Desechó toda especulación de lo que podía llegar a hacer Amy. Por ese camino no veía más que dolor. Era mejor creer que se trataba de un camino cortado.

Fue al dormitorio, se quitó la ropa y se echó en la cama con las manos bajo la cabeza. El somorgujo volvió a cantar, desesperado y distante. Pensó otra vez que Shooter podía estar allí fuera, agazapado, con la cara como un círculo pálido bajo el extraño sombrero negro. Shooter estaba chalado, y aunque había utilizado las manos y un destornillador con Bump, eso no eliminaba la posibilidad de que tuviera un arma.

Pero Mort no creía que Shooter estuviera ahí fuera, armado o desarmado.

"Llamadas —pensó—. De camino a Derry, tengo que hacer por lo menos dos. Una a Greg Carstairs, y otra a Herb Creekmore. Si salgo a las siete, es demasiado temprano para hacerlas desde aquí, pero podría usar una de las cabinas que hay en el peaje de Augusta..."

Se colocó de lado, pensando que tardaría mucho en dormirse, y entonces el sueño rodó sobre él como una ola tersa y oscura. Y si alguien se acercó a espiarlo mientras dormía, no se enteró.

El despertador sonó a las seis y cuarto. Se tomó media hora para enterrar a Bump en la parcela arenosa situada entre la casa y el lago, y a las siete estaba en marcha, tal como había planeado. Había recorrido quince kilómetros y entraba en Mechanic Falls una ajetreada localidad formada por una fábrica textil que había cerrado en 1970, cinco mil almas y un semáforo que hacía guiños de color ámbar en la intersección de las carreteras 23 y 7, cuando observó que su viejo Buick despedía humo. Entró en la gasolinera de Bill, maldiciéndose por no haber mirado el indicador. Si hubiera atravesado Mechanic Falls sin observar cuánto había bajado el nivel, habría podido tener problemas y llegado realmente tarde a su cita con Amy.

Mientras el empleado trataba de llenar el pozo sin fondo del Buick, se dirigió al teléfono público que había contra la pared.

Saco del bolsillo trasero izquierdo del pantalón su maltratada agenda y marcó el número de Greg Carstairs. Pensó que, siendo temprano, tal vez incluso pudiera encontrarlo, y tuvo razón.

—¿Diga?

—Hola, Greg... Soy Mort Rainey.

—Hola, Mort. Parece que has tenido problemas en Derry, ¿eh?

—Sí —contestó Mort—. ¿Lo han dicho en las noticias?

—En Canal 5.

—¿Y cómo se veía?

—¿Cómo se veía qué? —replicó Greg.

Mort dio un respingo, pero si alguien tenía que decírselo, se alegraba de que fuese Greg Carstairs. Era un exhippie amable y de cabellos largos que se había integrado en una secta religiosa más bien oscura —tal vez la de Swedenborg—, poco tiempo después de Woodstock. Tenía esposa y dos hijos, uno de siete años y otro de cinco, y por lo que Mort podía recordar, la familia estaba tan chalada como el propio Greg. Uno se acostumbraba tanto a la permanente sonrisilla del hombre que en las pocas ocasiones en que no se le veía, el tipo parecía desnudo.

—Tan malo como todo eso, ¿eh?

—Sí —respondió sencillamente Greg—. Debe de haberse consumido como un cohete. Lo siento de veras, tío.

—Gracias. Ahora voy para allá, Greg. Te llamo desde Mechanic Falls. ¿Puedes hacerme un favor mientras estoy ausente?

—Si te refieres a las vigas, creo que llegarán...

—No, no es eso. Se trata de otra cosa. Durante los últimos dos o tres días ha estado molestándome un tipo. Un chalado. Afirma que le robé un relato que escribió hace seis o siete años. Cuando le dije que había escrito mi versión del mismo relato antes de cuando dice que lo hizo él, que podía demostrarlo, se

puso violento. Yo esperaba que la cosa terminara ahí, pero no hubo suerte. Anoche, mientras yo dormía en el sofá, mató a mi gato.

—¿A Bump? —Greg pareció sobresaltarse, una reacción que en su caso equivalía a la estupefacción de cualquier otro—. ¿Mató a Bump?

—Exacto.

—¿Le has hablado de esto a Dave Newsome?

—No, y tampoco quiero hacerlo. Si puedo, preferiría arreglármelas solo.

—Mort, el tipo no parece exactamente un pacifista.

—Matar un gato no es lo mismo que matar a un hombre —dijo Mort—, y creo que podría manejarlo mejor que Dave.

—Bueno, en eso tal vez tengas razón —asintió Greg—. Desde que cumplió los setenta, Dave se ha debilitado un poco. ¿Qué puedo hacer por ti, Mort?

—Por un lado, me gustaría saber dónde para el tipo.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé. El nombre que figura en el manuscrito que me mostró es John Shooter, pero después se puso tonto con eso, me dijo que podía ser un pseudónimo. Creo que lo es ... Al menos suena como un pseudónimo. En todo caso, dudo de que se haya registrado con ese nombre si está en un motel de la zona.

—¿Cómo es?

—Un metro ochenta, aproximadamente, y alrededor de los cuarenta y pico. Tiene una de esas caras castigadas por el tiempo: arrugas producidas por el sol en torno a los ojos y surcos en las comisuras de la boca, como si tuviera la barbilla entre paréntesis.

Mientras hablaba, el rostro de John Shooter aparecía en su conciencia cada vez con mayor claridad, como el rostro de un espíritu flotando en la bola de cristal de una adivina. Mort sintió que se le ponía la piel de gallina en el dorso de las manos y se estremeció un poco. Una voz semiconsciente le decía que estaba cometiendo un error o engañando deliberadamente a Greg. Shooter era peligroso. No había necesitado ver lo que el hombre le había hecho a Bump para saberlo. Lo había visto el día anterior por la tarde en los ojos de Shooter. Entonces, ¿por qué jugaba a perseguirlo?

"Porque sí —respondió otra voz más profunda, con una especie de firmeza peligrosa—. Porque sí, eso es todo."

La voz semiconsciente volvió a oírse, preocupada: "¿Tienes intención de hacerle daño? ¿Se trata de eso? ¿Tienes intención de hacerle daño?"

Pero la voz profunda se negó a contestar. Había enmudecido.

—Esa descripción corresponde a la de la mitad de los granjeros que hay por aquí —dijo Greg, dubitativo.

—Bueno, hay un par de cosas que pueden ayudar a identificarlo —replicó Mort—. Por ejemplo, es sureño. Tiene un acento que lo delata a un kilómetro de distancia. Lleva un gran sombrero negro, creo que de fieltro, de copa

redonda, como esos sombreros que usan los Amish. Y conduce una furgoneta Ford azul, de principios de los sesenta, matrícula de Mississippi.

—Vale, eso está mejor. Preguntaré por ahí. Si está en la zona, alguien sabrá dónde. En esta época del año, las matrículas de fuera del estado llaman la atención.

—Lo sé —dijo Mort, y de pronto se le ocurrió algo más—. Podrías empezar preguntándole a Tom Greenleaf. Ayer estaba hablando con ese Shooter en el camino del lago, a unos quinientos metros al norte de mi casa, cuando Tom pasó con su Scout. Nos saludó al pasar y le respondimos. Tom debió de echarle una buena mirada.

—Vale. Probablemente lo veré en el almacén de Bowie si voy alrededor de las diez a tomar un café.

—Él también estuvo allí —dijo Mort—. Lo sé porque mencionó el expositor de libros de bolsillo. Es uno de esos anticuados

—Y si lo encuentro, ¿qué?

—Nada —dijo Mort—. No hagas nada. Te llamaré esta noche.

Supongo que mañana por la noche ya estaré de vuelta. No sé qué demonios voy a hacer en Derry, salvo revolver entre las cenizas.

—¿Y qué pasa con Amy?

—Está con un tipo —respondió Mort, procurando no parecer demasiado rígido y probablemente sin conseguirlo—. Supongo que lo que vaya a hacer Amy tendrán que decidirlo entre ellos.

—¡Oh! Lo siento.

—No pasa nada.

Miró hacia la zona de los surtidores de gasolina, y vio que el chico había terminado de llenar el depósito de su coche y ahora limpiaba el parabrisas, una visión que no había esperado volver a tener en su vida.

—Esto de enfrentarte al tipo tú solo..., ¿estás seguro de que es lo que quieres hacer?

—Sí, creo que sí —dijo Mort.

Vaciló, percibiendo de pronto lo que probablemente le pasaba por la cabeza a Greg. Estaba pensando que si encontraba al tipo del sombrero negro y, como resultado, Mort resultaba herido, él, Greg, sería responsable.

—Oye, Greg, si quieres puedes venir conmigo cuando vaya a hablar con el tipo.

—Tal vez lo haga —contestó Greg, aliviado.

—Lo que él quiere son pruebas —dijo Mort—, de modo que tendré que conseguirlas.

—Pero dijiste que las tenías.

—Sí, pero no me creyó. Supongo que tendré que pasárselas por la cara para que me deje tranquilo.

—¡Ah! —exclamó Greg—. El tipo está loco, ¿no?

—Por supuesto.

—Bueno, veré si puedo encontrarlo. Llámame esta noche.

—Lo haré. Y gracias, Greg.

—De nada. Un cambio es tan bueno como un descanso.

—Eso dicen.

Se despidió de Greg y miró el reloj. Eran casi las siete y media; demasiado temprano para llamar a Herb Creekmore, a menos que quisiera sacarlo de la cama. Y no era tan urgente. Si paraba en el peaje de Augusta sería perfecto. Regresó al Buick mientras guardaba la agenda y sacaba el billetero. Le preguntó al chico cuánto le debía.

—Son veintidós cincuenta, con el descuento por pago en efectivo —dijo el chico, y, mirándolo tímidamente, añadió—: Señor Rainey, ¿podría firmarme un autógrafo? Tengo todos sus libros.

Eso le recordó otra vez a Amy y cómo detestaba a los cazadores de autógrafos. El propio Mort no los entendía, pero no veía ningún mal en ellos. Para Amy, resumían un aspecto de sus vidas que cada vez le resultaba más odioso. Hacia el final de su relación, él se retraía cada vez que alguien hacía esa pregunta en presencia de Amy. A veces, casi la oía pensar: "Si me amas, ¿por qué no los paras?" ¡Como si fuera posible! Su trabajo consistía en escribir libros que gente como este chico quisiera leer, o al menos eso le parecía. Cuando lo lograba, le pedían autógrafos.

Garapateó su nombre en la parte trasera de una factura de crédito (al fin y al cabo, el muchacho le había lavado el parabrisas), y pensó que si Amy lo había culpado por hacer algo que a ellos les gustaba —y opinaba que lo había hecho sin ser realmente consciente de ello—, suponía que era culpable de verdad. Así estaban las cosas.

Después de todo, lo correcto era lo correcto y lo justo era lo justo.

Subió al coche y prosiguió su camino en dirección a Derry.

17

Pagó sus setenta y cinco centavos en el peaje y entró en la zona de aparcamiento situada junto a los teléfonos, al otro extremo. El día era soleado, fresco y ventoso. El viento —que venía del sudoeste, desde Litchfield, y corría sin encontrar obstáculos por la abierta explanada donde estaban las cajas— era lo bastante fuerte como para que los ojos de Mort se llenasen de lágrimas. De todos modos, lo disfrutaba. Casi podía sentir cómo desempolvaba las habitaciones del interior de su cabeza, que habían permanecido cerradas y a oscuras durante demasiado tiempo.

Utilizó la tarjeta de crédito para llamar a Herb Creekmore a Nueva York. A su apartamento, no al despacho. En realidad, Herb no llegaría a James & Creekmore, la agencia literaria de Mort Rainey, hasta por lo menos una hora.

después, pero Mort lo conocía desde hacía el tiempo suficiente como para imaginar que probablemente a esas alturas el hombre ya habría pasado por la ducha y estaría bebiendo una taza de café mientras esperaba a que desapareciera el vapor del espejo del baño para afeitarse.

Por segunda vez consecutiva, tuvo suerte. Herb contestó con una voz de la que casi había desaparecido la confusión del sueño.

"¿Tengo buena racha esta mañana o qué?", pensó Mort, sonriendo al frío viento de octubre. Al otro lado de los cuatro carriles de la autopista, veía a unos hombres colocando vallas contra la nieve en prevención del invierno que ya asomaba por el horizonte del calendario.

—Hola, Herb —dijo—. Te llamo desde una cabina en el peaje de Augusta. Mi divorcio ya es efectivo, mi casa de Derry se incendió anoche, un chalado mató a mi gato y está más frío que la hebilla del cinturón de un minero..., ¿sigo?

No había comprendido lo absurdo que resultaba el catálogo de sus agravios hasta que se oyó recitarlos en voz alto, y estuvo a punto de echarse a reír. ¡Jesús! Ahí fuera hacía frío, ¡pero era estimulante! ¡Era limpio!

—¿Mort? —preguntó con cautela Herb, como si sospechara que estaba siendo víctima de una broma pesada.

—A tu servicio —contestó Mort.

—¿Qué es eso de tu casa?

—Te lo explicaré, pero sólo una vez. Toma nota si tienes que hacerlo porque pienso estar de vuelta en mi coche antes de quedar congelado junto a este teléfono.

Empezó con Shooter y su acusación. Terminó con la conversación que había mantenido la noche anterior con Amy.

Herb, que había pasado bastante tiempo como invitado de Mort y Amy (y que, según suponía Mort, había quedado totalmente abrumado por su ruptura), expresó su sorpresa y su pena por lo que le había pasado a la casa de Derry. Preguntó si Mort tenía alguna idea de quién lo había hecho. Mort dijo que no.

—¿Sospechas de ese tal Shooter? —preguntó Herb—. Comprendo la significación de que el gato fuera asesinado sólo un rato antes de que despertaras, pero...

—Supongo que técnicamente es posible y no lo descarto por completo —respondió Mort—, pero tengo mis dudas. Tal vez sea sólo porque no puedo aceptar la idea de que un hombre queme una casa de veinticuatro habitaciones para librarse de una revista. Pero creo que sobre todo es porque lo conocí. Está firmemente convencido de que le robé el relato, Herb. Quiero decir que no tiene dudas sobre eso. Cuando le dije que podía mostrarle pruebas, su actitud fue la de: "Vale, hijo de puta, demuéstramelo."

—Sin embargo..., llamaste a la policía, ¿no?

—Sí, esta mañana hice una llamada —contestó Mort.

A pesar de que la afirmación era algo tramposa, no era una mentira absoluta. Había hecho una llamada esa mañana. A Greg Carstairs. Pero si le decía a Herb Creekmore, a quien visualizaba sentado en la sala de su apartamento de

Nueva York con unos pantalones de tweed y una sofisticada camisa, que tenía intención de resolver el asunto solo, con ayuda de Greg, dudaba mucho de que Herb lo comprendiese. Herb era un hombre agradable y un buen amigo, pero era un estereotipo: hombre civilizado, modelo finales del siglo veinte, cortés y urbano. Era el tipo de hombre que cree en la asesoría. El tipo de hombre que cree en la meditación y la mediación. El tipo de hombre que cree en la conversación cuando está presidida por la razón, y en la inmediata delegación del problema a las autoridades cuando no lo está. Para Herb, la idea de que hay cosas que a veces un hombre debe hacer personalmente, tenía su lugar en las películas protagonizadas por Sylvester Stallone.

—Bueno, eso está bien —dijo Herb aliviado—. Ya tienes bastantes problemas como para preocuparte además por un psicópata de Mississippi. ¿Qué harás si lo encuentran? ¿Lo denunciarás por acoso?

—Preferiría convencerlo de que regresara a casa y se llevase consigo su escena de persecución —respondió Mort.

Su sentimiento de alegre optimismo, tan inesperado como indudablemente real, persistía. Suponía que pronto se estrellaría, pero por el momento no podía dejar de sonreír. Así que se limpió la goteante nariz con la manga de la chaqueta y continuó sonriendo. Había olvidado lo agradable que era tener una sonrisa permanente en los labios.

—¿Y cómo lo harás?

—Espero que con tu ayuda. Tienes archivadas mis ediciones, ¿no?

—Sí, pero...

—Bueno, necesito que cojas el número de junio de 1980 de la *Ellery Queen's Mystery Magazine*. Es donde aparece publicado "Tiempo de siembra". El mío lo he perdido a causa del incendio, pero...

—No lo tengo —le interrumpió Herb con calma

—¿No? —pestañeó Mort. Eso era algo que no había esperado—. ¿Y por qué no?

—Porque en 1980 faltaban dos años para que me convirtiera en tu agente. Tengo por lo menos un ejemplar de todo lo que vendí para ti, pero ése es uno de los relatos que vendiste tú.

—¡Mierda! —exclamó Mort, mientras repasaba mentalmente la página de créditos de *Todos tiran la moneda*. Junto a la mayoría de títulos, aparecía la siguiente frase: "Reeditado con el permiso del autor y sus agentes, James & Creekmore". Junto a "Tiempo de siembra" (y otros dos o tres más de la antología), tan sólo ponía: "Reeditado con permiso del autor."

—Lo siento —dijo Herb.

—¡Claro! Lo envié yo mismo. Recuerdo haber escrito la carta de cesión antes de enviarlo, pero es que parece que hayas sido siempre mi agente. —Rió un poco y agregó—: No hay ofensa.

—Claro que no —dijo Herb—. ¿Quieres que llame a Ellery? Deben de tener números atrasados.

—¿Lo harías? —preguntó Mort, agradecido—. Sería estupendo.

—Será lo primero que haga por la mañana, sólo que...

—¿Qué?

—Prométeme que no estás pensando enfrentarte solo con ese tipo una vez que tengas el ejemplar de la revista.

—Lo prometo —respondió rápidamente Mort.

Hacía trampas de nuevo, pero ¡qué demonios!, le había pedido a Greg que lo acompañara y Greg había aceptado, así que no estaría solo. Y al fin y al cabo, Herb Creekmore era su agente literario, no su papá. En realidad, no era de su incumbencia la forma en que afrontaba él sus asuntos personales.

—Vale —dijo Herb—. Me ocuparé de eso. Llámame desde Derry. Mort..., tal vez no sea tan malo como parece.

—Me gustaría creerlo.

—Pero ¿no lo crees?

—Me temo que no.

—Está bien. —Herb suspiró y después añadió tímidamente—: ¿No pasa nada si te pido que le des un abrazo de mi parte a Amy?

—Nada, y se lo daré.

—De acuerdo. Ahora resguárdate del viento y continúa tu camino, Mort. Lo oigo silbar por el receptor. Debes de estar helándote.

—Voy para allá. Gracias otra vez, Herb.

Colgó y miró pensativo el teléfono un momento. Había olvidado que el Buick necesitaba gasolina, lo cual era un olvido menor, pero también había olvidado que Herb Creekmore no se había convertido en su agente hasta 1982, y eso no era tan menor.

Suponía que era a causa de un exceso de presión, pero ahora se preguntaba qué otra cosa podía haber olvidado.

La voz interior, no la de las regiones intermedias sino de la profunda, dijo de pronto: "Por ejemplo haber robado el relato. Tal vez lo olvidaste."

Lanzó una carcajada mientras regresaba deprisa hacia el coche.

Jamás había estado en Mississippi y ni siquiera ahora, atrapado como se encontraba en una "seca" de escritor, se le había ocurrido rebajarse al plagio. Se deslizó ante el volante y conectó el motor, pensando que, desde luego, de vez en cuando la mente de una persona inventaba mierda muy rara.

Mort no creía que la gente —ni siquiera los que trataban de ser totalmente honestos consigo mismos— supiera cuándo una cosa se había terminado. Pensaba que, con frecuencia, seguían creyendo o intentando creer, aunque las palabras no sólo estuvieran escritas en la pared, sino escritas en letras lo bastante grandes como para ser leídas a cien metros de distancia sin

prismáticos Si se trataba de algo que realmente te importaba y sentías que necesitabas, resultaba fácil engañarte a ti mismo, confundir tu vida con la televisión y convencerte de que eso que parecía estar mal terminaría por arreglarse, tal vez después de la siguiente tanda publicitaria. Suponía que, sin esa gran capacidad para el autoengaño, la raza humana estaría mucho más loca de lo que ya lo estaba.

Pero, a veces, la verdad se abría paso y, si habías intentado conscientemente eludir esa verdad, los resultados podían ser desastrosos. Era como estar en un lugar en el momento en que una ola enorme pasaba, no por encima, sino a través de un dique que habían puesto en el camino, arrastrando consigo el dique y a ti.

Mort Rainey experimentó una de esas manifestaciones cataclísmicas cuando los representantes de la policía y los bomberos se fueron y él, Amy y Ted Milner se quedaron solos, caminando lentamente en torno a las humeantes ruinas de la verde casa victoriana que había estado en el 92 de la calle Kansas durante ciento treinta y seis años. Fue mientras realizaban aquella melancólica inspección cuando comprendió que su matrimonio con la antigua Amy Dowd, de Portland, Maine, había terminado. No era un "período de tensión matrimonial» ni "una separación de prueba". No iba a ser uno de esos casos que se oían mencionar de vez en cuando, en que ambos cónyuges se arrepentían y volvían a casarse. Había terminado. Sus vidas juntos eran historia. Hasta la casa en la que habían compartido tan buenos momentos no era más que una serie de vigas incandescentes, desmoronadas en el hueco que fuera del sótano como los dientes de un gigante. Su encuentro en Marchman's, la pequeña cafetería de la calle Witcham, había ido bastante bien. Amy lo había abrazado, y él a ella, pero cuando intentó besarla en la boca, ella volvió con habilidad la cabeza, de modo que sus labios encontraron la mejilla. Besobeso, como decían en las fiestas de oficina. Me alegro de verte, querido.

Ted Milner, con su cabello seco perfectamente ordenado esta mañana, sin un solo rizo Alfalfa a la vista, los observaba desde una mesa del rincón. Tenía en la mano la pipa que Mort había visto entre sus dientes en diversas fiestas durante los últimos tres años, aproximadamente. Mort estaba convencido de que, en el caso de Ted, la pipa era un objeto artificioso, un pequeño artefacto utilizado con el único propósito de hacer que su dueño pareciera mayor. Porque ¿cuántos años tenía? Mort no estaba seguro, pero, si Amy tenía treinta y seis, pensó que Ted, con sus impecables tejanos lavados a la piedra y su camisa J. Press abierta en el cuello, tenía que ser por lo menos cuatro años más joven, tal vez más. Se preguntó si Amy había pensado que dentro de diez años podía tener problemas..., incluso dentro de cinco..., y después llegó a la conclusión de que para sugerírselo hacía falta ser mejor de lo que él era.

Preguntó si había alguna novedad. Amy dijo que no. Entonces empezó a hablar Ted con un ligero acento sureño mucho más suave que la pronunciación nasal de John Shooter.

Le dijo a Mort que el jefe de bomberos y un teniente del departamento de Policía de Derry se encontrarían con ellos en lo que Ted llamaba «el sitio». Querían hacerle unas preguntas. Mort dijo que le parecía estupendo. Ted preguntó si quería una taza de café: tenían tiempo. Mort contestó que eso también sería estupendo. Ted le preguntó cómo estaba. Mort volvió a utilizar la

palabra estupendo. Cada vez que salía de su boca, había perdido algo más de sustancia. Amy contemplaba aquel intercambio con cierta aprensión, y Mort lo comprendió. El día que los había descubierto acostados juntos, le había dicho a Ted que lo mataría. En realidad, tal vez hubiera dicho algo sobre matarlos a los dos. Su recuerdo de la escena era brumoso. Sospechaba que el de ellos también podía serlo. No sabía nada de los otros dos vértices del triángulo, pero en su caso le parecía que la bruma no sólo era comprensible, sino compasiva.

Tomaron café. Amy le preguntó por John Shooter. Mort dijo que creía que la situación estaba bajo control. No habló de gatos, ni notas, ni revistas, y al cabo de un rato salieron de Marchman's y se dirigieron al 92 de la calle Kansas, donde una vez había estado su hogar.

El jefe de bomberos y el detective de la policía estaban allí como habían prometido, y también como habían prometido hicieron preguntas. La mayoría se referían a gente que pudiera tenerle la antipatía suficiente como para arrojar un cóctel Molotov en su estudio. Si Mort hubiera estado solo, no habría mencionado a Shooter, pero si no lo hacía él lo haría Amy, de modo que relató el encuentro inicial tal como había sucedido.

—¿El tipo estaba enfadado? —preguntó el jefe de bomberos.

—¿Lo bastante como para venir a Derry e incendiar su casa? —preguntó Bradley, el detective.

Él estaba casi seguro de que Shooter no lo había hecho, pero no quería profundizar en sus breves encuentros con Shooter. En primer lugar, eso significaría decirles lo que le había hecho a Bump, y el asunto entristecería a Amy. La entristecería mucho y abriría una caja de gusanos que prefería dejar cerrada. Mort pensó que había llegado el momento de disimular otra vez.

—Al comienzo pudo haberlo estado —respondió—. Pero cuando descubrí que ambos relatos eran realmente similares, miré la fecha original de publicación del mío y...

—¿El de ese tipo no se ha publicado? —le interrumpió Bradley.

—No, estoy seguro de que no. Entonces, cuando ayer volvió a aparecer, le pregunté cuándo había escrito su relato, esperando que mencionara una fecha posterior a la de la publicación del mío, ¿comprende?

El detective Bradley asintió.

—Estaba tratando de probar que le había ganado de mano.

—Exacto. "Tiempo de siembra" aparece en un libro de relatos que publiqué en 1983, pero se había publicado originalmente en 1980. Esperaba que el tipo se sentiría seguro con una fecha sólo un año o dos anterior a 1983. Tuve suerte. Dijo que lo había escrito en 1982, así que, ya ve, lo tenía.

Esperaba que las cosas terminaran allí, pero Wickersham, el jefe de bomberos, continuó.

—Usted y nosotros lo vemos, señor Rainey, pero ¿lo vio él?

Mort suspiró para sus adentros. Supuso que se podía disimular hasta cierto punto, pero que si las cosas se prolongaban el tiempo suficiente, se llegaba a

un extremo en el cual había que decir la verdad o inventar una mentira directa. Y ese punto había llegado.

Pero ¿el asunto le concernía a él o a ellos? A él. Vale. Y tenía intención de que las cosas siguieran siendo así.

—Sí —dijo—, lo vio.

—¿Qué hizo? —preguntó Ted. Mort lo miró con moderado fastidio. Ted apartó la vista, como si experimentara el deseo de jugar con su pipa. La pipa estaba en el coche. La camisa J. Perry no tenía bolsillo para llevarla.

—Se fue —dijo Mort. Su irritación con Ted, que no tenía derecho alguno a interferir, le facilitó la mentira. Además, el hecho de estar mintiéndole a Ted se lo ponía más fácil—. Murmuró algunas payasadas sobre la increíble coincidencia, saltó a su coche como si le hubieran prendido fuego al pelo y le estuviera llegando al culo, y se fue.

—¿Observó la marca del coche y la matrícula, señor Rainey? —preguntó Bradley. Había sacado un bloc y un bolígrafo.

—Era un Ford —dijo Mort—. Lo siento, pero no puedo ayudarlo con la matrícula. No era de Maine, pero aparte de eso...

Se encogió de hombros y trató de parecer contrito. Por dentro se sentía cada vez más incómodo por la forma en que se desarrollaban las cosas. Mientras se las daba de listo, sorteando la posibilidad de la mentira directa, le había parecido una manera de ahorrarle a Amy el dolor de saber que el loco le había roto el cuello a Bump y lo había atravesado con un destornillador. Pero ahora se había colocado en una posición comprometida. Había dado dos versiones distintas del mismo hecho a dos grupos distintos de personas. Si se reunían y comparaban, las cosas se pondrían feas para él. Explicar sus razones para mentir podía resultar incómodo. Suponía que aquellas comparaciones eran muy improbables en la medida en que Amy no hablara con Greg Carstairs o con Herb Creekmore. Pero ¿qué sucedería si, cuando él y Greg cogieran a Shooter y le refregaran por los morros el número de junio de 1980 de Ellery, se producía una conmoción?

"No importa —se dijo—, cuando llegue el momento, quemaremos ese puente." Aquella idea le hizo recuperar en cierto modo el buen humor que había sentido mientras hablaba con Herb en el peaje, y estuvo a punto de que se le escapara una risita. La contuvo. Si hacía eso, se preguntarían por qué reía, y supuso que tendrían razón al preguntárselo.

—Supongo que, a estas alturas, Shooter debe de estar regresando a...

("Mississippi")

—... al lugar de donde vino —terminó, casi sin interrupción.

—Parece verosímil —dijo el teniente Bradley—, pero me inclino por investigar este asunto, señor Rainey. Tal vez haya convencido al tipo de que se equivocaba, pero eso no quiere decir que se haya ido apaciguado. Es posible que viniera aquí e incendiara su casa sólo porque se sentía cegado... Perdone, señora Rainey.

Amy le dedicó una sonrisilla forzada y desechó la disculpa con un gesto de la mano.

—¿Lo crees posible?

"No —pensó Mort—, no lo creo. Si hubiera decidido quemar la casa, creo que habría matado a Bump antes de salir para Derry, por si yo despertaba antes de su regreso. En ese caso, la sangre habría estado seca y Bump rígido cuando lo encontré. Y no sucedió así. Pero no puedo decirlo. Ni aunque quisiera. Entre otras cosas, porque se preguntarían por qué he ocultado lo de Bump tanto tiempo. Probablemente pensarían que tengo algunos tornillos flojos."

—Supongo que sí —respondió—, pero yo estuve con él. No me pareció del tipo de los que queman casas.

—Quieres decir que no era un Snope —dijo Amy de pronto.

Mort la miró sorprendido y sonrió.

—Exacto —contestó—. Un sureño, pero no un Snope.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Bradley con aire cansado.

—Es un viejo chiste, teniente —dijo Amy—. Los Snope son personajes de algunas novelas de William Faulkner. Se iniciaron en el mundo de los negocios quemando graneros.

—¡Ah! —exclamó Bradley desconcertado.

—Señor Rainey, no existe un tipo específico de incendiario —dijo Wickersham—. Los hay de todas formas y tamaños, créame.

—Bueno...

—Dígame algo más del coche, si puede —insistió Bradley, apoyando el lápiz sobre el bloc—. Quiero que la policía estatal tenga datos sobre ese tipo.

Súbitamente, Mort decidió mentir un poco más. En realidad, mucho mas.

—Bueno, era un sedán. Eso puedo asegurarlo.

—¡Ajá! Un sedán Ford. ¿De qué año?

—Creo que de los setenta —contestó Mort. Estaba seguro de que habían fabricado la furgoneta más o menos hacia la época en que un hombre llamado Oswald había designado a Lyndon Johnson presidente de Estados Unidos. Hizo una pausa y agregó—: La matrícula era de color claro. Podría ser de Florida. No puedo jurarlo, pero podría ser.

—¡Ajá! ¿Y el tipo?

—Altura media. Pelo rubio. Gafas. De esas de montura redonda como las que le gustaban a John Lennon. En realidad, es todo lo que re...

—¿No dijiste que llevaba sombrero? —preguntó Amy de pronto.

Mort sintió que sus dientes se entrechocaban.

—Sí —respondió con calma—. Es verdad, lo había olvidado. Gris oscuro o negro. Pero parecía más bien una gorra. Ya sabe, con visera.

—Vale —dijo Bradley, cerrando el bloc de golpe—. Es algo por donde empezar.

—¿No puede haber sido un simple caso de vandalismo, la obra de un maniaco? —preguntó Mort—. En las novelas, todo se relaciona, pero la experiencia me dice que en la vida real a veces las cosas suceden simplemente.

—Es posible —asintió Wickersham—, pero revisar las conexiones evidentes no le hace mal a nadie.—Y, dedicando un pequeño guiño solemne a Mort, agregó—: A veces la vida imita al arte.

—¿Necesitan algo más? —le preguntó Ted, pasando un brazo por los hombros de Amy.

Wickersham y Bradley intercambiaron una mirada, y Bradley movió la cabeza.

—Creo que no, al menos por el momento.

—Sólo lo pregunto porque Amy y Mort tendrán que dedicar un rato al agente de seguros —dijo Ted—. Y tal vez también a un investigador de la central de la empresa.

El acento sureño del hombre le resultaba cada vez más irritante a Mort. Sospechaba que Ted provenía de una parte del sur que estaba varios estados más al norte que la tierra de Faulkner, pero de todos modos se trataba de una coincidencia que hubiera preferido evitar.

Los funcionarios estrecharon las manos de Amy y Mort, expresaron sus condolencias, les dijeron que avisaran si les sucedía algo más y se marcharon. Luego, los tres dieron otra vuelta en torno a la casa.

—Amy, lamento todo esto —dijo súbitamente Mort. Ella caminaba entre ambos y lo miró, al parecer sorprendida por algo que había percibido en su voz. Tal vez simple sinceridad—. Todo, lo lamento de veras.

—Yo también —dijo ella suavemente, y tocó su mano.

—Bueno, con Teddy somos tres —dijo Ted con solemne cordialidad.

Amy se volvió hacia él y, en ese momento, Mort hubiera podido estrangularlo alegremente hasta hacer que sus ojos saltaran y quedaran colgando de los nervios ópticos.

Ahora recorrían el lado oeste de la casa, en dirección a la calle.

Ahí arriba había estado el rincón por donde su estudio comunicaba con la casa, y no lejos de allí se encontraba el jardín de Amy.

Todas las flores habían muerto, y Mort pensó que tal vez fuera mejor así. El fuego había sido lo bastante intenso como para chamuscar toda la hierba verde en un radio de cinco metros en torno a la casa. Si las flores hubieran estado abiertas, también las habría chamuscado, y eso hubiese sido triste. Hubiese sido...

Súbitamente, Mort se detuvo. Estaba recordando los relatos.

El relato. Podía llamarse "Tiempo de siembra" o "Ventana secreta, secreto jardín", pero cuando se limaban las pequeñas diferencias eran una sola y misma cosa. Miró hacia arriba. Ahora sólo se veía el cielo azul, pero antes del incendio de la noche anterior había una ventana exactamente en el punto que

estaba mirando. Era la ventana de la pequeña habitación contigua al lavadero, del cuartito donde Amy tenía su despacho. Allí, ella hacía los cheques, escribía su diario, realizaba las llamadas telefónicas indispensables...

Era el cuarto donde Mort sospechaba que Amy había empezado una novela hacía varios años. Y cuando la novela murió, fue el cuarto donde ella la enterró, decorosa y silenciosamente, en un cajón del escritorio. El escritorio estaba junto a la ventana. A Amy le gustaba ir allí por las mañanas. Ponía la lavadora en la habitación de al lado, y hacía su trabajo mientras esperaba que la chicharra le indicara que había llegado el momento de vaciar la lavadora y poner la ropa en la secadora. El cuarto se encontraba alejado de la parte principal de la casa, y a Amy, según decía, le gustaba su tranquilidad. Su tranquilidad y la clara y saludable luz de la mañana que entraba por la ventana. A ella le gustaba mirar por la ventana de vez en cuando, hacia sus flores, que crecían en el profundo rincón formado por la casa y el estudio. Y Mort la oyó diciendo: "Es la mejor habitación de la casa, al menos para mí, porque casi nadie va allí, salvo yo. Tiene una ventana secreta y da a un jardín secreto."

—¿Mort? —decía Amy.

Durante un instante, no le prestó atención, confundiendo su voz real con la voz que escuchaba en su cabeza, que era la del recuerdo. Pero ¿era un recuerdo real o falso? Ésa era la pregunta importante, ¿no? Parecía real, pero él había atravesado una época de gran estrés, incluso antes de lo de Shooter, Bump y el incendio.

¿No era al menos posible que estuviera padeciendo una..., bueno, una alucinación mnemotécnica? ¿Que estuviera tratando de que su pasado con Amy coincidiera en cierta forma con aquella maldita historia en la que un hombre se había vuelto loco y había matado a su esposa?

"¡Jesús, espero que no! Espero que no, porque si es así estoy demasiado cerca del derrumbe nervioso como para sentirme tranquilo."

—Mort, ¿te encuentras bien? —preguntó Amy, dándole un violento tirón de la manga y sacándolo del trance, al menos por el momento.

—Sí —contestó; y después, bruscamente, agregó—: No. Si quieres que te diga la verdad, me encuentro un poco mal.

—Tal vez sea el desayuno —dijo Ted.

Amy le lanzó una mirada que hizo que Mort se sintiera un poco mejor. No era muy amistosa.

—No es el desayuno —dijo con cierta indignación, y mostró las ruinas ennegrecidas—. Es eso. Salgamos de aquí.

—La gente de la compañía de seguros vendrá al mediodía —advirtió Ted.

—Bueno, falta más de una hora. Vamos a tu casa, Ted. Yo tampoco me encuentro bien. Me gustaría sentarme.

—Vale —dijo Ted en el tono ofendido de quien está pensando "no es necesario gritar", y que también le hizo sentirse mejor.

Y, a pesar de que aquella mañana, durante el desayuno, hubiera jurado que la casa de Ted Milner era el último lugar de la tierra adonde deseaba ir, los acompañó sin protestar.

19

Durante el viaje por la ciudad hacia la parte este donde Ted colgaba su sombrero, permanecieron en silencio. Mort no sabía en qué estarían pensando Amy y Ted, pero suponía que tal vez Amy pensara en la casa y Ted en si llegarían o no a tiempo para ver a los encargados de la compañía de seguros. En todo caso, sabía en qué estaba pensando él. Estaba tratando de descubrir si se estaba volviendo loco o no. ¿Esto es real o es un juego de Memory?

Finalmente, llegó a la conclusión de que Amy había dicho aquello acerca de su despacho junto al lavadero, no era un falso recuerdo. Ahora bien, ¿lo había dicho antes de 1982, cuando John Shooter afirmaba haber escrito un relato llamado "Ventana secreta, secreto jardín"? No lo sabía. Por mucho que se esforzara, de su cerebro confuso y dolorido todo lo que obtenía era un mensaje breve: respuesta incierta. Pero si ella lo había dicho, fuera cuando fuese, ¿no podía ser que el título de Shooter fuera una simple coincidencia? Tal vez, pero las coincidencias empezaban a acumularse, ¿no? Había llegado a la conclusión de que el incendio era, tenía que ser, una coincidencia. Pero el recuerdo del jardín de Amy con su cosecha de flores muertas... Bueno, cada vez resultaba más difícil creer que todo eso no estuviera ligado de una manera extraña, tal vez incluso sobrenatural.

¿Y acaso el propio Shooter no había estado igualmente confundido a su manera? "¿Cómo lo consiguió? —había preguntado, con la voz teñida de cólera y desconcierto—. Eso es lo que de verdad quiero saber. ¿Cómo demonios un gilipollas garrapateador con dinero como usted llegó a un pueblo de mierda de Mississippi y robó mi maldita historia?" En aquel momento, Mort había pensado que, o bien se trataba de otra señal de la locura del tipo, o bien éste era un actor excelente. Ahora, en el coche de Ted, se le ocurrió por primera vez que ésa era exactamente la forma en que hubiera reaccionado él si las circunstancias se hubieran invertido.

Como había sucedido, en cierta forma. El único detalle en el que los relatos diferían de manera sustancial era en el título. Ambos eran correctos, pero Mort descubrió que ahora tenía una pregunta para hacer a Shooter, una pregunta muy semejante a la que Shooter le había hecho a él: "¿Y cómo se le ocurrió ese título, señor Shooter? Eso es lo que de verdad quiero saber. ¿Cómo demonios supo que, a dos mil kilómetros de su pueblo de mierda en Mississippi, la esposa de un escritor de quien según usted no oyó hablar hasta este año, tenía su propia ventana secreta que daba a su propio secreto jardín?"

Bueno, naturalmente había una sola manera de descubrirlo.

Cuando Greg encontrara a Shooter, Mort tendría que preguntárselo.

Mort rechazó la taza de café que le ofreció Ted y preguntó si tenía una Coca-Cola o una Pepsi. Ted tenía. Después de beberla, el estómago de Mort se asentó. Había supuesto que el solo hecho de estar allí, donde Ted y Amy jugaban a mamás y papás ahora que no tenían que molestarse en acudir a moteles pequeños y baratos de la ciudad, lo enfurecería e inquietaría. No fue así. Era sólo una casa, una casa donde todas las habitaciones parecían proclamar que su dueño era un Joven Soltero Calavera que Estaba Trepando la Escalera. Mort descubrió que podía aceptarlo con tranquilidad, aunque volvía a inspirarle cierta inquietud por Amy. Pensó en su pequeño despacho, por donde entraba una luz clara y saludable, y en el ronroneo adormecedor de la secadora a través de la pared, su pequeña oficina con su ventana secreta, la única ventana de la casa que daba al ángulo profundo formado por la casa y el anexo, y reflexionó en lo mucho que pertenecía a ese lugar y en lo poco que parecía pertenecer a éste. Sin embargo, aquélla era una cuestión con la cual tendría que enfrentarse ella. Tras observar unos minutos esta otra casa, que no era un antro de iniquidad, sino simplemente una casa, Mort se dijo que podría vivir con aquello, que incluso podría estar contento.

Ella preguntó si pasaría la noche en Derry.

—No. Regresaré en cuanto terminemos con los de la compañía de seguros. Si surge algo más, pueden ponerse en contacto conmigo, o puedes hacerlo tú.

Le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa y le rozó brevemente una mano. A Ted no le gustó. Miró por la ventana con el entrecejo fruncido y toqueteó su pipa.

Llegaron a tiempo para la reunión con los representantes de la compañía de seguros, lo que sin duda alguna tranquilizó a Ted Milner. A Mort no le entusiasmaba especialmente que Ted estuviera allí. Al fin y al cabo, jamás había sido su casa, ni siquiera después del divorcio. No obstante, tenerlo allí parecía tranquilizar a Amy, así que no dijo nada.

Don Strick, el agente de la Compañía de Seguros Consolidated con quien habían tratado, los llevó a su oficina después de otra breve visita al "sitio". En el despacho encontraron a un hombre llamado Fred Evans, un investigador de campo de la Consolidated especializado en incendios. La razón por la cual Evans no había estado aquella mañana con Wickersham y Bradley se aclaró enseguida: había pasado la mayor parte de la noche anterior recorriendo las ruinas con una linterna celular y una cámara Polaroid.

Explicó que había regresado a su habitación del motel para echar un sueñecito antes de ver a los Rainey.

Evans le cayó muy bien a Mort. Parecía realmente apenado por la pérdida que habían sufrido Amy y él, mientras que todos los demás, incluido el señor Teddy Somos Tres, parecían haber proferido sólo las palabras tradicionales de condolencia antes de seguir con lo que cada uno de ellos consideraba la tarea

que tenía entre manos (y en el caso de Ted Milner, pensó Mort, la tarea entre manos era conseguir que saliera de Derry y se fuera al lago Tashmore lo más pronto posible). Fred Evans no habló del número 92 de la calle Kansas como "el sitio"; se refería a él como "la casa".

Sus preguntas, si bien en esencia eran las mismas que habían hecho Wickersham y Bradley, resultaban más amables, minuciosas e insistentes. Pese a haber dormido como mucho cuatro horas, tenía los ojos brillantes, y su expresión era franca y clara. Después de hablar con él durante veinte minutos, Mort decidió que si alguna vez decidía incendiar una casa para cobrar el dinero del seguro, trataría con otra compañía que no fuera Consolidated o esperaría a que este hombre se jubilara.

Cuando terminó con sus preguntas, Evans les sonrió.

—Se han mostrado muy dispuestos a colaborar y quiero darles las gracias otra vez, tanto por las respuestas meditadas como por su amabilidad. En muchos casos, la gente se irrita en cuanto escuchan la expresión "investigador de seguros". Están alterados, lo cual es comprensible, y a menudo se toman la presencia de un investigador en la escena como una acusación de que han incediado su propiedad.

—Dadas las circunstancias, me parece que no podrían habernos tratado mejor —dijo Amy, y Ted Milner asintió con tal violencia que parecía como si su cabeza pendiera del extremo de un hilo manejado por un titiritero con un ataque de nervios.

—Lo que viene es duro —prosiguió Evans, e hizo una seña a Strick, quien abrió un cajón y sacó unos papeles impresos en ordenador—. Cuando un investigador confirma que un incendio ha sido tan serio como evidentemente ha sido éste, debe mostrar a los clientes una lista de las pertenencias que están aseguradas. Estúdienla con atención, pues habrán de firmar una declaración jurada de que los artículos mencionados siguen perteneciéndoles y seguían en la casa cuando se produjo el incendio. Tendrían que poner una marca junto a cualquier artículo que hayan vendido desde la última renovación de seguro que hicieron con el señor Strick, y junto a cualquier artículo asegurado que no estuviera en la casa en el momento del incendio. —Antes de seguir, Evans se llevó una mano a la boca y se aclaró la garganta—. Me han dicho que hace poco se ha producido una separación de domicilios, de modo que esto último puede ser especialmente importante.

—Estamos divorciados —dijo francamente Mort—. Estoy viviendo en nuestra casa del lago Tashmore. Sólo la utilizábamos en verano, pero tiene un hogar y es habitable durante los meses fríos. Por desgracia, no llegué a trasladar el grueso de mis cosas. Estuve demorándolo.

Don Strick asintió comprensivamente. Ted cruzó las piernas, jugueteó con su pipa y dio en general la impresión de un hombre que procura no parecer tan aburrido como está.

—Háganlo lo mejor que puedan con la lista —dijo Evans. Cogió los papeles de manos de Strick y se los pasó a Amy por encima del escritorio—. Puede resultar un tanto desagradable. Es como ir en busca del tesoro, pero al revés.

Ted había dejado la pipa y miraba la lista. Su aburrimiento había desaparecido, al menos por el momento; sus ojos reflejaban tanta avidez como los de cualquier transeúnte contemplando los restos de un accidente grave. Amy se dio cuenta de que miraba y le acercó amablemente la hoja. Mort, que estaba sentado al otro lado, tiró de ella en sentido contrario.

—¿Le importa? —preguntó a Ted. Estaba enfadado, realmente enfadado, y todos lo percibieron en su voz.

—Mort... —dijo Amy.

—No voy a armar un escándalo con este asunto —le dijo Mort—, pero éstas eran nuestras cosas, Amy. Nuestras.

—No me parece... —empezó a decir Ted, indignado.

—No, señor Milner, él tiene razón —intervino Fred Evans con una moderación que a Mort le pareció que podía resultar engañosa—. Según la ley, usted no tiene ningún derecho a saber nada acerca de los artículos mencionados. Si a nadie le importa, lo pasamos por alto, pero creo que al señor Rainey sí le importa.

—Puede apostar lo que quiera a que al señor Rainey le importa —dijo Mort. Tenía las manos apretadas sobre el regazo; sentía cómo sus uñas marcaban sonrientes medias lunas en sus palmas.

Amy trasladó su mirada de ruego de Mort a Ted. Mort esperaba que Ted se inflara, resoplara y tratara de derribar la casa de alguien, pero no lo hizo. Pensó que esa suposición daba la medida de la hostilidad que sentía hacia el tipo. No conocía muy bien a Ted (aunque sabía que cuando se le despertaba súbitamente en un motel discreto se parecía un poco a Alfalfa), pero conocía a Amy.

Si Ted hubiera sido un pomposo, ya lo hubiera dejado.

Dirigiéndose a Amy con una suave sonrisa e ignorando por completo a Mort y a los demás, Ted dijo:

—¿Te ayudaría que me fuese a dar una vuelta a la manzana?

Mort trató de reprimirse, pero no lo logró del todo.

—¿Por qué no dos? —le preguntó con amabilidad fingida.

Amy le lanzó una mirada oscura y dura, y se volvió hacia Ted.

—¿Lo harías? Esto podría resultar algo más fácil...

—Claro —dijo él. La besó en el pómulos, y Mort tuvo otra revelación dolorosa: el hombre la quería. A lo mejor no la querría siempre, pero ahora la quería. Mort comprendió que había estado a punto de creer que Amy era sólo un juguete que había cautivado a Ted por un tiempo, un juguete del cual se cansaría pronto. Pero eso tampoco encajaba con lo que sabía de Amy.

Su instinto con la gente no solía engañarla, y sentía respeto por sí misma.

Ted se puso en pie y salió. Amy miró a Mort, ofendida.

—¿Estás satisfecho?

—Supongo —contestó—. Mira, Amy, probablemente no he manejado este asunto todo lo bien que hubiera podido, pero mis motivos son bastante honorables. En el transcurso de los años compartimos muchas cosas. Supongo que esto es lo último y creo que nos pertenece a los dos. ¿De acuerdo?

Strick parecía incómodo. Fred Evans, no. Su mirada iba de Mort a Amy, y otra vez a Mort, con el mismo interés que si estuviera asistiendo a un excelente partido de tenis.

—De acuerdo —dijo Amy en voz baja.

Él rozó ligeramente su mano y ella le sonrió. Era una sonrisa forzada, pero era mejor que nada.

Mort acercó su silla a la de ella, y ambos se inclinaron sobre la lista, con las cabezas juntas, como muchachos estudiando para un examen. A Mort no le costó mucho comprender por qué Evans les había hecho la advertencia. Creía haber captado la magnitud de la pérdida, pero se equivocaba.

Mirando las columnas de frío tipo de impresora, Mort pensó que no hubiera podido sentirse más abrumado si alguien hubiese cogido todo lo que había en la casa del 92 de la calle Kansas y lo hubiese dispersado por la manzana para que lo viera todo el mundo. Le parecía increíble haber olvidado tantas cosas, todas las cosas que habían desaparecido.

Siete artefactos eléctricos de importancia. Cuatro televisores, uno con reproductor de vídeo. La porcelana Spode y los muebles auténticos de estilo americano primitivo que Amy había comprado pieza por pieza. El valor del armario antiguo que había en el dormitorio era de 14.000 dólares. No habían sido coleccionistas de arte serios, pero sí buenos conocedores, y habían perdido doce piezas de pintura original valoradas en 22.000 dólares. Sin embargo, a Mort no le interesaba el valor en dinero. Estaba pensando en el dibujo de N. C. Wyeth de los dos niños saliendo a navegar en una pequeña barca. En el cuadro llovía; los niños llevaban impermeable y zuecos, y lucían una amplia sonrisa. Mort amaba aquel cuadro, y ahora ya no estaba. La cristalería Waterford. Los equipos deportivos guardados en el garaje: esquíes, bicicletas de diez velocidades y la vieja canoa Old Town. En la lista figuraban los tres abrigo de piel de Amy. La vio hacer diminutas marcas junto a la nutria y el visón —al parecer, continuaban depositadas en la tintorería—, pero pasó el chaquetón de zorro sin marcarlo. Aquella prenda cálida y elegante para el otoño estaba colgada en el armario cuando estalló el incendio. Recordaba haberle regalado esa chaqueta para su cumpleaños, hacía seis o siete años. Ahora ya no existía. Su telescopio Celestron. Desaparecido. El enorme edredón de patchwork que la madre de Amy les había regalado cuando se casaron. La madre de Amy había muerto, y ahora las cenizas del edredón se unían a las suyas.

Lo peor, al menos para Mort, estaba hacia la mitad de la segunda columna, y en ese caso lo que dolía tampoco era su valor en dólares. "124 botellas de vino, valor: 4.900 dólares." El vino era una cosa que les gustaba a ambos. No es que fueran unos expertos, pero habían logrado reunir juntos una pequeña bodega en el sótano. Habían almacenado botellas y de vez en cuando descorchado una.

—Hasta el vino —dijo a Evans—. Hasta eso.

Evans le dirigió una mirada extraña que Mort no supo interpretar y luego asintió.

—La bodega no ardió porque había muy poco combustible en el tanque del sótano y no se produjo una explosión. Pero alcanzó una temperatura tan elevada que la mayor parte de las botellas estalló. Las pocas que se han salvado... Bueno, no entiendo mucho de vinos, pero dudo de que se las pueda beber. Tal vez me equivoco.

—No —dijo Amy. Una lágrima rodó por su mejilla y la secó con aire ausente.

Evans le ofreció su pañuelo. Ella movió la cabeza y volvió a inclinarse sobre la lista.

Diez minutos más tarde habían terminado. Firmaron en los lugares correctos y Strick fue testigo de las firmas. Ted Milner apareció unos instantes después, como si hubiera presenciado la escena por una pantalla secreta.

—¿Alguna cosa más? —preguntó Mort a Evans.

—De momento no, pero puede haberla. ¿Su número de Tashmore figura en el listín, señor Rainey?

—No —respondió mientras lo anotaba—. Por favor, si puedo ayudarle póngase en contacto conmigo.

—Lo haré —dijo, al tiempo que se levantaba con la mano tendida—. Estos asuntos resultan siempre desagradables. Lamento que hayan tenido que pasar por ello.

Después de estrecharles la mano, dejaron a Strick y Evans para que escribieran sus informes. Era la una pasada cuando Ted preguntó a Mort si deseaba almorzar con él y con Amy. Mort movió la cabeza.

—Quiero volver. Trabajar un poco y ver si puedo olvidar todo esto por un rato.

Se sentía como si realmente pudiera escribir. No era sorprendente. En los malos tiempos —en todo caso, hasta el divorcio, que parecía una excepción a la regla—, siempre le había resultado fácil escribir. Incluso necesario. Era bueno disponer de mundos ficticios donde refugiarse cuando el mundo real te había herido.

Esperaba a medias que Amy le pidiera que cambiara de idea, pero no lo hizo.

—Conduce con cuidado —dijo, y le dio un casto beso en la comisura de la boca—. Gracias por venir y ser tan..., tan razonable con todo.

—¿Puedo hacer algo por ti, Amy?

Ella movió la cabeza sonriendo un poco y cogió la mano de Ted. Si había estado buscando un mensaje, éste era demasiado claro como para no recibirlo.

Caminaron lentamente hacia el Buick de Mort.

—¿Está bien instalado allí? —preguntó Ted—. ¿Necesita algo?

Por tercera vez le sorprendió el acento sureño del hombre.

Sólo otra coincidencia.

—No se me ocurre nada —dijo, sacando las llaves del coche del bolsillo y abriendo la portezuela—. ¿De dónde es originario, Ted? Seguramente usted o Amy me lo habrán dicho alguna vez, pero me temo que no lo recuerdo. ¿Era Mississippi?

Ted rió cordialmente.

—Muy lejos de allí, Mort. Crecí en Tennessee, en un pueblecito llamado Shooter's Knob.

22

Mort regresó al lago Tashmore con las manos aferradas al volante, la columna vertebral rígida como una regla y la mirada fija en la carretera. Puso la radio con el volumen alto y se concentró ferozmente en la música cada vez que sentía reveladores signos de actividad mental detrás del centro de la frente. Antes de haber recorrido setenta kilómetros, sintió una sensación de presión en la vejiga. Ni siquiera pensó en hacer una parada para aliviarse. La necesidad de orinar era otra distracción excelente.

Llegó a Tashmore alrededor de las cuatro y media, y aparcó el Buick en su lugar acostumbrado, junto a la casa. Ahogó a Eric Clapton en mitad de un solo de guitarra al apagar el motor, y el silencio cayó como una carga de piedras envuelta en un colchón de espuma. En el lago no había ni una barca; en la hierba, ni un solo gusano.

"Mear y pensar tienen mucho en común —pensó, mientras salía del coche y se bajaba la cremallera del pantalón—. Puedes demorarlo, pero no indefinidamente."

Mort Rainey estaba de pie, orinando y pensando en ventanas y jardines secretos; pensaba en aquellos que podían tener lo último y en aquellos que podían mirar a través de lo primero. Pensaba en el hecho de que la revista que necesitaba para demostrar que cierto tipo era un lunático o un estafador, acababa de quemarse la misma noche en que había intentado ponerle las manos encima. Pensaba en el hecho de que el amante de su exmujer, un hombre al que detestaba cordialmente, procedía de un pueblo llamado Shooter's Knob, y que Shooter resultaba ser el pseudónimo del lunático o estafador antes mencionado, que había aparecido en la vida de Mort Rainey en el momento preciso en que el antedicho Mort Rainey empezaba a aceptar su divorcio no como un concepto académico sino como un hecho sencillo de su vida venidera.

Pensaba incluso en el hecho de que John Shooter afirmaba haber descubierto el plagio de Mort Rainey más o menos en la época en que Mort Rainey descubrió que su mujer le era infiel

Pregunta: ¿Se trataba de coincidencias?

Respuesta: Técnicamente era posible.

Pregunta: ¿Creía él que se trataba de coincidencias?

Respuesta: No.

Pregunta: Entonces, ¿acaso creía que se estaba volviendo loco?

—La respuesta es que no —dijo Mort—. No lo cree. Al menos, por el momento no.

Cerró la cremallera y rodeó la casa en dirección a la entrada.

23

Encontró la llave, empezó a meterla en la cerradura y volvió a sacarla. En cambio, apretó el picaporte y, cuando sus dedos se cerraron encima, sintió la absoluta certeza de que giraría con facilidad. Shooter había estado allí, había estado o estaba todavía. Y no había necesitado forzar la entrada. Este mamón no. Mort guardaba un duplicado de la llave en la vieja lata de jabón que había en un estante alto del cobertizo, que era de donde Shooter había cogido el destornillador cuando llegó el momento de clavar al pobre Bump a la tapa del cubo de la basura. Ahora estaba en la casa, curioseando o, tal vez, ocultándose. Era...

El picaporte se negó a moverse; los dedos de Mort resbalaron.

La puerta seguía cerrada.

—Vale, no pasa nada —dijo Mort, y hasta rió un poco mientras metía la llave en la cerradura y la hacía girar.

De todos modos, el que la puerta estuviera cerrada con llave no significaba que Shooter no estuviese en la casa. En realidad, cuando te parabas a pensarlo, hacía más probable el hecho de que estuviera en la casa. Podía haber usado el duplicado de la llave, volverlo a poner en su lugar y después cerrar la puerta desde dentro para no despertar las sospechas de su enemigo. Al fin y al cabo, lo único que había que hacer para cerrarla era apretar el botón del picaporte. "Está tratando de que me obsesione", pensó Mort al entrar.

La casa estaba llena de silencio y de sol crepuscular. Pero no parecía un silencio desocupado.

—Está tratando de que me obsesione, ¿no? —exclamó. Esperaba que su pregunta le sonara absurda incluso a él: un hombre solitario, paranoico, dirigiéndose al intruso que sólo existe en su imaginación. Pero no le parecía absurda. Al contrario, le daba la impresión de haber descubierto por lo menos la mitad del truco.

Tal vez no fuera mucho, pero la mitad era mejor que nada.

Entró en la sala, con su techo catedralicio, su pared-ventana frente al lago y, ¿cómo no?, el Sofá Mort Raine Famoso en Todo el Mundo, conocido también como el Diván del Escritor Comatoso. Una comedia sonrisilla le estiró las mejillas. Sentía las pelotas prietas y agazapadas en la bifurcación de la pelvis.

—Medio truco es mejor que nada, ¿eh, señor Shooter? —exclamó.

Las palabras murieron en el silencio polvoriento. En ese polvo percibía el olor de viejo humo de tabaco. Su mirada se posó en el deteriorado paquete de cigarrillos que había extraído del cajón de su escritorio. Se le ocurrió que la

casa estaba impregnada de un olor —casi un hedor— horriblemente negativo: un olor no femenino. Después pensó: "No, es un error. No es eso. A lo que huele es a Shooter. Está impregnado de su olor y del de sus cigarrillos. No de los tuyos, sino de los suyos."

Dio una vuelta lenta, con la cabeza echada hacia atrás. En el centro del techo color crema, un dormitorio de la segunda planta daba a la sala; el hueco estaba protegido por maderas entrecruzadas de color castaño oscuro. Se suponía que esas maderas estaban allí para evitar que el desprevenido cayera y se estrellara en el suelo de la sala, pero también con intenciones decorativas. En aquel momento, a Mort no le parecieron especialmente decorativas; parecían los barrotes de la celda de una cárcel. Lo único que veía de lo que él y Amy llamaban la habitación de invitados era el techo y uno de los cuatro postes de la cama.

—¿Esta ahí arriba, señor Shooter? —preguntó a voz en grito.

No hubo respuesta.

—¡Sé que está tratando de que me obsesione y huya! —dijo, empezando a sentirse un poquitín ridículo—. Pero no funcionará.

Unos seis años antes habían equipado el gran hogar de piedra de la sala con una estufa Blackstone Jersey. Junto a la estufa había un soporte con pinzas y herramientas para el fuego. Mort agarró el recogedor de ceniza por el mango, lo estudió un momento, lo dejó y cogió en su lugar el atizador. Luego, se colocó bajo la enrejada habitación de invitados y levantó el atizador como un caballero saludando a su dama. Después, se dirigió lentamente hacia las escaleras y empezó a subir. Ahora sentía que la tensión se abría paso por sus músculos, pero comprendió que no era Shooter lo que le daba miedo; lo que lo asustaba era no encontrar nada.

—Sé que está aquí y sé que está tratando de espantarme. Lo único que no sé es de qué se trata, y será mejor que cuando lo encuentre me lo diga.

Hizo una pausa en el rellano de la segunda planta; el corazón le latía con violencia. La habitación de invitados estaba a su izquierda, y el cuarto de baño de los invitados a su derecha. Y de pronto comprendió que sí, que Shooter estaba allí, pero no en el dormitorio. Eso era una treta; era lo que Shooter quería que creyera.

Shooter estaba en el lavabo.

Y mientras permanecía de pie allí, en el rellano, con el atizador apretado en la mano derecha y el sudor chorreando por su cabello y sus mejillas, Mort lo oyó. Fue un débil sonido, como si alguien se arrastrase. ¡Claro que estaba allí! Por el ruido, parecía estar de pie en la bañera. Se había movido infinitesimalmente. Te encontré, amiguito. ¿Estás armado, caraculo?

Mort pensó que era probable, pero no creía que se tratase de un revólver. Tenía la sensación de que toda la relación que el tipo guardaba con las armas era su pseudónimo¹.

¹ Shooter significa "tirador" (N. Del T.).

Shooter parecía más bien la clase de tipo que se siente más cómodo con instrumentos contundentes. Prueba de ello era lo que le había hecho a Bump.

"Apuesto a que es un martillo —pensó Mort, mientras con la mano libre se secaba el sudor de la nuca. Sentía como si sus ojos entraran y salieran de las órbitas al ritmo de los latidos de su corazón—. Apuesto a que es un martillo del cobertizo."

No había pensado en eso hasta que vio a Shooter. Lo vio claramente, de pie, en la ducha, con su sombrero negro de copa redonda y sus zapatos de trabajo color amarillo mierda, los labios entreabiertos sobre la dentadura comprada por catálogo en una sonrisa que en realidad era una mueca, el sudor deslizándose por su cara, corriendo por los profundos surcos como el agua a través de una red de alcantarillas de hojalata galvanizada, y el martillo del cobertizo levantado a la altura del hombro, como la maza de un juez. Estaba allí, de pie, en la ducha, esperando descargar el martillo. El próximo caso, alguacil.

"Te conozco, compañero. Tengo tu numero. Lo supe la primera vez que te vi. ¿Y sabes qué? Elegiste al escritor equivocado para joderlo. Creo que desde mediados de mayo tengo ganas de matar a alguien, y tú eres tan bueno como cualquier otro."

Volvió la cabeza hacia el dormitorio. Al mismo tiempo, estiró la mano izquierda (después de secarla con la camisa para que no resbalara en el momento crucial) y agarró el picaporte del baño.

—¡Sé que está ahí dentro! —gritó a la puerta cerrada del dormitorio—. ¡Si está bajo la cama, será mejor que salga! ¡Voy a contar hasta cinco! Si no ha salido, entraré golpeando, ¿me oye?

No hubo respuesta, pero la verdad es que ni la esperaba, ni la deseaba. Aumentó la presión en el picaporte del lavabo. Sin embargo, decidió que gritaría los números en dirección a la puerta de la habitación de invitados. No sabía si Shooter percibiría la diferencia en caso de tener la cabeza orientada hacia el lavabo, pero pensó que tal vez sí. Obviamente, el tipo era listo. Endemoniadamente listo.

Un instante antes de empezar la cuenta, oyó otro leve ruido en el lavabo. Aun estando tan cerca, no lo habría percibido si no hubiera estado escuchando con toda la concentración de que era capaz.

—¡Uno!

¡Cristo! ¡Estaba sudando como un cerdo!

—¡Dos!

El picaporte de la puerta del lavabo era como una piedra fría en su puño.

—¡Tr...!

Hizo girar el picaporte y entró de golpe, haciendo rebotar la puerta contra la pared con la fuerza suficiente como para rasgar el empapelado y aflojar el gozne inferior. Y allí estaba. Allí estaba, avanzando hacia él con el arma levantada, los dientes desnudos en una mueca asesina, y unos ojos dementes, absolutamente dementes. Mort descargó el atizador en un golpe silbante y tuvo el tiempo justo de comprender que Shooter no llevaba su sombrero redondo, que no era Shooter sino él, que el loco era él, antes que el atizador destrozara

el espejo que había sobre el lavabo, el azogue se dispersara centelleando en la penumbra y el botiquín cayera dentro del lavabo. La puertecilla doblada se abrió como una boca, escupiendo frascos de jarabe para la tos, yodo y Listerine.

—¡He asesinado a un maldito espejo cabrón! —aulló.

Estaba a punto de arrojar el atizador cuando algo se movió en la ducha, tras la puerta esmerilada de la mampara, y se oyó un agudo chillido asustado. Sonriendo, Mort golpeó hacia un lado con el atizador, abriendo una herida aserrada en la puerta plástica y sacándola de sus carriles. Levantó el atizador con los ojos empanados y dilatados, y los labios estirados en la mueca que había imaginado en el rostro de Shooter.

Bajó lentamente el atizador. Descubrió que para poder dejarlo caer al suelo tenía que utilizar los dedos de la mano izquierda para abrir los de la derecha.

—¡Bestezuela huidiza y cobarde! —dijo al ratón de campo que corría ciegamente por la bañera—. ¿Qué pánico anida en tu corazoncillo?

Su voz sonaba ronca, plana y extraña. No parecía en absoluto su propia voz. Era como escucharse por primera vez en una grabación.

Se volvió y salió lentamente del lavabo por la puerta torcida con el gozne saltado, haciendo crujir los fragmentos de espejo roto con sus pisadas.

De pronto, sentía la necesidad de bajar, echarse en el sofá y dormir una siesta. De pronto, deseaba eso más que nada en el mundo.

24

Lo despertó el teléfono cuando el crepúsculo ya casi se había transformado en noche. Mort caminó despacio junto a la mesilla de café con tablero de vidrio que tan aficionada era a morder, con el extraño sentimiento de que, de alguna manera, el tiempo se había plegado sobre sí mismo. El brazo derecho le dolía como el demonio y la espalda no estaba en condiciones mucho mejores.

¿Exactamente con qué fuerza había descargado aquel atizador?

¿Cuánto pánico lo había impulsado? No le gustaba pensarlo.

Cogió el teléfono sin tomarse la molestia de pensar quién podía ser. Últimamente, la vida se había vuelto tan ajetreada que hasta podía ser el Presidente.

—¿Diga?

—¿Cómo le va, señor Rainey? —preguntó la voz.

Mort retrocedió, apartando un instante el teléfono del oído como si fuera una víbora a punto de picarlo. Luego volvió a apoyarlo despacio.

—Me va estupendamente, señor Shooter —dijo con una voz seca, sin rastro de saliva—. ¿Y cómo le va a usted?

—De maravilla —admitió Shooter, hablando con aquel espeso y crujiente acento sureño que por alguna razón resultaba tan desprotegido y notorio como

un solitario granero sin pintar en medio del campo—. Pero no creo que usted esté realmente tan bien. Robarle a otro hombre no parece haberle preocupado. Pero el hecho de que le pillen..., eso sí que al parecer le ha provocado terribles angustias.

—¿De qué está hablando?

Shooter parecía más bien divertido.

—Bueno, me enteré por la radio de que alguien le incendió la casa. La otra casa. Y después, cuando regresó aquí, se diría que le dio un ataque o algo así al entrar. Gritando, destrozando cosas... O tal vez sea que los escritores de éxito como usted tienen pataletas cuando las cosas no salen como esperan. ¿Será eso?

"¡Dios mío! Estaba aquí. Estaba."

Mort se descubrió mirando por la ventana como si Shooter todavía pudiera estar allí, tal vez escondido entre los arbustos mientras hablaba con Mort por alguna especie de teléfono sin hilos. Ridículo, por supuesto.

—La revista con mi relato está en camino —dijo Mort—. Cuando llegue, ¿me dejará tranquilo?

Shooter seguía pareciendo divertirse de manera lánguida.

—No existe ninguna revista que tenga ese relato, señor Rainey. Usted y yo lo sabemos. Por lo menos, no de 1980. ¿Cómo podría existir si mi relato no estuvo listo para ser robado hasta 1982?

—¡Maldita sea! No robé su re...

—Cuando me enteré de lo de su casa —dijo Shooter—, salí y compre un Evening Express. Había una foto de lo que quedaba. No era mucho. También había una foto de su esposa. Es guapa —añadió tras una larga pausa y utilizando sarcástica y deliberadamente una pronunciación campesina—. ¿Cómo un hijo de perra como usted tiene la suerte de tener una esposa tan guapa, señor Rainey?

—Estamos divorciados —contestó—. Ya se lo dije. Tal vez descubrió lo feo que era. ¿Por qué no deja a Amy fuera de esto? Es entre usted y yo.

Por segunda vez en dos días, comprendió que había contestado el teléfono medio dormido y casi indefenso.

En consecuencia, Shooter controlaba la conversación casi por completo. Llevaba a Mort a rastras, marcaba todos los tantos.

"Entonces, cuelga."

Pero no podía; al menos, todavía no.

—Entre usted y yo, ¿eh? —dijo Shooter—. En ese caso supongo que no me habrá mencionado a nadie

—¿Qué es lo que quiere? ¡Dígame! ¿Qué demonios quiere?

—Desea conocer la segunda razón por la que vine, ¿no es eso? Quiero que me escriba un relato —le dijo tranquilamente Shooter—. Quiero que escriba un

relato, ponga el nombre en él y me lo dé. Me lo debe. Lo correcto es lo correcto y lo justo es lo justo.

Mort permaneció inmóvil en el recibidor, con el teléfono apretado en el puño dolorido y una vena latiendo en el centro de la frente. Durante unos instantes, su ira fue tan absoluta que se encontró enterrado vivo en ella y lo único que pudo pensar fue:

"¡Así que es eso! ¡Así que es eso! ¡Así que es eso!", una y otra vez.

—¿Sigue ahí, señor Rainey? —preguntó Shooter con su voz serena y arrastrada.

—Lo único que escribiré para usted —respondió Mort, con la voz lenta y espesa como un jarabe a causa de la rabia— es su sentencia de muerte si no me deja en paz.

—Grandes palabras, peregrino —replicó Shooter en el tono paciente de un hombre que explica un problema sencillo a un niño estúpido—. Se atreve a pronunciarlas porque sabe que no puedo dañarlo. Si hubiera robado mi perro o mi coche, podría coger su perro o su coche. Podría hacerlo con la misma facilidad con que le rompí el cuello a su gato. Y si intentara impedírmelo, podría lastimarlo y hacerlo de todas formas. Pero esto es diferente. Las mercancías que quiero están dentro de su cabeza. Tiene las mercancías guardadas en una especie de caja fuerte. El problema es que no puedo volar la puerta ni abrirla con el soplete. Tengo que encontrar la combinación, ¿no es eso?

—No sé de qué está hablando —dijo Mort—, pero el día en que consiga un relato mío la Estatua de la Libertad se pondrá pañales, peregrino.

Shooter dijo en tono meditabundo:

—Si pudiera la dejaría fuera de esto, pero empiezo a creer que no me va a dejar esa opción.

De pronto, toda la saliva de la boca de Mort desapareció, dejándola seca, vidriosa y caliente.

—¿Qué... qué quiere...?

—¿Quiere despertar de una de sus estúpidas siestas y descubrir a Amy clavada en la tapa del contenedor? —preguntó Shooter—. ¿O encender la radio una mañana y enterarse de que quedó segunda en una pelea con esa sierra que guarda en el garaje? ¿o acaso el garaje también ardió?

—Cuide sus palabras —susurró Mort. Sus ojos dilatados empezaron a picarle a causa de las lágrimas de ira y de miedo.

—Todavía le quedan dos días para pensarlo. Y yo lo pensaré muy bien, señor Rainey. Quiero decir que, si estuviera en su lugar, me dedicaría a pensar en ella. ¡Ah! Y no hablaría de esto con nadie. Sería como salir en plena tormenta y desafiar al rayo. Divorciado o no, se me ocurre que todavía siente algo por esa dama. Ha llegado el momento de crecer un poco. No puede salirse con la suya ¿Todavía no lo comprende? Sé lo que hizo y no voy a irme hasta obtener lo que es mío.

—¡Usted está loco! —gritó Mort.

—Buenas noches, señor Rainey —dijo Shooter, y colgó.

Mort se quedó allí un momento, con el auricular deslizándose por su oreja. Después, levantó el teléfono por la base. Estaba a punto de arrojarlo todo contra la pared, pero logró contenerse.

Volvió a dejarlo y realizó una docena de inspiraciones profundas, las suficientes como para hacer que se sintiera liviano y mareado.

Después, marcó el número de Herb Creekmore.

La amiga de Herb, Delores, descolgó a la segunda señal y llamó a Herb.

—Hola, Mort. ¿Qué pasa con la casa? —preguntó Herb, y su voz se apartó un poco del teléfono—. Delores, ¿quieres pasar la sartén al quemador de atrás?

"Hora de cenar en Nueva York —pensó Mort— y quiere que me dé por enterado. Bueno, ¡qué diablos! Un maníaco acaba de amenazar con transformar a mi esposa en filetes de ternera, pero la vida tiene que seguir, ¿no?"

—La casa ya no existe. El seguro cubrirá las pérdidas —respondió Mort, y tras hacer una pausa, añadió—: En todo caso, las pérdidas económicas.

—Lo siento —dijo Herb—. ¿Puedo hacer algo?

—Bueno, respecto a la casa no —contestó Mort—, pero gracias por ofrecerte. Pero sobre el relato...

—¿De qué relato hablas, Mort?

Volvió a sentir que su mano se apretaba en torno al auricular y se obligó a aflojarla. "No sabe cuál es la situación aquí. Tienes que recordar eso."

—De ése con el que mi lunático amigo me está dando la lata —dijo, tratando de mantener un tono de voz ligero y casi despreocupado—. "Tiempo de siembra". *Ellery Queen's Mystery Magazine*.

—¡Ah, ése! —exclamó Herb.

Mort sintió un sobresalto de miedo.

—No olvidarías llamar, ¿verdad?

—No, llamé —lo tranquilizó Herb—. Sólo que, por un momento, lo había olvidado. Con la pérdida de tu casa y todo eso...

—¿Y qué dijeron?

—No te preocupes por nada. Mañana me enviarán una fotocopia por mensajero y yo te la enviaré enseguida por correo urgente. La tendrás pasado mañana hacia las diez.

Durante un momento pareció que todos sus problemas estuvieran resueltos y empezó a relajarse. Después, recordó cómo habían ardido los ojos de Shooter y la manera en que había bajado la cabeza hasta que su frente y la de Mort casi se tocaron. Recordó el seco aroma de canela de su aliento al decir: "Miente."

¿Una fotocopia? No estaba seguro de que Shooter aceptara un ejemplar original, así que una fotocopia...

—No —dijo despacio—. No sirve, Herb. Nada de fotocopias ni de llamadas telefónicas del editor. Tiene que ser un ejemplar original de la revista.

—Bueno, eso es un poco más difícil. Naturalmente, tienen sus oficinas editoriales en Manhattan, pero almacenan los ejemplares en Pennsylvania, en las oficinas de suscripción. Sólo tienen unos cinco ejemplares de cada número; en realidad, es todo lo que pueden permitirse guardar, teniendo en cuenta que Ellery se publica desde 1941. Y la verdad es que no les gusta prestarlos.

—¡Vamos, Herb! ¡Esas revistas pueden encontrarse en mesas de rebajas en la mitad de las pequeñas librerías de Estados Unidos!

—De acuerdo, pero no la colección completa —objetó Herb. Tras hacer una pausa, añadió—: No sirve ni una llamada telefónica, ¿eh? ¿Me estás diciendo que ese tipo está tan loco que creería que está hablando con uno de tus miles de secuaces?

Al fondo se oyó una voz. "Herb, ¿quieres que sirva el vino?"

Herb volvió a hablar con la boca apartada del micrófono.

—Espera un par de minutos, Dee.

—Estoy retrasando tu cena —dijo Mort—. Lo siento.

—Gajes del oficio. Escucha, Mort, sé sincero conmigo, ¿ese tipo está tan loco como parece? ¿Es peligroso?

"Yo no hablaría acerca de esto con nadie. Sería como salir en plena tormenta y desafiar al rayo."

—No lo creo, pero quiero sacármelo de encima, Herb —contestó Mort, buscando el tono apropiado—. Me he pasado el último medio año atravesando una tormenta de mierda. Esto podría ser algo sobre lo que puedo actuar. Simplemente, quiero sacarme al chalado de encima.

—Vale —dijo Herb, súbitamente decidido—. Llamaré a Marianne Jaffery de Ellery. La conozco desde hace mucho tiempo. Si le pido que le pida al conservador de biblioteca, te juro que lo llaman así, conservador de biblioteca, que nos envíe un ejemplar del número de junio de 1980, lo hará. ¿Te parece bien que les diga que en un futuro próximo puedes tener un relato para ellos?

—¡Claro! —exclamó Mort. "Diles que lo firmaré con el nombre de John Shooter", pensó, y estuvo a punto de echarse a reír

—Vale. Ella hará que el conservador se lo envíe por correo urgente desde Pennsylvania. Pero devuélvelo en buenas condiciones o tendrás que encontrar un ejemplar de repuesto en esas rebajas de las que hablabas.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda tenerlo pasado mañana? —preguntó Mort, firmemente convencido de que Herb pensaría que estaba loco por preguntarlo, que estaba haciendo una montaña de un grano de arena.

—Creo que hay bastantes posibilidades —respondió Herb—. No puedo garantizarlo, pero casi.

—Gracias, Herb —dijo Mort, honestamente agradecido—. Eres un gran tipo.

—¡Bah! Olvídelo, señora —replicó Herb, haciendo aquella pésima imitación de John Wayne de la que se sentía tan absurdamente orgulloso.

—Ahora ve a cenar. Y dale a Delores un beso de mi parte.

Herb seguía con su humor John Wayne

—¡Al diablo! Le daré un beso de mi parte, peregrino.

"Grandes palabras, peregrino."

Mort sintió tal horror que estuvo a punto de gritar. La misma palabra, el mismo acento plano, arrastrado. De alguna manera, Shooter le había pinchado el teléfono y, llamara a quien llamase, era John Shooter quien contestaba. Herb Creekmore no era más que otro de sus pseudónimos y...

—¿Mort? ¿Sigues ahí?

Cerró los ojos. Ahora que Herb había abandonado la imitación de John Wayne, todo volvía a la normalidad. Era Herb otra vez y siempre lo había sido. Pero el hecho de que hubiera utilizado esa palabra había sido...

¿Qué?

"¿Otra carroza en el Desfile de las Coincidencias? Vale. Seguro. Ningún problema. Me quedará en el bordillo y la miraré pasar. ¿Por qué no? Ya he dejado pasar media docena más grandes que esa."

—Estoy aquí, Herb —respondió, abriendo los ojos—. Intentaba descubrir cuánto te amo. Ya sabes, contando las maneras.

—Eres tonto —dijo Herb, obviamente complacido—. Y vas a manejar este asunto con cuidado y prudencia, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Entonces, creo que iré a cenar con la luz de mi vida.

—Parece una buena idea. Adiós, Herb, y gracias.

—De nada. Trataré de que llegue pasado mañana. Dee también te saluda.

—Apuesto a que sí, si es que quiere servir el vino —dijo Mort, y ambos cortaron riendo.

En cuanto dejó el teléfono sobre la mesilla, la fantasía regresó.

Shooter. Hacía de policía con voces diferentes. Claro que Mort estaba solo y era de noche, una situación propicia para engendrar fantasías. No obstante, no creía —al menos en el fondo— que John Shooter fuera un ser sobrenatural o un criminal peligroso. Si hubiera sido lo primero, sabría seguramente que Morton Rainey no había cometido plagio, al menos no con ese relato en especial, y si hubiera sido lo segundo, estaría haciendo trabajos manuales en un banco de trabajo, en lugar de tirándose pedos por los alrededores del oeste de Maine, intentando sonsacarle un relato a un escritor que hacía mucho más dinero con sus novelas.

Empezó a regresar lentamente hacia la sala, con la intención de dirigirse al estudio y conectar el ordenador, cuando una idea

("al menos no con ese relato en especial")

le hizo detenerse.

¿Qué quería decir exactamente no con ese relato en especial?

¿Es que alguna vez había robado el trabajo de otro?

Mort consideró seriamente esta cuestión por primera vez desde que Shooter apareciera en el porche con su montón de papeles. En bastantes reseñas de sus libros se había sugerido que no era un escritor original, que la mayor parte de su trabajo era una mera repetición. Recordaba a Amy leyendo una crítica de *El chico del organillero*, que hablaba primero de su ritmo y fácil lectura, y sugería después ciertas deudas del argumento. Ella había comentado: "¿Y qué? ¿Es que esa gente no sabe que sólo hay unas cinco historias realmente buenas, y que los escritores las cuentan una y otra vez con personajes diferentes?"

El propio Mort creía que había por lo menos seis historias: éxito, fracaso, amor y pérdida, venganza, confusión de identidad y búsqueda de un poder superior, se llamara Dios o el diablo. Él había relatado las cuatro primeras una y otra vez, obsesivamente, y ahora que pensaba en ello, "Tiempo de siembra" incluía por lo menos tres de esas ideas. Pero ¿era plagio? Si lo fuera, todos los novelistas del mundo serían culpables de ese crimen.

El plagio era un robo descarado. Y eso no lo había hecho nunca en su vida. Nunca.

—Nunca —dijo, y entró en su estudio con la cabeza alta y los ojos muy abiertos, como un guerrero entrando en el campo de batalla. Permaneció sentado allí durante la hora siguiente, sin escribir una sola palabra.

26

Su período estéril ante el ordenador lo convenció de que sería una buena idea beber la cena en lugar de comerla, e iba por el segundo bourbon con agua cuando volvió a sonar el teléfono. Se acercó cautelosamente, y de pronto deseó tener un contestador a pesar de lo poco que le gustaban. Al menos tenían una cualidad diamantina: podías controlar las llamadas y separar al amigo del enemigo.

Se quedó indeciso junto al teléfono, pensando lo mucho que le desagradaba el sonido de los teléfonos modernos. Antes no sonaban así, campanilleaban alegremente. Ahora, en cambio, emitían un agudo pitido ululante que parecía una migraña a punto de desatarse.

"Bueno, ¿vas a cogerlo o piensas quedarte aquí escuchando cómo lo hace?"

"No quiero volver a hablar con él. Me asusta y me enfurece, y no sé cuál de esos dos sentimientos me desagrada más."

"Tal vez no sea él."

"Tal vez sí."

Soportar el enfrentamiento de aquellas ideas opuestas en su cabeza era incluso peor que escuchar el irritante ti-ti-ti-ti del teléfono, así que lo cogió y

masculó un "diga". Resultó que era alguien tan poco peligroso como Greg Carstairs, el encargado de su casa.

Greg hizo las ya familiares preguntas sobre la casa, y Mort volvió a contestarlas, pensando que explicar ese suceso parecía como explicar una muerte súbita: si había algo que te ayudaba a superar el shock, era la repetición constante de los hechos conocidos.

—Escucha, Mort, esta tarde encontré a Tom Greenleaf —dijo Greg, y a Mort le pareció que sonaba raro, como cauteloso—. Él y Sonny Trotts estaban pintando el Salón de la Parroquia Metodista.

—¡Ah! ¿Y le hablaste de mi camarada?

—Sí, lo hice —contestó Greg, en un tono que sonaba más cauteloso todavía.

—¿Y?

Hubo una pausa breve y después Greg dijo:

—Tom cree que seguramente te equivocaste de día.

—Me equivoqué de... ¿Qué quiere decir?

—Bueno —dijo Greg, como disculpándose—, dice que ayer por la tarde bajó por la carretera del lago y te vio; dice que te saludó con la mano y que tú le respondiste, pero, Mort...

—¿Qué? —preguntó Mort, aunque temía que ya sabía la respuesta.

—Tom dice que estabas solo —terminó Greg.

27

Durante un largo momento, Mort se quedó en silencio. No se sentía capaz de decir nada. Greg tampoco hablaba, de manera que Mort tuvo tiempo de pensar. Naturalmente, Tom Greenleaf no era un jovenzuelo; tenía por lo menos tres años más que Dave Newsome, tal vez hasta seis. Pero ninguno de los dos estaba senil.

—¡Jesús! —exclamó finalmente Mort, con gran suavidad. La verdad era que se sentía desinflado.

—Mi idea —dijo tímidamente Greg—es que tal vez fue Tom quien se confundió un poco. Ya sabes que no es precisamente...

—Un jovenzuelo —terminó Mort—. Lo sé, pero en Tashmore no hay nadie con mejor ojo para los forasteros que Tom. Ha estado recordando forasteros toda su vida, Greg. Es una de las cosas que hacen los encargados de cuidar casas, ¿no? —Tras un instante de vacilación, añadió—: ¡Nos miró! ¡Nos miró de frente a los dos!

Con sumo cuidado, como si pretendiera tomarle el pelo, Greg insinuó:

—Mort, ¿estás seguro de que no lo has soñado?

—Ni siquiera lo había considerado hasta ahora —respondió lentamente Mort—. Si nada de esto sucedió y yo voy por ahí diciendo a la gente que sí, supongo que eso me convierte en un loco.

—¡Oh! No lo creo —dijo apresuradamente Greg.

—Yo sí —afirmó Mort.

Y pensó: "Pero tal vez sea eso lo que realmente quiere. Lograr que la gente piense que estás loco. Y quizás, al final, lograr que sea verdad lo que la gente piensa.

"¡Ah, sí! ¡Claro! Y se le ocurrió asociarse con el viejo Tom Greenleaf para hacer el trabajo. En realidad, probablemente haya sido Tom quien fue a Derry y quemó la casa, mientras Shooter se quedaba aquí para liquidar al gato."

"Y ahora, piensa. Piensa de verdad. ¿Estaba aquí? ¿Estaba?"

De modo que Mort pensó en ello. Pensó concentrándose más que nunca; más incluso que cuando había pensado en Amy y Ted, y en lo que tenía que hacer con ellos después de descubrirlos en la cama aquel día de mayo. ¿Había soñado a John Shooter?

Volvió a pensar en la velocidad con que lo había cogido Shooter para arrojarle contra el coche.

—¿Greg?

—Estoy aquí, Mort.

—¿Tom tampoco vio el coche? ¿Una vieja furgoneta con matrícula de Mississippi?

—Dice que ayer no vio un solo coche en la carretera del lago.

Sólo a ti, de pie junto al extremo del sendero que baja al lago. Pensó que admirabas el paisaje.

"¿Esto es la vida o un juego de Memory?"

Seguía recordando la presión de las manos de Shooter en sus brazos, la velocidad con la que el hombre lo había arrojado contra el coche. "Miente", había dicho Shooter. Mort había visto la ira en sus ojos y había percibido un aroma a canela seca en su aliento.

Sus manos.

La presión de sus manos.

—Greg, espera un segundo.

—Claro.

Mort dejó el auricular e intentó arremangarse las mangas de la camisa. No tuvo mucho éxito porque le temblaban violentamente las manos, así que optó por desabrocharse la camisa y quitársela.

A continuación levantó los brazos. Al principio no vio nada. Después los hizo girar hacia fuera todo lo que pudo y las vio: dos marcas que empezaban a amarillear en la parte interior de cada brazo, justo encima de los codos.

Las marcas que dejaron los pulgares de John Shooter cuando lo agarró y lo arrojó contra el coche.

De pronto, le pareció que podía estar entendiendo y tuvo miedo. Pero no por él.

Por el viejo Tom Greenleaf.

28

Levantó el auricular del teléfono.

—¿Greg?

—Estoy aquí.

—¿Tom parecía estar bien cuando hablaste con él?

—Estaba agotado —respondió enseguida Greg—. Ese viejo tonto no tiene por qué ir todo el día arrastrándose por un andamio y pintando con el frío que hace. A su edad no. Parecía a punto de caer en el montón más próximo de hojas secas si no llegaba pronto a la cama. Entiendo lo que sugieres, Mort. Supongo que si estaba muy cansado, podría haberlo olvidado, pero...

—No, no es eso lo que pienso. ¿Estás seguro de que el agotamiento era todo? ¿Podría estar asustado?

Al otro lado de la línea se produjo un silencio largo y denso.

Mort no lo interrumpió, aunque se sentía impaciente. Tenía intención de conceder a Greg todo el tiempo que necesitara.

—No parecía él —dijo por fin Greg—. Parecía distraído, no sé, como ido. Lo atribuí a simple cansancio, pero tal vez no fuera eso. Al menos no todo.

—¿Podía estar ocultándote algo?

Esta vez la pausa no fue tan larga.

—No lo sé. Puede ser. Es todo lo que puedo decir con certeza, Mort. Me haces desear haber hablado más con él, haberlo presionado un poco más.

—Creo que sería una buena idea ir a su casa —dijo Mort—. Inmediatamente. Greg, sucedió como te dije. Si Tom dijo otra cosa pudo ser porque mi amigo le metió el miedo en el cuerpo. Ahora mismo paso a buscarte.

—Vale —aceptó Greg, pero parecía otra vez preocupado—. ¿Sabes? Tom no es de la clase de hombre que se asusta con facilidad.

—Estoy seguro de que ha sido así, pero tiene setenta y cinco años. Me parece que cuanto más viejo te haces, más fácilmente te asustas.

—¿Por qué no nos encontramos allá?

—Parece una buena idea.

Mort colgó el teléfono, echó al fregadero el resto de bourbon y se dirigió con el Buick hacia la casa de Tom Greenleaf.

Cuando Mort llegó, Greg le esperaba en el sendero. El Scout de Tom estaba junto a la puerta trasera. Greg llevaba una chaqueta de franela con el cuello levantado; el viento que venía del lago era lo bastante cortante como para resultar incómodo

—Está bien —le dijo enseguida a Mort.

—¿Cómo lo sabes?

Ambos hablaban en voz baja.

—Vi su Scout, de modo que me dirigí a la puerta trasera. Ha dejado una nota diciendo que ha tenido un día duro y que se ha acostado temprano. —Greg sonrió y apartó de su cara el largo cabello—. También dice que si alguno de sus clientes lo necesita, que acuda a mí.

—¿La nota está escrita con su letra?

—Sí. Una letra grande de viejo. La reconocería en cualquier parte. Di la vuelta y miré por la ventana de su dormitorio. Está dentro. La ventana está cerrada, pero es un milagro que no rompa el maldito cristal con sus ronquidos. ¿Quieres comprobarlo?

Mort suspiró y movió la cabeza.

—Pero algo va mal, Greg. Tom nos vio. A los dos. Unos minutos después de que pasara Tom, el hombre se enfadó y me cogió por los brazos. Tengo las marcas. Si quieres, te las muestro.

Greg movió la cabeza

—Te creo. Cuanto más pienso en ello, menos me gusta la manera en que me dijo que estabas solo cuando te vio. Por la mañana volveré a hablar con él. O podemos hacerlo juntos, si quieres.

—Eso sería estupendo. ¿A qué hora?

—¿Por qué no te vienes al local de la parroquia alrededor de las nueve y media? A esa hora ya habrá tomado dos o tres tazas de café. Antes del café no se le puede dirigir la palabra, pero después lograremos que baje del maldito andamio un rato. Tal vez le salvemos la vida. ¿Te parece bien?

—Sí —respondió, tendiéndole la mano—. Lamento haberte hecho salir de casa para una persecución fantasma.

Greg estrechó su mano.

—No es necesario. Aquí hay algo que no va bien y siento curiosidad por saber qué es.

Mort regresó a su Buick y Greg se sentó al volante de su camión. Se fueron en direcciones opuestas, dejando al viejo sumido en su agotador sueño.

Mort no logró dormirse hasta casi las tres de la madrugada.

Dio vueltas y más vueltas hasta que las sábanas acabaron por parecer un campo de batalla y ya no pudo soportarlo. Entonces, se fue al sofá de la sala envuelto en una especie de bruma, se golpeó las piernas con la pícara mesilla

de café, maldijo con voz monótona, se acostó, ajustó los cojines detrás de su cabeza y, casi inmediatamente, se hundió en un pozo negro.

30

Cuando despertó a las ocho de la mañana siguiente, pensó que se encontraba estupendamente. Siguió pensando lo mismo hasta que bajó las piernas del sofá y se sentó. En ese momento se le escapó un gemido tan alto que era casi un grito sordo, y durante un momento sólo pudo permanecer sentado, deseando ser capaz de sujetar su espalda, sus rodillas y su brazo derecho al mismo tiempo. Lo peor era el brazo, así que decidió sujetar ese miembro.

Había leído en alguna parte que, mientras es presa del pánico, la gente puede realizar hazañas de fuerza casi sobrenaturales; que no sienten nada mientras levantan un coche para liberar a un niño atrapado debajo, o mientras estrangulan a dobermans asesinos con las manos desnudas, pero que una vez pasado el momento de tensión comprenden hasta qué punto han forzado sus cuerpos. Ahora lo creía. Había abierto la puerta del lavabo de arriba con la fuerza suficiente como para hacer saltar uno de los goznes.

¿Cuanta fuerza había utilizado para blandir el atizador? A juzgar por el estado en que se encontraban su espalda y su brazo esa mañana, mucho más de la que le interesaba admitir. Tampoco quería pensar en el aspecto que presentarían los daños producidos arriba para una mirada menos inflamada. Sabía que él mismo arreglaría las cosas, al menos tanto como fuera posible. Mort pensó que Greg Carstairs ya debía de tener serias dudas sobre su cordura, pese a sus protestas en sentido contrario. Una mirada a la puerta rota, la mampara destrozada de la ducha y el botiquín abollado no contribuiría a sustentar la fe de Greg en su racionalidad. Recordaba haber pensado que tal vez la intención de Shooter era conseguir que la gente creyera que se había vuelto loco. Al examinar esta idea a la luz del día, ya no parecía estúpida; si acaso, parecía mas lógica y creíble que nunca.

Sin embargo, su problema más acuciante era que había prometido encontrarse con Greg en el local de la parroquia dentro de noventa minutos — ahora ya menos— para hablar con Tom Greenleaf. Quedarse allí sentado enumerando sus dolores no le ayudaría a llegar allí.

Mort se obligó a ponerse en pie y cruzó lentamente el salón en dirección hacia el lavabo principal. Abrió la ducha con agua lo bastante caliente como para provocar nubes de vapor, tragó tres aspirinas y se metió bajo el chorro de agua.

Cuando salió, las aspirinas habían empezado a hacer su trabajo, y pensó que después de todo podría soportar el día. No sería divertido y tal vez, cuando hubiera terminado, se sentiría como si hubiera durado varios años, pero creía que era posible hacerlo.

"Este es el segundo día —pensó mientras se vestía. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo—. Mañana se cumple el plazo."

Eso le hizo pensar primero en Amy y después en Shooter diciendo: "Si pudiera la dejaría fuera de esto, pero empiezo a creer que no me va a dejar esa opción."

Un nuevo estremecimiento lo invadió. Primero, el loco hijo de puta había matado a Bump; después, había amenazado a Tom Greenleaf (bueno, probablemente había amenazado a Tom Greenleaf); y, por último, Mort había llegado a la conclusión de que, en realidad, era posible que Shooter hubiera incendiado su casa de Derry. Suponía que lo había sabido todo el tiempo y simplemente se había negado a admitirlo. Quemar la casa y librarse de la revista había sido su objetivo principal.

Un hombre tan loco como Shooter no se pararía a pensar en los demás ejemplares de la revista que había por ahí. Ese tipo de cosas no debía de formar parte de la visión del mundo de un lunático.

¿Y Bump? Probablemente, lo del gato se le ocurrió después.

Shooter regresó, vio al gato en la pendiente esperando a que lo dejaran entrar, se dio cuenta de que Mort seguía durmiendo y mató al gato por capricho. Si hubiera hecho el viaje de ida y vuelta a Derry a toda velocidad, habría tenido el tiempo justo, pero podría haberlo hecho. Todo tenía sentido.

Y ahora amenazaba con implicar a Amy.

"Tendré que avisarla —pensó mientras se metía la camisa por la parte trasera de los pantalones—. La llamaré esta mañana, se lo contaré todo. Una cosa es enfrentarme solo a ese tipo, pero otra muy distinta es quedarse quieto, mientras un maníaco involucra a la única mujer a la que he amado realmente en algo de lo que ella no tiene ni idea."

Sí, pero primero hablaría con Tom Greenleaf y le sacaría la verdad. Si Tom no corroboraba su historia acerca de que Shooter andaba de verdad por ahí y era peligroso, la conducta de Mort parecería sospechosa o lunática, o ambas cosas. Sí, probablemente ambas. Así que primero había que resolver el problema de Tom.

Sin embargo, antes de encontrarse con Greg en el Salón de la Parroquia Metodista, tenía intención de detenerse en Bowie's y comer una de las famosas omelettes de tocino y queso de Gerda.

Un ejército funciona con el estómago, soldado Rainey. Tiene razón, señor. Salió al recibidor, abrió la pequeña caja de madera colgada en la pared, sobre la mesilla del teléfono, y buscó las llaves del Buick. Pero no estaban allí.

Frunció el entrecejo y se dirigió a la cocina. Allí estaban, encima del mármol, junto al fregadero. Las cogió y se quedó pensativo mientras las hacía saltar en la palma de su mano. ¿No las había guardado en la caja anoche, cuando volvió de casa de Tom? Trató de recordar, pero no pudo. No con certeza. Dejar las llaves en esa caja al regresar a casa era un hábito tan arraigado que realizaba el gesto maquinalmente. Si a un hombre a quien le gustan los huevos fritos se le pregunta qué desayunó hace tres días, lo más probable es que no lo recuerde. Supondrá que fueron huevos fritos, porque los come a menudo, pero no estará seguro. En fin, daba igual. Había vuelto cansado, dolorido y preocupado. Sencillamente, no lo recordaba.

De todos modos, no le gustaba.

No le gustaba en absoluto.

Se acercó a la puerta trasera y la abrió. Allí, en el suelo de madera del porche, estaba el sombrero negro de copa redonda de John Shooter.

Mort se quedó en la puerta, mirándolo, con las llaves del coche apretadas en una mano y el llavero de bronce colgando, de modo que recibía y reflejaba un haz de sol matinal. Oía los latidos de su corazón. Latía lenta y laboriosamente. Una parte de él había esperado esto.

El sombrero estaba exactamente en el mismo lugar donde Shooter había dejado el manuscrito. Y más allá, en el sendero, estaba su Buick. Al regresar la noche anterior lo había aparcado a un lado de la casa —eso sí lo recordaba—, pero ahora estaba aquí.

—¿Qué ha hecho? —gritó súbitamente Mort Rainey al sol de la mañana, y los pájaros que piaban desaprensivamente en los árboles enmudecieron de pronto—. ¡En nombre de Dios! ¿Qué ha hecho?

Pero si Shooter estaba allí, observándolo, no contestó. Tal vez pensó que Mort descubriría muy pronto lo que había hecho.

31

El cenicero del Buick estaba abierto y dentro había dos colillas. De cigarrillos sin filtro. Mort cogió una sujetándola con las uñas.

Su rostro se contraía en una mueca de disgusto. Estaba seguro de que sería un Pall Mall, la marca de Shooter. Lo era.

Hizo girar la llave y el motor respondió enseguida. Al salir, Mort no lo había escuchado latir y ronronear, pero de todas formas se encendió como si estuviese caliente. Ahora, el sombrero de Shooter estaba en el maletero. Mort lo había cogido con la misma aprensión que había demostrado con la colilla, sujetándolo por el ala con la punta de los dedos.

Debajo no había nada; ni tampoco dentro, salvo una franja más gastada que el resto y manchada de sudor. No obstante, desprendía un olor más preciso y acre que el sudor. Era un olor que, de una manera vaga, Mort reconocía aunque no lograba localizar.

Tal vez lo recordaría más tarde.

Dejó el sombrero en el asiento de atrás y luego recordó que antes de una hora vería a Greg y a Tom. No estaba seguro de que deseara que ellos vieran el sombrero.

No sabía exactamente por qué se sentía así, pero esta mañana parecía más seguro obedecer a sus instintos en lugar de cuestionarlos, de modo que guardó el sombrero en el maletero y salió hacia el pueblo.

De camino a Bowie's, volvió a pasar frente a la casa de Tom. El Scout ya no estaba en el sendero. Durante un instante, esto puso nervioso a Mort, pero después llegó a la conclusión de que era una buena señal, no mala: Tom ya debía de haber iniciado su jornada de trabajo. O tal vez hubiese ido a Bowie's. Tom era viudo y comía muchas veces en la barra de aquel establecimiento.

La mayoría de los miembros del Departamento de Obras Públicas de Tashmore se encontraba ante aquella barra, bebiendo café y hablando de la cercana temporada de caza del ciervo, pero Tom estaba ("muerto, está muerto, Shooter lo mató y adivina qué coche utilizó") ausente.

—¡Mort Rainey! —exclamó Gerda Bowie con su habitual tono rudo de frecuentadora de graderías. Era una mujer alta, con una abundante melena de cabello castaño y rizado, y un gran pecho redondeado—. ¡Hace años que no te veo! ¿Has estado escribiendo buenos libros últimamente?

—Intentándolo —respondió Mort—. ¿Me harías una de tus omelettes especiales?

—¡Mierda, no! —dijo Gerda y rió para demostrar que bromeaba. Los tipos de Obras Públicas con sus monos verde oliva rieron con ella. Mort deseó por un instante tener un enorme revólver como el que usaba Harry el Sucio bajo sus chaquetas deportivas de tweed. Pim-pam-pum. Tal vez así habría un poco de orden—. Enseguida, Mort.

—Gracias.

Cuando le llevó la omelette con tostadas y café, dijo en voz mas baja:

—Me enteré de lo del divorcio. Lo siento.

Él acercó la jarra de café a sus labios con una mano casi firme

—Gracias, Gerda.

—¿Te cuidas?

—Bueno, lo intento.

—Pues no tienes muy buen aspecto.

—Algunas noches me cuesta mucho dormir. Supongo que todavía no estoy habituado al silencio.

—Tonterías, a lo que no estás habituado todavía es a dormir solo. Pero te diré una cosa, Mort, un hombre no tiene por qué dormir solo el resto de su vida sólo porque su mujer no distingue una cosa buena cuando la tiene. Espero que no te importe que hable así.

—En absoluto —dijo Mort.

Pero sí le importaba. Pensó que Gerda Bowie hacía una pésima Ann Landers.

—Es que eres el único escritor famoso que hay en este pueblo.

—Probablemente sea el mejor.

Ella rió y le pellizcó la oreja. Mort se preguntó fugazmente qué diría ella, y los hombretones de monos verde oliva, si él mordiera la mano que lo acariciaba. Le escandalizó un poco comprobar lo increíblemente atractiva que le resultaba aquella idea. ¿Estaban hablando realmente de él y Amy? ¿De verdad algunos decían que ella no distinguía una cosa buena cuando la tenía, y otros que por fin se había cansado de vivir con un loco y había decidido irse, sin saber ninguno de ellos de qué mierda hablaban ni cómo lo habían pasado Amy y él cuando estaban bien? Por supuesto que sí, pensó con fatiga. Era lo que mejor hacía la gente. Hablar de las personas cuyos nombres veía en los periódicos.

Miró su omelette y, de pronto, ya no la quiso.

Sin embargo, empezó a comerla y se las arregló para lograr que pasara la mayor parte por su garganta. De todos modos, sería un día largo.

Las opiniones de Gerda Bowie sobre su aspecto y su vida amorosa no podían cambiar esa evidencia.

Cuando terminó, pagó el desayuno y un periódico y salió de la tienda (los de Obras Públicas habían salido en masse cinco minutos antes, y uno de ellos se detuvo el tiempo necesario para pedirle un autógrafo para su sobrina, que cumplía años). Eran las nueve y cinco pasadas. Se quedó sentado ante el volante el tiempo necesario para revisar el diario en busca de un artículo sobre la casa de Derry, y lo encontró en la página tres. "Los inspectores de bomberos de Derry no dan pistas sobre el incendio Rainey", el título. El artículo tenía menos de media columna. La última frase decía, "No fue posible conseguir declaraciones de Morton Rainey, conocido autor de best-sellers, como *El chico del organillero* y *La familia Delacourt*." Esto significaba que Amy no les había facilitado el número de Tashmore. Estupendo. Si hablaba con ella más tarde, le daría las gracias.

Pero lo primero era Tom Greenleaf Cuando llegara al Salón de la Parroquia Metodista serían casi las nueve y veinte. Lo bastante cerca de las nueve y media. Puso el Buick en movimiento y se fue.

33

Cuando llegó al Salón de la Parroquia, en el sendero había un solo vehículo, un antiguo Ford Bronco con una caravana detrás y un cartel en cada puerta con la inscripción: "SONNY TROTTS. PINTURA-REPARACIONES DE CASAS-CARPINTERÍA EN GENERAL."

Mort vio a Sonny (un hombre bajo, de unos cuarenta años, calvo y con ojos alegres) sobre un andamio. Pintaba con movimientos amplios, mientras en la radio que tenía al lado sonaba algo llamado Las Vegas, de Ed Ames o Tom Jones; en todo caso, de uno de esos tipos que cantaban con los tres botones superiores de la camisa abiertos.

—¡Eh, Sonny! —llamó Mort.

Sonny siguió pintando, balanceándose hacia delante y hacia atrás con ritmo casi perfecto, mientras Ed Ames o quien fuera se preguntaba cantando qué es

un hombre y qué tiene. Eran preguntas que Mort se había hecho una o dos veces, aunque sin el acompañamiento de los instrumentos de viento.

—¡Sonny!

Sonny dio un brinco. Del extremo de su brocha saltó pintura blanca y, por un instante, Mort pensó alarmado que podía caerse del andamio. Después se agarró a una de las cuerdas, se volvió y miró hacia abajo.

—¡Ah, señor Rainey! —dijo—. ¡Me dio un susto de muerte!

Por alguna razón, Mort pensó en el picaporte de Alicia en el país de las Maravillas y reprimió un violento chillido de risa.

—Señor Rainey, ¿se encuentra bien?

—Sí —respondió, tragando saliva con la cabeza gacha. Era un truco que había aprendido en la escuela parroquial hacía unos mil años, y era la única manera segura que había encontrado de evitar la risa. Como la mayor parte de los trucos que funcionaban, dolía.

—Creí que iba a caerse.

—Yo no —dijo Sonny con su risa característica. Apagó la voz que salía de la caja de ruidos en el momento en que se lanzaba a otro viaje sentimental—. Tom tal vez podría caerse, pero yo no.

—¿Y dónde está Tom? —preguntó Mort—. Quería hablar con él.

—Llamó temprano y dijo que hoy no podía venir. Le dije que no pasaba nada, que de todos modos no había trabajo suficiente para los dos —le explicó Sonny, mirándolo con aspecto conspirador—. Claro que hay, pero esta vez Tom se ha pasado. Éste no es un trabajo para un tipo mayor. Dijo que tenía la espalda hecha trizas. Es lógico. No parecía el mismo.

—¿Y a qué hora fue eso? —preguntó Mort, tratando de parecer despreocupado.

—Temprano. A las seis o así. Estaba a punto de entrar en el viejo mierdatorio para mi fortificante matinal. Soy increíblemente regular —dijo Sonny muy orgulloso—. Por supuesto, Tom sabe a qué hora me levanto y empiezo a hacer cosas.

—Entonces, ¿no parecía estar bien?

—No. Lo noté extraño. —Sonny hizo una pausa con el entrecejo fruncido. Parecía como si estuviera haciendo un esfuerzo por recordar algo. Después, se encogió levemente de hombros y siguió hablando—: Ayer, el viento que venía del lago era muy frío. Probablemente se resfrió. Pero Tommy es de hierro. Con uno o dos días estará perfecto. Lo que me preocupa es que le dé por caminar por el andamio —dijo, señalándole con el pincel y enviando una lluvia de gotas blancas ante sus zapatos—. ¿Puedo hacer algo por usted, señor Rainey?

—No —respondió Mort. En su corazón había una pelota de miedo, como un pedazo de lona arrugada—. A propósito, ¿ha visto a Greg?

—¿Greg Carstairs?

—Sí.

—Esta mañana, no. Claro que él está en el negocio del transporte. —Sonny se echó a reír y añadió—: Se levanta más tarde que los demás.

—Bueno, pensé que él también vendría para ver a Tom —dijo Mort—. ¿Le importa que espere un poco? Tal vez aparezca.

—Será usted mi invitado —dijo Sonny—. ¿Le molesta la música?

—En absoluto.

—En estos tiempos se pueden conseguir buenas grabaciones de la televisión. Lo único que hay que hacer es darles el número de la Mastercard. Ni siquiera hay que pagar la llamada, es uno de esos números 900. —Sonny se inclinó ante la radio y miró seriamente a Mort—. Éste es Roger Whittaker —añadió en tono bajo y reverente.

—¡Ah!

Sonny apretó el Play. Roger Whittaker les dijo que había momentos (estaba seguro de que lo sabían) en que había mordido más de lo que podía masticar. Eso también lo había hecho Mort sin los instrumentos de viento. Caminó hasta el borde del sendero para coches, tamborileando en el bolsillo de su camisa con aire ausente. Le sorprendió un poco descubrir que el viejo paquete de L&M, reducido ahora a un superviviente, seguía allí. Encendió el último cigarrillo, esperando encontrar un sabor áspero. Pero no estaba mal. En realidad, casi no tenía sabor, como si los años se lo hubieran robado.

"No es lo único que se han llevado los años."

¡Qué gran verdad! Irrelevante, pero cierto. Fumó y miró la carretera. Ahora, Roger Whittaker les decía a él y a Sonny que en el puerto había un carguero y que pronto partirían para Inglaterra.

Sonny Trotts cantaba la última palabra de cada verso. Nada más; sólo la última palabra. Coches y camiones circulaban por la carretera 23 en ambos sentidos. El Ford Ranger de Greg no apareció.

Mort tiró el cigarrillo, miró su reloj y vio que eran las diez menos cuarto. Comprendió que tampoco Greg, que era religiosamente puntual, llegaría.

"Shooter los cogió a los dos.

"¡Oh, mierda, bien que lo sabes!

"Sí, lo sé. El sombrero. El coche. Las llaves."

Dio media vuelta y regresó hacia el andamio.

—Supongo que lo olvidó —dijo, pero Sonny no le oyó. Se balanceaba a uno y otro lado, perdido en el arte de la pintura y el alma de Roger Whittaker.

Mort volvió a su coche y se fue. Perdidó en sus pensamientos, no oyó que Sonny lo llamaba.

De todos modos, probablemente la música lo hubiera tapado.

Regresó a las diez y cuarto, salió del coche y empezó a caminar hacia la casa. A mitad del camino, dio la vuelta y abrió el maletero del coche. Allí estaba el sombrero, negro y rotundo, como una rana de verdad en un jardín imaginario. Lo cogió sin hacer tantos ascos como la primera vez, cerró el maletero de golpe y entró en la casa.

Se quedó de pie en el recibidor, sin saber qué haría después, y, de pronto, sin ninguna razón concreta, se puso el sombrero. Se estremeció al hacerlo, como se estremece en ocasiones un hombre al echarse un trago de licor fuerte. Pero se le pasó.

En realidad, el sombrero parecía quedarle bien.

Entró lentamente en el lavabo grande, encendió la luz y se colocó frente al espejo. Estuvo a punto de romper a reír: parecía el hombre con el rastrillo de aquel cuadro de Grant Wood: American Gothic. Se le parecía pese a que el hombre del cuadro no llevaba sombrero. El sombrero cubría por completo el pelo de Mort, como había cubierto el de Shooter (si Shooter tenía pelo; esto era algo que había que determinar, aunque Mort supuso que la próxima vez que lo viera lo sabría, porque ahora tenía su sombrero), y se apoyaba ligeramente en las puntas de sus orejas. Era muy divertido. En realidad, cómico.

Entonces, la inquieta voz de su cabeza preguntó: "¿Y por qué tenías que ponértelo? ¿A quién creías que te parecerías? ¿A él?" y la risa desapareció. Es verdad, ¿por qué se había puesto el sombrero? "Él quería que lo hicieras", dijo con gran calma la voz inquieta.

¿Sí? ¿Y por qué? ¿Por qué querría Shooter que Mort se pusiera su sombrero?

"Tal vez quiere que ...".

—¿Qué? —instó a la voz—. ¿Qué quiere?

Mort pensó que la voz se había ido, pero cuando estaba a punto de apagar la luz, volvió a hablar.

"... que te confundas", dijo.

En ese momento sonó el teléfono y se sobresaltó. Se sacó el sombrero con cierto sentimiento de culpabilidad (un poco a la manera de un hombre que teme que lo atrapen probándose la ropa interior de su mujer) y fue a contestar, pensando que sería Greg y resultaría que Tom estaba en su casa. Sí, claro, eso era lo que había pasado: Tom había llamado a Greg, le había hablado de Shooter y de sus amenazas, y Greg se había llevado al viejo a su casa, para protegerlo. Resultaba tan razonable que Mort no podía comprender cómo no lo había pensado antes.

Pero no era Greg. Era Herb Creekmore.

—Todo arreglado —dijo alegremente Herb—. Marianne me echó una mano. Es un encanto.

—¿Marianne? —preguntó estúpidamente Mort.

—¡Marianne Jaffery, de Ellery! —dijo Herb—. Ellery, "Tiempo de siembra", junio 1980. ¿Comprende estas cosas, buana?

—¡Ah! —exclamó Mort—. ¡Ah, estupendo! ¡Gracias, Herb! ¿Es seguro?

—Sí. La tendrás mañana. La revista, no una fotocopia. La han enviado... ¿Has vuelto a tener noticias del señor Shooter?

—Todavía no —respondió Mort, mirando el sombrero negro que tenía en la mano. Aún percibía el aroma extraño y evocador que despedía.

—Bueno, dicen que no tener noticias es una buena noticia. ¿Hablaste con el representante de la ley?

¿Había prometido a Herb que lo haría? Mort no estaba seguro, pero tal vez lo hubiera hecho. Lo mejor era ir sobre seguro.

—Sí. El viejo Dave Newsome no encendió una traca precisamente. Pensó que lo más probable era que el tipo estuviera jugando.

Era francamente horrible mentirle a Herb, sobre todo después del favor que le había hecho, pero ¿qué sentido tendría decirle la verdad? Era demasiado absurda, demasiado complicada.

—Bueno, al menos corriste la voz. Creo que eso es importante, Mort, de verdad.

—Sí.

—¿Algo más?

—No, pero un millón de gracias por esto. Me has salvado la vida —dijo, y mentalmente añadió que tal vez no fuera una figura retórica.

—Encantado. Recuerda que, en los pueblos, el Expreso Federal suele entregar la correspondencia directamente a la oficina de correos local. ¿Vale?

—Sí.

—¿Cómo va el nuevo libro? Hace días que quiero preguntarlo.

—¡Estupendo! —exclamó cordialmente Mort.

—Bueno, bien. Sácate de encima a este tipo y vuelve a él. El trabajo ha salvado a hombres mejores que tú y que yo, Mort.

—Lo sé. Recuerdos a tu dama.

—Gracias, recuerdos a... —Herb se detuvo de golpe, y Mort casi pudo verlo mordiéndose el labio. Resultaba difícil acostumbrarse a las separaciones. Decían que los amputados seguían sintiendo el pie que ya no estaba allí— a ti —terminó.

—De acuerdo —dijo Mort—. Cuídate, Herbert.

Se dirigió lentamente hacia la galería trasera y miró el lago. No había barcas. "Pase lo que pase, le he tomado la delantera. Puedo mostrarle la maldita revista. Tal vez no consiga calmarlo, pero también es posible que sí. Al fin y al cabo está loco, y nunca se sabe lo que puede hacer o no hacer la gente de la fabulosa tribu de los Locos Frustrados. En eso consiste su dudoso encanto, en que cualquier cosa es posible."

Incluso era posible que Greg estuviera en casa. Tal vez hubiera olvidado la cita en el local parroquial o hubiera surgido algo totalmente ajeno al asunto que los ocupaba. Sintiendo repentinamente esperanzado, Mort se acercó al teléfono y marcó el número de Greg. El teléfono iba por la tercera llamada

cuando recordó que Greg había dicho la semana anterior que su esposa y los chicos iban a pasar una temporada en casa de sus suegros. "Megan empieza la escuela el año próximo, y entonces les resultará más difícil viajar", había dicho.

Así que Greg había estado solo.

("El sombrero.")

Como Tom Greenleaf

("El coche.")

El joven esposo y el viejo viudo.

("Las llaves.")

¿Y cómo se hace? Bueno, tan sencillo como pedir una cinta de Roger Whittaker a la tele. Shooter va a casa de Tom Greenleaf, pero no en su furgoneta... ¡Ah, no! Eso sería como hacerse publicidad. Deja su coche aparcado en el sendero de Mort Rainey, o tal vez al lado de la casa. Va a casa de Tom en el Buick. Obliga a Tom a llamar a Greg. Probablemente, Greg está en la cama, pero tiene presente el estado de Tom y acude a toda prisa. Después, Shooter obliga a Tom a llamar a Sonny Trotts y decirle que no se encuentra lo bastante bien como para ir a trabajar. Shooter pone un destornillador junto a la yugular de Tom y sugiere que si Tom no lo hace bien, quedará convertido en un idiota lamentable. Tom lo hace bastante bien, aunque hasta Sonny, que no es demasiado brillante y acaba de levantarse, comprende que no suena normal.

Shooter clava el destornillador a Tom. Y cuando llega Greg Carstairs, usa el destornillador, o algo parecido, con él. Y...

"Te has vuelto rematadamente loco. No es más que un ataque de canguelo, eso es todo. Repite: eso... es... todo."

Era razonable, pero no le convencía. No era un Chesterfield.

No satisfacía.

Mort atravesó rápidamente la planta baja de la casa, tirándose del pelo.

"¿Y qué hay de los vehículos? El Scout de Tom y el Ranger de Greg. Agrégale el Buick, y Shooter es sólo un hombre."

No lo sabía, pero sí sabía que ya había bastante.

Cuando volvió junto al teléfono, sacó del cajón el listín telefónico y empezó a buscar el número de la policía local. De pronto se detuvo.

"Uno de esos vehículos era el Buick, mi Buick."

Dejó despacio el teléfono. Empezó a pensar de qué manera podría haber manejado Shooter todos los vehículos. No se le ocurrió nada. Era como estar sentado frente al ordenador cuando no tenías ideas: no lograbas más que una pantalla negra. Sabía que quería llamar a Dave Newsome, pero todavía no. Estaba apartándose del teléfono, sin dirigirse a ningún sitio en especial, cuando este sonó.

Era Shooter.

—Vaya al lugar donde nos vimos el otro día —dijo Shooter—. Baje un poco por el sendero. Me da la impresión de que usted piensa con la misma lentitud con que mastican los viejos, señor Rainey, pero estoy dispuesto a concederle el tiempo necesario. Volveré a llamar esta tarde. Cualquiera a quien llame entre ahora y entonces, es responsabilidad suya.

—¿Qué ha hecho? —preguntó una vez más. Esta vez, su voz había perdido toda la fuerza y era poco más que un susurro—: ¿Qué demonios ha hecho?

35

Se dirigió hasta el lugar en que el sendero y la carretera se unían, el lugar donde había estado hablando con Shooter cuando Tom Greenleaf tuvo la desgracia de verlos. Por alguna razón, le desagradaba la idea de usar el Buick. A ambos lados del sendero, los arbustos estaban aplastados y como esqueléticos; formaban un camino áspero. Recorrió tenso aquel camino, sabiendo lo que encontraría en el primer grupo de árboles lo bastante grande al que llegara. Y lo encontró. El Scout de Tom Greenleaf. Dentro estaban los dos hombres.

Greg Carstairs estaba sentado detrás del volante con la cabeza echada hacia atrás y un destornillador —esta vez era un Phillips— enterrado hasta el mango en la frente, encima del ojo derecho. El destornillador había salido de un armario de la alacena de casa de Mort. El mango de plástico rojo estaba deteriorado y era imposible no reconocerlo.

Tom Greenleaf estaba en el asiento trasero con un hacha plantada en lo alto de la cabeza. Tenía los ojos abiertos. En torno a las orejas tenía trozos secos de cerebro. En el mango del hacha, en letras rojas desvaídas, pero todavía legibles, se leía: "Rainey." Había salido del cobertizo.

Mort se quedó inmóvil, en silencio. Oyó cantar a un somorgujo. Un pájaro carpintero utilizó un árbol hueco para enviar señales en Morse. En el lago, una brisa fresca levantaba espuma; hoy, el agua era de un azul cobalto y la espuma hacía un bonito contraste.

Escuchó un crujido detrás. Se volvió con tal rapidez que estuvo a punto de caer. Habría caído si no se hubiera apoyado en el Scout. No era Shooter. Era una ardilla que lo miró con odio resplandeciente desde el lugar en que había quedado congelada, en medio del tronco de un arce envuelto en el rojo fuego del otoño.

Mort esperó a que su galopante corazón se tranquilizara y a que la ardilla trepara a la copa del árbol a toda prisa. Su corazón obedeció; la ardilla, no.

—Los mató a los dos —dijo por fin, hablándole a la ardilla—. Fue a casa de Tom en mi Buick. Después, fue a la de Greg en el Scout de Tom, con Tom al volante. Mató a Greg. Después hizo que Tom viniera aquí y lo mató a él. Usó mis herramientas para liquidarlos a los dos. Después, regresó andando a casa de Tom, o tal vez corriendo. Parece lo bastante robusto como para poder correr. Sonny encontró a Tom extraño y yo sé por qué. Cuando Sonny recibió aquella llamada, el sol se preparaba para salir y Tom ya estaba muerto. Era

Shooter imitando a Tom. Y probablemente le haya resultado fácil. A jugar por el volumen con que sonaba la música esta mañana, Sonny debe estar un poco sordo. Cuando terminó con Sonny Trotts, Shooter volvió a meterse en mi Buick y regresó a mi casa. El Ranger de Greg sigue aparcado a la entrada de su casa, donde ha estado todo el tiempo. Y así es como...

La ardilla trepó corriendo por el tronco y desapareció entre las ardientes hojas rojas.

—... así es como sucedió —concluyó Mort con voz monótona.

De pronto, sintió que le fallaban las piernas. Retrocedió dos pasos por el sendero, pensó en los sesos de Tom Greenleaf secándose en sus mejillas, y sus piernas se doblaron. Cayó, y durante un rato el mundo desapareció.

36

Cuando volvió en sí, Mort se incorporó, se sentó, aturdido, y levantó el brazo para mirar el reloj. Marcaba las dos y cuarto, pero naturalmente debió de detenerse la noche anterior a esa hora; era media mañana cuando encontró el Scout de Tom, así que ahora no podía ser por la tarde. Se había desmayado y, considerando las circunstancias, no era sorprendente. Pero nadie se desmaya durante tres horas y media.

Sin embargo, el segundero continuaba describiendo su pequeño círculo regular.

"Debe de haberse puesto en marcha al sentarme, eso es todo."

Pero no era todo. El sol había cambiado de posición, y pronto se perdería tras las nubes que estaban cubriendo el cielo. El color del lago se había atenuado hasta adquirir un matiz indefinido.

De modo que había empezado a salir del desmayo o desvanecimiento, ¿y qué? Bueno, parecía increíble, pero supuso que debía de haberse quedado dormido. Los últimos tres días habían sido tensos, y la noche anterior no había podido dormirse hasta las tres, así que digamos que era una combinación de fatiga mental y física. Su mente se había desconectado. Y...

"¡Shooter! ¡Cristo! ¡Shooter dijo que llamaría!"

Al intentar ponerse en pie, su pierna izquierda cedió y Mort cayó hacia atrás con un pequeño ¡uf! en el que se mezclaban dolor y sorpresa. La pierna estaba llena de agujas y alfileres que danzaban como locas. ¿Por qué no había traído el Buick, por amor de Dios? Si Shooter llamaba y Mort no estaba allí para coger el teléfono, el hombre podía hacer cualquier cosa.

Volvió a intentarlo y esta vez lo logró. Pero, cuando trató de apoyarse en la pierna izquierda, ésta rechazó su peso y lo arrojó hacia delante. Estuvo a punto de golpearse la cabeza con el costado del camión; de pronto, se encontró mirándose en uno de los espejos retrovisores del Scout. La superficie convexa hacía que su cara pareciese una máscara grotesca del Salón de los Espejos. Al menos se había dejado el maldito sombrero negro en casa; Mort pensó que si hubiera visto eso en su cabeza, habría gritado. No hubiese podido evitarlo.

De pronto recordó que dentro del Scout había dos hombres muertos. Estaban allí sentados y rígidos, y de sus cabezas sobresalían herramientas.

Salió a gatas de la sombra del Scout, cogió su pierna izquierda, la pasó por encima de la derecha y empezó a golpearla con los puños, como si tratara de ablandar un filete de carne barata.

"¡Paral —gritó una vocecilla. Era el último jirón de racionalidad a su disposición, una lucecita sana en medio de lo que percibía como un vasto espacio de truenos entre las orejas—. ¡Para! Dijo que llamaría a última hora y sólo son las dos y cuarto. ¡Tienes mucho tiempo!"

Pero ¿qué pasaría si llamaba temprano? ¿Qué pasaría si en el profundo y lunático Sur la "última hora" empezaba después de las dos?

"Sigue golpeándote la pierna de esa manera y terminarás con un calambre. Y después ya veremos cómo te las arreglas para estar de regreso a tiempo para recibir la llamada."

Aquello funcionó. Consiguió obligarle a parar. Esta vez se puso en pie con mayor cautela y se quedó quieto un momento (procuró mantenerse de espaldas al Scout de Tom; no quería volver a mirar el interior), antes de intentar caminar. Descubrió que el hormigueo disminuía. Al principio, caminó con una cojera pronunciada, pero al cabo de una docena de pasos su marcha empezó a adquirir regularidad.

Estaba a punto de dejar atrás los arbustos que Shooter había pisoteado y roto con el Scout de Tom cuando oyó que se aproximaba un coche. Se dejó caer de rodillas sin pensarlo siquiera y vio pasar un viejo Cadillac herrumbroso. Pertenecía a Don Bassinger, que tenía una casa en el extremo más alejado del lago. Bassinger, un veterano alcohólico que pasaba la mayor parte del tiempo bebiéndose los restos de una herencia que había sido sustancial, solía usar la carretera del lago como atajo para llegar a lo que se conocía como el Camino Bassinger. Mort pensó que Don era prácticamente el único residente permanente de aquellos contornos.

Cuando el Caddy se perdió de vista, Mort se puso en pie y recorrió deprisa la pendiente que conducía a la carretera. Ahora se alegraba de no haber traído el Buick. Él conocía el Cadillac de Bassinger, y Bassinger conocía su Buick. Probablemente fuera demasiado temprano para que Don estuviese totalmente borracho, y si su coche hubiera estado allí, aparcado cerca del lugar donde alguien haría pronto un descubrimiento extremadamente horrible, seguramente podría recordarlo.

"Está trabajando para implicarte en este asunto —pensó Mort mientras caminaba cojeando hacia su casa por la carretera del lago—. Eso es lo que ha estado haciendo todo el tiempo. Si alguien vio anoche un coche cerca de la casa de Tom Greenleaf, seguramente será tu Buick. Los mató con tus herramientas..."

"Podría librarme de ellas —pensó de pronto—. Podría arrojarlas al lago. Tal vez me llevara un poco de tiempo sacarlas, pero creo que podría hacerlo."

"Me pregunto si podrías. Y, aunque lo hicieras..., bueno, casi con toda seguridad Shooter habrá previsto esa posibilidad. Parece haber previsto todas las demás. Y sabe que si trataras de hacer desaparecer el hacha y el

destornillador, y la policía dragara el lago y los encontrara, las cosas se pondrían aún peor para ti. ¿Ves lo que ha hecho? ¿Lo ves?"

Sí. Lo veía. John Shooter le había hecho un regalo. Era una muñeca de alquitrán. Una enorme y reluciente muñeca de alquitrán. Mort le había dado a la muñeca en la cabeza con la mano izquierda y se había quedado pegado. De modo que le había dado en la panza con la mano derecha para sacársela de encima, pero su mano derecha también se había quedado pegada. Había logrado...

(¿cual era la palabra que había utilizado con traviesa satisfacción?)

"confundirlo", ¿no? Sí, eso era. Durante todo ese tiempo había seguido enredándose cada vez más con la muñeca de John Shooter.

¿Y que sucedía ahora? Bueno, que le había mentido a toda clase de gente, y que si el asunto salía a la luz tendría mal aspecto, y que a medio kilómetro de distancia había un hombre que llevaba un hacha por sombrero con el nombre de Mort escrito en el mango, y que eso tendría un aspecto aún peor.

Mort imaginó el teléfono sonando en la casa vacía y se obligó a correr un poco.

37

Shooter no llamaba.

Los minutos se estiraban como melcocha y Shooter no llamaba. Mort recorría inquieto la casa, manoseando y tironeando su pelo. Imaginaba que así debía de sentirse un adicto esperando al traficante.

Por dos veces vaciló y fue hacia el teléfono para llamar a las autoridades. No al viejo Dave Newsome ni al sheriff del condado sino a la policía estatal. Se aferraría al viejo axioma de Vietnam, "Mátalos a todos que Dios reconocerá a los suyos". ¿Por qué no? Al fin y al cabo, tenía buena reputación. Era un miembro respetado de dos comunidades de Maine, mientras que John Shooter era un...

Pero ¿qué era Shooter?

A su mente acudió la palabra "fantasma".

También acudió a su mente la expresión "fuego fatuo".

Pero no fue eso lo que lo detuvo, sino la horrible certeza de que Shooter intentaría llamar justo cuando Mort tuviese la línea ocupada, de que Shooter escucharía la señal de comunicando, colgaría y Mort nunca volvería a saber de él.

A las cuatro menos cuarto empezó a llover: una fina lluvia otoñal, fría y suave, que descendía de un cielo blanco, y tamborileaba en el tejado y en las hojas secas que rodeaban la casa.

A las cuatro menos diez sonó el teléfono. Mort dio un salto y lo cogió.

Era Amy.

Amy quería hablar del incendio. Amy quería hablar de lo desdichada que se sentía, no sólo por ella sino por ambos. Amy quería decirle que Fred Evans, el investigador de la compañía de seguros, seguía en Derry recorriendo el sitio, haciendo preguntas de todas clases, desde cuál era la última vez que se habían inspeccionado los cables hasta quién tenía las llaves del sótano, y que Ted sospechaba de sus motivos. Amy quería que Mort se preguntara junto con ella si las cosas hubieran sido distintas de haber tenido hijos.

Mort contestó lo mejor que supo y, mientras hablaba con ella, sintió que el tiempo —el comienzo de la última hora de la tarde— se le escapaba entre los dedos. Estaba casi loco de preocupación pensando que Shooter llamaría, encontraría la línea ocupada y cometería una nueva atrocidad. Por último, dijo lo único que se le ocurrió para conseguir que cortara: que si no iba pronto al lavabo, tendría un accidente.

—¿Es la bebida? —preguntó ella preocupada—. ¿Has estado bebiendo?

—Creo que fue el desayuno —respondió él—. Escucha, Amy, yo...

—¿En Bowie's?

—Sí —dijo, intentando que su voz sonara como estrangulada de dolor y esfuerzo. La verdad era que se sentía estrangulado. Pensándolo bien, era toda una comedia—. Amy, de verdad, yo...

—¡Por Dios, Mort! ¡Tiene la parrilla más sucia del pueblo! —exclamó Amy—. Ve. Llamaré más tarde.

El teléfono enmudeció. Dejó el receptor en su horquilla, permaneció allí un momento y se quedó sorprendido y escandalizado al descubrir que su queja ficticia se había hecho repentinamente real: su intestino se encontraba apretado en un nudo doloroso y palpitante.

Corrió hacia el lavabo, desabrochándose el cinturón por el camino.

Llegó justo, pero llegó. Se quedó sentado en el inodoro, envuelto en el olor intenso de sus excrementos, con los pantalones en los tobillos, reteniendo el aliento..., cuando el teléfono empezó a sonar otra vez.

Saltó como un muñeco de resorte al que se le abre la caja, se golpeó violentamente la rodilla contra el lavabo y corrió hacia el teléfono, sosteniendo los pantalones con una mano y corriendo como una chica con falda estrecha. Tenía esa desagradable y mortificante sensación de no-tuve-tiempo-de-limpiarme. Supuso que le sucedía a todo el mundo, pero de pronto se le ocurrió que nunca lo había leído en ningún libro. Nunca, ni en un solo libro.

¡Ah! La vida era una comedia.

Esta vez era Shooter.

—Lo vi allá abajo —dijo Shooter. Su voz era tan pausada y serena como siempre—. Quiero decir, donde los dejé. Parecía que hubiera sufrido una insolación, sólo que no estamos en verano.

—¿Qué quiere? —preguntó Mort, pasándose el teléfono a la otra oreja. Sus pantalones volvieron a caer hasta los tobillos. Los dejó y se quedó allí con la cinturilla de sus calzoncillos Jockey suspendida a mitad de camino entre las rodillas y las caderas. Pensó que sería una maravillosa fotografía de autor.

—Estuve a punto de clavarle una nota —dijo Shooter—, pero decidí no hacerlo. —Hizo una pausa y agregó con una especie de desprecio ausente—: Se asusta con demasiada facilidad.

—¿Qué quiere?

—Pero si ya se lo he dicho, señor Rainey. Quiero un relato para compensar el que me robó. ¿Todavía no está preparado para admitirlo?

"Sí. ¡Dile que sí! Dile cualquier cosa: la tierra es plana, John Kennedy y Elvis Presley viven, están bien y forman un dúo de banjo en Cuba, Meryl Streep es un travestido, dile cualquier cosa...".

Pero no quería.

De pronto, toda la furia, la frustración, el horror y la confusión surgieron de su boca en forma de aullido.

—¡No lo hice! ¡No lo hice! ¡Usted está loco y puedo demostrarlo! ¡Tengo la revista, maníaco! ¿Me oye? ¡Tengo la maldita revista!

Su respuesta fue la ausencia de respuesta. La línea estaba muda y muerta, sin siquiera el lejano murmullo de una voz fantasma que interrumpiera la lisa oscuridad, como aquella que trepaba por el muro de la ventana todas las noches que había pasado solo allí.

—¿Shooter?

Silencio.

—Shooter, ¿sigue ahí?

Más silencio. Había cortado.

Mort apartó el auricular de su oreja. Estaba a punto de colgar, cuando la voz de Shooter, débil, distante y casi perdida, dijo:

—¿... ahora?

Mort volvió a apoyar el teléfono en su oído. Parecía pesar mil kilos.

—¿Qué? —preguntó—. Creí que había cortado.

—¿La tiene? ¿Tiene esa supuesta revista? ¿Ahora?

Le pareció que, por primera vez, Shooter parecía alterado. Alterado e inseguro.

—No —contestó.

—¡Ah, bueno! —exclamó Shooter, aliviado—. Creí que finalmente estaría preparado para hablar...

—Viene por Expreso federal —le interrumpió Mort—. Mañana a las diez estará en la oficina de correos.

—¿Qué estará? —preguntó Shooter—. ¿Alguna cosa vieja que supuestamente es una copia?

—No —contestó Mort. La sensación de que había hecho vacilar a aquel tipo, de que había superado sus defensas golpeándolo lo bastante fuerte como para que le doliera, era intensa e innegable. Durante uno o dos segundos, Shooter

pareció realmente asustado, y Mort se sentía furiosamente complacido—. La revista. La revista real.

Hubo otra pausa larga, pero esta vez Mort mantuvo el teléfono pegado a la oreja. Shooter estaba allí. Claro que sí, y esta vez era él quien estaba atrapado. Mort había olvidado su trasero sucio.

No había olvidado lo de Tom y Greg, pero casi. Súbitamente, el relato volvía a ser lo más importante, el relato y la acusación de plagio. Shooter tratándolo como si fuera un maldito colegial, eso era lo importante, y el hecho de que tal vez por fin estuviera asustado.

Una vez, en la misma escuela parroquial donde Mort había aprendido a tragar con la cabeza gacha, había visto a un chico atravesando con un alfiler a un escarabajo que corría por su pupitre. El escarabajo quedó atrapado: clavado, retorciéndose y muriendo.

En aquel momento, Mort se había sentido triste y horrorizado.

Ahora comprendía. Ahora deseaba hacerle lo mismo a ese hombre. A ese loco.

—No puede haber ninguna revista —dijo por fin Shooter—. No con ese relato. ¡El relato es mío!

Mort percibió angustia en la voz del hombre. Verdadera angustia. Le alegró. El alfiler estaba clavado en Shooter. Y él se retorció.

—Mañana a las diez estará aquí —dijo Mort—, o en todo caso tan pronto como el Expreso entregue el correo de Tashmore. Estaré encantado de verlo allí. Puede echarle una mirada. Una mirada tan prolongada como quiera, maldito maníaco.

—Allí no —dijo Shooter después de otra pausa—. En su casa.

—Olvídelo. Cuando le muestre el número de *Ellery Queen*, quiero hacerlo en un lugar donde pueda pedir ayuda si le da el ataque.

—Lo hará a mi manera —dijo Shooter. Parecía más calmado, pero Mort no creía que Shooter volviera a recuperar el control que había tenido anteriormente—. Si no, lo veré en la prisión del estado de Maine acusado de asesinato.

—No me haga reír —replicó Mort, pero sintió que su intestino volvía a anudarse.

—Lo he relacionado con esos dos hombres de más maneras de las que sabe —dijo Shooter—, y usted ha contado una buena sarta de mentiras. Si yo desaparezco, señor Rainey, va a encontrarse con la cabeza en un lazo y los pies colgando.

—No me asusta.

—Sí que lo asusto —afirmó Shooter. Hablaba casi con amabilidad—. Lo que pasa es que está empezando a asustarme un poco a mí también. No consigo entenderlo del todo.

Mort no dijo nada.

—Sería gracioso —dijo Shooter en tono extraño y meditabundo— si hubiéramos escrito el mismo relato en dos lugares distintos y en dos momentos distintos.

—Ya se me había ocurrido.

—¿De veras?

—Lo deseché —dijo Mort—. Demasiada coincidencia. Si fuera sólo el mismo argumento, sería una cosa. Pero el mismo lenguaje, la misma dicción...

—¡Ajá! —exclamó Shooter—. Yo pensé lo mismo, peregrino. Es demasiado. La coincidencia queda descartada. Usted me lo robó, pero que me aspen si puedo imaginar cómo y cuándo.

—¡Oh, déjelo! —estalló Mort—. ¡Tengo la revista! ¡Tengo pruebas! ¿No lo comprende? ¡Ha terminado! ¡Tanto si era un juego demente o sólo un engaño, ha terminado! ¡Tengo la revista!

Después de un largo silencio, Shooter dijo:

—No, todavía no.

—Es verdad —admitió Mort. Tenía un sentimiento de camaradería súbito y totalmente indeseado hacia ese hombre—. ¿Y qué hacemos esta noche?

—Pues nada —dijo Shooter—. Esos hombres esperarán. La mujer y los hijos de uno están visitando a la familia. El otro vive solo. Mañana por la mañana vaya a recoger la revista. Iré a su casa hacia el mediodía.

—Me matará —dijo Mort, descubriendo que la idea no le parecía muy aterradora; al menos, no esa noche—. Si le muestro la revista, su engaño habrá terminado y me matará.

—¡No! —contestó Shooter, y esta vez parecía sorprendido de verdad—. ¿A usted? ¡No, señor! Maté a esos dos porque iban a interferir en nuestro negocio. No podía permitirlo, y pensé utilizarlos para obligarle a tratar conmigo. A afrontar su responsabilidad.

—Es hábil —dijo Mort—, lo admito. Creo que está loco, pero también creo que es el hijo de puta más hábil que he conocido en mi vida.

—Bueno, pues crea también esto —replicó Shooter—: si mañana voy y descubro que se ha ido, señor Rainey, me ocuparé de destruir a todas las personas a las que usted ama y que le importan. Quemaré su vida como un campo de cañas en un día de viento. Iré a la cárcel por matar a esos dos hombres, pero ir a la cárcel será el menor de sus pesares, ¿me entiende?

—Sí —dijo Mort—. Comprendo, peregrino.

—Así que esté allí.

—Y suponga, sólo suponga, que cuando le muestre la revista comprueba que mi nombre figura en el índice y que mi relato está dentro. ¿Qué pasará entonces?

Tras una breve pausa, Shooter dijo:

—Me entregaré a las autoridades y confesaré todo el asunto. Pero me ocuparía de mí mucho antes de que se celebrara el juicio, señor Rainey.

Porque si las cosas son así, supongo que estoy loco, y ese tipo de loco... —
Dejó escapar un suspiro antes de decir— Ese tipo de loco no tiene excusa ni razón para vivir.

Aquellas palabras golpearon a Mort con una fuerza insólita.

"Se siente inseguro —pensó—. Por primera vez, se siente inseguro. Incluso más de lo que yo me he sentido nunca."

Pero reprimió violentamente aquella idea. Nunca había tenido una razón para sentirse inseguro. Esto era culpa de Shooter. Todo era culpa de Shooter. Dijo:

—¿Y cómo sé que no dirá que la revista es una falsificación?

No esperaba respuesta, excepto tal vez algo acerca de que Mort tendría que aceptar su palabra, pero Shooter lo sorprendió.

—Si es real, lo sabré —dijo—, y si es una falsificación lo sabremos ambos. No creo que pueda haber conseguido toda una revista falsa en tres días, por mucha gente que tenga trabajando para usted en Nueva York.

Le tocaba pensar a Mort, y lo hizo durante un tiempo largo, muy largo. Shooter esperó.

—Voy a confiar en usted —dijo por fin—. Desde luego, no sé por qué. Tal vez porque en estos días no tengo muchas razones para vivir. Pero no voy a confiar sin reparos. Usted viene, se queda en el sendero, donde pueda verlo y comprobar que no está armado. Yo salgo. ¿Es satisfactorio?

—Será suficiente.

—Que Dios nos ayude.

—Sí, señor. Que me aspen si estoy seguro de lo que hago... y no es una sensación agradable.

—¿Shooter?

—Estoy aquí.

—Quiero que me conteste a una pregunta.

Silencio, pero un silencio que a Mort le pareció que invitaba a hablar.

—¿Incendió mi casa de Derry?

—No —respondió Shooter de inmediato—. Estaba vigilándolo a usted.

—Y a Bump —añadió Mort con amargura.

—Oiga —dijo Shooter—. ¿Tiene mi sombrero?

—Sí.

—Lo necesitaré —dijo Shooter—, de una manera u otra.

Y la línea enmudeció.

Sin más.

Mort dejó lentamente el teléfono y caminó con cautela hacia el lavabo sujetándose los pantalones, para terminar su tarea.

Amy volvió a llamar alrededor de las siete; esta vez Mort pudo hablar con ella con bastante normalidad, casi como si el lavabo de arriba no estuviese destrozado y no hubiera dos hombres muertos sentados detrás de una pantalla de arbustos en el camino que descendía al lago, poniéndose rígidos mientras a su alrededor el crepúsculo daba paso a la oscuridad.

Desde su llamada anterior, ella había hablado personalmente con Fred Evans y tenía la convicción de que sabía o sospechaba algo sobre el incendio que no quería comunicarles. Mort trató de tranquilizarla y le pareció que tenía éxito hasta cierto punto, pero él mismo estaba preocupado. Si Shooter no había iniciado el fuego —y Mort se inclinaba a creer que el hombre había dicho la verdad—, entonces era una simple coincidencia..., ¿correcto?

No sabía si era correcto o no.

—Mort, he estado muy preocupada por ti —dijo ella de pronto.

Eso lo arrancó de sus pensamientos.

—¿Por mí? Estoy bien.

—¿Estás seguro? Cuando te vi ayer, me pareció que estabas... tenso. —Hizo una pausa—. En realidad, me pareció que estabas como antes de tener la..., ya sabes...

—Amy, no tuve una crisis nerviosa.

—Bueno, no —dijo rápidamente ella—, pero ya sabes lo que quiero decir. Cuando la gente de cine organizó aquel alboroto con *La familia Delacourt*.

Aquella había sido una de las experiencias más amargas de la vida de Mort. Paramount había pagado una opción de 75.000 dólares sobre un precio base de 750.000, una cifra muy alta. Y estaban a punto de aceptar la opción cuando alguien encontró en los archivos un viejo libreto, llamado *El equipo familiar*, que se parecía lo bastante a *La familia Delacourt* como para poder plantear problemas legales. Fue la única vez en su carrera —en todo caso, antes de esta pesadilla— en que había estado expuesto a la posibilidad de una acusación de plagio. Los responsables dejaron que expirara la opción a última hora. Mort seguía sin saber si realmente temieron que alguien presentara una demanda por plagio, o si sencillamente dudaron del potencial cinematográfico de su novela. Si realmente tuvieron miedo, no comprendía cómo semejante grupo de damiselas podía rodar películas. Herb Creekmore había obtenido una copia del libreto de *El equipo familiar*, y Mort había encontrado sólo una semejanza casual. Amy estaba de acuerdo.

El lío se produjo justo cuando estaba en un callejón sin salida con una novela que había deseado desesperadamente escribir. Al mismo tiempo había tenido que hacer una gira de promoción relacionada con la edición de bolsillo de *La familia Delacourt*. Todo aquello junto lo había sometido a una gran tensión.

Pero no había sufrido una crisis nerviosa.

—Estoy bien —insistió, hablando con suavidad. Años antes había descubierto una cosa sorprendente y más bien conmovedora de Amy: Si se le hablaba con la suavidad suficiente, estaba dispuesta a creer casi cualquier

cosa. Había pensado a menudo que si se hubiera tratado de una característica de la especie, como mostrar los dientes para demostrar rabia o diversión, las guerras habrían terminado miles de años antes.

—¿Estás seguro, Mort?

—Sí. Si sabes algo más de nuestro amigo asegurador, llámame.

—Lo haré.

Él hizo una pausa.

—¿Estás en casa de Ted?

—Sí.

—¿Y cómo te sientes con él estos días?

Ella vaciló, y después dijo simplemente:

—Lo amo.

—¡Ah!

—No fui con otros hombres —dijo Amy de repente—. Siempre he querido decirte esto. No fui con otros hombres. Pero Ted miró mas allá de tu nombre y me vio, Mort. Me vio a mí.

—¿Quieres decir que yo no?

—Lo hacías cuando estabas aquí —respondió y su voz sonaba pequeña y sola—. Pero pasabas tanto tiempo fuera.

Sus ojos se dilataron, e instantáneamente estuvo listo para presentar batalla. Una batalla justa.

—¿Qué? ¡No he estado de gira desde *La familia Delacourt*! ¡Y esa fue corta!

—No quiero discutir contigo, Mort —dijo ella suavemente—. Eso tendría que terminar. Lo que intento decir es que, aunque estuvieses aquí, te ausentabas mucho. Tenías una amante, ¿sabes? Tu trabajo era tu amante.—Su voz era firme, pero él sintió que en lo profundo de esa voz había lágrimas—. ¡Cómo odiaba a esa perra, Mort! Era más guapa que yo, más lista que yo, más divertida que yo. ¿Cómo podía competir?

—Échame toda la culpa a mí, ¿por qué no? —dijo él, turbado al descubrir que él mismo estaba al borde de las lágrimas—. ¿Qué querrías que hiciera? ¿Que me convirtiera en un maldito fontanero? Hubiéramos sido pobres y yo no habría conseguido un empleo. ¿No comprendes que no podía hacer otra cosa? ¡No podía hacer otra cosa!

Había supuesto que las lágrimas habían terminado, al menos por el momento, pero allí estaban. ¿Quién había vuelto a frotar esa horrible lámpara mágica? ¿Había sido él o ella esta vez?

—No te culpo. Yo también tengo culpa. Nunca nos habrías descubierto..., como lo hiciste..., si no hubiese sido débil y cobarde. No fue Ted. Él quería que fuésemos juntos y te lo contáramos. No paraba de decírmelo. Y yo no dejaba de retrasar el momento. Le dije que no estaba segura. Me dije que seguía amándote, que las cosas podían volver a ser como antes..., pero supongo que nunca es así. Nunca... —Amy contuvo el aliento y Mort comprendió que ella

también lloraba—. Nunca olvidaré tu cara cuando abriste la puerta de la habitación del motel. Me llevaré ese recuerdo a la tumba.

"¡Estupendo! —deseó gritar— ¡Estupendo! ¡Porque tú sólo tuviste que verla! ¡Yo tuve que llevarla!"

—Conocías mi amor —dijo tembloroso—. Nunca te lo oculté. Lo conocías desde el comienzo.

—Pero nunca supe lo intenso que podía ser su abrazo —replicó ella.

—Alégrate —dijo Mort—. Ahora parece haberme abandonado.

Amy lloraba.

—Mort, Mort... Sólo quiero que vivas y seas feliz. ¿No lo ves? ¿No puedes hacerlo?

Lo que había visto era uno de sus hombros desnudos tocando el hombro desnudo de Ted Milner. Había visto sus ojos, dilatados y asustados, y el pelo de Ted tieso en un tirabuzón estilo Alfalfa.

Pensó en decirle esto, o al menos intentarlo, dejarlo caer. Ya se había hecho bastante daño. Tal vez en otro momento pudieran volver a hablar del asunto. Sin embargo, hubiera preferido que no dijera eso de la crisis nerviosa. No había sufrido una crisis nerviosa.

—Amy, creo que tengo que dejarte.

—Sí, yo también. Ted ha salido a mostrar una casa, pero volverá pronto. Tengo que preparar algo de cena.

—Lamento la discusión.

—¿Llamarás si me necesitas? Sigo preocupada.

—Sí —respondió él.

Se despidió y cortó la comunicación. Permaneció un momento junto al teléfono, pensando que seguramente rompería a llorar. Pero pasó. Tal vez ése fuese el verdadero horror.

Pasó.

39

La lluvia que caía sin parar le hacía sentirse distraído y estúpido. Encendió un pequeño fuego en la chimenea, acercó una silla y trató de leer el último número de *Harper's*, pero no dejaba de cabecear y despertarse sobresaltado cuando su cabeza caía hacia delante, apretándole la tráquea y produciendo un ronquido. "Debería haber comprado unos cigarrillos —pensó—. Unos cigarrillos me hubieran mantenido despierto." Pero no lo había hecho, y de todos modos tampoco estaba seguro de que pudieran mantenerlo despierto. No sólo estaba cansado; estaba bajo los efectos de un shock.

Por último, se acercó al diván, ajustó los cojines y se echó.

Junto a su mejilla, la lluvia fría tamborileaba contra el vidrio oscuro.

"Sólo una vez —pensó—. Sólo lo hice una vez." Y se quedó profundamente dormido.

40

En su sueño estaba en el aula más grande del mundo.

Las paredes se prolongaban a lo largo de kilómetros. Cada pupitre era una meseta, y los azulejos grises formaban la interminable pradera que se extendía entre ellas. El reloj que colgaba de la pared era un enorme sol frío. La puerta que daba al pasillo estaba cerrada, pero Morton Rainey podía leer las palabras escritas sobre el cristal esmerilado: "SALA DE ESCRITURA DEL EQUIPO DEL HOGAR. PROF. DELLACOURT."

"Lo han escrito mal —pensó Mort—. Demasiadas eles."

Pero otra voz le dijo que no era así.

Mort estaba de pie sobre el gigantesco repecho de las tizas de la pizarra, y se estiraba con un brazo levantado. Tenía en la mano un trozo de tiza del tamaño de un bate de béisbol. Quería bajar el brazo, que le dolía ferozmente, pero no podía. No hasta haber escrito la misma frase quinientas veces: "No copiaré a John Kintner." Pensó que ya debía de haberla escrito cuatrocientas veces, pero no era suficiente. Robar el trabajo a un hombre, cuando el trabajo era todo lo que tenía ese hombre, era imperdonable. De modo que tendría que escribir y escribir y escribir, y no prestar atención a la voz interior que le decía que se trataba de un sueño y que el brazo derecho le dolía por otras razones.

La tiza chirriaba de una manera monstruosa. El polvillo, acre y en cierta forma familiar —demasiado familiar— le caía en la cara.

Llegó un momento en que no pudo seguir. Su brazo cayó al costado como una bolsa llena de municiones de plomo. Se volvió, sin bajar del repecho, y vio que en la enorme aula sólo había un pupitre ocupado. Su ocupante era un joven con una cara de campesino, una de esas caras que suelen verse en el campo detrás del culo de una mula. Su cabello castaño claro estaba encrespado, y mantenía las manos de trabajador del campo, que parecían todo nudillos, dobladas frente a él, sobre el pupitre. Miraba a Mort con ojos pálidos y absortos.

"Te conozco", dijo Mort en el sueño.

"Correcto, peregrino —replico John Kintner con su acento sureño desnudo y arrastrado—. Sólo que me reconstruiste mal. Ahora sigue escribiendo. No son quinientas, sino cinco mil."

Mort empezó a volverse, pero su pie resbaló en el borde del repecho. De pronto estaba cayendo hacia delante, gritando en el aire seco y tizoso, y John Kintner reía, y él...

41

... despertó en el suelo con la cabeza casi debajo de la traviesa mesilla de café, manoteando la alfombra y llorando con sollozos agudos y quejumbrosos.

Estaba en el lago Tashmore. No en un aula extravagante y ciclópea, sino en el lago, y el sol salía brumosamente por el este.

"Estoy bien. Fue sólo un sueño y estoy bien."

Pero no lo estaba. Porque no había sido sólo un sueño. John Kintner había sido real. ¿Cómo diablos había podido olvidar a John Kintner?

Mort había ido a la Universidad de Bates y se había graduado en la especialidad de escritura creativa. Más adelante, cuando hablaba ante aspirantes a escritor (tarea que eludía siempre que podía), les decía que graduarse en eso era probablemente el peor error que podía cometer un hombre o una mujer, si él o ella deseaban ganarse la vida escribiendo ficción.

—Consigan un trabajo en Correos —decía—. A Faulkner le fue muy bien.

Todos reían. Les gustaba escucharlo, y Mort suponía que le salía bastante bien eso de mantenerlos entretenidos. Era algo que le parecía muy importante, porque dudaba de que él o cualquier otro pudiera enseñarles a escribir creativamente. De todos modos, siempre se alegraba cuando acababa la clase, el seminario o el congreso. Los muchachos lo ponían nervioso. Suponía que la razón era John Kintner.

¿Era Kintner de Mississippi? Mort no lo recordaba, pero creía que no. Aunque, de todos modos, era de un enclave del Profundo Sur: Alabama, Luisiana o tal vez el norte de Florida. No estaba seguro. Lo de Bates había sucedido hacía mucho tiempo, y llevaba años sin pensar en John Kintner, que había desaparecido súbitamente por razones que sólo él conocía.

"Eso no es verdad. Anoche pensaste en él."

"Querrás decir que soñaste con él", se corrigió rápidamente Mort, pero aquella vocecita infernal que sonaba en su interior no estaba dispuesta a ceder.

"No, antes de eso. Pensaste en él cuando hablabas por teléfono con Shooter."

No sabía qué pensar de eso. Por lo tanto no pensaría en ello.

John Kintner pertenecía al pasado; John Kintner no tenía nada que ver con lo que estaba sucediendo ahora. Se levantó y se dirigió vacilante hacia la cocina para prepararse un café cargado. Litros y litros de café cargado. Pero la vocecita infernal no lo dejaba tranquilo. Mort miró el juego de cuchillos de cocina de Amy colgando de sus soportes de acero magnetizado, y pensó que si pudiera cortar esa vocecita, iniciaría inmediatamente la operación.

"Pensabas que habías desestabilizado a Shooter, que finalmente le habías hecho vacilar. Pensabas que la historia volvía a ser la cuestión principal, la historia y la acusación de plagio. Shooter tratándote como a un maldito colegial. Como a un maldito colegial. Como a un..."

—Cállate —ordenó Mort con voz ronca—. Cierra la boca.

La voz obedeció, pero Mort descubrió que era incapaz de dejar de pensar en John Kintner.

Mientras medía el agua para el café con mano temblorosa, pensó en sus permanentes y estridentes protestas de que no había plagiado el relato de Shooter, que jamás había plagiado nada.

Pero naturalmente, lo había hecho.

Una vez.

Sólo una.

—Pero aquello ocurrió hace mucho tiempo —susurró—. Y no tiene nada que ver con este asunto.

Tal vez fuera verdad, pero eso no eliminaba sus pensamientos.

42

Estaba en primer año y era el semestre de primavera. Aquel semestre, la clase de escritura creativa de la que formaba parte se centraba en el relato. El profesor era un tipo llamado Richard Perkins Jr., autor de dos novelas que habían obtenido buenas críticas y vendido pocos ejemplares. Mort intentó leer una, y llegó a la conclusión de que las buenas críticas y las malas ventas tenían la misma causa: los libros eran incomprensibles. Sin embargo, el hombre no era mal maestro. Al menos, los mantenía entretenidos.

En la clase había unos doce estudiantes. Uno de ellos era John Kintner. Éste era sólo un novato, pero había logrado un permiso especial para asistir a la clase. Y Mort pensaba que se lo merecía.

Fuera o no un tipejo sureño, el mamón era bueno.

El curso exigía que cada uno de ellos escribiera seis relatos cortos o tres más largos. Cada semana, Perkins elegía los que le parecía que provocarían las discusiones más entusiastas y los entregaba al terminar la clase. Se suponía que a la semana siguiente los estudiantes irían preparados para discutir y criticar. Era la manera habitual de llevar esas clases. Una semana, Perkins les dio un relato de John Kintner. Se llamaba... ¿Cómo se llamaba?

Mort había abierto el grifo para llenar la cafetera, pero se quedó de pie, mirando con aire ausente la niebla del otro lado de la ventana y oyendo correr el agua.

"Sabes muy bien cómo se llamaba. "*Ventana secreta, secreto jardín*.""

—¡No era así! —aulló con petulancia a la casa vacía.

Pensaba con furia, decidido a acallar la infernal vocecilla de una vez por todas, cuando de pronto lo recordó.

—¡"*Crowfoot Mile*"! —chilló—. ¡El nombre del relato era "*Crowfoot Mile*", y no tiene nada que ver con nada!

Pero eso tampoco era enteramente verdad, y no necesitaba que la pequeña voz que se refugiaba en algún lugar de su dolorida cabeza se lo señalara.

Kintner había entregado tal vez tres o cuatro relatos antes de desaparecer donde hubiera desaparecido (si le pedían que aventurase una hipótesis, Mort

diría que en Vietnam; allí era donde habían desaparecido la mayoría de personas a finales de los sesenta; por lo menos, los jóvenes). "*Crowfoot Mile*" no era el mejor de los relatos de Kintner, pero era bueno. Evidentemente, Kintner era el mejor escritor de la clase de Richard Perkins Jr. Éste trataba al chico casi como a un igual, y en la estimación no demasiado humilde de Mort Rainey, Perkins tenía razón, porque en su opinión Kintner era bastante mejor que Richard Perkins Jr. Mort creía que él también era mejor que Perkins.

Eso sí, pero ¿mejor que Kintner?

—¡Oh, oh! —exclamó entre dientes mientras enchufaba la cafetera—. Era el segundo.

Sí. Era el segundo y no lo soportaba. Sabía que la mayor parte de los estudiantes matriculados en los cursos de escritura estaban haciendo tiempo, satisfaciendo un capricho antes de abandonar los juegos infantiles y dedicarse al estudio de lo que sería su trabajo en la vida real. La escritura creativa que haría la mayoría de ellos en los años siguientes consistiría en colaboraciones para las páginas del Calendario Comunitario de sus periódicos locales o en textos publicitarios para el lavavajillas Brisa Azul. Mort se había inscrito en la clase de Perkins confiando en que sería el mejor, porque siempre había sido así en su caso. Por esta razón, John Kintner le provocó una desagradable conmoción.

Recordaba que una vez había intentado hablar con el muchacho. Pero Kintner, que en clase sólo hablaba cuando se le hacía una pregunta, había resultado ser casi incoherente. Cuando hablaba en voz alta, farfullaba y se trababa como el hijo de un labriego pobre cuya educación se había interrumpido en cuarto curso. Aparentemente, su escritura era la única voz que tenía.

"Y tú se la robaste."

—Cállate —murmuró—. Simplemente, cállate.

"Eras el segundo y lo odiabas. Te alegraste cuando se fue porque entonces podrías volver a ser el primero. Como siempre lo habías sido."

Sí. Era verdad. Y un año después, cuando se preparaba para la graduación, un día en que se dedicó al armario empotrado del desordenado apartamento de Lewiston que compartía con otros dos estudiantes, encontró una pila de fotocopias del curso de Perkins.

Entre ellas estaba uno de los relatos de Kintner. Resultó ser "*Crowfoot Mile*".

Recordaba haberse sentado en la raída alfombra de su cuarto, que apestaba a cerveza, para leer el relato, y cómo había vuelto a experimentar los viejos celos.

Tiró las fotocopias, pero no el relato, que guardó por razones que no estaba seguro de querer analizar con atención.

Cuando estaba en segundo curso, Mort envió un relato a una revista literaria llamada *Aspen Quarterly*. El relato volvió con una nota que decía que los lectores lo habían encontrado muy bueno, "aunque el final resultaba algo inmaduro". La nota, que a Mort le había parecido condescendiente y muy excitante, lo invitaba a enviar más material.

A lo largo de los dos años siguientes, envió otros cuatro relatos. No aceptaron ninguno, pero todos los formularios de rechazo iban acompañados de una nota. Mort atravesó la agonía de optimismo con alternancia de profundo pesimismo típica del escritor inédito. Había días en que estaba seguro de que sólo era una cuestión de tiempo y de que terminaría por ser aceptado en Aspen Quarterly; y otros en que estaba convencido de que la totalidad del equipo editorial —degenerados con cabeza de lápiz todos ellos— se limitaba a jugar con él, tomándole el pelo como si fuera un perro hambriento, suspendiendo un trozo de carne sobre su cabeza y retirándolo cuando saltaba a cogerlo. A veces imaginaba a uno de ellos levantando uno de sus originales, recién sacado de su sobre de papel de manila, y gritando: "¡Aquí hay otro de ese gilipollas de Maine! ¿Quién quiere escribir la carta esta vez?" Y a todos los demás riendo, tal vez incluso revolcándose por el suelo bajo sus pósters de Joan Baez y Moby Grape en el Fillmore.

La mayor parte de las veces, Mort no se permitía ese tipo de paranoia triste. Comprendía que era bueno y que sólo era cuestión de tiempo. Y aquel verano, trabajando de camarero en un restaurante de Rockland, se acordó del relato de John Kintner. Pensó que probablemente estuviera todavía en su baúl, en algún lugar del fondo. Tuvo una idea súbita. Cambiaría el título y enviaría "*Crowfoot Mile*" al Aspen Quarterly con su nombre. Recordaba haber pensado que sería un buen chiste, aunque ahora no imaginaba de qué chiste se podía tratar.

También recordaba que no tenía intención de publicar el relato con su nombre; en todo caso, si en un estrato más profundo tenía esa intención, no había sido consciente de ello. En el improbable caso de una aceptación, retiraría el relato diciendo que quería trabajarlo un poco más. Y si lo rechazaban, al menos podría alegrarse de que tampoco John Kintner fuera lo bastante bueno para el Aspen Quarterly.

Así que había enviado el relato.

Y ellos lo aceptaron.

Y él les permitió que lo aceptaran.

Y le enviaron un cheque por valor de veinticinco dólares, llamado "honorario" en la carta que lo acompañaba.

Y lo habían publicado

Y Morton Rainey, abrumado por un sentimiento de culpabilidad por lo que había hecho, cobró el cheque e ingresó el dinero en la Caja de Caridad de Santa Catalina, en Augusta.

Pero no sólo había sentido culpa. ¡Ah, no!

Mort se sentó ante la mesa de la cocina con la cabeza apoyada en una mano, esperando que se filtrara el café. Le dolía la cabeza.

No quería pensar en John Kintner ni en el relato de John Kintner.

Lo que había hecho con "*Crowfoot Mile*" era una de las cosas más vergonzosas de su vida. ¿Era tan sorprendente que lo hubiera reprimido durante tantos años? Le hubiera gustado poder reprimirlo ahora. Al fin y al cabo, éste sería un gran día, tal vez el más importante de su vida. Tal vez incluso el último de su vida. Tenía que pensar en ir a Correos. Tenía que

pensar en su confrontación con Shooter, pero su mente se negaba a dejar de lado aquella triste época.

Cuando vio la revista, la revista real con su nombre encabezando el relato de John Kintner, se sintió como si despertara de una horrible experiencia de sonambulismo, como si regresara de una salida inconsciente durante la cual había hecho algo irrevocable. ¿Cómo había permitido que las cosas llegaran tan lejos? ¡Por Dios santo! Se suponía que se trataba de un chiste, de una pequeña ironía...

¡Pero había dejado que las cosas llegaran tan lejos! El relato se había publicado, y en el mundo había por lo menos una docena de personas que sabían que no era suyo, incluyendo al propio Kintner. Y si uno de ellos hojeaba el Aspen Quarterly...

Él no se lo dijo a nadie, naturalmente. Se limitó a esperar enfermo de terror. Aquel fin de verano y comienzo de otoño comió y durmió muy poco, perdió peso y bajo sus ojos se formaron sombras oscuras. Cada vez que sonaba el teléfono, su corazón latía desordenadamente. Si la llamada era para él, se aproximaba al aparato arrastrando los pies y con la frente cubierta de sudor frío, convencido de que sería Kintner y de que sus primeras palabras serían:

"Me robaste mi relato y hay que hacer algo al respecto. Empezaré por decirle a todo el mundo qué clase de ladrón eres".

Y lo más increíble era esto: que él sabía cómo eran las cosas.

Sabía cuáles eran las posibles consecuencias de ese acto por parte de un joven que esperaba hacer una carrera literaria. Era como jugar a la ruleta rusa con una bazuca. Y sin embargo..., sin embargo...

A medida que iba pasando el otoño sin que sucediera nada, empezó a relajarse un poco. El número de Aspen Quarterly había sido reemplazado por otro. El número ya no estaba sobre las mesas de las bibliotecas de todo el país; había sido guardado en los estantes o pasado a microficha. Todavía podía causar problemas —suponía lúgubremente que tendría que vivir con esa posibilidad el resto de su vida—, pero en la mayor parte de los casos, fuera de la vista significaba fuera de la cabeza.

Y entonces, en noviembre de aquel año, llegó una carta del Aspen Quarterly.

Mort la cogió, miró su nombre escrito en el sobre y empezó a temblar de pies a cabeza. Sus ojos se llenaron de un líquido que resultaba demasiado caliente y corrosivo para ser lágrimas, y ante su mirada el sobre se duplicó y triplicó.

"Ya está. Me han cogido. Querrán que conteste a una carta que han recibido de Kintner, o de Perkins, o de alguno de la clase... Estoy atrapado."

Entonces pensó en el suicidio, serena y racionalmente. Su madre tenía píldoras para dormir. Las tomaría. Tranquilizado en cierta forma por la perspectiva, abrió el sobre y sacó una sola hoja de papel. La tuvo un largo momento doblada en la mano y pensó en quemarla sin mirarla siquiera. No estaba seguro de poder enfrentarse a la acusación. Pensó que podía volverse loco.

"¡Adelante, maldita sea! ¡Mira! Lo menos que puedes hacer es contemplar las consecuencias. Tal vez no puedas afrontarlas, ¡pero por Dios que puedes contemplarlas!

Desplegó la carta.

Querido Mort Rainey:

Su relato "El ojo del cuervo" fue muy bien recibido aquí. Lamento que esta carta haya tardado tanto, pero, francamente, esperábamos saber de usted. Ha sido tan fiel en sus envíos a lo largo de los años que su silencio, ahora, cuando por fin lo ha "logrado", resulta desconcertante. Si hubo algo en la forma en que se trató su relato — tipo, diseño gráfico, lugar de la revista, etc.— que no le agradó, esperamos que nos lo diga. Mientras tanto, ¿qué le parece si nos envía otro?

Respetuosamente suyo,

Charles Palmer

Ayudante del editor

Mort leyó dos veces la carta, y después lanzó ásperas carcajadas que recorrieron la casa, que afortunadamente estaba vacía. Había oído hablar de reventar de risa, y seguramente se trataba de esto. Sentía que si no se detenía pronto reventaría literalmente y sus entrañas se desparramarían por el suelo. ¡Se había preparado para matarse con las píldoras para dormir de su madre, y ellos querían saber si estaba disgustado por la composición del relato!

¡Había temido ver terminada su carrera antes de que empezara de verdad, y ellos querían más! ¡Más!

Rió —en realidad, aulló— hasta que su risa frenética se convirtió en lágrimas histéricas. Después se sentó en el sofá, releyó la carta de Charles Palmer y lloró hasta que volvió a reír. Por último, se fue a su cuarto, se echó con las almohadas dispuestas como le gustaba, y se quedó dormido.

Lo había conseguido. Ésa era la conclusión: lo había conseguido. Nunca más había vuelto a hacer nada ni remotamente semejante a eso, y todo había sucedido hacía unos mil años, así que ¿por qué lo torturaba ahora?

No lo sabía, pero tenía intención de dejar de pensar en ello.

—Y además, ahora mismo —dijo a la habitación vacía, mientras se acercaba enérgicamente a la cafetera, procurando ignorar el dolor de cabeza.

"Sabes muy bien por qué estás pensando en eso ahora."

—Cállate —ordenó en un tono que resultaba bastante alegre.

Pero, mientras cogía la cafetera, sus manos temblaban.

"Hay cosas que no se pueden ocultar para siempre. Podrías estar enfermo, Mort."

—Cállate, te lo advierto —repitió en el mismo tono alegre y coloquial.

"Podrías estar muy enfermo. En realidad, podrías estar sufriendo una crisis nerv..."

—¡Cállate! —gritó, arrojando la cafetera con toda la fuerza que pudo reunir.

El artefacto pasó por encima de la mesa, cruzó volando la cocina, girando una y otra vez, golpeó en la pared encristalada, se rompió y cayó al suelo. Miró la cristalera, y vio una larga y plateada grieta que subía zigzagueando hasta la parte superior, desde el lugar donde se había estrellado la cafetera. Se sentía como si tuviera una grieta similar abierta en medio del cerebro.

Pero la voz se había acallado.

Entró como atontado en el dormitorio, cogió el despertador y regresó a la sala. Puso el despertador a las diez y media. A esa hora iría a Correos, recogería su paquete enviado por Expreso federal y proseguiría tranquilamente con la tarea de dejar esta pesadilla a sus espaldas.

Pero, mientras tanto, dormiría.

Dormiría en el sofá, que era donde siempre había dormido mejor.

—No estoy padeciendo una crisis nerviosa —susurró a la vocecilla.

. Pero la vocecilla se negaba a discutir. Mort pensó que tal vez la hubiera asustado. Esperaba que sí, porque desde luego la vocecilla lo había asustado a él.

Sus ojos encontraron la grieta plateada en la cristalera y la siguieron. Pensó en la llave de la camarera, en la habitación en penumbra y en cómo sus ojos habían necesitado un momento para ajustarse. Sus hombros desnudos. Sus ojos asustados. Él gritaba, no recordaba qué y nunca se había atrevido a preguntárselo a Amy, pero debió de ser algo aterrador a juzgar por sus miradas.

"Si hubiera tenido alguna vez una crisis nerviosa —pensó mirando la insensata forma de rayo de la grieta—, habría sido entonces. ¡Diablos! Esa carta del Aspen Quarterly no era nada comparado con abrir la puerta de un cuarto de motel y ver a tu esposa con otro hombre, un untuoso agente de la propiedad inmobiliaria de un pueblucho de mierda en Tennessee."

Mort cerró los ojos, y cuando volvió a abrirlos fue porque otra voz gritaba. Ésta surgía del despertador. La niebla había desaparecido, había salido el sol y era hora de ir a Correos.

43

Por el camino, sintió de pronto la convicción de que el Expreso federal había llegado y partido, y de que Juliet estaría allí, en la ventanilla, asomando la cara, y de que menearía la cabeza y le diría que no había nada para él y que lo sentía. ¿Y su prueba? Se habría esfumado. Aquella sensación era irracional. Herb era un hombre cauto que no hacía promesas que no pudiera mantener, pero la sensación era demasiado intensa como para ignorarla.

Tuvo que obligarse a salir del coche, y el camino desde la puerta de la oficina de Correos a la ventanilla donde estaba Juliet Stoker clasificando cartas, le pareció por lo menos de mil kilómetros.

Cuando llegó, trató de hablar, pero las palabras no le salieron.

Sus labios se movieron, pero la garganta estaba demasiado seca para emitir sonidos. Juliet lo miró y dio un paso atrás. Parecía alarmada. Sin embargo, no tanto como Amy y Ted cuando él abrió la puerta del hotel y les apuntó con un revólver.

—¿Señor Rainey? ¿Se encuentra bien?

Se aclaró la garganta.

—Lo siento, Juliet. Mi garganta me jugó una mala pasada.

—Está muy pálido —dijo, y escuchó en su voz ese tono que utilizaban tantos de los residentes de Tashmore cuando hablaban.

Era una especie de orgullo, pero contenía un matiz subterráneo de irritación y condescendencia, como si fuera un niño prodigio que necesitara comida y cuidados especiales.

—Creo que es algo que comí anoche —dijo—. ¿El Expreso federal ha dejado algo para mí?

—No, nada.

Se agarró desesperadamente a la parte inferior del mostrador y, por un momento, pensó que iba a desmayarse, aunque comprendió casi de inmediato que no era eso lo que ella había dicho.

—¿Perdón?

Ella ya se había vuelto; mientras revolvía entre unos paquetes que había en el suelo, le presentó su sólido trasero campesino.

—Digo que sólo una cosa —contestó.

Luego se volvió y le entregó el paquete. Mort vio que el remitente era *Ellery Queen* en Pennsylvania y sintió que lo inundaba el alivio. Era como agua fresca pasando por una garganta seca.

—Gracias.

—De nada. ¿Sabe? La oficina de Correos tendría un rabieta si supiera que entregamos el correo del Expreso federal.

—Bueno, desde luego se lo agradezco —dijo Mort. Ahora que tenía la revista, sentía necesidad de irse, de volver a la casa. Era una necesidad tan apremiante que resultaba casi elemental. No sabía por qué —faltaba una hora y cuarto para el mediodía—, pero así era. En su angustia y confusión, llegó a pensar incluso en darle una propina a Juliet para cerrarle la boca, y eso hubiera hecho que su alma, yanqui hasta sus raíces, levantara un verdadero clamor.

—Usted no lo dirá, ¿verdad? —preguntó ella con picardía.

—Ni hablar —contestó, arreglándose para sonreír.

—¡Estupendo! —exclamó Julie Stoker, y sonrió—. Porque vi lo que hizo.

Mort se detuvo junto a la puerta.

—¿Cómo ha dicho?

—Dije que me fusilarán si lo hacía —respondió, mirando a Mort con atención—. Señor Rainey, debería ir a casa a descansar. De verdad que no tiene buen aspecto.

"Juliet, me siento como si hubiera pasado en cama los últimos tres días, es decir, los ratos en que no estuve golpeando cosas."

—Tal vez no sea mala idea —contestó—. Aún me siento débil.

—Hay un virus por ahí. Probablemente lo ha cogido.

Después entraron las dos mujeres de Camp Wigmore —ésas de las que todo el pueblo sospechaba que eran lesbianas, aunque discretas— y Mort escapó sin problemas. Se sentó en el Buick con el paquete azul sobre las rodillas. No le gustaba la manera en que todo el mundo insistía en que parecía estar enfermo; y todavía menos la manera en que su mente había estado funcionando.

"No importa. Casi ha terminado."

Empezó a abrir el sobre, pero entonces salieron las damas de Camp Wigmore y lo miraron. Juntaron las cabezas. Una de ellas sonrió. La otra rió en voz alta. Y, de pronto, Mort decidió que esperaría hasta volver a casa.

44

Aparcó el Buick junto a la casa, en su lugar acostumbrado, apagó el motor... y una suave grisura le cubrió los ojos. Cuando desapareció, se sintió raro y asustado. Entonces, ¿le estaba pasando algo malo de verdad? ¿Algo físico?

No. Llegó a la conclusión de que era sólo el resultado de estar sometido a tanta tensión.

Oyó un ruido —o creyó oírlo— y miró rápidamente a su alrededor. Allí no había nada. "Controla tus nervios—se dijo tembloroso—. Eso es todo lo que tienes que hacer, controlar tus malditos nervios."

Y después pensó: "Aquel día tenía un revólver. Pero estaba descargado. Se lo dije después. Amy me creyó. No sé Milner, pero Amy sí y..."

"¿Lo estaba, Mort? ¿Estaba descargado?"

Volvió a pensar en la grieta en la cristalera, en aquel insensato rayo que zigzagueaba y ascendía por el centro de las cosas. "Es así como sucede —pensó—. Es así como sucede en la vida de una persona."

Después volvió a mirar el paquete del Expreso federal. Era en esto en lo que tenía que estar pensando, no en Amy ni en el señor Ted Bésame-el-culo de Shooter's Knob, Tennessee. En esto.

El sobre estaba casi despegado; en esos días todo el mundo era descuidado. Terminó de abrirlo y lo sacudió para sacar la revista.

Ellery Queen's Mystery Magazine, rezaba el logo en brillantes letras rojas. Debajo, en tipo menor, Junio, 1980, y más abajo figuraban los nombres de

algunos de los escritores que aparecían en el número. Edward D. Hoch, Ruth Rendell, Ed McBain, Patricia Highsmith, Lawrence Sanders.

En la cubierta no estaba su nombre.

Bueno, claro que no. En ese momento apenas era conocido como escritor, y mucho menos como escritor de relatos de misterio. "Tiempo de siembra" había sido un caso aislado. Su nombre no hubiera significado nada para los lectores habituales de la revista, de modo que los editores no lo habían puesto. La abrió.

Debajo no había página de índice.

La habían cortado.

Hojeó frenéticamente la revista, la dejó caer y la cogió de nuevo con un pequeño grito. La primera vez no vio el recorte, pero al mirar por segunda vez advirtió que habían desaparecido las páginas 83 a 97.

—¡Lo ha cortado! —gritó. Gritó tan fuerte que los ojos se le salían de las órbitas. Empezó a golpear el volante del Buick con los puños, una vez y otra y otra y otra. El claxon hipó y chilló—. ¡Hijo de puta, lo ha cortado! ¿Cómo hizo eso? ¡Lo ha cortado! ¡Lo ha cortado! ¡Lo ha cortado!

45

Estaba a punto de entrar en casa cuando la vocecilla letal volvió a preguntarse cómo podría Shooter haber hecho eso. El sobre había venido desde Pennsylvania por Expreso federal y lo había recibido Juliet, así que ¿cómo, en nombre de Dios...?

Se detuvo.

"Estupendo —había dicho Juliet—. Estupendo, porque vi lo que hizo."

Eso era; eso lo explicaba. Juliet estaba metida en el asunto, sólo que...

Sólo que Juliet estaba en Tashmore desde siempre.

Sólo que no había dicho eso. Eso sólo había existido en su mente. Una pequeña flatulencia paranoide.

—Pero lo está haciendo —dijo Mort. Entró en casa y, cuando atravesó la puerta, arrojó la revista tan fuerte como pudo. Sus páginas revolotearon como un pájaro asustado, y el ejemplar aterrizó en el suelo con un golpe seco—. Oh, sí, puedes apostar tu maldito culo a que lo está haciendo. Pero no pienso quedarme quieto esperándolo. Voy...

Vio el sombrero de Shooter. El sombrero de Shooter estaba tirado en el suelo, frente a la puerta de su estudio.

Mort se quedó un momento inmóvil con el corazón martilleando en sus oídos, y después se acercó a la chimenea caminando de puntillas, como un personaje de dibujos animados. Separó el atizador del resto de herramientas, dando un respingo cuando la punta golpeó suavemente contra el recogedor de ceniza. Cogió el atizador y se dirigió cautelosamente a la puerta cerrada, levantándolo

como lo había hecho antes de destrozar el lavabo. Tuvo que dar un rodeo para evitar la revista que había tirado.

Llegó a la puerta y se quedó de pie ante ella.

—¿Shooter?

No hubo respuesta.

—¡Shooter, será mejor que salga por su propio pie! ¡Si tengo que entrar a buscarlo, nunca volverá a salir por sus propios medios de ningún lugar!

Tampoco hubo respuesta.

Se quedó quieto un momento más, reuniendo coraje (aunque sin estar verdaderamente seguro de tenerlo) y después hizo girar el picaporte. Golpeó la puerta con el hombro e irrumpió en el cuarto gritando, agitando el atizador...

Y el cuarto estaba vacío.

Pero Shooter había pasado por allí, claro que sí. Sí. La pantalla del ordenador estaba en el suelo, resquebrajada, como un ojo fijo.

Shooter la había asesinado. Sobre el escritorio donde antes estuviera, descansaba ahora una vieja máquina de escribir Royal. Las superficies de acero de aquel dinosaurio estaban opacas y polvorientas. Apoyado en el tablero había un manuscrito. El manuscrito de Shooter, el que hacía un millón de años había dejado en el porche, bajo una piedra.

Era "Ventana secreta, secreto jardín".

Mort dejó caer el atizador. Se acercó a la máquina como sonámbulo y cogió el manuscrito. Recorrió lentamente sus páginas y comprendió por qué la señora Gavin había estado tan segura de que era suyo, lo bastante segura como para rescatarlo de la papelera. Tal vez no lo hubiera sabido conscientemente, pero su ojo había reconocido el tipo irregular. ¿Y por qué no? Durante años había visto manuscritos semejantes a "Ventana secreta, secreto jardín." El ordenador Wang y la impresora láser System Five eran relativamente unos recién llegados. Durante la mayor parte de su carrera literaria había utilizado esa vieja Royal. Los años la habían agotado y ahora era un caso perdido. Cuando se escribía con ella, producía letras tan torcidas como los dientes de un anciano.

Pero, naturalmente, había estado allí todo el tiempo, guardada en el fondo del armario del estudio, detrás de las pilas de viejas galeradas y manuscritos, lo que los editores llamaban los "chorizos".

Shooter debió de robarla, escribir con ella su relato y después volver a guardarla sigilosamente mientras Mort iba a Correos. Claro.

Tenía sentido, ¿no?

"No, Mort, eso no tiene sentido. ¿Te gustaría hacer algo que sí tiene sentido? Entonces, llama a la policía. Eso tiene sentido. Llama a la policía y diles que vengan y te encierren. Diles que lo hagan rápidamente, antes de que puedas hacer más daño. Diles que lo hagan antes de que mates a alguien más."

Mort dejó caer las páginas lanzando un grito salvaje, y las hojas cayeron suavemente a su alrededor mientras toda la verdad se le aparecía de pronto como un aserrado rayo plateado.

46

No existía ningún John Shooter.

Nunca había existido.

—No —dijo Mort. Volvía a recorrer incansablemente la sala. Su dolor de cabeza aparecía y desaparecía en oleadas—. No, no lo acepto. No lo acepto en absoluto.

Pero su aceptación o rechazo no establecía ninguna diferencia.

Todas las piezas del rompecabezas estaban allí, y cuando Mort vio la vieja Royal empezaron a unirse. Ahora bien, quince minutos más tarde, seguían juntas y, al parecer, no tenía poder para separarlas.

La imagen que se le aparecía reiteradamente era la del muchacho de la gasolinera de Mechanic Falls, utilizando una esponja para limpiar su parabrisas. Algo que no había esperado volver a ver en su vida. Más tarde, supuso que el muchacho le había ofrecido un pequeño servicio extra porque lo había reconocido y le gustaban sus libros. Tal vez fuera así, pero el parabrisas necesitaba una buena limpieza. Ya no estaban en verano, pero si uno recorría bastantes kilómetros a toda velocidad por caminos comarcales, se pegaban muchas cosas al cristal. Y seguramente habría usado caminos comarcales. Debió de haber ido a Derry y vuelto en un tiempo récord, deteniéndose sólo el tiempo necesario para incendiar su casa.

Ni siquiera se había detenido para llenar el depósito en el camino de vuelta. Al fin y al cabo, en ese momento tenía un lugar a donde ir y gatos que matar, ¿no? Atareado, atareado, atareado.

Se detuvo en el centro de la habitación y se volvió para mirar la cristalera.

—Si hice todo eso, ¿por qué no lo recuerdo? —preguntó a la grieta plateada del cristal—. ¿Por qué no lo recuerdo ni siquiera ahora?

No lo sabía, pero sí sabía de dónde había salido el nombre, ¿no? La mitad, del sureño cuyo cuento había robado en la universidad; la otra mitad, del hombre que le había robado a su esposa.

Era como una extraño guiño literario.

"Mort, ella dice que lo ama. Ahora dice que lo ama."

—A tomar por culo. Un hombre que se acuesta con la esposa de otro es un ladrón. Y la mujer es su cómplice.

Miró desafiante la grieta.

La grieta no dijo nada.

Tres años antes, Mort había publicado una novela llamada *La familia Delacourt*. La localidad que figuraba en el remite del cuento de Shooter era Dellacourt, Mississippi. Era...

De pronto corrió en busca de las enciclopedias del estudio, resbaló al pisar el montón de hojas que había en el suelo y estuvo a punto de caer. Sacó el volumen de la M y buscó la entrada Mississippi. Pasó un dedo tembloroso por la lista de ciudades (ocupaba una página entera), esperando contra toda esperanza.

No resultó.

No había ningún Dellacourt o Delacourt, Mississippi.

Pensó en buscar Perkinsburg, el pueblo donde Shooter le dijo que había comprado la edición de bolsillo de *Todos tiran la moneda* antes de subir al Greyhound, pero se limitó a cerrar la enciclopedia. ¿Para qué molestarse? Tal vez hubiera un Perkinsburg en Mississippi, pero eso no significaría nada.

El nombre del novelista que llevaba la clase donde Mort había conocido a John Kintner era Richard Perkins, Jr. De ahí venía el nombre.

"Sí, pero no recuerdo nada de eso, así que ¿cómo...?"

"¡Oh, Mort! —se lamentó la vocecilla—. Estás muy enfermo.

Eres un hombre muy enfermo."

—No acepto eso —replicó, horrorizado por la ondulada debilidad de su voz.

Pero ¿qué otra elección tenía? ¿Acaso no había pensado una vez que era casi como si durante su sueño estuviera haciendo cosas, dando pasos irrevocables?

"Mataste a dos hombres —susurró la vocecilla—. Mataste a Tom porque sabía que aquel día estabas solo, y mataste a Greg, para que no lo descubriera. Si hubieras matado sólo a Tom, Greg hubiese llamado a la policía. Y tú no querías eso, no podías consentirlo. No hasta haber terminado este horrible relato que has empezado a contar. Ayer estabas muy dolorido cuando te levantaste. Dolorido y rígido. Pero no era sólo por haber roto la puerta del lavabo y destruido la mampara de la ducha, ¿verdad? Tenías unas ocupaciones más interesantes. Tenías que encargarte de Tom y Greg. Y no te equivocaste respecto al movimiento de vehículos.

Pero fuiste tú quien llamó a Sonny Trotts fingiendo ser Tom. Un hombre que acabara de llegar al pueblo desde Mississippi no sabría que Sonny es un poco duro de oído, pero tú sí. Los mataste, Mort. Mataste a esos hombres."

—¡No acepto haberlo hecho! —chilló—. ¡Esto es sólo parte de su plan! ¡Es parte de su jueguecillo! ¡Su jueguecillo mental! Y yo no..., no acepto...

"Para", susurró la vocecilla dentro de su cabeza, y Mort calló.

Durante un instante reinó un silencio absoluto en ambos mundos: el del interior de su cabeza y el del exterior.

Al cabo de un rato, la vocecilla preguntó con calma: "¿Por qué lo hiciste, Mort? ¿Qué sentido tiene este elaborado episodio homicida? Shooter insistía

en que quería un relato, pero Shooter no existe. ¿Qué quieres tú, Mort? ¿Para qué creaste a Shooter?"

En ese momento llegó desde fuera el ruido de un coche que entraba en el sendero. Mort miró el reloj y vio que las manecillas señalaban las doce. Un estallido de triunfo y alivio lo recorrió como llamas que surgen por el cuello de una chimenea. No importaba que siguiera sin tener pruebas pese a haber conseguido la revista. No importaba que Shooter lo matara. Moriría feliz sabiendo que había un John Shooter y que él no era responsable de los horrores que había imaginado.

—¡Está aquí! —gritó alegremente.

Salió corriendo del estudio, agitando las manos por encima de la cabeza, e incluso hizo una pequeña pirueta mientras salía al recibidor.

Se detuvo y miró el sendero más allá de la tapa inclinada del contenedor donde había estado clavado el cuerpo de Bump. Lentamente, sus manos cayeron a los lados. Por encima de su cerebro se insinuó un horror oscuro. No por encima, sino por dentro, como si una mano despiadada estuviera bajando una persiana. La última pieza encontró su lugar. Momentos antes, en el estudio, se le había ocurrido que tal vez hubiese creado un asesino de fantasía porque le faltaba el coraje necesario para suicidarse. Ahora comprendió que Shooter había dicho la verdad cuando afirmó que nunca mataría a Mort.

El coche que estaba deteniéndose no era la imaginaria furgoneta de John Shooter, sino el pequeño y severo Subaru de Amy.

Ella iba al volante. Ella le había robado su amor, y una mujer que te robaba tu amor, cuando tu amor era en realidad todo lo que tenías, no era gran cosa como mujer.

De todos modos, la amaba.

Era Shooter quien la odiaba. Era Shooter quien pensaba matarla y enterrarla después junto al lago, cerca de Bump, donde antes de que pasara mucho tiempo sería un misterio para ambos.

—Vete, Amy —susurró con voz temblorosa de viejo—. Vete antes de que sea demasiado tarde.

Pero Amy estaba saliendo del coche, y cuando cerró la puerta a sus espaldas, la mano que habitaba en el cerebro de Mort bajó la persiana y él quedó sumido en la oscuridad.

Amy hizo girar el pomo y encontró la puerta abierta. Entró, empezó a llamar a Mort y se interrumpió. Sorprendida y con los ojos dilatados miró a su alrededor.

El lugar era un estercolero. El cubo de la basura estaba lleno y había cosas desperdigadas por el suelo. Algunas agusanadas moscas otoñales entraban y

salían de una bandejita de aluminio con las puntas aplastadas. Olía a comida pasada y a moho. Pensó que incluso percibía un hedor a comida podrida.

—¿Mort?

No hubo respuesta. Se internó más a paso lento, no del todo segura de querer mirar el resto. La señora Gavin había estado allí hacía tres días. ¿Hasta qué punto se habían desmadrado las cosas desde entonces? ¿Qué había sucedido?

Durante el último año de su matrimonio se había sentido preocupada por Mort, pero desde el divorcio aún más. Preocupada y, naturalmente, culpable. Se atribuía parte de la culpa y suponía que siempre sería así. Mort nunca había sido fuerte, y su mayor debilidad era su obcecación (a veces casi histérica) en negarse a reconocer el hecho. Esa mañana le había parecido como si estuviera a punto de suicidarse. Y la única razón por la que había obedecido a su recomendación de no traer a Ted, fue porque pensó que verlo podía dar el último empujón a Mort si realmente estaba al borde de cometer ese acto.

La idea del asesinato jamás le había pasado por la cabeza, y tampoco lo pensó en ese momento. No había tenido miedo ni siquiera aquella tarde terrible en el motel, cuando blandió un revólver delante de ellos. No de eso. Mort no era un asesino.

—¿Mort? M...

Rodeó la barra que separaba la cocina del salón y la palabra murió. Miró la gran sala con ojos dilatados y atónitos. Había papeles por todas partes. Era como si en un momento determinado Mort hubiera exhumado todas las copias de todos los manuscritos que tenía en los cajones del escritorio y en sus archivos, y hubiera arrojado las páginas como confeti en alguna negra celebración de Año Nuevo. La mesa estaba repleta de platos sucios. La cafetera estaba en el suelo, rota, junto a la cristalera resquebrajada.

Y en todas partes, en todas, había una palabra. La palabra era "SHOOTER".

La palabra SHOOTER había sido escrita en las paredes con tizas de colores que debió de encontrar en su cajón de material artístico. En la ventana aparecía dos veces, escrita con lo que parecía nata montada. Y en efecto allí había un espray de nata, bajo la estufa. Sobre el mármol de la cocina, la palabra SHOOTER estaba escrita una y otra vez con tinta, y con lápiz en los postes de apoyo del embarcadero, en el extremo más alejado de la casa... Una primorosa columna semejante a una suma, que descendía en línea recta: SHOOTER SHOOTER SHOOTER SHOOTER SHOOTER...

Y, peor aún, estaba grabada en la lustrosa madera de cerezo de la mesa, en grandes letras aserradas de casi un metro de alto, como una grotesca declaración de amor: SHOOTER.

El destornillador que había usado para hacerlo estaba sobre una silla cercana. En su cuerpo de acero había algo rojo; Amy supuso que eran restos de madera de cerezo.

—¿Mort? —susurró, mirando a su alrededor.

Ahora tenía miedo de encontrarlo muerto por su propia mano. ¿Y dónde? Pues en el estudio, naturalmente. ¿Dónde si no?

Allí era donde había vivido las partes más importantes de su vida; seguramente, habría elegido morir allí.

Aunque no deseaba entrar, no deseaba ser la que lo encontrara, sus pies la llevaron de todas maneras en aquella dirección.

Al avanzar, apartó con el pie el número de *Ellery Queen* enviado por Herb Creekmore. No miró hacia abajo. Llegó a la puerta del estudio y la abrió lentamente.

48

Mort estaba frente a su vieja máquina Royal. La pantalla y la unidad de disco de su ordenador estaban en el suelo, en medio de un ramillete de cristales. Parecía una especie de predicador campesino. En parte era por la postura que había adoptado: estaba de pie, en una actitud casi remilgada, con las manos a la espalda.

Pero, sobre todo, era a causa del sombrero. El sombrero negro, encasquetado de modo que casi tocaba las partes superiores de las orejas. Le pareció que se asemejaba un poco al viejo de aquel cuadro, *American Gothic*, aunque el hombre del cuadro no llevaba sombrero.

—¿Mort? —preguntó con voz débil e indecisa.

Él no contestó. Se limitó a mirarla. Sus ojos tenían un resplandor siniestro. Nunca había visto los ojos de Mort de esa manera, ni siquiera aquella tarde horrible en el motel. Era casi como si aquel hombre no fuera Mort, sino un extraño que se parecía a él.

No obstante, reconoció el sombrero.

—¿Dónde encontraste esa cosa vieja? ¿En la buhardilla? —preguntó con voz entrecortada a causa de los latidos del corazón.

Debía de haberlo encontrado en la buhardilla. El olor a naftalina que se percibía era intenso, incluso desde donde ella estaba.

Mort había comprado el sombrero años atrás, en una tienda de recuerdos de Pennsylvania. Habían hecho un viaje por territorio Amish. Ella tenía un jardincillo en la casa de Derry, en el ángulo donde se encontraban la casa y el anexo del estudio. Era su jardín, pero Mort salía a menudo a arrancar las malas hierbas cuando estaba bloqueado y buscaba una idea. Cuando lo hacía, solía ponerse aquel sombrero. Lo llamaba la gorra de pensar. Lo recordaba mirándose en el espejo una vez, con el sombrero puesto, y bromeando con que tenía que aparecer así en alguna contraportada.

"Cuando me pongo esto —había dicho—, parezco un campesino caminando por los surcos tras el culo de una mula."

Después, el sombrero desapareció. Seguramente lo habían llevado allí y lo guardaron pero...

—Es mi sombrero —dijo él por fin, con una voz oxidada y absorta—. Nunca perteneció a nadie más.

—Mort, ¿qué pasa? ¿Qué...?

—Se ha equivocado, señora. Aquí no hay ningún Mort. Mort ha muerto. —Y los ojos penetrantes no vacilaron ni un momento—. Anduvo por ahí diciendo muchas cosas raras, pero al final no pudo seguir mintiéndose y menos mintiéndome a mí. Nunca le puse la mano encima, señora Rainey. Tomó la salida de los cobardes.

—¿Por qué hablas así? —preguntó Amy

—Es mi forma de hablar —respondió él, algo sorprendido—. Todo el mundo habla así en Mississippi.

—¡Mort, basta!

—¿No entiende lo que he dicho? —preguntó—. No estará sorda, ¿verdad? Mort está muerto. Se suicidó.

—Basta, Mort —dijo ella, y empezó a llorar—. Me estás asustando y no me gusta.

—No importa —replicó él. Sacó las manos de detrás de la espalda. Una de ellas sostenía las tijeras que guardaba en el cajón superior del escritorio. Las levantó. Había salido el sol y, mientras él abría y cerraba las tijeras, un rayo de luz resplandeció en las hojas—. No estará asustada mucho tiempo —añadió, empezando a avanzar hacia ella.

49

Durante un instante, Amy permaneció donde estaba. Mort no la mataría. Si hubiera habido deseo de matar en Mort, seguramente lo hubiera hecho aquel día en el motel.

Entonces vio la mirada de sus ojos y comprendió que Mort también sabía eso.

Era Mort quien no podía matarla; él no.

Pero éste no era él.

Amy gritó, giró sobre sus talones y se precipitó hacia la puerta.

Shooter la siguió, describiendo con las tijeras un arco plateado. Si sus pies no hubieran resbalado en los papeles dispersos por el suelo de madera, le habría hundido las tijeras hasta el mango entre los omóplatos. Cayó cuan largo era con una exclamación en la que se mezclaban ira y perplejidad. La tijera se clavó en la página nueve de "Ventana secreta, secreto jardín" y se le rompió la punta. Shooter se golpeó la boca en el suelo y le salió sangre. El paquete de Pall Mall —la marca que había fumado silenciosamente John Kintner en los descansos de la clase de escritura que compartía con Mort Rainey— salió disparado de su bolsillo y se deslizó por la madera lustrosa como una baldosa en el juego del tejo. Se arrodilló, gritando y sonriendo entre la sangre que corría por sus labios y dientes.

—¡No le servirá de nada, señora Rainey! —gritó, poniéndose en pie. Miró las tijeras, las abrió para estudiar mejor las puntas romas y la echó a un lado con

gesto impaciente—. ¡Le tengo reservado un lugar en el jardín! Está todo decidido. ¡Ahora, tenga cuidado!

Y salió corriendo detrás de ella.

50

Amy cayó en medio de la sala. Pisó el ejemplar de *Ellery Queen* y cayó de lado, lastimándose la cadera y el seno derechos.

Gritó.

Detrás de ella, Shooter corrió hacia la mesa y cogió el destornillador que había utilizado para matar al gato.

—¡Quédese ahí! ¡Y quieta! —ordenó mientras ella se ponía de espaldas y lo miraba con unos ojos tan dilatados que parecía como si estuviera drogada—. Si se mueve, lo único que conseguirá es que la hiera antes de terminar. No quiero herirla, señora, pero lo haré si no me queda más remedio. Tengo que acabar, ¿comprende? He recorrido todo este camino y tengo que obtener algo a cambio de tantas molestias.

Mientras se aproximaba, Amy se incorporó apoyándose en los codos y retrocedió ayudándose con los pies. El pelo le colgaba sobre la cara. Tenía el cuerpo cubierto de sudor; podía oler cómo se desprendía de su piel, caliente y punzante. La cara que había encima de ella era el rostro solemne y justiciero de la demencia.

—¡No, Mort, por favor! ¡Por favor! Mort...

Él se abalanzó sobre Amy, levantando el destornillador por encima de la cabeza y descargando el golpe. Amy chilló y se apartó hacia la izquierda. El dolor describió una línea ardiente en su cadera cuando el destornillador desgarró su vestido y mordió su carne. Después, intentó arrodillarse mientras oía y sentía cómo se desgarraba el vestido en una larga tira recta.

—No, señora —jadeó Shooter. Su mano se cerró en torno al tobillo de Amy—. No, señora.

Ella miró por encima de su hombro y a través de los mechones de cabello, y vio que él estaba arrancando el destornillador del suelo con la otra mano. El negro sombrero de copa redonda estaba torcido.

Arrancó el destornillador y se lo clavó en la pantorrilla derecha.

El dolor fue horrible. El dolor ocupaba todo el mundo. Amy gritó y lanzó una patada hacia atrás, golpeando la nariz del hombre y rompiéndosela. Shooter gruñó y cayó de costado, sujetándose la cara. Mientras tanto, Amy se levantó. Shooter oía aullar a una mujer. Sonaba como un perro aullando a la luna. Supuso que era ella.

Intentó ponerse en pie. La parte inferior de su cara era una máscara de sangre. La máscara se abrió, mostrando los torcidos dientes frontales de Mort Rainey. Ella recordaba haber lamido aquellos dientes.

—Juguetona, ¿eh? —dijo él, sonriendo—. Está bien, señora. Siga.

Se arrojó sobre ella.

Amy retrocedió a tropezones. El destornillador se desprendió de su pantorrilla y rodó por el suelo. Shooter le echó una mirada y después volvió a lanzarse sobre ella, casi como jugando. Amy cogió una de las sillas de la sala y la colocó frente a él. Durante un segundo, se limitaron a mirarse por encima de la silla, y luego él intentó coger la parte delantera de su vestido. Amy retrocedió de nuevo.

—Ya estoy cansado de tontear con usted —jadeó él

Amy se volvió y corrió hacia la puerta.

Él la siguió de inmediato, agitando los brazos tras ella. Las puntas de sus dedos patinaban y resbalaban por su nuca, intentaban agarrar el vestido, lo lograban y perdían después el apoyo que le hubiera servido para atraerla hacia él de una vez por todas.

Amy pasó corriendo junto a la barra de la cocina y se dirigió hacia la puerta trasera. Su zapato derecho borboteaba y se pegaba a su pie. Estaba lleno de sangre. Shooter la siguió, resoplando y haciendo burbujas de sangre con la nariz en su intento por atraparla.

Ella golpeó con ambas manos la puerta de tela metálica y después tropezó y cayó de bruces en el porche, quedándose sin aliento. Cayó exactamente en el lugar donde Shooter había dejado su manuscrito. Levantó la cabeza y lo vio avanzar. Ahora, Shooter sólo contaba con sus manos, pero por su aspecto parecían más que suficientes. Bajo el ala del sombrero negro, sus ojos presentaban un aspecto severo, concentrado y horriblemente amable.

—Lo siento mucho, señora —dijo.

—¡Rainey! —gritó una voz—. ¡Deténgase!

Ella trató de mirar en torno, pero no pudo. Se había lastimado el cuello. Shooter ni siquiera lo intentó. Simplemente siguió avanzando hacia ella.

—¡Rainey, deténgase!

—Aquí no hay ningún Rainey... —empezó a decir Shooter.

Entonces, un disparo atravesó rápidamente el aire. Shooter se quedó donde estaba y miró con curiosidad, casi con negligencia, su pecho. Allí había un agujerito. No salía sangre —al menos al principio— pero el agujero era real. Se llevó la mano allí y después la apartó. En su índice había un pequeño punto de sangre. Parecía un signo de puntuación, el punto que termina una frase. Lo miró pensativo. Después, dejó caer las manos y miró a Amy.

—¿Nena? —preguntó, y cayó de bruces junto a ella, en el suelo de madera del porche.

Ella se dio la vuelta, se las arregló para apoyarse en los codos y fue a gatas hasta donde estaba el cuerpo, empezando a sollozar.

—¡Mort! —gritó—. ¡Mort! ¡Por favor, Mort, trata de decir algo!

Pero él no iba a decir nada, y al cabo de un momento Amy dejó que la comprensión de aquel hecho la inundara. Durante las semanas y meses siguientes, rechazaría ese hecho simple de su muerte; después, se debilitaría y

la comprensión volvería a invadirla. Estaba muerto. Estaba muerto. Se había vuelto loco y estaba muerto.

Él y quienquiera que hubiera estado dentro de él al final.

Apoyó la cabeza en su pecho y lloró. Cuando alguien se le acercó por la espalda y le puso una mano consoladora en el hombro, Amy no volvió la cabeza.

EPÍLOGO

Unos tres meses después de los acontecimientos que tuvieron lugar en el lago Tashmore, Ted y Amy Milner fueron a ver al hombre que había disparado y matado al primer marido de Amy, el conocido escritor Morton Rainey.

Durante aquel período había visto al hombre una vez, durante la encuesta, pero había sido una situación formal y Amy no quiso hablar personalmente con él. Allí no. Agradecía que le hubiera salvado la vida. Sin embargo, Mort había sido su marido y ella lo había amado durante muchos años; y, en lo más profundo de su corazón, sentía que el dedo de Fred Evans no había sido el único en apretar el gatillo.

De todos modos, sospechaba que con el tiempo iría a verlo para aclararlo todo lo mejor posible. Su tiempo hubiera podido ser un año, dos, incluso tres. Pero mientras tanto habían sucedido cosas que la hicieron moverse con mayor rapidez. Confiaba en que Ted le permitiese ir sola a Nueva York, pero él se había mostrado inflexible. No después de lo sucedido la última vez que la dejó ir sola a alguna parte. Aquella vez estuvieron a punto de matarla.

Amy señaló con cierta aspereza que a Ted le hubiera resultado difícil "dejarla ir", ya que ella no le había comunicado que iba.

Pero Ted se limitó a encogerse de hombros. De modo que fueron juntos a Nueva York, subieron juntos hasta el piso cincuenta y tres del gran rascacielos, y juntos entraron en el pequeño cubículo de las oficinas de la Compañía de Seguros Consolidated, a las que Fred Evans llamaba su hogar durante el día laboral. A menos que estuviese haciendo trabajo de campo, claro.

Se sentó lo más lejos que pudo, en un rincón, y aunque las oficinas estaban caldeadas, mantuvo el chal apretado en torno a su cuerpo.

Los modales de Evans eran lentos y amables. Se parecía al médico rural que la había cuidado durante las enfermedades de la infancia, y a ella le caía bien. "Pero eso es algo que jamás sabrá, —pensó—. Tal vez podría reunir el coraje suficiente para decírselo y él asentiría, pero su gesto no indicaría credulidad. Sólo sabe que para mí siempre será el hombre que disparó contra Mort y que me vio llorar sobre el pecho de Mort hasta que llegó la ambulancia, y que uno de los enfermeros tuvo que ponerme una inyección para que les permitiera que se lo llevarsen. Y lo que no sabrá es que, a pesar de eso, me cae bien."

Evans llamó a una mujer de uno de los despachos exteriores y le pidió que trajera tres grandes y humeantes jarras de té. Estaban en enero, hacía mucho viento y la temperatura era baja. Pensó, en una breve ráfaga de nostalgia,

cómo se estaría en Tashmore, con el lago finalmente helado y aquel viento asesino arrojando largas y fantasmales víboras de nieve en polvo por encima del hielo. Después, su cerebro realizó una asociación oscura pero desagradable y vio a Mort cayendo al suelo, vio el paquete de Pall Mall resbalando por la madera como una baldosa del juego del tejo. Se estremeció, y la breve ráfaga de nostalgia desapareció.

—¿Se encuentra bien, señora Milner? —preguntó Evans.

Amy asintió.

Frunciendo majestuosamente el entrecejo y fumando con su pipa, Ted dijo:

—Mi esposa quiere que le cuente todo lo que sepa sobre lo que sucedió, señor Evans. Al principio traté de hacerla cambiar de idea, pero he llegado a la conclusión de que tal vez sea una cosa buena. Desde entonces, tiene pesadillas...

—Por supuesto —respondió Evans, sin ignorar del todo a Ted, pero hablándole directamente a Amy—. Supongo que las tendrá durante un largo tiempo. Yo también he tenido algunas. Nunca había disparado a un hombre. —Hizo una pausa y agregó—: Me perdí Vietnam por un año o así.

Amy le dedicó una sonrisa; triste pero al fin y al cabo sonrisa.

—Ella lo oyó todo en el sumario —continuó Ted—, pero quería oírlo otra vez de sus labios y sin los términos legales.

—Comprendo —dijo Evans. Y, señalando la pipa, añadió—: Puede encenderla si quiere.

Ted la miró y después la guardó rápidamente en el bolsillo de su abrigo, como si se sintiera avergonzado.

—En realidad, estoy tratando de dejarla.

Evans miró a Amy

—¿De qué cree que servirá? —le preguntó con la misma voz amable, más bien dulce—. Aunque tal vez sería mejor preguntar para que necesita usted que sirva.

—No lo sé —respondió Amy, en voz baja y modulada—. La cuestión es que Ted y yo fuimos hace tres semanas a Tashmore, para limpiar..., hemos puesto la casa en venta..., y sucedió algo. En realidad, dos cosas —puntualizó mirando a su esposo con otra sonrisa triste—. Ted sabe que sucedió algo porque fue cuando me puse en contacto con usted y concerté esta cita. Pero no sabe qué y me temo que está enfadado conmigo. Tal vez tenga razón.

Ted Milner no negó que estuviera enfadado con Amy. Metió la mano en el bolsillo del abrigo, empezó a sacar la pipa y después la soltó otra vez.

—Pero, estas dos cosas..., ¿se relacionan con lo que sucedió en octubre en su casa del lago? —preguntó Evans.

—No lo sé. Señor Evans, ¿qué sucedió? ¿Qué sabe usted?

—Bueno —dijo él, recostándose en la silla y sorbiendo un poco de té—, si ha venido esperando encontrar todas las respuestas, se va a sentir muy decepcionada. Puedo hablarle del incendio, pero acerca de por qué su esposo

hizo lo que hizo, probablemente usted pueda llenar más blancos que yo. Lo que más nos desconcertaba del incendio era el lugar donde comenzó: no en el cuerpo principal de la casa, sino en el despacho del señor Rainey, que es un anexo. Eso hacía sospechar que el acto iba dirigido contra él, pero el ni siquiera estaba allí. Después, entre algunas ruinas del despacho, encontramos un gran fragmento de botella. Era de vino, de champán para ser exactos, pero no cabía duda de que lo último que había contenido era gasolina. Parte de la etiqueta estaba intacta, y enviamos un telefax a Nueva York. Se la identificó como de Moet et Chandon, mil novecientos ochenta y algo. No constituía una prueba irrefutable de que la botella utilizada para preparar el cóctel Molotov proviniera de su bodega, señora Milner, pero resultaba muy sugerente, porque en la lista figuraban cosas mejores que las botellas de Moet et Chandon de 1983 y 1984. Esto nos llevaba a una suposición que parecía clara, aunque no muy razonable: que usted o su exmarido podrían haber incendiado la casa. Usted dijo que salió de casa sin cerrar la puerta con llave...

—Eso me ha hecho perder el sueño —dijo Amy—. A menudo olvidaba cerrar con llave cuando salía sólo por un momento. Creció un pueblo pequeño al norte de Bangor, y estos hábitos infantiles son difíciles de modificar. Mort solía...—Sus labios temblaron y permaneció en silencio un momento, apretándolos hasta que se pusieron blancos. Cuando volvió a recuperar el control, prosiguió en voz baja—: Solía reñirme por eso.

Ted le cogió la mano.

—Naturalmente, no tenía importancia —continuó Evans—. Si hubiera cerrado la casa, el señor Rainey hubiera podido entrar de todas formas porque todavía tenía sus llaves, ¿no es así?

—Sí —respondió Ted.

—Si hubiera cerrado la puerta, tal vez podría haber precipitado el final de la investigación, pero es imposible decirlo con certeza. De todos modos, en mi negocio procuramos evitar el vicio de predecir las cosas que ya han sucedido. Hay quien sostiene la teoría de que provoca úlceras, y yo lo creo. El asunto es el siguiente: dado el testimonio de la señora Rainey (perdón, la señora Milner) de que la puerta no estaba cerrada con llave, al principio creímos que el incendiario podía haber sido literalmente cualquiera. Pero en cuanto empezamos a considerar la posibilidad de que la botella utilizada proviniera de la bodega del sótano, las probabilidades se redujeron.

—Porque esa habitación sí estaba cerrada —dijo Ted.

Evans asintió.

—¿Recuerda que pregunté quién tenía las llaves de ese recinto, señora Milner?

—Por favor, llámeme Amy.

Él asintió.

—¿Lo recuerda, Amy?

—Sí. Hace tres o cuatro años empezamos a cerrar el armario de las bebidas porque habían desaparecido algunas botellas de vino tinto. Mort pensaba que era la señora de la limpieza. No me gustaba creer eso porque le tenía simpatía,

pero pensé que podía tener razón y que probablemente fuera así. Empezamos a cerrarlo con llave para que nadie se sintiera tentado.

Evans miró a Ted Milner.

—Amy tenía una llave de la bodega y creía que el señor Rainey conservaba la suya, así que eso reducía las posibilidades.

Claro que si hubiera sido Amy, usted, señor Milner, tenía que haber sido su cómplice, porque cada uno de ustedes era la coartada del otro aquella noche. El señor Rainey no tenía coartada, pero estaba a una distancia considerable. Y lo principal era que no veíamos motivo alguno para el crimen. Su trabajo los había dejado, a él y a Amy, en una situación financiera desahogada. No obstante, buscamos huellas digitales y encontramos dos buenas.

Eso fue el día posterior a nuestro encuentro en Derry. Ambas huellas pertenecían al señor Rainey. Seguía sin ser una prueba...

—¿No? —preguntó sorprendido Ted.

Evans meneó la cabeza.

—Las pruebas de laboratorio confirmaban que las huellas eran anteriores al incendio, pero no podían garantizar de cuándo.

"Verá, el calor había evaporado los aceites de las huellas. Y si nuestra suposición de que la botella pertenecía a las del sótano era real, bueno, alguien tenía que haberla cogido para sacarla de la bolsa o caja donde venía y colocarla en el botellero. Ese alguien podía haber sido el señor o la señora Rainey, y él hubiera podido decir que las huellas provenían de entonces.

—No estaba en situación de argumentar nada —comentó suavemente Amy—. Al final, no.

—Supongo que es cierto, pero nosotros no lo sabíamos. Lo único que sabíamos es que cuando la gente coge botellas, generalmente lo hace por el cuello. Estas dos huellas estaban cerca de la base, y el ángulo era muy raro.

—Como si la hubieran cogido de costado, e incluso al revés —intervino Ted—. ¿No es eso lo que dijo en la audiencia?

—Sí, y la gente que sabe algo de vinos no hace eso. En la mayor parte de los casos remueve el poso. Y con el champán...

—Lo agita —dijo Ted.

Evans asintió.

—Si se agita con suficiente energía, una botella de champán estallaría a causa de la presión.

—Pero no había champán en la botella —dijo Amy.

—No, pero seguía sin ser una prueba. Recorrí las gasolineras de la zona para ver si alguien parecido al señor Rainey había comprado una pequeña cantidad de gasolina aquella noche, pero no tuve suerte. No me sorprendió demasiado. Había podido comprar la gasolina en Tashmore o en cincuenta estaciones de servicio entre ambos lugares. Después fui a ver a Patricia Champion, nuestra única testigo. Llevé una foto de un Buick de 1986, la marca y modelo que suponíamos que había utilizado el señor Rainey. Dijo que podía

ser el coche, pero no estaba segura. Así que me encontré en un callejón sin salida. Regresé a la casa para mirar por ahí, y entonces llegó usted, Amy. Era muy temprano.

Yo quería hacerle unas preguntas, pero era evidente que usted estaba alterada. Le pregunté qué hacía allí y me respondió algo muy curioso. Dijo que se iba al lago Tashmore a ver a su exesposo, pero que primero quería buscar algo en el jardín.

—Por teléfono, él no dejaba de hablar sobre lo que llamaba mi ventana secreta, la que daba al jardín. Dijo que se había dejado algo allí. Pero no estaba. O, en todo caso, yo no lo vi.

—Cuando nos conocimos, tuve un presentimiento —dijo lentamente Evans—. El presentimiento de que no era... equilibrado. No por que estuviese mintiendo sobre algunas cosas, aunque yo estaba bastante seguro de que era así. Era otra cosa. Una especie de distancia.

—Sí. Yo la sentía cada vez más esa distancia.

—Usted parecía casi enferma de preocupación. Decidí que no estaría mal seguirla a la otra casa, Amy, sobre todo cuando me dijo que si el señor Milner venía a buscarla no le dijera a dónde había ido. No creía que la idea se le hubiera ocurrido a usted. Pensé que tal vez podría descubrir algo. Y también pensé... —Se quedó en silencio con aspecto turbado.

—Pensó que podía sucederme algo —dijo ella—. Gracias, señor Evans. Él me habría matado, ¿sabe? Si usted no me hubiera seguido, él me habría matado.

—Aparqué al comienzo del sendero y me dirigí caminando hacia la casa. Oí un terrible estruendo dentro y empecé a correr. Eso fue cuando usted cayó, atravesando la puerta de tela metálica, y él apareció detrás.

Evans los miró con gran seriedad.

—Le pedí que se detuviera —dijo—. Se lo pedí dos veces.

Amy se estiró, apretó suavemente su mano por un instante y la soltó.

—Y eso es todo —dijo Evans—. Sé algo más, sobre todo por los periódicos y por dos conversaciones que sostuve con el señor Milner...

—Llámeme Ted.

—Ted, entonces —aceptó Evans, aunque no parecía tan dispuesto a usar el nombre de Ted como el de Amy—. Sé que el señor Rainey sufrió lo que probablemente fuera un episodio esquizofrénico en el que era dos personas, ninguna de las cuales tenía idea de que en realidad coexistían en un solo cuerpo. Sé que una de esas personas se llamaba John Shooter. Por la declaración de Herbert Creekmere, sé que el señor Rainey imaginaba que este tal Shooter lo perseguía a causa de un relato llamado "Tiempo de siembra", y que el señor Creekmere tenía un ejemplar de la revista en el que aparecía el relato y se lo envió a Mort para que pudiera demostrar que él lo había publicado primero. La revista llegó poco antes de que usted, Amy, entrara en la casa. El sobre del Expreso federal donde la enviaron estaba en el asiento del Buick de su exmarido.

—Pero cortó el relato, ¿no? —preguntó Ted

—No sólo el relato. También la página del índice. Tuvo cuidado de eliminar cualquier huella de sí mismo. Llevaba un cuchillo del ejército suizo y probablemente fue lo que usó. Las páginas que cortó estaban en la guantera del Buick.

—Al final, la existencia de ese relato se convirtió en un misterio hasta para él —dijo suavemente Amy.

Evans la miró con las cejas arqueadas.

—¿Perdón?

Ella meneó la cabeza.

—Nada.

—Creo que les he contado todo lo que sé —dijo Evans—. Cualquier otra cosa sería pura especulación. Al fin y al cabo, soy un investigador de seguros, no un psiquiatra.

—Él era dos hombres —dijo Amy—. Era él, y al mismo tiempo se convirtió en un personaje que había creado. Ted cree que el apellido Shooter lo inventó cuando se enteró de que Ted proviene de una pequeña ciudad de Tennessee llamada Shooter's Knob. Estoy segura de que tiene razón. Mort siempre escogía de esa manera los nombres de los personajes, formando anagramas.

"No conozco el resto, sólo puedo hacer suposiciones. Pero sé que cuando un estudio cinematográfico rechazó la opción sobre su novela *La familia Delacourt*, Mort estuvo a punto de sufrir una depresión nerviosa. Los del estudio y Herb Creekmore, su agente, dijeron que estaban preocupados por una similitud con un libreto titulado *El equipo familiar*, aunque comprendían que era imposible que él hubiera podido ver alguna vez ese libreto.

"No era cuestión de plagio, excepto en la cabeza de Mort. Su reacción fue exagerada, anormal. Fue como remover con un palo los restos del fuego de un campamento y encontrar debajo un tizón ardiendo.

—Usted no cree que creara a John Shooter sólo para castigarla, ¿verdad? —preguntó Evans.

—No, Shooter estaba allí para castigar a Mort. Pienso que...

Hizo una pausa y se ajustó el chal, envolviéndolo más en torno a sus hombros. Después, cogió su taza de té con una mano no del todo firme.

—Pienso que, en el pasado, Mort robó el trabajo de alguien —prosiguió—. Probablemente hace mucho tiempo, porque todo lo que escribió a partir de *El chico del organillero* fue muy leído.

"Creo que no se hubiera descubierto. Dudo de que haya publicado realmente lo que robó, pero creo que eso es lo que pasó y que ése era el verdadero origen de John Shooter. No el hecho de que la compañía cinematográfica rechazara su novela, ni mi... mi relación con Ted y el divorcio. Seguramente esas cosas hayan contribuido, pero creo que la raíz está en la época anterior a que nos conociéramos. Entonces, cuando se quedó solo en la casa del lago...

—Llegó Shooter —dijo serenamente Evans—. Llegó y lo acusó de plagio. Fuera quien fuese el hombre a quien el señor Rainey robó, nunca lo hizo, de modo que al final tuvo que castigarse a sí mismo. Pero dudo que eso fuera todo, Amy. Intentó matarla.

—No —dijo ella—. Ése fue Shooter.

Evans arqueó las cejas. Ted la miró con cautela y sacó la pipa del bolsillo.

—El verdadero Shooter.

—No la entiendo.

Ella esbozó una sonrisa pálida.

—Yo misma no lo entiendo. Por eso estoy aquí. No creo que contar esto sirva para nada práctico. Mort ha muerto y todo ha terminado, pero tal vez me ayude a mí. Tal vez me ayude a dormir mejor.

—Entonces dígalo, no faltaba más —dijo Evans.

—Verá, cuando fuimos a limpiar la casa nos detuvimos en el pequeño almacén del pueblo: Bowie's. Mientras Ted llenaba el depósito, yo entré a comprar unas cosas. Allí había un hombre, Sonny Trotts, que solía trabajar con Tom Greenleaf. Tom era el más viejo de los hombres que fueron asesinados. Sonny quería decirme cuanto lamentaba lo de Mort y también otra cosa. Me explicó que había visto a Mort el día anterior a su muerte y que tenía intención de decírselo a él. Era sobre Tom Greenleaf, sobre algo que Tom le dijo a Sonny mientras estaban pintando el Salón de la Parroquia Metodista. Sonny vio a Mort después de eso, pero no pensó en decírselo en ese momento. Después recordó que tenía algo que ver con Greg Carstairs...

—¿El otro hombre muerto?

—Sí. Así que se volvió para hablar con Mort, pero él se había ido. Y al día siguiente murió.

—¿Qué le dijo el señor Greenleaf a ese tipo?

—Que creía haber visto un fantasma —dijo tranquilamente Amy.

La miraron sin decir nada.

—Sonny me explicó que últimamente Tom estaba olvidadizo y que eso le preocupaba. Sonny pensaba que era ese tipo de olvidos que se producen cuando una persona envejece, pero cinco o seis años antes Tom había cuidado a su esposa, que tenía la enfermedad de Alzheimer, y le daba terror enfermar de lo mismo.

Según Sonny, si Tom olvidaba un pincel se pasaba la mitad del día obsesionado con eso. Tom dijo que ésa era la razón por la cual, cuando Greg Carstairs le preguntó si reconocería al hombre al que había visto el día anterior hablando con Mort Rainey o si lo reconocería si volviese a verlo, Tom dijo que no había visto a nadie con Mort, que Mort estaba solo.

Se oyó el chasquido de una cerilla. Al final Ted Milner había decidido encender su pipa. Evans lo ignoró. Estaba echado hacia delante, mirando fijamente a Amy Milner.

—Aclarémonos. Según ese Sonny Troots...

—Trotts.

—Vale, Trotts. Según él, ¿Tom Greenleaf vio a Mort con alguien?

—No exactamente —contestó Amy—. Sonny pensaba que si Tom lo hubiera creído con toda certeza no le hubiera mentido a Greg. Lo que dijo fue que no sabía qué había visto. Que estaba confuso. Que le había parecido mejor no decir nada. No quería que nadie, y menos Greg Carstairs, que estaba en su mismo negocio, supiera lo confuso que se sentía, y sobre todo no quería que nadie pensara que podía estar enfermado como había enfermado su esposa.

—No estoy seguro de comprender esto, lo siento.

—Según Sonny —dijo ella—, Tom pasó por la carretera del lago con su Scout y vio a Mort de pie, solo, donde se bifurca el camino del lago.

—¿Cerca de donde se encontraron los cuerpos?

—Sí, muy cerca. Mort saludó con la mano. Tom respondió y pasó de largo. Entonces, según dice Sonny, Tom miró por el espejo retrovisor y vio junto a Mort a otro hombre y una vieja furgoneta, aunque ni el hombre ni el vehículo estaban allí diez segundos antes. Dijo que el hombre llevaba un sombrero negro, pero que se podía ver a través de él y también a través del coche.

—¡Oh, Amy! —exclamó Ted con suavidad—. Ese hombre estaba dejando volar la imaginación.

Ella meneó la cabeza.

—No creo que Sonny sea lo bastante listo como para inventar semejante historia. Me dijo que Tom pensaba que debía ponerse en contacto con Greg y decirle que tal vez hubiera visto a ese hombre; que si no mencionaba lo de la transparencia, no pasaría nada. Pero, según Sonny, el viejo estaba aterrorizado. Estaba convencido de que, o bien había contraído la enfermedad de Alzheimer, o bien había visto un fantasma.

—Bueno, desde luego es horripilante —dijo Evans. Y lo era, porque la piel de sus brazos y su espalda se había erizado por uno o dos segundos—. Pero, en realidad, es un rumor acerca de un hombre muerto.

—Sí, pero está lo otro. —Amy dejó la taza de té sobre la mesa, cogió su bolso y empezó a remover dentro—. Cuando estaba limpiando el estudio de Mort, encontré aquel sombrero... el espantoso sombrero negro..., detrás de su escritorio. Me asustó porque no lo esperaba. Pensé que la policía debía de habérselo llevado como prueba o algo así. Lo saqué de allí con un palo. Utilicé el palo para sacarlo y tirarlo al cubo de la basura, ¿comprende?

Evidentemente, Ted no comprendía, pero Evans sí.

—No quería tocarlo.

—Exacto, no quería tocarlo. Aterrizó directamente en una de las bolsas de basura, estoy dispuesta a jurarlo. Más o menos una hora más tarde, salí con una bolsa de medicamentos caducados, frascos de champú y cosas del lavabo. Cuando abrí la tapa del contenedor, el sombrero estaba boca arriba y en la banda interior había esto —dijo, sacando de su bolso una hoja plegada de papel y ofreciéndosela a Evans con una mano que seguía temblando

imperceptiblemente—. No estaba allí cuando el sombrero salió de detrás del escritorio. Lo sé.

Evans cogió el papel y lo sostuvo un momento en la mano.

No le gustaba. Era demasiado pesado y, por alguna razón, la textura era extraña.

—Creo que había un John Shooter —dijo Amy—. Creo que fue la mayor creación de Mort, un personaje tan vívido que se convirtió en real. Y creo que ése es el mensaje de un fantasma.

Evans desplegó el papel. En el centro había este mensaje:

*Señora, lamento todos los problemas que le he causado.
Las cosas se salieron de madre. Ahora vuelvo a mi casa.
Conseguí mi relato, que es lo que en principio vine a buscar.
Se llama "Crowfoot Mile" y es de primera.
Sinceramente suyo,*

La firma era un garabato bajo las líneas precisas de la escritura.

—¿Es ésta la firma de su finado esposo, Amy? —preguntó Evans.

—No —contestó ella—. No se parece en nada.

Se quedaron sentados los tres, mirándose. Fred Evans trató de encontrar algo que decir y no lo encontró. Al cabo de un rato, el silencio (y el olor de la pipa de Ted Milner) se hicieron insoportables. Así que el señor y la señora Milner dieron las gracias, se despidieron y abandonaron el despacho para continuar sus vidas lo mejor que pudieran. Fred Evans también continuó la suya lo mejor que pudo. A veces, por la noche, ya tarde, él y la mujer que había estado casada con Morton Rainey despertaban de sueños en los que un hombre con sombrero de copa redonda los miraba con ojos desvaídos por el sol y rodeados de arrugas. Los miraba sin amor, pero ambos sentían que lo hacía con una especie de extraña piedad severa.

No era una expresión amable y no proporcionaba consuelo, pero ambos sentían también, desde sus diferentes lugares, que podían encontrar el modo de vivir con esa mirada. Y de continuar cuidando de sus jardines.

FIN